Crónicas Zombi

El lamento de los vivos

Alejandro Arnaldos Conesa

Crónicas Zombi

El lamento de los vivos

Alejandro Arnaldos Conesa

Primer libro de la saga “Crónicas zombi”.

Visita el blog: http://cronicaszombi.blogspot.com.es/, conoce el resto de la historia de Crónicas zombi y mantente al día de las novedades.

Toda mi gratitud a quienes me apoyaron desde el principio.

El mundo comenzó sin el hombre y terminará sin él.

-Claude Lévi-Strauss

VICENT

Los gritos eran lo peor.

No los gemidos de aquellas criaturas, a ese desquiciante sonido podías llegar a acostúmbrate porque, a fin de cuentas, no era más que el lamento de los muertos. Lo que me hacía perder el juicio eran los gritos de la gente normal, la gente a la que teníamos que proteger y que estaba muriendo… era el lamento de los vivos.

Todo había fallado porque no estábamos preparados; pensábamos que sí, pero era mentira, un engaño, una ilusión. Las defensas no resistieron el embiste de los muertos al otro lado, las puertas acabaron cediendo y las miles de personas que habían buscado refugio en el Rico Pérez estaban muriendo delante de mis ojos. Allí fuera los muertos se contaban por decenas de miles, y tenían hambre de la carne viva que se encontraba dentro.

Y los gritos eran lo peor… gritos de auténtico terror y sufrimiento, llantos de niños y adultos, de hombres y mujeres, de civiles y también de otros militares como yo.

Un hombre y una mujer pasaron corriendo frente a mí; él cargaba en sus hombros a un niño que no tendría más de cinco años y que no dejaba de lloriquear. Pude ver el miedo y la desesperación en el rostro de los tres mientras corrían intentando salvar sus vidas de la masacre que se estaba produciendo a tan solo unos metros. Me vieron acurrucado en mitad del pasillo, tan asustado como ellos y completamente paralizado por los nervios, y ni siquiera tuvieron la decencia de lanzarme una mirada de reproche por no estar peleando, como era mi deber, que me diera las fuerzas que me faltaban para salir de nuevo a aquél horror.

Sin prestarme ninguna atención siguieron corriendo hacia los vestuarios, pero yo ya sabía que era una carrera inútil. Estaban muertos, estábamos todos muertos. Los reanimados eran demasiados.

Como soldado, mi deber y el de mis compañeros era proteger a toda esa gente que estaba muriendo, pero había fallado. Habían venido a la zona segura porque era el único lugar donde podían encontrar protección, pero el refugio se había convertido en una trampa mortal. Y entonces, llegado el momento de combatir a los seres, me falló el valor y acabé buscando un escondite.

No fue algo racional, sabía que estaba condenado, pero aun así el instinto me decía que me escondiera, que me aferrara al poco tiempo

de vida que me quedaba.

Alguien había encendido un fuego, lo veía arder en la oscuridad de la noche entre las gradas. El fuego acaba con ellos, pero ya era imposible acabar con todos; habían ganado y no hacían prisioneros, se los comían.

Otro grupo de personas, por lo menos diez en esa ocasión, pasaron corriendo también en dirección a los vestuarios. Dos de ellos tenían manchas de sangre en los brazos, y uno de ellos se agarraba una herida reciente.

Lo primero que pensé es que el herido había tenido mala suerte, pero la verdad era que todos estábamos igual de jodidos; su herida era irrelevante, todos íbamos a tener heridas similares en cuanto no quedara lugar al que correr. Él, al menos, ya había catado lo que los demás íbamos a sufrir tarde o temprano.

Habían cogido un fusil, seguramente de un compañero caído… o quizá se lo habían robado a uno que seguía en pie, qué más daba ya. Si fueran inteligentes se pegarían un tiro, sería una muerte rápida, indolora, mucho menos cruel que la que la mayoría iba a sufrir esa noche.

Nunca fui religioso, pero recé, recé con todas las fuerzas de las que disponía. ¿Qué otra cosa se puede hacer cuando ya no se puede hacer nada?

No recé por mi vida, eso ya estaba perdido; recé porque alguien hubiera podido salir de este infierno, recé porque los gritos se detuviesen y recé por encontrar el valor cuando me llegara la hora.

Como si hubiera escuchado mi plegaria, uno de aquellos seres apareció en el pasillo doblando la esquina. Cuando estaba viva debía haber sido una chica mona, con un bonito pelo castaño y un cuerpo esbelto; pero en ese momento no era más que un cadáver andante que se tambaleaba como alguien que ha bebido demasiado, con la mirada perdida y un gesto inexpresivo perpetuo grabado en una cara demacrada por la descomposición.

Cuando giró la cabeza pude sentir como sus pupilas se clavaban en mí. Me había enfrentado a seres como ella demasiadas veces desde que toda aquella locura empezara, pero nunca me había sentido tan asustado ante uno; definitivamente había perdido el valor por completo.

La mujer estiró torpemente las manos y su boca se abrió para liberar un lastimoso gemido. Su pelo estaba lleno de coágulos de sangre y medio pómulo le había sido arrancando de un mordisco; gotas de sangre resecas le manchaban toda camisa, que había sido desgarrada por varios sitios… su aspecto era tan lamentable que costaba pensar que alguna vez había sido una persona viva.

Dudo que recuperara el valor repentinamente, debió ser el miedo lo

que me impulsó a actuar, pero casi sin darme cuenta levanté el fusil, apunté a su cabeza y disparé. El impacto le entró por la frente, destrozándole lo que le quedaba de cara, y salió por detrás acompañado de sangre y sesos. El cuerpo cayó al suelo, inerte y definitivamente muerto, mientras alrededor de su destrozada cabeza se formaba un charco de sangre negra y espesa.

"Descansa en paz, fueras quien fueras, descansa en paz por fin" pensé mientras contemplaba el cadáver de esa desafortunada mujer.

Ojalá tuviera yo su suerte y alguien me matara del todo cuando esos seres me cogieran.

Más allá del pasillo, en el campo de futbol, la situación seguía siendo horrible. Miles de personas gritaban de terror al ver la muerte sobre ellos, gritaban de dolor al ver a sus seres queridos siendo devorados vivos por esa jauría de muertos hambrientos, y también gritaban cuando eran ellos los devorados.

Una sonrisa cruzó mi cara mientras veía como la sangre coagulada fluía como un espeso jarabe de la cabeza de la muerta. Lo que acababa de hacer era una estupidez, la mujer que había matado llevaba mucho tiempo muerta; si, quizás aun se moviera, pero estaba muerta, su consciencia ya estaba muy lejos de todo aquello.

De repente comprendí que matar a los muertos era tan estúpido como sonaba, era desperdiciar balas inútilmente. Matarlos para salvar tu vida o la de otros tiene sentido, pero allí ya estábamos todos perdidos. ¿Por qué seguir matándolos? A ellos les daba igual.

Quizá fuera la locura fruto del miedo, pero vi muy claro lo que tenía que hacer… de hecho, era lo único que había visto claro desde que empezó la invasión de la zona segura. Solo se podía hacer una cosa estando todos condenados, librar del sufrimiento de una muerte horrible a cuantos pudiera antes de caer yo mismo.

Impulsado por esa repentina convicción me puse en pie y salí al césped, al campo de juego. Pero la escena que tuve que contemplar me encogió el corazón. Los reanimados habían tomado casi todo el campo y lo habían teñido de sangre a su paso. Antes de que las defensas se vinieran abajo ya teníamos un pequeño problema de hacinamiento, había venido demasiada gente y apenas quedaba espacio y recursos para alojarlos a todos en el área de que disponíamos, pero para los muertos andantes eso era como un banco de peces para un barco pesquero. Cientos, si no miles de cadáveres estaban sembrados en el campo y las gradas.

Las tiendas de campaña distribuidas por todo el campo que antes alojaban a los refugiados habían sido derribadas por la marabunta humana que intentaba huir. Algunos aún corrían de un lado para otro entre gritos y sollozos, intentando escapar de sus perseguidores, que aunque más lentos eran también más implacables, y estaban por todas

partes.

No vi a ninguno de mis compañeros en los alrededores. Lo más probable era que la mayoría hubieran muerto defendiendo la entrada, pero aun así se podían oír disparos a los lejos. Alguien debía quedar luchando por su vida en el estadio.

Un hombre medio calvo y cubierto por un abrigo negro salió corriendo de entre dos tiendas medio derribadas, y tres muertos vivientes le seguían. Al verme, se sintió aliviado. Razones tenía.

—¡Por Dios ayúdame! —suplicó señalándome a sus perseguidores con una mano temblorosa, como si no pudiera verlos yo mismo.

Su cara cambió a un gesto de confusión cuando a quien apunté fue a él. Un gesto que no le duró mucho cuando mi bala le atravesó la cabeza, como un minuto antes se lo había atravesado a la mujer muerta.

—De nada. —le dije con un hilo de voz.

Aun habiéndolo hecho de forma piadosa, quitar una vida a alguien no es fácil. Las manos comenzaron a temblarme y la idea que en mi cabeza había estado mucho más clara un momento antes se volvió dudosa. Por un momento temí haber hecho una locura

Cuando los tres perseguidores de aquel hombre llegaron a mi altura tuve que reaccionar y moverme. Moralmente cuestionable o no, no iba a desperdiciar balas con ellos, era una tontería. Corrí entre reanimados y tiendas de campaña como no había corrido nunca, y pasé al lado de un grupo de seis o siete de ellos que estaban devorando a otro desdichado en el suelo; el pobre infeliz aún movía el brazo hacia el aire, como rogando ayuda, mientras los seres le estaban destripando vivo. No iba a tener suerte, no tenía forma de acercarme hasta él sin que alguno de sus asesinos se me echara encima.

Un poco más adelante, una mujer de piel oscura, seguramente marroquí, corría dando gritos e intentando evitar que dos muertos vivientes la agarraran, pero sin poder evadirlos terminó acorralada por otros tres con los que se topó de frente. Los reanimados se abalanzaron contra ella y comenzaron a desgarrarla a base de mordiscos.

Pude meterle una bala entre las cejas antes de que acabara como el hombre destripado.

Fue más sencillo hacerlo la segunda vez. Era una estupidez haber dudado, ¿acaso no era más piadoso acabar con ellos de un indoloro e instantáneo disparo que dejarles morir descuartizados como animales? La respuesta era evidente.

A lado de la portería todavía quedaba una tienda de campaña de buen tamaño en pie, y un grupo de muertos estaba entrando dentro. De su interior surgían gritos, que por lo agudo que eran atribuí a niños. Los cadáveres, por lo menos cinco o seis, acudían como locos

atraídos por el olor de la carne viva, y los ocupantes de la tienda comenzaron a patalear histéricos hasta que la tienda cedió y cayó sobre ellos, convirtiéndose en bultos atrapados dentro de la tienda con un montón de muertos caníbales dentro deseando devorarlos.

No sabía cuándo había empezado a llorar, pero tenía lágrimas en la cara. No podía entrar ahí a matarlos, pero dejarlos morir de esa forma me parecía aún peor, solo eran niños.

Normalmente no nos permitían llevarlas dentro de la zona segura, pero cuando los reanimados llegaron a las puertas se nos armó a todos los soldados con una de granada de mano, y yo aún llevaba la mía colgando del cinturón.

No sabía si tendría la fuerza suficiente para hacer eso, pero la cogí y me acerqué a la tienda con ella en la mano. Dos de los reanimados que atacaban a los niños seguían fuera, cuando la tienda se les desarmó delante de sus narices fueron incapaces de encontrar la forma de entrar. Intenté evitarlos no yendo hacia la entrada, sino hacia el flanco posterior.

Los gritos de terror de aquellos críos me desgarraban los oídos mientras se retorcían bajo la tela acompañados por los cuatro muertos vivientes que si habían logrado entrar. Tenía que darme prisa o aquellos chiquillos lo pasarían muy mal antes de morir.

Con mi machete rajé la tela, abriendo un pequeño hueco por el que podía meter la granada. Le quité el seguro y respiré profundamente… la explosión y la metralla a tan corta distancia serían suficientes para matarlos al instante, sin sufrimiento, sin dolor.

Llegado el momento abrí el hueco de la tela y eché la granada en el interior. Ya iba a salir corriendo cuando una pequeña manita logró encontrar el agujero y sacar la mano fuera.

—Lo siento, lo siento mucho. —Susurré aun sabiendo que no podía escucharme por encima de los llantos de sus amigos, familiares o lo que fueran entre si esos niños.

Me levanté y me marché corriendo de allí, no quería pensar en lo que había hecho porque podía volver a derrumbarme, y no me podía permitir eso otra vez.

La granada explotó y yo caí al suelo de rodillas. No por la explosión, me había alejado lo suficiente como para no tener que preocuparme por eso, sino porque necesitaba agacharme para vomitar.

¿Cómo habíamos llegado a esa situación? Se suponía que las zonas seguras eran el único lugar a salvo de los muertos vivientes, les habíamos pedido a los civiles que vinieran encarecidamente cuando ya no tenían otra opción si querían vivir… ¿cómo podía haber acabado todo así de mal?

La distracción casi me sale cara, un reanimado me clavó una mano putrefacta en el hombro y se abalanzó contra mi cuello. Reaccioné a

tiempo y, con la culata del fusil, puse espacio entre su boca y yo mismo. Después, de un empujón lo tumbé en el suelo y pude verle cara a cara.

Andaba descalzo, con unos pantalones imposibles de reconocer de lo destrozados y sucios que estaban. Tampoco llevaba camisa y su pecho estaba cubierto de heridas infectadas, seguramente mordiscos; su cara era tan inexpresiva como la de todos los suyos. No pude determinar su edad, pero probablemente había pasado los cuarenta hacía tiempo.

De nuevo, no me molesté en dispararle. Me marché de allí todo lo rápido que pude, en parte por el muerto viviente y en parte por alejarme cuanto antes de la tienda de campaña. No quería ni mirar atrás para ver los efectos de mi granada, prefería no saber cómo había terminado aquello porque volvería a vomitar.

Llegué hasta el otro lado del campo sin cruzarme con ninguna otra persona viva. ¿Sería posible que yo fuera de los últimos vivos que había quedado en pie? Los reanimados que había ido dejando atrás me andaban siguiendo, eran por lo menos cincuenta y todos me miraban con ojos vidriosos y rostros cadavéricos.

Apartando a un par de seres con el fusil, salí del césped y entré al interior del estadio. Pensaba que si quedaba alguien con vida se encontraría allí, y no me decepcionaron. De un disparo acabé con la poca vida restante de un hombre que tenía un mordisco en la muñeca antes de que pudiera pedirme socorro, y siguiendo el largo pasillo que recorría todo el estadio me encontré con pequeños grupos de muertos vivientes devorando el cadáver de alguien a quien habían logrado cazar.

Finalmente me topé con otros soldados en las escaleras. Eran tres, iban armados con fusiles y pude ver en ellos el mismo miedo que había tenido yo unos minutos atrás, antes de darme cuenta de que ya estábamos muertos y de lo que debía hacer.

Alrededor de ellos había como una docena de cuerpos por el suelo, que por el estado de descomposición y el olor tenían que ser reanimados abatidos. Era posible que hubieran tenido tanto miedo como yo, pero éste no les había paralizado.

Los odié por eso.

Al verme llegar me hicieron un gesto para que me acercara. No tenía intención de dispararles, ellos tenían armas, tenían la capacidad de matarse ellos mismos cuando llegara el momento. Dos aún conservaban el casco, pero el otro debía haberlo perdido en la batalla; de los dos con casco, uno se pasaba la lengua por los labios a cada momento, y el tercero tenía todo el cuerpo lleno de pecas.

—¡Ven! Arriba hay civiles ¡Ayúdanos a cubrir la escalera! —me dijo el que estaba más adelantado, el de las pecas.

Menudos idiotas, les habría disparado por estúpidos. Había muchas más escaleras que seguro que nadie estaba cubriendo y por donde podían subir los reanimados. Y aunque no fuera así… ¿cuatro soldados para luchar contra una horda infinita de muertos vivientes?

"¡Gilipollas! Subid arriba y matad a los civiles limpiamente antes de que los muertos los devoren" me hubiera gustado gritarles.

Eso y muchas más cosas, pero también tenía preguntas que hacerles, de modo que me acerqué a ellos y me coloqué en posición de cubrir la escalera.

—Las salidas, por donde no había reanimados. —dije—. ¿Las abrieron?

—Si tío, una de las laterales. —me respondió el que no llevaba casco.

Debía tener mi edad y no lo había visto nunca, como a los otros dos; pero habíamos sido más de quinientos hombres protegiendo la Zona Segura, era imposible llegar a conocerlos a todos.

—Era tarde, para cuando las abrimos ya no podían escapar demasiados, pero vi salir al menos a cien personas y siguen abiertas, alguien más habrá salido. De la otra no sé nada.

Era un alivio saber que al menos unos cuantos habían logrado escapar. La mayoría de las salidas habían sido selladas a cal y canto para evitar tener que vigilarlas, y para que los seres tuvieran menos puntos de entrada. No sabía exactamente cuántas salidas eran, ya que no fue trabajo mío vigilarlas, pero sí sabía que la que utilizaban los que tenían misiones fuera del estadio, antes que de los muertos la bloquearan con su número, era la principal, y también que había un par más en los laterales.

—Si son listos irán al sur, hacia el castillo de San Fernando, allí seguro que no hay demasiados de estos mierdas. —masculló el pecoso.

Uno de esos mierdas se acercó desde el fondo del pasillo. Lo encañoné, igual que hicieron los demás, pero nadie disparó; aun esperaríamos a que estuviera mucho más cerca para eso, los muertos vivientes eran previsibles en sus movimientos, y un tiro certero valía por dos.

—Luego… no sé, podrían intentar bajar hasta la estación y salir de la ciudad por las vías del tren. ¿No creéis?

Medité sobre su razonamiento durante un segundo. Para seguir esa ruta tendrían que atravesar sanos y salvos la avenida de Salamanca. Un grupo de soldados lo tendría bastante difícil, por el centro de la ciudad los reanimados se contaban por millares, pero para un grupo grande de civiles era imposible. Solo su número les podría salvar… mientras la mayoría morían, algunos podrían llegar a huir.

Era descorazonador pensar en ello.

—Mejor que nosotros van a estar. —continuó el que no llevaba

casco; y no pude sino darle la razón, los que habían logrado salir al menos tenían una oportunidad.

Apretó el gatillo y acabó con la miserable existencia del reanimado al que todos apuntábamos. No fue un mal disparo, en pleno centro de la frente.

—¡Mierda! —dijo enseguida el tercer soldado, y no podría haberlo definido mejor.

Por el pasillo se acercaba una horda numerosa de muertos vivientes… demasiado numerosa. ¿Podrían haber sido los que me iban siguiendo? Era una posibilidad, no había forma de despistarles en tan poco espacio, y al entrar habían visto qué lado del pasillo había tomado.

Lo fueran o no, empezamos a disparar contra ellos. Nos habían entrenado para apuntar a la cabeza, de modo que no usábamos el automático del fusil de asalto; era importante que cada disparo contara, y si no les dabas en la cabeza no contaban para nada.

Cayeron varios… dos, tres, cuatro, seis, tres más unos segundos después… pero venían demasiados.

—¡Mierda mierda y mierda! —maldijo el de las pecas mientras daba un paso atrás.

Todos lo dimos, fuimos retrocediendo por la escalera conforme ellos se iban acercando, pero nos ganaban terreno paso a paso.

—¡Dispersémonos! —Les propuse.

Me pareció un poco tonto lo que estábamos haciendo, ¿de qué valía matar a diez más, si había cientos?

—Van a subir igual, intentemos dividirlos.

Eso último podía ser verdad, pero me daba igual que lo fuera o no; mi intención era apartarme de ellos y encontrar a los civiles. Tenía que matarlos antes de que esa horda que nos acosaba llegara hasta ellos y murieran igual, pero de una forma mucho más inhumana.

Me hicieron caso, cuando terminamos de subir las escaleras el pecoso acabó con unos pocos más, mientras que los otros dos se iban cada uno a un lado del pasillo.

—¡Corred! ¡Corred! —gritaban mientras ellos mismos seguían sus propias indicaciones.

“¿Correr a donde?” pensé.

Las tres salidas estaban más allá de nuestra capacidad para llegar hasta ellas. Estábamos atrapados, los muertos subían por las escaleras, y seguramente nos esperaban en ambas direcciones de los pasillos superiores.

El pecoso se fue por una dirección cuando se cansó de disparar a los que subían, y yo me fui corriendo por la otra, precedido por el soldado sin casco y un grupo de civiles que corría delante de él. Al pasar junto a la salida a las gradas, varios de ellos se separaron del

grupo principal y tomaron esa dirección; esos serían los afortunados. El soldado siguió adelante con la mayor parte del grupo, solo él sabía a dónde, y yo seguí a los otros.

La visión del campo de futbol desde un piso más arriba era dantesca. Docenas, cientos, quizá miles de muertos vivientes caminaban de un lado a otro, devoraban los cuerpos de los que acababan de matar, buscaban nuevas víctimas en las pocas tiendas de campaña que quedaban en pie, o simplemente merodeaban, que es lo que hacían siempre que no tenían a nadie contra quien lanzarse.

El grupo que seguía estaba compuesto por seis personas, dos de ellos debían ser pareja por cómo se cogían de la mano el uno al otro; y todos eran jóvenes, solo la pareja y otro más debían tener más años que yo. Asegurándome de tener balas para todos me acerqué, estaban hablando entre ellos, mirando en todas direcciones y casi ajenos al horror del campo de juego. Al ver que me dirigía a ellos una chica rubia y larguirucha se me acercó. Era bastante guapa, con unos ojos verdes espectaculares… lástima que fuera a morir.

—¡Podemos ir por allí! —gritó para hacerse oír por encima del ruido de la masacre que estábamos presenciando—. Si nos ayudas.

Me señaló la entrada al vestuario, justo al otro lado del estadio y a nivel del suelo. Tan solo cuatro muertos vivientes se interponían en el camino que pretendían seguir.

No era extraño que hubiera tan pocos porque a los cadáveres andantes les resultaba difícil desenvolverse con los escalones, eran demasiado torpes para subirlos con soltura, carecían de la coordinación necesaria para ello; en bajar solían ser más rápidos, ya que la mitad terminaban cayendo rodando y arrastraban consigo a la otra mitad. Aun así, había muchos cuerpos a medio devorar desperdigados, pero en mucha menor concentración que en el propio campo de juego, eso desde luego.

—Es la salida que desbloquearon. —insistió—. Ahora está abierta, si nos abres paso con el arma podemos salir.

Me detuve un momento a pensar en su idea, ya que cabía la posibilidad de que fuera realizable. Llegar corriendo hasta el otro lado no era muy difícil, en la grada apenas había reanimados, y si la puerta estaba abierta como ella decía era una oportunidad. El inconveniente era que no sabía lo que podíamos encontrarnos una vez en el interior del estadio, pero quizá fuera una opción.

—Tengo esto —dijo sacando una granada de mano de un bolsillo de su chaqueta—. Se la cogí a un soldado muerto, a lo mejor ayuda…

Aunque no me hacía gracia volver a coger una granada después de lo que había tenido que hacer con la ultima, se la quité de la mano rápidamente… nadie debería jugar con una granada de mano, pero mucho menos un civil que no sabía ni manejarla.

—Lo llevaré yo, vamos. —respondí adelantándome y colocándome en la cabecera del grupo para abrir la marcha.

No perdía nada por intentar buscar una salida con ellos, si al final no había otra solución siempre podía dispararles, pero si encontrábamos un lugar por donde escapar les habría salvado la vida llevándoles hasta él; no había cuestiones que hacerse.

Llegamos hasta el otro grado de la grada moviéndonos entre los asientos, sin más contratiempo que un cadáver casi completamente devorado que se había revuelto al vernos pasar y había agarrado a la chica rubia del brazo. Pero el pobre desgraciado ya no tenía la musculatura necesaria para alzarse y morder, así que de un golpe con la culata del fusil le quebré los huesos del brazo, haciendo que aquél monstruo la soltara.

No hubo tiempo de que me diera las gracias, teníamos que continuar o llamaríamos la atención de más reanimados.

En cuanto bajamos unas cuantas filas tuve que cargarme a dos seres más, no sin cierto fastidio; esas balas podía necesitarlas para las personas que me acompañaban si el camino que estábamos siguiendo resultaba ser un callejón sin salida.

Finalmente entré bajo techo de nuevo cuando saltamos de la grada y nos metimos por el pasillo que llevaba a los vestuarios. La salida de la que habían hablado no quedaba muy lejos, pero los muertos vivientes ya habían llegado allí.

Un reanimado a mi lado devoraba el cuerpo de un hombre tirado boca abajo, pero al tener comida que llevarse al estómago no me prestó la menor atención. Yo tampoco le presté atención por el momento, busqué la salida con la mirada y no me hizo ninguna gracia lo que vi cuando la encontré. Había una verdadera jauría de muertos custodiándola. La mayoría de ellos estaba en el suelo, devorando a la gente que había intentado salir y no lo habían conseguido; esos no eran preocupantes, ya que si te dabas prisa podías pasar a su lado sin que se dieran cuenta, como el que tenía al lado en ese momento. El verdadero problema era la docena que aún estaba de pie, merodeando entre sus congéneres y los cuerpos que se habían convertido en su almuerzo.

Si íbamos rápido podríamos pasar la mayoría de nosotros, pero lo más probable era que cogieran a alguien, y si disparaba para matarlos estaríamos aún más perdidos, porque el ruido llamaría la atención de los que comían y se nos lanzarían en manada.

Cuando los demás se colocaron a mi espalda, el reanimado que tenía al lado levantó la vista y me lanzó un gruñido antes de que le reventara la cabeza contra la pared de una patada. La bota y el pantalón se me llenaron de sangre, y algunas gotitas llegaron incluso hasta mi cara, pero la criatura estaba muerta.

Los demás apartaron la vista cuando vieron los restos destrozados de la cabeza del muerto caer al suelo. Me pareció realmente patético que tuvieran tantos remilgos después de ver morir a miles de personas delante de sus narices un momento antes.

—Hay muchos, ¿qué hacemos? —preguntó el hombre parte del matrimonio sin soltar la mano de su mujer, como si tuviera miedo de perderla si lo hacía.

Solo había una cosa que podía hacer para sacarlos a todos de allí, no era el mejor de los planes, pero era el que se me había ocurrido.

—Vamos a correr hacia la puerta, ignorad a los reanimados. —les indiqué señalando la salida con el dedo; en sus rostros se podía ver la confusión producida por las ansias por salir de allí y el miedo por tener que de atravesar una horda de esos seres para conseguirlo—. Yo dispararé a los que se acerquen, eso llamará la atención de los demás, pero para entonces ya estaremos fuera.

Esperaba que funcionara. En mi cabeza sonaba bien… bueno, sonaba jodidamente mal, pero podía funcionar. Si no lo hacía, seguramente moriría como un héroe de mierda intentando salvar sus vidas. No estaba mal para alguien que un momento antes estaba demasiado acojonado para salir y luchar.

—Esto no va a salir bien… —murmuró temerosa la chica rubia.

—Saldrá bien. —Respondí yo sabiendo que “bien” era un término muy relativo; al menos confiaba en que la mayoría de ellos lograra escapar—. No hay tiempo que perder. ¡Vamos!

Fuimos corriendo, pero esa vez no abría yo la marcha. Me quedé detrás porque los que iban delante era probable que pudieran salir sin problemas, pero los más rezagados iban a necesitar que les abriera paso.

Y así ocurrió, la chica rubia y el matrimonio, que eran los primeros, saltaron por encima de un cadáver y, para cuando los reanimados se dieron cuenta de que estábamos allí, ya estaban casi al lado de la puerta.

Disparé a los dos más cercanos, a uno lo maté y al otro le di en el cuello. En cualquier otra circunstancia habrían sido dos disparos certeros, pero con aquellos seres un disparo en el cuello era lo mismo que fallar.

Los muertos vivientes que comían en el suelo comenzaron a enderezarse mientras yo abría fuego de nuevo, abatiendo por fin al que había alcanzado antes y matando a otro más.

El matrimonio y la chica tocaron la puerta, los otros tres estaban cerca, pero los muertos nos acorralaban contra la pared cada vez más.

Los tres de la delantera se perdieron fuera del estadio de futbol. Tres estaban a salvo, había salvado a tres, eso era algo; tal y como estaban las cosas era mucho. Ahora tenían frente a ellos el reto de

atravesar una ciudad de Alicante arrasada por hordas de muertos vivientes hasta poder ponerse a salvo, si es que podían ponerse a salvo en algún lugar.

Los demás estábamos en un apuro mayor. No podía mantener un ritmo aceptable de muertes, y cuando se me acabaran las balas no tendría tiempo para recargar antes de que nos cogieran.

Sin pensarlo más puse el modo automático. No podría matarlos, pero con los impactos de las balas podría empujarles hacia atrás.

—¡Rápido joder! —les grité a los tres que quedaban por salir, e inmediatamente abrí fuego.

Las balas se lanzaron disparadas contra los cuerpos de los muertos, abriéndoles profundas heridas que salpicaban una sangre espesa y negra. Y durante un segundo eso los retuvo. Pero las balas se acaban siempre más rápido de lo que a uno le gusta en modo automático, y de repente me vi sin munición.

Otro logró salir, un muerto le dio un tirón y le rasgó la chaqueta, pero salió. El siguiente le dio un empujón al mismo reanimado y pudo salir también. Sin embargo, nadie más escaparía de la masacre. Por lo menos cuatro de ellos bloquearon la salida, y yo ya había tenido que zafarme de uno más de un empujón… los teníamos encima, estábamos perdidos.

Mi último acompañante, una mujer morena en la que no me había fijado demasiado antes, dio un grito desgarrador cuando un reanimado le mordió en el brazo, arrancándole un buen bocado de carne en el proceso.

Ya estaba muerta, aunque pudiera quitarle a los reanimados de encima no valdría de nada, la infección la mataría igualmente. El problema era que yo iba detrás de ella y, por lo tanto, también estaba muerto.

Ya no teníamos escapatoria, la puerta había sido completamente bloqueada por media docena de muertos vivientes, y el grupo se nos había echado tanto encima que no teníamos ni la posibilidad de retroceder e intentarlo por otra parte.

Como no tenía balas, no tuve más remedio que hacer lo que hice para acabar con todo. Agarré la granada que le había cogido a la chica rubia y le quité la anilla.

Un muerto viviente me agarró del otro brazo y se lanzó contra mi nuca, mordiéndome. El dolor fue atroz cuando estiró su cabeza hacia atrás, llevándose consigo un pedazo de mi cuello, y la sangre comenzó a brotar a borbotones.

“Solo quedan unos segundos” me dije.

A mi lado, otros dos reanimados estaban dando cuenta de la mujer, que finalmente había caído al suelo y tenía a dos seres sobre ella. Uno le mordía en la cadera, mientras que el otro seguía comiéndose su

brazo. Ella se revolvía intentando quitarse a los muertos de encima mientras lloraba y gritaba como si la estuvieran desollando, que más o menos era lo que le estaban haciendo… no soportaba escuchar esos gritos.

“Aguanta, solo son un par de segundos más”.

Estiró la mano sana e intentó agarrarme, suplicando ayuda. Yo no podía ayudarla, otro de esos seres maldito se me había echado encima y mordía mi camisa, mientras la sangre que me brotaba del cuello se esparcía por el suelo.

La Zona Segura había caído. Alicante estaba perdida, los pocos que habían logrado escapar y que sobrevivieran allí fuera eran todo lo que quedaba de los habitantes de la ciudad. Los muertos vivientes habían ganado y el premio eran nuestras vidas… en unas horas, el estadio, que al caer la noche servía de refugio a más de dos mil personas, sería solo un campo regado de sangre, cuerpos mutilados y muertos andantes paseándose entre ellos.

Mi vida no pasó por delante de mis ojos, como se dice que suele ocurrir, pero me acordé de mis padres, que debían haber muerto en algún lugar de estadio, y de los pocos amigos que me quedaban vivos que también se habían refugiado allí. Decidí que mis últimos pensamientos fueran para ellos, y mis últimas esperanzas para el deseo de que alguno fuera uno de los cien que aquél otro soldado había dicho que habían logrado escapar.

La mujer gritó… los gritos eran lo peor, pero afortunadamente para ambos la granada explotó de una vez por todas.

CARLOS

Aquellas horribles pesadillas me despertaron entre sudores fríos una vez más, pero las muy hijas de puta se fueron difuminando poco a poco, hasta desaparecer por completo en mi mente… como todas las que había tenido en los últimos dos días. Era difícil no tener pesadillas con todo lo que había ocurrido, y quizá olvidarlas era lo mejor.

Miré el reloj, que marcaba las cuatro y media de la mañana, y maldije para mí mismo. Desde que mis padres se fueron con mi hermana a la zona segura no había podido dormir una puñetera noche del tirón. ¿Y cómo iba a hacerlo? Encerrado en mi casa veinticuatro horas al día sin nada que hacer no paraba de dormitar a cada rato, y luego llegaba la noche y no estaba cansado. Pero lo de los últimos días ya pasaba de castaño a oscuro.

Todo se había convertido en una mierda. Dormido tenía pesadillas con esos malditos zombis, pero despierto tenía que afrontar que la pesadilla era real. Desde la ventana de mi habitación tan solo se podía ver el callejón donde los vecinos aparcaban sus coches, ahora prácticamente desierto salvo por un pequeño y viejo utilitario que no conocía y el monovolumen del vecino del cuarto. Todas las mañanas me asomaba, por si alguno de los famosos zombis que invadían la ciudad había entrado. No es que pudiera haberlo evitado en forma alguna, pero si una de esas criaturas estaba cerca de mi casa prefería saberlo. Además, a falta de internet, televisión, radio o periódicos, mirar por la ventana era lo más parecido que tenía a estar informado. Ni siquiera podía hablar con nadie, ya que me encontraba completamente solo en mi casa desde hacía ya casi tres semanas.

Cuando el asunto de los zombis se descontroló del todo, los militares evacuaron algunas zonas de la ciudad, pero nuestro barrio era más bien humilde y nuestra evacuación no fue prioritaria. Para cuando llegaron aquí, la gente ya no se atrevía a salir de sus casas. Mis padres se fueron con mi hermana pequeña cuando vinieron los camiones del ejército para evacuarnos, y con ellos todos los vecinos que no se habían marchado antes por sus propios medios.

Admito que lo de las zonas seguras no sonaba mal. El ejército había acordonado toda la zona de la plaza de toros, la Nueva Condomina y un colegio que había al lado, así como todas las casas de por medio. La gente se repartía entre la plaza, el estadio y el colegio, y un muro levantada por los militares les separaba de los zombis. Sencillo y

eficaz. Además, según había oído, también había militares en el Hospital Reina Sofía, por lo que era probable que toda esa manzana estuviera libre de zombis. Debía haber agua, comida y, lo que es más importante, gente armada.

Cuando aún había medios de comunicación se instaba a todo el mundo a ir a las zonas seguras de sus ciudades, el único lugar donde el ejército podría garantizar protección. Había leído por internet la prensa extranjera y, por lo visto, en otros países su fin original era acoger a la gente que había tenido que ser evacuada porque en sus lugares de residencia corrían peligro de encontrarse con zombis. Pero ni una semana después, cuando los muertos se descontrolaron definitivamente, no quedó más remedio que llevar allí a todo el mundo, lo cual había creado problemas de abastecimiento y espacio. Cómo había acabado aquello no tenía forma de saberlo estando completamente incomunicado.

Me levanté de la cama a desgana. Tenía sueño, pero sabía que no iba a poder dormirme otra vez tan pronto, de modo que decidí dar vueltas por mi propia habitación hasta coger el sueño. Me senté en la silla del ordenador y me quedé mirando la pantalla apagada durante un buen rato. El ordenador era lo que más echaba de menos, había matado miles de hora con toda clase de juegos online, y en ese momento no podía ni hacer un maldito solitario. Mi abuela me dijo una vez que vino de visita que, el día que me quedara sin internet, no iba a saber qué hacer… me había reído de la simple idea de que Internet pudiera desaparecer, pero las abuelas siempre terminan teniendo razón al final. Aunque, en honor a la verdad, el problema no era la Red, sino que no había luz eléctrica en ninguna parte.

Cuando se cortó el suministro, unos quince días atrás, me pasé una hora mirando los fusibles de la casa, que se encontraban detrás de la puerta de la entrada. No tenía ni puñetera idea de cómo funcionaban, pero tenía que intentarlo; estaba solo en mi bloque, que yo supiera, y no podía pedir ayuda a nadie. Mi padre sí que sabía de esas cosas, él habría sabido qué hacer, pero cuando me planté delante de la caja de fusibles solo vi unos interruptores negros y muchas letras cuyo significado se me escapaba. No me quedó más remedio que memorizar la posición en la que se encontraban e ir probando.

No sirvió de nada porque no era cosa de los fusibles. Los ascensores no respondían, ni tampoco la luz de la escalera. Por la noche me fijé en que las farolas de la calle tampoco se encendieron; se había ido la luz en todas partes, en toda la ciudad, y desde la ventana solo entraba oscuridad. Había sido un apagón general… tan general que no volvió a haber electricidad.

Frecuentemente, sobre todo en verano, cuando dormir con las ventanas abiertas era imprescindible para la supervivencia por culpa

del calor, me quejaba de las luces de las farolas cercanas. Siempre he sido muy delicado en ese aspecto, la más mínima luz no me dejaba dormir, pero esa noche lo que no me dejó dormir fue la oscuridad. Sin electricidad no tenía nada que hacer, solo pasar las horas muertas deambulando por mi casa como un fantasma, o como un zombi más.

Pese a todo, mucho antes de que aquello ocurriera el ordenador había perdido bastante atractivo como entretenimiento. Mucho antes de quedarme solo ya era imposible entrar en cualquier juego online, los servidores estaban caídos en su mayoría, y los que aún funcionaban andaban bastante escasos de jugadores. Tenía varios amigos que vivían en Sudamérica y con los que habitualmente jugaba cuando me pasaba la noche en vela delante de la pantalla, pero ninguno de ellos apareció en aquellos días. Según las noticias, la cosa había sido mucho peor en su tierra; cuando aquí estaban aún con campañas de vacunación y otras gilipolleces que no sirvieron para nada, allí los muertos ya se contaban por miles en las calles, y los militares lo controlaban todo. Solo podía esperar que también hicieran en sus países lo de las zonas seguras y que estuvieran bien.

En aquellas fechas el resto de la red era aún más inquietante que ver juegos, habitualmente desbordados de jugadores, completamente desiertos. Era imposible entrar en las redes sociales sin salir espantado. Algunos decía que los mayas tenían razón y que había llegado el fin del mundo, otros citaban la biblia, diciendo algo sobre de que los muertos ya no cabían en el infierno y por eso resucitaban. Pero no eran esas chorradas las que me asustaban, eran más preocupantes los usuarios que de repente dejaban de responder o de actualizar sus estados. Aunque no quería pensar en ello, tampoco podía engañarme, no todos habrían podido ir a las zonas seguras, y muchos habían muerto antes de que tomaran esa medida. Cada zombi era una persona muerta, y esos muertos habían salido de alguna parte.

Un tío que vivía en un chalet a las afueras de Madrid había creado un blog donde relataba todo lo que veía y lo que iba pasando. Me gustaba leerlo porque lo contaba todo muy clarito, con pelos y señales, y solía estar de acuerdo con su crítica a la actuación de las autoridades. Pero un día dejó de escribir. Su último mensaje, uno en que contaba cómo un vecino le había dicho, espantado, que había visto una horda de esos seres dirigirse hacia allí, era el peor de todos. Lo último que escribió fue que escuchaba los disparos de los militares muy cerca de su barrio, y que algunos de sus vecinos, presa del pánico, habían salido de sus casas, huyendo en sus coches o incluso a pie. Al final del mensaje decía que iba a echar la llave de su casa y a esperar a que todo pasara. No volvió a actualizar el blog ni a responder a los comentarios y correos de la gente que le preguntaba si estaba bien.

Todo aquello quedaba a un mundo de distancia, la crisis de los muertos vivientes, reanimados o resucitados, como había empezado a llamarlos la gente, había durado ya casi dos meses, y no tenía pinta de mejorar. No sabía qué estaba haciendo el ejército en ese momento para remediarlo porque, aunque eran los únicos que habían empezado a hacer algo útil, hacía mucho que no tenía noticias de ellos.

Los mensajes del gobierno desaparecieron de la tele en el momento en que se declaró el estado de alarma en todo el país, y desde ese instante únicamente emitían videos de militares de diversos rangos dando indicaciones de lo que los civiles teníamos que hacer. Primero recomendaban a los habitantes de algunos barrios que se dirigieran a los puntos de evacuación, pero más tarde, cuando salir a la calle era un peligro y la gente se quedó encerrada en sus casas, dijeron que enviarían vehículos del ejército protegidos a recogerlos para llevarlos a las zonas seguras. En uno de esos camiones se fueron mis padres con mi hermana Sara.

Al parecer, pese a todas las medias que se habían tomado, la plaga había adoptado los niveles apocalípticos que la prensa le otorgó desde el primer momento. Mucha gente había muerto, eso lo tenía claro, pero no podía ni imaginar cuántos podían ser. Me daba escalofríos pensar en que todos los evacuados de Murcia habían cabido en la zona segura… un lugar en el que, como mucho, debían haber cabido menos de diez mil personas en condiciones normales.

Era mejor no pensar en ello, porque podía ser desquiciante. Lo último que supe de mis tíos y mis primos fue que cuando todo empezó se marcharon a la casa que tenían en la huerta murciana, cerca de Puente Tocinos, donde creían que estarían a salvo. Tampoco sabía nada de mis amigos, tanto los de carne y hueso como los de internet; ni siquiera de mis compañeros del instituto. Como las líneas telefónicas no funcionaban, ni los móviles, ni nada de nada, no había forma de comunicarse con nadie. Si me pasaba el día durmiendo o leyendo no era solo porque no tenía nada mejor que hacer, era también para intentar pensar lo menos posible en todo eso.

Por más vueltas que le daba, ya que no tenía tampoco muchos otros temas en qué pensar, en mi opinión la culpa de todo lo que estaba pasando era únicamente de las autoridades, desde el gobierno hasta la mismísima Organización Mundial de la Salud, que para cuando fueron capaces de dar una explicación a este fenómeno ya era demasiado tarde. A finales de Diciembre llegó la noticia de que la enfermedad, que en ese momento pensaban que era una nueva cepa del Ébola o algo así, no solo había salido de África, su lugar de origen, y llegado a Asia, sino que ya se había instalado allí para quedarse. Luego el problema empezó también en Europa, aunque de forma más sutil. Primero fueron noticias que casi sonaban a broma. Una muy

comentada en las redes sociales fue la de un hombre de Cáceres que decía que su suegra había resucitado en la morgue y le había mordido. Hasta hicieron un monólogo en un late night de la televisión sobre aquello, pero nadie lo relacionó con los zombis, ¿cómo íbamos a hacerlo entonces? Hasta más adelante solo se hablaría de una enfermedad mortal, nadie había dicho nada de cadáveres caníbales, nadie nos había advertido del peligro de los zombis.

Luego las noticias fueron más preocupantes, dos personas decían que habían visto como un grupo de unos cinco o seis individuos que parecían borrachos, o quizá drogados, habían cogido a otro y le habían mordido hasta desfigurarlo por completo. La víctima murió horas más tarde por "complicaciones en sus heridas". Mucho más tarde sabríamos que esas "complicaciones" es lo que hacía tan peligrosos a los zombis. Las heridas que producían con sus mordiscos eran infecciosas y provocaban la muerte; y por si eso fuera poco, después de morir, el cadáver resucitaba como un zombi también.

Pero, como al principio no se sabía nada, los heridos por mordiscos eran atendidos y morían en los hospitales, donde luego se despertaban como muertos vivientes y atacaban a todo el que pillaran en su camino.

Por si eso fuera poco, se tardó mucho en empezar a utilizar fuerza letal contra ellos. Nadie podía creer que los muertos se despertaran y atacaran a los vivos, todos creímos que eran gente enferma y enajenada, y por lo tanto matarlos era un crimen. Hasta que no mostraron un documento médico grabado en video dónde, durante una autopsia, se veía como a una de esas criaturas se le extirpaban todos los órganos internos y seguía moviéndose e intentando atacar a todo el que le pasara por delante no nos convencieron de que esos seres estaban realmente muertos en todos los sentidos... salvo porque seguían andando y mordiendo.

El impacto que ese descubrimiento causó fue indescriptible. De repente, una ley básica de la naturaleza como es la muerte, había sido violada de una forma terrible. La consternación y el pánico de la gente llegaron a su máximo en los días siguientes.

Tras aburrirme de estar sentado frente a una pantalla vacía, comiéndome la una vez más con todo aquello, me asomé a la ventana para tomar aire fresco. Los dos coches que llevaban un mes aparcados junto al contenedor seguían allí, cubiertos de polvo; la farola seguía apagada desde que se fue la luz y la calle estaba llena de hojas secas, hojas de periódico que habían volado y bolsas de la compra desperdigadas. Los servicios de limpieza tampoco trabajaban hacía mucho.

Justo debajo de mi ventana, en la acera, había un gran charco de

orina seca. Era mía, y la causa era que hacía una semana que no tenía agua corriente. Ésta también se había cortado y no tenía pinta de que fuera a restablecerse, al igual que la luz. En casa siempre bebíamos agua mineral, y yo no gasto más de una botella de dos litros al día, con lo que aún tenía agua para aguantar otra semana, pero el asunto de la higiene era preocupante. Llevaba cinco días sin ducharme, porque no me parecía sensato gastar el agua que tenía en eso y, aunque podía orinar a través de la ventana, las aguas mayores eran otro cantar. Tras pensarlo mucho terminé recurriendo a usar bolsas de plástico, como si recogiera las cagadas de un perro. El método no era ni mucho menos agradable, pero algo tenía que hacer. Esas bolsas también estaban desperdigadas por la calle, no tenía sentido guardarlas en casa así que sencillamente las lanzaba con toda mis fuerzas lo más lejos que podía y allí se quedaban.

Después de pensar en desechos humanos un rato opté por intentar volver a dormir. No tenía nada con lo que distraerme por las noches y la oscuridad me impedía leer, de modo que era mejor dormir a esas horas e intentar aprovechar las mañanas para cualquier otra cosa.

Tardé bastante en quedarme dormido debido al asunto de la inactividad aunque, por suerte, al despertar por la mañana no recordaba haber tenido ninguna pesadilla más sobre zombis.

Después de levantarme, fui a la cocina y abrí el segundo armario al lado del frigorífico para coger unos cereales. La caja, llena tan solo una semana antes, apenas contenía cereales para un desayuno más. Aunque nunca fui de comer demasiado, el paso de los días hacía que las provisiones en la casa se fueran agotando sin remedio, y la que había conseguido para reemplazarlas estaban bien, pero no eran mi comida habitual.

Un par de días antes, para mantenerme ocupado en algo después de acabar de leer por segunda vez toda mi colección de libros y comics, me centré en el problema de la comida que comenzaba a agotarse y me decidí a hacer inventario de la que me quedaba.

Cuando mis padres se fueron cogí todo lo que había comestible en la casa y lo puse sobre la mesa de la cocina, para tenerlo controlado. Me pareció que allí había comida de sobra para aguantar el tiempo que hiciera falta pero, para mi preocupación, tras hacer un recuento rápido ese día descubrí había gastado mucho más de lo que pensaba. Todo lo que me quedaba era un paquete a medio gastar de pan de molde, varios bollitos industriales, dos pastillas de turrón que habían sobrado de las navidades (parecía mentira que hubieran sido hacía cosa de un mes) y varias latas de atún, mejillones, sardinas y esas cosas, además de cereales. La fruta había tenido que tirarla porque se había puesto mala, y cuando se fue la luz tuve que comerme todos los congelados que pude antes de que se echaran a perder. El resto se fue

por la ventana, con las bolsas de mierda, o estaban en el cubo de la basura.

Podría haberlos tirado al contenedor, pero lo cierto es que me daba miedo bajar a la calle. No había visto por la ventana ni uno de esos zombis, pero la mera idea de salir me daba pánico. Por no salir, no había ido ni al rellano de mi piso desde que se fue la luz. Era mucho más fácil tirar las cosas por la ventana, ¿quién se iba a quejar? Si alguien hubiera venido a quejarse lo hubiera abrazado. No se podía decir que fuera una persona muy extrovertida, pero desde que se fueron mis padres no había visto a ningún otro ser humano, y empezaba hasta a extrañar el sonido de mi propia voz.

Tras hacer el recuento de comida, decidí que había llegado el momento de realizar el plan que había trazado para cuando ésta empezara a escasear. Mi madre tenía las llaves de la casa de la vecina de enfrente, una mujer llamada Eulalia que debió cumplir los ochenta en la Transición, por lo menos. Como se llevaban muy bien, un día decidieron darse las llaves de la casa, por si hubiera necesidad. Después de que se fueran mis padres, cuando puse toda la comida útil sobre la mesa de la cocina, tomé la decisión de que, en cuanto me faltara qué comer, iría a su casa a reponer existencias. Como ir a un supermercado no era una opción, no tenía más remedio que abusar de la confianza de la señora Eulalia.

Pese a todo, llegado el momento no fue una idea que me gustara tener que realizar. Eso de colarse en una casa ajena y saquear la despensa no estaba bien. Por otra parte, tampoco tenía otra opción, no iba a morirme de hambre, y siempre se le podría pagar lo que hubiera cogido. Durante un momento se me vino a la mente la imagen de mi padre pagándole a la vecina la comida robada y lanzándome miradas de reproche. Pero quedarme sin alimentos era un problema que me preocupaba más, así que intenté disipar mis dudas repitiéndome que no tenía más opciones si no quería morirme de hambre.

No tuve ningún motivo en concreto para elegir ese como el día en que ir a saquear la despensa de doña Eulalia, pero como no tenía nada mejor que hacer preferí tomar el toro por los cuernos y solucionar esa situación mientras la situación de la comida no fuera una urgencia y no tuviera que hacerlo por obligación.

Poco entusiasmado por estar a punto de realizar la primera actividad física en semanas, y mucho menos entusiasmado por tener que abandonar temporalmente la seguridad de mi hogar, aquella mañana dos días atrás me quité el pijama y me puse n chándal viejo. También me calcé con unas zapatillas de deporte porque no me gustaba salir de casa en unas zapatillas de andar por casa, su propio nombre delataba su función exclusiva. Una vez vestido, y tras mirarme las greñas y la ridícula barbita que me había crecido en esos días al

espejo durante unos minutos en el espejo, acumulando fuerzas, me dirigí a la alacena a buscar las llaves del piso de la vecina… y me topé con que el cajón donde normalmente las guardamos contenía más llaves de las que habitualmente se encontraban allí.

Hasta ese momento no había tenido ningún motivo para recordar que mi padre había sido presidente de la comunidad ese año. Él guardaba las llaves de todas las zonas comunes del edificio: los motores de los ascensores, el cuarto de contadores, el cuarto de basuras, el trastero, la terraza… todas estaban allí, etiquetadas y ordenadas en llaveros. Además de esas llaves comunitarias, se encontraban allí las mías, las de la casa de campo de mis tíos, de las cuales mis padres tenían una copia, y las que buscaba, las del piso de doña Eulalia.

Cogí la que había ido a buscar, pero una nueva idea se estaba formando en mi cabeza… con esas llaves podía acceder al trastero, allí seguro que había algo útil que algún vecino hubiera dejado almacenado años atrás. A diferencia de la comida, eso ni siquiera era robar, ya que no pensaba quedarme permanentemente con nada. Tan solo las horas que pasaría revisándolo todo ya hacían que mereciera la pena. Si algo había descubierto esos días es que hay que mantener la mente ocupada en algo como sea. Cuando me quedaba pensando en las musarañas, las musarañas se transformaban rápidamente en caras de conocidos de los cuales no sabía qué había sido, y en la impotencia de no saber cuándo iba a acabar todo y si el mundo volvería a ser el que era antes de que apareciera el primer zombi.

No obstante, dejaría aquello para más adelante, ya había decidido que tenía que reponer la comida gastada, y eso, además de ser más prioritario, era suficiente aventura en un día para mi

La puerta de mi casa estaba cerrada con llave y con un cerrojo. Toda precaución era poca porque en las noticias habían dicho muchas veces que las casas de los evacuados habían sufrido saqueos. Mi padre era autónomo antes de que todo empezara, y la crisis se estaba cebando con la economía de la familia; cuando empezaron a llegar las noticias de algunas casas de personas evacuadas habían sido saqueadas se llevó las manos a la cabeza, y con razón… no podíamos permitirnos que nos robaran si nos marchábamos, y aquello nos podía poner en peligro a todos. Mi madre quiso irse a la casa de la huerta con mis tíos, pero mi padre se negó a dejar la casa vacía y abandonada, y solo cuando la cosa se puso aún peor y no hubo más remedio que ir a la zona segura escoltados por militares terminó cediendo. Sin embargo, sus temores a que saquearan la casa no habían disminuido y yo, que ya era mayor de edad y quería colaborar, me ofrecí para quedarme en ella mientras todo aquello durara.

Mi madre puso el grito en el cielo cuando le expliqué la idea, pero

tuvo que rendirse a la evidencia. Conmigo en el piso estaría a salvo, ya que podría tener la puerta atrancada, y con una sola persona comiendo podía aguantar mucho tiempo encerrado… todo el tiempo que pensábamos que los militares iban a necesitar para limpiar la ciudad de muertos.

Llegado el momento de volver a abrir aquella puerta que tan firmemente había cerrado tras la marcha de mi familia me costó desatrancarla, pero no por los cerrojos, sino porque de repente fui consciente de lo valiosa que era sensación de seguridad que tenía dentro de mi hogar. Allí estaba protegido, resguardado e incluso caliente, aunque ya no hubiera calefacción y las noches fueran frías. Pero en la calle había zombis, muchos zombis, miles, cientos de miles si la televisión no exageraba antes de que dejaran de emitir. Y salir al rellano era estar un paso más cerca de la calle, más cerca del último lugar del mundo al que quería acercarme.

Eché un vistazo por la mirilla para asegurarme de que no había nada en el rellano y, después de hacerlo, resoplé y me sequé las manos, que habían empezado a sudarme de repente.

“Venga Carlos, solo es salir al rellano” me dije infundiéndome ánimos… salir fuera se me estaba haciendo tan duro como si sufriera de agorafobia, y estaba muy tentado de darme la vuelta y volver a la cama.

Tras resoplar un par de veces más, terminé armándome de valor, o quizá de imprudencia, y girando el pomo abrí la puerta para salir al rellano de una vez por todas.

Una mosca atontada parecía incapaz de encontrar la rendija de la ventana del entresuelo, que quedaba a mi izquierda bajando las escaleras. No pensé que iba a sentir tanto miedo, pero el estar fuera de casa me supuso un mazazo, y durante unos segundos me quedé parado sobre el felpudo, intentando no pensar en nada. La idea de que un zombi pudiera haberse colado y estuviera paseándose por la escalera me parecía a cada segundo más plausible y probable.

“Ahí no hay nada, no seas cobarde” repetía mentalmente luchando por reunir el valor suficiente para dar el primer paso.

Lo primero que hice cuando por fin pude echarme a andar fue ir a asomarme por el hueco de la escalera, para cerciorarme de que mis palabras de ánimo a mí mismo eran ciertas. Por suerte, y para mi tranquilidad, allí no había nada; la escalera estaba completamente vacía y silenciosa… tan vacía y silenciosa como no la había visto nunca. Se me hacía raro no escuchar los chismorreos y las peleas de las vecinas, tan habituales cuando el edificio estaba lleno. Sin ellas, aquél lugar parecía muerto, y eso tampoco me alentaba demasiado.

En realidad, la mitad de los vecinos se marcharon por sus propios medios antes de que los militares llegaran, cuando hacer eso todavía

era posible. La mayoría se fueron a la zona segura, pero otros disponían de casas en el campo o en la playa, y como en la televisión se comentó la hipótesis de que un virus o bacteria podría ser el causante de todo lo que estaba ocurriendo, algunos optaron por alejarse a esas zonas menos pobladas. Deseaba de corazón que les hubiera ido bien aquello que, a mi juicio, tenía mucho sentido; cuanta menos gente, menos zombis potenciales.

La otra mitad del edificio debió irse cuando llegaron los militares. Desde la ventana pude ver que el camión donde los subían, con las escasas pertenencias que les habían dejado llevarse, estaba casi lleno de gente cuando se puso en marcha en dirección a la zona segura.

Aún inquieto, pero un poco más aliviado sabiendo que no había nada peligroso por allí acechando, cerré la puerta de mi casa y me encaminé hacia la de mi vecina. Temí durante un segundo que, si entraba, pudiera sonar una alarma… pero entonces recordé que llevaba días sin electricidad. No tenía ni idea si esas cosas podían funcionar sin luz, pero me parecía un poco tonto que un simple apagón, o alguien cortando los cables, pudieran anularla. Por otra parte también había oído que el objetivo de esas alarmas era más disuasorio que otra cosa, y se supone que protegía casas, no búnkeres secretos; nadie se iba a poner a cortar la luz para colarse en una vivienda.

Al final no sonó nada cuando abrí la puerta y me colé dentro.

Nada más entrar me sentí como un intruso allí, lo que, de hecho, era cierto, y también como un ladrón. Un ramalazo de mala conciencia casi me hizo abandonar antes de empezar, pero recordé que en casa solo tenía latas, turrón y bollitos cada vez más duros; sencillamente necesitaba hacerlo antes de empezar a pasar hambre… y ya había llegado hasta allí, no iba a marcharme para tener que repetir todo aquello otro día.

La distribución de la casa era como la de la mía, aunque puesta frente a un espejo. El pasillo de la entrada giraba al a derecha en lugar de a la izquierda, y las habitaciones estaban al lado contrario, pero básicamente era igual. Todo estaba muy bien ordenado; pese a ser una persona mayor, Eulalia siempre tenía fuerzas para tener su casa en orden. El día que nació mi hermana tuve que quedarme allí a dormir, porque mis padres estaban en el hospital y yo solo tenía ocho años, y la decoración, que se me antojaba de un estilo anticuado entonces, no había cambiado en los diez años que habían pasado.

La cocina levantó mis ánimos como nada lo había hecho desde que me quedé sin agua y sin luz. Nada más entrar vi una longaniza colgando de la pared. Tras varios días comiendo latas de mierda no pude evitar lanzar una carcajada, que sonó extrañamente fuera de lugar en el mundo silencioso en que vivía ahora. Por las mañanas

solían despertarme los coches, las personas hablando por la calle, o incluso los perros ladrando… pero hacía mucho que esos sonidos se habían callado. Tan solo los gorrioncillos piaban por encima de un silencio sepulcral que hacía que hasta el sonido del viento soplando resultara escandaloso, y no digamos ya una carcajada humana.

Agarré la longaniza y la puse sobre la mesa de la cocina. Luego abrí la nevera y me encontré con que estaba casi llena. La mayoría de cosas estaban estropeadas, no me costó deducir que cuando se fue la luz terminaron echándose a perder con el paso de los días, pero aun así había bastante comida aprovechable. Todo lo que necesitaba frío en mayor o menor medida se había estropeado, y el queso tenía moho, pero encontré un bote de paté sin abrir, otro de mermelada de arándanos, mi favorita, varias botellas de zumos de diversos sabores, también una botella de agua a mitad y una piña sin abrir que esperaba que aún estuviera buena.

Lamenté no haber ido unos días antes, había cosas que podría haberme comido antes de que se pusieran malas, pero ya no podía hacer nada al respecto.

El congelador era más de lo mismo, pero peor. Algo que había guardado ahí dentro doña Eulalia se había descongelado y se había puesto a chorrear por todas partes, pringándolo todo. Podría haber buscado más a fondo pero no tenía ganas de hurgar entre carne descongelada pasada y gambas rancias, así que cerré la nevera y me dirigí al plato fuerte.

No esperaba que en el frigo hubiera nada importante, en realidad esperaba que tuviera una buena cantidad de conservas y latas en los armarios, y no me vi defraudado. En sus cajones guardaba tres botes de fabada, unos espárragos y varias pastillas de chocolate. Además había pan de molde, roscas y pan tostado. Pero de lo que más tenía era pasta, arroz e incluso varios sobres de comida deshidratada, lo que no me servía para nada. No había gas, no había electricidad, como no hiciera una hoguera con los muebles como combustible no tenía forma de calentar agua.

Lo que no podía usar se quedó allí, lo demás lo puse sobre la mesa para llevármelo cuando me fuera. Tenía pensado echar un vistazo al resto de la casa, ya que no me venía mal un poco más de papel higiénico, y quizá otros productos de primera necesidad. Mi conciencia, que un rato antes me decía que entrar a coger comida estaba mal, se había quedado en un sospechoso silencio de repente.

Además del papel higiénico, que fue una buena idea, y algunas bolsas de plástico que también cogí de la cocina, no había mucho más. No necesitaba ropa de mujer mayor, ni más mantas o sábanas, ni cosas del cuarto de baño; pero el paseo por el piso sí que me sirvió para recordar que el balcón del comedor de su casa daba a una calle

distinta a la única que yo podía ver desde la mía.

Todas las ventanas de mi casa daban al callejón, donde solo podías ver el propio callejón y un trocito de la calle de enfrente, pero desde el piso de mi vecina se veía toda la calle de atrás, de un extremo a otro. Hasta entonces, mi contacto con los zombis había sido a través de la televisión o por videos en internet, jamás había visto uno en carne y hueso, pero los militares habían pasado por el barrio, lo habían evacuado completamente, y eso significaba que tenía que haber zombis por las calles, como en el resto de la ciudad.

Me resultaba tan difícil asimilar que la calle, donde de pequeño mi madre no me dejaba jugar por miedo a los coches que pasaban, estuviera poblada de cadáveres reanimados y caníbales que no me quedó otra opción que aventurarme a echar un vistazo fuera a través de la ventana.

No hizo falta más que acercarme, no tuve ni que salir al balcón para ver a uno de aquellos seres plantado en mitad de la carretera… inmediatamente di un paso atrás, estremecido. Su aspecto era horrible; era una persona, si, pero no lo era en realidad, solo parecía una persona, únicamente un idiota lo habría confundido a eso con alguien vivo. Su piel estaba pálida, apergaminada, como muerta, e incluso podrida en algunas partes; era un hombre, no habría sabido decir la edad, pero no muy mayor, llevaba una camisa blanca rota por varios sitios y unos vaqueros desgastados y sucios. Tenía una herida horrible en el hombro, que estaba completamente cubierta de sangre coagulada.

Sentí una mezcla de miedo y lástima cuando le vi moverse. Su andar era torpe, como el de un borracho a punto de caer en un coma etílico.

“Dios, pero, ¿qué te han hecho?” me pregunté con aprensión y tragando saliva.

Tenía un sabor raro en la boca, el mismo que tenía siempre que sentía angustia y estaba a punto de vomitar, y tenía buenos motivos para ello… había un hombre allí fuera, un hombre muerto, un pobre hombre al que un zombi había mordido y había transformado en uno de ellos a su vez. De repente, y por primera vez desde que todo empezara, fui plenamente consciente de que, detrás de cada zombi, había una persona que había muerto de una forma sangrienta y grotesca… esa idea tan horrible me hizo sentirme tan mareado que tuve que sentarme en el sofá del comedor.

Sin embargo, aun recuperándome de aquel mareo, me di cuenta de que todavía no había pasado lo peor. A unos metros del hombre con el hombro herido apareció una mujer, a la que le faltaba la carne de toda la mandíbula y que se tambaleaba aún más torpemente que el hombre por la calle, de un lado a otro, sin un rumbo fijo, solo deambulando.

Horrorizado por aquella segunda visión, seguí con la mirada el lento caminar de aquella zombi, casi hipnotizado. Desgraciadamente no estaba sola, siguiendo sus pasos había otro zombi más, y otro detrás... impasibles a su estado de muertos, pasaron por delante del balcón por lo menos diez de esas criaturas, tambaleándose de un lado a otro, con las miradas perdidas y la carne pudriéndose al sol del invierno.

La impresión me paralizó completamente. No podía hacer otra cosa que mirar embobado y con la boca abierta la multitud de muertos vivientes desfilando delante de mí. Era horrible, y no solo por el drama humano de esa gente… si esa calle estaba así, ¿cómo estarían las demás? No había nada en especial que pudiera atraerlos hacia allí, era una calle más de las muchas que componían mi barrio. ¿Estaba toda la ciudad así? ¿Con tantos de esos seres?

Las manos me temblaban casi descontroladas cuando me puse en pie de nuevo. Sentía palpitaciones en el pecho de lo rápido que me latía el corazón y, de repente, me sobrevinieron unas nauseas tan fuertes que me tuve que dirigir dando trompicones hacia el cuarto de baño para arrodillarme al pie de la taza del wáter.

No vomité, pero me quedé ahí tirado en el suelo, incapaz de recomponerme durante varios minutos. No esperaba impresionarme tanto, había visto a esos seres en las noticias y en internet, los había visto incluso con morbo y curiosidad en ocasiones. Los últimos días no hablaban de otra cosa, literalmente, y siempre había imágenes nuevas de esos seres, pero era tan increíble la idea de que los muertos se estuvieran levantando para devorar a los vivos y transformarlos también en zombis que no había sido capaz de asimilarla. Estaba tan seguro en mi casa, tan ajeno a todo lo que pasaba fuera, que no me di cuenta hasta ese momento de lo real que era todo. Los zombis estaban ahí, no en un video de internet, y la gente que había muerto no eran solo números en la portada de un periódico, era gente de carne y hueso que ahora se tambaleaba en la calle trasera de mi edificio. Por culpa de la televisión e internet los había deshumanizado, y solo mis propios ojos me habían traído de vuelta a la realidad que se estaba viviendo.

Recordé con qué estúpida alegría le había propuesto a mi padre quedarme en casa, haciendo de perro guardián. Seguramente habría interpretado como valor lo que era simple inconsciencia. ¿Cómo se me había ocurrido quedarme en mi casa cuando los militares estaban evacuando a toda la puta ciudad? No era más que un idiota, ellos estaban luchando contra los muertos vivientes mientras que yo había hecho lo que haría el típico adolescente imbécil de película de terror que no es consciente del peligro al que se enfrenta… pero mi película era muy real y no tenía forma de escapar de ella.

Esa perspectiva me dio casi tanto miedo como los zombis de abajo.

En cuanto me recompuse un poco me puse en pie y regresé a la cocina. Me convencí de que, tarde o temprano el ejército limpiaría de zombis las calles y todos recuperaríamos nuestras vidas. Me esforcé en borrar la imagen de los zombis de mi mente y continuar como si no hubiera visto nada... aunque sabía que aquello era imposible, todavía temblaba un poco y el corazón me latía más deprisa de lo normal... además de que sentía ganas de echarme a llorar.

Para salir de allí lo más rápido posible metí en bolsas toda la comida que había recogido y luego lo llevé hasta mi casa. Cuando cerré la puerta tras de mi le di cuatro vueltas a la llave y la atranqué con todos los cerrojos que tenía.

Intenté distraerme el resto de la mañana y pensar en otra cosa colocando todo lo que había traído sobre la mesa, juntándolo todo con mi propia comida. Con lo cogido a mi vecina podría aguantar fácilmente quince días más, lo que significaban quince días sin tener que volver a asomarme fuera de mi casa, el único lugar donde me sentía a salvo. En ese tiempo estaba seguro de que hasta los cadáveres andantes se habrían descompuesto.

Pero, pese a mis intentos de tranquilizarme, durante los dos días siguientes lo pasé realmente mal. No volví a salir de la casa y las pesadillas no dejaron de acosarme, con mayor intensidad que antes incluso, haciendo que los días tampoco fueran especialmente agradables y que me pasara la mitad de las noches en vela, como la última.

Sin embargo esa mañana, después de mi segunda noche con pesadillas y estando ya completamente agotado, había decidido que no podía dejar que la mala experiencia en la casa de mi vecina me hundiera. En una ocasión leí un relato sobre un naufrago que, después de estar a la deriva durante días, enfrentado a sus demonios interiores, terminaba perdiendo la cabeza. Convencido de que podía acabar así si dejaba que los zombis me obsesionaran, decidí distraer mi atención con cualquier cosa antes de volver a pensar en ellos, así que me centré en qué hacer con las llaves que guardaba en la alacena. Tenía clarísimo que iba a subir al trastero a echar un vistazo por si encontraba algo útil, aunque fuera un juego de mesa al que pudiera jugar yo solo para matar el tiempo, pero antes de hacer eso quería hacer una inspección de todo el bloque…

Había dejado pasar días y días demasiado felizmente, sin hacer nada, y no sabía cuál era la situación en el resto del edificio. Quería revisar cada rellano y llamar a cada casa para asegurarme de que nadie más seguía viviendo allí, y, sobre todo, de que ningún zombi se había colado dentro; el vistazo superficial que había hecho desde mi piso no era suficiente, la simple idea de ver un zombi paseándose por

el rellano me ponía los pelos de punta, y quería estar seguro de que el edificio estaba a salvo de esos seres. Sabía que era poco probable que me encontrara con nada, pero tenía que estar seguro al cien por cien para empezar a dormir tranquilo, cosa que necesitaba urgentemente. Como no tenía ningún motivo para retrasarlo más que mis propios miedos me puse a ello esa misma mañana.

Salir al rellano de mi casa volvió a costarme unos segundos de preparación mental, pero una vez fuera fue más sencillo que la primera vez, y mucho más sencillo de lo que me esperaba.

"Ya sé que aquí no hay nada" me dije mientras daba el primer paso fuera, "entonces, ¿por qué tener miedo?"

Algo más relajado sabiendo que todo parecía estar yendo bien, lo primero que hice fue subir al cuarto piso, y luego a la azotea, a comprobar que estuvieran despejados. El rellano del cuarto estaba vacío, pero alguien se había dejado una sábana colgada en el tendedero de la azotea que, por lo demás, también estaba vacía.

Tras inspeccionar el segundo y primer piso bajé a la planta baja, el lugar potencialmente más problemático. Gracias a mi ventana, que daba al callejón, donde también se encontraba la entrada al edificio, sabía que no había ninguno de esos malditos zombis rondando por allí; pero aun así, al otro lado de la puerta estaba la calle, y la calle ya era exponerse demasiado. Los cristales del portal eran ahumados y no dejaban ver bien lo que había fuera, pero desde el exterior solo se veía el reflejo de quien miraba, por lo que era imposible que alguien viera lo que ocurría dentro. Me aseguré de que la puerta estuviera bien cerrada dando un tirón antes de dejarlo. Durante semanas no se había asomado un zombi por allí, no había ningún motivo para que lo hiciera en el futuro y, aunque así fuera, no tenía ningún motivo tampoco para intentar atravesar el portal.

Una vez seguro de que el edificio estaba limpio, fui puerta por puerta llamando a todas las casas. Los timbres no funcionaban, así que apenas había terminado con la segunda planta cuando empezaron a dolerme los nudillos de golpear puertas. Nadie contestó, y no fue porque no insistiera; llamaba con todas mis fuerzas y durante un buen rato, e incluso gritaba los nombres de los vecinos a los que conocía, pero no debía haber nadie… era cierto que estaba completamente solo allí.

Aunque nunca le había dado demasiada importancia a la compañía, volviendo a casa me abatió un poco saber que era el único habitante del edificio. No es que les tuviera especial aprecio a mis vecinos, pero haber sabido que no estaba solo viviendo aquello me habría hecho que fuera mucho más llevadero y, si alguien más se había quedado, significaba que quizá no era una idea tan tonta como me estaba pareciendo el haberlo hecho.

“Supongo que, mientras no vea un zombi otra vez, todo irá bien” me dije, prometiéndome no volver a acercarme a una ventana sin podía evitarlo.

Al menos estaba a salvo, tenía comida y, en cuanto entrara en el trastero, seguramente tendría algo con qué entretenerme hasta que todo se arreglara. Si todo iba bien no tendría problema en aguantar hasta que el ejército limpiara la ciudad y todo volviera a la normalidad.

Dejé que llegara la tarde para subir a registrar trastero. Antes, me comí una de las latas de fabada de Eulalia mientras escuchaba música en mi radiocasete a pilas… no tenía música actual en un formato que ese aparato arcaico pudiera leer, así que tuve que conformarme con algunos casetes antiguos, pero sirvió para tenerme distraído durante un rato. Hasta entonces solo había utilizado ese aparato para poner la radio. Cuando se fue la luz era la única forma que tenía de recibir noticias del exterior, pero tampoco es que recibiera mucho; lo único que se escuchaba eran las emisiones de emergencia, que instaban a trasladarse a las zonas seguras, y eso en las emisoras que todavía emitían. Con el paso de los días, todas terminaron sumiéndose en el silencio, como había pasado con la televisión, y me olvidé de él hasta que mis otros aparatos de música se quedaron sin batería.

Mientras volvía a subir la escalera, por primera vez no me sentí inseguro fuera de mi casa… mi casa era ya todo el edificio, lo había revisado y me había asegurado de que no había nada que temer moviéndome por él. Fue un sentimiento agradable después de dos días no sintiendo más que miedo y angustia.

El trastero se encontraba sobre el cuarto piso, en el rellano anterior a la puerta de la azotea. El edificio era de construcción antigua y tan solo había un gran trastero para todo el bloque, así que la gente se abstenía de guardar allí cualquier cosa de valor y se limitada a dejar aparcada toda su mierda. Sabiendo eso, no me extrañó que lo primero que me encontrase allí dentro fuera polvo… más polvo aún del que te encuentras cuando le quitas la carcasa a un ordenador después de meses sin limpiarlo.

Sin embargo, tras la roña encontré hallé toda una galería de artículos viejos, desgastados e incluso rotos que los vecinos habían decidido guardar donde no molestaran mucho.

Había varios botes de pintura a medio usar en un rincón, y muchos muebles viejos tapados con sábanas al fondo. Un juego de cañas de pescar se encontraba encima de unas maletas y, junto a ellas, se amontonaban varias cajas de cartón, medio rotas por el paso del tiempo. También había una bicicleta pegada a la pared, una bici de montaña que parecía en buenas condiciones, pero como ni me

gustaban las bicicletas, ni tenía donde usarla, la dejé donde estaba.

Decidí empezar echando un vistazo a las cajas; había como seis o siete apoyadas en una pared, y dos de ellas eran bastante grandes. Las dos más pequeñas contenían mantas y sábanas que no me servían de nada, porque ya tenía de sobra en mi casa y, si necesitaba más, podía cogerlas de casa de Eulalia, que estarían más limpias que esas.

En otra de las cajas había toda una colección de cintas de video. Ni me molesté en mirar los títulos, no solo no tenía ya un aparato que reprodujera cintas de video, sino que, aunque lo hubiera tenido, no había electricidad para ponerlo en marcha… era una lástima, porque habría sido una distracción ideal dejar pasar los días viendo películas.

En la siguiente caja había un disfraz de vampiro para niño. No conocía a todos los vecinos, pero sabía que no había ningún niño con la edad necesaria para ponerse un disfraz tan pequeño, de modo que debía llevar ahí muchos años. También encontré varios juguetes, un par de peluches enmohecidos y piezas de construcción sueltas en el interior… en resumen, nada interesante.

La quinta caja pesaba bastante, y con razón, porque contenía un juego de pesas, una caja de herramientas y un pack de sartenes viejas.

Ya empezaba a pensar que no iba a encontrar nada útil y que aquél trastero más parecía la casa de alguien con síndrome de Diógenes, cuando abrí la sexta caja y me llevé la sorpresa. Sabía que el vecino del segundo, antes de tener a ese bebe tan llorón, había practicado varios deportes, pero no me imaginé que sus cosas estuvieran allí. Había un par de espinilleras negras, sin tobillera, pero que pesaban más de medio kilo y parecían de buena calidad; también un juego de protectores del antebrazo, de color blanco y que también pesaban lo suyo. Un casco de bicicleta rojo, que sin duda iría a juego con la bicicleta de la pared, completaba el paquete.

“Seguro que unos podridos dientes humanos no pueden atravesar esto” pensé con las espinilleras en las manos, mientras en mi mente se fraguaba una idea terrible…

La última caja también debía ser del vecino del segundo, porque estaba llena de material de escalada. Una cuerda, una brújula, varios ganchos e incluso un piolet de más de medio metro, pero que resultaba bastante ligero. También encontré una nevera eléctrica, que no servía para nada, una tienda de campaña en la que, según la caja, cabían seis personas, y un bidón con grifo y con capacidad para treinta litros. Me tentó llevarme el bidón para guardar ahí toda el agua que tenía y ahorrarme tanta botella, pero lo descarté; con las botellas podía saber el agua que me quedaba en cada momento y podía controlar mejor cuánta bebía.

El resto del trastero era menos interesante. Se componía principalmente de ropa desechada, cortinas viejas, algunas sillas

plegables y demás trastos inútiles; de modo que cogí la caja que me interesaba y bajé cargando con ella a mi casa.

Lo primero que hice fue colocar su contenido sobre mi cama. Tenía unas espinilleras, protectores del antebrazo y un casco… si hubiera encontrado unas rodilleras y unas coderas tendría casi una armadura entera, a falta de un peto, y algo que protegiera la entrepierna, y los hombros… pero aun así, como uniforme de combate aquello tenía buena pinta. Por supuesto, no tenía ninguna intención de utilizarlo, del mismo modo que no tenía ningún motivo para querer salir a la calle, pero me tranquilizaba saber que lo tenía si surgía la necesidad. Mejor tenerlo y no necesitarlo que necesitarlo y no tenerlo.

En invierno anochece muy rápido, así que apenas tuve tiempo de probarme mis nuevos complementos y echarme un vistazo en el espejo antes de que oscureciera. Tenía un aspecto ridículo, pero tampoco había nadie para fijarse en ello, de modo que, ¿qué importancia tenía si gracias a eso yo me sentía más seguro?

Como no era nada cómodo andar con eso puesto, me lo quité y lo volví a dejar en la caja de donde lo había sacado. Ésta la coloqué en un rincón, por si alguna vez me hacía falta su contenido para defender mis dominios.

Estaba solo en el edificio, ahora esa era mi fortaleza, y ningún zombi iba a lograr entrar en ella. Me propuse para el día siguiente encontrar la forma de colarme en las casas de los demás vecinos, donde era seguro que conseguiría más comida y más agua. Me daba igual que eso fuera ilegal y lo mal que pudieran tomárselo cuando volvieran, los muertos andaban por las calles, ¿de verdad era tan grave que les robara un paquete de galletas?

Por primera vez en tres días me fui a dormir con la convicción de que todo iría bien, de que la terrible situación que se estaba viviendo fuera no me iba a hundir a mí también.

DANI

La zona segura no era un lugar divertido. Por mucho que papá y mamá dijeran que sería como salir de acampada, no lo era. Cuando íbamos de camping los veranos, antes de que Sandra tuviera el accidente, la gente estaba contenta y alegre, pero en aquél lugar rodeado por un muro de hormigón todo el mundo estaba siempre triste. Además, los militares no me caían bien, se pasaban el día dando órdenes, siempre diciéndote que te quitaras de en medio, o que en tal o cuál lugar no se podía estar y cosas así.

Pero cuando en las noticia dijeron que todo el mundo tenía que trasladarse lo antes posible a las zonas seguras, para que el ejército nos protegiera de los resucitados, nosotros fuimos los primeros en hacer las maletas y marcharnos.

La culpa de todo la tenían esos resucitados, claro, esos de los que todo el mundo hablaba.

Los problemas habían empezado un poco antes de Navidad, y no dejaron de salir en la televisión desde entonces. Aquellas personas a las que llamaban “resucitados” atacaban a otra gente y se la comían… bueno, al principio aquello no lo sabía, nunca había pensado que una persona pudiera comerse, pero si te parabas a pensarlo, tampoco era tan raro, después de todo estamos hechos de carne, como cualquier otro animal.

Pero, como decía, no me enteré de eso hasta mucho más adelante, cuando lo vi en internet. Mis padres no me dejaban escuchar las noticias, decían que era demasiado pequeño para “ver esas cosas”, así que no supe que se comían a la gente hasta que me enteré por mi cuenta en un video que encontré en internet. Fue en el portátil de Sandra. Ella ya no podía utilizarlo, salvo para escuchar música, así que, mientras los tres veían las noticias, me metí en la red y busqué la palabra “resucitados” en el buscador.

Aquella noche tuve pesadillas. Había fotos de gente que… eran horribles. Estaban sucios, manchados de sangre, con heridas asquerosas por todo el cuerpo. En un video, cientos de esas personas iban caminando como atontadas hacia unos soldados que les disparaban, pero como no se morían, al final del video se tuvieron que marchar corriendo para que no les atraparan.

Cuando me desperté de una pesadilla donde mi profe de lengua se estaba comiendo a la seño de mates tuve que confesarles a mis padres

lo que había visto. Y para mi sorpresa no se enfadaron. Es más, no sabría decir por qué, pero me pareció que ellos estaban más asustados que yo.

En mitad de las vacaciones de Navidad me llevé una gran alegría al saber de que no iban a abrir el colegio. Papá me dijo que estaría de vacaciones hasta que se solucionaran todos los problemas pero, por lo que pude enterarme escuchando cuando mis padres hablaban entre sí, o con mi hermana, esos problemas solo iban a peor.

Al final, cuando salió por la tele que nuestro barrio no era seguro, nos fuimos a un punto de evacuación, un polideportivo que estaba protegido por soldados armados. Y unos días más tarde nos trasladaron a la zona segura.

Cuando salimos de casa quise llevarme la videoconsola y casi todos los juegos nuevos que había recibido como regalo de Reyes, pero no me dejaron. Llenaron el maletero del coche con mantas, ropa e incluso comida y medicinas, y nos marchamos. Recuerdo que mamá y Sandra lloraron, y que papá, muy serio, me explicó durante el camino que aquellas personas ya estaban por todas partes, y que por eso era peligroso quedarse en casa.

También me prometió que solo íbamos a estar en ese lugar hasta que el ejército los eliminara a todos, pero Enero había terminado y nadie se había marchado de allí. Al contrario, después de nuestra llegada comenzó a aparecer mucha más gente. Algunos venían por su cuenta, otros eran traídos en grandes camiones del ejército. Al final, yo me temía que nadie más cupiera dentro del patio de colegio en el que nos habían instalado.

Cuando un grupo nuevo llegaba, mamá me obligaba a meterme en la tienda de campaña donde vivíamos y me dejaba allí dentro un buen rato. No quería que viera lo que pasaba fuera, pero yo siempre lograba asomarme por alguna rendija para ver pasar a los recién llegados. Se decían tantas cosas del exterior desde la última vez que había estado allí fuera que sentía curiosidad.

Los nuevos llegaban tristes, con miedo, algunos incluso llorando. Antes de todo eso solo había visto a un adulto llorar cuando Sandra tuvo el accidente que la dejó ciega, y fue a mi madre. Sin embargo, allí los veía todos los días. Me producía cierta incomodidad que no sabría explicar, pero a la vez sentía curiosidad, porque algo muy malo tenía que estar pasando fuera si hacía que los mayores lloraran.

Les pregunté a mis padres por aquello, pero solo me dijeron que, seguramente, habían perdido algún familiar o amigo por culpa de los resucitados, y que por eso lloraban.

Si eso era cierto, todos los que llegaban y casi todos los que estábamos dentro habíamos perdido a alguien. Hasta escuché llorar a mamá una vez por la tía Isabel, que había decidido quedarse en su

casa con el tío Juan y mis dos primos, Alberto y María, en lugar de venir a la zona segura con nosotros. A mí no me pareció tan mala noticia, mis primos eran mayores que yo y siempre se metían conmigo. Me imaginaba teniéndolos en la tienda viviendo con nosotros y me daban escalofríos.

Y, de repente, un día no apareció nadie nuevo… y nadie más volvió a entrar por las puertas de la zona segura, excepto militares que a veces salían al exterior en "misiones de reconocimiento."

Si ver llegar a gente triste ponía tristes a los que vivían dentro, que dejaran de llegar pareció apenarles aún más. Algunos, sobre todo militares, decían que aquello era una guerra, una guerra contra los muertos vivientes. Un hombre muy viejo que vivía cerca de mi tienda nos dijo un día, a mí y a un grupo de niños que nos juntamos, que aquello era peor que la guerra que él había vivido cuando tenía nuestra edad.

—Al menos aquella guerra era contra otras personas. —nos explicó sentado en una silla de plástico en la puerta de su tienda de campaña.

Le temblaba la boca al hablar y acompañaba sus palabras con gestos de sus también temblorosas manos, así que al hablar parecía un flan arrugado.

—¿Es que los resucitados no son personas? —preguntó Leo, el mayor de los amigos que había hecho en la zona segura, y también el líder de la pandilla, porque era el mayor.

Decía que su padre había muerto porque un resucitado le mordió, pero no sabía si era verdad… yo creía que sí, porque no vivía con él en su tienda de campaña.

—No hijo no, no son personas. ¿No los has visto? Son muertos, ¿por qué te crees que los llaman "resucitados"? Para resucitar hay que morir antes.

No los llamaban solo así, había escuchado a los militares llamarlos también "reanimados", e incluso un chico gordo que vivía a cuatro tiendas de nosotros y que tenía la edad de mi hermana los llamaba "zombis." Yo pensaba que ese viejo debía estar loco; los muertos no se movían, no andaban, no se comían a la gente… no tenía sentido.

Sin embargo, cuando les conté a mis padres lo que nos había dicho, me sacaron de mi error.

—Mira Dani, se supone que sí que están muertos —me respondió finalmente mi padre cuando le insistí lo suficiente, ni a él ni a mi madre les gustaba hablar conmigo sobre esas cosas—. Pero, no se sabe por qué, aunque estén muertos se mueven y atacan a las personas. Son peligrosos y por eso hemos tenido que venir aquí.

Ya había leído en internet, el día que me conecté sin que se enteraran mis padres, que no sabían que le ocurría a esa gente. Unos comentarios del video del ataque a los militares decían que eran locos,

otros decían que estaban enfermos, incluso uno dijo algo de un experimento de la CIA.

No me había parado a pensar en todo eso, pero si eran tan peligrosos como creía todo el mundo, seguramente la mejor protección era la que había organizado el ejército. Habían levantado un muro de hormigón enorme alrededor de la zona segura, y lo patrullaban constantemente soldados armados. Miraras donde miraras siempre había un soldado, con su fusil en las manos dando vueltas sobre él.

De vez en cuando algunos disparaban hacia el exterior. En ocasiones se juntaban varios y se pasaban un buen rato pegando tiros. Nos habían dicho que mientras estuvieran disparando no nos acercáramos pero, una vez habían terminado, todos los niños íbamos a recoger los casquillos de las balas que habían caído al suelo. Los coleccionábamos, yo ya tenía más de cincuenta, pero había un chaval que decía que tenía quinientos.

—¿Qué vas a hacer con todo eso? —me preguntó Sandra después de que casi se cayera al resbalar con los que había dejado tirados por el suelo.

Mi hermana tenía ocho años más que yo, y había cambiado mucho desde el accidente en el que perdió la vista. Iba en la moto de su novio, un chaval mayor que no me caía nada bien, y tuvieron un accidente. Como no llevaban casco el golpe fue bastante grave; se hizo una cicatriz espantosa en la cabeza e incluso tuvieron que operarla, pero cuando le volvió a crecer el pelo ya no se le notaba. Sin embargo lo que no recuperó nunca fue la vista.

Antes del accidente se habría puesto a gritarme por dejar los casquillos por el suelo, pero desde que dejó de ver ya no me gritaba nunca y se portaba bien en casa. Su novio había caído en coma en el accidente y no había despertado aún cuando nos trasladamos a la zona segura. Llevaba más de un año así.

—No lo sé. —le respondí, no servían para nada, que yo supiera, así que, ¿qué se hace con unos casquillos, además de guardarlos y acumular cada vez más? — ¿Me ayudas a recogerlos?

Me ayudó. Como no podía ver los buscaba palpando el suelo, pero se las arreglaba sin ninguna dificultad. Recordé que, al principio, no se le daba nada bien hacer casi nada, y cada vez que le salía algo mal, como cuando no encontraba lo que estaba buscando o confundía una cosa con otra, se echaba a llorar. Pero al verla allí agachada, recogiendo casquillos del suelo, me pareció que ya se las apañaba. Yo un día intenté andar a ciegas por la casa y me tropecé con una silla, sin embargo, ella esquivaba todos los obstáculos como si pudiera verlos. Lo único malo es que mamá me había prohibido cambiar de sitio las cosas.

—¿Cómo va a encontrarlas tu hermana si las mueves? —me explicó.

No le había pedido que me ayudara para ver lo bien que recogía sin ver lo que estaba recogiendo, desde que hablamos con el viejo había una cosa que me rondaba por la cabeza y quería tener un momento para hablar con ella.

—¿Te puedo preguntar una cosa sobre tu novio? —le pregunté con timidez.

No era un tema del que le gustar hablar, ya lo sabía, pero se me había ocurrido una idea y quería compartirla con alguien.

—¿Sobre Rubén? —me respondió secamente—. ¿Qué pasa con él?

—¿Sigue en coma?

—Sí. —contestó muy seria.

No me hacía gracia verla tan seria… casi me estaba arrepintiendo de haber abierto la boca, pero fui valiente y seguí adelante.

—Estar en coma debe ser lo contrario que ser un resucitado, ¿no? Un viejo que vive cerca de la puerta del colegio nos dijo que un resucitado es una persona muerta que se mueve. Una persona en coma es lo contrario, ¿no? Una persona viva que no se mueve.

Durante unos segundos no dijo nada, se limitó a recoger casquillos del suelo y a depositarlos con los demás sobre una manta, al pie de la cama.

—¿Pues sabes? Supongo que tienes razón —reconoció sonriendo ligeramente; pero la sonrisa no le duró mucho en la boca—. Ojalá, igual que el coma, no fuera contagioso.

—Si está en coma, no habrá podido venir aquí, ¿verdad? —como me había respondido amablemente pensé que sería buena idea seguir preguntando, desde que comenzaron los problemas con los resucitados no dejaban de ocurrir cosas, pero nadie me las quería explicar; se aprovechaban con la excusa de que solo tenía diez años para no contarme nada.

—A lo mejor le han traído —me respondió con indiferencia, no parecía estar nada preocupada por él, aunque había sido su novio ya le daba igual, ni sabía dónde estaba ni quería saberlo—. Hoy tienes más que ayer, ¿no?

Hablaba de los casquillos, claro. Tenía unos cuantos más, un par de soldados habían estado disparando la noche anterior, yo lo había escuchado desde mi cama y me había dicho “mañana por la mañana iré a recogerlos antes que nadie”. No había llegado el primero, pero solo había un niño más pequeño que yo que, en cuanto me vio, se marchó corriendo. Yo no les pegaba a los niños más pequeños, pero había otros que si, y seguramente nos había cogido miedo a todos.

Fue mejor para mí, más casquillos para mi colección. Me llené los bolsillos con todos los que pude y los llevé a la tienda.

—Sí, los soldados dispararon varias veces anoche. —le respondí.

—A mí también me despertaron. —dijo ella con fastidio.

Por culpa del poco espacio que teníamos, en la tienda solo había dos camas pequeñas. Mis padres dormían en una y Sandra y yo en la otra. Ella se quejaba de que yo me movía mucho y yo de que ella roncaba. Eso último era mentira, pero era divertido ver cómo se enfadaba cuando lo decía. Si quería enfadarla era solo porque su acusación no era justa. ¿Cómo iba a evitar moverme si estaba dormido? Nadie decide lo que hace cuando está dormido.

—Cada vez pasa más a menudo, ¿Verdad?

Al principio solo disparaban de noche de vez en cuando, y siempre nos despertaban a todos. Pero con el paso de los días a veces se liaban a tiros y no se enteraba nadie. Mamá dijo que nos habíamos acostumbrado. La noche anterior lo habían hecho y solo nos habíamos despertado mi hermana y yo, y eso porque fue un tiroteo que duró un buen rato. Una mañana me contaron que se habían pasado disparando desde las cuatro de la mañana hasta el amanecer, pero yo había estado dormido todo el tiempo.

En cuanto terminamos de recoger casquillos nos pusimos en pie. Yo tenía intención de irme con los demás chicos al patio trasero del colegio. Allí no vivía nadie, porque no había espacio, pero Leo decía que había encontrado una entrada secreta al gimnasio. Pensábamos investigarla para intentar colarnos dentro porque, si ese gimnasio era como el de mi colegio, tendría dentro algún balón de futbol o alguna otra pelota que pudiéramos usar.

—¿A dónde vas ahora? —preguntó Sandra cuando me vio… o más bien me escuchó dirigirme hacia la salida de la tienda.

—Al colegio, he quedado con los demás. —no me pareció bien mentir, mis padres me habían dicho que siempre les dijera dónde iba, para que no me perdiera.

No era ningún estúpido, sabía volver perfectamente a mi tienda pese a que todas fueran igual, pero como todos parecían siempre tan preocupados no quería discutir. Claro que tampoco le dije toda la verdad porque lo que pensábamos hacer no era del todo correcto; había militares dentro del colegio y la entrada estaba prohibida, pero quería esos balones más que nada, y no quería que Sandra me dijera que aquello estaba mal.

—Pero no vuelvas tarde o papá y mamá me echarán la bronca a mí. —me dijo mientras yo ya estaba saliendo de la tienda.

Mis padres pasaban mucho tiempo fuera. Mamá era miembro voluntaria en protección civil, y papá trabajaba de conductor de una ambulancia. Los militares habían dicho que cualquier persona con formación tenía que ayudarles, sobre todo con los problemas entre las personas que vivíamos allí, y mis padres se pasaban la mitad del

tiempo dando vueltas por toda la zona segura. A mí me parecía que eran algo así como la policía de aquel lugar, y eso molaba bastante.

Jorge y Leo se encontraban ya bajo la ventana junto a la esquina de la fachada del colegio. Solo teníamos que meternos por el pasillo entre la pared y la valla, y al final girar a la izquierda. Había escuchado a mis padres hablar de ese lugar, lo llamaban "picadero", pero no sabía lo que significaba esa palabra... temía que allí hubiera algún nido de avispas.

—Llegas tarde. —me dijo Leo poniéndose muy serio, como si fuéramos a colarnos dentro de un banco o algo así.

Leo tenía doce años y, como era el mayor, era más o menos nuestro líder. Jorge tenía nueve y siempre se estaba sorbiendo los mocos. Sin embargo allí faltaba alguien, nuestro grupo siempre había sido de cuatro… al menos desde que a Luismi se lo llevaros al hospital cuando se puso malo, hacía una semana.

—¿Y Fer? ¿No le vamos a esperar? —Fernando era amigo de Jorge, pero tenía los mismos años que yo; como eran vecinos ya se conocían antes de venir a la zona segura, y estaban acampados uno al lado del otro.

—Se ha rajado el muy "cagao" —respondió Leo con desagrado mientras Jorge se sorbía los mocos—. Pero mejor, con lo cobarde que es seguro que nos descubren.

A mí me pareció que las sorbidas de mocos de Jorge nos ponían en un peligro mayor que la cobardía de Fer, pero no dije nada, porque si Leo decidía que tenía razón le echaría y, con lo chivato asqueroso que era Jorge, seguro que nos delataba al primer soldado con el que se encontrara. Además, no quería ir solo con Leo, que en cuanto hubiera problemas me dejaría tirado.

Un cobarde, un mocoso chivato y un traidor… no eran los mejores amigos del mundo, pero eran los que había podido encontrar.

Sin más discusiones nos dirigimos hacia el "picadero", tratando de hacer el menor ruido posible. Todos temíamos que un militar asomara la cabeza por una de las ventanas que teníamos encima y nos dijera que nos largáramos de allí, pero eso no sucedió y llegamos sin problemas hasta la parte trasera del colegio. Allí, antes de que nos trasladaran, debía haber plantados algunos arbolitos, pero de ellos solo quedaban unos tocones negros y tierra cenicienta a su alrededor.

—Cuando el ejército bombardeó esta calle para matar a los resucitados hizo un agujero en la pared. —nos explicó Leo a Jorge y a mí, haciéndose el entendido—. Tuvieron que cortar las plantas porque estaban chamuscadas, pero el agujero lo taparon solo con un trozo de metal. Mirad.

Nos lo mostró. Estaba justo en mitad de la pared, era una plancha metálica pegada con cemento, pero al acercarme vi que no estaba

realmente pegada, solo apoyada sobre el agujero. Alguien la había arrancado del cemento y la había dejado cubriendo el agujero sin más sujeción.

—¡Mola! —dijo Jorge, volviéndose a sorber los mocos, cuando Leo apartó la plancha y nos mostró un agujero que atravesaba toda la pared.

Los tres nos agachamos a mirar lo que había al otro lado, pero no se veía casi nada. El agujero daba a los baños y lo único que había allí eran unos lavabos y unos inodoros. No olía a nada, así que supuse que no los debían de estar usando. Luego caí en la cuenta de que no había agua corriente así que, aunque quisieran, no habrían podido.

—Tu primero Dani. —me dijo Leo con todo el morro.

¿Tanto presumir para cagarse de miedo como Fer a la hora de la verdad?

—¡Y una porra! Ha sido idea tuya, ve tú delante. —le respondí yo de mal humor.

Al que fuera delante sería al primero que pillarían y el que se llevaría la bronca, y no me daba la gana.

—Democracia. —dijo Leo negando con la cabeza.

Cada vez que decía "democracia" significaba que iría preguntando uno por uno qué opción prefería, y al que eligiera la que él no quería le daría de collejas hasta que cambiara su voto. Por alguna razón a todos nos parecía bien aquél método, salvo cuando opinábamos lo contrario que él, y ese era uno de los casos.

—A ver Jorge, ¿a quién votas?

Jorge se sorbió los mocos y me señaló sin dudarlo un segundo.

—Dos contra uno, vas tú, tío. —dijo Leo con satisfacción.

"¡Maldita democracia!"

No me quedó más remedio que obedecer. Me puse a cuatro patas y atravesé gateando el agujero hasta entrar a los baños… y de repente me entró un poco de miedo. Si nos pillaban fuera solo nos gritarían, pero ahí dentro igual hasta se chivaban a nuestros padres; y si eso pasaba me castigarían dejándome encerrado en la tienda todo el día, lo que sería un rollo.

Jorge y Leo pasaron detrás de mí.

—¿Y si nos vamos? —propuso Jorge de repente.

El muy cobarde seguramente tenía el mismo miedo que yo, pero era incapaz de disimular un poco. La verdad es que lo que lograba que no le hiciera caso al miedo era la curiosidad por ver qué encontrábamos dentro del colegio. Más que ir al gimnasio en busca de balones, aquello se parecía a una "misión de reconocimiento" de las que hablaban los militares.

—¡Ni hablar! —le contestó Leo dándole un empujón— Si no querías venir haberte quedado con el cobarde de Fer.

Me acerqué a la puerta de los aseos mientras los dos discutían. Les pedí silencio y la abrí muy despacito, para no hacer ruido. Ellos me contemplaron mover un solo músculo y con cara de pasmados.

El pasillo estaba desierto y a oscuras, solo entraba un poco de luz del patio por una ventana al fondo. El resto eran puertas de color verde, donde debían encontrarse las clases. Todo estaba tan en silencio que asustaba un poco.

—Venga. —dijo Leo dándome un pequeño empujón por la espalda.

Quería que fuera también el primero en salir al pasillo y, aunque eso no lo habíamos votado, obedecí. Iba a demostrar que los dos eran unos cobardes y yo no.

Di un paso al frente, pero inmediatamente me di la vuelta y regresé a los aseos con los demás, porque en el mismo instante en que yo salía al pasillo una de las puertas se había abierto. Tras tomar aire y recuperarme del susto, me asomé de nuevo para ver si el camino estaba despejado. Un hombre con uniforme militar había salido trotando por la puerta y se perdió donde el pasillo doblaba, frente a la ventana.

—¡Tío vámonos, venga! —suplicó Jorge en voz baja.

Leo iba a responderle algo, pero hice un gesto con la mano para que se callaran mientras miraba por la rendija de la puerta. El soldado se había ido y el pasillo volvía a estar solitario y silencioso.

—Vamos a mirar por la puerta esa. —me dijo Leo.

También estaba asustado, pero era el mayor y tenía que dar ejemplo. Asentí sin pensar y abrí la puerta del baño nuevo para dirigirme hacia allá. No sabía por qué estaba siguiendo adelante, una voz que se parecía mucho a la de mi madre me decía todo el rato que no hiciera el tonto, que no me metiera en líos. Pero no le estaba haciendo ningún caso.

Justo frente a nosotros se encontraba el aseo de las niñas, a nuestra izquierda la pared del final de pasillo y a la derecha las puertas de las aulas. La que había abierto el soldado estaba a dos puertas de distancia, y los tres nos encaminamos hacia allí. Cuando Jorge se sorbió los mocos en el silencio total que reinaba en aquél pasillo casi me da un ataque al pensar que alguien nos podía escuchar, pero avanzamos despacio y con sigilo, y finalmente logramos llegar sin que nadie saliera a ver qué había sido ese ruido tan molesto.

Con cuidado, giré el pomo de la puerta y ésta se abrió. Eché un vistazo por la rendija, como había hecho en los aseos, y vi que, en lugar de pupitres y sillas, la clase estaba llena de camas parecidas a las que teníamos nosotros en las tiendas de campaña. Había tres filas de por lo menos seis camas, colocadas por toda la clase, y también había muchas bolsas y mochilas grandes sobre o al pie de cada cama. La luz del sol entraba por las ventanas, iluminando el lugar donde dormían

los militares. Hasta entonces no había pensado dónde lo hacían pero, por lógica, tenían que dormir en alguna parte. Al menos ya sabía por qué habían ocupado todo el colegio y teníamos que dormir fuera nosotros.

Un ronquido nos sobresaltó. Había un hombre durmiendo allí, debajo de una manta verde en una de las camas del fondo, pero no era el único. No me había fijado, pero por lo menos otras tres camas estaban ocupadas por soldados dormidos. En cuando los vi, decidí que era mejor no entrar a curiosear allí; si los despertábamos podrían enfadarse.

Tras cerrar de nuevo la puerta sin hacer ruido me giré hacia Leo y Jorge. Los dos me miraban con la misma expresión de miedo y emoción que debía tener yo; teníamos miedo de ser pillados, pero seguro que éramos los únicos de la zona segura que habíamos visitado las habitaciones de los soldados.

—¿Por qué estaban durmiendo? Casi es mediodía. —preguntó Leo en un susurro.

—Supongo que son los que patrullan luego por la noche. —respondí yo, la respuesta me había venido sola a la cabeza y me pareció bastante buena.

También supuse que el resto de aulas del pasillo debían estar siendo usadas del mismo modo, para que otros soldados durmieran, y así se lo dije a Leo.

—Entonces vamos a ese pasillo —dijo señalando el lugar por el que el hombre que vimos salir del aula se había marchado—. Seguro que por ahí guardan las bombas.

Encontrar el lugar donde guardaban las bombas habría molado un mucho más que sacar unas pelotas del gimnasio, así que, de nuevo, ignoré la voz que me decía que no hiciera tonterías, y asentí con firmeza ante su idea.

Sin embargo, el aguafiestas de Jorge no parecía demasiado convencido.

—¡Vámonos, nos van a ver! —dijo realmente asustado.

—Vete tú si quieres —le respondió Leo—. Pero si encontramos bombas no vamos a coger ninguna para ti.

Coger una bomba y quedárnosla habría molado mil veces más que solo verlas, pero hasta a mí me parecía una locura… una locura genial.

Al final la presión le convenció y se vino. Seguimos avanzando despacio por el pasillo, tan emocionados por lo que podría haber al otro lado que hasta pasamos por alto que Jorge volviera a sorberse los mocos y lo peligroso que era que alguien le escuchara.

Conforme nos fuimos acercando al cruce de pasillos comencé a escuchar unas voces en el pasillo que me sonaron cada vez más

cercanas, pero solo porque éramos nosotros los que nos dirigíamos a ellas. Les hice a los otros dos un gesto de silencio y, al llegar a la esquina, asomé la cabeza para intentar descubrir quien hablaba.

Ese pasillo tenía dos ventanas, por lo que era más luminoso que el otro. También tenía aulas, pero solo en una de las paredes, la otra estaba llena de dibujos que los alumnos habían colgado en un mural, cuando aún se daban clases.

Podíamos ir tanto hacia la derecha como hacia la izquierda, pero a la izquierda había dos hombres hablando frente a la puerta del aula más cercana. Ninguno era el militar que vi salir de la clase anterior, pero ambos llevaban uniforme del ejército. Uno de ellos era bastante viejo y tenía el uniforme adornado con varios galones. Supuse que debía ser uno de los jefes, un capitán o un comandante quizás, no sabía cuáles eran los rangos del ejército. Capitán sonaba bastante importante, y comandante aún más.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jorge moviendo los labios sin apenas pronunciar un sonido.

No sabía que responderle, no podíamos movernos más allá mientras esos dos estuvieran ahí, y cuanto más tiempo estuviéramos sin movernos, más fácil sería que alguien nos viera.

Finalmente, el militar mayor que parecía más importante entró en el aula que había tras ellos, pero el otro se quedó plantado en la puerta. Pude ver entonces que tenía un fusil bajo el brazo, y fue cuando el miedo ganó más que la curiosidad.

—No se mueve de ahí —le dije a Leo, que estaba extrañamente callado; me pareció que había visto el arma también y se había asustado aún más que yo—. Si salimos al pasillo nos va a ver.

—¡Vámonos! —repitió Jorge tan asustado que hasta había olvidado sorberse los mocos.

Leo asintió con vehemencia y, sin consultar a nadie, se dio la vuelta y comenzó a correr por el pasillo. El muy tonto había abandonado toda precaución y sus pasos estaban retumbando por todo el colegio. Jorge salió corriendo detrás de él antes de que yo pudiera hacer nada.

—¡No! —dije yo en un susurro, intentando que dejaran de hacer ruido; nos iban a descubrir al final por culpa de esos dos cobardicas.

—¿Pero qué coño…? —se oyó una voz que, hubiera jurado por lo que fuera, era del soldado que vigilaba la puerta.

Leo y Jorge seguían corriendo y ya casi habían recorrido la mitad de la distancia que nos separaba de los aseos, pero yo me había quedado plantado mientras ellos huían, como un tonto, y no iba a tener tiempo de escapar. Sin ninguna otra opción, me lancé al pomo de la puerta más cercana que tenía y lo abrí. Sin mirar qué había dentro, entré en el aula y cerré con cuidado tras de mí. Aún tenía el pomo en la mano cuando los pasos del soldado sonaron en nuestro

pasillo.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó comenzando a correr en dirección a los aseos.

Los había visto, nos habían pillado, seguro.

Solté el pomo y me di la vuelta para ver dónde me había metido. Era otra aula y, como en la primera a la que habíamos entrado, también había camas por todas partes, pero ningún militar dormía en ellas. Por un segundo me sentí aliviado, quizás a los dos cobardes los hubieran visto, pero a mí no… podría intentar salir por otro lugar y llegar hasta mi tienda. Si cogían a Leo y Jorge nadie podría demostrar que yo estaba con ellos. Era el crimen perfecto.

Aun así, me fastidiaba mucho que se hubieran largado corriendo en cuanto vieron el arma del soldado. Vale que no pudiéramos pasar por ese pasillo, pero podríamos haber explorado otras aulas en lugar de rendirnos tan fácilmente. No obstante, si habían cogido a los dos cobardes, tenía que encontrar un lugar por el que salir lo más rápidamente posible, o me metería en un lío yo también.

Miré por la ventana del aula pensando en que podría salir por allí, pero ésta tan solo daba a una especie de patio interior cuadrado que quedaba muy lejos de las tiendas de campaña. Tres de los lados del cuadrado eran la propia pared del colegio, y la cuarta pared era una valla de gruesos barrotes metálicos. Al otro lado de la valla se encontraba el muro de los militares, sobre el que un soldado patrullaba a tres metros o más de altura, contados desde el suelo. Entre la valla y el muro solo había un estrecho camino de menos de un metro de ancho; el camino iba más allá de donde la valla se unía a la pared y, aunque no podía estar seguro, me pareció que rodeaba todo el colegio.

Si tenía razón, colándome por allí podía llegar hasta las tiendas, y para llegar hasta él solo tenía que salir por la ventana del aula y saltar la valla… eso sí, sin que me viera el soldado que había sobre el muro, si no estaría peor que Leo y Jorge.

Viendo que no tenía otra opción decidí no perder el tiempo y ponerme en marcha. Con cuidado abrí una ventana del aula y salí al patio de un salto. Pretendía correr hasta la valla y ponerme a escalarla en cuanto tocara el suelo, pero unas voces repentinas me distrajeron.

En un primer momento pensé que me habían cogido, y el corazón comenzó a latirme a toda velocidad; pero luego descubrí que las voces venían de una de las aulas que también daban al patio, en concreto la que estaba justamente enfrente de la valla. Aquella ventana era más grande que las demás, así que imaginé que debía pertenecer a algún aula importante, como la sala de profesores.

Si no me equivocaba, también era el aula que vigilaba el militar que se encontraba en ese momento persiguiendo a mis amigos.

—…dos helicópteros, pero como si no hubiera habido ninguno. —

decía la voz de un hombre.

Miré al soldado que patrullaba por encima del muro, estaba distraído observando algo al otro lado y no se había enterado todavía de que yo estaba allí.

Me quedé paralizado durante un momento, sin saber qué hacer. Quizás ese soldado no me viera, pero los de dentro del aula tenían la valla justo al frente; si a alguno se le ocurría mirar me pillaría con las manos en la masa. No podía huir a menos que los de dentro, o el soldado del muro, se fueran, así que me agaché en una esquina, intentando no llamar la atención, y me quedé escuchando.

—Bien, ¿y qué vamos a hacer? —dijo otra voz.

Me pareció que era de un hombre más joven que la anterior, pero no estaba seguro.

—Tendremos que comunicarlo.

—¿Comunicarlo? —protestó una mujer— ¿Es que estás loco? ¿Quieres que cunda el pánico?

—¿Vamos a seguir mintiendo? —respondió la voz del hombre más joven.

—No es mentir, es omitir información que solo serviría para crear malestar —dijo la voz del hombre mayor—. ¿De qué nos sirve que sepan lo que está pasando? No van a estar más protegidos sabiéndolo.

—¡Empiezan la sospechar! —la voz del hombre más joven se impuso de nuevo— No podemos pasar de contar todo a no decir nada. Si Alicante ha caído deben saberlo, igual que deben saber que la mayoría de las zonas seguras han sido arrasadas por los reanimados.

Alguien dio un golpe tan fuerte sobre la mesa que hasta yo me sobresalté, e incluso temí que el militar del muro lo hubiera oído y se girara a ver qué había pasado. Pero tuve suerte y no lo hizo, hubiera lo que hubiera allí fuera, ocupaba toda su atención.

—¿Quieres que les digamos que Madrid ha caído? ¿Qué Barcelona ha caído? ¿Qué Valencia, Sevilla y casi todas las ciudades del país son ahora un campo de cadáveres? —bramó la voz del viejo.

—No podemos seguir ocultándolo, mi comandante. Hay que decirlo… aunque sea de forma escalonada, para que el impacto sea menor. —insistía el hombre joven.

Había llamado comandante al más viejo… estaba seguro de que ese comandante era el militar de los galones que había visto antes.

—Pensábamos que se limitaba a las ciudades grandes, donde los reanimados se cuentan por cientos de miles, e incluso millones, y es imposible contenerlos. Pero ha caído Alicante, mi comandante, una ciudad más pequeña que la nuestra, más defendible y que, según todos los informes, aún contaba con más recursos que nosotros.

No hacía mucho caso a lo que estaban diciendo. Me preocupaba más el soldado que vigilaba el muro, que podía descubrirme en

cualquier momento. Pensaba que cuando decían que una ciudad "había caído" se referían a que los resucitados la habían tomado, pero no tenía sentido, siendo así Murcia había caído hacía mucho tiempo, fuera de la zona segura era imposible vivir, por lo que yo sabía.

Pero rápidamente caí en la cuenta sobre qué estaban hablando. No hablaban de ciudades, sino de sus zonas seguras… y eso sonaba mucho más grave. Después de todo, nosotros estábamos viviendo en una.

—Y hablando de ese tema, ¿qué hay de la última unidad que tenía que salir al exterior a buscar el convoy del banco de alimentos? —preguntó la mujer.

—Partieron a primera hora, capitana —respondió una nueva voz de hombre—. Si todo va según lo previsto deberían pasar esta noche allí fuera, y mañana, si hay suerte, quizá encuentren el convoy. ¿Deberíamos enviar una unidad de apoyo cuando nos comuniquen su emplazamiento?

—¡No! —dijo la voz del comandante, que parecía el que más mandaba allí— No más unidades al exterior. Cada día llegan más reanimados a nuestros muros, no podemos perder ni un efectivo más ahí fuera.

—Aun racionando la comida, no tendremos para más de un par de semanas, mi comandante —replicó la mujer; era capitana, que no sonaba tan importante como comandante, pero todos parecían escucharla—. Perder ese convoy de alimentos ha sido catastrófico. Si no lo encuentran necesitaremos conseguir provisiones del exterior, a menos que vayamos a ganar esta guerra en dos semanas.

—Hemos perdido a demasiados hombres con esa misión —respondió suspirando el hombre más joven—. Creo que podemos dar toda la comida del banco de alimentos por perdida si no consiguen algo; y hasta ahora no hemos sido capaces de enviar una unidad que llegue hasta allí, mucho menos una que además de hacer eso regrese con los camiones. De hecho, la última que enviamos fuera desapareció por completo.

Todos guardaron silencio durante un momento.

—¿Y si enviamos a civiles fuera? —propuso la tercera voz masculina—. No a por el convoy, sino a otros lugares. Podrían ser ellos mismos los que recojan su comida.

—¿Enviar civiles ahí fuera? —exclamó el militar más joven cómo si el otro hubiera dicho una locura— pensaba que el objetivo de todo esto es tener a los civiles aquí dentro, vivos y protegidos. No enviarlos a la muerte.

—No cualquier civil, capitán, gente cualificada. Sabemos que hay policías, voluntarios de protección civil y muchos otros que incluso se ofrecieron a ayudar cuando comenzamos a organizar las zonas

seguras. Podríamos probar, ver si son capaces de hacerlo, si finalmente el convoy no aparece nos vamos a ver obligados a hacerlo de todos modos, y es absurdo perder buenos soldados ahí fuera buscando un camión cuando hay reservas de comida más accesibles.

—¿Qué posibilidades tienen unos civiles ahí fuera? —protestó de nuevo el joven, que también era capitán, por lo visto— Si la mayoría de nuestras unidades no vuelven, ¿Qué va a hacer un civil ahí fuera aparte de engrosar el número de enemigos?

—Podemos probarlo —dijo la capitana—. Si les proporcionamos un medio de transporte y armas básicas a quienes tengan formación en su manejo, podrían llegar a lugares de fácil acceso. Hay objetivos más sencillos que otros, al sureste tenemos un hipermercado…

—También podemos poner a civiles a vigilar por el muro y enviar a los nuestros a ese hipermercado —respondió el capitán joven con un tono bastante hosco—. Hasta un idiota podría sentarse encima de un muro y disparar contra los muertos que se acerquen, pero enfrentarse a un muerto viviente...

—Me duele decirlo, pero hay una diferencia —replicó la mujer—. Si murieran, perderíamos a un grupo de soldados, que nos son necesarios; pero si son civiles… bueno, no son una pérdida tan grave, dentro del contexto, quiero decir. Desde luego algo tenemos que hacer, porque los reanimados no van a desaparecer por arte de magia, no hay comida para más de dos semanas, racionando todo lo posible, y, pese a la confianza de algunos de los capitanes en la misión, yo no creo que a la cuarta vaya la vencida.

—La medida me parece bien, tenemos tiempo para organizarla —dijo el comandante—. Podemos escoger a los civiles más aptos. Dirigiéndolos a objetivos sencillos las bajas tendrían que ser mínimas.

—Dígaselo a la última unidad que enviamos fuera, mi comandante… —dejó caer el único capitán que no parecía estar conforme con esa idea, pero nadie pareció hacerle caso.

—Tema zanjado, ¿qué más? —exclamó el comandante con hosquedad.

—Sí, me gustaría hablar del tema de las zonas seguras caídas —volvió a hablar el capitán—. Insisto en que un comunicado oficial, si bien asustaría a los refugiados, aumentaría la confianza que tienen en nosotros.

—¿Cómo va a aumentar la confianza decirles que las zonas seguras no están resultando nada seguras? —bramó el comandante.

Me dio la impresión de que estaba empezando a hartarse del otro, que era el único que había caído bien tras escucharle hablar. El resto de militares no me gustaba nada.

—No sé si alguno ha estado ahí fuera últimamente —respondió—. La falta de noticias les inquieta más que ninguna otra cosa. Insisto,

comuniquemos que hemos perdido Alicante, más adelante iremos comunicando el resto, poco a poco, para que lo puedan digerir.

—No es mala idea si podemos aprovecharla para nuestro favor. Podemos argumentar que la caída de esas zonas seguras ha hecho que no podamos prescindir de nadie, y así justificar lo de enviar civiles fuera. —sugirió la capitana con astucia.

Se callaron durante unos segundos, escuché murmurar a alguien, pero no logré oír lo que decía.

—Muy bien, de acuerdo, supongo que no es la idea más estúpida que he escuchado desde que comenzó esta crisis —accedió el comandante finalmente—. ¿Algún otro asunto? Teniente, ¿alguna noticia del extranjero?

—Ninguna, como siempre, mi comandante —contestó una voz nueva, una que había estado callada todo el tiempo— Imagino que estarán como nosotros, o peor…

Ya había escuchado suficiente. El asunto de las zonas seguras me había distraído, y tenía que irme de allí antes de que me atraparan. No entendía muy bien todo lo que habían dicho, pero de repente tenía miedo. Si era verdad que otras zonas seguras habían caído, ésta a lo mejor también caía, y si los resucitados entraban… ¿nos ocurriría lo mismo que a la gente de los videos de internet?

Me dio igual que pudieran verme trepar la valla, tenía la sensación de que todo eso no debería haberlo escuchado, y quería marcharme antes de que alguien supiera que lo había hecho.

Salté la valla sin que ni el soldado que vigilaba, ni los que estaban en el colegio, se dieran cuenta. Me fui corriendo hacia la izquierda, en la dirección donde había dejado el agujero en los baños. El espacio entre el muro y la valla era estrecho y el camino era más largo de lo que esperaba. He de reconocer que me agobié un poco mientras caminaba por allí, pero no me atrevía a correr por no llamar demasiado la atención. No respiré tranquilo hasta que me topé con un lugar por donde salir al patio, a la zona donde estaban las tiendas de campaña.

Escuché a la gente antes de ver el lugar. El espacio entre la valla y el muro se estrechaba hasta que ambos se juntaban y terminaban. Más adelante, la pared del estadio que había al lado del colegio hacía de muro, pero al otro lado de la valla vi las tiendas de campaña de color verde y a la gente yendo y viniendo. Rápidamente, y con gran alivio, salté la valla, esta vez al otro lado, y me mezclé entre ellos.

Corrí hasta encontrar mi tienda. No pude evitar sonreír al pensar que me había colado dentro del colegio, había escuchado las conversaciones entre militares importantes, y había salido sin que nadie me viera. Ni me acordé de Leo y de Jorge…

—¿De dónde vienes tu tan contento? —me preguntó Sandra cuando

entré a la tienda.

No sabía cómo era capaz de darse cuenta de eso si no podía verme, a veces pensaba que tenía algún tipo de súper poder.

—De jugar al lado del muro, ya te lo había dicho —respondí haciéndome el inocente todo lo que pude—. ¿Hay algo para comer?

Mis padres aún no habían vuelto, había sido el crimen perfecto.

No había mucho para comer cuando mis padres volvieron trayendo la comida. Se quejaron de nuevo del racionamiento que, por lo que había entendido cuando me lo explicaron tiempo atrás, básicamente consistía en comer menos para que durara más. A los mayores a veces les gustaba poner nombres raros a las cosas más sencillas.

Mientras comíamos me sentí tentado de explicarles por qué racionaban la comida. Los oficiales militares habían dicho que solo había comida para dos semanas, y temían que en ese tiempo no hubieran matado a todos los resucitados. Pero contárselo implicaría confesarles lo que había hecho, y no estaba dispuesto.

Mis padres y mi hermana se fueron por la tarde a recoger más agua, y me quedé solo en la tienda. Leo, Jorge y Fer vinieron a visitarme.

—Pensábamos que te habían pillado —me dijo Leo después de que les contara lo que había tenido que hacer para salir de allí—. Como no viniste detrás de nosotros.

No les conté lo que había oído, era muy largo y complicado de explicar. Además, no se lo merecían, por huir como cobardes y dejarme allí tirado. Sería mi secreto.

—Yo pensaba que os habían pillado a vosotros. —le respondí.

Tal y como se habían puesto a huir era lo menos que les podía pasar.

—Nos siguió un tipo hasta el baño, pero no cabía por el agujero —dijo Jorge sorbiéndose los mocos—. Seguro que ya lo han cerrado.

—Qué lástima, no podremos volver. —se lamentó Leo.

Si que podíamos, pero solo yo sabía el camino.

—¿Quién quiere volver? —gruñó Jorge restregándose la nariz.

Entonces Fer, que no había dicho nada hasta ese momento, ya que no había querido venir con nosotros, dio un gemido y se marchó corriendo. Los tres miramos qué era lo que le había asustado, y juro que Jorge casi se hizo pis encima al ver que un par de soldados venían hacia mi tienda.

“Nos pillaron y vienen a por nosotros” fue lo que pensé.

Leo y Jorge se largaron corriendo también, como habían hecho horas antes, en dirección a sus tiendas de campaña, con sus madres. Pero yo ya estaba en mi tienda, y mi madre no estaba allí.

Los dos soldados no les hicieron ni caso y se dirigieron hacia mí.

Me quedé inmóvil por el miedo. Si me habían pillado se me iba a caer el pelo. Ambos se me plantaron delante, uno me miró, pero el otro estiró el cuello intentando ver el interior de la tienda.

—¿Están tu padre o tu madre? —me preguntó el que me miraba.

Negué con la cabeza. ¿Iban a chivarse de lo que había hecho? Había tenido suerte entonces de que no estuvieran, pero la suerte no me iba a durar mucho; vi como mi hermana y mis padres salían de entre dos tiendas, con varias botellas de agua entre las manos, y volvían hacia nuestra tienda. Por unos míseros segundos no me iba a librar…

—¡Ah! ¡Ahí están! —dijo el soldado al verlos aparecer.

Se acercaron a mis padres y, tras intercambiar unas pocas palabras, les dieron un sobre.

—¿Qué pasa? —le pregunté a mi hermana, que se había adelantado mientras mis padres hablaban con los soldados.

—Creo que era una notificación. —respondió.

Suspiré aliviado al escucharla, mis padres recibían notificaciones muy a menudo, ya que se encargaban de coordinar a algunos grupos de los que estábamos en la zona segura. Cuando decían algo por la megafonía, normalmente mis padres lo sabían antes, y también les informaban de si había habido algún delito o de las peleas entre la gente.

Cuando entraron dentro de la tienda, mi madre estaba leyendo una de las hojas que había en el sobre. Me pareció que eran dos en total, pero no estaba seguro.

—Desde luego que asco de gente. —dijo con repugnancia mientras le tendía a mi padre la hoja.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi hermana con interés.

—Anoche violaron a una chica —respondió papá con gravedad; aunque no sabía que significaba eso, preferí no preguntar por no llamar la atención—. Como si no hubiera bastante con los resucitados encima…

Un gemido de horror de mi madre le interrumpió. Cuando la miramos todos, sus ojos empezaban a lagrimear. Sin decir ni una palabra le pasó la segunda hoja a mi padre.

—La zona segura de Alicante ha caído. —dijo con aprensión.

Mi hermana dio un gemido igual que el de mi madre, pero yo solo podía pensar en que ya lo sabía; se lo había escuchado decir a los militares unas horas antes.

—Dios mío tienen que haber muerto miles —suspiró mi madre sentándose en su cama—. ¿Cómo ha podido pasar?

—Dice que mañana por la mañana lo comunicarán al resto de refugiados —añadió mi padre leyendo el papel—. Mientras tanto, ni una palabra. Qué raro que de repente se decidan a volver a contarnos

cosas, ¿no?

Eso había sido gracias a cierto capitán…

Sentía una extraña sensación de poder; por una vez en mi familia yo era el que sabía las cosas antes que nadie, y no el último mono al que nadie le contaba nada nunca.

—Miles de muertos —repitió mi madre sin hacer caso al comentario de mi padre—. ¡Qué espanto!

El resto de la noche, hasta que nos fuimos a dormir, se lo pasaron comentando el mismo tema. Mamá no estaba convencida de que la zona segura fuera ya fiable, pero papá no estaba de acuerdo. Sandra solo escuchaba con interés, igual que yo. Finalmente me acosté dándole vueltas a cómo se iban a poner cuando se enteraran de que las zonas seguras de Madrid, Barcelona, Valencia y muchos otros sitios también habían caído, de lo cual se enterarían cuando decidieran notificárselo, porque yo no pensaba contar nada, para no meterme en líos.

Antes de quedarme dormido, me acordé de la unidad que había salido a buscar un convoy de comida… no sabía qué era un convoy, pero la palabra se parecía mucho a cowboy y seguramente estarían relacionadas. Mientras me arrebujaba entre las sábanas, intentando robarle todo el espacio posible a mi hermana, me puse a pensar que, si estaban solos allí fuera, seguramente no lo estarían pasando muy bien…

SERGIO

“¡Maldita sea, morid de una vez!” pensaba la parte de mi cerebro que no sabía que estaba soñando.

Mi unidad estaba compuesta por seis hombres, todos armados con fusiles de asalto y perfectamente entrenados para utilizarlos… entonces, ¿por qué un grupo de diez infectados nos estaban dando tantos problemas?

No éramos la única unidad que operaba en la zona, los disparos de nuestros compañeros sonaban a lo lejos, y ese sonido era casi tan desesperado como el nuestro. Teníamos diez infectados a menos de treinta metros, acercándose por la carretera, los estábamos acribillando a tiros y nada. ¡No ocurría nada!

“¡Disparad a la cabeza! ¡A la cabeza!” intenté gritar, pero sabía que no podía ser oído por nadie, solo estaba soñando… peor aún, estaba soñando con un recuerdo, con el recuerdo de algo que había pasado, algo que había vivido en mis propias carnes.

Sin embargo, el miedo era casi real. El sudor, producto de los nervios, me dejaba las manos húmedas y resbaladizas, y me las tuve que secar en el pantalón antes de volver a agarrar el fusil. A mi lado, los disparos de mis cinco compañeros me destrozaban los tímpanos. La adrenalina del momento era lo único que evitaba que me quedara sordo.

Los diez avanzaban inexorablemente hacia nosotros, con sus miradas perdidas y sus tambaleos de borracho. Eran hombres, mujeres e incluso un niño, y los habíamos acribillado sin compasión. Ya no eran personas, o eso nos habían dicho, y a la luz de lo que estaba ocurriendo no quedaba más remedio que creerlo. Los disparos no podían con ellos.

“¡Disparad a la cabeza, joder!” quería gritar, pero no servía de nada.

Allí, en el sueño, era Enero, no Febrero, y todavía no sabíamos nada…

Dando un largo grito debido a la tensión del momento, Javi puso el fusil en modo automático y vació todo un cargador contra una de esas criaturas. Las balas hicieron saltar por los aires la carne y machacaron sus huesos, vi como cayó al suelo con la espalda partida, y también vi cómo continuó avanzando, arrastrándose por el suelo tan solo un segundo después. La conmoción de los disparos tendría que haber sido

suficiente para matarlo, pero lo único que había conseguido era retrasarlo un poco.

Con la mira apunté al corazón del que estaba más a la derecha.

“¿Eres idiota? ¡A la cabeza!” me repetía a mí mismo, pero no podía hacerme caso… había ocurrido como había ocurrido, y eso no podía cambiarlo.

El disparo falló, pero le alcanzó en el cuello, y el infectado cayó de espaldas al recibir el impacto de la bala. Un balazo así habría resultado letal en cualquier persona, pero ese ser se levantó como si nada, con su agujero en el cuello atravesándole la yugular, y donde tenía que haber un chorro de sangre roja como el vino, tan solo coágulos ennegrecidos.

Logramos abatir a tres antes de tener que retroceder para que no nos alcanzaran los otros siete. No tenía ni idea de cómo habían caído, pero seis hombres con armas automáticas solo habían podido matar a tres de aquellas criaturas, los demás habían quedado como un colador, y aun así seguían moviéndose como si nada… era sencillamente imposible.

Me desperté con la boca pastosa y con un leve dolor de cabeza. Por un momento temí haberme puesto enfermo, pero tras beber un par de tragos de agua de mi cantimplora volví a ser yo mismo… aunque “yo mismo” no se encontraba en su mejor momento. Aun tenía molestias en el tobillo, pero estaba bastante mejor que el día anterior. Después de tropezar de aquella manera, temía haberme hecho un esguince que me dejara postrado una temporada, lo cual habría sido una gran putada dadas las circunstancias, pero en aquello al menos había tenido suerte. Lástima que no la tuviera en algo más.

La habitación donde había dormido debió pertenecer a algún niño de corta edad, a juzgar por la decoración de nubecitas y los juguetes que se amontonaban en las estanterías. Por la capa de polvo que la cubría tuvieron que abandonar la casa hacía bastante tiempo.

“Bien por ellos” pensé, quizás estuvieran en la zona segura en ese momento, a salvo.

La mayoría de los que habían intentado ir allí más tarde, cuando se quedaron sin agua y electricidad, no lo habían conseguido.

Salí cojeando al pasillo, y de allí al comedor. Fran había dejado la mochila encima de la mesa, donde la familia de la casa que estábamos ocupando solía comer. Devoraba con ansiedad unas salchichas con tomate de sus raciones, y eso me recordó que no había comido nada desde el día anterior por la mañana.

—Buen provecho. —le dije sentándome a su lado.

Mi mochila estaba también encima de la mesa, donde la había dejado la noche anterior. La abrí buscando algo para desayunar pese a

que tenía el estómago un poco revuelto. Había que mantener las fuerzas.

—¡Hey tío! ¿Cómo estás? —me preguntó Fran levantando el tenedor con el que se comía las salchichas a modo de saludo.

Aunque nunca había sido un hombre al que se pudiera llamar atractivo, Fran tenía un aspecto lamentable, con restos de sangre por todo el uniforme, manchas de suciedad en la cara y mal afeitado… el mismo aspecto que debía lucir yo.

—Mejor —le respondí con desgana; no era muy difícil estar mejor a como estuvimos la tarde anterior—. ¿Y Javi?

Javi había sido mi binomio mucho antes que Fran, pero cuando hubo que reestructurar todas las unidades debido a las múltiples bajas que sufríamos, me colocaron con Fran, que también era un viejo conocido. En el sueño había visto a Javi disparando, pero en ese momento se encontraba en una situación mucho más grave que entonces. Uno de esos cabrones le había mordido.

Cuando llegamos a la casa, el día anterior por la tarde, tenía un buen mordisco donde antes había estado un gemelo perfectamente sano. Le habíamos cortado la hemorragia lo mejor que pudimos, pero todos sabíamos lo que ese mordisco significaba, aunque nadie quisiera decirlo en voz alta.

—Peor —me contestó con una mueca hosca—. La herida se le ha infectado, creo que ahora está durmiendo, pero menuda nochecita me ha dado el hijo de puta.

Yo no me había enterado de nada, estaba tan aturdido por lo que había ocurrido y por el temor a que lo de mi pie fuera grave que me dormí enseguida y pasé la noche del tirón, sin levantarme ni a mear.

—Tienes que verle la herida, tío —añadió negando con la cabeza—. Es asquerosa… no cicatriza, solo se infecta más y más. Está hinchada, rezuma líquido y si la tocas le duele un huevo y sale pus. Además está empezando a tener fiebre. Yo ya no sé que más hacer, se la limpié con agua oxigenada, le eché desinfectante, le puse una gasa… pero no ha servido de nada ¿Vas a echarle tu un vistazo?

—Luego, cuando se despierte, déjale dormir —podía ser la última vez que durmiera, los mordiscos de los reanimados no se curaban nunca, siempre terminaban matándote.

Javi no iba a ser la excepción, por mucho que nos doliera asumirlo.

Tanto Fran como yo, e incluso el propio Javi, habíamos pensado la posibilidad de acabar con todo de un disparo. Un tiro limpio en la cabeza. No sentiría nada, ningún dolor; no tendría que pasar por la agonía que estaba sufriendo y el resultado, al fin y al cabo, iba a ser el mismo… pero nadie se atrevió a proponerlo el día anterior.

No me gustaba pensar en eso, así que preferí cambiar de tema hasta que Javi despertara y no quedara más remedio que abordarlo de

nuevo.

—¿Siguen ahí fuera? —le pregunté a Fran dirigiendo la mirada hacia la ventana del comedor.

—Sí, y parecen más cabreados, llevan toda la noche sin comer. —tras sacar de la mochila mi ración de comida y empezar a comérmela con desgana la curiosidad me pudo y me dirigí a la ventana para echar un vistazo a la horda de reanimados que teníamos cinco pisos más abajo.

Una macilenta jauría de muertos vivientes caníbales gimoteaba y gruñía intentando atravesar las puertas de la urbanización donde nos habíamos refugiado. Eran los peores que había visto, algunos cuerpos estaban tan destrozados que resultaba imposible distinguir a la persona que habían sido antes. El polvo, la suciedad y la putrefacción se habían incrustado en sus ropas y sus rígidos cuerpos, que desde lejos solo parecían una informe masa grisácea… y aun así, demasiado viva para mi gusto.

—Se les ve animados. —comenté despreocupadamente.

¿Cuándo habían dejado de resultarnos tan temibles y empezamos a hacer bromas con ellos? Solo unas horas antes estábamos huyendo de esa misma jauría, más acojonados que una gallina en una jaula de zorros, y ya nos permitíamos bromear. ¿Cuándo pude comerme las asquerosas albóndigas de mi ración de comida sin sentir nauseas por ver cadáveres andantes pudriéndose delante de mí constantemente?

—¿Cuánto crees que se quedarán ahí?

—Hasta que algo los atraiga y se lancen a por ello. —me contestó Fran sin levantar la vista de su lata de comida.

Éramos diez, once con el teniente, y tan solo nosotros tres habíamos conseguido sobrevivir. Prefería no pensar en los que habían muerto, pero no podía quitarme sus rostros de la cabeza. Había visto como se comían al pobre Rafa entre gritos… su hermano también era soldado, en esos momentos estaría en la zona segura sin saber todavía que se había quedado solo. A Diego e Iván no los había visto morir, pero se quedaron atrapados, como el resto, dentro del supermercado, y toda la manada de reanimados se había lanzado a por ellos... no tenían ninguna posibilidad. Los padres de Iván también estaban en la zona segura, y Diego solo tenía diecinueve años. Pedro había sido el único con la suficiente sangre fría como para pegarse un tiro antes de que le cogieran. Y, por supuesto, habían mordido a Javi.

—¿Has echado un vistazo al resto de la casa? —le pregunté a Fran.

Fui hasta la mesa y recogí mi fusil, no debería haberme separado de él en toda la noche, igual que la mochila, pero tal y como llegamos la tarde anterior no estábamos en condiciones de pensar mucho.

—Tienen comida, podemos reponer las raciones... no durarán tanto como las nuestras, pero seguro que están más buenas —respondió él

sin mucho interés—. No tienen agua embotellada, pero hay en las cisternas. Aun así, tenemos todo el puto edificio para saquear. En algún lugar habrá agua embotellada. Por cierto, le he echado un vistazo a la radio y está hecha mierda, solo se escucha y no siempre se pone en marcha, olvídate de usarla para pedir ayuda.

Lástima, no podríamos comunicarnos con la zona segura para informarles de cuál era nuestra situación. No esperaba que nos enviaran un equipo de rescate a corto plazo, sobre todo si podíamos aguantar robando comida de las casas, pero si no podíamos comunicarnos ¿cómo demonios íbamos a regresar cuando hubiéramos terminado?

Fran me miraba mientras yo me encontraba ensimismado en mis pensamientos. Sabía que tenía dudas, pero yo ya estaba muy quemado, no podría soportar el volver a la zona segura sin más, como habría sido mi deber.

—¿Estás seguro de lo que quieres hacer? —estalló al final— Ahí fuera es un puto infierno.

—No tienes por qué venir. Vuelve a la Zona y di que no sabes qué ha pasado conmigo.

Nadie iba a dudar más de mi desaparición que de la de los demás, cuando volviera simplemente diría que cogí otro camino. Habría que elaborar un poco más la mentira, pero era sencilla y creíble.

—Y una mierda —me espetó dejando el tenedor sucio sobre la mesa—. Si vas tú solo van a comerte, y yo no puedo atravesar media ciudad solo tampoco. Además, un binomio no debe separarse.

No tenía muy claro si seguíamos siendo un binomio. No tenía muy claro tampoco si seguía siendo un soldado o solo un tío que fingía serlo. Lo que iba a hacer podría considerarse deserción y, desde que empezó la crisis de los muertos vivientes, eran muy estrictos en ese tema.

—Creo que podríamos partir cuando Javi… bueno, muera —dije dejando a medio comer la ración; estaba fría, no me apeteció ponerme a calentarla y así era incomible, pero la principal razón para perder el apetitito fue el nudo en la garganta que se me había formado al tener que decir esas palabras en voz alta y que no me dejaba tragar—. Mi tobillo está bien, y mañana estará perfectamente, ha sido una torcedura tonta… y Javi no creo que pase de esta noche.

—Me parece muy bien eso —replicó frunciendo el ceño—. Pero los caníbales de mierda seguirán ahí fuera mañana, y pasado, y el siguiente.

Lo sabía, si algo había que reconocerles a esos seres es que eran obstinados. Nos habían visto meternos en la urbanización y no iban a dejar de intentar entrar simplemente porque se aburrieran. Ese no era su estilo.

Pero sabiendo que mi pie estaba bien no podía quedarme sin hacer nada días y días, hasta que otra cosa les distrajera y se olvidaran de nosotros.

—Tiene que haber más salidas de la urbanización, no hemos inspeccionado la parte trasera. Estos sitios suelen tener más de una entrada, si una llega a dar a otra calle podría estar limpia de muertos.

Fran me miró dubitativo. Podía tener razón, pero asomarnos por ahí abajo también podía significar que los reanimados se entusiasmaran demasiado por la visión de carne fresca y terminaran tirando la valla abajo en su afán por alcanzarnos.

—Como quieras tío —me dijo; después soltó una carcajada—. Joder, espero que tu novia al menos te pague por el esfuerzo de ir a buscarla, tu ya me entiendes.

Patricia era mi novia desde hacía casi tres años, y vivía cerca de la plaza de Camilo José Cela. Nosotros estábamos en alguna de las callejuelas que había cerca del cuartel de la Guardia Civil, no sabía exactamente en cuál porque no había podido pararme a leer los carteles, pero la cuestión es que no estábamos lejos de su casa.

Desde el principio de la crisis dejó muy claro que no estaba dispuesta a marcharse a la zona segura. Sabía muy bien lo que le esperaba allí: hacinamiento, incomodidades y constante presencia militar; de modo que se aprovisionó bien y se encerró en su piso a esperar que todo se solucionara. Incluso logró convencer a algunos de sus vecinos para que hicieran lo mismo.

Pero desde la última vez que hablamos habían pasado demasiados días, tantos que sentía como si hubiera transcurrido toda una vida. Cuando restringieron las comunicaciones a las estrictamente militares ya me fue difícil hablar con ella un par de veces, pero cuando cayeron los satélites no hubo manera de volver a entablar una comunicación.

Ya había pasado demasiado tiempo, la crisis no remitía, si acaso se agravaba, y ella seguía sola, en su casa, con provisiones que debían estar agotándose y sin agua ni luz. Tenía que sacarla de allí y llevarla a la zona segura, donde medio millar de militares velaríamos por ella y los demás refugiados.

Aunque su casa no estuviera lejos, las distancias podían llegar a ser muy relativas en ese nuevo mundo plagado de muertos vivientes. En ese mismo momento, la calle de enfrente era como la luna, imposible de alcanzar porque había demasiados reanimados por medio como para siquiera intentarlo. No confiaba en tardar menos de un día en llegar hasta ella, y la vuelta nos podía llevar fácilmente tres días más… y eso si teníamos suerte.

Ya había experimentado cómo funcionaba lo de moverse por la ciudad a pie. Lo importante era mantenerse lejos de la vista de esos seres, y eso podía hacer que tuvieras que dar rodeos por otras calles

que podían alejarte más que acercarte a tu objetivo, o incluso te podía dejar horas escondido dentro de una tienda o el portal de un edificio de viviendas. Y todo eso contando con que Fran y yo teníamos entrenamiento militar y ya nos las habíamos visto con los reanimados, no sabía cuánto nos podía costar si Patri nos acompañaba.

Pero no me importaba, ya no podía irme sin ella. Aunque trágico, todo lo ocurrido había sido una oportunidad, y no la iba a dejar escapar.

Así se lo dije a Fran.

—Si esto es una oportunidad aprovéchala, porque se ha pagado un alto precio por ella… y más alto que va a pagarse. —añadió, seguramente pensando en Javi.

No le faltaba razón. Éramos once cuando salimos y el teniente Muñoz lideraba la operación. La zona segura había resultado ser una prisión donde los refugiados se amontonaban y esperaban que los militares cubriéramos todas sus necesidades. Cuando la zona segura de Madrid cayó, arrasada por los reanimados, los altos mandos se dieron cuenta de que, quizá con las provisiones que habíamos almacenado no habría suficiente para alimentarlos a todos a corto plazo… y muchos se temían que habría que comenzar a pensar en el largo plazo también.

La guerra contra los muertos iba mal, realmente mal; todos los operativos que se habían repartido por la ciudad tuvimos que replegarnos en la zona segura, y como no habría comida suficiente para todos hasta que lográramos expandirnos, limpiando otras zonas de la ciudad, y producir nuestra propia comida, habían enviado a grupos en busca del famoso convoy perdido.

Durante la creación de la zona segura, un convoy cargado hasta los topes de comida del banco de alimentos, cuyo contenido teóricamente podría haber alimentado a los refugiados y a nosotros mismos durante meses, se perdió. Sencillamente desapareció. Los conductores no se comunicaron con la base y cualquier intento de encontrarlos había resultado inútil. Los altos mandos estaban seguros de que el motivo de la desaparición habían sido los reanimados, que cuando aparecían en masa podían detener un camión, dos o los que quisieran, y por ese motivo habíamos salido dos días atrás los once, con el teniente Muñoz a la cabeza, en busca del convoy. Los reanimados no tenían mucho interés en la comida en lata, y todos creían que, una vez aniquilada toda persona que encontraran allí, se habrían marchado, dejando los camiones intactos.

Sin embargo, buscar ese convoy por la ciudad no era una tarea sencilla. Los muertos andantes ya se contaban por miles, y salir del cordón militar representaba un gran peligro; por no hablar de que, como los camiones no habían dado ninguna señal, podían encontrarse

en cualquier lugar del trayecto, lo que ampliaba mucho el radio de búsqueda. La nuestra había sido la última patrulla en salir, después de que las dos primeras tuvieran que retirarse sin haber logrado su objetivo, y la tercera y última hubiera desaparecido por completo.

Por si eso fuera poco, los ataques contra la zona segura cada vez eran más frecuentes y más violentos. El ejercito de los muertos vivientes consistía en prácticamente la totalidad de los habitantes de Murcia, menos los que habían logrado refugiarse en la zona segura, los que se habían marchado de la ciudad y más o menos el medio millar de militares que teníamos que proteger a los primeros. Había estado entre el grupo de exploradores que tenían como misión vigilar los alrededores de la zona segura. Estuve allí cuando la horda de muertos vivientes más grande que había visto nos obligó a volar por los aires los puentes que atravesaban el Río Segura… y ni eso salió bien, ya que la intención era destruir todos los puentes y dejar a la mitad de los reanimados de la ciudad aislados al otro lado del rio, pero la unidad que tenía asignada esa misión fue capturada por los muertos.

Como si de una maldición de tratara, todo movimiento que realizábamos en contra de los muertos vivientes parecía estar destinado al fracaso, incluido el nuestro.

Recordé que, durante el camino, nos encontramos con un grupo de reanimados que se encontraba arrodillado en el suelo, devorando los restos de un perro. No sabía cómo unos seres tan lentos y torpes habían podido cazar a un perro, pero de alguna manera lo consiguieron, y lo devoraban con ansiedad. Uno de ellos se levantó cuando el camión que nos transportaba pasó por su lado y nos siguió con la mirada mientras masticaba la carne del perro. Antes de perderlo de vista empezó a tambalearse hacia nosotros, como si esperara alcanzar a un camión que se movía diez veces más rápido que él.

Cada vez que nos cruzábamos con un reanimado su patrón de comportamiento era similar. Nos seguía con la mirada y, cuando su degenerado cerebro lograba procesar lo que había visto, comenzaba a andar hacia nosotros. Un reanimado solo era una bala en la cabeza para mí, pero me inquietaba que todos los que se encontraban en la avenida en ese momento estuvieran poniendo rumbo en nuestra dirección.

Compartí mi inquietud con el teniente Muñoz, pero no le dio mucha importancia.

—No te preocupes por éstos cabrones. Para cuando lleguen a nuestro objetivo estaremos ya en la zona segura. Preocúpate de los que encontremos allí, y de los que rondan cerca. —había dicho…

—¿En qué piensas? —Me preguntó Fran sacándome de mi ensimismamiento— ¿En la recompensa por salvar a la damisela en

apuros?

—No capullo —le respondí yo—. En cómo mierda hemos acabado aquí.

Lanzó un bufido de desinterés y se levantó de la mesa para dejarse caer sobre el sofá del comedor. Además del sofá había un par de sillones que parecían cómodos. Me dejé caer en uno de ellos y comprobé que tenía razón, habría podido dormirme otra vez allí sentado.

—Te diré como hemos acabado aquí, porque Muñoz es un memo… bueno, era un memo. Te lo repito otra vez, en cuanto vimos la puta horda de muertos que bajaba desde el cuartel tendríamos que haber salido por patas, no quedarnos a plantarles cara como unos gilipollas. "Hay que cumplir la misión, hay que cumplir la misión", pues mira como ha acabado su misión. ¿Hemos ganado algo quedándonos a pelear? Ahora no solo no hay comida para nadie sino que de los once ocho están muertos y el noveno no durará mucho. —exclamó con verdadera pasión.

Muñoz había ignorado a los muertos que nos seguían, y estaba convencido de que podríamos abatir a la manada de reanimados que nos sorprendió el segundo día de búsqueda. Al final de Marqués de los Vélez había un hospital… reconozco que nadie podía esperar que estuviera rodeado de docenas de reanimados, pero una vez que lo habíamos visto tenía que darle la razón a Fran, quedarse fue una tontería.

Los reanimados no son muy listos, es fácil engañarlos. Una vez, cierto capitán nos dijo que nuestra mejor arma contra ellos no eran los fusiles, sino la inteligencia. Y el teniente se lo tomó demasiado en serio. Con el camión que usábamos de transporte bloqueó la entrada al supermercado que teníamos al lado, y nueve hombres se colocaron en el interior del comercio, con sus fusiles apuntando al exterior. Los otros dos, los dos que al final sobrevivirían, harían de cebo. El plan era sencillo: los muertos nos habían visto, pero si Fran y yo llamábamos su atención no harían el menor caso a los que permanecían escondidos. Luego, cuando los muertos atontados estuvieran delante de la puerta, abrirían fuego casi a bocajarro contra ellos. Podíamos llevarnos a la mitad por delante antes de que lograran reaccionar.

Si hubieran sido humanos normales el plan habría sido un éxito incontestable, pero otro de los problemas que tenían esos cabrones era lo difícil que resultaba abatirlos, como mi sueño me había recordado. A una persona normal le pegas un tiro con un fusil de asalto de los nuestros y, como poco, lo dejas bien jodido. Pero a los reanimados los disparos no les importan, no hay forma humana de acabar con ellos a tiros, salvo destrozarles el cerebro. Solo un tiro en la cabeza acaba

finalmente con sus miserables vidas, nada más funciona. Yo mismo había visto una cabeza cortada que seguía intentando morder y que solo dejó de hacerlo cuando alguien le abrió el cráneo en dos de un machetazo.

No le respondí nada a Fran porque creía que tenía razón, había sido una idea bastante tonta. El más mínimo imprevisto y estábamos jodidos; y eso fue lo que pasó, por supuesto. Lo que creíamos que eran decenas de muertos al final resultaron ser un par de cientos. Doblando la esquina había otro grupo de ellos aún mayor, que se vio atraído por el movimiento de los primeros y, cuando ya teníamos a unos encima, los demás aparecieron de repente.

No hubo forma de escapar cuando los que habíamos ido atrayendo con el camión llegaron también, bloqueando la calle por el otro lado.

Eran demasiados, no había manera de contenerlos; nos sometieron simplemente con su número. Sin poder evitarlo, terminaron colándose en el supermercado por los huecos que dejaba el camión y Fran y yo tuvimos que salir por patas por una calle lateral para evitar que nos cogieran también.

Vi como Rafa intentó subirse sobre el vehículo, pero una mano lo terminó agarrando y lo arrastró a la horda de reanimados. Jamás podré olvidar esos gritos mientras lo devoraban vivo. Solo logró salir Javi de allí, y con un mordisco. Luego, en la confusión del combate, me caí al suelo tras tropezar con algo mientras retrocedía. La radio debió joderse en la caída y me hice mierda el tobillo. Fran me ayudó a ponerme en pie mientras les disparaba a los que se nos acercaban y, al final, con Javi y yo cojeando, doblamos por una calle, seguidos por lo menos por la mitad de la manada de muertos vivientes, mientras nuestros compañeros eran masacrados irremediablemente dentro del supermercado.

Con el tobillo jodido no podía correr, y cada paso que daba Javi con su pierna herida era una tortura para él; pero tuvimos suerte y encontramos una urbanización en esa misma calle. Trepar un muro más bien ornamental fue fácil, incluso con un pie mal, pero para los reanimados resulta sencillamente imposible. Escalar no está dentro de sus capacidades, y eso nos salvó la vida… o por lo menos a mí, Fran podría haber seguido adelante sin problemas, y Javi no iba a sobrevivir de todos modos.

Dejamos a los muertos vivientes gimiendo en la puerta y Fran forzó la cerradura de la escalera. No respiré tranquilo hasta que estuvimos dentro. No creo haber pasado jamás tanto miedo como en aquella huida. Los muertos vivientes se estaban comiendo a mis compañeros y yo huía de una horda de ellos con un tobillo que podría estar roto... el corazón me latía tan fuerte que temí sufrir un infarto. Javi gritaba por el dolor de su pierna mordida y Fran manifestó lo que estaba sintiendo

de una forma más explícita, vomitando la comida del mediodía en un rincón.

Luego, más asustados que racionales, subimos al piso más alto que mi pié sano me permitió, Fran volvió a forzar la puerta de una casa y nos metimos dentro.

—¿Dónde aprendiste a forzar cerraduras? —le pregunté.

Recordaba haber querido preguntárselo el día anterior, tras verle utilizar un simple clip que guardaba en un bolsillo del uniforme para abrir una puerta, pero al final lo pospuse a un momento más apropiado para preguntas.

—Mi padre me guardaba los videojuegos bajo llave cuando estaba castigado. Fue cuestión de supervivencia, tío. —me contestó, sonriendo.

Yo sonreí también, al menos hasta que vi sobre un estante una foto que me llamó la atención. Me levanté y me acerqué a verla más de cerca.

—Si sigues dando vueltas, ese pie no va a recuperarse nunca. —me sermoneó como si fuera mi madre mientras yo cogía la instantánea del estante.

Era una foto de familia que se podría calificar como clásica, de esas que hace un fotógrafo profesional mientras todos los miembros de la susodicha familia posan sobre un fondo, que en aquél caso eran unas palmeras al anochecer. En mi familia no teníamos ninguna foto así, pensaba que esas cosas solo se hacían en las familias americanas, pero ahí estaba la prueba de que no.

Eran cuatro miembros. Me fijé primero en el niño, ya que seguramente había dormido esa noche en su habitación; no llegaba a tener los diez años que le había echado. La mujer, que debía ser la madre, tenía un bebe en los brazos que, por el lazo, supuse que era una niña. El cuarto y último miembro era el padre, que tendría unos diez años más que yo, como mucho. Era una familia joven.

—¿Qué es eso? —preguntó Fran con curiosidad, dado el interés que estaba mostrando en la foto.

Se la tendí.

—¿Qué crees que fue de ellos?

Había aprendido a deshumanizar a los reanimados, era duro, pero también la parte más importante a la hora de enfrentarte a ellos. Aunque parecieran personas habían dejado de serlo tras morir, y si no estabas muy mentalizado de eso podías dudar a la hora de disparar... y ellos no dudaban nunca a la hora de morder.

No quería ni pensar en cuánta gente habría muerto por intentar explicarle a un reanimado que era un familiar, amigo o conocido, y no una bestia muerta viviente y hambrienta de carne.

Era difícil dejar de pensar en que, detrás de esa criatura con forma

humana que intentaba comerte, hubo una vez una persona, pero podías usar eso a tu favor, convenciéndote de que, al rematarla, le estabas haciendo un favor a la persona que fue. Sin embargo, ver los rostros de gente que probablemente había muerto… no había forma de insensibilizarse contra eso. No había racionalización posible.

—Igual están en la zona segura.

La respuesta de Fran no me convenció. ¿Qué posibilidades había? Murcia tenía como cuatrocientos mil habitantes en todo el municipio, y en la zona segura había menos de tres mil. No era un experto en matemáticas, pero eso era menos de una de cada cien, así que lo más probable no era que estuvieran en la zona segura, lo más probable era que estuvieran muertos y vagueando por ahí como reanimados.

—A lo mejor tenían una casa en el campo, o en la playa, y se marcharon allí en busca de refugio. —sugirió Fran menos dispuesto que yo a darlos por muertos.

Aunque ese hubiera sido el caso, la gente que pudo huir a lugares menos poblados debió quedarse desabastecida hace tiempo, salvo que llevaran mucha comida y agua al partir. No sabía qué iba a ser de ellos si se quedaban sin suministros, el ejército estaba demasiado lejos y con el agua al cuello como para ayudarles… lamentablemente tendrían que apañárselas por su cuenta como pudieran.

—Probablemente estén muertos. —le dije con pesimismo o, quizás, realismo.

—No se tío… igual si que están en la zona segura —insistió él; la foto no le había impactado tanto como a mí, pero aun así no se le veía precisamente más alegre—. No todos están muertos, joder, aun tenemos a unos cuantos que siguen vivos, ¿no?

Casi sentí vergüenza por no ir a volver inmediatamente a la zona segura. Toda esa gente estaba bajo nuestra protección, el teniente Muñoz y nuestros compañeros habían muerto para intentar alimentarlos, y yo iba a abandonarlos por una mujer. Pero hay sentimientos más poderosos que la vergüenza, y Patricia no era solo "una mujer"… estaba dispuesto a dar mi vida por los refugiados, si era necesario, pero no la de mi novia. La zona segura tendría que aguantar unos días sin mí.

—Si los vemos allí les daré las gracias por no haber instalado una cerradura mejor en la puerta. —añadió Fran dejando la foto sobre la mesita del comedor.

Nos quedamos en silencio unos segundos. No sabría decir si era mi imaginación o que realmente podía oírlos, pero me parecía estar escuchando los gruñidos y gemidos de los reanimados de abajo. Las ventanas estaban cerradas, pero no dudaba de que el sonido de doscientos seres gimiendo pudiera llegar hasta nosotros sin mucha dificultad.

Real o imaginario, era un sonido desesperanzador.

—Voy a ver cómo está Javi. —dije poniéndome en pie y marchándome de allí; la habitación donde lo habíamos colocado estaba lo bastante alejada de esa ventana como para no tener que seguir escuchando a los muertos… sus gemidos me ponían de los nervios.

Cuando entré a la habitación ésta estaba a oscuras. Fran debió bajar las persianas cuando lo dejó dormir, para que la luz del día no le despertase. Supe que seguía ahí porque el bulto que había sobre la cama de matrimonio se movió.

—¿Eres tu Fran? —preguntó Javi con un hilo de voz.

Levanté la persiana y me acerqué hacia la cama. Sólo había que verle para saber que estaba enfermo, tenía la cara muy pálida y cubierta de sudor, con unas enormes ojeras. Le costaba hasta levantar la cabeza.

—Ah… eres tú, tío. —dijo dejando caer su cabeza contra la almohada de nuevo.

Me acerqué y aparté la manta con la que se cubría. Su uniforme estaba encima de una mesa, arrugado y manchado de sangre por el mordisco, de modo que solo llevaba la ropa interior puesta. Su ya de por sí bastante delgado cuerpo parecía más delgado aún… y no había pasado ni un día entero desde el mordisco.

Acerqué mi mano para levantar la venda que cubría la terrible herida. Estaba manchada de sangre pero, sobre todo, del líquido que supuraba por la infección. Además olía mal, como si se estuviera pudriendo.

—¡No la toques! —gimió poniendo cara de dolor, pese a que solo le había quitado la venda de encima—. Me duele… tiene mal aspecto, ¿verdad?

El aspecto era lo de menos, la herida lo iba a matar sin remedio. Nadie había sobrevivido a la mordedura de un muerto viviente y, por el ritmo al que enfermaba, le estaba infectando bien rápido.

—He visto heridas mejores. —afirmé con gravedad.

No podía hacer mucho, podía intentar drenar la herida, pero no estaba seguro de cómo hacer eso. Tan solo se nos ocurrió inflarle a aspirinas para calmar un poco el dolor que le producía la infección, pero no había sido suficiente.

—Estoy jodido —dijo mostrando media sonrisa, pero inmediatamente ésta se vio truncada en una mueca de desesperación —. Debí dejar que me comieran, habría sido mucho más rápido, más limpio.

“Vi cómo se comían a Rafa, y de limpio no tuvo nada” pensé sabiendo que esa imagen me perseguiría en pesadillas durante mucho tiempo… si mis pesadillas no hubieran estado ya tan sobrecargadas de

imágenes parecidas.

Se me pasó por la cabeza la estúpida idea de decirle que, a lo mejor, se ponía bien; aunque deseaba de todo corazón que fuera así, habría sido una mentira que no se hubiera creído nadie. Iba a morirse, él lo sabía, yo lo sabía, Fran lo sabía y el futuro reanimado que resucitaría tras su muerte también.

—Aun puedes hacer que sea limpio, Javi. —le dije con un hilo de voz.

Me decidí a exponerle la opción que le quedaba. No sabía si iba a tener la sangre fría de volarle la cabeza aún estando con vida, pero sin duda hacerlo sería un acto de piedad, se ahorraría mucho sufrimiento.

Tal y cómo me miró pareció haber captado la idea, pero no sabía si la iba a aceptar. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

——Madre mía… —gimió mirando al techo—. Mi hermana está en la zona segura… mis padres están muertos, se quedará sola.

—No estará sola —repliqué yo; y aunque así fuera, él ya no iba a poder volver a la zona segura jamás, la herida lo iba a matar ese mismo día, y no parecía estar en condiciones de viajar—. Hay voluntarios que se encargan de cuidar a los huérfanos, tú mismo los has visto, ¿No recuerdas cuando te pillaron con aquella botella de ron de contrabando?

—Me cayó un buen paquete por esa mierda de botella de ron barato —dijo sonriendo ligeramente, pero aún mirando al techo—. Estuve limpiando la mierda de esos críos una semana como castigo.

—Se harán cargo de ella, ya verás, no le va a faltar de nada.

No conocía a su hermana, pero sabía que solo era una niña. Como sus padres habían muerto, él era el único que se podía hacer cargo de ella, y mientras él estaba de servicio tenía gente que la cuidaba. Pero si Javi moría la llevarían con los huérfanos. No es que la vida de los huérfanos fuera peor que la de los demás refugiados, pero sin duda era más triste.

—Bueno, no te voy a engañar, le faltará lo mismo que a todos, no van precisamente sobrados de nada, ya lo sabes.

—Le faltará además lo que le quedaba de familia. —añadió en tono lúgubre.

“Pues lo que yo decía, lo mismo que a todos” me sentí tentado de decirle, pero me callé sabiendo que aquella conversación no tenía sentido; no le estaba dando a elegir entre vivir o morir, le estaba dando a elegir entre morir en ese momento y rápido o morir más tarde con dolor.

—Siempre podemos bajarte a la calle y dejarte ser un muerto viviente. No parece que les vaya muy mal. —le dije con intención de rebajar un poco el dramatismo del momento.

No se rió, siguió pensativo mirando el techo. Al final miré yo

también por reflejo… solo había una lámpara bastante fea colgando.

—Disparadme. —dijo finalmente, y por su tono sabía que lo decía en serio.

Muy a mi pesar, conocía bastante bien la convicción del que sabe que va a morir y lo acepta. Había visto a demasiados compañeros caer, y algunos eran capaces de llevar sus últimos segundos de vida con entereza. Si algún día me ocurría lo mismo a mí, esperaba poder estar a la altura.

—Dadme agua y acabad con esta puta mierda de una vez. No quiero ser un podrido de esos.

Al salir de la habitación le conté a Fran la decisión que Javi había tomado y, aunque le sorprendió que hubiera tenido el valor de sacar el tema, se mostró favorable a la misma.

—Es lo mejor, una muerte rápida es más de lo que la mayoría han tenido. —Había dicho sin ocultar su abatimiento.

Se ofreció a hacerlo él mismo, alegando que yo le conocía desde mucho antes y sería más duro para mí. Pero, precisamente por ese mismo motivo, era yo quien debía hacerlo. En realidad no tenía la menor importancia, ya que el resultado iba a ser el mismo, e incluso me resultaría menos duro ver como simplemente se encargaba otro, pero sentía que tenía que ser yo. Había sido mi binomio desde que empezó la crisis hasta hacía unos pocos días y un amigo durante todo ese tiempo, de alguna forma era mi deber.

Fran salió de la habitación tras despedirse de él, con gesto serio. Tan solo se detuvo un momento para mirarme a los ojos y enseguida se marchó al salón. Entonces entré yo y cerré la puerta.

Javi se había puesto otra vez el uniforme, seguramente ayudado por Fran, pero aún tenía el mordisco mortal bien a la vista, bajo el desgarrón que el muerto viviente le había hecho con los dientes en la ropa.

—Toma —dijo descolgándose del cuello una cadena dorada de la que colgaba una pequeña cruz de oro; me la tendió y yo me colgué el fusil a la espalda para recogerla, se notaba que era buena por lo que pesaba—. Era de mi abuela, luego fue de mi madre… dásela a mi hermana cuando vuelvas a verla, ¿vale?

Asentí sin pronunciar palabra y me la guardé en un bolsillo. No le habíamos contado nada a Javi de lo que pretendíamos hacer en cuanto dejáramos ese edificio, él pensaba que intentaríamos volver a la zona segura, y no iba a sacarle del error durante sus últimos momentos de vida. Ya cumpliría su última voluntad cuando volviera de verdad.

—El arma se me cayó cuando me atacaron, pero tenía un cargador de más, lleváoslo, os hará falta. —señaló la mesita de noche, donde había dejado todas sus cosas.

Me acordé entonces de una cosa, aunque era poco probable…

—¿Llevabas una radio?

Cada binomio llevaba una, por si nos separábamos, así que tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de que fuera así; no sabía como no lo había pensado antes.

Negó con la cabeza.

—Creo que lo perdí también… o puede que lo llevara Rafa, no lo recuerdo —si lo llevaba Rafa, que era el binomio de Javi, estaría en el estómago de algún reanimado, así que no había nada que hacer—. De todas formas perdimos la comunicación con la zona segura en cuanto nos alejamos un poco, no servirían de nada.

Asentí para indicarle que no tenía importancia.

—Cuando quieras… —dijo finalmente.

Su valor al enfrentarse a la muerte me estaba sorprendiendo, sobre todo porque era mayor que el mío. Luchaba con todas mis fuerzas para parecer tranquilo, profesional con todo aquello, pero estaba casi al límite, y lo que tenía que hacer a continuación iba a ser lo más terrible de todo.

Cuando agarré el fusil entre mis manos, éstas me temblaban tanto que por un momento temí no ser capaz de hacerlo. Me venían a la cabeza imágenes de él, disparando a mi lado contra los reanimados, jugando a las cartas en el cuartel, patrullando el muro de la zona segura… incluso pasándome de tapadillo un chupito de ron; y el alma se me caía a los pies.

Coloqué el arma sobre mi hombro y apunté con la mira a su cabeza. Me había enfrentado a cosas más peligrosas que el mejor soldado profesional del país antes de que la crisis comenzara, pero cualquier otro habría podido dispararle a Javi con más facilidad que yo. Tampoco había disparado jamás contra un objetivo vivo, solo contra muertos vivientes de mierda… pero sí que había aprendido a obedecer, y a hacer lo que tenía que hacerse en cada momento.

El disparo retumbó por toda la habitación, taponándome los oídos, y la sangre salpicó todo el cabecero de la cama. Solo en el último segundo Javi había perdido el valor y había empezado a llorar, y cuando me quise dar cuenta también yo tenía lágrimas en los ojos.

“Lo siento hermano, lo siento mucho.”

Fran entró un momento después; aparté la mirada para que no me viera lagrimear, pero empezaba a sentir cómo la bilis trepaba hasta mi garganta buscando salir.

—Descansa en paz colega. —le dijo Fran al rostro desfigurado y sanguinolento que unos segundos antes había sido nuestro compañero —. Mejor esto que ser uno de esos hijos de puta.

—Disculpa un momento. —dije con una voz pastosa, solo ligeramente parecida a la mía, e inmediatamente me dirigí hacía el

comedor.

Una vez allí abrí la ventana. Los muertos vivientes seguían abajo, peleando por atravesar un muro de ladrillo y una valla metálica, impasibles a todo lo que había ocurrido. Sin poder evitarlo, terminé vomitando todo lo que había comido un momento antes. El vómito cayó sobre algunos de los reanimados, pero eso tampoco pareció importarles, ¿qué es un poco más de peste sobre un cadáver podrido?

"Qué os jodan cabrones" pensé mirándoles con odio.

Un par de ellos me habían visto asomado y estiraban sus manos muertas hacia mí, como creyendo que podrían alcanzarme si las estiraban lo suficiente. Me sentí tentado de agarrar el fusil y volarles la cabeza, con la mira y apuntando bien no podía fallar el disparo. Pero era desperdiciar balas a lo tonto, el único muerto al que hay que rematar es el que te supone un peligro.

Cuando volví a la habitación, Fran había cubierto el cadáver con las mantas de la cama.

—¿Qué vamos a hacer con él? —me preguntó.

No podíamos dejarlo ahí, no habría sido digno abandonar el cadáver de un compañero, y si la gente que vivía en la casa volvía alguna vez… en fin, sería un espectáculo poco recomendable. Llevarlo a la zona segura tampoco habría sido posible aunque nos hubiéramos dirigido hacia allí.

—Vamos a llevarlo a la azotea, le quemaremos —se me ocurrió de repente, y me pareció una buena idea; era algo mucho más digno, su cuerpo ardería iluminando el cielo nocturno de una ciudad sumida en la oscuridad—. Lo haremos esta noche.

Nunca habíamos quemado un cuerpo humano y no sabíamos cuánto tardaría en consumirse, así que, por precaución, utilizamos todo el material inflamable que encontramos. Además de las mantas y sábanas que le envolvían, le habíamos colocado sobre el colchón en el que había muerto; la sangre se había filtrado a través de la colcha y dudaba que los dueños fueran a seguir queriéndolo después de eso.

Como no queríamos abusar de las propiedades de la familia de la casa, Fran se coló en otro de los pisos cuyos dueños no habían tenido la precaución de comprar una cerradura de calidad, y de él cogimos el relleno de varios cojines y una mesita de madera. Ésta última la hicimos trizas para usarla como si fuera leña.

Por último, Fran bajó al garaje y sacó un poco de gasolina de uno de los coches.

—¿Sabes? No me pareció que hubiera muertos vivientes al otro lado de la urbanización, a la calle donde da el garaje —me comentó mientras juntábamos todo lo conseguido en una pira para Javi; al día siguiente teníamos que ponernos en marcha y había que pensar aún cómo salir—. Podemos echarle un vistazo luego, antes de que se haga

de noche.

—Lástima que no podamos coger un coche, sería todo más rápido. —dije sin ocultar mi amargura.

Llegar a casa de Patri y volver a la zona segura nos habría llevado diez minutos en coche, pero estábamos lejos de ella y la mayoría de las calles que fueron despejadas en su momento para permitirnos movernos por la ciudad, aunque libres de coches, no lo estaban de muertos vivientes. Por supuesto, intentar moverse por calles secundarias en coche era garantía de quedarse atascado y sin posibilidades de volver atrás.

Cuando estuvo lo bastante oscuro, depositamos el cuerpo de Javi sobre de la pira y lo bañamos todo con gasolina. Yo mismo la encendí con un mechero que encontré en la cocina y, tras quemar unas cuantas hojas de periódico para que hicieran llama, la pira comenzó a arder desprendiendo un denso humo negro, pero a la vez iluminando los edificios contiguos. No había quedado tan bonito como yo habría querido, ya que el edificio solo tenía seis plantas y no era el más alto de los alrededores, pero no había nada mejor. Javi tendría que conformarse.

Nos quedamos allí un rato, mirando en silencio como la enorme hoguera ardía y consumía el cuerpo de nuestro compañero.

—¡Ostia! Espero que esto no atraiga a más bichos. —exclamó Fran de repente, asomándose a la calle.

Los reanimados no podían haberme importado menos en ese momento. Se me ocurrió que sería divertido rociarles desde allí arriba con la gasolina que quedaba, prenderles fuego y que se quemaran los doscientos como cucarachas. Habría sido lo justo, Javi estaba quemándose por su culpa, ojo por ojo y diente por diente. Pero el riesgo de provocar un incendio con nuestra pira ya era bastante como para ir rociando de gasolina la calle; sobre todo sin un cuerpo de bomberos que pudiera extinguirlo.

—Voy a bajar a la casa, quiero tumbarme un rato. —no había sentido más molestias en el pie a lo largo del día, pero tras subir el cadáver a la azotea se me estaba resintiendo, y lo quería en condiciones óptimas para el día siguiente.

—Vale, yo vigilo esto. —me contestó Fran.

Mientras bajaba, se me ocurrió que sería apropiado el indicar de alguna manera que el cadáver quemado de la terraza era el de Javi, por si a Fran y a mí nos pasaba algo. Si todo volvía a la normalidad, su hermana querría recuperar lo que quedara y enterrarlo con dignidad. Algo como una tabla de madera escrita a bolígrafo serviría para ello, no se la llevaría al viento y podría dejarla al lado del cuerpo quemado.

Me propuse encargarme de eso a la mañana siguiente, antes de

buscar la forma de salir del edificio y partir al rescate de Patricia… sentía que la necesitaba más que nunca después de todo lo que había pasado.

LAURA

—Haz el favor de alegrar un poco esa cara. —dijo mi marido con un gruñido, apenas levantando la vista del mismo periódico que llevaba leyendo desde hacía dos semanas.

En cualquier otra persona esa frase habría sido dicha con tono amistoso, o acompañada con una sonrisa reconfortante; pero viniendo de Adrián tan solo contenía desprecio.

Por no llevarle la contra mostré una ligera y desganada sonrisa, pero eso tampoco pareció complacerle. En realidad nada le complacía desde hacía mucho tiempo, y el traslado a la zona segura había empeorado aun más su humor, si es que eso era posible.

Tampoco podía reprochárselo, ya sabíamos que íbamos a tener que soportar muchas incomodidades, pero el paso del tiempo no hacía más que incrementarlas. Al principio teníamos hasta electricidad, pero, conforme la situación fue poniéndose peor con los resucitados, nos quedamos sin luz y sin agua corriente. El agua que recibimos a partir de entonces era de las fuentes que instalaron al cortarse el suministro.

Dijeron que se había comenzado a apagar las centrales nucleares del país, al no poder garantizarse su correcto funcionamiento, y que la compañía que suministraba el agua había sido abandonada por los pocos trabajadores que quedaban en ella. Por supuesto, aquello fue cuando aun nos informaban de vez en cuando de lo que estaba ocurriendo fuera.

Esos días llegaron las últimas personas a la zona segura. Todos los que habían decidido aguantar en sus casas a que se solucionara la cosa habían tenido que abandonarlas al quedarse sin agua y sin luz, y cuando llegaban parecían refugiados de guerra. Muchos habían perdido a familiares y seres queridos en el trayecto, algunos incluso a toda su familia y, por las cosas que contaban del exterior, la situación allí fuera era realmente dramática. Yo misma había escuchado historias horripilantes de gente devorada viva, de calles completamente abarrotadas de esos monstruos y de cómo el ejército había dado por perdidos varios barrios de la ciudad. La conclusión a la que muchos llegaron después de escuchar esos sobrecogedores relatos

era que habíamos perdido la guerra contra los muertos vivientes. Los resucitados estaban tomando la ciudad sin que nadie pudiera remediarlo.

No todos los que lograban llegar a la zona segura después de vivir un infierno tenían la suerte de sentirse a salvo tras los muros que la rodeaban. Algunos llegaban heridos, incluso por mordeduras, y los militares los tenían que llevar directamente al hospital…

Pobrecillos. Ya sabíamos que los mordiscos contagiaban una terrible enfermedad que era mortal y que hacía que al morir resucitaran como caníbales descerebrados. La mayoría no volvía a salir del hospital, o si lo hacían era en bolsas de plástico.

Mi marido, mi hija y yo fuimos de los primeros en llegar a la zona segura. Cuando el ejército comenzó las evacuaciones, Adrián insistió en que nos fuéramos, y cuando el primer convoy militar pasó por nuestro barrio nos pusimos en marcha.

He de reconocer que me sorprendió que Adrián propusiera que nos marcháramos de casa con tanta facilidad. Siempre fue un hombre muy orgulloso, y hasta poco antes estaba completamente convencido de que allí estábamos a salvo. Nos obligó a celebrar el año nuevo como si no pasara nada, y no dejaba de repetir que aquella crisis no era para tanto…

Sin embargo, antes de que acabaran sus vacaciones de Navidad tuvo que reincorporarse al trabajo, y cambió completamente de opinión. El era bombero, y los suyos, junto con la policía, los militares y otros cuerpos de emergencias, se las tuvieron que ver con los resucitados en primera persona cuando empezaron a ser un problema. No quería ni pensar lo que había tenido que ver para que un hombre como él se convenciera de que debíamos huir a un lugar más seguro.

Desde después de Navidades los bomberos y la policía habían estado trabajando con los militares, así que no fue una sorpresa para nadie que el ejército terminara tomando el control de la situación; de hecho, se esperaba algo así desde que comenzó el toque de queda y se declaró el estado de alarma en todo el país.

Según escuché, cuando los militares aún nos contaban cosas, mi barrio había sido abandonado poco después de que nos marcháramos nosotros. Las tropas desplegadas se habían retirado, y los habitantes que quedaran allí y que no se hubieran dejado evacuar estaban a su suerte. Si no habían huido a la zona segura, como tantos otros, debían llevar casi dos semanas sin luz y una sin agua. No quería ni pensar en ello.

Aunque nos acompañaron algunos vecinos, nosotros tres nos vinimos solos, sin más familia. Adrián intentó contactar con su hermano antes de que se cortaran la mayoría de las comunicaciones, pero no pudo. Eso le enfadó tanto terminó dándome una bofetada por

insistirle en traer con nosotros a mis padres, que vivían en Cartagena. Habían tenido una discusión muy fuerte justo después de que naciera Susana, y desde entonces solo había podido hablar con ellos muy de cuando en cuando. La última vez que lo hice fue en Navidad, y no sabía qué había podido pasarles después de eso.

Cuando fui realmente consciente del peligro que suponían los resucitados, le insistí una y otra vez en que recogiéramos a mis padres y los trajéramos con nosotros. Se negó, alegando que ellos estaban en Cartagena y que nosotros teníamos nuestros propios problemas. Y por más que le insistí, ya que mis padres eran mayores y no habrían sabido valerse por ellos mismos para trasladarse a una zona segura, se siguió negando; hasta que se hartó y me hizo callar de un.

El bofetón me había dejado tal marca en la cara que, cuando entramos a la zona segura, los militares me llevaron aparte y me inspeccionaron todo el cuerpo, pensando que podrían haber sido heridas producidas por los resucitados. Al preguntarme cómo me lo había hecho les respondí que se me había caído una maleta encima al hacer el equipaje. No era la primera vez que tenía que mentir por algo así.

Decía que nada complacía a mi marido desde hacía mucho tiempo, pero lo que menos le complacía últimamente era mirarme. Tenía la sensación de que podía ver en mi mirada el reproche por no haber recogido a mis padres y, aunque yo intentaba que no pareciera que le recriminaba nada, estaba segura de que lo que hacía que siguiera viéndolo, pusiera yo la expresión que pusiera, era la mala conciencia.

Decía también que la calidad de vida en la zona segura había disminuido considerablemente. Además del tema de la luz y el agua había que considerar que éramos muchas bocas que alimentar, y desde que los militares se habían replegado completamente apenas cabíamos dentro.

—Por suerte ya no vendrá más gente, están todos muertos. —Dijo Adrian, con su recién adquirida actitud desdeñosa, cuando le mencioné el problema.

Pero el hacinamiento no era un inconveniente tan grave como el de la comida. Al principio decían que había comida para diez mil personas durante un mes, pero, por alguna razón que no llegaron a explicarnos, apenas tres semanas después, y siendo menos de la mitad de esos diez mil allí dentro, se había comenzando a racionar la comida, que tampoco era lo que yo llamaría buena. Básicamente consistía en una serie de raciones militares que variaban muy poco y sabían fatal; pero no había otra cosa, cualquier producto perecedero se habría estropeado a esas alturas por el simple paso del tiempo. Eran las raciones o nada.

La gente ya estaba harta de vivir en tiendas de campaña y de tener

que conseguir agua de las fuentes, así que el racionamiento fue la gota que colmó el vaso, y empezó a haber protestas. A los primeros que se quejaron no les hicieron mucho caso. Pero cuando se pusieron más violentos los militares tuvieron que intervenir en serio. Hubo varios heridos cuando un grupo intentó abrirse paso por la fuerza hasta el interior del colegio, donde se guardaba bajo vigilancia todas las raciones. Desde ese momento, el doble de soldados vigilaba el lugar.

Las reclamaciones por aquello cayeron en saco roto, no parecía que los militares estuvieran respondiendo ante ninguna otra autoridad distinta a ellos mismos. Unos días antes del tumulto habían llegado más tropas a la Zona y, casualmente, fue ese día cuando dejaron de informarnos de lo que iba ocurriendo fuera.

Un terrible rumor se fue extendiendo a raíz de aquello. El rumor decía que el ejército se había replegado completamente porque habían sido sobrepasados por los resucitados. La ciudad estaba perdida y no querían que lo supiéramos. Nadie quería creer un rumor tan lúgubre, pero el mutismo del ejército hizo que se extendiera como la pólvora, y el miedo que todos sentíamos se acrecentó todavía más.

Esa noche me la pasé llorando, aunque sin hacer ruido para no despertar ni a Adrian ni a Susi. Lloré por mis padres, que no sabía que había sido de ellos, y por mi hermana, que vivía en Albacete y de la cual tampoco sabía nada desde hacía semanas.

Pero aquél día, por desgracia, no iba a ser el peor.

Después de cinco días sin decirnos nada, aquella misma mañana un militar activó la megafonía a primera hora, mientras me encontraba recogiendo agua de la fuente para evitar tener que hacer cola cuando se llenara de gente más tarde. El militar dijo que la zona segura de Alicante había caído, pero no dio más explicaciones sobre lo que había pasado.

La gente se quedó congelada con la noticia. Una mujer mayor, que hacía cola tres personas por detrás de mí, se echó a llorar de repente. Por lo que pude entender, sus hijos y sus nietos estaban refugiados en esa zona segura. No pude sino compadecerla.

Al llevar el cubo de agua ya lleno hasta nuestra tienda Adrian me había dicho que alegrara la cara, pero no podía tener menos motivos para hacerlo.

—¿Has oído lo que han dicho? —le pregunté tímidamente.

—Pues claro que lo he oído, no estoy sordo. —me respondió con un bufido.

Estaba sentado en una silla plegable que habíamos traído de casa y que utilizábamos cuando íbamos a la playa. Además de los dos catres, que ya venían con la tienda de campaña que habían instalado los militares, no había más asientos, de modo que permanecí de pie.

—Los alicantinos están jodidos. ¡Ja! Al parecer su zona segura era

una mierda de segura.

No me lo había planteado, pero me di cuenta en ese preciso momento de que si una zona segura ha caído, ¿por qué no en la que nos encontrábamos? En nuestra propia zona segura no éramos ajenos a los ataques de los muertos vivientes. A lo largo de todo el día se podían escuchar disparos de los militares contra los resucitados que se acercaban demasiado al muro. Habitualmente venían en solitario, o en grupos muy pequeños, pero ocasionalmente llegaban grupos grandes que podían incluso amenazar las defensas del ejercito. En esos casos no disparaban, una patrulla solía salir en un vehículo y los atraía haciendo ruido, alejándolos de nosotros. Afortunadamente esos monstruos no eran muy listos, y era fácil engañarlos con ese tipo de trucos.

En una ocasión tuvieron que llevar a cabo medidas más drásticas. Unos días atrás habían hundido el puente del hospital porque los vigías advirtieron que se acercaba una horda enorme de resucitados por la Avenida de Pio Baroja. Aunque nosotros estábamos acampados en un colegio al lado de la Nueva Condomina, la explosión sonó como si se hubiera producido a menos de diez metros. Esa noche hubo muchos disparos contra los resucitados que había atraído el ruido de la demolición. Fueron tantos que empecé a pensar que habían encontrado la forma de pasar a través del río. Y no pararon hasta bien entrada la mañana.

—Y también parece que los militares siguen siendo los únicos con electricidad. —añadió Adrián con cierto resquemor.

Habíamos visto, poco después de que se fuera la luz, a unos soldados transportando un generador eléctrico que funcionaba a base de gasolina al interior del colegio. A algunos, incluido Adrián, les sentó muy mal eso, aunque yo no comprendía por qué. Era evidente que con un generador de ese tamaño no iban a alumbrar todo el interior del colegio, ni tampoco hacer funcionar la calefacción; seguramente el único motivo por el que lo habían instalado era por las emergencias, pero no manifesté en alto ese pensamiento. No quería llevarle la contra a mi marido.

—¿Dónde está Susi? —pregunté dejando el cubo al lado del camping gas que teníamos como única fuente de calor; casi siempre estaba apagado porque, si se gastaba, no teníamos forma de sustituirlo.

—Es tu hija, eres su madre, tú deberías saberlo. —me contestó con indiferencia, volviendo la vista hacia el periódico.

—Te pedí que la vigilaras mientras iba a por… no importa, iré a buscarla. —salí de nuevo de la tienda sintiéndome mal.

No estaba preocupada, lo más probable era que estuviera jugando con los demás niños en el patio. Lo que me preocupaba era la forma

como la trataba su padre; nunca le había puesto una mano encima, y por eso la niña lo adoraba, estaba en esa fase, pero él no sentía más que indiferencia hacia ella, hacia su propia hija, y eso me dolía mucho más que cualquier golpe que me hubiera podido dar en su vida. Jamás le hizo demasiado caso; y en nuestra vida habitual, con tantas ocupaciones y obligaciones, casi podía justificarlo, pero en la zona segura no había nada que hacer, salvo ver pasar las horas, y casi le prestaba menos atención que estando en casa.

Aunque no la pude localizar cuando salí de la tienda no me alarmé demasiado, estábamos en el patio de un colegio y los niños iban corriendo de un lado a otro, dando brincos entre las tiendas de campaña y manchándose en la zona de tierra que había al pie del muro.

Alicia y Rodrigo, el matrimonio que vivía en la tienda de al lado de la nuestra, volvían de la fuente justo en ese instante con una garrafa de agua en los brazos. Él me saludó antes de meterse en su tienda, pero ella le susurró algo que no llegué a escuchar y luego se acercó a mí, sonriendo.

Alicia siempre se acercaba sonriendo. Bueno, siempre no, los primeros días no, los primeros días siempre son los peores, pero cuando te acostumbras a vivir en las condiciones en que vivíamos podías llegar a fingir felicidad… al menos si no habías perdido a nadie, cosa poco habitual, la verdad sea dicha. El matrimonio que tenía al otro lado había llegado hacía diez días, pero solo les había visto en persona el mismo día que llegaron; por lo que se rumoreaba habían perdido a sus dos hijos en el camino, y creo que jamás había visto unas caras tan desencajadas por el dolor. Podía comprenderlo perfectamente, solo de pensar en que a Susi pudiera pasarle algo me ponía enferma.

Aunque siempre resultaba alentador ver a alguien sonreír, la sonrisa de Alicia no me reconfortaba en absoluto, porque podía notar lo falsa que era. Adrian se enfadaba frecuentemente, y muchas veces acababa gritándome. Vivían en la tienda de al lado, así que estaba segura de que lo habrían escuchado alguna vez; incluso era posible que supiera que me pegaba de vez en cuando.

No me gustaba que me sonriera porque el único motivo por el que lo hacía era por compasión.

Le devolví la sonrisa, pero solo durante un par de segundos, yo no tenía por qué sonreír, ni tampoco tenía ganas de fingir.

—Hola. —me saludó poniéndome la mano sobre el brazo.

Debía tener como veinte años más que yo, por lo que calculaba que ya había cumplido los cincuenta. Su pelo rizado lucía algunas canas y, cuantos más días pasaba en la zona segura, lejos de cremas y maquillaje, más se le notaban las patas de gallo.

—No te he visto desde ayer.

—Estaba ocupada con la niña, y ordenando un poco la tienda. —aquello era cierto, aunque tenía la sensación de que, si mis sospechas de que sabía todo lo que ocurría entre Adrián y yo eran ciertas, lo iba a utilizar en mi contra.

Tenía por costumbre lanzarme indirectas más o menos sutiles sobre el asunto, suponía que con la esperanza de que me viniera abajo y terminara contándoselo. Empezó unos días atrás, cuando me dijo que su marido estaba mucho más arisco desde que estaban en la zona segura, e intuí con facilidad por donde iban los tiros.

Era consciente de que lo hacía con buena voluntad, por ayudarme, pero me resultaba muy molesto, de modo que decidí no darle otra oportunidad y cambiar de tema.

—¿Has escuchado lo de Alicante? ¡Qué horror! —ese tema no podía ser eludido con unas palabras de cortesía.

—¡Y que lo digas! —respondió ella con gravedad; la sonrisa se le borró de la cara inmediatamente— ¿Sabes cuánta gente había allí? Dicen que casi diez mil, y que podrían haber muerto todos. Mira, no quiero ni pensarlo…

Yo tampoco quería pensarlo, pero había sacado el tema para eludir otro en el que prefería pensar aún menos. Más que toda esa gente muerta me inquietaba lo que nos podía llegar a pasar a nosotros. No sé por qué, pero compartí mis temores con ella… supongo que era la única persona con la que podía hablar allí; Susi era demasiado pequeña para estas cosas, y Adrian… hacía mucho que no era adecuado para hablar de nada.

—Da un poco de miedo, por nosotros, quiero decir —le confesé—. Supongo que ellos también creían que estaban a salvo.

—¡No seas pesimista mujer! —me contestó volviendo a sonreír como antes, o quizá de forma un poco más sincera— Eso ha sido un hecho aislado seguro. Algún fallo en la vigilancia, o en los muros.

—Espero que sí. —había zonas seguras prácticamente en todas las ciudades del país y, salvo Alicante, no nos habían informado de que ninguna más hubiera tenido problemas.

Un día antes de que empezaran a racionar la comida dijeron que había habido enfrentamientos importantes contra los resucitados en las zonas seguras de Madrid y Barcelona, pero al no contarnos nada más, todos habíamos supuesto que lo habían controlado. No era algo raro, también en nuestra zona segura había enfrentamientos ocasionales contra grupos especialmente grandes de muertos vivientes, y siempre acababan matándolos o alejándolos.

—No hay nada que temer —siguió diciendo Alicia mientras yo recordaba todo aquello—. ¿Has visto alguna vez un resucitado trepar un muro? Aquí no pueden entrar.

—Discúlpame pero tengo que buscar a Susi. —la interrumpí al recordar por qué había salido de la tienda, y antes de que pudiera decir nada más me había dado la vuelta y caminaba hacia la zona de arena, donde suponía que estaría mi hija.

Murmuró un hasta luego antes de meterse en su tienda, quizás algo alicaída.

“En el fondo solo quiere ayudarme... ¡Pero no puede ayudarme! Y no quiero que lo haga” pensé mientras continuaba la marcha.

Encontrar a los niños no era difícil, ni siquiera entre tanta gente, solo había que seguir el ruido de los gritos para dar con ellos.

En cualquier otra situación hubiera dado penita verlos. Los niños ensucian a un ritmo mucho mayor del que disponíamos en la zona segura para limpiarnos, y sin duchas ni lavadoras parecían los hijos de un grupo de mendigos. Sin embargo, tal y como estaban las cosas, había que dar gracias a Dios porque estuvieran vivos. Yo daba gracias todos los días por eso, y a partir de ese día también las daría para que no acabáramos como los pobre refugiados de Alicante.

Susana apenas tenía cuatro años. Había heredado mi pelo castaño, pero tenía los ojos marrones y el mentón de su padre. Se encontraba en un rincón que había entre los muros del colegio y una fila de tiendas de campaña, junto a otras niñas, jugando con unos juguetes viejos que habían logrado juntar entre los que cada una había traído de su casa y lo que los militares habían encontrado dentro del colegio.

No me vio llegar, pero cuando la llamé por su nombre rápidamente se puso en pie y vino hacia mí corriendo. La ropa que llevaba estaba tan sucia que, en otras circunstancias, la habría tirado a la basura directamente. Su pequeño abrigo rosa era lo que se encontraba en peores condiciones, ya que no podía quitárselo casi nunca. Era invierno, hacía frío y vivíamos prácticamente en la calle, porque el interior de las tiendas de campaña no proporcionaba una gran protección contra el frío; apenas era una tela verde que solo servía para tener un mínimo de intimidad, y en las noches más gélidas, cuando las mantas no eran suficientes, teníamos que dormir con los abrigos puestos.

—¿Qué te has hecho en la rodilla? —llevaba en los vaqueros un raspón que no tenía antes.

Me miró con un poco de miedo, porque sabía que le tenía dicho que cuidara la ropa, ya que no teníamos demasiada de recambio.

—Me he caído. —se justificó dirigiendo su mirada hacia los zapatos.

Eran unas zapatillas de deporte blancas, pero con el paso del tiempo se habían vuelto completamente negras de la suciedad que habían acumulado. Una de las cordoneras estaba desatada; aún no sabía atarse ella sola.

—Ten más cuidado, cariño, ya sabes que no tenemos más ropa. —le dije mientras me agachaba a hacerle el nudo a la zapatilla.

Se sorbió los mocos, pero no dijo nada.

Una vez las cordoneras en su sitio volví a la tienda, con ella de la mano dando trompicones a mi lado. En uno de los saltitos casi se cae al suelo, y así habría sido si no la hubiera estado sujetando. Mientras la ayudaba a enderezarse observé cómo un par de soldados salían de nuestra tienda. El corazón me dio un vuelco, aunque no tenía ni idea para qué habían ido. Los militares cada vez se mezclaban menos con nosotros, y cuando lo hacían era para intervenir si había alguna pelea, un robo o porque había ocurrido alguna desgracia.

Aceleré el paso, tirando de Susi, y me asomé por la esquina de la entrada de la tienda. Adrian estaba allí, sentado sobre la silla, tal y como lo había dejado un rato antes.

En cuanto entramos a nuestra improvisado hogar, Susi se soltó de mi mano y se fue corriendo hacia a su cama, a cuyo pié guardaba un par de libros para colorear y una ceras de colores que habíamos conseguido traer de casa.

Suspiré recordando mi piso y cuánto lo echaba de menos. No había sido precisamente lujoso, con el sueldo de Adrian no podíamos permitirnos mucho más pero, comparado con la tienda de campaña, era todo un palacio. Al menos poniendo una estufa en el salón podías entrar en calor, y la niña tenía su propia habitación. Aunque en realidad tenerla constantemente al lado había tenido sus cosas buenas, la frase “delante de la niña no” me había salvado muchas veces de los golpes y las broncas de Adrián, y allí estaba siempre delante.

Pero lo que más echaba de menos eran los cuartos de baño. A falta de ellos, utilizábamos unos retretes portátiles que los militares habían instalado y en los que siempre había que hacer cola, especialmente en los de mujeres. Utilizaban agua sacada del río, que no era la más limpia, pero al menos no se acababa.

—Habéis tardado mucho. —protestó Adrian, sin moverse de la silla, dejando caer el viejo periódico al suelo.

Me senté en el borde de la cama y no hice ninguna pregunta sobre los militares. Supuse que me lo explicaría cuando considerara que era el momento, si le habían dado alguna mala noticia recordárselo solo le enfadaría.

—Lo siento, me ha distraído Alicia… —me disculpé con un tono lo más neutral que pude.

—No me gusta esa mujer, no deberías hablar con ella. —dijo con un gesto torvo, sin mirarme siquiera.

Solo miraba a Susi, que había abierto el libro y estaba pintando en él, ajena a nuestra conversación.

Asentí sumisa por no llevarle la contraria, era lo mejor.

—Te has roto los pantalones. —le dijo a la niña; ella levantó la vista y dejó de pintar.

“Dios, por favor, que no tenga que intervenir” recé para mis adentros.

—Me he caído. —le respondió ella mirando hacia abajo otra vez, esta vez no a sus zapatos, sino a su libro de dibujos.

Esperaba que ese gesto de arrepentimiento, que le había servido conmigo, sirviera también con su padre; pero él se puso en pie tan de repente que ambas dimos un respingo por el susto. Se acercó y la agarró del pantalón, observando la rozadura a la altura de la rodilla.

—Ya te expliqué que no teníamos más ropa. ¡Mírame a la cara! —exclamó con brusquedad.

Con el paso del tiempo había aprendido a distinguir su tono agresivo del que yo llamaba “agresivo peligroso”, que significaba que podía acabar con algún golpe. Por el momento solo estaba echándole una regañina.

Susi levantó la vista, con gesto arrepentido, pero sin asustarse. Ella no tenía tantos motivos para temerle como yo.

—Ya te expliqué que no teníamos más ropa. —le repitió.

—Lo siento papa, me caí. —repitió a su vez ella.

Sus ojos empezaron a brillar como anticipo de que estaba a punto de echarse a llorar.

—Solo es una niña, los niños se rompen la ropa constantemente. —al final tuve que intervenir, no iba a dejar que hiciera llorar a la niña por esa tontería.

Inmediatamente se giró hacia mí, y yo sí que sentí miedo. Aunque sabía que no me haría nada delante de nuestra hija, solo tenía que esperar a que saliera o se fuera a dormir…

—Si rompe la ropa terminará vestida como una pordiosera —me dijo lentamente, como si yo fuera demasiado idiota para entenderle—. Pronto no habrá ropa, ¿sabes? Ni comida, ni nada…

Resultó evidente que la mención a la comida se le había escapado, porque en cuanto cayó en la cuenta de lo que había dicho perdió toda su agresividad, y casi pareció mostrar arrepentimiento por haberse ido de la lengua.

—¿Ni comida? ¿Era eso lo que decían los militares que han venido? —le pregunté de sopetón.

El instinto me decía que algo iba mal, no algo relacionado con la comida, sino con él, con Adrián, pero no sabía qué. La pregunta le pilló tan desprevenido que durante un segundo no supo que responder. Susi alternaba su mirada entre nosotros, con infantil curiosidad.

Antes de contestar volvió a sentarse.

—Venían a pedir ayuda. —respondió repentinamente abatido.

—¿Ayuda? —repetí confusa; no sabía qué clase de ayuda podían necesitar los militares de él… de él o de cualquiera, ya que ellos tenían armas y equipamiento y nosotros solo ropa cada vez más rota.

Se tomó su tiempo en comenzar a explicármelo, pero no le insistí; lo vi genuinamente preocupado, y lo había visto muy pocas veces así, ya que normalmente se creía capaz de poder con todo lo que se le pusiera por delante. Eso fue una de las cosas que me atrajeron de él cuando le conocí, la preocupación en él era tan rara como ver a un muerto resucitar… pero así estaban las cosas.

—Por lo visto queda poca comida, y los ataques de los resucitados son cada vez más frecuentes. —explicó apáticamente.

Y lo que decía era cierto. Si bien no habíamos tenido un verdadero ataque desde hacía unos días, cada vez era más frecuente escuchar alguna ráfaga de disparos dirigida a matar a un grupo de muertos especialmente molesto. Un soldado nos dijo una vez que se debía a que había demasiada gente en la zona segura. Esos seres, de alguna forma, se veían atraídos por los vivos, y cada vez venían más a menudo… tras mucho cavilar llegué a la conclusión de que eso solo podía deberse a que no había gente viva en otro sitio.

—Necesitan a todos sus hombres protegiendo los muros. Muchas patrullas que salieron en busca de provisiones no han regresado. Entre desertores y los que han caído por los reanimados, no pueden prescindir de nadie.

Ya veía por donde iban los tiros, y no me gustaba nada. Pero de nuevo no abrí la boca y le dejé explicarse.

—Quieren enviar a varios grupos a conseguir comida y medicamentos —prosiguió finalmente—. No envían a cualquiera, han venido a pedírmelo a mí porque soy bombero. Dicen que van a enviar también a policías y a gente de protección civil…

Sentí un estremecimiento… lo iban a enviar fuera, a una ciudad fantasma llena de muertos andantes que mataban con sus mordiscos y se comían viva a la gente. ¿Y si le pasaba algo? ¿Y si no volvía nunca? ¿Quién iba a protegernos a Susi y a mí? Durante menos de lo que dura un segundo hubiera jurando que la idea de verlo fuera me resultaba agradable, pero lo desdeñé como una locura; Adrian estaba muy lejos de ser un hombre agradable, puede que incluso le temiera y me hiciera daño de vez en cuando, pero era un hombre fuerte, y durante toda la crisis de los muertos vivientes no hizo más que protegernos a las dos. Si le perdía me quedaba sola contra el mundo, y eso me daba más miedo que las broncas y los golpes.

—¿Y qué vas a hacer? —le pregunté adelantándome hasta quedarme sentada en el filo de la cama.

—Salimos mañana por la mañana— contestó intentando fingir que no estaba tenso—. Algo sencillo. Ir a la Avenida Primero de Mayo,

bajar por el único puente que queda por el que puede pasar un camión y cargarlo en el hipermercado. Los militares dicen que no debería haber ningún peligro. Solo están probando que pueden enviar civiles para hacerlo en misiones futuras.

"Pues para no haber ningún peligro estás bastante asustado" pensé conforme el resentimiento se fue apoderando de mi…

"No hay ningún peligro" había dicho, pero no para tranquilizarme a mí, o a su hija, sino para convencerse a sí mismo. Le conocía demasiado bien, nunca había tenido el detalle de preocuparse por lo que yo pudiera pensar, y no parecía que fuera a empezar en ese momento.

Me sentía despreciada y enfadada. Iba a salir a jugarse la vida ahí fuera, donde todo el mundo estaba muerto, y había tenido que ser yo la que se lo sonsacara, en lugar de contármelo él mismo por su propia voluntad. Por supuesto no manifesté mis sentimientos exteriormente, solo faltaba que encima se enfadara él también y terminara pagando yo por lo que le habían pedido los militares.

—Papi.

La voz de mi hija interrumpió la vorágine de sentimientos contradictorios que estaba sufriendo. Ella parecía estar más impresionada que asustada. Que adorable inocencia...

—¿Vas a salir fuera? Mi amiga Natalia dice que fuera los hombres que muerden se comen a la gente.

—Tu amiga no sabe lo que dice, a papa no se lo va a comer nadie. —respondió con brusquedad al infantil comentario.

Sin decir una palabra más, y con un gesto hosco, agarró su periódico y continuó leyendo por donde lo había dejado. Y no se volvió a mencionar el tema en todo el día.

Cuando acosté a Susi en su catre ya era de noche y nos habíamos cenado lo que quedaba de las raciones correspondientes para ese día. La cena era escueta, pero tan asquerosa que no conseguí acabármela. Tenía el estómago cerrado desde que Adrián había dicho que iba a irse al día siguiente, arriesgando la vida en el exterior de la zona segura para traer más comida y medicamentos. Esperaba que, si lo lograban, al menos consiguiéramos un racionamiento un poco menos estricto.

Poco después nos fuimos a dormir nosotros también. Era temprano, tan solo las diez y media de la noche, pero había poco que hacer allí una vez desaparecida la luz solar. Aunque hubiéramos tenidos libros no habríamos podido leerlos, y a primera hora de la mañana la luz entraría por las rendijas de la tienda, por las que también se colaba el frío invernal, y nos despertaría. Si querías dormir un número de horas adecuado no podías trasnochar demasiado.

—¿Está durmiendo? —me preguntó en un susurró Adrián cuando

ambos estuvimos bajo las mantas.

Se refería a Susi, por supuesto. Aunque no podía verle la cara para comprobarlo, si que escuchaba su respiración, tranquila y acompasada, ya que apenas había metro y medio entre catre y catre.

—Sí. —le respondí con desgana.

Ya sabía por qué lo preguntaba, y cuando una de sus manos subió hasta uno de mis pechos, y la otra bajó hasta meterse por debajo mis pantalones, estuve segura. Ágilmente me desabrochó el sujetador, y al mismo tiempo empezó a bajarme los pantalones, con cuidado de no hacer ruido. Ya lo habíamos hecho antes en esa tienda y sabía ser silencioso para no despertar a la niña.

Yo no tenía el cuerpo para esas cosas, pero él iba a irse por la mañana, correría peligro y temería por su vida, así que no tuve el valor necesario para decirle que no. Cuando me bajó el pantalón y la ropa interior hasta la altura de las rodillas, me di la vuelta, me tumbé boca arriba con las piernas separadas y, al ponerse sobre mí, simplemente le dejé hacer.

Hacía tiempo que el sexo había dejado de ser placentero y se había convertido en algo más parecido a una obligación matrimonial, pero en aquellas ocasiones tenía fuerzas para fingir que lo disfrutaba. La necesidad de silencio me sirvió para no tener siquiera que molestarme en eso por una vez.

En cuanto hubo terminado volví a colocarme la ropa como pude bajo las mantas y, sin decir una palabra, me giré dándole la espalda, como solíamos dormir siempre.

Cuando empezamos a vivir juntos y él aún era amable y cariñoso conmigo, siempre dormíamos cara a cara. Pero un día él decidió darse la vuelta y mirar hacia otro lado, y como no le vi ningún sentido a mirarle la espalda, yo también lo hice. En el pequeño catre en el que dormíamos resultaba más difícil mantener esa costumbre, porque que estábamos en contacto siempre.

—No me va a pasar nada, ya lo verás. —dijo en un susurro mientras me hacía tirabuzones en el pelo con uno de sus dedos.

Aunque me lo dijo a mí, sabía que en realidad trataba de convencerse a sí mismo. Que yo estuviera preocupada o no era algo que no le importaba lo más mínimo.

Intentando no pensar en eso, traté de quedarme dormida, pero no pude. Él, sin embargo, se durmió tan solo unos minutos más tarde. Cuando comencé a escuchar sus leves ronquidos, me levanté de la cama silenciosamente y, echándome el abrigo por encima, me dirigí hacia la salida de la tienda, dispuesta a salir fuera un minuto a tomar el aire. Necesitaba poner orden a mis sentimientos porque, al escucharle tranquilizarse a sí mismo, de nuevo se me pasó por la cabeza una idea que me daba más miedo que cualquier muerto

caníbal…

No me atrevía ni a pensar en ella estando al lado de Adrián, pero fuera de la tienda incluso tuve el valor de susurrarla, aunque nadie podría haberla escuchado de lo bajito que lo hice.

—Ojalá sí te pase algo. —por un segundo me dio igual estar sola, que no hubiera nadie que nos protegiera a mi hija y a mi… nos las apañaríamos, encontraríamos a alguien mejor que él.

Un escalofrío me recorrió toda la espalda, pero no tenía nada que ver con el viento frío que se movía entre las silenciosas y oscuras tiendas de campaña. Miré hacia el muro que rodeaba la zona segura, por él caminaba un soldado haciendo la ronda. Al otro lado solo había una ciudad llena de muertos.

—Ojalá te mueras allí fuera. Ojalá no vuelvas nunca.

Por la mañana me desperté con mucho sueño. Apenas había podido dormir en toda la noche; me sentía terriblemente mal por ese momento de debilidad, o quizás de valor, en el que le había deseado la muerte a mi marido. No era nada propio de mí desearle mal a nadie, y mucho menos a Adrián. Sin él, ni Susi ni yo habríamos llegado a la zona segura, donde estábamos a salvo de los peligros a los que ahora él iba a enfrentarse por el bien de toda la comunidad.

La mañana era bastante fría, la tela de la tienda estaba gélida cuando la abrí para salir y, al respirar, se formaban grandes nubes de vaho. Aunque era muy temprano, apenas estaba empezando a salir el Sol, desperté a mi hija para que se despidiera de su padre también.

Los que iban a partir formaban un grupo de cuatro personas, tres hombres y una mujer. No conocía a ninguno de ellos, pero todos parecían gente capaz. Tampoco tuve tiempo de conocerlos, porque enseguida llegó un grupo de soldados que nos llevó hasta las puertas del estadio de la Nueva Condomina.

Al igual que en el patio de colegio, donde estábamos instalados nosotros, una multitud de tiendas de campaña militares llenaban el campo del estadio. Allí se nos unió otra pareja, para un grupo formado en total por cuatro hombres y dos mujeres.

Los más madrugadores nos miraban con curiosidad mientras atravesábamos el estadio escoltados por militares. Además de mi misma, y de Susi, a quien llevaba en brazos aún vestida con el pijama, un abrigo por encima y una cara de sueño que no podía con ella, había como diez personas más con nosotros, entre familiares y amigos que habían ido a despedirse.

Llegamos hasta las puertas del estadio, frente a un aparcamiento. El muro que nos separaba de los resucitados atravesaba el aparcamiento y lo partía por la mitad, uniendo la pared del propio estadio con la plaza de toros. Esa parte del muro solo la había visto una vez, y fue

cuando llegamos; era una de las entradas, o, mejor dicho, salidas, ya que si el ejército había abandonado todas las misiones fuera de la Zona no se esperaba la entrada de nadie.

Una enorme puerta metálica, que debía pesar una tonelada, permitía la salida al exterior. Una barrera de hierro atrancaba la puerta, pero la levantaron cuando nos vieron llegar. En la parte de aparcamiento que quedaba dentro del muro había tres camiones del ejército aparcados, y varios soldados estaban acondicionando uno de ellos para que el grupo lo usara como transporte.

Ninguno de los seis que iban a salir fuera parecía estar asustado, pero sabía que en el fondo sí que lo estaban… era imposible no estarlo, todos sabían lo que había ahí fuera y lo peligroso que era.

De entre los familiares y amigos, algunos lloraban, mientras que otros tan solo tenían cara de preocupación. Me pregunté qué cara estaría poniendo yo, ya que no era capaz de saber lo que sentía en ese momento. En cierto modo odiaba a Adrián, pero también le quería, y estaba a punto de arriesgar su vida para que toda la zona segura tuviera comida con la que subsistir, algo de lo que podía sentirse orgulloso.

Cuando llegó el momento de que partieran en el camión me despedí de él con un beso, tratando de parecer lo más triste que me fue posible, y luego se despidió de Susi, la única que las dos que sí estaba genuinamente preocupada. Tanto era así que se pasó todo el camino de vuelta a la tienda preguntándome cuándo iba a volver su padre.

—No lo sé cariño, quizá esta noche, quizá mañana. —le respondí dejándola en el suelo y cogiéndola de la mano; ya no era un bebe y llevarla en brazos era cansado.

—¿Por qué tiene que irse? —preguntó parpadeando con esos ojos marrones que reflejaban inocencia—. Papa es bombero, ¿es que hay fuego?

Casi me pareció divertida la pregunta.

—No hay ningún fuego, pero los bomberos no solo apagan fuegos, ¿te acuerdas?

Hacía unos meses, antes de que comenzara todo el asunto de los resucitados, hubo un derrumbamiento de un edificio y Adrián y sus compañeros tuvieron que ir a rescatar a la gente que se había quedado atrapada entre los escombros. Ese día le tuve que explicar a Susi que los bomberos hacían algo más que apagar fuegos. Ella pareció recordarlo, pero se le juntó con un bostezo y se olvidó del tema.

—Tengo sueño. —dijo tironeándome de la mano.

—Ahora cuando lleguemos a la tienda te duermes un ratito más. —le respondí; en otras circunstancias no la habría despertado tan temprano, pero Adrian iba a salir de zona segura, del único lugar a

salvo de esos seres monstruosos… podía ser la última vez que viera a su padre.

Cuando llegamos a la tienda de campaña Alicia y su marido estaban ya despiertos, sacando desperdicios del interior de su tienda y echándolos en un canasto que tenían fuera, para luego llevarlos a los contenedores donde se tiraba la basura. No había tenido tiempo para pensar en ello, pero se me ocurrió que Alicia querría aprovechar que Adrián no estaba para sonsacarme información que no le incumbía. No había cosa que me apeteciese menos en esos momentos.

Les saludé y entré en la tienda para dejar a Susi en su cama; no le llevó ni dos minutos volver a dormirse del sueño que tenía. Apenas me había quitado los zapatos cuando Alicia se asomó por la puerta de la tienda, con su habitual sonrisa. Por lo visto no me iba a librar tan fácilmente de ella.

—Espera que ahora salgo. —le susurré señalándole a mi hija, que dormía a pierna suelta, mientras me volvía a calzar.

Al menos, como su padre no estaba, si la conversación se volvía incómoda podría entrar a la tienda de nuevo con la excusa de no dejarla sola.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? —fue lo primero que me dijo cuando salí fuera, agarrándome de forma amistosa del brazo.

—Bien. —respondí con vaguedad.

No sabía muy bien a qué venía esa pregunta, nos habíamos visto el día anterior.

—¿Bien? —respondió ella extrañada—. Tu marido acaba de marcharse fuera de la zona segura, si mi Ricardo estuviera ahí fuera estaría hecha un manojo de nervios hasta que volviera.

—Bueno, ya sabes, un poco inquieta —maticé intentando corregir mi error; la pregunta claro que tenía razón de ser, mi marido había salido al peligro de la ciudad, cualquier esposa estaría aterrorizada solo de pensarlo... tonta de mí—. Pero bien, Adrián sabe cuidarse, no le va a pasar nada.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó ella en un tono en el que me pareció percibir algo de sarcasmo; no sabía lo que querría Dios, del mismo modo que tampoco sabía lo que quería yo—. ¿Cómo se lo ha tomado la niña?

—De momento bien, ahora mismo está durmiendo. Es muy pequeña, no entiende lo que está pasando.

—¿Por qué no os venís a comer las dos con nosotros? —me propuso de repente.

No tenía ninguna gana de hablar con nadie, de hecho estaba tentada de echarme a dormir yo también… pero nunca me gustó estar sola, y la perspectiva de permanecer en la tienda de campaña con la única compañía de una niña de cuatro años tampoco me resultaba

atractiva.

—Sí, vale, ¿por qué no? —respondí manifestando cierto interés.

Supuse que, estando con Susi, no intentaría indagar sobre el comportamiento de Adrián, así que no había ningún problema.

—Vale, entonces os veo luego, a la hora de comer. —dijo dándome un apretón en el brazo antes de soltarme y volver a su tienda.

Yo volví a la mía, cerré por dentro, y me tumbé al lado de mi hija. El sol había salido del todo y, debido a la claridad, sabía que no sería capaz de dormirme de nuevo, pero se estaba muy a gusto allí tumbada, escuchando su respiración mientras dormía, ajena a mis preocupaciones y a las de su padre allí fuera, que sin duda eran mayores aún.

Tenía la sensación de estar cometiendo un error. Adrián me había dicho que no quería que hablara con Alicia, y en cuanto se dio la vuelta quedé para comer con ella. Si se enteraba una vez estuviera de vuelta se enfadaría, pero tampoco podía pretender que me quedara sola y desamparada allí hasta que él volviera…

Además, si Dios era misericordioso, quizá no volviera nunca…

SERGIO

—Esto nos va a dar problemas. —exclamó Fran, pasándose una mano por la barbilla, mientras ambos mirábamos por la ventana del piso que habíamos ocupado para refugiarnos de los reanimados.

Eran las tres de la madrugada cuando un repentino estruendo en la calle nos despertó a ambos. Apenas vestidos, nos dirigimos corriendo a la ventana más cercana para encontrarnos con que la valla que mantenía a los muertos andantes fuera de la urbanización había cedido. Al final, la presión de docenas de cuerpos haciendo fuerza había logrado tumbar la verja, arrancando de paso el muro de piedra donde ésta se asentaba.

Un centenar de reanimados daban vueltas libremente por el interior de la urbanización, y a cada momento entraban más por la brecha. Fuera aún quedaba toda una horda de seres haciendo presión para poder colarse también, y quizá fuera por la escasa luz de la luna, que no me permitía verlos bien, pero parecía que había más de ellos que unas horas atrás.

Sin duda la propia jauría tenía que haber atraído a los otros muertos de los alrededores, pero temía que la pira funeraria que le habíamos construido a Javi hubiera tenido también algo que ver en ello. Si el fuego les atraía, les repelía o les era indiferente lo desconocía totalmente; pero sin luces de coches, de casas o farolas no podía evitar pensar que una hoguera inmensa en una azotea era algo demasiado parecido a un faro.

—No hay ningún problema —le dije yo—. No pueden entrar al edificio, y cuando amanezca nos iremos por el garaje, que se paseen lo que quieran por el patio.

Pero Fran negó con la cabeza.

—Sí que lo hay… no hay escaleras que bajen directas al garaje.

—¿Cómo coño no va a haber una escalera al garaje? —pregunté en un tono más agresivo del que había pretendido; era absurdo—. ¿Cómo se baja al garaje si no? ¿Cómo bajaste tú?

—¿Los que vivían aquí? por el ascensor, supongo —me respondió sin dejar de mirar a los muertos vivientes—. Yo tuve que salir al patio y saltar a la rampa por la que entran los coches… pensaba que podríamos salir por ahí, estaba justo en el lado contrario que los reanimados y parecía más o menos despejado. Ya te lo comenté.

Pero después de que lograran entrar al patio eso no era una opción.

Si no hubiera sido por mi pie podríamos habernos ido tras quemar a Javi, y no habríamos estado en esa situación tan crítica, pero por precaución y miedo a lesionarme de nuevo decidí aguantar una noche más, y por culpa de eso quizá nos habíamos quedado sin forma de salir de ese edificio. También debí suponer que una mierda de valla, con una función más decorativa que otra cosa, no iba a aguantar eternamente el envite de un centenar de muertos vivientes cabreados.

Estaba teniendo demasiados fallos, y un solo fallo me podía costar la vida en la situación en la que me encontraba.

—¿Crees que el fuego atrajo a más? —le pregunté sintiéndome un poco culpable.

Cuando nos dieron las charlas para que aprendiéramos que los reanimados ya no eran las personas que fueron, nos dijeron que tan solo eran criaturas instintivas, que no quedaba nada del ser humano racional que fueron antes de morir. Que yo supiera el primer instinto de cualquier animal al ver el fuego es alejarse de él pero, ¿y si los instructores se equivocaban?

No sería la primera vez, tardaron mucho tiempo en darse cuenta de que en realidad los seres estaban muertos. A partir de ese momento pasamos de llamarlos “infectados” a llamarlos “reanimados”, aunque entre los civiles caló mas el nombre de “resucitados”. También tardaron mucho en descubrir que la única forma de matarlos definitivamente era destrozándoles el cerebro. ¿Y si se habían vuelto a equivocar? ¿Y si aún conservaban un intelecto mínimo? Un fuego podía significar “humanos cerca”, y “humanos cerca” para ellos significaba “comida cerca”.

—No lo sé, tío. Estaba muy alto y el resto de la ciudad está a oscuras… aunque lo vieran de lejos, tienen que atravesar muchas calles para llegar hasta aquí, ¿no? Y no son precisamente rápidos.

Podía tener razón, pero tampoco me gustaba la idea de que todos los reanimados de dos kilómetros a la redonda pudieran estar dirigiéndose hacia nuestra posición en ese instante. Aunque nueve de cada diez se perdieran, podría estar hablando de cientos de seres más tras nuestro rastro.

A partir de ese momento me prometí pensar un poco más las cosas antes de hacerlas. La pira para Javi había sido un detalle, pero había que ser prácticos, Javi no hubiera querido que, por darle un final digno, muriéramos nosotros también.

—¿Entonces, qué hacemos? —insistió Fran.

Desde luego no eran muy listos, sabían que habíamos atravesado esa valla, y querían atravesarla ellos también, pero estando ya dentro no tenían ni idea de por donde habíamos entrado al edificio, y simplemente daban vueltas como idiotas.

—Dormir —le contesté, ¿qué mas podíamos hacer?—. Dormir hasta

mañana por la mañana. Aunque entren al edificio, cosa que dudo, no se les da muy bien subir escaleras que digamos, y aun así tenemos una puerta que nos protege. Necesitamos descansar, cuando veamos en qué situación están esos cabrones con un poco de luz podremos valorar opciones.

Me miró con gesto dubitativo y temí que quisiera intentar algo esa misma noche. Era una posibilidad, pero sabía que la oscuridad no nos daba ventaja alguna, nosotros no veríamos bien y los muertos parecían tener un sexto sentido a la hora de localizar a los vivos.

Además, tenía mucho sueño, y estaba seguro que él también.

—Se que no te va a gustar, pero tenemos la opción de aguantar aquí dentro —Propuso algo temeroso—. Solo somos dos, con un poco de tiempo y herramientas puedo abrir las puertas del resto de casas. Tendríamos suficientes provisiones para sobrevivir un mes sin muchas dificultades, aunque solo tendríamos que esperar hasta que los muertos se dispersaran, claro, y seguro que eso ocurre mucho antes.

Tenía razón, no me gustaba nada su idea. En la práctica suponía dejar a Patricia abandonada todo el tiempo que a los reanimados les diera la gana, hasta que encontraran algo que llamara su atención y se olvidaran de nosotros. Pero, por poco que me gustara, y haciendo honor a la reciente promesa que había hecho, tenía que valorar la posibilidad de que no pudiéramos salir de allí de ninguna forma.

—Si no podemos salir por ningún medio, no nos quedará otra opción, si —concedí sin mucho ánimo—. Pero debe haber alguna forma, y mañana la descubriremos.

A la mañana siguiente, las opciones no aparecieron mágicamente, como a mí me hubiera gustado. La única mejora con respecto a la situación durante la noche anterior era que teníamos luz solar y que el pie ya no me molestaba.

Como no tenía intención de quedarme ni un minuto más de lo necesario, mientras pensaba algo entré al comedor para reorganizar el contenido de mi mochila y dejarla lista para partir. Allí se encontraba ya Fran, intentando meter una botella de coñac en la suya.

—¿Qué coño haces con eso? —le pregunté con una sonrisa.

—Negocios. —respondió sin levantar la vista de su trabajo.

Normalmente las cosas que llevamos en las mochilas van bien enrolladas y metidas a presión, así que introducir algo del tamaño de una botella resulta bastante complicado. Pero él no se rendía en su empeño.

—En la zona segura hay tías que se abrirían de piernas por una de estas. ¿Sabes?

Desafortunadamente era cierto. Como el dinero no tenía ya valor alguno, los refugiados intercambiaban cosas entre ellos mediante

trueques… y había unos trueques más sórdidos que otros; el oficio más viejo del mundo lo era por algo. Además, las prostitutas de verdad también tenían derecho a refugiarse en la zona segura y, por lo que había oído, más de una lo había hecho. Con comida y agua, pero sin nada más, el contrabando había alcanzado cuotas preocupantes. A Javi ya le cayó un buen marrón en el pasado por un poco de ron y, por lo visto, Fran quería ser el siguiente.

—Deja eso tío. —le dije mientras comenzaba a ordenar el contenido de mi propia mochila.

—¡Qué fácil es para ti! —resopló cuando logró meter media botella —. Como te vas a llevar a tu novia… pero la mía está en Cartagena, si es que llegó a tiempo a la zona segura de allí, y si es que esa zona segura sigue en pie.

—No lo digo por eso capullo, ¿Te crees que no te van a registrar hasta entre los dedos de los pies cuando volvamos? Llevamos fuera tres días, y lo que nos queda, no nos libra ni Dios de una bonita cuarentena.

Miró la botella dubitativo y, al final, con un gruñido, la sacó de la mochila y la dejó sobre la mesa.

—Algo me podré llevar, ¿no? —dijo mirando a su alrededor, buscando algo entre las pertenencias de aquella familia desconocida —. Alguna joya o algo.

—¿De verdad vas a caer tan bajo? —le pregunté mirándole con perplejidad; sabía que estaba siendo irreflexivo, y que no estaba pensando lo que decía... Fran no era el tipo de persona que se dedica a robar—. Además, ¿para qué quieren los refugiados joyas? No tienen ni papel para el culo.

—¿Crees que alguna querría echar un polvo a cambio de papel higiénico? —muchas veces no entendía a Fran, tan listo y apañado para unas cosas y tan rematadamente idiota para otras.

—Si está muy necesitada, quizás —le contesté intentando salir con humor de esa conversación absurda—. Si comen lo mismo que nosotros desde luego lo van a necesitar.

Con una carcajada dejó aparcado el tema y, una vez recogidas las dos mochilas, nos enfrentamos al problema de verdad, es decir, cómo demonios salir de ese maldito edificio.

Por lo que se podía ver a través de la ventana, la situación no había cambiado mucho con respecto a la madrugada. Todos los reanimados que habían cruzado el agujero abierto por la valla hundida estaban allí dentro, dando vueltas como memos. Otros se habían quedado fuera y daban vueltas como memos en la calle.

Acordamos bajar al portal a echar un vistazo a cómo estaba la situación en esa parte del patio. Se me había ocurrido que, si no estaba muy llena de reanimados, podríamos atravesarlo corriendo.

Antes de que esos descerebrados se dieran cuenta estaríamos saltando a la rampa del garaje y, si querían cogernos, tendrían que pasarse otro día y medio intentando derribar una segunda valla.

El plan quedó descartado en cuando asomé la cabeza por una rendija del cristal de la puerta. Eran demasiados para pasar entre ellos. Se movían sin rumbo fijo, dando vueltas de un lado a otro de forma completamente errática, y por más que intentaba encontrar la forma de salir, había demasiados objetivos que esquivar. Era un suicidio salir allí.

Maldije a todos los dioses para mi mismo mientras me apartaba del cristal, y negué con la cabeza en dirección a Fran, que me esperaba en el tercer peldaño de la escalera. Sin hacer ruido subimos hasta el rellano, a una distancia prudencial donde poder hablar sin que nos escucharan.

—¿No se puede? —me preguntó con un susurro.

Se pasó la lengua por los labios, seguramente los tenía tan resecos como yo debido a los nervios.

—Son demasiados —le dije con un susurro también—. No podremos esquivarlos a todos.

—¿Ni disparando? —yo no era partidario de abrir fuego, todos los muertos vivientes del mundo se nos echarían encima si escuchaban un disparo, y contaba con que, por lo menos, los reanimados de la calle a la que daba el garaje estuvieran tranquilitos.

—No creo que sea buena idea —negué—. Están a muy poca distancia, y tendríamos que ser rápidos.

—¡Tío ya se! —exclamó de repente, agarrándome del brazo—. Subimos un par de pisos, lanzamos una de las granadas a la carretera, y mientras están distraídos dirigiéndose hacia allí, pasamos a la rampa del garaje.

Ese plan tenía el mismo problema que los tiros, el ruido, pero mejoraba en cuanto a que seguramente nos quitaba a más muertos del camino que disparándoles. Las granadas per se eran una mierda como arma contra los reanimados, si tenías la suerte de que un fragmento de metralla atravesara el cráneo y le destrozara el cerebro a uno no estaban mal, pero si eso no pasaba tan solo estabas llenándoles el cuerpo de metralla, y cualquier impacto que no fuera en la cabeza les importaba bien poco.

—Si es posible, preferiría no hacer demasiado ruido, ya tenemos bastantes reanimados por aquí, no los quiero también al otro lado. —le contesté.

Él me respondió con un gruñido.

—“Si es posible…”, si pudiéramos elegir habría elegido que funcionaran los ascensores, pero estamos como estamos…

Fue como si una bombilla se encendiera en mi cabeza.

—¡Los ascensores! —exclamé.

—Ya te he dicho que no van, no hay electricidad. —dijo lanzándome una mirada que decía “¿Es que te has vuelto tonto?”.

—No hay electricidad, pero el hueco sigue ahí, ¿no? —se giró para mirar los ascensores con cara pensativa, obviamente había captado cuál era mi idea, pero no parecía convencerle, y no entendía por qué.

Era una gran idea, podríamos bajar en silencio por el hueco de los ascensores hasta el garaje, salir por el otro lado a la calle y dejar atrás a los reanimados.

—No sé, tío, suena arriesgado.

“¿Arriesgado? ¿Más que andar tirando granadas?” me dije a mi mismo para no tener que decírselo a él.

—No sé dónde está el riesgo —respondí con vehemencia, sus dudas injustificadas me estaban empezando a irritar—. ¿Te da miedo saltar de la planta baja al garaje? ¿Cuántos metros pueden ser? ¿Tres? Es solo dejarse caer… ¡Joder, yo podría hacerlo! Y tengo el pie tocado.

—No. Lo que me da miedo es que los ascensores están al otro lado de la puerta.

Fue un mazazo. Efectivamente, desde las escaleras donde estábamos y para llegar hasta los dos ascensores había que pasar por delante de la puerta de entrada, a través de cuyos cristales se podía ver el patio, y el patio entero podía vernos a nosotros.

¡Puta mierda! Era un plan casi perfecto.

—Mira, no voy a ser el teniente Muñoz, si no hay un plan de victoria clara, prefiero no hacer nada. —dijo sentándose en el escalón.

Pero eso para mí no era una opción, no iba a quedarme tirado en una casa que no era mía, con Patricia sola en su piso, mientras él buscaba cosas que cambiar por sexo en la zona segura.

—Un puente de plata hasta el garaje no nos va a poner nadie, así que algo hay que arriesgar —le contesté yo—. Y prefiero arriesgarme intentando que no me vean atravesar un portal a salir ahí pegando tiros o tirando granadas.

—En cuanto pasemos por ahí delante y uno de esos cabrones nos vea estaremos jodidos, esa puerta no va a aguantar dos días, como la valla; esa se abre al segundo empujón, y si nos invaden el rellano ya no salimos de aquí nunca. —replicó él, no sin parte de razón.

—Vale, entonces hacemos lo que tú decías, los distraemos con algo y luego, cuando ya no estén dando por culo en la puerta, salimos.

—Subiré al primer piso y lanzaré una granada. Eso los distraerá. —el Fran idiota atacaba de nuevo, iba a acabar metiéndole las granaditas por donde no le iba a gustar.

—¿Para qué quieres una granada, cojones? Te asomas a una ventana, les das un par de gritos y los gilipollas se amontonarán atraídos por el ruido. Luego bajas y vemos cómo salimos, si por el

ascensor o por la puerta, como nos sea más cómodo.

—Vale —afirmó Fran asintiendo—. Venga, intentémoslo.

—Sube tú —le indiqué con un gesto de la cabeza—. Podrás colarte en alguna casa del primer piso. Te asomas a una ventana que no sea de la misma cara que la puerta y les pegas unos gritos para atraerlos. Yo me quedo aquí echando un vistazo a lo que hacen para ver por donde salimos.

La puesta en marcha del plan era bastante simple, lo único que podía fallar era el propio resultado. Igual lo único que lográbamos era atraer más dentro de la urbanización, ya que fuera todavía quedaban unos cuantos paseándose sin ningún objetivo.

Tuve que esperar un par de minutos antes de comenzar a escuchar los gritos de Fran.

—¡Eh muertos cabrones! —gritó—. ¡Aquí aquí! ¡Venid hijos de puta!

La reacción fue inmediata. Los muertos vivientes, que hasta ese momento se desplazaban dando tumbos sin un rumbo fijo, se lanzaron como autómatas hacia el origen de la voz que les insultaba.

—¡Venga venga…! —seguía gritando—. ¡Queremos salir de aquí, hijos de puta! ¡Venga, venid todos!

Estaba funcionando, estaban despejando el patio. La voz de Fran les resultaba tan atractiva que igual ni siquiera teníamos que salir por los ascensores.

Una maraña de pelo negro apareció de repente en la rendija del cristal de la puerta por donde estaba mirando y me hizo dar un respingo que casi me tira de espaldas. Justo en el momento en el que me aparté del cristal y me pegué a la pared apareció el cuerpo de la reanimada a la que pertenecía aquella melena, arrastrando los pies a su paso y con los brazos caídos.

“¡Mierda me ha visto… me ha visto joder!” fue lo primero que pensé.

Esperaba que en cualquier momento comenzaran los golpes y los gruñidos, que alertarían a los demás reanimados, dando al traste con cualquier posibilidad de salir por allí… pero no ocurrió nada, la muerta viviente debió seguir adelante sin percatarse de mi presencia. El plan se había salvado de milagro.

Cuando volví a asomarme, solo quedaban tres reanimados cerca de nuestro camino: un torso despellejado e irreconocible que se arrastraba en dirección al ruido, pero sin piernas y, por tanto, mucho más lento que los demás; una mujer rubia, que en lugar de brazo derecho tenía un muñón sanguinolento y putrefacto y a la que el faltaban un ojo y una oreja; y, por último, el que más me inquietó, pese a que no había sido desfigurado ni mutilado… un reanimado que estaba sentado contra la valla que teníamos que saltar.

“¿Qué hace ese? ¿Dormir la siesta?”

Era como si hubieran dejado un cadáver allí apoyado; no se movía, salvo por la boca, que se abría y cerraba como si luchara por respirar. Nunca había visto algo así, y me dejó tan fascinado que Fran me dio un susto de muerte cuando le escuché bajar las escaleras a toda prisa.

—¿Qué? ¿Se puede salir? —me preguntó en cuanto estuvo a mi lado; se le veía excitado, como si hubiera hecho algo realmente emocionante—. Se han quedado ahí, con los brazos estirados hacia la ventana como gilipollas.

—Creo que sí —le dije—. Pero mira al muerto del fondo, el de la valla.

Con gesto confuso se asomó ligeramente, y tras unos segundos se apartó de nuevo.

—¿Qué le pasa? —Preguntó con indiferencia—. En lo que tarda en levantarse un mierda de estos se hace de noche.

—¿Por qué estará ahí sentado? Es muy raro. —repliqué intrigado.

No me gustaba nada la situación, ver a un reanimado descansando era como ver a un elefante cazando avestruces, no tenía sentido. Se suponía que ellos no se cansaban, ni acechaban, ni nada que requiriera permanecer sentado.

—Tendrá sueño, ¿qué importa? —masculló mientras con la mirada me reprochaba el estar perdiendo el tiempo—. Vámonos de una jodida vez.

—Sí, venga, vamos. —cogí mi fusil y me giré para alargar la mano rápidamente hacia el abridor de la puerta, pero inmediatamente la mata de pelo negra apareció de nuevo, casi haciendo que le corazón se me saliera por la boca.

La reanimada, que cuando estaba viva no debía ser ni mayor de edad, gruñía al otro lado del cristal. Tenía medio labio inferior arrancado hasta la barbilla y la pálida piel de cara y brazos marcada por venas negras.

—¡Ostia puta! —gimió Fran tan sobresaltado como yo por la repentina aparición.

La muerta comenzó a gruñir de una forma que parecía un perro a punto de saltar contra su presa; y en parte era así, ella era el perro y nosotros su presa. Pero solo era una cría y no había tiempo para recuperarse del susto. Sin perder un segundo abrí la puerta y la muerta nos cayó encima, demasiado torpe y lenta para mantener el equilibrio. Fran la agarró de la nuca y la lanzó contra el fondo del portal, estampándola contra la pared, mientras ella no paraba de gruñir como un animal.

—¡Dios que asco! —aulló Fran mirándose una mano llena de sangre.

Por lo visto, la muerta también tenía una herida en la nuca.

—¡Vamos vamos! —le grité.

Habíamos llamado mucho la atención, teníamos que darnos prisa o se nos echaría encima la horda entera. Di un paso en el patio y me asomé para mirar en ambos lados. A mi derecha, en dirección a la cara del edificio donde Fran había estado gritando, solo estaba la manca, tuerta y desorejada, que ya había dado la vuelta alertada por los ruidos… pero al otro lado había como seis seres más, y todos venían en nuestra dirección.

Ya no había marcha atrás, así que salí del todo para dejarle paso a Fran.

—¡Hay seis ahí! —le señalé mientras apuntaba con mi fusil a la cabeza de la manca.

Fue un tiro limpio que le atravesó el cráneo y salió por el otro lado, derramando sangre por todo el suelo. Mientras caía como un peso muerto, Fran disparó dos veces y uno de los otros seis cayó abatido. Sin embargo, en ese momento el reanimado durmiente empezó a ponerse en pie.

Solo habíamos avanzado tres pasos, andar y disparar no es sencillo si quieres hacer las dos cosas bien, y los reanimados se nos acercaban demasiado rápido.

—¿Puedes con ellos? —dimos dos pasos más, yo tenía ya encañonado al reanimado durmiente recién despertado.

—¡Sí, venga! —la valla en la que estaba apoyado el durmiente se manchó con sus sesos desparramados por mi disparo, ya nunca sabría por qué se había tumbado a la bartola en lugar de dar vueltas, como hacían todos sus compañeros.

Con la vía libre, dejamos de matarlos y empezamos a correr. De un salto comenzamos a trepar la valla de la urbanización a toda prisa, teníamos a los cinco reanimados que Fran había dejado tan solo a diez metros, y por lo menos diez más, que habían sido engañados con nuestra pequeña triquiñuela, acudían atraídos por el ruido.

Cuando nos dejamos caer al otro lado ya estaban agarrando la valla e intentando derribarla con el peso de sus cuerpos. Pero habíamos cruzado, estábamos a salvo. Fran resopló aliviado.

—Ha faltado un pelo. —había faltado más que eso, por suerte, pero desde luego no era una experiencia que quisiera volver a repetir.

El corazón me latía a cien por hora y el desayuno se me revolvió en el estómago. Los reanimados gruñían y gemían mientras empujaban una valla que, con un poco que fortuna, no lograrían hundir hasta que estuviéramos bien lejos de allí.

—¡Joder! Ahora se me ha llenado todo de mierda. —se quejó al descubrir que la sangre de la niña morena que tenía en la mano le había manchado también el arma.

Sin ningún pudor se la restregó en la pechera, tiñendo su uniforme

de un color rojo negruzco. La sangre y los cadáveres podridos, desfigurados y mutilados hacía tiempo que no me causaban ninguna impresión; me había insensibilizado completamente. Pero, por alguna razón, al ver la sangre me sentí casi tan mal como después de disparar a Javi.

Apartando la vista de ella, eché un último vistazo al edificio, lugar que a partir de entonces sería la tumba de mi antiguo binomio y amigo. Sin embargo, no pude dedicarle a eso más que un breve pensamiento porque teníamos que ponernos en marcha cuanto antes… ya no estábamos refugiados en una casa, estábamos en mitad de la calle, y la calle pertenecía a los muertos.

—Venga vamos —le dije a Fran, que intentaba limpiarse la sangre de entre los dedos—. Los tiros atraerán a más hasta aquí.

Nos encontrábamos en la rampa que bajaba hasta la entrada al garaje de la urbanización, así que tan solo tuvimos que subir un par de metros para salir a la calle principal.

Esa calle no era igual que las que habíamos recorrido en el camión; aquellas habían sido despejadas de vehículos abandonados para que los transportes militares pudieran pasar con facilidad, pero nuestra calle era completamente distinta. Había coches aparcados en ambos lados de la carretera, coches con aspecto de abandonados, con una gruesa capa de polvo por encima y hojas secas de los árboles cercanos enganchadas en los parabrisas. Uno de ellos se encontraba parado en mitad de la carretera, cruzado a través de los dos carriles y bloqueando ambas direcciones. Debían haberlo abandonado a toda prisa porque la puerta del conductor seguía abierta.

Coches como ese me recordaron por qué no podíamos movernos en un vehículo. Cerca del final de todo la ciudad había sido un caos, la gente intentaba huir con sus coches, pero había atascos, accidentes que nadie podía atender y muchos otros factores que daban como resultado calzadas completamente cortadas al tráfico, como aquella. De hecho, un poco más adelante, un autobús volcado incluso cortaba el paso por la acera.

“¿Lo pondría alguien así para que los reanimados no pudieran pasar?” se me ocurrió de repente.

Si era así, no lo había conseguido, al menos no del todo. En una calle cercana que desembocaba en la nuestra podía ver por lo menos a tres de ellos tambaleándose a menos de cien metros de nosotros. Solo uno parecía haberse dado cuenta de nuestra presencia, y se acercaba. Pero esos seres eran lentos y teníamos tiempo de sobra para marcharnos y hacer que nos perdiera la pista.

Cuando eran pocos resultaban mucho más manejables.

—Tú dirás, compañero. —me animó Fran poniéndome la mano en el hombro… ojalá hubiera usado la otra mano.

—Por allí —señalé hacia el norte—. Y en cuanto podamos giramos hacia el oeste. Estate alerta por si se acercan demasiado los bichos.

No sabía exactamente en qué calle estábamos, pero sabía hacia donde tenía que ir, de modo que no iba a perderme. Emprendimos nuestra marcha caminando sobre la acera, que estaba sucia y llena de basura que el viento había ido arrastrando, principalmente unas molestas hojas secas que crujían ruidosamente al pisarlas. Pero lo más extraño era, sin duda, la sensación de desolación. La calle parecía un campo de batalla urbano tras una guerra que ya había terminado. No se oía un solo ruido, salvo el viento arrastrando las hojas y golpeando las señales de tráfico. Entre dos coches nos encontramos con el cuerpo de un perro a medio devorar; la parte que no se habían comido los reanimados estaba podrida y llena de moscas verdes dispuestas a terminar el trabajo que los muertos vivientes habían dejado a medias.

Otros dos reanimados nos habían visto, con lo que ya teníamos a tres tras nuestros pasos. Me planteé por un segundo retroceder y eliminarlos, pero ya era tarde, eran tres y estaban casi juntos, si le pegábamos cada uno un machetazo a uno, todavía quedaba el tercero para echársenos encima; y si disparábamos atraeríamos a más todavía.

“Ahora nos haría falta Javi” pensé mientras seguíamos avanzando.

No se podía hacer otra cosa, estaban lejos, ya los despistaríamos al girar la calle o de algún otro modo. Engañarlos también era fácil una vez conocías su previsible comportamiento.

Un muerto viviente extremadamente delgado y bajito dobló una esquina y nos cortó el paso mientras aún estaba pensando en los tres que nos seguían. Rápidamente saqué el machete y esperé a que fuera él quien se lanzara a por mí. En cuanto lo tuve encima lo agarré del cuello y lo estampé contra la pared del edificio que teníamos al lado. Era un hombre, no sabría decir la edad porque tenía la cara ensangrentada debido a un corte en la frente.

“¿Alguien habrá intentado rematarlo y no tuvo fuerza suficiente para llegar al cerebro?” no, no podía ser eso, cuando estaban muertos no sangraban tanto, esa herida se la había hecho estando vivo.

Tenía más fuerza de la que parecía. Mientras gruñía y se debatía, no para intentar soltarse de mi agarre sino para lanzarse a morderme con sus dientes amarillos y manchados de sangre, le clavé el machete en la cuenca del ojo, destrozando por completo el órgano ocular y penetrando limpiamente hasta su cerebro.

Inmediatamente se quedó quieto y resbaló hacia el suelo. El machete salió como había entrado, pero con restos de sangre, ojo y materia gris incrustados.

—No te pares, no te pares. —me urgió Fran mientras limpiaba mi arma con la camiseta del muerto viviente.

Los tres que nos seguían se habían acercado más de lo que me

esperaba en los pocos segundos que había durado la pelea. Su paso torpe y tambaleante te inducía a pensar que eran muy lentos y que siempre quedaba tiempo hasta que llegasen a tu altura, pero en realidad caminan a velocidad de paseo normal, y si no ibas con cuidado se te acaban echando encima sin que te dieras cuenta.

Nuestro paso era preocupantemente lento porque, cada vez que queríamos doblar una esquina o cruzar una calle, teníamos que observar con cautela la concentración de reanimados que podían llegar a vernos pasar. También temía el momento en que nos quedáramos bloqueados, y no hacía otra cosa que buscar salidas alternativas. Los tres muertos que nos seguían al principio habían quedado atrás, pero otros cinco les habían hecho el relevo ya que, por muy sigilosos que intentáramos ser, a veces sencillamente era imposible esquivarlos a todos.

Avanzamos hacia el norte haciendo zigzag entre las calles. Mi objetivo era subir lo suficiente como para dejar bien atrás a la jauría de seres que nos habían encerrado en la urbanización antes de doblar hacia el oeste. El problema era la proximidad del cuartel de la guardia civil y el hospital; la concentración de reanimados que podía haber allí no invitaba a acercarse, como lamentablemente habíamos comprobado dos días atrás, cuando cayó el resto de nuestra unidad.

—Deberíamos empezar a preocuparnos por estos. —me advirtió Fran, sacándome de mis pensamientos y señalando a los reanimados que nos seguían, que ya eran más de una docena.

Su número aumentaba a un ritmo mucho mayor del que había previsto.

—¿Alguna sugerencia? —mientras hablábamos no dejábamos de andar, hacerlo era invitarles a que se nos echaran encima.

—Despistémoslos la próxima vez que doblemos una esquina. —dijo señalando el cruce más cercano.

Dos coches se habían estrellado justo en el medio, bloqueando el paso a los vehículos, y en las cuatro direcciones de la carretera había una larga fila de coches abandonados.

Empecé a madurar una idea.

Fui yo quien se asomó esa vez a la siguiente calle antes de doblar la esquina. En un primer vistazo pude ver a tres reanimados en un lado y cuatro en el otro, moviéndose entre la estrecha acera, la fila de coches aparcados y los coches abandonados en medio de la carretera. Dos de ellos estaban de espaldas, de modo que no serían un problema si no les dábamos motivos para girarse. Los otros nos verían en cuanto diéramos un paso, pero podíamos aprovechar los coches para evitarlo.

Le hice a Fran un gesto para que se agachara y ambos doblamos la calle, ocultos tras los coches aparcados. Ninguno de esos seres se dio cuenta de nuestra presencia, lo cual era parte indispensable de mi

plan.

—Rueda debajo de un coche. —le susurré tirándome al suelo.

Al principio me miró con confusión, pero rápidamente captó la idea e hizo lo mismo. Metí la mochila debajo de un utilitario y después repté bajo él yo también. Fran me imitó en el coche de detrás.

Lo primero que se escuchó fueron los pasos arrastrados y torpes del grupo que nos perseguía. Luego los vi doblar la esquina y, cuando a la altura de mis ojos empezó a desfilar una colección de zapatos rotos y pies podridos, supe que el plan había funcionado.

No eran muy listos, esa era su mayor debilidad, habían dejado de vernos pero, en lugar de buscarnos, como haría cualquier persona normal, habían continuado andando en la última dirección que nos habían visto tomar. Miré a Fran y, con una sonrisa, levantó un pulgar mientras los pasos de los muertos se iban alejando por la calle.

Satisfecho por haberlos perdido empujé la mochila fuera, y ya estaba dispuesto a salir cuando escuché un gong metálico desde el lugar donde se encontraba mi compañero.

Había intentado hacerme una señal con las manos cuando me vio empezar a salir de mi escondite, pero su mano había golpeado con el tubo de escape del coche. El motivo por el que quería avisarme se reveló instantáneamente cuando los pies de una de las criaturas, posiblemente una de las que ya estaban en esa calle antes de que nosotros llegáramos, pasaron por el hueco que quedaba entre los dos coches bajo los que nos escondíamos Fran y yo.

Ambos nos quedamos en silencio, rezando porque no se hubiera percatado del ruido y, si había sido así, porque no supiera localizar su origen. Pero nadie respondió a nuestras súplicas… últimamente muy pocos rezos habían tenido respuesta. El reanimado se agachó, se puso a cuatro patas y asomó su cabeza por debajo del coche buscando a Fran. La parte de atrás de su cráneo, que era lo que podía ver yo, tan solo estaba cubierta por unos cuantos pelos largos y sucios; el resto de su cuerpo tenía un aspecto flaco y desnutrido. Con un gruñido metió la mano bajo el auto, intentando sacarle de allí abajo, pero él lo repelió empujándole con la mochila. Metido ahí debajo no tenía maniobrabilidad para quitarse al muerto de encima, y no sabía si el grupo que habíamos despistado se encontraba a la distancia suficiente como para intentar algo que llamara más la atención. Los gemidos del ser eran lo que más me preocupaba, porque podían atraer a otros.

Intentando acabar con la amenaza cuanto antes, me arrastré hacia el muerto viviente, cogí impulso doblando la rodilla y le golpeé en la nuca con el talón de las botas.

Si hubiera sido un ser humano vivo le habría hecho mucho daño, pero a esos mierdas era imposible herirlos. El golpe no sirvió de nada, si acaso para empujarlo un poco más hacia Fran, que finalmente no

tuvo más opción que salir de debajo del coche. Al verse privado de su presa, el reanimado se giró hacia mí y me agarró el pie con el que le había pegado. Volví a golpearlo, esta vez en su rostro cadavérico, y juro que le rompí la nariz y le salté algunos dientes, pero él como si oyera llover.

Una mano empuñando un machete apareció de la nada y atravesó el cráneo del muerto, destrozándole el hueso temporal y clavándose en su cerebro. Suspiré aliviado al verme libre de la amenaza, pero mi alivio no duró ni un segundo. En cuanto los gemidos de la criatura cesaron con su segunda muerte, otros gemidos más lejanos comenzaron.

—¡Ostia puta! —farfulló Fran tras sacar el machete del cráneo de cadáver—. ¡No salgas de ahí abajo! ¡No salgas de ahí!

Sin decir una palabra más se marchó corriendo en la misma dirección en la que habíamos venido. Quise seguirle, pero escuchaba pasos acercándose y no sabía si tendría tiempo de salir, ponerme en pie y correr tras mi compañero.

Con fastidio, tuve que aguantarme y quedarme allí, debajo del coche, mientras la marea muerta viviente, que con mi estratagema había despistado, pasó a mi lado, tras Fran. Permanecí muy quieto y en silencio por lo menos un par de minutos, hasta que dejé de escuchar pasos. Después, tras comprobar que todo estaba despejado a ras de suelo por las proximidades, me arrastré fuera del coche.

En cuanto me puse en pie, un reanimado lejano me vio y empezó a avanzar hacia mí, pero era el único que quedaba en toda la calle, no suponía un problema… el problema era que me había quedado solo. Irreflexivamente me dirigí a la esquina por la que se había marchado Fran, pero ya no pude verle. Supuse que debía haberse metido en alguna otra calle, intentando ganar tiempo para despistar a los reanimados, y estaba fuera de mi vista.

“¿Y ahora qué coño hago?” pensé mientras mantenía vigilado al muerto viviente que se me acercaba. “¿Me voy? ¿Le espero? ¿Le sigo?”

Desenfundé el machete cuando la criatura estuvo a diez metros de mí, gimiendo y con la mirada perdida, pero tambaleándose con precisión hacia su objetivo. Sus manos me agarraron los brazos cuando le atravesé la tráquea con el cuchillo y lo arrastré hacia el suelo. Allí lo rematé de tres puñaladas que me pringaron las manos y los brazos de sangre.

Cuando me puse en pie, la calle estaba despejada de todo rastro de muertos vivientes, pero sabía que no permanecería así mucho tiempo. Fran había desaparecido y no tenía forma de encontrarle… tenía que tomar una decisión.

CARLOS

Volví a dormir mal. No había tenido pesadillas, o al menos no las recordaba, pero me desperté como cinco o seis veces a lo largo de la noche. No me importó, de alguna manera ya me había acostumbrado a eso, eran más las noches malas que las buenas. Sin embargo, por una vez no tenía un motivo justificado; ese maldito zombi seguía no dejándome dormir en condiciones, pese a que el día anterior pensaba que ya lo había superado. Su cara, muerta, gris y descompuesta, pero a la vez viva todavía era algo que se me aparecía cada vez que cerraba los ojos en la oscuridad

Mientras me miraba las ojeras al espejo, ya por la mañana, me dio por pensar que, a lo mejor, había llegado tarde y ya me estaba volviendo loco. No sabía cuánto tiempo tenía que pasar para que la soledad acabar con mi cordura, pero podría estar pasándome, después de todo llevaba semanas solo. En mi vida normal me pasaba días sin hablar con nadie, al menos con nadie en persona, excepto con mi familia, pero siempre estaba comunicado por internet… y desde luego tenía la mente distraída haciendo cosas. En aquella situación, sin luz, agua ni más compañía que unos pisos vacíos y unos muertos vivientes fuera, no había garantía ninguna de que pudiera conservar la lucidez.

Decidido a no darle vueltas al asunto me senté a desayunar. Había amanecido un soleado día de invierno y pensé que lo mejor que podía hacer era olvidarme de todo. Tenía comida y agua de sobra para aguantar en mi casa hasta el día del fin del mundo, de modo que no tenía por qué volver a ver un zombi nunca más si no quería. El portal estaba cerrado y, aunque no sería una barrera demasiado resistente, no tenían ningún motivo para acercarse a él, y desde luego yo no iba a dárselo. No se había entrado ni un solo zombi al callejón desde que comenzó la crisis, ¿por qué iba a hacerlo entonces? Repetirme eso cada vez que empezaba a dudar me tranquilizaba.

“Y si todo falla tengo mi armadura” me dije casi divertido.

No comí casi nada, durante el desayuno no soporto las comidas fuertes y los cereales, que era lo único que me entraba a esas horas, se me habían acabado. En cuanto hube terminado fui a cambiarme de ropa, el pijama que llevaba puesto había estado usándolo más de dos semanas, y empezaba a oler bastante mal.

Mirando en mi armario me di cuenta de que no me quedaba ni una sola muda limpia. El resto de mi ropa la había utilizado y manchado

ya, salvo las prendas que mi madre reservaba para las ocasiones especiales, y formaba un arrugado montón al pie de la cama. Acabé vistiéndome de nuevo con el viejo chándal que el día anterior me había puesto para entrar en la casa de la vecina, la única prenda que me quedaba sin ensuciar del todo.

"Si se me hubiera ocurrido poner una lavadora antes de que la luz y el agua se fueran aún tendría algo limpio que ponerme" me reproché a mí mismo.

Di un bufido de desesperación. Sin luz, sin agua, sin desayuno y casi sin ropa… el día empezaba bien.

Decidido a intentar solucionar el problema de la vestimenta busqué algo que ponerme por el resto de la casa. La ropa de mi padre no me servía, él era bastante más ancho que yo, y en aquellos días había adelgazado tanto que mi propia ropa me venía grande. La de mi madre y mi hermana estaba descartada, por supuesto. Me pregunté si mi vecina Eulalia tendría alguna prenda que me sirviera pero, siendo una anciana, como no quisiera un fular o una bata con olor a naftalina me temía que no iba a encontrar nada.

Recordé la ropa vieja de otros vecinos que había en el trastero, pero tampoco habría mucha diferencia entre la mía y la almacenada durante años en un trastero húmedo y lleno de polvo.

Entonces se me ocurrió una idea completamente perversa. Justo encima de mi casa se encontraba la casa de Manuel Camacho, comúnmente conocido como "el del cuarto". No era el único vecino del cuarto, evidentemente, pero si el que más daba que hablar a las cotillas de la escalera, entre las que se encontraba mi madre. Manuel "El del cuarto" tenía una pequeña empresa de transportes y no le iba nada mal; era el más dinero manejaba de todos los vecinos, y le gustaba hacer ostentación de ello. El monovolumen que tenía aparcado en el callejón seguía allí pese a que él se había marchado a la zona segura mucho antes, y solo porque, cuando se marchó, prefirió hacerlo en su Mercedes.

Su hijo, Manuel junior, conocido como "Manu", tenía cuatro años más que yo, y era una de las personas más repugnantes que había tenido la desgracia de conocer. En más de una ocasión él y sus amigotes, la gente más peligrosa del barrio, me habían robado al encontrarse conmigo en la calle, e incluso una vez se quedaron con mi teléfono móvil y con mi reloj; siempre bajo amenaza de recibir una paliza si me chivaba a alguien. Todo el mundo sabía que trapicheaba con droga a diestro y siniestro, y también sabíamos que se metía de todo… yo mismo le vi una vez esnifando algo en el portal. Tres años atrás se metió en un buen lío y se lo llevaron a la cárcel, pero unos meses antes del comienzo de la crisis de los zombis había salido y estaba viviendo de nuevo con su padre.

No pude sentir más que odio al recordar aquella vez que, siendo yo un crio todavía, y no teniendo dinero encima que quitarme, me encerró en el cuarto de contadores, a oscuras, hasta que un vecino me escuchó pidiendo auxilio media hora después… me asusté tanto que me meé encima, y cuando mis padres fueron a pedirle explicaciones al suyo aún sonreía el cabrón mientras le echaban la bronca. El rencor contra ese matón y los de su calaña me hizo convencerme en lo lícito de la idea que se me había ocurrido: me colaría en su casa y cogería su ropa. Él me había robado en el pasado y yo iba a cobrármelo con intereses.

Del dicho al hecho hay un gran trecho, decía mi madre; y no le faltaba razón, una cosa era querer colarse en una casa y otra poder hacerlo. No tenía las llaves de las casas, ni idea de cómo se forzaba una cerradura; aunque eso no serviría de mucho, porque su cerradura era de esas reforzadas, y no eran nada fáciles de abrir por la fuerza. Si hubiera tenido internet seguro que habría encontrado algún video donde explicaran como conseguirlo, pero sin la red, la posibilidad de tener acceso a conocimientos de ese tipo a corto plazo era nula.

Aun así, si tenía algo era tiempo para intentarlo. Después de todo, mi supervivencia a medio plazo dependía de ello; contaba con la comida del resto de casas para subsistir en caso de que el asunto de los zombis se alargara demasiado, así que no era solo justicia por los robos sufridos por el capullo de Manu, era también una cuestión de supervivencia.

Tras meditarlo durante varios minutos, llegué a la conclusión de que, quizás no pudiera forzar esa puerta reforzada, pero sí que podía forzar la del vecino de al lado, y luego saltar a la casa por el balcón. La distancia entre balcones no llegaba a medio metro, no supondría ningún problema atravesarla.

“Seguro que eso no lo pensó cuando instaló su mierda de súper puerta” me dije con la satisfacción de sentirme más listo que Manu, aunque técnicamente quien había comprado la puerta era su padre.

Sin perder un segundo más, que seguramente habría acabado empleando en revivir el encuentro con los zombis y volver a hundirme, busqué clips y alambres en mi habitación. Tenía unos cuantos tirados por el escritorio, en el instituto me pedían trabajos constantemente y mantenía unidas las hojas con ellos. Con los alambres mantenía unidas eran algunas piezas del ordenado y, como allí ya no me eran útiles, los cogí también. Se me ocurrió que podría necesitar también un par de destornilladores de la caja de herramientas, y un martillo, por si acaso. No sabía que herramientas me harían falta, era mi primera vez allanando moradas sin tener las llaves de la puerta.

Sorprendiéndome a mí mismo, salí de mi casa y comencé a subir

las escaleras en dirección al cuarto piso. A diferencia de los otros días, aquél me sentía bastante seguro en el portal; ese edificio era mi fortaleza, y uno no tiene miedo en su propia fortaleza. Lo precipitado del plan y su ejecución le daban, además, un morbo adicional.

Los clips terminaron no sirviendo para nada. Perdí un buen rato intentando abrir con ellos la puerta del piso vecino a la casa de Manu porque al doblarlos podía introducir las dos puntas en la cerradura, y tenía la sensación de que, hurgando un poco allí dentro, terminaría abriéndose. Pero no logré nada, solo comenzar a sudar por el esfuerzo de estar una hora haciendo el tonto con un clip. Que pudiera meterlo hasta el fondo de la cerradura y moverlo me había dado esperanzas de encontrar el movimiento preciso que abriera la puerta, pero al final tuve que darme por vencido.

Tiré los clips rotos por el hueco de la escalera debido a la frustración. Los alambres no merecía la pena ni probarlos, seguramente terminarían igual y, aunque tenía destornilladores y un martillo, no sabía qué podía hacer con ellos.

Tras pasarme unos minutos pensando en una alternativa, mientras veía al Sol subir en el cielo a través de la ventana de la escalera, opté por algo más clásico. Bajé a mi casa y busqué unas radiografías que le habían hecho a mi madre años atrás, cuando tuvo una lesión de cadera… era el método más viejo del mundo. Al principio pensé en usar una tarjeta de crédito, pero por cada película que había visto en donde lograban abrir la puerta con ella, había otra donde la tarjeta se rompía, para frustración del propietario, y no me ofrecía confianza.

La teoría era sencilla, con el borde de la radiografía intentar descorrer el resbalón de la puerta... y aun así me tuve que pasar un buen rato intentándolo. No fue hasta que doblé la radiografía, duplicando así su grosor, cuando empecé a tener resultados. Estaba empezando a mover el resbalón, y en cuanto coordiné el movimiento de radiografía con el momento preciso de empujar la puerta, conseguí abrirla de una maldita vez.

Sentí un milisegundo de júbilo, seguido de una ira indescriptible. Había sido un estúpido, el único motivo por el cual la puerta estaba cerrada solo por el resbalón era porque una cadena, que sujetaba la propia puerta y el marco, la mantenían cerrada, permitiendo que se abriera solo lo que daba de sí la cadena, que era poco más que un palmo.

—¡Joder! —grité dándole una patada a la maldita puerta… luego caí en la cuenta de lo que esa cadena significaba; Era imposible que la hubieran echado desde fuera, de modo que tenía que haber alguien allí por narices.

“Mierda qué cagada” me dije pensando en la cara que pondría el

vecino cuando me viera intentando colarme en su domicilio.

—¿Hola? —pregunté hacia el interior de la casa, con los nervios a flor de piel.

Todo era muy raro, si había alguien allí dentro no había contestado cuando llamé al timbre casa por casa el día anterior, ni había reaccionado a las dos horas que me había pasado intentando forzar su cerradura.

—¿Hola? —repetí—. ¿Hay alguien ahí?

Si había alguien, ¿por qué no contestaban? A lo mejor tenían miedo.

—No… no soy un ladrón —exclamé—. Me llamo Carlos, vivo en el piso de abajo. ¿Hay alguien?

Silencio absoluto fue la única respuesta que recibí. No recordaba del todo bien quién vivía allí, pero creía recordar que se trataba de un anciano que apenas salía de casa y que no hablaba con nadie…

No iba a ser yo quien recriminara a nadie el ser poco comunicativo, pero que no me hablara en ese momento era ya excesivo,

“A lo mejor le ha pasado algo” temí un poco acobardado, si era así, no tenía ni idea de cómo reaccionar, ya no había servicios de emergencia ni nada parecido.

—Si no me dice algo voy a entrar —tenía una idea sobre qué hacer con la cadena, no era exactamente algo limpio, pero no se me ocurrió un plan mejor—. Escuche, si no me dice algo voy a romper el marco de la puerta para soltar la cadena.

Silencio…

“Pues no me queda más remedio.”

Dejé el martillo en el marco de la puerta, para que no se me cerrara si había una corriente de aire, y volví a mi casa a coger una pequeña sierra que había visto antes en la caja de herramientas.

“Ha llegado la hora del bricolaje.”

El marco de la puerta, al igual que la propia puerta, y todas las del edificio menos por la que quería entrar realmente, no eran de muy buena calidad; en cuanto serré un poco por encima y por debajo de la sujeción de la cadena comenzó a astillarse. Metí el destornillador en los huecos de la madera, clavándolo con el martillo, y tras varios intentos y mucho sudor la madera se quebró y saltó. La cadena, sin embargo, no se movió; unos gruesos tornillos la anclaban más hondo todavía en el marco… pero al menos ya temblaba. Introduje el destornillador entre el hueco que había abierto e hice palanca con todas mis fuerzas. Al final la cadena saltó y la puerta se abrió bruscamente, dando un golpe contra la pared.

Me tomé unos segundos para coger aire, no estaba acostumbrado a tanto esfuerzo físico y sentía los brazos entumecidos, por no hablar de que sudaba como un cerdo bajo la única ropa limpia que me quedaba.

Una vez recuperado el aliento, con destornillador y martillo en las manos, di un paso dentro de la casa.

—¿Hola? —no tenía mucho sentido insistir, pero nunca se sabía—. ¿Hay alguien?

No parecía que hubiera nadie. La casa tenía una distribución exactamente igual al a mía, aunque una decoración muy distinta. Percibí en una mesita de la entrada la misma capa de polvo que yo había limpiado varias veces ya en mi propia casa; no es que me fuera mucho eso de la limpieza, pero cuando la concentración de polvo se hacía muy grande me daba cosa dejarla ahí, acumulándose. Cuando mi madre volviera seguro que me echaría la bronca por haber dejado que la casa se llenara de mierda.

Deduje que aquél lugar llevaba sin limpiarse más de una semana, lo que me pareció extraño si la casa estaba habitada. Había también un tenue pero desagradable olor, que debía de ser por la suciedad.

—No quería entrar por la fuerza —no sé por qué dije esa gilipollez en alto, la puerta destrozada de la entrada era la prueba de justamente lo contrario—. ¿Hay alguien?

Como nadie contestó a la enésima vez que preguntaba, dejé de hacerlo.

Al igual que en mi casa, habitaciones y baños estaban al fondo del pasillo, mientras que el comedor y la cocina eran las puertas más próximas. Tan solo éstas dos últimas estaban abiertas; los baños y los dormitorios estaban cerrados. Me planteé acercarme y abrirlos para echar un vistazo, pero luego decidí ir que era mejor ir paso a paso. Primero lo más importante, lo que realmente había ido a hacer allí.

La idea era saltar por el balcón al piso de al lado, y una vez en su interior podría buscar una llave o algo que me permitiera abrir la casa desde fuera las veces que me diera la gana. Después le saquearía la habitación a Manu a base de bien.

Me dirigí al comedor, con el desagradable olor acompañándome todo el trayecto. Aquella habitación podía presumir de tener una capa de polvo mayor que la de la entrada, que no era decir poco. Sin querer prestar más atención a la limpieza y concentrándome en lo que tenía que hacer, atravesé el salón y abrí la puerta del balcón para salir fuera. Ese balcón daba también al callejón, que seguía solitario y ajeno a la invasión de zombis al otro lado del edificio. Se me ocurrió que, si lograba bloquear de alguna forma todo el acceso al callejón, mi fortaleza contaría también con un muro que evitara que un zombi errante se acercara al portal. No era mala idea, pero había que desarrollarla un poco, la entrada del callejón eran por lo menos diez metros y bloquearlo no sería algo precisamente fácil.

Dejé a un lado los planes futuros para volver al momento, pero me prometí retomarlo en cuanto estuviera debidamente vestido... y en

cuanto resolviera el problema de cómo abrir el resto de casas, porque forzar una puerta no había resultado nada sencillo y no estaba dispuesto a repetir lo mismo con todas las demás.

Saltar el medio metro que separaba ambos balcones fue sencillo, solo tuve que apartar algunas macetas viejas y medio resecas para abrirme paso, subirme a la barandilla y pasar de un balcón al otro. En cuanto llegué al otro piso volví la vista hacia atrás, no sin cierto malestar… ¿debería haber registrado toda la casa antes de saltar? No había nada en ella que pudiera interesarme, pero si estaba cerrada por dentro tenía que haber alguien en ella, quizá tras una de las puertas cerradas. Si no me había acercado a ellas era porque me asustaban un poco. No sabía qué podía haber sido del anciano que vivía en esa casa y, la verdad era que con la emoción de saltar balcones y robar en casas y ajenas ya tenía suficiente, no necesitaba investigar ningún misterio.

Intentando no darle más vueltas, abrí la puerta corredera de cristal, que me daba acceso al interior de la casa de Manu, y entré en su comedor… ya averiguaría qué había sido del otro vecino del cuarto cuando volviera.

Manuel sénior era un fanfarrón, de eso no me cabía duda, pero lo era con motivo; la calidad superior de los muebles del comedor se notaba a simple vista. Me pregunté cómo de malo sería que me llevara esos muebles a mi casa, y tuve que sonreír al recordar que el día anterior había tenido serias dudas sobre si entrar en un piso ajeno y coger algo de comida estaba bien o no. También había tenido miedo de mi propio rellano y ya me dedicaba a andar dando saltos por los balcones, renovarse o morir.

En eso iba pensando mientras salía del comedor y me dirigía hacia las habitaciones del fondo, de la cuales dos estaban cerradas, pero las otras dos tenían las puertas entornadas. Ya me estaba preguntado cuál sería la habitación de Manu y qué clase de ropa tendría allí cuando, de repente, mis pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de algo de cristal rompiéndose en una de las habitaciones cerradas. Casi se me paró el corazón de la impresión...

“Las cosas no se rompen solas” me dijo una voz en la cabeza.

El miedo que sentí de repente me dejó paralizado y sintiendo el corazón latir a toda velocidad dentro del pecho. No sabía tras cuál de las dos puertas se había originado el sonido, solo podía descartar las que estaban abiertas, porque el ruido había sonado un poco amortiguado. Tampoco sabía qué hacer, ¿intentaba averiguar qué había pasado, como el personaje que siempre muere en una peli de terror, o me largaba corriendo?

“No quiero fantasmas en mi castillo” me dije con un ramalazo de valor, pero cuando mi temblorosa mano se dirigió al pomo de la

puerta sentí la boca seca…

Aun con esas seguí adelante, no iba a marcharme de allí por un ruido que no sabía qué había podido producirlo. Cogiendo aire, abrí la puerta que tenía más cercana del tirón; en mi casa esa habitación estaba en la misma posición que mi cuarto, por lo que se me ocurrió que también podía ser la habitación de Manu. Pero me equivoqué, tras ella solo había una habitación en penumbras, debido a que la persiana de la ventana estaba bajada hasta dejar solo unas rendijas por donde se colaba la luz. Era un dormitorio, seguramente el de Manuel padre; lo deduje porque la cama era de matrimonio y había un traje colgando de una percha... Manuel hijo jamás se había puesto un traje. No presté mucha atención a los detalles, lo único que me interesaba era que no había nada roto en el suelo, ni tampoco había nadie que pudiera romperlo. Eso significaba que el sonido había venido de la otra habitación.

En el segundo intento de localizar el origen del ruido fui más precavido. Antes de abrir a lo loco pegué la oreja a la puerta para ver si escuchaba algo… y lo que escuché no me gustó nada. Unos pasos sonaban contra el suelo y, a juzgar por la distancia a la que los oía, quien estuviera andando estaba al fondo de la habitación.

“¿Será posible que este capullo siga aquí?” fue lo primero que pensé.

Dicen que mejor estar solo que mal acompañado, y no se me ocurría una compañía peor para mi fortaleza… bueno si, aunque intentaba no pensar en ello, la otra posibilidad es que fuera uno de “ellos”.

Sentí aún más miedo, ¿qué pensaría si supiera que me encontraba ahí? Si era un zombi me atacaría, pero si no lo era tampoco supondría mucha diferencia. No sabía si quería quedarme a averiguarlo; me habría resultado muy sencillo largarme de allí sin investigarlo, como había hecho en la otra casa. Después de todo, mejor tener la ropa sucia a tener a Manu como única compañía, vivo o muerto viviente.

Pero no podía seguir actuando como un cobarde, ¿de qué me servía todo lo que había hecho hasta entonces si no llegaba hasta el final? Fuera lo que fuera lo que había al otro lado de la puerta, era la prueba de que no estaba solo, y si tenía que compartir mi fortaleza con alguien quería saber con qué.

Llamé a la puerta con un par de suaves golpes. En cuanto lo hice, los pasos se detuvieron en seco, solo para reanudarse un segundo más tarde. Quien fuera se estaba acercando a la puerta, pero eso no respondía a ninguna de mis dudas; tanto un Manu vivo como un Manu zombi habrían hecho lo mismo. Instintivamente retrocedí varios pasos por el pasillo. Si salía Manu cabreado, intentaría correr hasta el balcón, saltaría al piso de al lado y volvería a mi casa para encerrarme

allí antes de que me atrapara.

Pero Manu no abrió la puerta. Se escuchó el ruido de una mano golpeando la puerta e inmediatamente di un respingo, retrocediendo otro paso. Ni un segundo más tarde sonó otro manotazo, y luego unas uñas arañando la madera. Definitivamente eso no era algo que hiciera alguien vivo.

"¡Madre mía es un puto zombi!"

Traté de imaginarme que aspecto tendría Manu como zombi, con la mirada perdida, la piel pálida y podrida y moviéndose como un enajenado. Casi me dio lástima, y me sentí como un imbécil por ello, ¿por qué sentía lástima hacia un tío que un momento antes solo me daba miedo y asco? Incluso me había quedado sin mi mezquina venganza; no podría robarle la ropa porque su propio cadáver reanimado la protegía.

Pero no estaba en mi naturaleza desearle la muerte a nadie. Que Manu fuera uno de ellos era algo triste, y no solo porque yo me quedara sin botín… sencillamente ningún ser humano merecía acabar así.

Un nuevo golpetazo en la puerta me hizo volver al mundo real y a la situación a la que me enfrentaba, la de un zombi encerrado en una habitación; un muerto viviente invadiendo mi fortaleza. Tras valorar diversas opciones opté por la solución tan cobarde como segura de no hacer nada, me largaría de allí sin más y que el zombi hiciera lo que le diera la gana en la casa. Después de todo era suya, y la puerta reforzada no iba a poder atravesarla a ostias.

Los golpes siguientes fueron más seguidos y más violentos, y cuando comencé a escuchar algo parecido a gruñidos decidí que ya me había quedado demasiado tiempo ahí plantado como un pasmarote. Me di la vuelta y me dirigí corriendo hacia la puerta de la casa, la famosa puerta reforzada. Aunque no sabía si mi plan de encontrar una llave para abrirla seguía teniendo algún sentido. Sabiendo que había un zombi allí, mi mente no estaba para procesar esas cosas; me había dirigido a la puerta por puro instinto, porque ese es el lugar por el que se sale de las casas.

Cuando agarré el pomo las manos me volvían a temblar. Lo giré, pero no se abrió, debía estar cerrado con llave. En el mismo pasillo de entrada había una mesita con un cuenco lleno de llaves, así que me lancé sobre él y rebusqué entre ellas, intentando encontrar una que tuviera pinta de abrir una puerta de seguridad.

"¿Por qué tendrán tantas llaves?" me pregunté con rabia al ver que había tres manojos dentro del cuenco.

Supuse que por lo menos uno de ellos tendría la que estaba buscando, pero no tuve tiempo de comprobarlo… de repente, uno de los golpes del zombi se transformó en un crujido tan fuerte que hizo

que se me cayera uno de los manojos que estaba sujetando al suelo. Me asomé al borde del pasillo, y lo que vi me heló el corazón.

Una mano manchada de sangre había abierto un agujero en la puerta, levantando astillas y desperdigando trozos de madera por todas partes. Una vez más paralizado por la impresión, me quedé a mirar como el brazo de la mano se introducía por completo por el agujero, sin importarle el estar desgarrándose la carne con las astillas de la madera.

Otro trozo de madera cayó al suelo cuando medio torso se asomó por el agujero que había abierto a golpes. Sin duda era Manu… o lo había sido. No era como lo había imaginado, pero era un zombi; tenía el rostro tan demacrado que costaba reconocerle, además de cortes y manchas de sangre por toda la cara. Por lo demás, estaba tan pálido que parecía que utilizase maquillaje; nunca había imaginado que una persona podía perder tanto el color. Supuse que las manchas de sangre se las había provocado él mismo con las astillas de la puerta, y por ese motivo también llevaba la ropa hecha unos zorros.

Me miró… nuestras pupilas no llegaron a establece contacto, pero de algún modo yo sabía que me estaba mirando, y un segundo después lanzó un gemido estremecedor que me hizo reaccionar de una vez por todas.

Miré el otro manojo de llaves que tenía en la mano, estaba demasiado nervioso para encontrar cuál era la buena, de modo que, sin pensarlo, corrí hacia el comedor, rumbo al balcón. La puerta de la habitación de Manu cedió finalmente y se quebró en dos con un gigantesco crujido, y yo, que aun estaba recorriendo a toda prisa la corta distancia que me separaba del balcón, temí que aquel ser pudiera agarrarme, de modo que aceleré aun más.

Me estampé contra la barandilla del balcón por culpa del impulso que llevaba, que no me dejó frenar a tiempo. Cuando recuperé la respiración vi que el Manu zombi ya estaba en la puerta del comedor. Se había detenido por un instante, intentando localizarme, y en cuanto lo hizo se tambaleó en mi dirección, con un movimiento torpe y pesado. Aquella manera de moverse, tan poco grácil, fue la puntilla definitiva para que me entrara el pánico.

Un minuto más tarde no era capaz de recordar cómo había saltado el trecho entre los balcones pero, cuando me quise dar cuenta ya estaba en el otro lado, tirado en el suelo y respirando con dificultad. El corazón en el pecho latía tan rápido que temí que fuera a sufrir un infarto.

Sentí algo cálido y húmedo en las piernas. No sabía cuando, pero me había meado encima, jodiendo con ello la única muda de ropa limpia que me quedaba. La avaricia rompe el saco, me habría dicho mi madre, a la cual echaba mucho de menos en aquél momento.

Me quedé ahí tirado un par de segundos, intentando recuperar el aliento y calmarme un poco, pero todavía me quedaba por sufrir un último sobresalto. El zombi de Manu salió al balcón en mi busca, y en cuanto me encontró intentó lanzarse contra mí… por suerte, la barandilla de los balcones, y el medio metro que los separaba, se lo impedían.

Como pude, me puse en pié mientras aquella criatura seguía gruñendo y gimiendo, y no pude evitar quedarme embobado mirándolo. Era lo más ceca que había tenido un zombi jamás, aunque, gracias a Dios, nunca había tenido cerca un zombi hasta ese momento.

Sus ojos eran lo más llamativo; su mirada estaba perdida, como la de un bizco, pero en lugar de unos ojos húmedos y cristalinos, propios de una persona normal, los suyos estaban turbios y vidriosos. Su rostro demacrado carecía de toda expresión facial; cualquier persona que gruñera, gimiera e intentase abalanzarse contra ti seguramente manifestaría algún tipo de emoción, como la ira, pero aquél ser parecía haber perdido esa capacidad. Sus manchas de sangre no eran tampoco normales, esa criatura tenía una sangre espesa y casi negra, y pese a que los cortes que se había hecho al atravesar la puerta eran profundos, no sangraba como debería sangrar. ¿Quizás porque no tenía pulso? No podía saberlo. Desprendía un leve olor a putrefacción, pero no tan intenso como cabría esperar. A unos pasos de él ya apenas se notaba.

Conmocionado por la experiencia, salí del balcón y me metí en el comedor. Aunque el corazón todavía me palpitaba como si quisiera salírseme del pecho, al alejarme de aquél ser pude empezar a pensar con más claridad.

Una parte de mí sabía que tenía que hacer algo con el zombi, pero había otros problemas que resolver antes de pensar cómo encargarme de eso. Tenía que cambiarme de ropa, al haberme meado encima por culpa del miedo, la prenda limpia había pasado a ser una prenda que no podría reutilizar, y eso me fastidiaba bastante. No solo era la ropa sucia, sino que además de lo sucio que me sentía por llevar una semana sin lavarme en condiciones a partir de ese momento tendía que sumar una pierna llena de orina.

Pensé en secarme con una toalla, porque no tenía agua, pero me daba cosa dejar una de mis toallas apestando a meados… y entonces caí en la cuenta de en dónde me encontraba. No era mi casa, ¿qué más daba? Mi respeto por la propiedad ajena estaba dejando mucho que desear, pero con un vecino zombi deseando matarme en el piso de al lado algo como a quién pertenecían las cosas me parecía un problema menor.

Me acerqué cojeando al cuarto de baño, tratando por todos los medios de no ponerme histérico pensando en el zombi y centrándome

en el sucio asunto del meado… pero hasta podía sentir su olor dentro de mi nariz, un olor fuerte y tan intenso que incluso se abría paso entre el olor a orina de mi pantalón.

Me detuve a mitad de camino al cuarto de baño al darme cuenta de que esa peste no estaba en mi cabeza, sino que realmente el piso olía así. Ya me había percatado cuando entré por primera vez, pero en aquella ocasión lo había confundido con el olor de la suciedad. Después de lo ocurrido en el balcón tenía claro que en realidad era el mismo tufo que desprendía el zombi de Manu.

"No me jodas otra vez no" pensé, con los cojones en la garganta, mientras miraba las puertas cerradas del fondo del pasillo.

Si lo pensaba bien, seguro que mi vecina Eulalia también tenía toallas en su casa, y ahí estaba seguro de que no había zombis. Pero me resultaba muy raro que, si allí había otro zombi, no hubiera dado ya señales de vida… bueno, por decir algo. Había armado un escándalo con la puerta y había preguntado a voz en grito si había alguien en la casa, ¿por qué no reaccionaba?

"¿Es que no has tenido bastantes sustos por hoy?" me reproché a mi mismo intentando ser prudente, pero la curiosidad siempre había sido más fuerte que yo.

En esa ocasión fui aún más precavido que en las anteriores. Antes de hacer nada fui a la cocina de la casa y cogí el cuchillo más gordo que encontré; luego me acerqué a las puertas y una por una fui escuchando por si oía pasos. No obtuve ningún resultado, pero sentí que, cuanto más avanzaba por el pasillo, más fuerte era el olor. Me pareció que su origen estaba en la habitación del fondo, la que estaba en la posición de la de mis padres en mi casa, y la de Manu en la suya, de modo que fue allí donde puse más atención. Tras pegar la oreja a la puerta habría jurado que se escuchaba un ruido, pero desde luego no eran pasos. Llamé a la puerta, pero nada cambió.

Más tranquilo por esto último me decidí a mirar dentro… y ojalá no lo hubiera hecho.

Nada más abrir, fui recibido por el zumbido de un millar de moscas, seguido de un vendaval del olor a putrefacción más nauseabundo que jamás hubiera podido oler. El origen de ambas cosas estaba en un cadáver medio descompuesto que se encontraba sobre la cama. Cientos de moscas revoloteaban a su alrededor, depositando sus huevos en la carne putrefacta, mientras que gusanos blancos de pequeño tamaño lo devoraban desde dentro. Estaba tan desfigurado que era irreconocible pero, por el cabello cano de su cabeza supe que se trataba del viejo que vivía en la casa, del cual seguía sin recordar el nombre.

El olor me llegó hasta estómago y las nauseas apenas me dieron tiempo a llegar al cuarto de baño, donde vomité todo lo que había

desayunado en el lavabo. Al recordar al zombi que tenía en el balcón, otra oleada de vómito pugnó por salir, pero por suerte pude contenerla.

"¿Pero qué demonios ha estado ocurriendo en mi bloque?"

Abrí el grifo para limpiar lo que había manchado, pero no había agua, claro… por un segundo me había olvidado de eso.

No tuve más remedio que dejar la pota ahí.

Aguantando la respiración, porque sabía que si volvía a olerlo vomitaría de nuevo, regresé a la habitación a cerrar la puerta. Me interrumpí cuando ya la tenía a medio cerrar al fijarme en un detalle; había una taladradora manchada de sangre sobre la cama, y aún estaba enchufada. El agujero de la frente del cadáver explicaba del todo cómo había muerto, el hombre había decidido suicidarse. No sabía que una persona pudiera matarse de esa manera, metiéndose una broca en la sien. Me pareció demasiado violento y doloroso; habría sido más fácil cortarse las venas, por ejemplo, pero tampoco iba a juzgarlo por eso, bastante impactante era ya para mí aquella escena como para entrar en debates conmigo mismo sobre las maneras de suicidarse.

Como ya había recibido pesadillas suficientes para no poder volver a dormir el resto de mi vida, no perdí un instante más y volví a mi casa… mi querida casa, el único lugar que era realmente seguro.

Casi lloré de la emoción cuando estuve allí de nuevo, a salvo de zombis y de cadáveres podridos. Mientras me cambiaba la ropa y me secaba la orina, porque al final se me había olvidado coger una toalla y no tenía ganas de volver por la cuarta planta, me planteé muy seriamente dejarme de tonterías y quedarme encerrado en mi confortable tercer piso con vistas al callejón hasta que todo acabara. Ya había tenido demasiadas emociones y estaba harto de llevarme sustos.

Cuando fui a quitarme los pantalones, me di cuenta de que tenía en los bolsillos las llaves que había cogido de la casa de Manu. Aquella ya no era una puerta que quisiera abrir, si es que la llave se encontraba en esos manojos y no en el que se quedó tirado en el suelo, pero aun así los dejé en la mesa de la cocina, junto a la comida.

De nuevo seco y con ropa limpia… o, siendo realistas, más limpia que un chándal lleno de meados y salpicaduras de vómito, me tumbé en la cama para descansar un rato. La ventaja de estar allí solo y sin obligaciones era que podía tumbarme sin siquiera mirar el reloj para ver qué hora era. Decidido a no pensar más en zombis y cadáveres agarré un libro de mi estantería, de los que ya había leído mil veces, y me puse a leerlo de nuevo.

A los cinco minutos abandoné porque no había podido pasar del primer párrafo. No podía quitarme de la cabeza a Manu, transformado

en uno de esos seres… desde luego no era cariño lo que le tenía, pero nadie merecía acabar así, y en ese mismo instante millones de personas en todo el mundo estaban justamente pasando por lo mismo. ¿Cómo había podido pasar algo así? Parecía algo sacado de una película apocalíptica, y sin embargo era real y había estado ocurriendo delante de mis narices.

Como la lectura había fracasado, intenté borrar esos pensamientos negativos que tan poco bien me hacían de mi cabeza centrándome en lo práctico. Tenía que quitar de en medio al zombi. Mi castillo, que cada vez era más siniestro, tenía que ser limpiado de intrusos.

En la tele habían dicho que esos seres morían del todo si les destrozabas el cerebro, de modo que solo tenía que encontrar la forma de hacerle mucho daño en la cabeza… no podía creerme que estuviera pensando en macharle el cráneo a alguien, nunca había sido una persona violenta, pero así estaban las cosas. Si quería el edificio libre de zombis tendría que mancharme las manos, y posiblemente la conciencia también.

Tras darle unas cuantas vueltas me levanté de la cama y fui a la cocina. Solo necesitaba un objeto punzante, así que cogí el cuchillo más grande que tenía; algo donde atarlo para poner distancia entre el zombi y yo, como el mango de una escoba; y algo que sujetara ambas cosas, que podía ser la cinta adhesiva de la caja de herramientas.

Con todos los componentes en mi poder, uní con la cinta el mango del cuchillo y el extremo superior de la escoba, y me construí una magnífica lanza ensarta—zombis. El mango de la escoba le daba un alcance de por lo menos metro y medio, de modo que me servía perfectamente para intentar pinchar la cabeza del muerto viviente desde el balcón de al lado sin ponerme en peligro. Sencillo pero eficaz.

Aunque en el fondo tenía ganas de probarla, en la superficie lo último que necesitaba era otra dosis de zombis ese día. El conflicto interno se solucionó al convencerme a mí mismo de que, cuando me librara de Manu, el problema se acabaría. ¿Quién quiere dormir con un zombi en el piso de arriba?

Ya estaba dispuesto a subir cuando me fijé en la caja que tenía a los pies de la cama… ¡mi armadura!

Tenía que ponérmela, lo tenía clarísimo; así que cuando salí de casa, además de una escoba con cuchillo, llevaba unas espinilleras y unos protectores del antebrazo. El casco no me lo puse porque era incómodo y no lo vi necesario.

Aunque sabía que ambas protecciones eran ridículas, me sentía más seguro con ellas puestas, y si me tenía que enfrentar a un zombi prefería sentirme seguro a volver a mearme encima.

Al salir no había cerrado la puerta de la casa del pobre anciano, de modo que me ahorré tener que abrirla de nuevo. El olor del interior se

había hecho más fuerte, al haber abierto la puerta de la habitación, permitiendo así que el tufo del cadáver se extendiera; pero aun así era lo bastante tenue como para poder respirar sin vomitar otra vez. Preferí darme prisa en salir al balcón y oler aquél aroma a muerte lo menos posible… bastante iba a tener con lo que me tocaba a hacer a continuación.

Manu seguía en el mismo lugar donde lo había dejado. Sin una puerta que destrozar ni habilidad suficiente para saltar, y sin un objetivo al que gruñir y contra el que abalanzarse, la criatura se había quedado plantada allí, en el extremo más próximo del balcón, mirando la puerta por la que me había ido. En cuanto me vio aparecer retomó su intento de asesinarme, y volvió a empezar con los gruñidos y los gemidos sin importarle que la distancia que nos separaba hiciera que fuera imposible alcanzarme. Los zombis parecían bastante estúpidos, aunque con Manu tampoco había mucha diferencia en ese sentido.

Me armé de valor y respiré profundamente antes de colocar mi ensarta—zombis en posición, apuntando a su cabeza. Menos convencido de que aquello fuera a salir bien que unos minutos atrás, cogí fuerzas para clavarle el cuchillo hasta el cerebro. No miré al lanzar el golpe, bastante asqueroso creía que iba a ser el hecho de sentirlo en las manos, así que decidí ahorrarme la imagen.

Sin embargo, al final no hubo nada que ver. El cuchillo golpeó contra la frente de Manu, pero no logró atravesar el duro cráneo, tan solo le empujó para atrás. Inmediatamente después le dio un manotazo tal a la lanza que por poco se me cae a la calle.

No era tan fácil atravesar un cráneo humano como yo pensaba, y por lo visto yo no tenía la fuerza necesaria para conseguirlo. El pinchazo en la frente solo había servido para enfurecerlo más, o eso me pareció, un pequeño hilo de sangre oscura y espesa salía de la herida que le había hecho, pero el zombi no había perdido ni una pizca de determinación.

Sin más opciones que seguir intentándolo volví a pincharle, intentando esquivar sus manotazos frenéticos. Me parecía increíble que una criatura tan torpe a la hora de andar, se moviera de esa forma. La caza le estimulaba.

Lancé otro pinchazo con todas mis fuerzas, pero se movió y terminé atravesándole una mejilla… la imagen fue asquerosa, aunque mucho peor fue ver como sus propios movimientos le arrancaron el cuchillo de la cara, destrozándole la cara del todo. Estaba a punto de volver a vomitar con el espectáculo de sangre y carne destrozada, de modo que recogí la lanza e intenté pensar de qué otra forma podía acabar con él.

Se me ocurrió que, si lograba meterle el cuchillo en la boca, simplemente con un empujón podría llegar a su cerebro evitando los

duros huesos del cráneo. Solo de pensarlo ya me daba asco pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Si me hubieran dicho tan solo un día antes que estaría martirizando un zombi con un cuchillo y una escoba no lo habría creído.

Respirando profundamente otra vez para intentar calmar los nervios, agarré con fuerza el palo de la lanza y la fui aproximando hacia el zombi una vez más. Tampoco aquella vez fue sencillo hacerlo porque no paraba de dar manotazos al aire. El objetivo de éstos siempre era el de cogerme a mí, en ningún momento pareció importarle lo más mínimo ni la lanza ni las terribles heridas que le estaba produciendo con ella… hasta que, de repente, la agarró con ambas manos. Me llevé tal susto por esa acción repentina que tiré de la escoba hacia mí. Su fuerza era mayor, pero él estaba sujetando el palo mientras que yo agarraba el cepillo de la escoba, de modo que gané en el tira y afloja.

Por el impulso casi me caigo de culo en el suelo, pero el zombi se quedó en precario equilibrio sobre la barandilla del balcón, y al final fue su propio instinto el que le traicionó. Dispuesto a cogerme por encima de todo, siguió haciendo fuerzas para llegar a mi balcón y terminó cayendo a la calle entre gruñidos.

Se oyó un sonido como el de una bolsa de carne reventando contra el suelo. Cuando me asomé, la criatura estaba tumbada boca arriba, con los brazos y las piernas extendidas.

“Lo he matado” pensé eufórico. “He matado al hijo de puta”.

Era mi primera batalla contra un zombi, esperaba también que la última, y había salido victorioso.

El cuerpo de mi víctima estaba tirado frente al portal, junto a uno de los dos coches aparcados en el callejón y a un lado del charco de orina. Si hubiera caído un metro más al frente habría destrozado el monovolumen de su padre, lo cual habría sido una ironía de muy mal gusto. Pero eso no me importaba, lo único que importaba era que lo había conseguido, el zombi estaba fuera, muerto tras una caída de cuatro pisos, y la casa estaba vacía y lista para ser saqueada.

Embriagado por la victoria, volví a mi casa, cogí el manojo de llaves y regresé a la puerta del cuarto piso. Si tenía un poco de suerte podría entrar por ella como un señor… si no, tendría que entrar por el balcón.

Al final tuve suerte, encontré una llave que abrió la puerta e inmediatamente me dirigí a la habitación de Manu. Tras ganar la justa, tenía derecho a las pertenencias del vencido.

La habitación estaba decorada con unos posters viejos de coches y motos. Además de la cama y del armario, había un escritorio que hacía que la palabra “desordenado” se quedara pequeña, y también la palabra “suciedad”. En el suelo había tiradas piezas de un despertador,

que seguramente había estado colocado en la mesita de noche que se encontraba junto al escritorio. Su caída debió ser lo que escuché cuando llegué a la casa por primera vez. Todavía había en el aire olor a muerte por el tiempo que había permanecido el zombi dando vueltas, encerrado en ese dormitorio.

Había muchas preguntas que no podía evitar hacerme, ¿por qué no se había ido Manu con su padre? ¿Cómo llegó a transformarse en zombi? ¿Se había encerrado él mismo en su habitación o le había encerrado alguien? Pero tuve que hacerme a la idea de que quizá nunca lo supiera. No había nadie que pudiera responderlas y yo no era Sherlock Holmes.

Antes de ir al armario a por la ropa, que había sido mi objetivo principal, eché un vistazo en los cajones del escritorio. No encontré en ellos nada especialmente interesante, solo papeles viejos, un calendario y chorradas varias… únicamente la cartera de Manu llamó mi atención.

La abrí y lo primero que encontré fueron cinco billetes de cien euros, nuevecitos y relucientes. No tenía ni idea de dónde había sacado alguien como él tanto dinero, pero me daba igual; sin pensarlo más los cogí y me los guardé en el bolsillo, como pago por todas las cosas que él me había robado en el pasado. También tenía allí su DNI y un par de condones. Me molestó bastante pensar que alguna mujer quisiera acostarse con un individuo como él, pero claro, al igual que había individuos también habría individuas, y Dios los cría…

Como mis posibilidades de utilizar los condones eran escasas, los dejé donde mismo los había encontrado y me dirigí al armario. Allí estaba el plato fuerte que andaba buscando desde el principio: Camisetas limpias, pantalones limpios, ropa interior limpia… ¿qué más se podía pedir? Cogí unos pantalones vaqueros, una camiseta blanca y una sudadera roja, gruesa y con capucha, y me cambié allí mismo. Tenía el armario casi lleno, por lo que supuse que debía llevar muerto bastante; si no, habría manchado más ropa, lo sabía por experiencia. Peor para él y mejor para mí.

Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando miré en el cajón de los calcetines; tras remover entre ellos buscando un par que me gustaran me encontré con una pequeña bolsita de plástico cerrada, en cuyo interior había una buena cantidad de polvo blanco. Lo agarré y lo miré casi con temor… sabía que Manu se metía y trapicheaba con drogas, pero no había pensado ni por un segundo que podía encontrarme con un alijo en su dormitorio.

“¿Y ahora qué hago yo con esto?” me pregunté, intentando no pensar en lo que diría mi madre si entraba en ese momento por la puerta y me veía con la bolsita en la mano.

DANI

—¿Con qué resultado? — gruñó la voz del comandante al otro lado de la ventana.

No les dije nada a Leo, Fer y Jorge; tampoco a mis padres ni a mi hermana. Yo lo había descubierto y yo sería el único que iría allí.

Mastiqué la golosina con sabor a limón que tenía en la boca mientras escuchaba, solo tenía un pequeño puñado y mi madre me había dicho que tenía que hacer que durasen, de modo que la chupé hasta sacarle todo el sabor… estaba rica. Un día antes, un grupo de personas de la zona segura había salido fuera y, al volver, nos habían traído algunas chuches. No recordaba cuánto las echaba de menos hasta que volví a probarlas.

Me encontraba de nuevo en el patio secreto que había descubierto en mi primera visita al interior del colegio. Llegar hasta allí sin que nadie me viera había sido muy fácil esa vez, los soldados que patrullaban sobre el muro solo miraban hacia fuera, no les importaba lo que pasaba dentro, ¿por qué tenía que importarles? Los resucitados estaban fuera. Así que pude colarme por el camino que utilicé la primera vez para salir sin llamar la atención.

Mis tres amigos me habían dicho que cuando el grupo que salió al exterior llegó aquella mañana, hubo muchos disparos porque los resucitados les habían ido siguiendo, de modo que querían ir a recoger casquillos del suelo. Yo les dije que no, y cuando se fueron sin mí me colé de nuevo por la verja del colegio.

Me gustaba sentarme en una esquina, en silencio, y escuchar lo que los militares decían.

Llevaba los dos últimos días haciéndolo, siempre que podía escaparme de la tienda durante un rato, pero hasta esa tarde no había logrado oír ninguna conversación larga. Me pareció que de nuevo estaba reunida la misma gente que la primera vez: el viejo comandante, el capitán que me caía bien, dos capitanes más, uno de ellos una mujer, y un teniente que no decía nada a menos que le preguntaran.

—No entraron en combate con ellos —dijo la voz del capitán más joven, que también era el más simpático y el que mejor me caía de todos los presentes; hablaban sobre un grupo de soldados que estaban vigilando la zona segura, pero desde fuera—. Hicieron explotar una granada para atraer su atención y desviarlos de su ruta. Por el

momento andan dando vueltas, confusos, pero dicen que siempre acaban retomando su antiguo camino, como si algo les impulsara a venir hacia aquí.

Todos guardaron silencio durante unos segundos. Me levanté del suelo pensando que estaban hablando flojo pero, cuando la voz del comandante sonó cerca de la ventana, volví a tirarme al suelo. No sabía qué me podía pasar si me pillaban escuchando esas cosas, pero no tenía prisa por averiguarlo.

—¿De cuántos estamos hablando? —el comandante tenía la voz rara, como más aguda de lo normal.

—Podríamos estar hablando de cerca de veinticinco mil. —respondió el capitán.

—¡¿Veinticinco mil?! —bramó exaltado.

Escuché sus pesados pasos alejándose de la ventana… no sabía por qué no le había escuchado al acercarse.

—¡Apenas tenemos quinientos hombres protegiendo este lugar! ¿Cómo vamos a detener a veinticinco ml reanimados? ¡Cada hombre tendría que matar a cincuenta para acabar con ellos!

—Cada hombre tendría que matar a cincuenta y sobrevivir… —matizó la capitana—. Esos veinticinco mil no llegan a ser ni una cuarta parte de todos los que calculamos que hay sueltos en la ciudad.

—¿Cuánto tiempo tenemos? ¿Dónde se encuentran exactamente? —exigió saber el comandante.

—En la glorieta que une Juan Carlos I con la Ronda de Levante. Se habían concentrado allí, seguramente siguiendo los caminos que abrimos en las avenidas para que pasaran nuestros vehículos. Intentaron dirigirlos hacia la autovía del Mediterráneo, con la intención de llevarlos hacia el sur y que se dispersaran entre las calles, pero las últimas noticias son que casi han llegado a la Plaza de Juan XXIII, siguiendo la Ronda de Levante.

Uno de ellos soltó una carcajada, pero no parecía que lo que estaban diciendo le hiciera gracia.

—No me extraña que la unidad que mandamos hacia allí en busca del convoy desapareciera también. En paz descansen.

—Quizás no vengan hacia nosotros— sugirió la capitana con su habitual tono frío e impasible—. Si siguen por Ronda de Levante pasarán de largo y bajarán hasta Primero de Mayo.

Escuché el sonido de un papel moviéndose, estaba seguro de que se trataba de un mapa. Los lugares que decían eran calles de la ciudad, algunas de los cuales incluso conocía; había pasado mil veces por la Ronda de Levante cuando Sandra estuvo en el hospital y mi padre nos llevaba a verla.

—La capitana Olivares tiene razón. —dijo el otro capitán.

Resultaba que el apellido de la mujer era Olivares. Hasta entonces

solo había averiguado que uno de los capitanes, el que le había dado la razón, pero que también era el que menos hablaba de todos, se llamaba Sandoval.

—Podría ser, pero no sabemos qué les impulsa a viajar en esa dirección. Si se desvían…

—¿Si se desvían? Mira la Avenida de la Fama —dijo el comandante con brusquedad—. Cuando pasen por allí los tendremos a tan solo cuatrocientos metros de nuestro flanco más amplio. Y mientras estén bajando por Primero de Mayo estarán aún más cerca. Nos escucharán, eso es seguro, y entonces ten la certeza de que se desviarán.

—Podemos dar órdenes de no abrir fuego —propuso la capitana Olivares—. Unos cuantos reanimados pegándose contra el muro durante un par de días no van a causar ningún daño. Mientras tanto, todos los demás seguirán su camino. Si bajan y atraviesan el puente podemos volarlo por los aires, atrapándolos al otro lado del río.

—Con eso nos quitaríamos de encima de un plumazo casi la mitad de los reanimados de esta parte de la ciudad. —la apoyó el capitán Sandoval.

—¿Y los civiles? —exclamó el comandante—. ¡Son miles y hacen ruido! ¿Por qué creéis que todo reanimado que se acerca a menos de un kilómetro termina encontrándonos? ¿Por qué creéis que tenemos las puertas llenas de cadáveres pudriéndose? El ruido los atrae, yo he estado ahí fuera, señores, y sé que el griterío de la gente se escucha bien lejos; y más en una ciudad que, por lo demás, permanece en un completo silencio.

Todos volvieron a callarse durante unos instantes.

—Entonces tenemos que asumir que es probable que nos tengamos que enfrentar a ellos —dijo la capitana—. Mantener a los civiles en silencio es imposible. De armamento vamos bien, podremos con veinticinco mil sin que haya problemas de munición.

—Eso está bien, pero nos siguen faltando hombres —gruñó el comandante—. Tendremos que cubrir hasta el último centímetro de esa parte del muro, pero el resto tampoco puede descuidarse. Aunque pusiéramos a todos los hombres que tenemos al mismo tiempo, ignorando los turnos, podrían no ser suficientes.

—No lo serán —dijo el capitán simpático, el último que me quedaba por identificar, sin contar al teniente—. Una fuerza de veinticinco mil reanimados podría acabar traspasando el muro. Aunque tengan que trepar por los cadáveres de sus semejantes que se vayan agolpando conforme los matemos, lo atravesarán. Si no tenemos una fuerza de contención mayor, acabarán entrando.

—Utilicemos a los civiles —respondió la capitana—. Tenemos unos noventa civiles capaces de utilizar armas y con la disciplina necesaria para que nos sean útiles. Tenemos armas, serían noventa tiradores

más.

—¿Civiles? —preguntó el comandante inseguro—. No se…

—Los mandamos al exterior y la cosa fue bien, esto es aún más fácil —repuso el capitán Sandoval—. Si tienen el adiestramiento necesario por cuerpos civiles y la disciplina…

—Lo de que son lo bastante disciplinados para ir armados lo ha dicho Olivares —protestó el comandante—. Yo no estoy tan seguro, no sabemos qué pasó ahí fuera; lograron traer un camión con suministros, si, pero uno de ellos murió en circunstancias sospechosas. Si resulta que no son tan capaces como decís, las consecuencias podrían ser catastróficas… en Alicante ni los tenientes, ni los capitanes ni los comandantes se salvaron cuando los reanimados entraron, no olviden eso.

—Creo que no tenemos un plan mejor, mi comandante. —confesó el capitán simpático.

Se escuchó un suspiro, hubiera jurado que del propio comandante. De todos los que había allí, él era el único que de vez en cuando soltaba un bufido, gruñía o protestaba, Los demás mantenían silencio siempre, hasta el punto de que si no hablaban no era capaz de saber si seguían allí.

—De acuerdo, comience con los reclutamientos, capitana —accedió finalmente—. Será mejor que esto funcione señores, porque si no estaremos tan acabados como las otras zonas seguras.

—Nos pondremos con ello inmediatamente. —dijo Olivares secamente.

Un momento después se escuchó una puerta cerrándose, se había ido del aula.

—¿Cómo lo ve, Alcaraz? —preguntó el comandante.

El último que me faltaba se llamaba Alcaraz… debía ser su apellido, claro, igual que a todos los demás le llamaba por su apellido.

—Bastante mal —contestó sin ningún tapujo—. Le confieso que, si hubiera podido elegir, habría preferido que me destinaran a Alicante; y ya ve como acabaron allí. Era una ciudad con forma más alargada, los reanimados de los extremos de la ciudad tendrían que recorrer mucha más distancia para llegar a la zona segura… Murcia es más redondeada, desplazarse a cualquier punto de la ciudad conlleva moverse una distancia mucho menor. Pensaba que el río nos protegería, pero al no haber volado todos los puentes…

—¡No me lo recuerde! —protestó el comandante conteniendo la furia—. ¡Ese maldito Márquez! Lo único que tenía que hacer era volar los puentes al oeste de aquí, y no pudo ni demoler el Puente Viejo antes de que los destrozaran. ¡Si estuviera aquí ahora mismo le metería una bala entre los ojos!

—Puede que se vea obligado a hacerlo, comandante. Es posible que

se encuentre entre el alud de muertos que se nos viene encima.

El comandante volvió a gruñir.

—Antes de terminar… Teniente, ¿alguna noticia del extranjero? —le preguntó al único teniente que estaba allí, siempre presente y guardando silencio.

—Solo la señal de emergencia del satélite, mi comandante; sin nadie controlándolo va a la deriva. Pero ninguna señal humana, como siempre.

Sin decir nada más, todos empezaron a abandonar la sala; era la señal para irme yo también. Me comí la penúltima golosina que me quedaba y me guardé la última en el bolsillo. Tuve que esperar agazapado a que un soldado que patrullaba sobre el muro pasara de largo antes de meterme de nuevo en el estrecho camino que me llevaba de vuelta a las tiendas de campaña.

Daba un poco de miedo pensar en lo que había escuchado, decían que había veinticinco mil resucitados… no era capaz ni de visualizar esa cantidad de gente, y tampoco de imaginar cuánto ocuparían, pero, al parecer, los tendríamos pegados al muro en poco tiempo.

Una vez en el patio, me mezclé de nuevo entre la multitud y me puse en camino hacia mi tienda. Por el camino me fijé en que la gente parecía de mejor humor que en los días anteriores, y no sabía por qué. Lo único que sabía era que no les duraría mucho, cuando supieran lo que se acercaba no se iban a poner nada contentos.

—¿Por dónde andabas tu? —me preguntó Sandra en cuanto entré al calor de nuestra tienda de campaña.

Se encontraba sentada sobre la cama que compartíamos, doblando las sábanas. Como estaba ciega no podía andar dando tumbos por el patio del colegio sola, porque se chocaba con todas las tiendas y con todo el que se cruzara; y como no podía ver ni siquiera se podía entretener leyendo… me daba un poco de pena.

—Nos han traído chuches del exterior —saqué la última que me quedaba, una especie de gusano alargado de gominola, y se la di—. Te he guardado una.

—Ah, gracias —dijo con una sonrisa, y después se la comió—. ¿Entonces han vuelto ya? Que pronto… mejor, papá y mamá hablaron con algunos familiares de los que se fueron y estaban bastante preocupados.

Me senté en la otra cama mientras ella arreglaba la nuestra; pero ella decidió sentarse también, y me puso esa cara con la que, pese a que no podía verme, sabía que me estaba fijándose en mi.

—¿Qué? —pregunté yo incómodo.

Volvió a sonreír, aquella vez de forma menos amigable y más maliciosa.

—No me has dicho qué estabas haciendo. Dijiste que te ibas con tus

amigos a buscar casquillos de bala, pero han venido preguntando por ti hace un rato. ¿Dónde estabas?

Me había pillado, pero yo no podía contar lo que estaba haciendo. Aunque no estaba seguro, tenía la sensación de que mis padres podían enfadarse mucho si se enteraban. Mi silencio no hizo sino preocupar más a Sandra. Torció el labio, como hacía cada vez que no le gustaba algo.

—Papá y mamá están muy ocupados, no pueden estar pendientes de ti y de lo que hagas. Esto no es nuestra casa, ni el colegio, este lugar es más peligroso, no puedes andar haciendo tonterías.

El reproche me hacía sentir vergüenza, pero también fastidio. Si hubiera sabido que me iba a echar la bronca, no le habría dado la última golosina.

—No he hecho ninguna tontería. —me defendí mientras me tumbaba en la cama de mis padres; no me gustaba mirarla a los ojos cuando estaba mintiendo porque, aunque no pudiera verme, me hacía sentir incómodo.

—Muy bien, como quieras —dijo levantándose de golpe y volviendo a su tarea de doblar sábanas—. Si prefieres tener que contárselo a papá y mamá por mi perfecto…

Ahí me puso en un dilema, si se lo contaba me podía meter en un lío, pero si no lo hacía y se chivaba a mis padres me metía en un lío seguro. Definitivamente esa chuchería tendría que habérmela comido yo.

—¡No digas nada! ¡Por favor! —le supliqué.

—Entonces dime qué estabas haciendo. —respondió ella con su sonrisa maliciosa.

Me di por vencido, no se me ocurría otra salida. Había sido un tonto, si no hubiera suplicado podría haber dicho cualquier cosa, pero ya sabía que escondía algo que tenía que ser gordo.

—Vale… pero solo si me prometes no decir nada. —se quedó en silencio un momento, pero luego se encogió de hombros con indiferencia.

—Pues esperaremos a papá y mamá entonces… —dejó caer mientras colocaba las sábanas dobladas al pie de la cama.

—Está bien… —al final me rendí; con ella nunca había manera—. Encontré el otro día un hueco entre la valla y el muro por donde puedo colarme dentro del colegio. He escuchado a los jefes de los soldados hablando, había varios capitanes, un teniente, y un comandante, que creo que es el que más manda.

Al principio se quedó muda, igual que los militares a los que espiaba se quedaban mudos cuando no sabían qué decir, pero al final terminó soltando una carcajada.

—¡Venga ya! ¿Me estás vacilando o qué? —por lo visto le parecía

muy gracioso, aunque yo no sabía qué tenía de increíble lo que le decía.

—¡Es verdad! —protesté—. Sabía que la zona segura de Alicante había caído antes que nadie, antes que papá y mamá incluso… y también que iban a enviar a grupos fuera a por comida. También se que uno de los que salió está muerto.

Como seguía riéndose, incrédula, me enfadé bastante. Primero quería que le contara lo que había hecho, y cuando lo hacía, no se lo creía.

—Pues no te va a gustar lo que he oído ahora mismo, hace un momento. —le dije cruzándome de brazos.

Esas palabras debieron hacerla entrar en razón, porque la sonrisa se le fue borrando de la cara.

—Pero, ¿Me estás hablando en serio? —preguntó.

—Se acerca un grupo de veinticinco mil resucitados y nos van a atacar porque hacemos mucho ruido. —le solté del tirón sin poder contenerme.

Nada más decirlo me sentí muy a gusto, como si me hubiera quitado un peso de encima, de la conciencia, de modo que seguí hablando.

—Dicen que los soldados que hay no son suficientes y que van a reclutar civiles.

Sabía que civiles era como el ejército nos llamaba a nosotros, aunque no sabía qué significaba eso. También nos llamaban “refugiados”, lo cual sí tenía sentido, ya que nos estábamos refugiando de los resucitados.

—¡Venga ya! —repitió, pero ya sin reírse—. ¿Cómo vas a haber escuchado…?

—Desde la ventana —le expliqué—. Hay un pequeño patio en la parte trasera del colegio, desde allí se puede escuchar lo que dicen. Creo que están en la sala de profesores, pero no estoy seguro.

Mis padres entraron por la puerta de la tienda en ese instante, Sandra tenía una cara de estupefacción que habría llamado su atención, pero como iban hablando entre ellos no se dieron cuenta. Me puse muy nervioso pensando que mi hermana iba a chivarse, sin embargo, lo que hizo fue agarrar otra sábana y empezar a doblarla. Reconozco que yo no habría sabido hacerlo con los ojos cerrados, pero solo era otra cosa más que sumar a la lista de las que ella sabía hacer a oscuras y yo no.

En cuanto pasaron, mi madre se puso a ayudarla a doblar las sábanas mientras mi padre dejaba una bolsa de plástico que cargaba en la mano sobre la cama, donde yo me encontraba recostado.

—Aparta colega. —me dijo mientras abría la bolsa.

En cuando me bajé de la cama comenzó a depositar en ella la

comida. Eran asquerosas raciones militares, como siempre; todos los días había que ir a recogerla si no querías quedarte sin comer, ya que el ejército no repartía a domicilio. Habitualmente me llevaban a mí para que les ayudara, cuando había una ración por persona, pero cuando empezaron a darnos menos comida tan solo tocábamos a una por cada dos personas.

Las raciones venían en unas cajas de cartón envueltas con un plástico verde, y todas traían dentro un papelito donde te decían lo que había dentro y la forma de utilizar el hornillo quemador. Aun así, ni mi hermana ni yo comíamos mucho, por lo que no pasábamos demasiada hambre y siempre que sobraba algo lo guardábamos para comérnoslo más adelante. Normalmente lo que sobraba solían ser unas pastillas raras que mi padre decía que eran "defatigantes", aunque tampoco sabía qué significaba esa palabra.

—Se dice que el grupo que salió ya ha regresado. —dejó caer Sandra.

—Sí, a primera hora de la mañana —respondió mi madre, aunque no estaba contenta—. Han traído mucha comida, vaciaron casi todo el supermercado.

—¡Qué bien! ¿No? —exclamó Sandra—. ¿Significa eso que nos darán más comida?

—Pues me temo que no —fue mi padre quien contestó esa vez—. Aunque sea mucha, aquí también somos muchos, apenas se notaría si hubiera que repartirla entre todos. Además, creo que lo que intentan es que dure más tiempo, no que tengamos más que comer.

—Aun así, parece que ha sido un éxito, ¿verdad? —insistió Sandra.

Mi padre torció el gesto; a mi madre no le hizo falta, porque ya lo traía torcido.

—Un éxito no ha sido, cariño, un hombre de los que salió ha muerto. —dijo con voz triste.

—Al parecer les atacaron algunos resucitados. —añadió mi padre, pero mi hermana ya no les estaba haciendo caso, no me estaba mirando, pero sabía que estaba pensando en mí, y en lo que le había dicho—. Le mordieron en el cuello y se desangró.

—No hace falta dar tantos detalles. —le regañó mi madre—. Venimos de hablar con la familia, por eso hemos tardado tanto. ¿Qué estabais haciendo vosotros?

—Nada —respondió Sandra—. Yo solo doblar sábanas y aburrirme como una ostra perlera, como siempre. Dani se ha pasado la mañana recogiendo casquillos de bala.

—¿Ah sí? —preguntó mi padre con interés—. Anoche dispararon bastante, y esta mañana también. ¿Cuántos tienes ya?

—No los he contado aún. —mentí.

Si que sabía los que tenía, pero prefería no decirlo para que no

insistiera más en el tema, si no, al final me pillaría, como me pasaba siempre. La verdad es que coleccionar casquillos de bala me había apasionado hasta ese momento, pero ya no me interesaba demasiado. Espiar conversaciones era mucho más emocionante.

Después de comer me reuní con Leo, Jorge y Fer en la fuente del patio. No era la fuente que la gente utilizaba para recoger el agua, eran unas pequeñas fuentes que debían utilizar los niños de ese colegio para beber en el recreo, pero que ya no echaba agua. Aun así, Leo siempre apretaba el botón para ver si salía el chorro... era una costumbre que tenía.

—¿Dónde estabas esta mañana? —me preguntó Jorge tras sorberse los mocos, como hacía siempre—. Fuimos a tu tienda pero tu hermana nos dijo que habías salido.

—¿A ti que te importa? —le respondí yo, quizás con más brusquedad de la que se merecía, pero ya bastante me había sonsacado Sandra y no me apetecía seguir dando explicaciones.

Jorge, lejos de ofenderse, simplemente se sorbió los mocos de nuevo.

—Pues te lo perdiste, recogí más de veinte casquillos chaval. —se puso a presumir Leo.

El muy idiota no sabía que dentro de poco habría casquillos para llenar una piscina. Miré hacia el muro mientras él y Fer se peleaban por el número de casquillos que había cogido en realidad. Nunca me había fijado en cuántos soldados vigilaban sobre el muro, y tampoco sabía cuántos habría vigilando en otras zonas que no podía ver, pero en ese momento había diez de ellos, caminando de un lado para otro con sus fusiles a la espalda. Tenía la sospecha de que habitualmente eran menos, pero no estaba seguro. Lo que si era seguro es que no había habido ni un solo disparo en toda la tarde, y eso no era habitual.

—¿Por qué no nos acercamos al muro a ver si nos echan alguno más? —propuse cuando la discusión terminó; Leo había convencido a Fer de que había recogido veinte tan solo enseñándole un puño de forma amenazadora.

—Buena idea, ¡Venga vamos! —dijo Fer, contento de tener una excusa para apartarse de Leo.

La idea debió parecerle bien a él también, porque fue quien abrió la marcha.

El muro de hormigón construida por los militares para protegernos de los resucitados medía, por lo menos, tres metros de altura. Aunque estaba hecha en su mayor parte de hormigón, también había sacos, que mi padre me había dicho que tenían arena, y que estaban colocados encima, formando una pequeña barandilla para que nadie se cayera y que los soldados que patrullaban pudieran apoyar sus

armas a la hora de disparar. Aunque desde dentro no se veía, el día que llegamos me fijé en que, por fuera, habían colocado un alambre con pinchos, al que llamaban “espino”, que servía para que los resucitados se quedaran enganchados allí y no llegaran hasta la pared.

Encima de nosotros, sobre el muro, dos soldados vigilaban el exterior mientras se comían el contenido de una lata. Por el color de la lata supe que ellos también comían la misma asquerosa comida que nosotros. Uno de ellos era un tipo grandote y mal afeitado que masticaba con la boca abierta, y el otro, mucho más delgado, se había quitado el casco y se le podía ver una cicatriz enorme que tenía en la cabeza.

—¿Nos echáis algún casquillo? —les pidió Leo.

Cuando disparaban, la mayoría de los casquillos se quedaban sobre el muro, y solo algunos caían hasta nuestro lado; pero, de vez en cuando, algún soldado que pasaba patrullando y se encontraba con casquillos por allí tirados nos los echaba de una patada si se lo pedíamos.

—No hay casquillos chavales, iros a jugar. —respondió el grande que, pese a su apariencia, parecía bastante amable.

—Venga va, por favor. —les suplicó Jorge dando saltitos.

—¡Que no hay niño! No seas “pesao”. —le dijo el otro soldado con un bufido y una mirada amenazadora.

Jorge, que era un cobarde, dejó de saltar y puso una cara que parecía que le hubieran dado un tortazo.

—¿Es porque no habéis disparado a nadie en toda la tarde? —la pregunta fue mía, aunque no recordaba tener intención de hacerla, simplemente me salió.

Los dos soldados me miraron con gesto muy serio.

—Sí, es por eso —dijo finalmente el grande—. Si no hay disparos, no hay casquillos, lo siento chicos.

—¿Y por qué no le disparas a algo? —insistió Leo; yo sabía por qué, pero no dije nada, últimamente parecía que lo sabía todo y no podía contárselo a nadie… menos a mi hermana, claro, y a ella le costaba creérselo—. ¿Es que ya no hay resucitados?

—Sí que hay… —comenzó a decir el grande, pero el otro le interrumpió.

—¡Niño! ¿Por qué no te vas a darle por culo a tu padre?

Aunque yo sabía que Fer y Jorge estaban a punto de mearse encima, y ya habrían salido corriendo si de ellos dependiera, Leo fulminó con la mirada al soldado de una forma que hasta daba miedo.

—Mi padre está muerto, le mordió un resucitado y se murió, ahora son ellos los que tienen que morir. ¡Dispárales! —les ordenó.

El soldado fue a replicar algo con brusquedad, pero el otro le agarró del brazo y le detuvo. Yo, sin embargo, me fijé en Leo, que

estaba realmente enfadado… no como cuando le llevábamos la contra, sino de una forma hasta dolorosa. Parecía a punto de echarse a llorar.

—No hay resucitados, chico —nos dijo el grandote, que parecía más tranquilo que su compañero de la cicatriz—. Iros a jugar.

Leo se dio la vuelta y se marchó enfurruñado, dando grandes zancadas. Los demás luchamos para seguirle el paso, pero ninguno se atrevió a abrir la boca. Tenía lágrimas recorriéndole la mejilla, pero tampoco estábamos tan locos como para decirlo en voz alta… a nadie le gusta que le vean llorando.

Al final, Leo decidió volver a su tienda, con su madre, y los demás volvieron también a las suyas al no tener nada qué hacer. Yo, sin embargo, decidí quedarme un rato más, sentado en el suelo, apoyado contra la pared del colegio y mirando la gran pared de hormigón. Quería ver si llegaban más soldados para vigilar, mientras me preguntaba a qué altura estarían ya los miles de resucitados que tanto preocupaban al viejo comandante.

A lo largo de la media hora que estuve allí tan solo llegaron unos soldados para reemplazar a los diez que estaban vigilando. No habían enviado a más, y ya empezaba a preguntarme si no habría escuchado mal la conversación de esa mañana cuando un grupo de cinco chicos mayores se pararon delante de mí.

—¿Qué haces ahí sentado, chaval? —preguntó uno que llevaba una gorra y un bigotillo que le quedaba bastante ridículo.

Le acompañaban cuatro amigos, a los que debía parecerles muy gracioso lo que había dicho, ya que me miraban y sonreían. Los cinco iban vestidos de chándal y muy sucios, aunque la ropa de todo el mundo en la zona segura estaba muy sucia siempre, ya que no había agua suficiente para lavar en condiciones. Mi madre solía meter la ropa en un cubo donde echaba jabón y se ponía a frotar, pero para conseguir un cubo de agua normalmente había que hacer una cola de más de dos horas, por lo que podíamos llevar la misma ropa días y días antes de poder lavarla. A mí me daba igual, pero a mis padres al principio les sacaba de quicio.

—Nada. —les respondí a los cinco, que parecían matones.

Me daban un poco de miedo, pero me mantuve firme, aunque en el fondo deseara irme de allí corriendo.

—¿Nada? No tendrás algo de comida, ¿verdad? —dijo el de la gorra.

—¡Eh yo conozco a este puto crío! —exclamó uno más delgado, con el pelo rapado y con un chándal del Real Madrid—. Vive a tres tiendas de mí. Tú eres el hermano de la tía ciega, ¿verdad?

—¿Ciega? —el de la gorra dejó de mirarme y miró a su compañero con repentino interés.

—No sale mucho de su tienda, pero está muy buena. —dijo el flaco.

Los demás se rieron, y yo empecé a enfadarme. Cuando notaron mi enfado se rieron aún más y el de la gorra se acercó un paso hacia mí. Yo me puse de pié, pero rápidamente me sujetó con el hombro con fuerza.

—¿Es verdad colega? ¿Está buena tu hermana? —se estaban riendo de mí y se estaban metiendo con Sandra; me hubiera gustado golpearle en esa cara de besugo que tenía, pero cada vez tenía más miedo—. Quizás debería hacerle una visita entonces. ¿Qué te parece chaval? Seguro que la pobre se siente sola y quiere algo de esto.

Se llevó la mano a la entrepierna y todos empezaron a reírse con más fuerza. Mientras él se giraba para disfrutar de su momento de gloria con ese comentario, aproveché para soltarme y largarme corriendo.

No me persiguieron, seguramente porque había mucha gente y los habrían detenido enseguida, pero yo no paré de correr. Casi me llevo por delante a un grupito de niñas pequeñas que estaban jugando a la comba y a un hombre que llevaba un cubo metálico lleno de agua en cada mano antes de llegar a mi tienda.

Cuando entré estaba ya resoplando por el cansancio de la carrera.

—¡Epa! ¿Dónde está el fuego? —solo estaba Sandra allí, mis padres habían vuelto a salir.

En cuanto me oyó llegar se levantó de la cama, donde había estado tumbada un momento antes, y se sentó.

—¿Y papá y mama? —pregunté mientras recuperaba el aliento.

Asomé la cabeza fuera y miré a ambos lados para ver si el grupito de idiotas me había seguido, pero solo pude ver a la gente de siempre dando vueltas de acá para allá. Uno de ellos decía que vivía cerca de nuestra tienda, me hubiera gustado saber cuál, pero había tantas tiendas cerca de la nuestra que podía ser cualquiera.

—Se han ido con un par de soldados, ya sabes, lo de siempre. —me respondió sin darle importancia.

Yo sabía que no era lo de siempre, tenían que estar diciéndoles lo de los resucitados, ¿qué otra cosa si no?

—Vale. —dije yo dirigiéndome a la cama.

Todavía estaba nervioso por lo que había pasado y me apetecía tumbarme. Me habían dicho muchas veces que no me quedara solo, que si me iba con mis amigos fuéramos en grupo, pero no había hecho caso y casi lo pago caro. Había oído que a un niño le habían robado las zapatillas que llevaba, y que a partir de ese momento tuvo que ir siempre descalzo, porque no tenía otras zapatillas que ponerse… yo no tenía nada más que las deportivas que llevaba puestas, si me las hubieran robado me habría pasado lo mismo que él.

—Tenemos que hablar de lo de esta mañana. —soltó Sandra de repente.

Con lo que había pasado ya me había olvidado de lo que le había contado, sobre cómo me dedicaba a escuchar en secreto a los militares. De repente una sospecha hizo que tuviera más miedo que cuando me encontraba con aquellos cinco idiotas.

—No se lo habrás contado a papá y mamá, ¿verdad? —le pregunté con pánico.

¿Sería por eso por lo que se habían ido con los dos soldados? ¿A chivarse de que yo había escuchado todo lo que decían? No era propio de mis padres ser acusicas, pero si el crimen era lo bastante gordo…

—No les he dicho nada. —me respondió, tranquilizándome al instante.

Sin embargo, su tono de voz era severo, más severo del que le había escuchando nunca, casi parecía que era mamá la que hablaba.

—Pero no puedes repetirlo, ¿me entiendes? No puedes colarte y andar escuchando a hurtadillas, ¿y si te descubren? ¿Sabes el marrón que sería eso?

No, no lo sabía, de hecho era lo que más me preocupaba de todo, el no saber cómo de grave era lo que estaba haciendo y en el lío en el que me podía meter si alguien me pillaba o se enteraba.

—Me lo tienes que prometer —insistió ella; no me miraba directamente a los ojos porque no podía, pero aun así tuve que apartar la vista de su cara mientras recibía el reproche—. Tienes que prométeme que no volverás a colarte por ninguna parte para escuchar nada.

—Está bien, vale. —lo hice; no quería, pero en el fondo me sentía algo culpable, y con esa promesa tenía una forma de olvidarme del asunto.

Iba a echar de menos al simpático capitán Alcaraz, a la fría capitana Olivares, e incluso al comandante protestón; pero cumpliría la promesa. Desde que tuvo el accidente nunca había podido negarle nada a Sandra… debía ser algún tipo de maldición.

—Te lo prometo. —murmuré por lo bajo.

Asintió, pero mantuvo el gesto severo.

—¿Es verdad lo que dijiste? —preguntó con tono sombrío.

—¿El qué? —lo último que me esperaba después de haber hecho la promesa es que quisiera seguir hablando del tema; pensaba que había quedado zanjado.

—Lo de que se acercan resucitados… —parecía preocupada.

Pese a todo lo que había dicho el comandante, a mi no me parecían tan peligrosos; serían muchos, si, pero no había forma de que cruzaran a través del muro. Una persona no puede romper el hormigón.

—Dicen que son veinticinco mil, que vienen por Ronda de Levante y que el ruido que hacemos los atraerá hacia aquí —contesté con entusiasmo, pese a que sabía que no debía sentirme así, no podía

evitar estar contento porque me creyera, y que incluso le interesara—. También dicen que solo hay quinientos soldados y que puede que no sean suficientes, así que van a poner civiles vigilando.

—¿Cómo que civiles vigilando? —preguntó asustada.

No podía entender cómo, de todo lo que le había dicho, se quedaba con la parte menos interesante. ¿Veinticinco mil resucitados no le parecían suficientes, o qué?

—Dijeron… que había unos cien civiles que podían manejar un arma, o lo bastante cualificados para usarlas, no lo recuerdo bien. Como piensan que quinientos soldados no serían bastantes, quieren que esos también estén disparando desde el muro.

Se llevó una mano a la boca, preocupada. Yo no podía ni imaginar qué podía preocuparla tanto, era evidente que a ella no la iban a poner a disparar a nadie… antes que poner a una chica ciega a disparar me pondrían a mí, o incluso al cobardica de Jorge .

Al final tanta preocupación sin sentido acabó afectándome también.

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Es que no lo ves, tonto? —respondió ella con un tono un tanto histérico—. “Civiles cualificados…” ¿Es que no sabes lo que significa eso?

Siendo sinceros la respuesta que tendría que haberle dado era “no muy bien”. Sabía que los civiles éramos nosotros, y suponía que cualificados quería decir que sabían usar armas… pero tampoco estaba seguro de que esa fuera la palabra que habían usado. ¿Era “disciplinados”, quizás?

Al final preferí no decir nada y que ella siguieran hablando.

—¡Papá y mamá son voluntarios de protección civil! Además papá tiene licencia de armas, ¿o no te acuerdas cuando íbamos con el abuelo al pueblo a cazar? Y mamá aprendió a usarlas cuando estuvo en la academia de policía. ¡Ellos son civiles cualificados! ¡Los van a poner a disparar!

De repente comprendí por qué estaba tan preocupada… y que había hecho bien preocupándome yo también.

LAURA

Pensaba que volverían ese mismo día por la tarde o, a lo sumo, por la noche; después de todo, el lugar hacia donde se dirigían apenas se encontraba a cinco minutos en coche en condiciones normales, y el camino se suponía que no tenía mayores complicaciones, según nos dijeron los militares. La mayor parte del tiempo la gastarían en recoger todo lo que les habían pedido que trajeran.

Pero por la noche, el grupo que había salido de la zona segura en busca de medicamentos y comida, en el cuál se encontraba mi marido, no había regresado todavía.

Cuando empezó a hacerse tarde me uní a los familiares de los otros miembros de la expedición, y juntos nos dirigimos a las puertas de la zona segura para esperarlos.

Un grupo de seis soldados tenían el cometido de aguardar a su llegada también, pero me pareció que la parte más dura de su misión era aguantarnos a nosotros. Una mujer mayor, acompañada por dos hombres más jóvenes que debían ser sus hijos, no dejaba de increparles, pidiendo explicaciones de por qué todavía no habían vuelto.

“Porque están ahí fuera, en una ciudad llena de muertos vivientes, porque el vehículo les puede haber fallado, o han tenido un accidente, o los han atacado y están muertos…” sentí la tentación de decirle, pero no lo hice, me callé y esperé en silencio con los demás.

Cuando de madrugada empezó a refrescar, un soldado, un chico joven muy amable, me dijo que si quería podía volver a la tienda, que él me avisaría si regresaban.

“Si regresaban” habían sido sus palabras exactas, no “cuando regresaran”.

Llevaba a Susi dormida en los brazos porque que no había querido dejarla con nadie. Alicia se había ofrecido a hacerlo, pero prefería no separarme de ella en esos momentos, así que le hice caso al soldado y regresamos a la tienda. Lo último que me faltaba era que cogiera frío y enfermara.

Estaba dividida entre el deseo de que Adrian no regresara nunca y el miedo a quedarme sola si no lo hacía, y aquella contradicción me estaba matando. Solo deseaba que, lo que tuviera que ocurrir, ocurriera de una vez.

Ya en la tienda de nuevo, temí que si Adrián volvía y veía que era

la única que no había ido a recibirles, se enfadara. Él no iba a entender que no se puede tener a una niña pequeña al relente toda la noche, solo vería nuestra ausencia como un menosprecio hacia su persona.

Pero cuando llegó la mañana, me desperté sin que nadie hubiera venido a avisarme de su regreso. Dejé a mi hija durmiendo un rato más y me asomé fuera de la tienda, para enterarme de si había pasado algo mientras dormía. Allí ya se encontraban Alicia y su marido, sentados en sillas de la playa frente a su tienda, como si estuvieran en un camping de vacaciones, y ambos me saludaron muy amablemente, como siempre.

—¿Quieres desayunar? —me ofreció ella con una de las latas que venían en los paquetes de raciones aún sin abrir en las manos—. Me temo que si seguimos desayunando estas cosas acabaré con una úlcera.

—Creo que yo también. —le dije con completa sinceridad.

Las raciones militares eran demasiado fuertes para un desayuno. Antes de que todo aquello empezara yo solo desayunaba un café con leche, a lo sumo acompañado por un tostada con mantequilla si tenía mucha hambre.

—¿Se sabe si han regresado ya?

—Querida, si hubieran regresado ya creo que habrías sido la primera en saberlo. —contestó adoptando inmediatamente un gesto preocupado.

Tenía razón, por supuesto, cualquier cosa que hubiera ocurrido por la noche me la hubieran notificado inmediatamente… o al menos eso me dijo el soldado. Si no tenía noticias era porque no había pasado nada. En las puertas, la espera tenía que estar siendo insoportable después de hubiera pasado toda una noche sin novedades.

Mi intención era dejar dormir a Susi un poco más y luego ir las dos hacia allí, donde debían seguir la mayoría de los familiares. Alicia, como si me hubiera leído el pensamiento, no tardó en repetirme la misma proposición que me había hecho la noche anterior.

—¿Por qué no nos dejas a la niña? No creo que le resulte muy divertida la espera. —seguramente tenía razón, pero si volvía Adrián y le decía que la había dejado al cuidado de gente con la que me había prohibido relacionarme… en fin, prefería no imaginarlo.

—Muchas gracias, pero querrá ver llegar a su padre, y él querrá verla cuando llegue también. —le respondí rechazando su propuesta.

Me sabía mal hacerlo, después de todo el día anterior habíamos comido juntos, por invitación suya, y habían sido muy simpáticos. Hasta le habían dado un caramelo a Susi, que llevaba tanto tiempo sin probar uno que no le importó que fuera de menta, su sabor menos favorito.

—¿Estás segura? —insistió Alicia.

—Sí, de verdad, muchas gracias. —repetí antes de volver a la tienda.

Estaba empezando a ponerme nerviosa por estar sin hacer nada en el patio del colegio mientras que el resto aguardaban el regreso de sus familiares en las puertas, así que finalmente desperté a Susi y, tras pelear un rato con ella para poder vestirla estando medio dormida, nos dirigimos las dos de vuelta a la entrada de la zona segura.

La mayoría de los que estaban la noche anterior seguían ahí por la mañana, con más cara de sueño y más nerviosos todavía que por la noche, pero tan dispuestos a esperar el tiempo que hiciera falta la llegada de sus seres queridos como unas horas antes. Los soldados que estaban con nosotros habían sido sustituidos por otros pero, por lo demás, todo seguía igual.

Aún hubo que esperar hasta pasado el mediodía para el tan ansiado regreso. Los soldados nos trajeron raciones y agua a todos, para que no tuviéramos que abandonar la espera, y cuando el soldado que vigilaba la entrada sobre el muro dio la señal de que se acercaba un vehículo, todos dieron saltos de alegría

Un militar de mayor rango llegó corriendo, seguido de un grupo armado con fusiles y dos médicos. Rápidamente nos pidieron que nos apartáramos mientras dejaban pasar al pequeño camión que se había marchado un día antes. Sonaron varios disparos que alarmaron a unos cuantos, pero tan solo pretendían acabar con algunos resucitados que habían sido atraídos por todo el jaleo.

—¿Viene papa en ese camión? —me preguntó Susi mientras el resto de familiares se abrazaban entre sí, llorando por el alivio y la alegría.

Supuestamente yo debía sentir algo parecido, aunque mentiría si dijera que lo hacía… me alegraba por los demás, indudablemente, pero me era completamente indiferente el regreso o no de Adrian. ¿Significaba eso que lo que en realidad quería era que no volviera? La respuesta ya daba igual, el hecho era que había vuelto, y cualquier ilusión de sacarlo de mi vida se desvaneció.

—Sí, cariño, ahí vuelve papá —le respondí cogiéndola en brazos y dándole un beso en la mejilla—. No estabas preocupada, ¿verdad?

Negó con la cabeza en el mismo momento en que se abrió la puerta de la cabina del camión. El fervor del resto de familiares era tal que intentaron abrirse paso entre los militares para recibir a sus seres queridos. Sin embargo, éstos no cedieron lo más mínimo.

—¡Atrás por favor! —pedía uno—. No pueden pasar aún.

Nos habían dicho que, cuando volvieran, tendrían que examinarlos para asegurarse de que ninguno había sido infectado; pero nadie parecía acordarse de eso. O quizás es que las ganas que tenían de verlos de vuelta hacían que esas medidas de seguridad les dieran igual.

Fuera como fuera, no pudimos pasar ni tampoco verlos bajar del camión, ya que inmediatamente nos dirigieron hacia el interior del estadio, donde tuvimos que esperar aún un buen rato para tener noticias. Pese a todo, la tensión era ya mucho menor; sabíamos que habían vuelto, y verlos a salvo de los horrores que había fuera de la zona segura era reconfortante... o al menos así debían sentirse los demás.

Casi media hora más tarde, un soldado jovencito se acercó a nosotros apresuradamente.

—Familiares de Guillermo Ortega, síganme, por favor. —dijo con un tono demasiado formal para alguien de su edad.

Una mujer de pelo moreno que aparentaba mi edad, un niño de unos diez años y otra mujer, ésta de edad más avanzada, le siguieron algo confusos y se perdieron por el largo pasillo del interior del estadio.

—¿Y los demás qué? —preguntó alguien, pero nadie supo que responderle.

Un par de minutos más tarde llegó el momento tan esperado, cuando cinco personas aparecieron por el fondo del pasillo y empezaron a arrojarse a los brazos de sus familiares. Adrián venía entre ellos y, pese a que su gesto era especialmente hosco, nos abrazó a Susi y a mí con todas sus fuerzas.

—¡Papi! —exclamo Susi con alegría devolviéndole el abrazo a su padre.

—¿Me habéis echado de menos? —preguntó quitándome a la niña de los brazos y cogiéndola en los suyos; me cogió de la mano y echó un vistazo a los demás, que seguían saludándose entre llantos de alegría y abrazos—. Venga, volvamos a la tienda.

Y así acabo el afectivo reencuentro familiar. Veía como los demás abrazaban y se comían a besos a sus familiares regresados y me preguntaba cómo sería sentir un afecto así por Adrián. O el por mí. Desde que me puso la mano encima por primera vez me sentía incapaz de volver a quererle de esa manera, pero a veces me preguntaba qué había hecho yo para que él sintiera lo mismo.

—¿Qué es lo que ha pasado con el otro? —le pregunté cuando nos encontramos de camino a la tienda.

—¿Con qué otro? —preguntó él a su vez, sin darle importancia.

El instinto me decía que no insistiera, que no hiciera preguntas, pero no sé por qué no lo obedecí.

—Ese… Guillermo Ortega —proseguí—. Se llevaron a sus familiares antes de que llegaseis.

Calló durante un segundo.

—No consiguió volver —respondió finalmente arrugando el entrecejo, como hacía cada vez que veía o escuchaba algo que no le

gustaba; se giró hacia mí y me miró muy serio—. No me preguntes por lo que ha pasado ahí fuera, por favor.

Obedecí su orden. Lo había pedido por favor pero sabía que eso era una orden, hacía mucho que conocía su estilo.

Aunque no quiso que le hiciera preguntas, no parecía que le importunaran mucho cuando quienes se las hacían eran algunos de nuestros vecinos de tienda. Pese a que yo no se lo había contado a nadie, además de a Alicia y su marido, y que yo supiera él tampoco, el rumor de que había salido fuera de la zona segura se había extendido como la pólvora, y la noticia de su vuelta ya les había llegado a todos cuando regresamos a la tienda.

En la entrada nos esperaba un grupo de personas para felicitarle. Algunos incluso aplaudieron, cosa que a Adrián le gustó tanto que, tras estrechar un par de manos, pasó a la tienda a dejar sus cosas e inmediatamente volvió a salir para darse un baño de masas, llevado aún a Susi, encantada de la vida, en brazos.

“Si supiesen cómo es dentro de la tienda no le admirarían tanto” pensé con resentimiento mientras escuchaba las historias que les contaba desde la cama, sola.

Era bombero, estaba acostumbrado a parecer un héroe, así que no era la primera vez que sentía esa mezcla de impotencia e injusticia cuando los demás le miraban embelesados de aquella manera, como si fuera un ser perfecto y yo una mujer afortunada por tenerle a mi lado.

No era su culpa, ¿qué sabían ellos? Era solo culpa mía por guardar silencio, por perdonarle cada vez que me pegaba y por no tener el valor de hacer algo al respecto.

—Fuera la cosa está muy mal. —le relataba a alguien que le había preguntado por el estado de la ciudad.

Hasta yo escuché con atención su historia, el muro no solo nos mantenía a salvo de los resucitados, también suponía una barrera para la vista, como una cárcel que no nos permitía ver el exterior de sus muros de hormigón. El mundo de ahí fuera se había convertido en un enigma.

—Las calles están completamente desiertas, salvo por los muertos vivientes, claro. Hay coches abandonados bloqueando casi todas las calles, cuando no las bloquean los propios muertos. Nos encontramos una pila de cadáveres quemados en mitad de la carretera, y tuvimos que apartar los cuerpos calcinados a un lado mientras luchábamos para que los reanimados no nos alcanzaran.

Me llamó la atención el detalle de que los llamase “reanimados”, solo los militares utilizaban ese término, ¿ya se creía uno de ellos?

Era algo propio de él.

—¿Visteis resucitados? —preguntó alguien.

—Demasiados —contestó Adrián con dramatismo—. Cuando

íbamos en el camión nos los cruzábamos y nos perseguían. Eso era peligroso, porque si nos teníamos que detener a cargar nos podían alcanzar, pero era inevitable. Algún memo del grupo propuso que diéramos vueltas por las calles para despistarlos, pero cualquiera con dos dedos de frente se daría cuenta de que eso solo serviría para atraer a los reanimados de otras calles, y tener un grupo más grande al final, o para quedarnos bloqueados por algún coche abandonado.

Hubo algunos murmullos de asentimiento.

—Cuando llegamos al hipermercado tuvimos que matar como a siete de esos seres antes de poder empezar a cargar el camión. —Continuó.

—El híper está como a unos cinco minutos en coche o así, ¿no? —dijo un hombre al que no podía ver desde dentro de la tienda—. ¿Cómo es que tardasteis tanto?

—Tardamos en llegar más de lo previsto, no pudimos bajar por el puente Vistabella y tuvimos que seguir hasta el siguiente, y luego retroceder. Fue una suerte porque así entramos por detrás, temíamos que el aparcamiento delantero estuviera lleno de reanimados. Luego estuvimos cargando toda la comida que encontramos buena parte del día. Se nos echó la noche encima y no quisimos movernos. Sin farolas y ninguna luz temíamos chocar contra algo, o meternos en un grupo de muertos sin darnos cuenta. Y si teníamos que desviarnos del camino a una calle que no hubiéramos revisado antes podíamos quedarnos atascados. El problema que yo temía era nos alcanzaran los reanimados que fuimos dejando atrás, que fue lo que pasó al final. Para subir al camión donde habíamos cargado todo tuvimos que pelearnos con ellos y uno de los nuestros fue mordido.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó la voz de un niño.

Escuché aún con más atención, me había prohibido hacer preguntas justamente al sacar aquél tema.

—No es una historia para alguien de tu edad —contestó Adrián, sin embargo respondió la pregunta—. Digamos que eligió acabar rápido y no sufrir.

¿Eso era todo? No me pareció que fuera una historia tan grave… o sea, si era grave, el pobre Guillermo Ortega había muerto, se había suicidado para no agonizar durante días hasta que la infección le matara y le transformara en uno de los resucitados. Era una historia terrible y trágica pero, ¿tanto le había impactado como para no hablar de ella? Además, se la acababa de contar a todo el mundo, pero a mí me prohibía preguntar, ¿prefería compartirla con cualquiera antes que conmigo? No debía extrañarme algo tan mezquino por su parte, pero aun así me parecía un poco raro.

Intenté no darle mayor importancia al asunto; había terminado su historia y estaba volviendo dentro mientras el gentío se dispersaba,

algunos aún le daban las gracias por haber traído comida que no fueran esas raciones militares rancias. Cuando entró en la tienda, con Susi en los brazos, me lanzó una mirada desafiante y dejó a la niña en el suelo. No podía saber a qué se debía ese comportamiento, le conocía muy bien, pero no podía leerle la mente. Sospechaba que había algún detalle que no había contado, y que era el que le molestaba, pero no tenía permiso para preguntar y no iba a arriesgarme a enfadarle.

—Papa, ¿qué son los “reanimados”? —preguntó Susi cándidamente.

—Son los resucitados. —le respondió su padre acercándose a la cama y vaciándose los bolsillos al pie de la misma de todo lo que había traído del exterior.

—¿Los hombres malos? —inquirió ella mientras se acercaba para curiosear entre lo que su padre había traído.

Yo no estaba prestando atención, tampoco seguía pensando en lo que había pasado fuera, solo pensaba en lo que habría dentro a partir de ese momento. Durante el tiempo que había estado Adrián ausente realmente había deseado que no volviera, pero lo había hecho y tendría que cargar con ello. Temía que se enterase de que había hablado con Alicia y su marido, y de que no había pasado la noche en vela esperándole como habían hecho los demás.

—Sí, los hombres malos de fuera —contestó con pereza—. ¡No toques eso! Son cosas de mayores, toma, mira lo que te he traído. Hay una bolsa entera para repartir entre el resto de críos, pero no sé quién la lleva.

Le dio a Susi un caramelo envuelto en un papel rosa, que la niña recibió con una ilusión bárbara y que se metió en la boca enseguida.

—¿Has venido con hambre? ¿Quieres comer algo? —le pregunté resignándome a regresar a mi papel de esposa sumisa y obediente, por mi bien.

—Creo que me voy a ir a dormir ya, ha sido un día bastante largo y anoche no dormí nada —dijo tumbándose en la cama después de quitarse las botas—. ¡Qué frió de mierda! Y encima apesto a muerto viviente… ¿te gusta, hija?

Susi asintió con una sonrisa.

—Me gustan los de fresa. —dijo con la boca llena de caramelo.

Me levanté del borde de la cama y la cogí de la mano. No sabía cómo había conseguido ponérsela pringosa por el caramelo tan rápido.

—Nos vamos fuera a comer, para dejarte descansar. —le dije a Adrián, que se limitó a asentir con desgana.

Con la niña de la mano y las raciones en la otra salí de la tienda, deseando que, cuando volviera, ya estuviera dormido y no quisiera hacer uso del matrimonio para celebrar su vuelta.

—¡Eh! No puedo comer con el caramelo. —protestó Susi,

regañándome con la mirada.

“¿Tú también hija mía?” pensé para mis adentros mientras se limpiaba el pringue de la mano en el abrigo.

—Pues comeremos cuando termines. —le dije soltándole la mano y agachándome a colocarle bien la ropa.

Cuándo comiéramos me daba igual, tan solo quería pasar todo el tiempo posible alejado de él, de modo que cuando recogimos todo para volver a la tienda ya estaba bien entrada la noche. Susi solía cenar pronto para irse a dormir temprano, pero aquel día quise retrasar todo lo posible el regreso al interior. Alicia y su marido nos saludaron desde la entrada de su tienda, donde habían salido a tomar el fresco sentados en sillas de plástico.

“No te hagas ilusiones” me dije a mí misma mientras les devolvía el saludo “en cuanto salga de la tienda y vea cómo estos dos te saludan te lo hará pagar… te dijo que no hablaras con ellos, te lo prohibió expresamente, y tu lo primero que hiciste fue desobedecerle.”

Cuando entré para acostar a la niña, me imaginé que Adrián estaría ya despierto, esperando que Susi se durmiera para reclamar sus derechos maritales. Eso era lo normal, lo esperable; pero ya dentro lo primero que escuchamos fueron sus ronquidos desde la cama.

—Papa ronca. —se quejó Susi cuando la arropé y le di un beso de buenas noches.

Cuando estaba dormida ni se enteraba de los ronquidos de su padre, pero si estaba despierta, o se despertaba en mitad de la noche, le costaba volver a coger el sueño. Yo ya me había acostumbrado, tampoco eran para tanto, de las tiendas vecinas a veces llegaba el sonido de ronquidos lejanos que tenían que ser un auténtico suplicio para quienes durmieran más cerca de ellos.

—No pasa nada, a dormir, venga. —le dije acariciándole el pelo.

Luego me metí en la cama con cuidado para no despertar a Adrián.

“Seguramente querrá por la mañana” fue en lo último que pensé antes de dormirme yo también.

Era muy temprano cuando me desperté al día siguiente. Un molesto rayo de sol se coló cuando alguien abrió la tienda para entrar dentro. No me alarmé, por el sonido de los pasos sabía que era Adrián.

Los ojos me pesaban al intentar abrirlos, pero pude enfocar mi reloj de pulsera para comprobar que tan solo eran las ocho de la mañana. Susi aún dormía en la cama de al lado, pero mi marido ya se encontraba dando tumbos de un lado al otro de la tienda.

—No quería despertarte —dijo al verme despierta; no era una disculpa, solo era la declaración de un hecho—. Vuelve a dormir.

—No importa… —pese a todo, decidí fingí que había intentado disculparse—. ¿Qué haces?

Tenía el torso al descubierto, sin una camiseta siquiera por encima, pese al frío helado que entraba de fuera.

—Nada. —también llevaba el pantalón ligeramente bajado, y en el lado izquierdo de la cadera le sobresalía un pequeño bulto irritado; pero se lo cubrió rápidamente cuando se dio cuenta de que no iba a volver a dormir y se terminó de vestir con una camiseta sucia.

—La ropa está ya asquerosa, tendrías que lavarla.

Eso era muy fácil de decir, pero cargar el agua y encontrar jabón no era tan sencillo. Además que de tanto uso a veces ni lavándola se iba la suciedad y el mal olor.

—¿Qué es eso? ¿Qué te ha pasado? —le pregunté refiriéndome a la irritación de la cadera.

Dudó unos instantes antes de responder.

—Me hice una pequeña herida mientras cargábamos en el hipermercado, no es nada, solo se ha inflamado un poco. —contestó sin darle importancia.

Me levanté del todo y me cubrí con mi abrigo antes de acercarme a él, que se estaba abotonando una camisa. No me miro con muy buena cara mientras me acercaba, pero al menos no me apartó a un lado.

—Podría estar infectada por lo roja que estaba, déjame echarle un vistazo.

No dijo nada pero se dejó. Le bajé un poco el pantalón y levanté la camiseta para descubrir la herida… tan solo era un rasguño del tamaño de media uña, pero alrededor de ella tenía la piel completamente irritada.

—Puede que se haya infectado, ¿con qué te la has hecho?

Le pasé un dedo por encima para ver si supuraba, pero antes de poder hacerlo me agarró la muñeca con fuerza… con mucha fuerza.

—Me haces daño. —le dije mientras me aprisionaba dolorosamente la muñeca con la mano.

—No es nada, nadie se ha muerto de un arañazo. —dijo soltándome bruscamente, del impulso caí sentada sobre la cama, pero volví a levantarme.

—¿Cómo te lo has hecho? —no supe por qué insistí, pero lo hice, pese a que sabía que podía ponerse violento por ello.

—Ya te he dicho que me fue mientras cargaba. —respondió en un tono amenazador que no auguraba nada bueno.

El sentido común me decía que me callara, pero tenía una horrible sospecha...

—¿Te lo hizo un res…? —la pregunta no llegó a formarse del todo en mis labios cuando se vio interrumpida por un fuerte manotazo que me acabó tumbando en la cama.

—Nadie se ha muerto de un arañazo. —repitió haciendo énfasis en cada palabra.

No le miré, solo podía ver como el ruido del golpe había despertado a Susi, que se frotaba los ojos con pereza, ajena a lo que acaba de hacer su padre.

Aparté la vista también de ella para que no me viera comenzar a llorar, mientras escuchaba como los pasos de Adrián le dirigían, dando zancadas, fuera de la tienda. Sentía cómo el pómulo me palpitaba por el golpe, y cómo se iba hinchando. Pronto tendría una marca bien visible y tendría que inventarme alguna excusa cuando Alicia la viera.

—¿Por qué lloras mami? —me preguntó mi hija con cara de susto; se había levantado y acercado hasta mi cama, donde aún seguía yo en la misma postura en la que había caído tras el golpe.

Iba vestida solamente con su pijamita rosa, y parecía a punto de echarse a llorar también. Para una niña pequeña debía ser terrible ver a su madre así.

—Mama se ha dado un golpe y se ha hecho daño. —me giré y le enseñé la cara.

¿Qué sabía ella del daño emocional? Era demasiado pequeña para saber qué clase de persona era su padre. Cuando me puso cara de cordero degollado la subí a la cama en brazos para consolarnos las dos juntas.

Adrián no volvió en toda la mañana, y yo no quise salir a buscarle por la vergüenza de que alguien viera golpe que tenía en la cara. Unos minutos después de haberlo recibido se hinchó, al día siguiente estaría morado y tardaría por lo menos un par de semanas en desaparecer del todo. Suspiré con resignación, sabiendo que tarde o temprano tendría que dar explicaciones por él; no podía pasarme dos semanas dentro de la tienda, y seguramente a la primera que tendría que mentirle era a Alicia. En casa era distinto, allí tenía otras cosas con las que entretenerme: televisión, revistas, libros… pero en la zona segura solo había unos catres, un periódico viejo y algunos juguetes de Susi; y había que ir a por comida y agua todos los días.

Susi y yo teníamos la comida que había sobrado del día anterior. Como Adrián no comió nada no se gastó la mayor parte; y aunque no quedaba demasiada agua en el cubo, era suficiente para que bebiéramos las dos.

Sin embargo no conté con otras necesidades fisiológicas que también debían ser atendidas.

—Mami tengo que ir a hacer pis. —dijo Susi de repente.

Los aseos se encontraban en la otra esquina del patio, tendría que atravesar media zona segura para llegar hasta ellos. Además de tenerla sola y aburrida dentro de la tienda, no podía dejarla sin ir al servicio, por lo que tuve que olvidarme de mis ganas de no salir.

—Vamos a los servicios cariño, ponte el abrigo. —además de coger mi propio abrigo cogí el cubo de agua; ya que tenía que hacerlo al

menos mataría dos pájaros de un tiro.

Confié en poder pasar desapercibida para que nadie se fijara en el golpe, el cual, por más que pensé, no tenía forma de ocultar. No había maquillaje y mi abrigo no tenía ni siquiera una simple capucha…

Durante un instante me planteé la posibilidad de salir mostrando la herida con orgullo, para que todo el mundo viera qué clase de persona era mi marido. Pero no tenía valor para hacer algo así, solo me quedaba intentar que nadie se fijara en mi, al menos nadie conocido.

Al salir de la tienda caminé un buen trecho fingiendo que me estaba rascando la cara, para cubrir con la mano el lugar del golpe. Afortunadamente Alicia no estaba por allí.

Cuando tanto Susi como yo acabamos en los aseos nos cruzamos con unas niñas que estaban jugando en mitad del patio.

—¿Mama puedo quedarme a jugar? —me suplicó tirándome de la manga del abrigo.

Que más me hubiera gustado a mí que dejarla entretenerse un rato, pero, a diferencia de Adrián, no me gustaba dejarla sola fuera. Era muy pequeña, y yo no podía quedarme con ella porque quería estar el menor tiempo posible expuesta a las miradas de los demás. La hora de comer se acercaba y sabía que Alicia y su marido siempre comían en el exterior, con un frío de perros o con viento; solo la lluvia les había obligado un día a permanecer dentro, y para mi desgracia no estaba lloviendo, aunque el cielo se había nublado.

—Luego por la tarde, ¿vale? Que ahora mamá está cansada. —le contesté mientras nos dirigíamos a la fuente.

Aquél lugar solía estar muy frecuentado porque abastecía de agua a todos los que vivíamos en el patio del colegio, y por lo tanto era el lugar donde se comentaban todos los rumores.

Aunque no prestaba mucha atención, parecía que las noticias más importantes seguían siendo la caída de la zona segura de Alicante y el regreso del grupo de mi marido. También había un rumor que decía que los soldados que patrullaban encima del muro habían recibido órdenes de reducir el número de disparos, pero no parecían tener claro por qué. Los disparos eran un sonido tan habitual que te acostumbrabas a vivir con ellos, a mi ya ni me despertaban por la noche, y era cierto que desde el día anterior no se había escuchado ni uno.

Eso solo podía significar que no se acercaban resucitados, lo cual era bueno.

Con el cubo de agua lleno volvimos a la tienda. Susi protestó de nuevo cuando nos cruzamos con las niñas otra vez, pero se le terminó pasando. Me prometí que, para compensarla por tenerla encerrada, me pondría a jugar con ella a lo que quisiera, siempre que no hubiera que salir.

—¡Laura! ¿Qué tal? —la voz de Alicia me sorprendió por la espalda.

Rápidamente solté la mano con la que sujetaba a mi hija y me la llevé a la cara.

—Cariño, entra en la tienda. —le dije a Susi que, obediente, se metió dentro corriendo.

—Al final ayer no nos vimos después de… tu marido volvió bien, ¿no? —me preguntó con la mejor de sus sonrisas.

—Sí, todo bien…—recordé lo que había dicho la última vez que le respondí simplemente "bien", así que busqué algo que añadir—. Bueno, un poco tenso, ha sido una experiencia difícil, pero bien.

—¿Te pasa algo en la cara? —la sonrisa se le había borrado, tan solo mostraba ahora un gesto inquisitivo que me puso bastante nerviosa.

—Creo que algo me ha dado alergia. —respondí sin darle mucha importancia, esperando que ella tampoco se la diera—. Oye, hablamos más tarde, que tengo que dejar el agua y darle de comer a la niña.

—Ah… sí, claro, como quieras. —contestó dándose la vuelta y metiéndose en su tienda.

Me sorprendió la frialdad de esa despedida, pero no tenía tiempo para pararme a analizarlo, solo faltaba que alguien más me viera con el golpe y empezara a hacerse preguntas.

Cubo en mano me metí en mi tienda, donde descubrí que Adrián había vuelto ya. Estaba sentado sobre nuestra cama, con cara de pocos amigos, mientras que Susi se quitaba torpemente el abrigo en la suya propia. Cuando me vio entrar me lanzó una mirada con tanta furia contenida que me asustó.

—¿Por qué has salido de la tienda? —exigió saber poniéndose en pie y acercándose hacia mí.

No me gustaba nada su tono. Estaba colorado y sudoroso.

—No quedaba casi agua, tenía que salir a por… —de un golpe me tiró el cubo de las manos y éste cayó rodando, derramando todo el agua por el suelo.

Susi levantó la mirada, alarmada.

—¿Es que quieres que todo el mundo vea lo que tienes en la cara? —me recriminó agarrándome por la muñeca con fuerza, como había hecho unas horas antes.

"¿Lo que tengo en la cara? Dirás lo que tú me has hecho en la cara" pensé con ira, pero me lo callé, provocarle no era buena idea.

—Cuando has entrado le he preguntado a la niña dónde estabas, me ha dicho que hablando con Alicia. Creía haberte dicho que no te relacionaras con esa gente. —masculló furioso.

—Delante de la niña no, por favor. —susurré, pero estaba demasiado alterado para hacerme caso.

Me arrastró, sometiéndome con su fuerza, y me lanzó contra la cama. Antes de que pudiera incorporarme recibí un fuerte puñetazo en el estómago que me cortó la respiración, y un segundo después otro en la sien que hizo que me mareara. Completamente aturdida, comencé a escuchar algo parecido a un llanto, pero sonaba muy lejano, y cada vez más lejano conforme la vista se me nublaba…

Cuando desperté, oía como Susi lloraba a mi lado. No era ese llanto habitual suyo que utilizaba cuando cogía un berrinche, sino un llanto quedo y genuino capaz de llegar al corazón de la persona más dura.

Me incorporé con cuidado, sentía un dolor lacerante en un costado, y al llevarme una mano a la boca descubrí que tenía un labio sangrando, aunque no recordaba haber recibido ningún golpe ahí. No había nadie más en la tienda excepto ella. Adrián se había ido dejando a su hija llorando y aterrada por lo que acababa de contemplar. Ese hijo de puta no tenía suficiente conmigo, también tenía que traumatizar a su hija.

La cabeza me daba vueltas, pero tuve la fuerza suficiente para levantar a Susi y tumbarla conmigo en la. Con el golpe en el pómulo, el de la cabeza y el del labio mi cara debía de parecer la de un muerto viviente.

—Tranquila cariño, ¿no ves? Estoy bien. —le dije para tranquilizarla.

Pero no estaba bien, estaba enfadada, estaba frustrada, me sentía impotente, dolorida y despreciada… pero me aguanté, ya podría llorar cuando ella estuviera más calmada.

—¿Por qué te ha pegado papa? —preguntó sorbiéndose los mocos que le habían provocado la llantina, que ya se le estaba pasando.

La pregunta me cogió sin una respuesta que darle.

“Porque tu padre es un salvaje” habría sido una respuesta apropiada, o al menos una sincera.

—Papá ha venido de fuera de la zona segura, y ha sido un viaje peligroso, y por eso sigue un poco nervioso —no sabía si iba a entenderlo, pero no se me ocurrió otra cosa, aun me dolía la cabeza y me costaba hasta pensar—. ¿Ha dicho a dónde se ha ido?

Negó con la cabeza y se acurrucó mas contra mí, yo la abracé y le di un beso en el pelo para tranquilizarla. Nos quedamos así, las dos juntas, un buen rato, mientras saboreaba mi propia sangre a través de la herida del labio. Palpando con la lengua vi que no era una herida grave, el golpe que no llegué a sentir debió hacerme solo un pequeño corte, pero resultaba molesta. En la cabeza seguramente se me formaría un chichón, y el golpe en el costado solo dolía cuando me movía.

—¿Vamos a comer? —le pregunté un rato después, dándome

cuenta de que se me había pasado completamente la hora que era.

Tras abrir unas raciones y dejarla comiendo a ella sola, cogí el pequeño espejito que guardaba en mi neceser y me eché un vistazo. Tenía la cara destrozada, el pómulo ya estaba completamente morado y me molestaba bastante; el labio estaba muy hinchado, pero la hemorragia se había cortado y ya no sangraba; el golpe en el costado me había dejado una marca roja a la altura del estómago; y el golpe en la cabeza no podía verlo, porque el pelo me lo cubría, pero sentía que se estaba inflamando. Lamenté no tener hielo o algo para rebajar las respectivas hinchazones, pero por no tener no tenía agua para lavar la herida del labio, ni ganas de ir de nuevo a llenar el cubo, que seguía en el suelo vacío.

Después de comer Susi se fue a dormir la siesta y, cuando estuvo dormida, pude tumbarme en mi catre yo también y llorar por toda la frustración que sentía. El maltrato cada vez era peor y no sabía cuál iba a ser su límite; Adrián me había pegado antes, pero no tan furioso ni ensañándose tanto; y, por supuesto, nunca delante de la niña.

Volvió por la tarde, mientras Susi dibujaba en su libro de colorear, y traía con él el otro cubo de agua. Pese a que parecía de mejor humor, una sensación de miedo me invadió al verle aparecer, y acabé acurrucándome en la cama, sin molestarme en volver a mirarle.

—Laura yo…—comenzó a decir, pero le interrumpí.

—Tu hija quiere ir al baño y yo no puedo salir de aquí, ¿por qué no la llevas tú? —no quería escuchar sus disculpas, no en ese momento.

Siempre hacía lo mismo y siempre acababa perdonándole; y no quería perdonarle tan pronto, porque no solo me había hecho daño a mí, se lo había hecho a nuestra hija obligándola a presenciarlo todo.

—¿Quieres que vayamos a los aseos? —le preguntó a la niña con toda la amabilidad que fue capaz de juntar.

—¿Mami vienes? —me preguntó Susi un poco temerosa.

Todavía estaba asustada, tenía miedo de su padre, algo lógico… pero salir fuera de la tienda ya no era una opción para mí, y ella no podía ir sola.

—No hija, ve con tu padre. No pasa nada. —le contesté sin querer mirarla por no tener que mirar también a Adrián.

Cuando ambos se marcharon volví a llorar una vez más, y lloré hasta desahogar toda la cólera que sentía por lo que había pasado, y por todo en general: por tener que vivir en una tienda de campaña, por alimentar a mi hija con raciones del ejercito, por no tener agua ni para una triste ducha y por tener que vestir ropa usada y sucia constantemente.

Tardé en sentirme un poco mejor, pero en cuanto lo hice me levanté, bebí un trago de agua del cubo que Adrián había traído y comí un poco de las raciones, para reponer fuerzas. Luego volví a

tumbarme en la cama. En esa posición lograba que no me doliera el golpe en el estómago.

Había caído ya la noche cuando ambos regresaron. Durante todo ese tiempo intenté distraerme del dolor y las marcas en la cara pensando en otras cosas, como en que durante toda la tarde no se escuchó ni un solo disparo; ni siquiera un disparo lejano, proveniente de otro lado de la zona segura… nada en absoluto.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —cuando entró en la tienda, Susi estaba pletórica de energía, y lo primero que hizo fue correr a darme un abrazo.

A él no quise ni mirarle.

—Papa me ha llevado a jugar con Natalia, con Arantxa y con Fátima. —dijo dando saltitos; el agujero que tenía en los pantalones se había hecho todavía más grande.

"Tengo que buscar un parche o algo para tapárselo" pensé, pero luego me acordé que no podía salir de la tienda.

—Y luego hemos ido a por la cena. —para demostrar que era cierto, Adrián dejó las raciones del día, que nadie había ido a reclamar hasta entonces, sobre la cama.

Giré la cara para no tener que mirarle mientras mi hija seguía relatándome lo que había estado haciendo toda la tarde.

—Además, Alicia me ha dicho que si iba a su tienda luego me iba a dar un caramelo. —añadió radiante de felicidad ante la mera idea de poder comerse dos caramelos en dos días.

—¿Por qué no vas a pedírselo mientras hablo con tu madre? —le sugirió su padre.

"Hija no me dejes sola con él" supliqué mentalmente, pero en cuanto Adrián terminó la frase se fue corriendo hacia el exterior de la tienda.

—Tenemos que hablar. —dijo en cuanto Susi se perdió de vista.

No se iba a conformar con un "no", de modo que me hice a la idea de tener que mirarle a la cara… pero no pude hacerlo, no quería hacerlo, solo quería perderlo de vista.

"No debiste volver del exterior, ahora lo tengo claro."

—Si vas a pedirme perdón, vale. —tampoco quería escucharle hablar, no quería saber nada de él, al menos por un tiempo…

Pero viviendo dentro de esa tienda, ¿qué escapatoria tenía? No quería que nadie se enterara de lo que me hacía; me hubiera encantado tener el valor de decirlo abiertamente, pero sentía vergüenza por mí misma, por haber estado dejándome tanto tiempo. No tenía valor para algo así, de modo que estaba atrapada.

—Ha sido toda esta puta tensión. —se sentó a mi lado en la cama.

Respiraba intranquilo, ¿estaría nervioso? Posiblemente sí, siempre era igual, todo arrepentimiento y lamentos, pero siempre volvía a

hacerlo. Siempre era culpa de la tensión, del estrés, del trabajo, las facturas… de mil factores, pero nunca era culpa suya.

—Allí fuera… fue duro, he estado en muchos incendios y varios derrumbes, y te digo que ninguno se parecía a eso.

Intentó cogerme la mano, pero la aparté con un gesto brusco. Lo último que quería era que me tocara, que me volviera a tocar alguna vez. Eso pareció desanimarle un poco, ya que durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada.

—Tú no sabes… no tienes ni idea… —balbuceó pasándose las manos por la cara—. Guillermo Ortega no murió porque le mordiera un resucitado.

Esa revelación despertó mi curiosidad y apagó durante un segundo mis pensamientos negativos. Por fin me decidí a mirarle, y mi sorpresa fue mayúscula cuando vi su rostro. El mío era el de alguien que había recibido una paliza, pero el suyo era el de alguien enfermo; tenía un extraño tono amarillento en la cara, y estaba sudando.

—Estábamos atrapados —siguió diciendo con una voz débil y temblorosa, nada propia de él—. A mediodía estábamos ya en el hipermercado, pero nos quedamos atrapados por lo menos veinticuatro horas cuando los resucitados nos alcanzaron. No teníamos otra forma de salir que no nos llevara a más resucitados. Los demás empezaban a ponerse nerviosos, tenían miedo de que nos quedáramos atrapados para siempre, de que muriéramos allí dentro.

—¿Qué pasó? —pregunté algo inquieta, no me esperaba que la conversación fuera por esos derroteros.

—Fue una decisión difícil, quizás la más difícil de mi vida —dijo como si no me hubiera escuchado interrumpirle—. No tuve otro remedio… nadie más iba a hacerlo, y luego todos juraron que diríamos lo que les dijimos a los militares.

—¿El qué? —me estaba poniendo ya de los nervios.

—Yo le empujé contra los resucitados —confesó finalmente—. Yo le noqueé con un golpe, abrí la puerta y lancé su cuerpo contra los resucitados. Mientras se lo comían aprovechamos para correr hasta el camión y marcharnos de allí.

El shock por aquella confesión fue tan grande que me quedé sin habla y con la boca abierta más tiempo del que podría recordar. Mi marido no solo era un cerdo maltratador y un padre nefasto, sino que además era un asesino; alguien con la sangre fría de coger a otra persona y lanzarla contra unos monstruos caníbales que lo devorarían vivo. Solo de pensarlo me entraban arcadas, pero él parecía haberse quitado un gran peso de encima.

—Dijimos que le mordieron y decidió quitarse la vida —afirmó tragando saliva—. Todos corroboraron mi versión, los militares no tienen forma de descubrir que es mentira.

La miré horrorizada. Pese a haber cometido un acto tan horrible lo que le seguía preocupando era su propio pellejo. No recordaba muy bien los rostros de la familia del tal Guillermo Ortega, pero sabía que había un niño de cabello moreno entre ellos. Él era el culpable de que ese niño ahora fuese huérfano.

—Fue una decisión valiente —me miró rogando mi aprobación, algo que no había hecho jamás desde que le conocía; por una vez no estaba seguro de si lo que había hecho era lo correcto. —Una decisión difícil, pero valiente, nadie más estaba dispuesto a hacerla.

“Fue la decisión de un cobarde egoísta asustado, si fueras un valiente te habrías echado tu mismo como carnaza para salvar a los demás. Todos lo habríamos agradecido, la familia Ortega y la tuya propia” pensé con rabia contenida.

No sabía de dónde me surgía el valor para sentir lo que estaba sintiendo, pero de repente el hombre que estaba sentado a mi lado, buscando mi comprensión, me dio asco. Se pasó una mano por la frente para secarse el sudor mientras seguía esperando una respuesta por mi parte, pero si decía algo de lo que estaba pensando los golpes del día iban a ser una broma en comparación con lo que me podía hacer.

Entonces me acordé de lo que había visto aquella mañana, la heridita que quería esconder y que me había costado el primer golpe.

—¿Y cuándo te mordieron a ti? —le solté mirándole a los ojos.

Él me correspondió con una mirada de sorpresa, sin duda no se esperaba esa pregunta.

—No fue… no fue un mordisco del todo. Solo me arañó un poco con los dientes —instintivamente se llevó la mano a la cadera, donde tenía el rasguño infectado; él mismo lo había dicho, nadie se muere de un arañazo, y un arañazo normal no se infecta de esa manera—. Cuando nos sorprendieron por detrás y nos tuvimos que encerrar en el hipermercado, uno de ellos intentó morderme, pero solo es un arañazo con los dientes, no un mordisco. Desgarró la ropa, pero no llegué a sangrar.

No me convención, no lo que decía, sino lo que sentía; él sabía que se iba a morir, pero era incapaz de aceptarlo. ¿Y yo? Lo había deseado con todo mi corazón, pero si resultaba cierto, ¿estaba preparada, a la hora de la verdad, para salir adelante sin él?

En ese momento se encontraba delante de mí, con su herida infectada emponzoñada a lo largo de dos días. Cuando volvió había sido una herida tan pequeña que los militares no se habrían podido percatar de ella, si es que habían buscado tan a fondo, pero en las noticias dijeron que el mordisco de los resucitados era mortal, y quisiera Adrián o no, un diente clavado en la piel es un mordisco.

Hice memoria de todo lo que había hecho desde que volvió. No

habíamos hecho el amor, ni siquiera nos habíamos besado, de modo que no podía haberme contagiado de ninguna manera pero…

—¿Qué habéis hecho Susi y tu toda la tarde? —le pregunté con voz temblorosa.

De repente un temor sobrecogedor hizo presa en mí. Si por el contacto la había infectado de alguna forma… no era hombre de darle besos a nadie, pero ella sí que daba besos, daba besos siempre, era una niña muy cariñosa; si aquello le podía costar la vida yo me moriría con ella.

La respuesta de Adrián, sin embargo, fue fruncir el ceño.

—No estoy infectado, no me va a pasar nada.

“Y una mierda que no” me hubiera gustado decirle “solo mírate en un espejo, tienes fiebre, estás enfermo.”

—¿Qué habéis hecho? —insistí—. ¿Habéis bebido del mismo vaso, la has limpiado después de ir al servicio…?

—¡Te he dicho que no estoy infectado! —repitió más alto y más enfadado, pero me dio igual.

—Sí que lo estás… y lo sabes. Si no, cuando volviste habrías querido hacerlo. —dije mientras las lágrimas empezaban a formarse en mis ojos.

Con aquello debí traspasar el límite de su paciencia, porque su gesto mutó a la mirada de odio que precedía a los golpes.

—Hija de puta. —murmuró haciendo rechinar los dientes mientras se ponía de pie.

Me agarró y tiró de mí para ponerme de pie, pero me resistí.

—¡Dime que no has infectado a nuestra hija! —repetí con un grito más histérico de lo que pretendía que sonara.

—¡No estoy infectado y te lo voy a demostrar! —rugió fuera de sí.

Se echó encima de mí, y con esa fuerza tan superior a la mía me dio la vuelta y me inmovilizó contra la cama. Intenté mover los brazos, pero no podía. Pataleé, pero no sirvió de nada, no podía soltarme. Cuando, con la mano que aún le quedaba libre, comenzó a bajarme a tirones el pantalón, me di cuenta de cuáles eran sus intenciones. En cuanto intenté gritar me clavó la cabeza contra las mantas, evitando que mi grito pudiera escucharse.

“Me va a matar” pensé al recordar lo que habían dicho en la televisión, aquello se contagiaba con mucha facilidad, por el intercambio de fluidos, por la sangre y, por supuesto, sexualmente.

Pataleé y me resistí como pude mientras su mano se clavaba en mi cabeza, haciéndome mucho daño, para mantenerme sujeta. Pero no hubo forma de liberarme. Cuando mis pantalones bajaron hasta la altura de las rodillas y escuché cómo se bajaba la cremallera del pantalón desesperé. No tenía fuerza para resistirme a la suya, no podía gritar para pedir ayuda, iba a morir solo porque Adrián era incapaz de

asumir que el que se moría era él.

“Dios, por favor, va a matarme.” fue lo único que pude pensar mientras luchaba por soltarme y sollozaba desesperada…

Pero fui salvada en el último segundo cuando Susi decidió regresar a su tienda, y acompañada.

—¿Va todo bien ahí dentro? He oído voces —la voz de Alicia nunca había sonado tan dulce; Adrián rápidamente me soltó y comenzó a abrocharse los pantalones—. Os traigo a la niña…

—Va todo bien. —contestó Adrián lanzándome una mirada desafiante, volvía a ser él mismo.

Se agachó a mi lado para poder susurrarme al oído.

—Vístete inmediatamente.

Obedeciendo su orden me subí los pantalones y me senté en la cama, llorando por lo poco que había faltado. En cuanto tuvo los pantalones puestos se dirigió con un par de zancadas a la entrada de la tienda y salió de ella para recoger a Susi sin que Alicia tuviera que entrar. De esa forma no me vería llorando, con la ropa interior rota, magullada y dolorida tanto de cuerpo como de espíritu.

“Ojalá no me hubiera levantado de la cama hoy… ojalá él no se levante mañana”.

—…está preparando la cena…— se disculpaba con Alicia mientras yo intentaba mantener la compostura.

Susi se adelantó y se metió en la tienda. En cuanto me vio llorando se acercó a mí con cara triste, no soportaba que pusiera esa cara por ninguna razón, pero mucho menos si la razón era yo.

—¿Por qué lloras mami? —me preguntó tendiéndome algo dorado que traía en las manos; lo cogí y era un caramelo—. Te he traído uno.

—Gracias cariño —miré el caramelo y sentí aun más ganas de llorar, pero tenía que ser fuerte por ella—. No estoy llorando, es que se me ha metido algo en el ojo.

Era lo bastante pequeña como para creerse esas mentiras tan burdas.

Un momento después Adrián volvió a la tienda, tras acabar de hablar con Alicia, y sin decir ni una palabra se quitó los zapatos y se metió en la cama, de espaldas al resto de la tienda.

—¿Papá no va a cenar? —preguntó Susi mirándome con confusión.

Todavía era temprano, apenas las siete de la tarde, pero a esa hora solía darle de cenar a ella. Adrián y yo lo hacíamos antes de meterla en la cama, y aquél cambio en los acontecimientos debió extrañarle.

—Papá está cansado, déjale descansar —le dije sentándola en su cama y quitándole los zapatos; los calcetines, que habían sido rosas en un principio, estaban negros de la suciedad acumulada, pero el otro par que tenía para sustituirlos no estaba mejor—. ¿Qué te parece si esta noche dormimos las dos juntitas en tu cama?

CARLOS

La vista del atardecer desde la azotea era tan perturbadora que, si no me la hubiera tomado a broma, me habría vuelto loco. En la casa de Manu había encontrado unas cómodas hamacas de playa, así que decidí subir una a la terraza para tumbarme a la bartola. Me dije que, después del incidente con el zombi, me había ganado un buen descanso, y durante un momento pensé que iba a disfrutar de él.

Hacía frío, se estaba haciendo de noche y corría un viento tan fuerte que hacía volar la sábana que algún vecino se había dejado colgada del tendedero antes de marcharse del edificio, pero aun así decidí aguantar allí arriba todo el tiempo que pudiera. Había robado del mueble bar una botella de moscatel que, aunque estaba un poco fuerte para mí, bebido a pequeños sorbitos era dulce, pasaba bastante bien y ayudaba a entrar en calor.

El por qué no estaba disfrutando del descanso se debía a que, cuatro pisos y un trastero más abajo, la calle trasera de mi edificio, que también era mi fortaleza recién limpiada de intrusos, se encontraba llena de sombras oscuras y tambaleantes que se movían errantes sin ningún destino concreto.

Suspiré y di otro sorbito de moscatel. Sabía bien, pero dudaba que fuera a ayudarme a olvidar que, hasta donde me alcanzaba la vista, todo estaba infectado de zombis. Mientras había luz me había fijado en ellos con más atención que en mis anteriores encuentros: los había altos, bajos, flacos, gordos, hombres, mujeres, ancianos, niños, completos y parcialmente devorados… éstos últimos resultaron ser unas imágenes tan grotescas que mí estómago a duras penas fue capaz de aguantar sin vomitar el alcohol que estaba bebiendo.

Desde la azotea tenía una vista mucho más amplia de la calle trasera que desde la casa de mi vecina Eulalia, y solo podía concluir que, como se había dicho, toda la maldita ciudad se había llenado de esos seres mientras yo permanecía en mi casa, ajeno a lo que ocurría en el mundo.

Por más que intentaba mantener la moral alta, la triste realidad no hacía más que intentar hundirme. ¿De qué manera iba a dejar de pensar en ellos si me los encontraba mirara donde mirara? Ver a uno, o a un pequeño grupo, ya resultaba difícil… pero debajo de mi propia casa tenía docenas de ellos. No sabía por qué se habían reunido allí precisamente, parecía como si supieran que tenían que estar en esa

calle para que los viera y hacer que mis intentos por no venirme abajo fracasaran, o quizá es que había tantos que aquella era la concentración normal de zombis en cualquier lugar, no tenía forma de saberlo.

Pese a todo, la situación no era tan preocupante para mi, hubiera o no zombis. No tenía pensado bajar a la calle bajo ningún concepto y, como me había pasado el resto de la tarde abriendo las puertas de las casas mis vecinos, tenía toda la comida y agua que pudiera necesitar.

En realidad, en toda la tarde solo había conseguido abrir una puerta más, gracias a una mezcla de habilidad con el clip y el resto de herramientas, pero había encontrado una despensa llena de comida, más ropa limpia, algunos libros que tenía intención de ojear y agua. El agua era lo que más me preocupaba, nunca comía mucho, y la vida pasiva a la que estaba sometido tampoco requería ingerir muchas calorías, pero el agua era otra cosa. Sin agua corriente dependía completamente de las botellas de agua mineral, y por lo menos me bebía una al día.

Con el nuevo saqueo y lo que ya tenía de antes podría aguantar casi un mes, tiempo que estimé más que de sobra para que la situación se solucionase. Pero, mientras veía a los zombis dar vueltas de un lado para otro, ajenos a su condición de muertos, que les debería haber obligado a permanecer quietos, me planteé la posibilidad de que pudieran tardar bastante más en solucionarlo.

Sin poder evitarlo, la ilusión de estar a salvo en mi casa se había ido disipando poco a poco, conforme me hacía consciente de la envergadura del problema de los zombis que se desarrollaba a mi alrededor… ni siquiera el alcohol podía arreglar eso.

Y aun así, lo intenté hasta que de la media botella que quedaba cuando empecé a beber ya solo quedaron los posos. Me sentí agradablemente desinhibido, aunque muy mareado, cuando el moscatel empezó a subírseme a la cabeza. Después de lo que había pasado ese día creía que me lo merecía. ¡Y qué diablos! No tenía nada mejor que hacer.

Cuando supe que si bebía más iba a vomitar, agarré la botella, ya casi vacía, y la lancé con todas mis fuerzas hacia la calle. Con un gran “crash” estalló en mitad de la carretera, y todos los zombis de los alrededores se dirigieron hacia allí de inmediato atraídos por el ruido.

“¿Qué buscáis cabrones? ¡Estoy aquí arriba!” tuve ganas de gritarles, pero ni borracho tenía el valor suficiente, o más bien la estupidez, para darles un grito y que descubrieran que estaba ahí.

Allí ya no tenía nada que hacer así que, tras blasfemar en silencio un rato más, me tambaleé como uno de ellos de vuelta a mi casa. Me llevó unos minutos terminar de bajar las escaleras porque tuve que ir agarrándome con las dos manos a la barandilla para no caerme; entre

la oscuridad y que los escalones bailaban delante de mis ojos, jamás supe cómo logré llegar al tercero sin partirme una pierna.

Luego, me llevó tres intentos meter la llave en la puerta de casa, y cuando llegué por fin a mi cuarto me dejé caer sobre la cama. Tenía muchas camas en todo el edificio para elegir dónde dormir, salvo la del anciano del cuarto piso, cuyo cadáver aún seguía descomponiéndose encima, y la mayoría parecían mejores que la mía, pero solo me sentía cómodo en mi propia cama. Ni siquiera en la de mis padres, que era más amplia y más familiar que la de cualquier vecino, me encontraba a gusto. Siempre fui un animal de costumbres.

Cuando, estando tumbado en la oscuridad, empezó a darme vueltas todo, tuve que incorporarme y sentarme para no vomitar... había bebido demasiado. La luz de la luna entraba por la ventana e iluminaba el escritorio de mi habitación. Sobre él había dejado el alijo envuelto en plástico que había cogido de casa de Manu.

“Si mi madre pudiera verlo le daría un ataque” pensé sin poder evitar sonreír.

No sabía qué contenía, las drogas no eran mi especialidad, ¿Era cocaína? ¿Era heroína? ¿Alguna otra cosa? En el fondo no tenía la mas mínima relevancia, no tenía pensado abrirla; de hecho no sabía ni por qué la había traído conmigo en lugar de dejarla donde la encontré, en el armario de Manu.

Habría deseado tener algo de música para escuchar, o al menos la televisión para distraerme mientras se me pasaba la borrachera. Pillarse un buen pedo no tenía mucho sentido si no había nada para disfrutarlo. Al final, lo único que pude hacer fue tumbarme completamente despatarrado en el sofá del comedor, a ver si se me pasaba el mareo.

Sobre la mesita de al lado del sofá se encontraba la colección de llaves que me había agenciado a lo largo de los dos últimos días: las dos casas del cuarto, las de mi vecina, el trastero y la del vecino del primero, cuya puerta había podido abrir solo unas horas antes. Entre todas ellas estaban también las llaves del monovolumen del padre de Manu, que llevaba aparcado en el callejón desde hacía semanas. Por supuesto, no tenía el menor interés por comprobar si de verdad eran esas llaves o me había equivocado; aunque había aprobado el examen teórico de conducir, habiendo cumplido los dieciocho durante la crisis de los zombis no tuve oportunidad de completar la parte práctica, y ponerme delante de un volante, de haber querido hacerlo, era algo que me quedaba todavía un poco lejano…

Al día siguiente, ya por la mañana, me desperté enredado entre las sábanas de mi cama, con el pijama puesto y con una resaca asesina dándome aguijonazos en la cabeza. Mi último recuerdo fue de estar

tirado en el sofá vestido con la ropa robada de la casa de Manu, de modo que no tenía ni idea de cómo había acabado en mi cama y en pijama. Todo lo que había hecho el día anterior me daba vueltas confusas en la cabeza, hasta el punto de que no estaba seguro de si había ocurrido en realidad o no había sido más que un sueño.

Sin ninguna gana de levantarme, remoloneé por lo menos otra hora más metiéndome bajo las mantas, pero al final me rendí y tuve que levantarme para coger una aspirina que me calmara el dolor de cabeza. No había tenido una resaca tan espantosa en toda mi vida, aunque tampoco es que hubiera tenido muchas resacas en mi vida.

En cuanto me tomé la aspirina del botiquín del cuarto de baño y casi media botella de agua volví a la habitación dispuesto a bajar la persiana de la ventana y seguir durmiendo. La noche anterior, por lo visto, no había tenido la sobriedad suficiente para hacerlo, y la luz del día me estaba matando.

Sin embargo, todas las ganas de dormir que sentía se disiparon cuando se me ocurrió, casi por casualidad, mirar a la calle.

"Al final va a resultar que sí que lo soñé."

En el lugar donde el día anterior reposaba la víctima de mi primer enfrentamiento con un zombi no había nada… bueno si, una mancha de sangre reseca de tamaño considerable que demostraba que, lamentablemente, no había sido todo un mal sueño, pero del cadáver no había ni rastro.

Rápidamente salí de la habitación y fui al comedor para asomarme al balcón y tener mejor perspectiva del callejón.

"¿Cómo puede seguir vivo después de eso?" me pregunté al borde de un ataque; ¿es que la pesadilla no iba a acabarse nunca?

Había estado tan abrumado por haber echado al zombi del edificio que no me había percatado de que, quizá, la caída no le provocó el daño suficiente para matarlo del todo.

"¡Idiota, idiota, idiota, idiota…!"

Me habría dado de golpes en la cabeza contra la barandilla del balcón si no me hubiera dolido tanto por la resaca. Podría haber bajado el día anterior, nada más tirarlo al vacío, y haberlo rematado con cualquier cosa, por muy desagradable que me resultara. Pero no había hecho nada, ni siquiera me había vuelto a asomar a ese lado de la calle en toda la tarde para no tener que volver a ver a aquella criatura.

Un rastro de sangre comenzaba en el lugar donde había caído y se extendía hasta dos contenedores, que se encontraban casi en la entrada al callejón. Como el servicio de recogida de basura había desaparecido antes de que todos se fueran, las bolsas habían llenado los contenedores por completo, y muchas habían acabado tiradas por el suelo. Tenía que estar allí, entre la basura almacenada que nadie se

molestó en recoger.

Quizá sonara estúpido, sabiendo que tenía en la calle de atrás docenas de ellos, pero no me gustaba nada la idea de que hubiera un zombi rondado tan cerca de mi casa, o al menos tan cerca de mi vista. Pensar me daba dolor de cabeza, pero comencé a plantearme la posibilidad de bajar ahí y rematarlo.

Por supuesto, había buenos argumentos en contra, y el menor de ellos no era que pisar la calle me acojonaba demasiado; tener que ir a plantarle cara a uno de esos mortíferos seres tampoco me entusiasmaba mucho. Una cosa era pelearse con él con un balcón de por medio que ayudara a mantener las distancias, pero meterse en el cuerpo a cuerpo era una locura, todavía sentía escalofríos al recordar cómo me persiguió por el salón de su casa el día anterior.

Ni qué decir tiene que yo no estaba hecho para las peleas; si nunca había perdido una era porque nunca había participado en una y, en la que se me planteaba, bastaba un mísero mordisco para que perdiera mucho más que un par de dientes. Además tenía otro problema no menos delicado, para matar a un de esos zombis había que destrozarles el cerebro, y mi lanza "matazombis" había resultado ser una mierda incapaz de atravesar el hueso. No sabía si tendría la fuerza bastante como para atravesar un duro cráneo humano… sin contar con el asco que sentía solo de pensarlo.

“¿Por qué no tendré una maldita pistola?” pensé mientras intentaba tomar una decisión.

Por muchas contras que encontrara, la única verdad era que no iba a poder dormir tranquilo sabiendo que tenía un zombi rondando. Si hacía ruido podía atraer a otros a mi tranquilo callejón, que hasta entonces se había visto libre de la presencia de esos seres putrefactos.

Mientras me vestía con la ropa robada del armario del zombi que tenía matar lamenté una vez más no haberme ido a la zona segura cuando tuve la oportunidad… en ese momento estaría desayunando con mi familia comida que no habría robado, rodeado de gente viva y a salvo tras un infranqueable muro de hormigón rodeado de hombres armados.

Cuando tuve que elegir con qué arma iba a eliminar de una vez por todas al zombi de Manu descarté la lanza, pero no así el cuchillo con el que la había construido. Ya me había dado cuenta de que mi capacidad para matar con ese cuchillo era escasa incluso en una situación segura, de modo que me lo llevé solo como arma secundaria y de emergencia. Como arma principal buscaba algo más contundente, algo con lo que estuviera seguro de poder machacarle la cabeza.

A mi cerebro dolorido por la resaca le costaba creerse la situación que estaba viviendo. Nunca pensé que acabaría buscando en mi casa algo con lo que destrozar un cráneo humano.

La búsqueda no fue nada sencilla, entre todas las casas tenía una buena colección de cuchillos, de todas las formas y tamaños, pero con uno me bastaba y sobraba, necesitaba algo mejor. Pensé en romper la pata de una mesa y utilizarla como bate, estaba seguro de que, con unos cuantos buenos golpes, podría destrozarle el cráneo. Pero romper la pata de una mesa es más fácil de decir que de hacer, y preferí dejar el destrozo de mobiliario como plan B.

Al final, buscando en el trastero, encontré el piolet de escalada que guardaba el vecino del segundo, y tras echarle un vistazo a fondo me pareció que podía servir para el cometido que pretendía. La punta era dura y estaba afilada, aunque lo que más me convencía era la curvatura de la misma; si le metía un buen golpe por encima de la oreja, el ángulo sería perfecto para que entrara hasta el cerebro. La longitud del mango, mayor que la de un cuchillo, me permitía además guardas las distancias. Tras sujetarlo en las manos y probar un par de golpes contra el aire me convenció, y durante unos segundos me sentí un auténtico profesional de las armas cuerpo a cuerpo.

La euforia duró hasta que recordé que tenía que ser yo quien le clavara el piolet en la cabeza… si no terminaba echando la pota por la borrachera ni por la resaca, la echaría por eso.

Regresé a mi casa y me coloqué el casco de bicicleta y los otros estúpidos complementos, que dudaba mucho que sirvieran de algo si el zombi se me echaba encima, pero que me ayudaban a sentirme un poco más seguro de lo que estaba haciendo.

“Voy, lo remato y me olvido” me repetía una y otra vez mientras me colocaba las espinilleras.

El plan era simple, y en cuanto estuviera muerto no tendría que preocuparme nunca más de ningún zombi… o eso me empeñé en creer.

Antes de salir a la calle me asomé por el balcón, por si se le había ocurrido moverse. Tenía la débil esperanza de que decidiera arrastrarse solo unos metros más y saliera del callejón por sí mismo, ahorrándome el tener que bajar a por él. Pero no tuve suerte, el rastro de sangre no había variado y el zombi seguía en el mismo sitio, fuera de mi vista, pero entre los contenedores.

Una vez en el portal, mientras luchaba por hacerme a la idea de dar el paso al exterior, sentí la tentación de ignorar el tema y volver a subir… podía volver a cama a seguir durmiendo la mona, ponerme a leer algo, o incluso continuar la labor abrir las puertas del edificio que me quedaban; pero desdeñé esos pensamientos cobardes y salí a la calle, con el piolet en la mano derecha, el cuchillo en la izquierda y todo el cuerpo lleno de complementos de seguridad deportiva.

Fuera seguía haciendo bastante fresco, el invierno seguía en su apogeo y el día había amanecido nublado y ventoso. Con la tensión

del momento se me había olvidado coger un abrigo, aunque supuse que la sangre del zombi me salpicaría, así que quizá no cogerlo había sido lo mejor.

El viento se metía en el callejón y provocaba un remolino que hacía que toda la basura tirada por la calle girara en círculos. Cuando era pequeño y salía a jugar con algunos vecinos fingíamos que se trataba de un tornado que arrasaba con todo. No pude evitar sonreír al recodar aquello, pero la sonrisa se me borró al darme cuenta de que muchos de los niños con lo que había jugado entonces podían estar formando parte de los zombis que invadían la ciudad. Era una idea difícil de digerir y prefería apartarla de mi mente, al menos hasta que hubiera terminado lo que estaba haciendo.

Siguiendo el rastro de sangre coagulada, esquivé varias bolsas de las que diariamente lanzaba desde mi ventana, así como el charco de orina seca de debajo de mi balcón. Me prometí que, en cuanto acabara con Manu, aprovecharía el viaje para recoger las bolsas y las meterlas en uno de los contenedores, aunque solo fuera por mejorar un poco las vistas desde mi cuarto.

El monovolumen del padre de Manu y el otro utilitario desconocido seguían siendo los únicos vehículos que quedaban aparcados y, después de tantos días a la intemperie, se encontraban cubiertos de una ligera capa de polvo y algunas hojas secas que el viento había dejado enganchadas en los limpiaparabrisas. Fue el viento también quien me trajo el aroma de basura acumulada y sin recoger desde hacía semanas que emanaba de los contenedores; un nauseabundo olor que me hizo agradecer no haber desayunado todavía.

Agarrando el piolet con fuerza, rodeé los contenedores a una distancia segura. Los restos de sangre negra y seca me indicaron el camino que había seguido el zombi…

Y entonces lo encontré. Estaba tirado en el suelo, boca abajo, con las piernas en un ángulo muy raro y la ropa destrozada de atravesar puertas por la fuerza y arrastrarla por el suelo. En cuanto sintió mi presencia giró la cabeza, levantó la vista y alzó un brazo intentando agarrarme. Pese a que no había peligro de que lo consiguiera, instintivamente di un paso atrás. El rostro destrozado del zombi abrió la boca y lanzó un gemido estremecedor, mientras que, al mismo tiempo, comenzó a girar el resto de su cuerpo en el suelo y se arrastró lentamente hacia mí.

La asquerosa imagen de ese muerto putrefacto, con las piernas rotas y cortes por toda la cara, unido al olor de la basura y a la convicción de lo que tenía que hacer casi consiguieron lo que el alcohol no pudo hacer la noche anterior, que vomitara. Sin pensarlo más, por miedo a arrepentirme, di un rodeo para evitar su cuerpo y ponerme al lado de su cabeza, lo que me llevó hasta la esquina de la

salida del callejón. Tomando aire descargué un golpe con el piolet contra su cráneo, en el mismo momento en que él lanzó una mano que parecía una garra contra mí.

Sentí la fría extremidad aferrándose a mi pierna, pero llevaba las espinilleras protegiéndome. Mi golpe quebró el duro hueso y se introdujo casi por completo dentro de su cabeza, haciendo que unas gotas de espesa sangre negra salpicaran por todas partes.

La visión de aquello era repugnante, y saber que había sido mi mano la causante solo lo hacía peor. No sabía cuántas veces había estado a punto de vomitar en lo que llevaba de día, pero empezaba a sentir que eran demasiadas.

En cuanto la punta del piolet se introdujo en su cerebro cesaron los gruñidos y el agarre de su mano se relajó, pero todavía se tambaleaba ligeramente y gemía muy bajito, como un pequeño animal herido. Haciendo acopio de toda mi resistencia a las nauseas, saqué el piolet de un tirón y volví a clavárselo, esta vez en la coronilla. El zombi todavía se sacudió una última vez antes de quedarse completamente quieto.

“Ya está… se ha acabado” pensé con alegría, hasta esbocé una sonrisa de satisfacción…

Pero aquello fue un error, debería haber seguido luchando contra las nauseas y no confiarme, ya que terminé vomitando cuando las dos heridas que le había hecho en el cráneo comenzaron a supurar sangre por toda la acera.

Solté el piolet y me apoyé en la esquina para coger aire después de echar la pota, pero no tuve ni un segundo de descanso. Escuché unas tenues pisadas, acompañadas de unos gimoteos y, antes de que pudiera incorporarme, dobló la esquina otro zombi, que nada más verme dejó caer la mandíbula y comenzó a gruñir de aquella manera tan característica y odiosa.

Se trataba de una mujer, o más bien una chica joven, ya que no me pareció que tuviera muchos más años que yo. Vestía con una falda corta, unos pantis negros rotos y una chaqueta vaquera sobre un top negro. Su pelo también era negro, pero tenía sangre reseca en las puntas, y su rostro, aunque seguramente atractivo cuando estaba viva, se había vuelto pálido y demacrado. Tenía la boca y las manos llenas de sangre, como un animal que se acabara de dar un banquete de carne cruda.

—¡Oh joder! —bufé dando un respingo a un lado.

Rápidamente me lancé a desincrustar el piolet de la cabeza del zombi de Manu, pero después del primer tirón casi me meé en los pantalones al ver que éste no salía. Tenía haberse quedado enganchado en el hueso o algo así… era asqueroso. Al segundo tirón tampoco logré sacarlo y, como la zombi se acercaba cada vez más, no

me quedó más remedio que soltarlo y retroceder hacia el portal, abandonando mi arma principal.

Ella me siguió dando lentos trompicones mientras su boca emitía ese sonido parecido al gemido de un animal. Abrí el portal y entré a mi bloque a toda prisa… mi fortaleza, el castillo donde estaría a salvo de esa maldita muerta viviente. Cerré la puerta tras de mí y apoyé la espalda contra ella para evitar que la criatura pudiera abrirla, pero en seguida iba a darme cuenta de que mi castillo no era tan inexpugnable como yo creía.

O esos seres tenían una fuerza sobrehumana, o es que no les importaba el daño que se hacían ellos mimos al golpear, porque la zombi comenzó a aporrear el vidrio de la puerta con furia, dejando manchas de sangre incrustadas en él. Retrocedí un par de pasos para asegurarme de que la puerta podía aguantar sin mí empujándola, pero tras un golpe especialmente fuerte por su parte, logró hacer una grieta en el cristal.

—¡Puta mierda! —Maldije en voz alta comenzando a subir las escaleras hacia mi casa, saltando los escalones de dos en dos.

"¿Quién me mandaría bajar a hacer nada?" pensé nada más llegar.

La situación era grave, muy grave. La zombi de abajo acabaría entrando, la puerta exterior no era precisamente resistente… hasta yo la había logrado abrir una vez simplemente empujando. Recordé que mi padre se peleó una vez con el resto de la comunidad porque quería instalar una mejor, pero al final la cosa no salió adelante porque ningún vecino estaba dispuesto a pagar.

Ojalá su dinero se lo estuvieran merendando los zombis.

Di vueltas por la cocina buscando cualquier cosa que me pudiera servir para acabar con la criatura, mientras lamentaba el haber perdido el piolet en la cabeza de Manu. Tenía razón cuando dije por primera vez que hasta muerto me iba a seguir puteando.

Si no había tenido el valor suficiente para atacar con el cuchillo a un zombi parapléjico, mucho menos lo iba a hacer con uno completamente funcional, así que sin armas de filo reseñables no tenía más opción que intentar buscar una forma de acabar con la amenaza que no implicara entrar con ella en el cuerpo a cuerpo.

Me sorprendí a mí mismo pensando de esa forma… "amenaza", esa zombi había sido una persona, una pobre chica muerta que ya no era más que un cadáver reanimado y hambriento. Ojalá hubiera podido simplemente ignorarla y dejarla vagar en paz, pero era un peligro si lograba entrar; y aunque no lo hiciera, con el ruido podría atraer a más de los suyos. Lo sentía por ella, pero yo aún seguía vivo, y mi vida valía más que la de cualquier cadáver andante.

"Ojalá me hubiera quedado durmiendo la mona" volví a pensar mientras pasaba corriendo de la cocina al cuarto de baño, buscando

cualquier cosa que pudiera servirme para aquél odioso cometido.

Y fue mirando el botiquín cuando se me ocurrió una idea. Dentro había una botella de alcohol etílico. Pensé que, si no podía acercarme a la zombi, podría eliminarla desde lejos prendiéndole fuego. Por supuesto, una botella de alcohol no iba a servir para quemar un cuerpo humano, pero tenía el mueble bar lleno de otra clase de alcoholes…

Tanto mi madre como mi padre fumaban, y sabía que en alguna parte de la casa tenían dos mecheros zippo, que serían perfectos para prender el fuego simplemente dejándolos caer encendidos, como el tipo duro de una película de acción. Los busqué, y acabé encontrándolos en un cajón del escritorio de su dormitorio.

Salí de esa habitación con mal sabor de boca, con las cosas que habían ocurrido los últimos días no me había dado cuenta de hasta qué punto echaba de menos a mi familia, especialmente a la hora de resolver los problemas. Cuán fácil habría sido dejar que mi padre se encargara de solucionarlo todo, si hubiera estado allí.

Con la botella de alcohol de curar y los mecheros en mano, saqué del mueble bar dos botellas de ron. En ese momento no tenía muy claro si las bebidas alcohólicas ardían tan fácilmente, pero cuando me vino a la cabeza la imagen de un plato flambeado me quedé más tranquilo. Evidentemente tenían que arder, ¿cómo si no iban a flambearse? Y si me equivocaba… mejor que el alcohol fuera suficiente.

Cogí el montón de llaves y salí de mi casa de nuevo, había pensado bajar hasta el apartamento que tenía abierto en el primer piso y, desde el balcón que daba al callejón, intentar atraer a la zombi para que dejara en paz la puerta y pudiera cargármela con fuego purificador. Pero antes de que encontrara la llave correcta de entre todas las que tenía, desde el bajo se escuchó un tremendo crujido, seguido de un portazo y algo parecido a un gruñido furioso.

“Venga no me jodas…” pensé con un arrebato de pánico asomándome al hueco de la escalera.

Efectivamente, tal y como temía, la zombi había logrado entrar reventando la puerta. Afortunadamente era tan poco inteligente como el zombi de Manu y, al no saber por dónde me había marchado, se limitó a dar vueltas por la planta baja. Si hubiera comenzado a subir por la escalera habría resultado más difícil hacerle frente; aunque viendo lo que les costaba coordinarse para andar dudaba que fueran capaces de subir escaleras sin caerse.

Sabiendo que ya no tenía más remedio, abrí la botella de alcohol y, desde el hueco de la escalera del primer piso, rocié a la zombi con un fino chorro del producto. Ella miró hacia arriba y abrió la boca para gruñir, pero a la muy estúpida lo único que se le ocurrió, en lugar de

subir por la escalera, fue aproximarse a la pared y empezar a arañarla, como si intentara trepar por ella… sobra decir que con poco éxito.

Más animado sabiendo que no iba a acercárseme, derramé sobre ella hasta la última gota de alcohol, y sin perder un segundo cogí uno de los mecheros y lo encendí.

La visión de la llama le importó tan poco como el comenzar a arder cuando se lo eché encima. Una llamarada naranja la rodeó por completo y se extendió a las partes del suelo y de la pared de la escalera donde había salpicado también el alcohol. Todo comenzó a arder como una hoguera, pero a la zombi no pareció que le molestara estar quemándose a lo bonzo; seguía gruñendo e intentando agarrarme inútilmente, como si no estuviera quemándose viva.

Aquello no me lo esperaba, aunque debería haberlo supuesto. Creía que comenzaría a correr de un lado para otro intentando apagarse, como sería la reacción de una persona normal... pero esos seres iban por ahí con las tripas colgando y miembros de menos, estaba claro que no sentían dolor; o al menos no reaccionaban a él como hacían las personas vivas.

Para asegurarme de que la criatura ardiera por completo comencé a vaciar sobre ella también una de las botellas de ron. La teoría del flameado resultó ser cierta, porque que el fuego se avivó hasta formar unas llamas cuyo calor llegaba al rellano del primer piso, como tres metros más arriba.

Fue en el momento en que la botella se vació del todo cuando el olor a ron y a alcohol se vio sustituido por un olor a carne quemada tan intenso que hizo que me lloraran los ojos y que me entraran ganas de vomitar una vez más. La zombi seguía agitándose y gruñéndome mientras ardía, y yo, algo aturdido por las nauseas que me provocaba el olor, aguanté la respiración y lancé la última botella de ron contra ella antes de volver a subir a mi piso.

La botella se rompió y las llamas lanzaron un fogonazo amarillento y azulado. La pobre zombi ya no tenía escapatoria, estaba ardiendo por completo y no tardaría en caer, que el fuego le derritiera cerebro solo era cuestión de tiempo.

Apartando de mi mente la imagen de un cerebro hirviendo, me metí en mi casa y di un largo trago de agua de una de las botellas que había encontrado el día anterior. Tenía el olor hasta en la boca, y solo de pensar en que estaba saboreando la carne quemada de un zombi me entraban ganas de devolver.

Por suerte no lo hice. Tras beber un par de tragos más agarré el cuchillo y salí de la casa de nuevo. Llevaba el cuchillo por si tenía que rematarla, cabía la posibilidad de que el cerebro no se hubiera dañado, aunque el resto del cuerpo si lo estuviera, pero deseaba que no fuera así, que estuviera muerta del todo y pudiera olvidarme de los

zombis de una maldita vez.

No obstante, al atravesar la puerta me di cuenta de que el problema estaba lejos de solucionarse. Había una densa humareda en toda la escalera, cuyo origen no me era desconocido. Temiéndome que el remedio hubiera sido peor que la enfermedad, aguanté la respiración para no absorber el humo, y me asomé por el hueco de la escalera…

Y entonces supe que la había cagado.

Toda la planta baja estaba ardiendo por culpa de la cantidad de alcohol que había estado arrojando a diestro y siniestro, y el fuego estaba subiendo.

"¡Mierda mierda! ¿A quién se le ocurre dejar un fuego sin control?" me hubiera dado de golpes en la cabeza por segunda vez si no hubiera tenido tanto miedo… y tanta resaca

El corazón se me encogió como no lo había hecho desde que la crisis de los zombis empezara. ¡Mi edificio estaba ardiendo! Y no había bomberos, policías ni servicios de emergencias a los que avisar para que pudieran evitarlo.

Me costó mucho mantener la calma y pensar con claridad qué opciones tenía. Respiré hondo e intenté recordar si había un extintor en alguna parte del edificio, pero sabía que no; había habido uno en el pasado, pero cuando fue vaciado en una emergencia no se volvió a rellenar. En las casas lo único que tenía era agua, pero el fuego ya era demasiado grande como para apagarlo con el contenido de unas botellitas; y tampoco había agua corriente.

"¡Pedazo de idiota!" me dije a mí mismo perdiendo los nervios ante la falta de soluciones.

No podía perdonarme haber sido tan estúpido e irresponsable, con el fuego no se juega, es algo que te enseñan en la guardería. No iba a poder apagar ese fuego… había conseguido quemar mi edificio y, sobre todo, mi casa. Mis padres me iban a matar, me quedé al cuidado de la casa, pero habría estado mejor cuidada por saqueadores, o incluso por uno de esos zombis, que por mí. La cara que pondrían al enterarse me aterrorizaba mucho más en ese momento que cualquier muerto viviente.

Pero ya tendría tiempo, y mucho, para lamentarse más adelante; el edificio iba a arder sin remedio y tenía que escapar de allí antes de que el fuego siguiera subiendo. Lograr salir era un problema considerable, teniendo en cuenta que para llegar a la única puerta del edificio tenía que pasar precisamente por el foco de las llamas. Otro problema no menos importante era que, si me iba de allí, ¿a dónde demonios iría? No tenía donde meterme, y la ciudad estaba llena de muertos vivientes por todos lados.

La situación empezaba a sobrepasarme y estaba agobiándome de verdad.

Volví a entrar en casa. Si iba a salir del edificio, aunque todavía no supiera cómo, tenía que coger cosas, cosas que iba a necesitar allí fuera.

Al mirar a mí alrededor se me cayó el alma a los pies. Todas mis pertenencias, las de mis padres, las de mi hermana, las de mi familia en general, podían acabar ardiendo por mi estupidez. Me entraron ganas de llorar… pero mantuve la calma a duras penas y fui corriendo al dormitorio.

Agarré al vuelo la mochila con la que habitualmente iba al instituto y vacié su contenido en el suelo de la habitación, llenándolo de lápices, cuadernos y un par de libros que tenía ahí metidos desde que cancelaron las clases. Luego comencé a llenarla a toda velocidad de lo que pensaba que iba a necesitar. De mi cuarto solo cogí mi cartera y el reloj, fue duro despedirme del ordenador, que tantas horas de diversión me había dado, pero no tenía tiempo que perder y, desde luego, no podía llevarlo conmigo.

Ya me dirigía hacia la puerta cuando me fijé en que la bolsita que había sacado de la casa de Manu seguía sobre el escritorio… no sabría explicar por qué, pero la metí también en la mochila.

Mi siguiente parada fue en la cocina, allí agarré las latas de comida que tenía más a mano de encima de la mesa y una botella de agua. Quise coger otra, pero no me cabía, de modo que, en su lugar, me llevé un par de latas de refrescos que había subido de la casa del primer piso. También barrí con el brazo todas las llaves que había ido coleccionando y las metí en la mochila.

Por último, saqué del sifonier de la entrada la escritura de la casa y la guardé en el bolsillo pequeño. No sabía si me iba a servir de algo, pero en las noticias dijeron, tras declararse el estado de alarma en todo el país, que había que tener esos documentos a mano en todo momento. Mi padre los había puesto a mano, por si llegaban a ser necesarios; yo no sabía si iban a serlos, pero no quería arriesgarme. Llevarlos conmigo era mejor que dejar que se quemaran.

Cuando salí de mi casa, toda la escalera estaba ya cubierta por una densa humareda, y empezaba a hacer mucho calor. Me asomé por el hueco de escalera y comprobé que el fuego se estaba extendiendo rápidamente, cosa que no entendía, ¿por dónde se extendía? Las paredes no eran de madera precisamente, y allí no había nada que pudiera quemarse. Pero los bomberos decían que un cigarrillo mal apagado podía provocar un incendio, así que debería haber supuesto que una zombi en llamas y una escalera empapada en alcohol podían hacer algo mucho peor.

“¡Que idiota eres, Carlos” me reprendí a mí mismo, pero de nuevo tuve que posponer las mortificaciones para más adelante, porque en el rellano del primer piso me di cuenta de que, como temía, no podría

seguir bajando por allí.

Las llamas y el calor empezaban a ser sofocantes ahí abajo, meterme en ese infierno habría sido un suicidio y, sin posibilidad de salir por la puerta principal, sentía que me quedaba sin opciones.

Me encontraba a punto de sufrir un ataque de pánico completamente justificado cuando recordé que una de las puertas del primer piso ya la había abierto el día anterior. Sin perder un segundo busqué entre el montón de llaves la que abría esa puerta; no me costó encontrarla porque, aunque había echado las llaves a la mochila e cualquier manera, recordaba bien esa en concreto debido a su pintoresco llavero.

Nada más entrar cerré tras de mí, para contener el fuego lo máximo posible, y me dirigí al balcón. Se me había ocurrido sobre la marcha que podría salir saltando a la acera desde allí, pero el problema del improvisado plan no era otro que la altura. La distancia de un primer piso hasta la calle me había parecido siempre muy baja, acostumbrado a vivir en un tercero, pero cuando tienes que saltarla se convierte, casi por arte de magia, en un abismo insalvable. Sabía que no iba a matarme en la caída, pero la ostia iba a ser considerable, hasta el punto de que podía romperme una pierna, o directamente la cabeza, y no era lo que más me apetecía.

Las ideas se me estaban agotando. Un profesor del colegio me dijo una vez que el cerebro era el arma más poderosa, y quizás tuviera razón, pero en ese momento solo podía pensar en que, si hubiera tenido una pistola y la habilidad necesaria para usarla, nada de lo que estaba ocurriendo habría pasado.

Di con una solución casi por casualidad. Cuando inspeccioné la casa el día anterior me fijé en que tenía dos dormitorios, para un total de tres camas… la idea que había tenido eran tan simple como usar los colchones para que amortiguaran mi caída. Solo tenía que tirarlos por el balcón de forma que cayeran uno encima del otro y saltar. Tenía sus riesgos, no sabía cuanta resistencia tenía un colchón, ni cuanto podía amortiguar, e igual el golpe era más fuerte de lo que pensaba; pero seguro que era mejor que no tener nada sobre lo que saltar. Con el fuego fuera, creciendo por momentos, y sin más opciones no tuve que pensármelo mucho.

Arrastrar un colchón de tamaño normal por unos pasillos estrechos fue más lento de lo que me hubiera gustado, estando como estaba en mitad de un incendio, pero más difícil fue mover el colchón de la cama de matrimonio. Mientras los arrojaba por el balcón, intentando que quedaran más o menos uno encima del otro, advertí que un denso humo blanco empezaba a salir por el agujero de la puerta que la zombi se había cargado. Eso solo podía significar que el fuego, lejos de apagarse, se estaba haciendo más grande. Habría retrasado el

momento del salto todo lo posible, pero no me quedó otra cuando empecé a notar el suelo de la casa un poco caliente.

La mochila fue la primera en caer a un lado de los colchones; luego yo me subí a la barandilla y me deslicé por el otro lado hasta quedarme colgando, confiando en recortar toda la distancia de caída posible. Y cerrando los ojos me solté…

La caída fue tan perfectamente amortiguada que hasta me reí de mi mismo por haber tenido dudas. Una décima de segundo más tarde recordé por qué había tenido que saltar y las ganas de reír se me pasaron instantáneamente.

Visto desde fuera, el incendio solo se notaba por el humo que salía del hueco de la puerta, pero incluso a los dos o tres metros que me encontraba de ella se podía sentir el intenso calor que el fuego desprendía. Me puse en pie y recogí la mochila, la cabeza me dolía un poco menos, gracias a la aspirina que me había tomado un rato antes, pero la resaca seguía siendo molesta.

No sabía muy bien que hacer a continuación. El plan era salir del edificio, pero no tenía nada pensado después, no había tenido tiempo para ello. Recorrí con la mirada el callejón para asegurarme de que no habían llegado más zombis, y entonces me acordé del cadáver que había dejado entre la basura; el cadáver que antes había sido un zombi, antes de eso un vecino problemático llamado Manuel, y que en esos momentos tenía un piolet incrustado en el cráneo. Casi sin pensarlo, fui a recuperar mi arma.

Sacar el piolet de la cabeza de Manu fue realmente asqueroso porque una sangre espesa y negra impregnaba la zona que se había clavado en su cráneo. Lo intenté limpiar con la propia ropa del zombi, pero no logré eliminarla por completo, una capa de jugo rojizo seguía cubriendo la punta del arma. Recordé como habían insistido por la tele en lo contagiosos que eran esos seres, y caí en la cuenta de que tenía salpicaduras de sangre por todas partes. También fui consciente en ese instante de que aún llevaba el casco, y resto de complementos que habían sido parte de mi “armadura”, puestos.

No tuve más remedio que dar por supuesto que un poco de sangre seca no iba a resultar peligrosa, pero mantuve la cabeza del piolet lejos de mí antes de volverme a mirar cómo se quemaba el edificio que había sido mi casa.

Ver como las llamas lo estaban consumiendo por dentro fue un mazazo emocional enorme. Tuve que apoyarme en la pared para no caer al suelo mientras luchaba para contener las ganas de llorar. No había hecho más que imbecilidades desde que comenzara la crisis de los zombis, empezando por quedarme en mi casa, lo que había sido una locura, una chiquillada. La siguiente idiotez fue pelearme con el zombi de Manu; lo más sensato habría sido salir de la casa en cuanto

descubrí que el zombi estaba allí y haberlo dejado en la habitación pudriéndose de asco… o haber bajado a rematarlo inmediatamente después de hacer que se cayera por el balcón. Pero la que se llevaba la palma había sido ponerme a jugar con fuego. ¿En qué demonios estaba pensando?

El fuego consumía todo lo que iba encontrando en su ascenso por el edificio. Lo tenía delante, estaba viendo como pronto mi casa también ardería sin remedio. El impacto psicológico que eso supuso fue brutal, al final no pude evitar que se me formaran lágrimas en los ojos al pensar en la cara que pondrían mis padres, y todos los vecinos, si se enteraban de que yo solito, haciendo el tonto, había quemado el edificio.

Sin poder volver a mi casa me sentía completamente desprotegido. Mi casa había sido mi castillo, la fortaleza que me mantenía a salvo de la invasión de muertos vivientes que infectaba la ciudad. Era el lugar donde tenía agua, comida, calor, una cama… y solo me quedaba una mochila con unas cuantas latas, una botella de agua, unos cuantos refrescos y un montón de llaves inútiles.

“Y la droga, Carlos, no te olvides de la droga” me recordé estúpidamente.

Para no darme de cabezazos contra la pared, intenté centrarme en solucionar los problemas que se me empezaban a plantear en mi nueva situación, de los cuales el más apremiante era la pérdida de un refugio. En el callejón había dos portales más, pero sin las llaves solo podía entrar en ellos con el “modo zombi”, y si rompía la puerta ya no me servían como refugio. Además, sin las herramientas no me veía capaz de abrir la puerta de un piso, y el fuego hacía inviable ir a recogerlas. Ese mismo fuego era también otro argumento en contra, ¿quién me aseguraba que el incendio se iba a limitar a mi edificio? ¿Por qué no iba a extenderse hasta los más cercanos? No había bomberos que fueran a apagarlo o a controlarlo y, aunque se había nublado un poco, confiar en la lluvia era confiar demasiado. Aquel incendio bien podría consumir toda la ciudad sin que nadie lo evitara.

Quedarme en el callejón no era una opción, cualquier zombi podía aproximarse y ponerme en un serio aprieto… y fuera del callejón habría aún más zombis, si la calle trasera estaba llena no quería ni imaginar cómo estaría el resto de la ciudad, sobre todo las calles importantes.

“En resumen, que estoy jodido” fue la angustiosa conclusión a la que llegué.

Las piernas me temblaban por la tensión y sentí la tentación de liarme a guantazos conmigo mismo para intentar despertar de nuevo en mi cama y no volver a beber en la vida. Pero lamentándome no iba a lograr nada, bastante iba a lamentarlo ya cuando tuviera que dar la

cara con mis padres.

La única solución a mis problemas se presentó en forma de llave. Una de las llaves de la colección que había amontonado de todos los pisos en los que me había colado era la que abría el monovolumen del vecino del cuarto, el monovolumen que estaba allí mismo, aparcado delante mía. No era una mala opción, como mi vecino lo utilizaba para hacer portes, los cristales de toda la parte trasera estaban cubiertos, y gracias a eso podía apartarme de la vista de los zombis. Como era un vehículo, podía conducirlo para alejarme de allí también. Era casi perfecto, y no perfecto del todo, porque conducir no era mi fuerte; había pasado limpio el examen teórico, estudiar un poco nunca me había supuesto un problema, pero no había comenzado aún con las clases prácticas, así que manejar un coche para mí era algo completamente nuevo. Lo único que tenía a mi favor era que, en una ciudad donde sería el único conductor, las posibilidades de un accidente mortal eran escasas.

Mientras pensaba en todo eso, alternando la mirada entre el monovolumen y el incendio, se me ocurrió que incluso podía ir hasta la zona segura con el coche. Si, tendría que responder unas cuantas preguntas una vez allí, si es que aún se investigaban los delitos de robo de coches, pero imaginé que en la situación que se estaba viviendo nadie me iba a culpar por coger uno sin permiso para salvar mi vida. Era un motivo de causa mayor, estaba completamente justificado.

Saqué el manojo de llaves de la mochila y busqué la que tenía aspecto de abrir un coche. En cuanto la encontré, tiré el resto en el suelo; cuando las metí en la mochila no tuve tiempo que perder en seleccionar cuáles debía llevarme y cuáles no, pero una vez fuera no tenía sentido cargar con las llaves de unas casas que se estaban quemando.

Aun así guardé las de mi propia casa. Pese a ya no me servirían de nada, tirarlas era como abandonar mi hogar del todo, y en él estaba toda mi vida… eran demasiados recuerdos. Tampoco tiré la copia de las llaves de la casa de campo de mis tíos porque no vi ningún motivo para hacerlo, eran de mi familia, y de lo poco que había podido salvar del fuego. Las de la azotea, trastero, cuanto de contadores y demás acabaron en el suelo, junto a las de mi vecina y las del hombre muerto del cuarto piso. No había pensado en el cadáver del cuarto… era un tema que intentaba eludir a propósito porque me daba repelús, pero al parecer el destino, o mi estupidez, le tenían reservada una incineración. Al menos él saldría ganando en eso.

Con la llave del coche en la mano abrí la puerta del conductor y eché la mochila en el asiento del copiloto. Nunca supe mucho de coches, no era un tema que me interesara, así que no sabía la gama o

el modelo del monovolumen que estaba “cogiendo prestado”, aunque por su aspecto debía ser de los caros. No había asientos traseros, pero tras el asiento del copiloto encontré un par de mantas viejas dobladas y guardadas en un rincón, junto a una caja donde, echando un vistazo superficial, pude ver un chaleco reflectante y una cajita con los triángulos que se colocan para los accidentes.

“¡Mantas! Menos mal” pensé con alivio tras darme cuenta de que, con las prisas, no se me había ocurrido que tendría que dormir, y por la noche refrescaba bastante.

Debería haber cogido las mantas de mi casa antes de irme, pero en ese momento ya no podía hacer nada. Las coloqué en el asiento del copiloto, junto a mi mochila, y me dispuse a intentar arrancar el vehículo… sin embargo, cuando levanté la vista di un respingo tan grande que creía que se me iba a salir el corazón por la boca.

La zombi que me había hecho provocar todo aquello seguía viva, quemándose y acercándose hacia mí. Su pelo había ardido por completo, al igual que la mayor parte de su cara. Se había quemado hasta tal punto que sus rasgos eran imposibles de reconocer. Su ropa estaba calcinada y se había reducido a girones cenicientos, y su piel ya estaba parcialmente carbonizada. Era perturbador que, pese a encontrarse en ese estado tan lamentable, la maldita siguiera viva.

Con pasos torpes y las manos ennegrecidas por el fuego se tambaleó hacia el monovolumen.

—Joder, joder, joder… —farfullé al recobrar el aliento.

Casi me había acostumbrado a la visión de un zombi después de todo lo vivido, pero eso ya era demasiado. La distancia entre el portal y el monovolumen no eran más que unos pocos metros, los cuales la zombi ardiente recorrió más rápido de lo que a mí me costó reaccionar, y antes de saber qué hacer ya la tenía al lado de la puerta.

No podía salir a rematarla con el piolet, porque si se me echaba encima me quemaría; así que, pese a lo poco que me gustaba abandonar ese callejón, tuve que meter la llave en el coche, procurando no mirar directamente a la zombi, que gruñía y gimoteaba al otro lado de la puerta, y arrancarlo para alejarme de allí.

Que no hubiera más coches fue un gran alivio, si hubiera tenido que maniobrar para sacar el mío, la zombi hubiera terminado comiéndome antes de conseguirlo. Pero con la vía libre fue sencillo meter primera y comenzar a moverme soltando poco a poco el embrague.

La zombi intentó agarrar el vehículo mientras éste se movía, pero todo lo que logró fue restregar su mano por el cristal de mi puerta y mancharlo de sangre y hollín antes de perder el equilibro y caerse al suelo. Por el espejo retrovisor vi que intentó levantarse, mientras las llamas de la espalda seguían consumiendo su carne, pero no lo logró.

No sentiría dolor, pero uno no puede moverse con músculos que no tiene, y a esas alturas la mayoría de los suyos estaban demasiado dañados para responder… que final más horrible.

Doblé la esquina antes de saber si, pese a todo, consiguió levantarse.

La calle en la que desembocaba el callejón era una estrecha vía que tenía un aspecto muy desmejorado desde la última vez que la había visto. El suelo estaba lleno de toda la basura que el viento había arrastrado, y un coche había sido abandonado a unos metros de distancia tras estrellarse contra una farola. Manchas en forma de mano de algo que parecía era sangre cubrían casi por completo una papelera abollada tirada en el suelo. Y un zombi, un tipo delgado con un jersey marrón manchado de sangre también, se tambaleaba por la acera en dirección al callejón, posiblemente atraído por tanta actividad.

Con un rumbo y un destino decididos, giré el volante hacia la derecha y comencé a apretar el acelerador. Era dirección prohibida, pero supuse que, dada la situación, no habría mucho tráfico que me impidiera circular por donde me diera la gana. En cuanto pudiera me metería por la primera calle a la izquierda y saldría a la Gran Vía. Si ya no tenía una casa, solo podía refugiarme en un sitio… en la zona segura.

SERGIO

Estaba nervioso… nervioso no, tenso. No sabía si había hecho bien quedándome allí o tendría que haber seguido adelante, sin mirar atrás. Inconscientemente había empezado a dar golpecitos con la rodilla contra la pared de la escalera del edificio donde me había escondido, pero me detuve a mí mismo, no podía permitirme hacer ruido… no cuando sabía que lo único que se interponía entre los reanimados y yo era una triste puerta de plástico rota. Había tenido que romperla yo mismo a golpe de culata de fusil para poder abrir desde dentro y entrar al portal. Por suerte no era una de esas puertas de mierda a las que hay que darle a un botoncito para que se abran, y con girar una manivela ya estaba dentro.

El portal no estaba ni a diez metros del lugar donde Fran y yo nos habíamos separado, pero si me alejaba más no iba a encontrarme, o peor aún, yo podría encontrarme con más muertos vivientes mientras le esperaba.

Le dejé una nota, aun llevaba encima el bolígrafo que utilicé para la “lápida” de Javi, y como papel utilicé un folleto publicitario que el viento había arrastrado hasta allí. “Estoy en el portal de al lado”, ponía, y una flecha señalaba la dirección. Lo dejé enganchado a la ventanilla del copiloto del coche donde me había escondido, no tenía pérdida, si lo veía me encontraría… pero habían pasado ya varias horas, y mi duda era si iba a volver para encontrarlo.

“Vamos hijo de puta, no me dejes solo.”

No sabía dónde podía estar, los reanimados eran fácil de perder, pero siempre había otros te dirigieras a donde te dirigieras. Me pasé un buen rato intentando recordar si le había dicho alguna vez dónde vivía Patricia, por si cabía la posibilidad de que hubiera cogido otra calle y se hubiera dirigido a su casa directamente pensando que yo iría hacia allí sin esperarle.

“Un binomio nunca debe separarse” recordé, fueron las palabras de mi instructor, y las había ignorado estúpidamente…

Los dos tendríamos que haber salido corriendo cuando los reanimados nos pillaron. Juntos éramos fuertes, ¿qué éramos estando separados? Solo dos lelos dando vueltas en una ciudad infectada de cadáveres andantes.

Cuando creí escuchar los pasos de un reanimado caminando cerca de la puerta acallé mis pensamientos y me puse en guardia, pero el

sonido terminó pasando de largo, como habían hecho tantos otros en el tiempo que llevaba allí dentro. Cada vez que se oía un ruido fuera de lo común escuchaba con atención, si Fran se acercaba corriendo quería darme cuenta, porque perfectamente podría no ver la nota que le hice si creía que ya me había ido, o si no tenía tiempo para fijarse.

"Menos mal que esos cabrones no saben leer" me dije mientras hacía recuento de las balas que me quedaban.

No había gastado demasiadas, todavía tenía un cargador entero y el usado no estaba ni a la mitad. Cuando aprendimos a luchar contra los reanimados abandonamos tácticas como utilizar el fuego automático. Nos obligaron a hacer que cada disparo valiera, tomándonos el tiempo necesario para apuntar y disparar un buen balazo que les destrozara el cerebro y acabara con ellos definitivamente.

Como no tenía nada que hacer, pero los nervios me estaban matando, después de contar las balas me puse a revisar las provisiones, a limpiar mi arma y los pegajosos coágulos de sangre que tenía por todo el uniforme. También me eché un vistazo al tobillo, de tanto andar se me había resentido ligeramente, pero al menos estar allí parado esperando había servido para descansarlo un poco.

Cuando volví a mirar mi reloj ya eran las cuatro y media de la tarde, por lo que llevaba más de cinco horas allí sentado sin hacer nada. No es que fuera muy tarde, pero teniendo en cuenta que a las seis empezaba a anochecer, si seguía allí significaba que habría perdido el día por completo. No tenía comida suficiente para andar perdiendo el tiempo así, de modo que tomé la decisión de seguir adelante.

"Lo siento colega, pero no puedo esperarte eternamente."

Recogí mis cosas y me puse en pie. La casa de mi novia no estaba demasiado lejos, solo tenía que seguir un poco más hacia el noreste, zigzagueando por las calles, y luego cruzar la avenida; podía lograrlo en la hora y media que aproximadamente me que quedaba de claridad si los reanimados no se ponían muy pesados.

Me dirigí en silencio hasta la puerta del edificio y escuché con atención en busca de pasos que indicaran la presencia de algún reanimado cercano. Al no escucharlos, abrí la puerta y salí de nuevo a la calle. El muerto viviente más próximo era un tipo alto, delgado y con el pelo negro y largo; andaba entre los coches abandonados, de espaldas a mí, de modo que pude esquivarlo con facilidad y seguir por la calle perpendicular a la mía, en dirección norte.

No me gustaba nada la idea de irme y dejar a Fran atrás, pues las posibilidades de encontrarnos más adelante eran remotas si ambos estábamos moviéndonos, pero no me quedaba más remedio. Solo esperaba que hubiera salido bien parado de su encuentro con los muertos vivientes.

Perder a Javi había sido un golpe duro para mi, después de todo había sido mi compañero y binomio durante mucho tiempo… aunque, bien pensado, en realidad no había sido tanto tiempo. La crisis de los muertos vivientes empezó a finales de Diciembre, pero hasta bien entrado Enero no intervino el ejército. Todo el tiempo que había pasado desde entonces se me había hecho tan largo como un año entero, y había visto morir a tanta gente que conocía que había llegado a entablar amistad con alguien que un mes antes era un completo desconocido. Y lo que había hecho era perder a mi segundo compañero también.

Buscarlo era un disparate, no había forma ni de empezar a hacerlo, solo podía tomarme aquello como una misión más. El objetivo era llegar a la casa de mi novia y tenía que seguir, aunque estuviera solo.

“Fran es un buen soldado, no está indefenso” pensé intentando convencerme de ello para no darle más vueltas al asunto; tenía que estar concentrado o sería yo quien acabara como cena de muerto viviente.

Cuando me quise dar cuenta, ya tenía a cuatro reanimados tras mis pasos, así que al doblar la esquina los intenté despistar andando por la carretera agachado, cubierto por los coches aparcados durante unos metros. No sabía si los había perdido, pero cuando volví a doblar en dirección norte seguro que estaban muy atrás.

Habitualmente dejábamos que se juntaran unos cuantos más antes de intentar perderlos, pero eso ya nos había dado problemas antes y en esa ocasión estaba yo solo, así que no quería arriesgarme. Cuando la suerte estaba de tu lado, perderlos significaba seguir el camino, solo que agazapado o escondido y dejándolos pasar, pero cuando no era así, no tenía más remedio que retroceder y buscar otra ruta. Había calles en las que, por el motivo que fuera, se habían acumulado demasiados reanimados como para poder atravesarlas. En un cruce tuve que girar en otra dirección para evitar a uno de esos grupos, y la calle resultó ser un callejón sin salida. No me lograron acorralar allí por un pelo.

Moverse estaba resultando bastante difícil. Al sur tenía el hospital, cerca del cuál nuestra unidad había caído frente a la multitud que bajó de allí. Al salir de la urbanización donde dormimos la noche anterior habíamos ido al noreste, para rodear esa zona, y yo trataba de virar al noroeste, dejando la suficiente distancia con el hospital pero sin llegar a subir hasta la clínica que había más arriba, que seguramente estaría igual. Eran unas pocas calles que tenía que atravesar, y si los reanimados me bloqueaban demasiado, quizás no pudiera cruzarlas sin dar un largo rodeo, que solo significaba más tiempo y más peligro, o sin acercarme a la clínica o al hospital, que era meterse en la boca del muerto.

Tres cadáveres me iban siguiendo el paso al cruzar otra calle cuando, de repente, empecé a escuchar un murmullo lejano. En una ciudad completamente silenciosa hasta el sonido de mis pasos al andar sonaba demasiado fuerte y fuera de lugar, por lo que era sencillo captar cualquier ruido, aunque fuera muy débil; a veces hasta se podía escuchar hasta el crujir de los edificios cuando les daba el viento. Y precisamente ese era el peligro de usar armas de fuego en la ciudad; el ruido llegaba muy lejos y no podías saber qué, o mejor dicho, cuántos, podían estar escuchando. Incapaz de identificar el origen de ese murmullo seguí avanzando a mi ritmo, los tres muertos vivientes iban tras de mí y, por lo que había visto asomándome al siguiente cruce, pronto serían cinco.

Fue al atravesar esa última calle cuando el murmullo se empezó a escuchar más alto, y al girar de nuevo hacia el oeste me topé con el horror… docenas, quizás cientos de reanimados desfilaban avenida abajo, en dirección a La Redonda.

“Hijos de puta” pensé acojonado.

Rápidamente regresé a la calle que acababa de abandonar y asomé la cabeza para contemplar la lenta procesión de cadáveres andantes que fluía avenida abajo. Nunca había visto tantos juntos, jamás, y lo peor de todo es que no me permitirían cruzar la avenida; la ocupaban por completo, y siendo tantos no había forma de pasar agazapado.

“¿De dónde coño han salido?” me pregunté mientras intentaba pensar en alguna alternativa para cruzar.

Si no me movía, los reanimados que me seguían me darían alcance. Pero la calle era estrecha y ya eran cinco, no podría esquivarlos para volver por allí, y avanzar significaría quedarme expuesto a la vista de aquella marabunta. Lo único que tenía claro era que si eso ocurría las cosas podían ponerse muy feas.

Me colgué el fusil a la espalda y saqué el machete. El primero de los reanimados que llegó hasta mi tenía más o menos la misma altura que yo, pero era bastante más grueso. Le agarré de su rechoncha papada con la mano izquierda y le atravesé un ojo con la derecha. Después de pringarme las manos con su viscosa sangre negra, el cuerpo cayó al suelo como un peso muerto, pero para entonces ya tenía a otros tres casi encima. No podría con ellos antes de que me cogieran.

—Mierda… —murmuré al ver que no tenía otra opción que salir corriendo; quizá, si atravesaba la carretera lo bastante rápido, no se fijarían en mi.

No tuve ocasión de comprobarlo, apenas había dado el pequeño salto necesario para bajar de la acera a la carretera cuando sentí un doloroso pinchazo en el tobillo.

“¡Mierda, joder!” maldije para mis adentros mientras contenía el

grito de dolor que me moría por soltar.

Dando vueltas por todas las calles, había estado forzando un pie lastimado, y al final lo iba a pagar bien caro. Unos pocos reanimados de la multitud que se desplazaba por la avenida me vio y comenzaron a caminar en mi dirección. Al ver que sus compañeros se desviaban, otros les siguieron y, mientras tanto, los que ya tenía detrás estaban cada vez más cerca.

Guardé el machete y cogí el fusil, ya me habían descubierto, el ruido daba igual; todo daba igual salvo seguir vivo, y para eso necesitaba quitarme de encima a los que tenía más cerca.

El dolor me distrajo y necesité cuatro tiros para abatir a otros tres acosadores. Al último lo dejé y comencé a caminar hacia el norte, si tenía suerte podría intentar perderlos doblando una esquina. Pero con el tobillo jodido se me antojaba difícil, ya que no podría sacarles la ventaja suficiente para buscar un escondite.

No tenía ni idea de cómo iba a salir de aquello. Tuve que volverme para reventarle la cabeza al quinto muerto de la tarde antes de que se me echara encima y, mientras tanto, el sonido de la jauría que había salido a mi caza llegaba a mis oídos cada vez más fuerte.

Para colmo de males, si intentaba moverme más rápido que un ligero trote veía las estrellas.

Las opciones empezaban a acabárseme cuando, de improviso, la puerta de entrada de un edificio se abrió a mi lado y una mano me agarró. Mi primera reacción fue dar un grito e intentar zafarme del agarre, pero quien me había agarrado me soltó y, con un fusil idéntico al mío, disparó contra el primer reanimado que dobló la esquina, logrando un impacto certero.

—¡Entra venga! —me dijo aquél hombre dándome un empujón…

¡Era Fran! Había aparecido tan en el momento justo que casi no podía creérmelo.

Cojeando, entré al portal del edificio, y él me siguió tras efectuar un disparo más. Se trataba de un bloque de apartamentos bastante normalito, aunque la entrada era un poco oscura. Una planta secándose en una esquina delataba que nadie vivía allí, o por lo menos nadie que se hubiera preocupado por regarla.

—Tenemos que subir, tío, nos han visto entrar. —exclamó Fran y, sin perder un segundo, comenzó a subir las escaleras.

“Oh no, joder, escaleras no” me lamenté comenzando a subir tras él.

En cuanto los reanimados llegaran al portal, empezarían a golpearlo para intentar pasar, y no había puerta que soportara la fuerza de la cantidad de seres que venían tras de mí. Subir era la única forma de salir de allí, pero no iba a conseguirlo…

—¡Espérame! —le dije casi suplicando; el tobillo me dolía

demasiado para intentar aquello yo solo, de modo que tuve que apoyarme en su hombro para continuar—. ¿A qué piso vamos? ¿Qué puerta has abierto?

Si había aprendido a apreciar algo de Fran era su habilidad para forzar cerraduras.

—Ninguna, vamos a la azotea. —aquello fue lo peor que me podía decir, el edificio tenía siete pisos, y cuando llegamos a la altura del quinto casi prefería haberme dejado devorar por los muertos vivientes.

Pero al final logré soportar el dolor y llegué. Durante el último tramo de escalera pensaba que me moría, pero llegué; y nada más traspasar la puerta metálica que llevaba a la terraza, Fran la cerró con un portazo.

—¡Tenemos que atrancar la puerta con algo! —dijo mirando como un loco a su alrededor, esperando encontrar quién sabía qué.

—Tranquilo tío, no creo ni que puedan subir las escaleras —le contesté yo, dejándome caer en el suelo; no era del todo cierto, la mayoría lograba subir, aunque fuera a rastras, pero dudaba mucho que fueran capaces de pensar que tenían que subir la escalera para encontrarnos… la inteligencia no era su punto fuerte—. ¿Dónde… has estado aquí todo el tiempo?

Me miró como si le extrañara que me encontrara allí con él... se le veía realmente alterado.

—N…no, solo un par de horas, creía que podía perderlos, pero me encontré con la multitud y me escondí aquí —dirigió su mirada hacia mi pie—. ¿Estás bien?

—Sí, por un momento creía que me había roto el tobillo, pero creo que solo lo he forzado demasiado, y aún no estaba bien del todo —respondí lamentándome por no tener un poco de hielo para refrescarlo; me quité el zapato y el calcetín, y me remangarme un poco el pantalón para dejar que el frío invernal se encargara del resto —. Me alegro de verte colega, pensaba que no íbamos a encontrarnos. ¿De dónde cojones ha salido esa multitud?

Al mencionarle a la multitud volvió a mirarme nervioso.

—Del mismísimo infierno, imagino, ¿de dónde si no? —respondió sentándose el sudor de la frente y sentándose también en el suelo—. Yo también me alegro de verte, te juro que no habría sido capaz de seguir adelante solo. Creía que era el final… el final.

Me parecía raro verle tan perturbado, sobre todo teniendo en cuenta que a mí me había ido mucho peor ahí fuera que a él, y que era yo el lesionado que no sabía ni abrir una puerta para colarme en un edificio.

—No es para tanto, joder. —le dije restándole importancia.

Sin embargo, observé que le temblaban las manos, cosa que no había visto mientras estaba en movimiento, pero que descubrí en el

momento en que se quedó quieto.

—¿Qué no es para tanto? —replicó mirándome como si me hubiera vuelto loco—. ¿Qué hace falta entonces para que sí sea para tanto?

—¿De qué estás hablando? —le pregunté algo confundido.

Por muy grande que nos pareciera aquella multitud, ya nos las habíamos visto en el pasado con grupos semejantes. Pero terminó respondiendo a la pregunta con otra.

—¿Es que… no… no has visto cuántos eran?

—¿Cuántos eran…? ¿Los de abajo?

Se limitó a hacerme un nervioso gesto con la barbilla, señalando la barandilla de la terraza. Harto de tanto misterio, me puse en pie y, dando saltitos, me acerqué para ver qué era lo que preocupaba tanto a Fran… y no era para menos.

Lo que yo creía que eran docenas o cientos de reanimados, era en realidad toda una marea de podridos que ocupaba por completo la avenida, hasta el último centímetro cuadrado. A simple vista debía haber miles de ellos… literalmente miles.

—¡Madre de Dios! —gemí por la impresión mientras Fran se acercaba a mirar también—. ¡Ostia! ¿Cuántos crees que hay?

—¿Cuántos? —me contestó mostrando una sonrisa lastimera—. ¡Todos! ¡Están todos!

No podía decir que no tuviera razón.

Aquél ejército de reanimados putrefactos se tambaleaba avenida abajo, como guiados por una fuerza invisible. Jamás había visto algo parecido, esa cantidad de muertos vivientes moviéndose junta podía arrasar cualquier lugar por donde pasaran, como una marabunta hambrienta.

—¿Hacia dónde crees que se dirigen? —le pregunté a Fran mientras intentaba ver la parte delantera de la comitiva; pero era imposible, habían cruzado la glorieta y los edificios cercanos me bloqueaban la vista.

—Parece que siguen la avenida, creía que se estaban acumulando aquí, pero creo que han girado hacia Ronda de Levante —tragó saliva antes de continuar—. Tío, debe haber miles, llevan pasando un buen rato.

Eso explicaba por qué no podía ver el principio de aquella tétrica procesión, pero también significaba que eran muchos más de lo que pensaba. Sentí un escalofrío cuando comencé a esbozar una teoría sobre su destino… pero solo había una cosa que pudiera atraer a miles de reanimados: miles de humanos.

—Creo que van a la zona segura. —dejé caer secamente.

Fran me miró alarmado y luego se asomó aun más por la barandilla, como si de esa manera pudiera llegar a ver el objetivo de la marea.

—¿Qué dices? Es imposible, está demasiado lejos como para que algo los haya atraído hasta allí. —replicó mientras la lenta marcha de los muertos vivientes seguía avanzado, a los pies del edificio.

No tenía forma de contarlos con precisión, pero en nuestro adiestramiento nos habían enseñado cómo contar a las multitudes. Tan solo había que calcular la superficie del terreno recorrido y la densidad de personas por metro cuadrado. El final de la marcha no llegaba a verse, y por lo que Fran decía llevaban un buen rato pasando, de modo que echando cuentas calculé que debían ser unos quince mil, aunque todo dependía de lo larga que fuera la cola de la marcha.

Quince mil… quince mil muertos vivientes…

—No es imposible, si siguen por Levante pasarán muy cerca, y con el ruido que hay allí siempre… — le contesté a Fran mientras intentaba asimilar el tamaño de esa cifra.

Pensar que más de quince mil personas en ese momento estaban muertas y convertidas en esos seres era una idea estremecedora. En la zona segura apenas había unos pocos miles de refugiados, pero había tenido la esperanza de que la mayoría de la gente, como había hecho Patricia, hubiera preferido refugiarse en sus propias casas y esperar. Ver aquella multitud pasar me daba a entender que la mayoría de la gente en realidad estaba muerta.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —pregunté para quitarme esos pensamientos de la cabeza—. No creo que podamos bajar.

—Esta terraza está conectada con la del edificio de al lado, y esa con la del siguiente, creo que podemos bajar por el tercer edificio. Ya lo había pensado cuando subí por primera vez —respondió Fran, que seguía mirando embobado el denso flujo de muerte andante que bajaba por la avenida; yo prefería intentar olvidarme de ellos—. Si van a la zona segura, ¿no deberíamos intentar avisarles?

—Ya me dirás como, el comunicador se hizo mierda —al salir nos dieron unas bengalas para lanzar una señal de auxilio en caso de apuro, pero las llevaba el sargento, de modo que, al igual que él, debían estar en el estómago de algún reanimado—. Y si van hacia allí llegarán antes que nosotros, nos ha llevado casi todo el día cruzar cuatro calles de mierda y casi no lo contamos.

No dijo nada, sabía que tenía razón, pero quedarse parado sin hacer nada no le gustaba nada. A mí tampoco me gustaba, odiaba esa sensación de impotencia, pero no había nada que hacer. Además, Patricia se encontraba solo a unas pocas calles más de distancia.

—¿Vamos a pasar aquí la noche? —pregunté para cambiar de tema; me frustraba no poder continuar, pero no tenía el pie en condiciones, y se haría de noche enseguida… sin contar con que un tsunami de muertos vivientes se interponía en nuestro camino—. ¿Por qué no has

abierto alguna casa?

—Estas casas tienen cerraduras buenas, no son tan fáciles de abrir como parece —contestó dejándose caer al suelo, abatido—. Además, no pienso abrir esa puerta, la escalera podría estar ahora mismo plagada de seres. Mejor dormir aquí.

No quise discutir, más que nada porque seguramente llevaba razón, pero me habría gustado dormir en una cama y no en el frío suelo a merced del frío.

“Peor hemos estado” pensé resignándome a no tener esa noche ni a mi novia a mi lado, ni una cama cómoda. Por supuesto, lo ideal habría sido tener las dos cosas, pero qué se le iba a hacer.

La noche caía rápidamente y los reanimados seguían desfilando. Su paso era lento, y muchas veces se detenían por completo, como una procesión inacabable, pero al final siempre volvían a retomar la marcha, y siempre en la misma dirección. Me pregunté, en el caso de que mi suposición fuera correcta, si en la Zona Segura sabrían lo que se les venía encima, y si tendrían medios para contenerlos. Aunque los muros la protegían, podía no haber siquiera suficientes balas para todos los seres que se aproximaban.

Durante la cena gasté la última gota de agua que tenía en la cantimplora, y las raciones solo me durarían hasta el día siguiente, si me obligaba a pasar hambre. Fran no cenó en absoluto, no hizo más que pasarse la tarde moviéndose de un lado a otro, nervioso. Luego, cuando nos fuimos a dormir, le oía revolverse constantemente en su petate.

Temía que todo lo acontecido le hubiera superado. No era la primera vez que pasaba algo así; buenos soldados habían perdido los nervios al verse sobrepasados por las circunstancias, y lo que teníamos desfilando abajo era un motivo bastante bueno. Si yo no estaba igual que él era, sencillamente, porque mi cerebro no había asimilado que quince mil muertos desfilaban en esos momentos a nuestros pies.

Por la mañana me pareció que había despertado algo más calmado, y tras un buen desayuno se le veía hasta optimista. El horror de esos seres caminando en manada había quedado atrás y, aunque el cielo estaba nublado y prometía lluvia, también el día prometía más que el anterior; teníamos una forma de salir de allí más o menos segura y el pie ya apenas me molestaba, no podría darme una buena carrera, pero sí que podía caminar a una velocidad aceptable si no forzaba demasiado. La casa de Patri estaba cerca, de modo que no podría caminar mucho ni queriendo.

—Tenemos que llegar hoy —dije cargándome la mochila en el hombro—. Apenas me queda comida y estoy sin agua.

—Estoy igual, pero aún tengo un poco de agua —contestó mientras

revisaba su arma—. Será mejor que tu novia tenga algo para comer, o pasaremos hambre en el camino de vuelta.

La separación entre las terrazas de los tres edificios era de apenas medio metro, por lo que no nos fue difícil saltar los dos huecos para llegar hasta el tercero y bajar desde allí. No sabíamos si los reanimados seguían en la puerta de nuestro edificio, y no quisimos arriesgarnos a comprobarlo.

La entrada del tercero daba directamente a la avenida, en la dirección que teníamos que tomar.

—Creo que aún puedo olerlos. —murmuró Fran con cara de asco cuando pisamos la calle.

Los restos del paso de aquellas criaturas eran más que evidentes. El césped de la mediana había sido pisoteado por miles de pies arrastrándose y, a base de empujones entre ellos, esas torpes criaturas habían logrado derribar un par de señales de tráfico y un contenedor de basura. Además de eso, en el suelo se podían ver algunas manchas secas producto de todas las guarrerías que los cadáveres putrefactos supuran.

Sin embargo, las manchas y los destrozos no eran lo más llamativo.

—Se han ido todos —observé echando un vistazo al norte y al sur de la avenida; en los últimos tiempos ver una calle así, completamente vacía, era tan raro como verla también vacía de gente cuando los muertos no se levantaban y se comían a los vivos—. No ha quedado ni uno.

Supuse que la larga marea de la noche anterior habría sido lo bastante llamativa como para que cualquier reanimado de las proximidades se uniera a ella, y el resto de seres de la ciudad no habían tenido tiempo de llenar el vacío que sus compañeros viajeros dejaban.

Eso nos facilitó bastante las cosas. El único incidente al cruzar la avenida fue con un cadáver pudriéndose al aire libre que Fran juraba que había visto mover una mano. Al final resultó ser un cadáver sin más, un pobre desgraciado, o desgraciada, porque era completamente irreconocible de lo mutilado que estaba, que al menos había tenido la suerte de no revivir como una de esas cosas, probablemente por estar demasiado dañado.

—Parece reciente. ¿Crees que se lo estaban comiendo pero lo dejaron para irse con el grupo cuando pasó? —preguntó Fran sin poder apartar la vista del cadáver, que olía a podrido desde lejos.

—No me interesan los detalles morbosos, sigamos antes de aparezca alguno de los que si se mueven. —le respondí tirándole del brazo.

Estábamos tan cerca que casi podía sentir a Patri, cada calle por la que nos movíamos me acercaba más a ella, y cuanto más cerca estaba

de su casa, más familiar me resultaba todo: las tiendas, los edificio vecinos… hasta las papeleras y los contenedores.

Resultaba deprimente ver como lugares que conocía bien presentaban un estado tan lamentable como el resto de la ciudad. Las tiendas cercanas, que habían echado el cierre hacía un mes, comenzaban a presentar aspecto de abandonadas, y el suelo de la calle estaba cubierto de la porquería que el viento había arrastrado hacia allí. El bloque de apartamentos donde vivía mi novia tenía un pequeño parquecito enfrente, que consistía simplemente en un poco de césped atravesado por un camino de tierra, dos bancos y una farola. En aquellos bancos habíamos pasado muchas tardes sentados, y me dolió un poco verlos completamente destrozados. Los reanimados no rompen bancos, pero supuse que, cuando la policía tuvo demasiados problemas, los vándalos se sintieron impunes para destrozar el mobiliario urbano.

—Aquí es —le dije a Fran cuando estuvimos cara a cara con el edificio color canela donde vivía mi novia; un reanimado alto y flaco, con un traje que le venía grande, se daba un garbeo por allí, y en cuanto nos vio se lanzó a por nosotros.

—¿Te encargas tu de él mientras yo abro la puerta? —preguntó Fran, señalándome con la cabeza la entrada al bloque.

Pero yo negué con la cabeza. Había llevado las llaves de su casa guardadas en la mochila desde el día que salí, hacía ya más de un mes; cuando el mundo, aunque estaba empezando a perderlo, aún tenía sentido.

—Encárgate tú, esta puerta puedo abrirla yo.

Mientras Fran pasaba a cuchillo al reanimado, saqué las llaves de la mochila y me dispuse a abrir, pero no hizo falta. En cuanto apoyé una mano sobre la puerta ésta se abrió por sí sola… alguien se había cargado la cerradura.

Instintivamente agarré el fusil y di un paso dentro del portal. Siempre me había admirado lo limpio que estaba el suelo de ese edificio, la piedra brillaba tanto que casi te podías ver reflejado en él, pero en ese momento lo único que brillaba era la suciedad, la suciedad y la sangre seca. Como si un grupo de indigentes hubiera decidido pasar allí una temporada, el suelo estaba lleno de latas vacías, bolsas, comida podrida y todo tipo de basura en general. El olor era muy desagradable, pero lo más alarmante eran las manchas de sangre que se encontraban esparcidas por todo el suelo.

—¿Así abres tu las puertas? —preguntó Fran desde la entrada observando la cerradura rota, pero al ver lo que había dentro su gesto mutó a uno de sorpresa—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Buena pregunta. —dije sin poder dejar de mirar la sangre.

Había una gran mancha en los buzones, y en el suelo parecía que

alguien hubiera arrastrado un cuerpo ensangrentado. La preocupación que sentí por Patri en ese momento no se podía describir con palabras. No sabía qué había ocurrido allí ni por qué, así que intenté salir corriendo hacia las escaleras; quería subir al quinto piso, ir directamente a su casa y comprobar que estaba bien… pero Fran me detuvo.

—Espera tío, podría haber reanimados de mierda por aquí —me advirtió agarrándome del hombro; intenté zafarme de él, pero me sostuvo con fuerza—. ¡Espera coño! ¿Qué quieres? ¿Qué te muerda justo ahora un capullo por comportarte como un histérico?

—¡Mi novia vive aquí! —le contesté, girándome para tenerlo cara a cara, señalándole a la vez la sangre y la basura del suelo—. ¡Tengo que asegurarme de que esté bien!

—¡Pues sube corriendo la escalera! Cuando te quiebres la pata te dispararé como si fueras un caballo, ¿vale? —me reprendió con un tono agresivo que no le había escuchado nunca; tanto me sorprendió esa reacción que me quedé plantado en el sitio, y él asumió que había logrado hacerme entrar en razón—. Vamos a asegurarnos de que esto está limpio antes de ir subiendo, ¿de acuerdo?

De mala gana asentí y dejé que él tomara la delantera, pero lo que hizo fue agacharse sobre el rastro de sangre.

—Llega hasta aquí —señaló la puerta que había más allá de los buzones, la que llevaba hasta el cuarto de mantenimiento—. Y entra. Vamos a mirar qué hay.

Aquello me pareció una pérdida de tiempo miserable, hubiera lo que hubiera estaba encerrado tras esa puerta, no representaba un peligro, pero aun así me coloqué en posición para cubrirle, no estaba pensando con claridad y él sí, lo sabía, aunque no me gustara admitirlo.

La puerta no estaba cerrada con llave, pero en cuanto la abrió sentimos un hedor a descomposición realmente vomitivo salir de dentro que casi nos tumbó de espaldas. El cuarto era pequeño y estaba vacío, salvo por cinco cuerpos envueltos en sábanas que descansaban en el suelo, como si alguien hubiera improvisado una morgue. Los cadáveres debían llevar varios días pudriéndose, porque olían insoportablemente mal y segregaban toda clase de fluidos asquerosos que manchaban el suelo.

—¡Dios! —gimió Fran, que debió llevarse un impacto mayor del hedor al ir delante, cubriéndose la nariz con el brazo—. Cadáveres. ¿Crees que son…?

—Demasiado podridos para eso —dije yo conteniendo la respiración y acercándome un paso más para ver mejor—. Estos están muertos de todo.

En las sábanas que los cubrían había tenues manchas de sangre

seca, y los cinco habían sido perfectamente enrollados en ellas.

—Voy a echar un vistazo. —tomé la delantera y me aventuré al interior de aquél cuarto.

—Vale, pero como alguno se mueva lo frío. —contestó Fran haciéndose a un lado para dejarme pasar.

Había tenido muy malas vibraciones al entrar y ver el estado del portal, pero aquello ya era demasiado. Realmente estaba empezando a temer por la vida de Patricia, y solo esperaba no desenvolver la cabeza de uno de esos cinco muertos y encontrarme con su cara.

El primero era un hombre barbudo que no conocía, al quitar la cobertura de la sábana la peste se hizo más insoportable, si es que eso era posible, y la imagen de aquella cabeza putrefacta siendo comida por diminutos gusanos blancos me hizo agradecer no haber desayunado casi nada aquella mañana. El cuerpo tenía una herida punzante en la cabeza, en el centro de la frente, como si se la hubieran atravesado con algo pequeño y afilado.

"¿Un balazo, quizás?" me pregunté, pero como no tenía ganas ni conocimientos para ponerme a hacer una autopsia, volví a envolver el cuerpo y lo pasé al siguiente.

El segundo cadáver fue más duro de contemplar, porque lo conocía. Los vecinos que vivían en la puerta de al lado de Patri eran una mujer y su hijo. Ella no llegaba a los cuarenta años, y el chaval tendría unos diez. Los había visto varias veces porque la mujer, cuyo nombre no recordaba en ese momento, y Patricia habían sido muy amigas… no le haría ninguna gracia saber que ella estaba muerta. En la cabeza tenía la misma herida punzante que el barbudo, justo en el centro de la frente.

No me pregunté durante mucho tiempo qué habría sido de su hijo, ya que éste era el tercer cadáver, y tenía exactamente la misma herida.

Los otros dos estaban prácticamente igual. Lo primero que pensé fue que lo más probable era que les hubieran atravesado el cerebro para matarlos cuando revivieron tras su muerte, cuyas causas desconocía. Pero, por la precisión de la herida, todas en el mismo lugar, deduje que se las habían hecho antes de que se reanimaran, justo tras morir.

—¿Qué crees que ha podido causar esta herida? —le pregunté a Fran, que se adelantó lo justo para echar un vistazo—. ¿Una bala?

—No parece una bala, yo creo que ha sido algo punzante. —respondió, pero sin mucho convencimiento.

Como no había forma de averiguarlo, dejé los cuerpos y regresamos al portal. Al cerrar la puerta nos pudimos librar de su insano hedor, y hasta la peste de la basura y la comida descompuesta nos pareció gloria bendita en comparación.

—¿Subimos de una vez? —le insistí.

Tras ver los cuerpos de vecinos, porque si dos eran vecinos seguramente los otros tres también, aunque yo no los conociera, estaba que me moría de preocupación.

—Si vamos. —dijo avanzando hacia la escalera.

Subirlas hizo que el maldito tobillo comenzara a molestarme otra vez, pero aguanté el tipo lo mejor que pude, no iba a detenerme por un ligero dolor.

No había reanimados por allí, ni tampoco cadáveres, pero lo que si nos encontramos fueron las puertas de dos de las casas del primer piso abiertas de par en par.

—No iremos a revisarlas, ¿verdad? —le pregunté con tono de reproche a mi compañero.

Si las de los demás pisos estaban abiertas también, podíamos tirarnos horas revisándolas todas… y la única puerta que me interesaba de verdad era la del quinto A.

—No me gustaría que los reanimados nos atacaran por la espalda escaleras arriba. —protestó, pero parecía dudar y decidí aprovecharme de ello.

—Bien, quédate tú si quieres, yo me voy al quinto, estoy hasta los cojones de esto ya. —sin perder un instante seguí subiendo y, tras rezongar un par de segundos, él vino detrás de mí.

Las casas del segundo piso estaban cerradas, y las del tercero y cuarto también. Al llegar por fin al quinto sentí la pierna ligeramente entumecida, pero me dio igual, me abalancé sobre la puerta cerrada de Patricia y la abrí con las llaves.

—¡Espera tío! —me alertó Fran cuando me adentré en la casa.

Solo la luz de la escalera iluminaba la oscuridad de la entrada, pero con un simple vistazo pude comprobar que todo estaba tal y como lo recordaba: la estantería llena de libros, el paragüero, la mesita con el jarrón horrible que tanto le gustaba… todo seguía allí. Era una buena señal, o eso me pareció. Doblé por el pasillo y descubrí que el motivo por el que no había luz en la entrada era porque todas las puertas del pasillo estaban cerradas, y no dejaban pasar la luz de las ventanas de las habitaciones.

—¿Hola? —grité en voz alta mientras Fran cerraba la puerta de la entrada tras él—. Patri soy yo, ¿estás ahí?

No hubo respuesta, de modo que abrí la puerta del comedor.

Allí no había nadie, y además olía a cerrado. Un par de mantas usadas se encontraban tiradas encima el sofá y había restos de comida en la mesa; alguien había comido y dormido en esa habitación.

Sin pararme a registrar más a fondo el comedor fui a abrí la cocina, y nada más hacerlo me llegó un olor repugnante cuyo origen eran los restos de comida pasada que estaban desperdigados sobre la

encimera, donde alguien también había dejado tirados los envases y latas de lo que se habían ido comiendo. Los cajones estaban abiertos y la nevera también, aunque, como no había electricidad, aquello no tenía importancia.

—Tu novia no es muy limpia, me parece. —observó Fran.

No le hice ni caso. No sabía que pensar de todo aquello, tan solo me tranquilizaba un poco el no estar encontrando restos sangre por allí. Lo demás… seguro que tenía alguna explicación.

Le hice un gesto para que me siguiera al dormitorio, que resultó ser la habitación mas desordenada de todas. Todos los armarios estaban abiertos y revueltos, el contenido de los cajones tirado por todas partes y la cama deshecha a conciencia.

—Ni muy ordenada. —añadió.

Yo sabía que no podía había sido cosa de ella; no es que fuese una maniática de la limpieza, pero el desorden no le gustaba… y aquella casa parecía más un vertedero que su piso.

—Mira en los cuartos de baño. —le dije a Fran sin mucha esperanza, no tenía sentido que se encontrara allí y no me hubiera escuchado llegar; pero, si no estaba en la casa, no tenía ni idea de dónde podía estar, ni si se encontraba bien.

Mientras él se encargaba de los baños yo me acerqué a la cómoda, buscando el segundo cajón, que ya estaba abierto de par en par. Allí era donde guardaba sus joyas, en una cajita que le había regalado su madre hacía unos años. La cajita estaba abierta, pero no faltaba nada dentro de ella.

—Limpio —me informó Fran tras revisar los dos cuartos de baño—. Bueno, por decir algo. No está allí, pero está todo revuelto, como si hubieran registrado a fondo sin ningún cuidado.

—No han cogido nada… creo que han saqueado la casa. —concluí al unir todos los indicios.

—¿Saqueado? ¿No has dicho que no se han llevado nada? —Fran no las tenía todas consigo, pero yo estaba casi seguro—. No sé, quizá tuvo que irse no se llevó cosas que no eran imprescindibles.

—No. Han saqueado la casa, pero ya estaba vacía cuando lo hicieron, eran tres y han estado viviendo aquí una temporada. —lo veía todo bien claro, uno había dormido en el sofá y dos en la cama…

“Su cama” me corregí con rabia.

No eran saqueadores a la antigua usanza, de los que cogían joyas, televisores y cualquier cosa de valor. Eran nuevos saqueadores, de los que cogían cosas realmente imprescindibles para la supervivencia, como toda la comida que había en la casa y cuyos restos vimos en la cocina. Utilizaron la casa mientras les quedaba algo que comer, pero en cuanto se les acabó se marcharon.

—No es una mala teoría. —dijo Fran después de que se la

explicase.

No me gustaba nada que alguien hubiera usado la casa de Patricia de aquella manera, pero tampoco podía reprochárselo, yo había hecho lo mismo dos días antes.

—Lo único que no responde es donde está ella ahora.

Y aquella era la única respuesta que me importaba. Revisé la casa de arriba abajo, por si encontraba alguna pista, alguna nota, el más mínimo indicio de a dónde había ido y por qué; pero no tuve éxito.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Fran después de un cuarto de hora de búsqueda.

—Tendremos que revisar las demás casas —contesté sin mucho ánimo dejándome caer en el sofá donde algún desconocido había dormido—. Intentar averiguar qué ha pasado aquí. Quizás así sepamos donde…

Un súbito ruido nos alarmó a los dos; alguien estaba trasteando con la cerradura de la puerta. Me puse en pie de un salto y el tobillo me dio un ligero pinchazo, Fran y yo nos miramos, quise adelantarme para asomarme al pasillo y ver quién se acercaba, pero me retuvo agarrándome del brazo.

“Podría ser ella, capullo” quise decirle, pero me callé y me detuve en cuanto escuché unos pasos acercarse.

Eran pasos pesados y lentos, no eran los pasos de Patri.

Me pegué al lado del a puerta del comedor, preparado para saltar contra el extraño invitado en cuanto estuviera lo bastante cerca, y Fran se preparó para cubrirme. En cuanto escuché los dubitativos pasos justo al lado de la puerta me lancé sobre aquél visitante.

El cuerpo contra el que choqué no opuso demasiada resistencia, en cuanto impacté con él cayó al suelo derribado. Era un hombre, o más bien casi era un hombre; probablemente aún le quedaran un par de años para cumplir los dieciocho, pero ya mostraba una barbita poco densa y bastante ridícula, propia de alguien de su edad. En la mano llevaba un picahielos, Fran no tardó en arrancárselo de la mano de una patada.

—¡No me disparéis! —suplicó con voz aguda mientras se cubría la cara con los brazos.

—¿Quién eres tú? —le grité incorporándome, pero él no hizo ademán de ir a levantarse, se quedó lloriqueando en el suelo.

—¡No me disparéis, por favor! —repitió lastimosamente.

Su cara no me sonaba, si era un vecino del edificio no lo conocía.

—Te he hecho una pregunta, ¿Quién coño eres? ¡Responde! —le volví a gritar sin ninguna delicadeza.

Me agaché y le agarré por un brazo con brusquedad, no me costó nada levantarlo, estaba realmente flaco.

—¡No me dispares! —repetía como un papagayo.

Ver nuestras armas lo había acojonado y estaba a punto de hacérselo encima. Me cabreó tanto que fui a darle un tortazo para que se espabilara y empezara a responder preguntas…

—Para tío —me dijo Fran agarrándome el brazo y conteniéndome por segunda vez—. No sabemos si ha hecho algo malo.

—Por última vez, ¿cómo te llamas? —bramé en su cara.

—¡Kevin! ¡Me llamo Kevin! —respondió con un chillido agudo—. ¡No me hagas nada! ¡Yo no he hecho nada!

Le empujé al suelo y él volvió a caerse, quedando tumbado boca arriba y mirándonos con pánico.

—¿No has hecho nada? Tienes las llaves de esta casa, y además llevas un picahielos —le solté al recordar las heridas punzantes de los cadáveres de la entrada—. Creo que tienes demasiadas preguntas que responder, Kevin.

DANI

Cuando mis padres me mandaron a la cama la noche del día siguiente creía que no iba a poder quedarme dormido por culpa de las visitas. En toda la zona segura la gente estaba muy intranquila debido a que los soldados que vigilaban el muro, que nos protegía de los resucitados, no estaban disparando contra los muertos del otro lado desde hacía casi dos días.

—¿No es paradójico que la gente ahora esté alterada porque no hay disparos? —bufó mi padre cuando se deshizo de la octava persona que se acercó a nuestra tienda a preguntar por aquello.

—¡Mi hermano dice que se escucha a los resucitados al otro lado! ¿Qué es lo que está pasando? —quiso saber un hombre que parecía bastante enfadado; era un tipo feo y calvo como una bola de billar, y al final mis padres tuvieron que librarse de él de malos modos.

Como ellos hablaban diariamente con los militares, todos pensaban que sabían lo que estaba ocurriendo, y por eso iban a pedirles explicaciones.

—Más bien es irónico. —le corrigió mi madre, que tenía la misma cara que solía adoptar cuando me iba a mandar a la cama por las malas.

—¿Y por qué no están disparando? —preguntó Sandra de sopetón.

“Podrías ser más discreta” pensé mientras la miraba frunciendo el ceño

Pero mis padres no notaron que ella ya sabía la respuesta… nunca nadie sospechaba de ella, era curioso pero la gente se pensaba que por ser ciega ya no podía hacer cosas malas.

—Es por la lástima —me explicó un día, después de robar unos caramelos de una tienda. —Se sienten culpables de acusarme de cosas, aunque sea evidente que las he hecho. Qué bien me habría venido hace un tiempo, ¿verdad?

Esa revelación me dejó pensativo un buen rato, mientras me comía mis caramelos, porque aunque ella dijera que era por lástima realmente se había transformado en buena persona al quedarse ciega. Antes del accidente no me hacía mucho caso y siempre estaba gritándose con mis padres. También llegaba tarde a casa, fumaba y salía con chicos.

—No es verdad, tu ahora eres buena y antes no. —le respondí en aquella ocasión.

Se metió un caramelo de los que había robado en la boca y sonrió mientras me daba un apretón en el hombro. Antes de aprender a andar con el bastón se guiaba apoyándose en el hombro de alguno de nosotros, que teníamos que hacer de sus lazarillos.

—Puede que tengas razón, ¿sabes? Si no contamos los caramelos que acabamos de mangar, claro…

—¿Tu también, hija? —exclamó mi madre, exasperada, como respuesta a la pregunta que Sandra le había hecho.

—Es una decisión táctica —explicó mi padre, que siempre había tenido más paciencia que mamá—. Por lo visto temen que los tiros atraigan a un grupo muy grande que se mueve cerca de aquí, así que van a abstenerse de disparar hasta que pasen de largo.

"Nuestro grupo" pensé mirando a Sandra… pero claro, ella no me devolvió la mirada, tan solo se mordió el labio inferior con preocupación.

Si he de ser sincero, tenía más miedo en ese momento que cuando me había enterado de lo que pasaba al espiar al comandante y los capitanes. Que a plena luz del día te digan que veinticinco mil resucitados se acercan no es tan grave; es de día y veinticinco mil es una cantidad que no podía ni contar. Pero de noche era otra cosa. Me imaginaba a un montón de hombres pálidos, podridos, con heridas sangrantes, gruñendo como animales y moviéndose en la oscuridad… y me daban escalofríos.

—¿No es un poco raro? —insistió Sandra.

Yo sabía a dónde quería llegar, lo de reclutar a "civiles" para que disparasen también junto a los soldados del muro era lo que más nos preocupaba a ambos, ya que mis padres podían formar parte de ellos; o al menos eso pensábamos los dos. Sandra intentaba sonsacarles cualquier otra información que pudieran saber sobre el tema, como me había dicho que intentaría hacer.

—Quiero decir… —siguió— no disparan para que no vengan muchos de golpe, pero haciendo eso consiguen que los resucitados se amontonen, al final terminan igual, ¿no? A menos que el grupo ese sea muy, muy grande.

—Pues no lo sé, hija —le contestó mi padre—. De contar muertos vivientes no me encargo yo, supongo que el comandante y los demás sabrán mejor que nadie qué hacer.

"No, ellos tampoco sabían qué hacer" me dije recordando la conversación que habían tenido.

De hecho, incluso creían que los muros podrían no resistir. Pero aquello parecía imposible viendo la gran barrera de hormigón que nos protegían. ¿Cómo iba a poder una persona, porque un resucitado no era más que una persona loca, romper eso? Ni en un millón de años

Sandra no insistió mucho más, no parecía que mis padres supieran

nada sobre el tema, y a nadie le apetecía seguir hablando sobre muertos vivientes. Como no había nada más que discutir y la gente de otras tiendas dejó de venir, pude dormirme de una vez.

Tuve un sueño muy raro. Soñé que me despertaba en mi tienda de campaña y en lugar de encontrarme con mi hermana y mis padres, allí estaban todos mis compañeros del colegio. Entonces sonaba el timbre y todos salíamos de la tienda corriendo, pero en lugar de salir a la zona segura salíamos al patio de mi colegio.

Tras atravesar corriendo el patio llegué a la calle, donde normalmente las madres esperan a que salgamos para recogernos. Sin embargo, mis compañeros de clase habían desaparecido, y en lugar de madres había resucitados. Estaban allí quietos, parados, con la mirada perdida, machados de sangre y con heridas horribles y asquerosas. Mi madre no era uno de ellos, pero estaba entre ellos, como si fueran personas normales. Quería ir con ella, pero me daba miedo atravesar a la multitud de muertos vivientes.

—¡Dani cariño! ¡Estoy aquí! —me llamaba ella, sonriendo mientras agitaba una mano en el aire para llamar mi atención.

Intentaba dar un paso adelante, pero los resucitados cercanos me miraban, y por sus miradas sabía que si terminaba de dar ese paso se echarían sobre mí.

—¿Dani? —mamá parecía confusa, no sabía por qué no iba hacia ella y parecía preocupada.

—¡Mamá no puedo ir! ¡Me morderán! —grité mientras sentía ganas de echarme a llorar.

Intentando encontrar en sus miradas un ápice de compasión les volví a mirar, y me asusté porque los conocía a todos… allí estaban mis profesores, algunos vecinos, gente que conocía solo de vista y hasta la tía Isabel, el tío Juan y mis primos.

—¡Alicante ha caído! ¡Madrid ha caído! ¡Barcelona ha caído! —la voz del capitán Alcaraz sonó detrás de mí y me giré a mirarlo.

Nunca había visto su cara, de modo que la que tenía en el sueño debía de ser falsa, pero aun así me resultaba extrañamente familiar. Llevaba unos auriculares puestos y hablaba muy alterado a través de un micrófono.

—¡Valencia y Sevilla también han caído!

Se levantó y me miró directamente a los ojos, poniendo una mueca de asombro.

—Murcia también ha caído, Dani —me dijo con tristeza—. Lo siento.

Unas manos me agarraron por los hombros y me dieron la vuelta… Sandra tenía las mismas heridas que el día que me llevaron a verla al hospital, después de tener el accidente. Estaba cubierta de moratones

y cortes varios sitios, sobre todo en la cabeza; pero en mi sueño era una resucitada, y lo último que vi fue como se lanzaba a morderme.

Cuando me desperté sobresaltado todo estaba a oscuras, sentía unas manos agarrándome y quise moverme, pero éstas me retuvieron.

—Solo ha sido un sueño. —me susurró mi hermana tumbada a mi lado.

Había pasado varias horas, todos se habían ido a dormir ya; podía escuchar los leves ronquidos de mi padre en su cama, y Sandra estaba en la que compartíamos, a mi lado. Sus manos eran las que me agarraban.

Respiré con alivio al ver que el sueño solo había sido eso, un sueño.

—¿Has tenido una pesadilla?

—¿Cómo lo sabes? —le susurré yo a su vez.

Me di cuenta de que todo lo que había soñado no tenía sentido, pero había sido tan real mientras lo soñaba… es curioso como en los sueños todo parece que tiene lógica, pero luego resulta que no tiene ninguna.

—Has empezado a moverte mucho —contestó sin levantar la voz—. Me parece que te has equivocado.

—¿En qué? —le pregunté; no sabía qué quería decir, pero hablar de cualquier cosa era mejor que volver a pensar en la pesadilla.

—En lo de reclutar civiles. Si no están atacando a los resucitados no necesitan a civiles que disparen, ¿no?

Aquello tenía sentido, tanto que temí estar en un sueño, despertar y descubrir que aquél sentido había desaparecido. Intenté recordar toda la conversación que habían tenido los militares, pero no fui capaz de rememorarla entera, y no sabía qué habían dicho exactamente.

—Creo que solo van a disparar si los muertos se acercan. —le dije tapándome con las mantas hasta el cuello, dispuesto a volver a dormirme; no me había acostado con sueño, pero tenía muchísimo en ese momento.

—Pues esperemos que no se acerquen —suspiró Sandra tapándose un poco más también—. Haz el favor de no tener más pesadillas, te mueves demasiado.

Di un gruñido y cerré los ojos. Me quedé dormido enseguida.

Desgraciadamente, sus esperanzas no se cumplieron. Me desperté de nuevo aquella noche al escuchar voces en la puerta de la tienda; pero no era lo único que se oía, un tamborileo desconocido sonaba sobre el techo de plástico, como si le estuvieran cayendo gotas encima. Debía estar lloviendo, pero, por la intensidad, me imaginé que tan solo chispeaba. Sin embargo, aquél sonido quedaba completamente ensordecido ante el ruido de los fusiles siendo

disparados por los militares.

Mi hermana no estaba a mi lado, sino sentada sobre la cama de mis padres, mientras que mis padres se encontraban en la puerta de la tienda hablando con alguien. No entendía cómo no me había despertado antes, aquellos disparos parecían un tiroteo que no se acababa nunca.

—¿Qué pasa? —pregunté adormilado.

Sandra giró la cabeza hacia mí y me hizo un gesto con un dedo en la boca para que me callara, luego me señaló la entrada a la tienda, donde estaban mis padres. La persona con la que hablaban era un soldado, con su traje gris, su casco, un fusil a la espalda y una carpeta en las manos. Permanecía fuera de la tienda, bajo la lluvia, sin que le importara estar mojándose.

Mi mente se despejó inmediatamente al caer en la cuenta de lo que estaba pasando. Los resucitados se habían acercado y los soldados sobre el muro estaban acribillándoles. Y, tal y como habían dicho los capitanes, estaban reclutando a civiles que supieran manejar armas.

Sin pensarlo más me bajé de la cama, me puse las zapatillas y me dirigí a la otra cama para estar al lado de mi hermana.

—¿Se van a ir? —pregunté en voz baja.

En el pasado siempre había pensado que el que mis padres supieran usar armas molaba mucho. Cuando les decía a mis amigos que mi madre sabía disparar alucinaban, pero hubiera dado cualquier cosa porque no supieran hacerlo y que los militares les dejaran en paz. No quería que se fueran.

—Están discutiéndolo… —me contestó ella, prestando más atención a la conversación que tenían allí fuera que a mí.

Yo la imité y me limité a escuchar.

—¡No podemos irnos los dos! —le decía mi madre al militar, que los miraba bastante serio.

—Tenemos órdenes del capitán… —respondió él.

Presté más atención para ver si decía el nombre de un capitán que conociera, pero mi padre le interrumpió antes.

—Sus propios capitanes crearon unos reglamentos al levantar esta instalación —le dijo enfadado—. Tenemos un hijo menor de edad y por tanto ha de haber siempre un progenitor a su cuidado.

¿Sería posible que gracias a que solo tenía diez años uno de ellos se librara? Esa idea me gustaba, ojalá hubiera tenido un hermano también menor de edad para que se pudieran quedar los dos.

—La situación es de máxima alerta —les contestó el soldado sin perder la paciencia—. Necesitamos a todo civil cualificado encima del muro.

—Sí, lo entiendo —le dijo mi madre—. Pero seguimos teniendo un hijo menor de edad. Uno debe quedarse, según sus propias normas.

—Las normas han cambiado —el soldado abrió la carpeta que llevaba en las manos y sacó, con cuidado para que no se mojara por la lluvia, un papel que le entregó a mi padre—. Según nuestros registros tienen otra hija, ésta mayor de edad, que puede encargarse del niño mientras estén ausentes.

Mi madre dio un gemido de consternación y tuvo que sentarse en una de las sillitas que utilizábamos para comer. Hasta mi hermana se llevó una mano a la boca y se le enrojecieron los ojos.

—Mi hija es mayor de edad, si, pero sufre una ceguera total, está discapacitada. —le dijo mi padre, pero su voz no era tan segura como un momento antes, casi parecía estar rogándole.

Mamá se tapó la cara con las manos, como hacía cuando lloraba, y Sandra se levantó de la cama para ir con ella.

—Lo siento señor, pero son las órdenes… —insistió el soldado, que casi parecía lamentarlo de verdad.

Mi padre miró el papel que tenía en las manos y luego nos miró a todos, mientras mi hermana y mi madre se abrazaban. Cuando dirigió su mirada hacia mí y vi su expresión se me cayó el alma a los pies; ese gesto de “ahora que hago” no era nada propio de él, mi padre siempre sabía lo que había que hacer.

—Le ruego que entre en razón —suplicó—. Mi hija no puede hacerse cargo…

—Señor, no hay tiempo que perder —interrumpió el soldado—. Si no vienen por las buenas tendré que llevármelos arrestados.

La amenaza parecía ir en serio, así que mi padre se acabó rindiendo.

—Al menos denos un momento para despedirnos. —le pidió al soldado, el cuál asintió sin mutar el gesto lo más mínimo.

Sandra dejó a mi madre y corrió a abrazar a papá, mientras que mamá vino hacia mí y me dio un abrazo tan fuerte que temía que fuera a romperme las costillas. Luego me dio por lo menos diecisiete besos antes de soltarme.

—Todo va a ir bien, ¿vale cariño? —me dijo con lágrimas en los ojos, pero sonriendo—. Tienes que portarte bien y hacer caso a tu hermana hasta que volvamos, ¿de acuerdo?

Asentí sintiendo ganas de echarme a llorar yo también. Llorar era de niños pequeños, pero al recordar que los militares habían dicho que la zona segura podría no aguantar tuve miedo… y no me gustaba tener ese miedo, me sentía muy tonto, era imposible que a mis padres les pasara nada, iban a estar bien.

Al final, para consolarme, le di unos cuantos besos yo también.

Luego le llegó el turno de despedirse de mi padre. Se había despedido antes de Sandra, pero mientras que ella lloraba como una magdalena, él no había dicho nada, ni mostraba ningún sentimiento.

Mi padre no había llorado jamás, al menos que yo hubiera visto. Cuando se acuclilló frente a mi me miró con gravedad, apoyando sus manos en mis hombros.

—Tienes que cuidar de tu hermana, ¿vale? —me susurró con tanta seriedad que al principio pensé que me estaba regañando. —Ahora eres el hombre de la casa, así que prométeme que cuidarás de tu hermana, pase lo que pase.

—Vale… —le respondí yo un poco confuso.

¿Cómo iba a cuidar yo de Sandra? Ella era la mayor, y hasta ciega se las apañaba mejor que yo.

—No —dijo mi padre negando con la cabeza; tras él, mi madre le daba su correspondiente ración de besos a Sandra—. Tienes que prometérmelo. Prométeme que cuidarás de tu hermana pase lo que pase.

—Te lo prometo —le contesté sin salir de mi asombro; mi padre nunca se había puesto tan serio conmigo—. Cuidaré de Sandra, pase lo que pase.

No dijo nada, solo me apretó más los hombros, como había hecho Sandra cuando tuve la pesadilla, y luego me abrazó.

Antes de que se fueran, el soldado tuvo que agarrar del brazo a mi madre cuando volvió a cogerme y a estamparme besos por toda la cara.

Mientras se los llevaban, Sandra y yo salimos de la tienda para verlos partir, sin que nos importara un pito mojarnos por la lluvia. Iban en dirección al colegio, donde seguro que les iban a dar armas y esas cosas antes de subir al muro a pelear contra los resucitados. Antes de doblar entre las tiendas, mi padre se giró y me miró con un gesto severo que yo interpreté como un recordatorio de la promesa que había hecho.

En cuanto desaparecieron de nuestra vista, o más bien de mi vista, se lo dije a Sandra y juntos volvimos dentro de la tienda. Fuera, aun con la lluvia, que cada vez era más intensa, había personas de otras tiendas que se habían asomado al escuchar los disparos y comentaban entre ellas lo que podía estar pasando. Mi hermana cerró la cremallera en cuanto pasamos dentro, luego se sentó en la cama de mis padres y se puso a llorar otra vez. Me mantuve en silencio, luchando por no llorar yo también, hasta que se tranquilizó, y entonces me dijo que me acostara y que siguiera durmiendo.

No pude dormir más en lo que poco que quedaba de noche. Entre la lluvia, los disparos y que de vez en cuando la escuchaba sollozar, sencillamente no era capaz de conciliar el sueño.

Por la mañana la cosa no había cambiado demasiado; seguía lloviendo, aunque no muy intensamente, y desde el muro los militares

seguían luchando contra los resucitados. Sandra también seguía tan triste como por la noche.

Tuvimos que ser ella y yo quienes fuéramos a recoger la comida al colegio ese día. Como no estaban mis padres, tuve que guiarla entre las tiendas de campaña, los charcos de la lluvia de por la noche y la gente, que aún parecía preocupada y no dejaban de dirigir sus miradas hacia el muro, sobre el cual había más soldados que nunca.

—¡Mierda! —protestó Sandra al tropezarse con la cuerda que sostenía una tienda y casi caerse al suelo—. Por eso no me gusta salir aquí fuera... y menos cuando llueve.

Yo solo podría haber ido perfectamente a por la comida pero, por lo visto, hacía falta la firma de un mayor de edad en una lista que tenían, y tuvo que acompañarme. Aunque así fuéramos más lentos no me molestó, prefería tenerla cerca; le había prometido a mi padre que cuidaría de ella mientras no estuvieran y pensaba cumplir la promesa.

—¿Los ves? —me preguntó Sandra cuando la ayudé a saltar un charco especialmente grande.

Se refería a mis padres, por supuesto. Subidos al muro había muchos soldados, e incluso algunas personas que no vestían con uniforme militar, por lo que debían ser civiles reclutados como ellos, sin embargo, a ellos no les vi.

—No, no están. —le respondí esperanzado… quizá no habían necesitado a todos los que habían reclutado, a lo mejor estaban dentro del colegio esperando, o haciendo otra cosa.

—Deben estar en otra zona. —contradijo Sandra a mis pensamientos dando un suspiro de preocupación.

Si, aquello tenía sentido, pero me gustaba más pensar que no estaban ahí. No es que tuvieran mucho peligro sobre el muro, pero ya habían ocurrido accidentes antes. Un soldado se cayó por el lado de fuera y se rompió una pierna, y dos personas que quisieron marcharse saltaron el muro por la noche y les atacaron unos resucitados, solo uno logró escapar, o eso se contaba. No creía que mis padres fueran a caerse pero, si ocurría, había miles de muertos vivientes al otro lado…

—Van a estar bien —le dije convencido—. Están ahí arriba, lejos de ellos. ¿Por qué les va a pasar nada? Los resucitados no saben escalar.

—Y aun así otras zonas seguras han caído, según me dijiste que habías oído. —reflexionó ella alzando la cabeza hacia los disparos, como si quiera escucharlos mejor.

En aquello tenía razón, los militares dijeron, la primera vez que les espiré que habían caído muchas ciudades, y seguro que los militares que defendían el muro fueron los primeros en caer porque eran los que en primera fila de combate.

Sandra debió percibir de alguna forma mi repentina preocupación, porque me despeinó con una mano y sonrió.

—Pero seguro que tienes razón, estarán bien. Venga, vamos a por la comida, que me muero de hambre.

Había acompañado a mi padre muchas veces a recoger la comida. La repartían en la entrada del colegio, y normalmente un par de soldados, con las armas en la mano, vigilaban que no hubiera problemas. Otro militar comprobaba la lista donde había que firmar, el cuarto sacaba las raciones que el tipo de la lista le decía y un quinto vigilaba el lugar donde guardaban la comida y de donde sacaban las raciones. Pero aquella vez tan solo había dos, uno que vigilaba y otro que hacía todo lo demás, y que parecía bastante agobiado.

—¿Sabe algo de lo que está pasando en el muro? —le preguntó mi hermana tras recoger las dos raciones que nos correspondían; aunque mis padres no estaban nos seguían dando comida para cuatro, y me pareció que iba a sobrar un montón.

El soldado la miró con un gesto hosco que a ella, evidentemente, le pasó inadvertido.

—¿Acaso me ves sobre el muro? —dijo con brusquedad, e inmediatamente, y sin dar más explicaciones, hizo pasar a una familia que esperaba detrás de nosotros.

El viaje de vuelta a la tienda se hizo largo y pesado, y eso que tan solo eran unos metros; pero había que rodear los pasillos que formaban las tiendas amontonadas, y tenía que ir atento a que Sandra no se chocara con nada, no se metiera en un charco, o alguien se le cruzara por delante de repente. Cuando llegamos a la tienda estaba tan harto que no pude imaginarme cómo debía hacer ella cuando quería ir a los aseos portátiles… aunque esos estaban más cerca que la fuente de agua o el colegio.

—Cuando traigamos el agua puedes irte con tus amigos, si quieres. —me dijo dejando las raciones sobre la cama de mis padres.

Sonreía, pero era una sonrisa triste, y además desapareció inmediatamente. Su abrigo, a diferencia del mío, no tenía capucha, y se había mojado el pelo hasta el punto de que le chorreaba por toda la cara como si fueran unos tentáculos castaños.

—Aunque no sé si papá y mamá querrían que estuvieran por ahí fuera tu solo con lo que está pasando…

—No voy a salir. —le dije, para que no se comiera más la cabeza.

No quería salir, le había hecho una promesa a mi padre e iba a intentar cumplirla. Leo, Jorge y Fer podían vivir un día sin mí… aunque, si sus madres les dejaban acercarse al muro, con tantos disparos que se estaban produciendo conseguirían miles de casquillos para sus colecciones.

Como yo no quería salir, y ella no podía, se pasó el resto de la mañana con unas tarjetas que tenía para aprender a leer Braille, mientras que yo empecé a leerme por segunda vez un libro que mi

madre me había traído de casa.

Guardé en mi equipaje la videoconsola cuando salimos hacia la zona segura, pero se le había acabado la batería hacía más de dos semanas, y no tenía donde recargarla. Menos mal que mamá fue previsora y me obligó a llevarme el libro, aunque yo no quisiera hacerlo. Era muy entretenido, iba sobre un niño que descubre que es un mago, pero lo malo era que ya me lo había leído por completo y, aunque sabía que tenía más partes, esas se habían quedado en casa.

Durante toda la mañana siguieron sucediéndose los disparos. Nos habíamos acostumbrado a escuchar unos cuantos cuando un grupo de resucitados se acercaba a la zona segura, pero aquello parecía un bombardeo infinito.

—¡Dios, es insufrible! —protestó Sandra al mediodía, mientras comíamos—. ¿Tantos resucitados hay ahí fuera?

—Veinticinco mil habían dicho —le respondí después de tragar un trozo de albóndiga—. O eso creo.

En realidad lo recordaba perfectamente, esas cosas no se olvidan.

Aquella información intranquilizó a mi hermana más de lo que ya estaba. Había estando intentando parecer tranquila, pero se notaba que estaba más pendiente del ruido que de lo que hacía. Apenas había probado bocado.

—Veinticinco mil —repitió como para asegurarse—. Y no ha venido nadie en toda la mañana para decirnos nada de papá y mamá. ¿Deberíamos acercarnos a preguntar?

—No lo sé. —me lo preguntaba a mí, y yo no tenía ni idea de qué se hacía en esos casos.

—Podemos ir, si quieres, después de comer.

Esperamos hasta las cinco de la tarde para hacerlo. Aunque había parado un rato después de la hora de comer, para entonces ya estaba lloviendo de nuevo, y los disparos seguían retumbando por toda la zona segura sin detenerse ni por un segundo.

Fuera de la tienda la gente seguía nerviosa, cuchicheando entre si y mirando de reojo siempre en dirección al muro. La lluvia hacía que la mayoría se quedaran dentro de sus tiendas, pero aun así había mucha gente dando vueltas por allí. Dentro de las tiendas el aburrimiento era tan mortal que a muchos no les importaba mojarse con tal de estar fuera.

Nos llevó otro largo rato llegar hasta el colegio sin que Sandra tropezara con nada; tanto que hasta le dije que podía ir yo a preguntar, pero ella se negó a dejarme solo.

—Además, no harán caso a un niño —añadió—. Te mandarán de vuelta a la tienda sin decirte nada.

Quizá tenía razón, pero que ella viniera no supuso ninguna diferencia, ya que nadie nos hizo ni caso cuando llegamos al colegio.

La puerta principal estaba cerrada y no se veía a ningún militar por allí.

—¿Estarán todos encargándose de los resucitados? —se preguntó Sandra en voz alta cuando le expliqué que allí no había nadie.

Recorrimos todo el colegio y esperamos un buen rato bajo la lluvia, pero nadie se dignó a asomarse. Cuando ya estábamos a punto de rendirnos y volver, por una puerta lateral salió un grupo de cuatro soldados cargando unas cajas cuadradas y verdes que parecían metálicas. Intentamos acercarnos a ellos, pero se dirigieron rápidamente a las escaleras que subían al muro, y allí ya no nos atrevimos a acercarnos. Los militares nos habían prohibido subir al muro, y seguramente sería peligroso hacerlo con tanta gente pegando tiros ahí encima.

—¿Nos volvemos ya? —le pregunté cuando el agua de la lluvia me había empapado ya completamente la ropa.

Empezaba a sentirme helado, pese a llevar un abrigo y un jersey encima. Ella, por supuesto, no podía ver eso, de lo contrario habría querido volver y no sabríamos qué ocurría con mis padres. Yo quería volver para cambiarme la ropa por otra más seca, pero aun quería más saber si estaban bien.

—Quizá deberíamos —admitió sin mucho entusiasmo—. No parece que podamos hablar con nadie, y aunque paráramos a un soldado, no creo que sepa nada de papá y mamá.

Emprendimos el camino de vuelta, bastante tristes por regresar sin ninguna noticia. La lluvia empezó a caer más fuerte y la gente que quedaba fuera de sus tiendas entró en ellas para protegerse, como estaba deseando hacer yo. Sin embargo, a mitad de camino mi hermana se detuvo.

—¿Qué pasa? Me estoy congelando. —le dije casi suplicante.

Aunque todavía era de día, por las nubes parecía casi de noche, y no me habría importado meterme bajo las mantas a dormir; pero Sandra tenía otros planes. Me agarró por los hombros con suavidad y se arrodilló frente a mí, mirándome con esos ojos que no podían ver y que resultaban un poco inquietantes hasta que te acostumbrabas a ellos.

—Sí que podemos enterarnos de algo, si quieres —me dijo quitándome el agua que me goteaba por la frente con la mano—. ¿Recuerdas lo que te dije que me prometieras?

Recordaba la promesa de mi padre, pero también la que le hice a ella el día anterior. Asentí, y luego me di cuenta de que no podía verme aunque me estuviera mirando.

—Sí que me acuerdo, que no espiara a los militares… —De repente comprendí lo que quería decirme—. ¿Quieres… quieres que lo haga?

—No… o sea, no sé —respondió dubitativa—. Ya sé que no van a

decir nada de papá y mamá, pero con lo que está pasando fuera seguro que los oficiales están ahí dentro organizándolo todo. Si escucharas algo de lo que puedan decir sobre los civiles que están en el muro… ya sé que suena a locura, que suena tonto e incluso infantil, pero me sentiría mucho mejor sabiendo qué está pasando, si papá y mamá están bien.

Yo también estaría más feliz sabiendo que papá y mamá estaban bien. Me pareció una gran idea porque además podría saber cómo iba la pelea contra los resucitados, que ya se había alargado casi todo un día.

—Vale, seguro que hay menos soldados ahora vigilando, y está oscuro, me será fácil colarme —le dije con entusiasmo; hasta me había olvidado del frío y lo mojada que tenía la ropa.

Lo que me extrañó fue que a ella, que se le había ocurrido la idea, tuviera más dudas que yo.

—Igual ha sido una mala idea —exclamó de repente, poniéndose en pie—. Es una locura, olvídalo, esperaremos a que los militares digan algo.

—¡Pero yo quiero hacerlo! —protesté casi enrabietado… teníamos la posibilidad de saber algo más y se echaba atrás, no lo entendía.

—¡No! ¡Olvídalo! —me dijo con un tono casi de reproche—. Ha sido una tontería por mi parte pedirte algo así. Están todos los militares liándose a tiros y yo te mando con ellos, es una locura, papá y mamá no lo permitirían.

—¡Pero…!

—¡Vamos a la tienda, Dani! —me gritó, aunque no parecía muy enfadada—. Mamá te dijo que me hicieras caso, ¿recuerdas? Pues no hay más que discutir.

Al final me resigné y obedecí. Volvimos a la tienda, donde nos cambiamos la ropa mojada por una muda seca. No se puede decir que en la tienda tuviéramos intimidad, pero como ella no podía verme, podía cambiarme sin pasar vergüenza. Mientras me cambiaba los calcetines la vi hurgando a ciegas en su bolsa de ropa sucia.

—Oye, no habrás visto por ahí unas… —comenzó a decir, pero se calló a mitad y se puso colorada.

—¿Unas qué? —le pregunté con curiosidad.

—Nada… no importa, creía que estaban en la ropa sucia, iba a lavarlas ahora que hay agua de sobra, pero no las encuentro. —murmuró sin dejar de buscar dentro de la bolsa—. Qué raro.

Sin saber qué era lo que buscaba, terminé de cambiarme y me tumbé en la cama de mis padres para esperar a la hora de la cena. Ella estuvo buscando un buen rato lo que había perdido; buscar cosas siempre lleva mucho tiempo cuando no puedes ver, y mientras ella lo hacía yo estuve escuchando los disparos de los militares allí fuera y

pensando en lo que Sandra había dicho de ir a espiarles de nuevo.

Me moría de ganas por hacerlo, sería algo emocionante y más interesante que estar allí, tumbado en una cama sin nada que hacer salvo pensar en las musarañas. Pero mi hermana me había dicho que no, y no podía desobedecerla, lo había prometido. También había prometido que la protegería, así que no podía irme sin más y dejarla sola.

Cenamos temprano y en silencio, y no mucho más tarde nos fuimos a dormir. Como mis padres no estaban, ella se quedó con nuestra cama y yo me acosté en la de ellos.

Un rato más tarde comencé a escuchar como su respiración se volvía lenta y acompasada, y supuse que se había dormido. Yo lo intentaba también pero no podía, los disparos eran molestos, pero lo que no me dejaba dormir era la curiosidad por saber qué estarían hablando el comandante y los demás en ese momento, y cómo iría la pelea contra los resucitados. Llevaban enfrascados en la batalla todo el día, seguro que habían muerto casi todos y estábamos a salvo.

Tras dar varias vueltas sobre la cama tomé una decisión. Me levanté y me puse las zapatillas y el abrigo, que aún estaba un poco húmedo por la lluvia.

—¿Estás despierta? —susurré desde mi cama para ver si mi hermana reaccionaba.

Al no hacerlo, me deslicé hasta la entrada de la tienda y subí la cremallera lo justo para poder salir fuera.

Una ráfaga de aire frío me recibió, acompañada de gotas de lluvia. Después de pasarse lloviendo toda la tarde parecía que empezaba a escampar. Fuera todo estaba oscuro; con el cielo nublado, no había estrellas, luna ni nada que iluminara. Tampoco vi ni un alma pasar por allí, la gente había vuelto a sus tiendas porque el frío y la lluvia no invitaban a quedarse fuera, por muy preocupados que estuvieran por los resucitados.

Anduve entre las tiendas sin que nadie se percatara de mi presencia. Los únicos que podían verme sin asomar sus cabezas fuera de las tiendas eran los militares sobre el muro, pero esos estaban ocupados con los muertos vivientes del otro lado, así que no me costó nada saltar la valla y colarme en el callejón que llevaba hasta el pequeño patio, junto a la que creía que era la sala de profesores.

Tuve la suerte de que estuvieran reunidos. Me sorprendió mucho ver las luces del aula encendidas, debían tener algún modo de producir electricidad.

Siguiendo mi método, me coloqué debajo de la ventana, aunque bastante incómodo porque había un charco grande justo en la esquina donde me ponía a escuchar habitualmente. Sobre el muro no había nadie en aquella ocasión, esa parte no daba hacia el lugar por donde

nos atacaban los resucitados y no había necesidad de tener a nadie vigilando. Eso me tranquilizó, ya que me aseguraba que nadie me iba a pillar escuchando lo que no debía.

—…sin relevos, nuestros hombres llevan horas ahí encima —escuché la voz de la mujer, la capitana Olivares—. Están agotados.

—Tendrán que aguantar —ese era el comandante y, como siempre, no parecía satisfecho—. Esto se puede alargar otro día más fácilmente.

—Deberíamos empezar a hacer relevos, poner a hombres a descansar antes de que se agoten. —el otro capitán, Sandoval, también estaba allí.

—No podemos reducir las unidades en este momento —insistió el comandante—. Si empiezan a presionar contra el muro podría venirse abajo por el peso.

—Con todos los respetos, mi comandante —dijo casi riéndose el capitán Sandoval—. ¿Cómo va a venirse abajo un muro de hormigón de un metro de grosor?

—¿Cómo? —dijo el comandante con un bufido—. Dime Sandoval, ¿cómo cayeron, según tu, las otras zonas seguras? ¿Me puedes garantizar que un muro que fue levantado a toda prisa no tiene ningún fallo estructural?

—No, mi comandante, pero… —Sandoval parecía acobardado por los gritos de su superior.

—¿Dónde está Alcaraz? —preguntó con un bramido—. Es el único que tiene un poco de sentido común aquí.

—Sigue sobre el muro, dirigiendo a los hombres. —respondió la capitana Olivares.

—¿Es que no tiene a Corrales para eso? —bufó el comandante con tono hosco; no estaba nada satisfecho, eso estaba claro—. No importa, seguramente opinaría lo mismo que vosotros, y me iba a dar igual. No habrá relevos, ya descansarán cuando no tengamos a miles de reanimados a las puertas. ¿Algo más?

—Sí, una cosa más —dijo la capitana—. En el improbable caso de que los reanimados entraran, ¿Cuáles son las órdenes con respecto a los civiles?

El comandante tardó un rato en responder.

—Si caemos nadie podrá protegerlos, estarán bien jodidos, igual que nosotros, capitana…

“Si caemos nadie podrá protegerlos”, esas palabras se me grabaron en la cabeza y casi podía volver a escucharlas después de que las hubiera dicho. De repente me di cuenta de que la promesa que le había hecho a mi padre implicaba mucho más de lo que creía en un primer momento.

“Prométeme que cuidarás de tu hermana… pase lo que pase.”

Los resucitados podían entrar y atacarnos, Sandra sería un blanco

muy fácil para ellos.

“Pase lo que pase…”

De repente me sobresaltaron otras voces, por un segundo pensé que había entrado más gente en el aula, pero luego me di cuenta de que éstas venían de otra de las ventanas, concretamente de la ventana que daba al aula que utilizaban de habitación, por donde salté al pequeño patio la primera vez.

—…no me jodas, ¿has visto lo que hay ahí fuera? —decía la voz de un hombre—. Tendríamos que estar allí, matando a esos putos podridos con los demás.

—Prefiero esto, gracias. Es más seguro. —le respondió otro hombre.

Escuché sus pasos dentro del aula, moviéndose entre las camas.

—¿Más seguro? ¿Más seguro, tío? Eres un “cagao” —le respondió el primero—. Es una mierda que tengamos que hacer esto, pero alguien tiene que montar guardia, ¿verdad? No vaya a ser que los reanimados intenten enviar un espía infiltrado.

Ambos se rieron por la ocurrencia y, mientras se reían, se me ocurrió asomar la cabeza por la ventana, a ver si veía lo que estaban haciendo. Me parecía muy raro que, después de escuchar al comandante diciendo que necesitaban a todos los hombres matando resucitados, hubiera dos soldados dando vueltas por el colegio. Pero si decían que estaban montando guardia…

—Aun así, prefiero estar aquí a tener que vérmelas con esos jodidos seres. —insistía el segundo soldado mientras ambos se cambiaban de ropa.

Llevaban una especie de chándal y se estaban poniendo los uniformes de soldados de verdad.

—No te hagas ilusiones, por lo que he oído igual nos mandan a volar cabezas también. Los demás llevan ya casi un día entero ahí, tendrán que relevarlos. —dijo el primero mientras se ponía una camiseta.

—Igual no tenemos que ir a por ellos, hay un huevo y parte del otro ahí fuera gimiendo como gilipollas, igual son ellos los que terminan entrando a por nosotros.

Me distraje cuando me pareció escuchar un bramido del comandante en la otra ventana. Los dos soldados no estaban diciendo nada interesante, ni siquiera habían ido al muro a disparar, por lo que dejé de escucharles y volví a centrarme en lo que ocurría tras la otra ventana… pero entonces uno de los soldados abrió un pequeño baúl, de los que había a los pies de todas las camas, y sacó de él una pistola.

—Si entran esos cabrones, tengo esto para ellos. —dijo enseñándole la pistola al otro, que hizo una mueca de desagrado al verla.

—No seas idiota, tenemos fusiles de asalto, ¿para qué quieres una

pistola de mierda? —le espetó con desdén mientras se ponía el cinturón del uniforme.

—La pistola era del teniente Lorenzo —respondió mirando el arma con rabia—. Fue mi instructor, un buen tipo, y esos cabrones se lo comieron cuando intentamos limpiar Vistaalegre. Le quedaron siete balas y me prometí metérselas en el cerebro a siete podridos en cuanto tuviera la oportunidad.

Dejó la pistola sobre la cama y, cuando acabaron de vestirse, la volvió a meter en el baúl antes de marcharse cerrando la puerta tras de sí. Los capitanes y el comandante seguían hablando al otro lado, pero yo no les hacía caso porque, de repente, había tenido una idea, una idea que me parecía peligrosa y arriesgada, pero muy buena. ¿Qué mejor forma de proteger a mi hermana que teniendo un arma?

Entusiasmado por la idea de tener mi propia pistola casi me olvidé del frío y la lluvia que me calaba hasta los huesos. Hasta me olvidé de la posibilidad de que Sandra se hubiera despertado y supiera que no estaba en la cama.

Metí los dedos por la rendija de la ventana, la abrí lo suficiente como para poder entrar y de un salto me colé dentro del aula. Al igual que la primera vez que había entrado en aquél lugar, no había ningún soldado durmiendo, pese a estar todo lleno de camas. Me acerqué a la puerta que daba al pasillo del colegio y escuché atentamente, intentando distinguir voces o pasos que pudieran indicar que alguien se acercaba. Pero tan solo escuché las voces del comandante a través de la ventana, dentro del colegio no se oía a un alma.

Conteniendo la emoción, fui hasta el baúl del soldado dispuesto a abrirlo y coger el arma. Tan solo estaba cerrado por dos hebillas, que fueron fáciles de abrir. En el interior había sobre todo ropa, además de algunas pertenencias personales del soldado y artículos de aseo, pero bajo una camiseta me topé con lo que andaba buscando, su pistola…

Me quedé congelado al verla, ¡Era un arma de verdad!

La emoción que sentía no se podía expresar con palabras…

Tenerla allí delante casi me daba un poco de miedo, o por lo menos respeto, pero alargué la mano y la cogí. Pesaba mucho más de lo que había esperado y casi no me cabía en las manos, que me temblaban de la impresión por estar sujetando un arma de fuego de verdad.

No tenía ni idea de cómo funcionaba aquél artilugio, sabía que disparaba cuando le apretabas al gatillo y que la bala salía por el agujero del cañón, como era lógico, pero también sabía que la armas tenían una especie de seguro, y un cargador que se tendrían que poner y quitar de alguna forma.

Cerré el baúl mirando aún fascinado la pistola que estaba robando. Solo el hecho de tenerla pistola en la mano ya me daba una sensación de seguridad y poder que me gustó mucho. Con una sonrisa en la cara

me guardé el arma en el bolsillo del abrigo y me dirigí hacia la ventana otra vez. Fuera, el comandante seguía gritándoles a los capitanes, pero ya no me importaba lo que tuvieran que decir, solo quería volver a la tienda y esconder la pistola hasta que llegara el momento en que pudiera necesitar usarla.

El trayecto de vuelta se me pasó volando y casi sin darme cuenta… iba como en una nube, solo podía pensar en lo que llevaba en el bolsillo. Aunque una parte de mi me decía que aquello estaba mal, la otra no hacía más que recordarme la promesa a mi padre.

“Prométeme que cuidarás de tu hermana pase lo que pase.”

Pues con una pistola me sentía capaz de enfrentarme a cualquier cosa que la pudiera amenazar.

“Ha sido una buena idea” me iba diciendo a mi mismo mientras me movía entre las tiendas de campaña.

Fue cuando me encontraba ya muy cerca de la mía el momento en que me pareció ver dos sombras furtivas moviéndose entre la oscuridad. Todo estaba en tinieblas y silencioso, la gente se había ido a dormir y solo se escuchaba la lluvia caer y los disparos de los militares. Me asusté un poco al no saber qué podía ser aquella sombra, y corrí más rápido hacia mi tienda. Fuera lo que fuera, dentro de ella estaría a salvo.

Pero al llegar di un respingo cuando vi que las dos sombras, que no eran más que dos personas acechando entre las tiendas, habían subido la cremallera y estaban entrando dentro. Mi primera reacción fue de miedo, un miedo que me dejó paralizado unos segundos.

“¿Quiénes son esos? ¿Por qué entran en nuestra tienda?” me pregunté.

Estaba tan nervioso que hasta las manos me temblaban, pero entonces caí en la cuenta de que mi hermana estaba ahí dentro, sola, durmiendo y ciega.

—Sandra. —murmuré mientras salía corriendo en dirección a los acechadores.

“Prométeme que cuidarás de tu hermana pase lo que pase.”

Cuando llegué a la entrada de la tienda, los dos individuos indeseables estaban encima de Sandra. Uno de ellos la tenía agarrada de los brazos y le tapaba la boca para que no pudiera gritar, y el otro tiraba las mantas a un lado mientras le sujetaba las piernas. Ella se revolvía y pataleaba intentando soltarse, pero todo inútilmente.

—Lo mejor es que, como es ciega, no nos puede identificar. —susurró uno de ellos.

Su voz la conocía, la había escuchado antes y sabía exactamente donde. Aquellos dos eran parte del grupo que había intentado robarme el día anterior. Eran el rapado y el de la gorra, sin ninguna duda.

De repente, sentí una furia como nunca jamás había sentido al ver cómo se reían mientras mi hermana empezaba a llorar. Antes de que supiera cómo había llegado a mis manos, había sacado la pistola del bolsillo del abrigo.

—¡No te resistas, zorra, si te va a gustar! —decía uno de ellos.

Encima del gatillo había una especie de palanquita que se podía mover. En la posición en que se encontraba mostraba una diminuta pegatina con un puntito blanco, pero al cambiarlo de posición la pegatina era roja. Rojo era peligroso, sin duda rojo significaba que estaba lista para disparar… y yo también.

—Estas bragas nos las quedaremos también. —el rapado había conseguido inmovilizarle las piernas y luchaba contra los zarandeos de Sandra para poder quitarle la ropa interior.

Sentí el corazón latiéndome en la cabeza cuando di un paso dentro de la tienda. Llevaba la pistola agarrada con las dos manos, para poder soportar su peso. No se fijaron en mí, ocupados como estaban en aterrorizar a mi hermana.

Levanté la pistola… las manos me temblaban por el peso y la ira.

— Qué buena estás, nena. —decía el de la gorra mientras le sujetaba la cabeza y le tapaba la boca.

Entonces cerré los ojos y puse el dedo en el gatillo… estaba bastante duro, pero apreté con todas mis fuerzas, hasta que todo estalló. Un repentino impulso tras salir la bala casi me hizo caer de culo al suelo, y el disparo retumbó en mis orejas de tal manera que sentía como si me clavaran alfileres en el oído.

Cuando abrí los ojos la tienda me dio vueltas. El rapado había caído encima de mi hermana, inmóvil y con un disparo en la nuca, mientras ella gritaba como una loca, ya libre del agarre del de la gorra, que se había puesto en pie y me miraba con la boca abierta.

Sin pensarlo volví a apretar el gatillo. Aquella vez tenía los ojos abiertos y la pistola bien agarrada, de modo que el impulso fue mucho más ligero. Vi cómo aquél individuo pasó de estar de pie, boquiabierto como un idiota que no se cree lo que está viendo, a caer hacia atrás con sangre salpicando por todas partes. El disparo le había dado en el cuello, y al caer al suelo empezó a balbucear mientras la sangre salía del agujero que le había hecho como si fuera un manantial rojo.

Sandra seguía gritando, y a fuerza de patalear se quitó de encima al rapado, que se había quedado completamente inmóvil. Aquellos dos capullos habían intentado desnudarla y lo primero que hizo ella al verse libre fue volver a cubrirse con su ropa, sin dejar de gritar.

Cuando escuché un ruido parecido al de una cremallera abriéndose en alguna de las otras tiendas me di cuenta de lo que había hecho… les había matado.

Asustado, salí rápidamente de allí en el momento en que en el

exterior empecé a escuchar voces preocupadas. Una cosa eran los disparos del muro, pero aquellos habían ocurrido allí, al lado mismo, y habían llamado la atención de la gente. Los oídos aún me pitaban y me sentía mareado, pero pensé que lo mejor era alejarme. Si descubrían lo que había hecho… no quería ni pensarlo.

Me moví furtivamente entre las tiendas, mientras sus dueños salían a ver qué habían sido aquellos disparos, pero en cuanto me alejé lo suficiente como para que nadie pudiera verme me puse a correr. Y corrí hasta llegar a la fuente.

No sabía qué debía hacer, había matado a esos dos con una pistola que había robado del baúl de un soldado en el colegio, no se me ocurría un lio más gordo en el que pudiera haberme metido.

Los oídos me dolían y no paraba de escuchar una especie de pitido. Nunca había imaginado que un disparo sonara tan fuerte, los disparos del muro retumbaban bastante, era imposible no notarlo viviendo en la zona segura, pero aquello había sido mucho peor. Supuse que se debía a que la distancia entre el disparo y mis oídos era solo el largo de mis brazos, y no varios metros.

“Prométeme que cuidarás de tu hermana pase lo que pase.”

Escuché la promesa que le había hecho a mi padre en mi cabeza de una forma tan clara que, por un momento, pensé que él se encontraba a mi lado. Aquellas palabras me convencieron de que, en realidad, no había hecho nada malo. Esos dos tipos solo querían hacerle daño a Sandra, y yo lo había evitado, había cumplido la promesa que hice, y si no hubiera robado la pistola no podría haberlo hecho. Había hecho lo correcto en todo momento, sin ninguna duda.

No me arrepentía de nada.

Cuando las voces entre las tiendas fueron tan fuertes que hasta mis orejas taponadas los escucharon, pensé que debía volver cuanto antes. No tenía que estar fuera de la tienda a esas horas de la noche, y después de lo que había pasado seguramente me estarían buscando.

“Nadie me ha visto, nadie me ha visto salir de allí” me repetí durante todo el camino de vuelta, para tranquilizarme.

Frente a mi tienda había un montón de personas reunidas, todos envueltos en abrigos, con gestos muy serios y algunos con aspecto de acabar de despertarse. Entre ellas también había un par de militares.

—¡Dani! —gritaba mi hermana con la voz quebrada.

Supe que tenía que aparecer cuanto antes para que no se preocupara más, pero caí en la cuenta de que, si llevaba la pistola conmigo, podrían descubrirme. Me detuve un segundo para dejarla en la parte trasera de nuestra tienda, dentro de un charco que había formado el agua de la lluvia. Cuando todos se fueran solo tendría que agacharme bajo la cama y estirar la mano fuera para recuperarla.

Contaba con que, siendo de noche y estando a oscuras, nadie la vería hasta que llegara ese momento.

Cuando me acerqué, Sandra estaba de rodillas en el suelo embarrado, cubierta por una manta y llorando. Una mujer estaba a su lado, consolándola mientras le pasaba un brazo por los hombros, y el militar que había visto hablaba con otro que también se encontraba allí. El resto de gente tan solo eran curiosos.

Los dos soldados llevaban linternas y eran los que estaban iluminando la escena.

—Además de un intento de violación y dos muertos tenemos un niño perdido —le decía uno de los militares al otro—. Varón de diez años, pelo castaño oscuro y delgado; no sabemos qué ropa llevaba. Debe haberse asustado y estará escondido por alguna parte, hay que comenzar la búsqueda ya.

—Estoy aquí. —dije tímidamente mientras me asomaba.

La reacción fue tan brusca que di un respingo. El soldado que estaba dándole mi descripción al otro se giró y de dos zancadas se puso a mi lado.

—¡Dani! —gimió mi hermana, llorando aún más fuerte cuando escuchó mi voz.

Intentó levantarse, pero la mujer que la sujetaba se lo impidió.

—¡Déjame ir! ¡Dani! ¡Oh Dios!

—¿Estás bien, chico? —me preguntó, preocupado, el soldado mientras me alumbraba la cara con la linterna.

No estaba bien, me dolían los oídos una barbaridad y lo escuchaba todo como distorsionado, además me sentía algo mareado. Sin embargo, asentí.

Cuando me llevo con mi hermana ella me abrazó tan fuerte que creía que me iba a ahogar, y no paró de llorar y sollozar ni un segundo. Miré de reojo dentro de la tienda, allí había un tercer soldado que estaba cubriendo al rapado y al de la gorra con unas sábanas.

Definitivamente los había matado, estaban muertos. Sentí algo parecido a los remordimientos y agradecí que Sandra me estuviera abrazando, pues así me sentía mucho mejor. Pero inmediatamente me forcé a dejar de sentirme mal… había hecho lo correcto, lo que le había prometido a mi padre.

Durante más de dos horas, los militares y la mujer, que dijo que se llamaba Rocío y que era psicóloga, nos hicieron preguntas sobre lo que había ocurrido. Cuando me preguntaron a mi les dije que me desperté sintiendo ganas de hacer pis y me había levantado para ir al baño. Pensé que sería una mentira bastante creíble, pero Rocío no debió creerlo así, ya que me llevó aparte y me dijo que si me había ido corriendo porque había sentido miedo al ver aparecer a los dos chicos

no pasaba nada, que nadie se iba a enfadar. Me sentí tentado de darle la razón y quedarme con esa historia, pero me mantuve firme en la mía, y al final pareció desistir de seguir interrogándome.

—En la denuncia por violación que tuvimos hace unos días la descripción de la víctima coincide con los dos sujetos. —le decía un militar al otro mientras la mujer hablaba con mi hermana.

Habían ordenado al resto de la gente que volviera a sus tiendas, pero los que vivían en las más cercanas asomaban sus cabeza fuera para ver qué pasaba, sin importarles estar mojándose por la lluvia que seguía cayendo.

—Un problema menos, no me van a dar pena. —le respondió el otro.

Solo unos minutos después de mi llegada se habían llevado a los dos muertos entre cuatro hombres que no eran militares. El lugar a donde los llevaban no lo sabía, y tampoco me importaba.

—Me preocupa más que haya alguien aquí dentro armado e impartiendo justicia.

“Impartir justicia”, ¿era eso lo que había hecho? Cuando me explicaron lo que era una violación tuve todavía más claro que había hecho bien disparando, pero no “impartía justicia”, solo intentaba proteger a mi hermana, como había prometido hacer, y como volvería a hacer si era necesario.

CARLOS

Salir a la Gran Vía no fue una buena idea… nunca, ni siquiera desde la terraza de mi edificio, el cual debía estar quemándose hasta los cimientos en ese momento, había visto tanto zombi junto. No llegué a entrar en la carretera, nada más verlos decidí que lo más sensato era probar por otro camino. Tenía miedo de que se me echaran encima, sabía que las ventanas de un coche no se rompían con facilidad simplemente dando ostias, pero no quería quedarme a comprobar cuan cierto era eso.

No solo los zombis eran un problema, también vi que la carretera estaba cortada por un montón de vehículos abandonados. Aunque la hubiera cogido y, de alguna manera, evitara a los muertos andantes, sencillamente no podría moverme entre tanto coche, así que no me quedó más remedio que intentarlo por calles secundarias.

El único inconveniente que no tenía solución era mi torpeza; no tenía carnet de conducir, no había tenido la oportunidad de sacármelo y, por lo tanto, no me movía con el monovolumen que había "robado" con la soltura que me hubiera gustado. Lo primero que hice fue rallar la puerta del copiloto contra un coche mal aparcado; lo segundo fue estar a punto de chocarme con una farola al doblar mal una curva; y lo tercero y último había sido cargarme la luneta trasera al dar marcha atrás para salir de la calle que me llevaba a la Gran Vía. Además de eso, se me calaba prácticamente cada vez que tenía que arrancar después de haber frenado; el juego de pies entre el embrague y el acelerador no terminaba de controlarlo.

La parte positiva era que no tenía que preocuparme por otros conductores, por las normas de conducción o por las señales de tráfico; y eso me liberaba de mucho estrés. Ya tuve suficiente cuando los zombis más cercanos a la Gran Vía empezaron a seguirme al darse cuenta de que estaba por allí.

Eso, sin duda, era lo peor, que constantemente tenía que vigilar a los malditos zombis. Con solo cruzártelos empezaban a seguirte y, aunque podía dejarlos atrás con facilidad, si tenía que retroceder porque la calle estaba cortada o porque había demasiados muertos vivientes, se me podían terminar echando encima. Debido a eso intentaba llamar poco la atención, pero manejando un vehículo era imposible ser sigiloso; el propio ruido del motor bastaba para alertar a todos los zombis cercanos de mi presencia. Llegué a pensar incluso en

dejar el coche y seguir adelante andando; sin mucha dificultad podía deslizarme sigilosamente de una calle a otra llamar la atención. Sin embargo, descarté la idea debido a que el coche me ofrecía una sensación de seguridad que no había sentido desde que tuve que abandonar mi casa, y no estaba dispuesto a renunciar a ella mientras pudiera escabullirme de los zombis simplemente conduciendo lejos de ellos.

Además, ese vehículo era lo más parecido a un refugio que tenía. Si lo dejaba, estaría yo solo, dando vueltas por una ciudad plagada de muertos, y sin un lugar donde meterme… y eso era una locura.

Después de probar por todas las calles que conocía tuve que hacerme a la idea de que no había forma de entrar en la Gran Vía. No solo la calle estaba plagada de zombis y coches que bloqueaban el paso, sino que a veces hasta las calles contiguas lo estaban también, por lo que no podía ni intentarlo. Llevaba más de una hora recorriéndome todo el barrio y estaba empezando a desesperarme. No podía pararme ni un segundo de más porque, cuando se me ocurrió detenerme durante un momento para orientarme y buscar otra forma de cruzar la maldita Gran Vía, un zombi apareció de no se sabe dónde y empezó a dar manotazos contra mi ventana. Del susto que me llevé, no se me ocurrió otra cosa que dar marcha atrás, de tal forma que estrellé el espejo retrovisor contra el cuerpo del muerto viviente. Él tan solo recibió un buen golpe y cayó al suelo, pero yo perdí el espejo. Tampoco podía pararme si no quería que los zombis a los que iba atrayendo con mi paso me alcanzaran, de modo que no tenía otra opción que seguir moviéndome, aunque no tuviera nada clara la ruta a seguir.

Subí hasta el jardín de San Esteban con la intención de meterme por la Avenida de la Constitución, y luego a la Redonda. Sabía que Ronda de Levante estaría impracticable también, pero contaba con poder bajar antes de encontrarme con algún atasco. Sin embargo, por algún motivo desconocido para mi, los militares habían instalado un puesto avanzado allí, y lo habían dejado abandonado bloqueando el paso.

A base de barricadas y escombros el paso para un vehículo tan voluminoso como el que conducía era imposible, así que, para mi desesperación, tuve que volver a bajar, y entre esquivar zombis y un par de coches cruzados en medio de la calle, terminé en la calle Sagasta, a casi medio kilómetro del lugar al que quería cruzar en realidad.

Aquella calle debía ser la única de toda la ciudad en la que no vi ningún muerto viviente dando vueltas, y gracias a eso pude bajar por ella hasta el Paseo de Malecón, y de allí hasta el Puente Viejo, donde creía que podría cruzar a la parte sur de la ciudad y, quizá, moverme

en paralelo al río hasta la zona segura. Conseguir llegar al puente sin tener que dar mil vueltas fue un alivio… al menos había salido ya de los alrededores de mi casa, y si lograba llegar hasta el Puente Hospital habría alcanzado mi destino antes de la hora de comer.

Me tomé un respiro parando en medio del puente, aprovechando que los zombis que me habían seguido hasta la Calle Sagasta estaban muy atrás y que aún no me había encontrado con nuevos que los sustituyeran.

Tenía la moral muy baja, todo hay que decirlo; el paseíto en coche, con los zombis acechando en cada calle, me había puesto de los nervios, y el esfuerzo que estaba haciendo para no cagarme de miedo con cada cadáver andante que veía iba a terminar provocándome un ataque al corazón.

Pero eso no era lo peor. Saber que mi casa estaba ardiendo fue lo que más me minó la moral, sin duda; pero luego, al salir y ver como estaba la ciudad… aquél silencio por todas partes resultaba sobrecogedor, era como si todo el mundo, menos yo, hubiera muerto. De no ser porque sabía que la zona segura estaba llena de gente, a salvo y protegida por el ejército, me habría sentido como el último hombre sobre la tierra.

Muchas veces había fantaseado con cómo sería la vida si fuera la última persona sobre la tierra, ¿y quién no? No eran más que las típicas fantasías de hacer lo que te diera la gana cuando te diera la gana, pero en esas fantasías no se incluían nunca muertos caníbales detrás de cada esquina.

Lo siguiente que me desmoralizó fue contemplar el estado de abandono que sufría la ciudad. La basura era arrastrada por el viento de un lado a otro sin nadie que la barriera o la apartara de la calzada, había señales de tráfico tiradas en el suelo y, por supuesto, la completa ausencia de vida. Ni siquiera los gatos callejeros parecían haber sobrevivido a la voracidad de los zombis.

Aunque, sin duda, lo peor de todo eran los cadáveres. No los zombis, sino los cadáveres que no se habían vuelto a levantar por la sencilla razón de que habían sido devorados casi por completo. No eran muy habituales, solamente me crucé con cuatro o cinco en todo el trayecto que había recorrido, pero resultaban muy triste contemplarlos.

Paradójicamente, al ver un zombi podía intentar pensar que no era una persona, que aunque se moviera ya no era un ser humano, sino un muerto viviente, un ser completamente distinto con tan solo un parecido superficial. Sin embargo, con un cadáver podrido, desfigurado e inmóvil era incapaz de crearme esa ficción de no—humanidad. A ellos no había motivos para temerlo más allá de ver la propia mortalidad reflejada, pero sin motivos para temerlos solo

quedaba tenerles lástima, y aquél sentimiento era mucho más duro que el miedo. El miedo te obliga a actuar, aunque fuera para huir y salvar la vida, pero el pesar por aquella gente muerta solo te deprimía y te chafaba el espíritu. Toda esa gente había muerto mientras yo me encontraba en mi casa, leyendo libros despreocupadamente y meando desde la ventana.

Desde luego no estaba disfrutando el viaje, nada de nada.

—¡Mierda, joder! —maldije entre dientes cuando vi por el espejo retrovisor que le quedaba sano al coche que los zombis que había dejado atrás habían encontrado mi rastro de nuevo.

Esos malditos muertos vivientes eran obstinados, de aquello ya no me cabía duda. Como su única motivación parecía ser matar a cualquier cosa viva que se les cruzara, no tenían con qué distraerse… salvo otras cosas vivas. Pero en aquella ciudad no quedaban ni los pájaros, el único gato callejero que había visto estaba a medio devorar, y prefería no pensar en animales menos escurridizos que un felino, como perros.

Atravesé el Puente Viejo confiando en perderlos de vista entre los edificios del otro lado. Aquél lugar estaba curiosamente libre de zombis, y también de coches; tan solo un par de turismos habían sido colocados sobre la acera, como si alguien los hubiera apartado de la calzada. El resto estaba completamente despejado.

“Mejor para mi” pensé mientras avanzaba lentamente y con precaución.

Ya le había cogido el punto al volante y por lo menos me mantenía dentro de mi carril sin mucha dificultad, aunque el cambio de marchas se me resistía, así que iba todo el rato en primera para ahorrarme complicaciones, aunque sentía que el motor daba tirones.

En el primer cruce que encontré giré a la derecha, me metí por una calle estrecha y avancé todo lo que pude, hasta llegar a una furgoneta abandonada que bloqueaba el camino. Mi intención era ir hacia la izquierda, en dirección este, no a la derecha; pero metiéndome en ese callejón esperaba que los zombis que me seguían pasaran de largo y los perdiera finalmente. Si volvía a meterme por vías imposibles de atravesar quería tener la salida despejada.

Mientras esperaba, salí de mi asiento y, mochila en mano, me metí en la parte trasera del vehículo. Abrí la mochila y aproveché la parada para echar un vistazo más calmado a las cosas que había podido sacar de mi casa: llaves, un par de latas de fabada que reconocí como de mi vecina Eulalia, algo de agua, el piolet con el que ya me había cobrado la no—vida de un zombi… y la bolsita de droga, que podía ser cocaína, heroína o vete tú a saber.

Me quedé observando con curiosidad aquél polvillo blanco, preguntándome para cuantas dosis daría eso, y qué planes tenía mi

vecino para ellas. No pude evitar preguntarme también por qué la había cogido, y más aun, por qué la había rescatado del incendio. La última pregunta era la que más me preocupaba, si una cosa tenía clara es que no me iban a dejar pasar con ella a la zona segura y, puesto que no era consumidor de ese tipo de cosas, y las posibilidades de que alguien tomara represalias contra mí por robarle su droga eran nulas, lo más lógico habría sido que la tirase y me olvidara.

Pero, en lugar de eso, la volví a guardar.

La cabeza aún me dolía por la resaca y empezaba a tener mucha hambre, así que decidí utilizar la parada también para comer algo. Abrí una de las latas de fabada y me di cuenta de que, si no hubiera tenido un abre fácil, no habría habido forma de hacerlo, del mismo modo que tras abrirla no tenía cubiertos con qué comérmela.

Si no me hubiera visto obligado a abandonar mi casa de aquella forma, habría podido equiparme más adecuadamente y no habría acabado comiéndome la fabada a tragos.

Tras pasarla con casi media botella de agua terminé tan satisfecho que casi habría podido pegarme una buena siesta para dormir las horas que me faltaban, si no hubiera estado tan angustiado por todo lo que estaba ocurriendo… pero justo en ese momento escuché unos pies arrastrándose que se acercaban.

Alarmado por ese sonido, me asomé con precaución al asiento delantero, temiéndome lo peor, para mirar por el espejo retrovisor. Mis temores se confirmaron cuando reconocí la camisa gris llena de mugre y harapienta, los pantalones marrones llenos de polvo y la sangre seca del muerto viviente que se acercaba. Era uno de los que pretendía despistar metiéndome en el callejón, y tal y como me había imaginado, unos segundos más tarde aparecieron en mi campo de visión todos los demás.

Eran seis, si es que no habían atraído a algún amiguito más que se había quedado rezagado. Sentí como el miedo me invadía todo el cuerpo cuando me di cuenta de que estaba atrapado. No podía seguir adelante, y detrás había seis cuerpos bloqueándome el camino. ¿Cómo sabían que estaba allí? ¿Acaso me habían visto meterme en el callejón? Cabía la posibilidad, pero era improbable, estaban muy lejos y me cubría medio edificio.

Preguntarse aquello no servía de nada, no cambiaba el hecho de que estuvieran allí, tenía que pensar una forma de escapar.

“Vale, en el peor de los casos pongo el coche en marcha, doy marcha atrás y me los llevo por delante” me dije para intentar tranquilizarme.

Había conducido aquél vehículo el tiempo suficiente como para saber que era bastante potente, y que si se me echaban encima pasaría por encima de ellos sin ninguna dificultad.

Sin embargo, los zombis no se lanzaban contra el vehículo para intentar agarrarme, como yo creía que iban a hacer. Si habían entrado en esa calle era porque me habían visto pero, por lo que parecía, se conformaban con dar vueltas alrededor del coche. Por supuesto, fui lo bastante precavido para esconderme detrás de uno de los asientos y apartarme de su campo de visión, pero no creía que eso fuera suficiente… ellos sabían que estaba allí, por eso habían acudido, y no iban a irse sin su presa.

"¿Pueden ser tan idiotas que no sepan a quién están persiguiendo?" se me ocurrió de repente.

Esos seres eran completamente lelos, y con su nivel de simpleza mental resultaba difícil saber de qué eran capaces en realidad. Estaban siguiendo mi dirección solo porque me habían visto moverme hacia allí, pero una vez alcanzado el lugar donde me encontraba, para ellos solo era un coche parado y no eran capaces de reconocerlo como el coche que habían estado persiguiendo. Al no ver nada en él que les resultara comestible lo trataban como un coche más de los cientos que había por toda la ciudad, es decir, no le hacían ni caso.

Casi tuve ganas de reírme de su estupidez, habían demostrado que eran como perros persiguiendo coches, no sabían qué hacer si capturaban uno. Las ganas de reírme, como me pasaba constantemente, no duraron demasiado…

Tres horas más tarde los seis seguían allí, dando vueltas alrededor de mi coche, y yo estaba que me subía por las paredes de la desesperación. Solo una hora antes me había atrevido a alargar la mano, en un momento en el que no había peligro de que me vieran, y había cogido la manta del asiento del copiloto. Con ella me arrastré hasta el fondo del vehículo y me tumbé a esperar. No tuve siquiera el valor suficiente para intentar dormir un poco, un movimiento de más o un ronquido que se escuchara fuera y los seis zombis que se paseaban inocentemente por la calle se convertirían en seis bestias intentando abrir su propia lata de comida.

Lo que sí había hecho, con mucho cuidado, era quitarme las protecciones que llevaba puestas desde que salí a rematar a Manu. Cuanto más las veía, más estúpidas me parecían, no llegaba a comprender cómo había podido llegar a sentirme más seguro con ellas puestas. Para lo único que habían servido era para cargar con más peso.

Contuve un suspiro de desesperación cuando vi a uno de ellos pasar por delante del vehículo una vez más. Me había tirando tantas horas viéndolos dar vueltas a través del espejo retrovisor y de las ventanillas que ya tenía a los seis identificados. El hombre de la camisa gris y los pantalones marrones apenas mostraba unas pocas manchas de sangre en el cuerpo, no sabía donde le habían mordido para convertirle, pero

era el que tenía menos aspecto de muerto. Por el contrario, la chica de la melena negra chorreaba sangre desde la boca hasta el estómago, y todavía lucía algunas salpicaduras más en la falda, para rematar; su piel era tan pálida que casi parecía estar maquillada. La vieja era la más lenta de los seis, frecuentemente dejaba de andar y se quedaba quieta varios minutos sin hacer nada y sin ningún motivo aparente, aunque siempre terminaba reanudando la marcha; en el lugar donde las personas normales tienen la oreja derecha ella tenía un agujero lleno de sangre coagulada bastante asqueroso, la sangre que chorreaba desde ese agujero le llegaba hasta el cuello. El niño era el más terrorífico de todos porque le habían arrancado parte del labio, y parecía estar haciendo una mueca agresiva que, unida a la sangre que le cubría toda la cara, resultaba espeluznante. El quinto zombi no llevaba camisa y estaba muy delgado, pero su rasgo más significativo era que, a la altura del codo, en lugar del resto del brazo, lucía un muñón sanguinolento y carcomido donde se podía ver hasta un trozo del hueso. El último era el más llamativo, ya que cuando vivía debía haber sido un hombre—cartel que publicitaba una tienda donde compraban oro, y todavía llevaba el cartel puesto por encima, aunque manchado de la sangre que había le salpicado cuando otro zombi le arrancó un buen trozo de cuello de un mordisco; la cabeza le bailaba peligrosamente por ello.

No solo su presencia física me intranquilizaba, desde que habían llegado no habían dejado de gemir por lo bajini, como susurrando; y cuando llevabas un rato escuchándoles, ese ruido de fondo llegaba a ponerte de los nervios. Me habría gustado tener algo para taponarme los oídos y no tener que escucharlos, pero no era así.

Me sentía completamente asqueado y desesperado. Entre la resaca, los cuerpos mutilados circulando a mi alrededor y la fabada en el estómago, tenía muchas ganas de vomitar… aunque no eran comparables con las ganas que tenía de ir a mear. No había ido al baño desde la mañana, y había bebido tanta agua por la maldita resaca que estaba a punto de reventar desde hacía más de dos horas. Pero salir a hacerlo era imposible, y hacerlo ahí dentro, además de que podía escucharse, me echaba para atrás. Aquél era mi único vehículo, no quería llenarlo de mierda tan pronto.

“¿Es que no os vais a ir nunca, hijos de puta?” protesté en silencio.

Ellos ya estaban muertos, tenían todo el tiempo del mundo y nada mejor que hacer que permanecer allí. Si algo entendía de cómo funcionaba lo que les quedaba de cerebro, no se irían hasta que algo llamara su atención. Y yo era lo que tenía más papeletas para hacerlo… un pequeño error, un movimiento de más y los tendría encima.

No quería arrancar el coche e intentar huir, como me había

planteado al principio; temía que los zombis fueran capaces de tumbar el coche, romperlo o entrar en él a manotazo limpio antes de poder alejarme, pero la idea se iba haciendo más y más atractiva conforme pasaba el tiempo y la situación no tenía pinta de ir a cambiar.

En invierno anochece demasiado pronto, pero ese día, al estar nublado, a las cinco de la tarde ya empezó oscurecer… y lo último que quería era seguir allí por la noche.

En una ciudad vacía no hay nada que pueda llamar la atención de unos zombis, así que no iban a irse por más que esperara. No me gustaba un pelo la idea, pero cuanto más lo pensaba más me daba cuenta de que no tenía otra opción que tomar el toro por los cuernos e intentar largarme de allí, aunque para ello tuviera que dejar que esos zombis me atacaran.

Respiré profundamente tres veces antes de saltar al asiento delantero y colocarme en el lugar del conductor. Entre los nervios y lo saturado que iba, tuve que hacer toda la fuerza posible con la vejiga para no mearme encima por segunda vez en dos días.

Como si hubieran escuchado la campana para la comida, los zombis comenzaron a acercarse atraídos por el movimiento dentro del monovolumen. Cuando acerté a girar la llave del motor, la zombi de la melena negra pegó la cara contra la ventanilla con tanta fuerza que temí que el cristal, o su cabeza, se rompieran. Aquella zombi iba a por mí, aunque tuviera que descalabrarse en el intento.

Al meter la marcha atrás ya tenía a la vieja y al manco casi encima también, pero para cuando pudieron llegar hasta el coche yo ya estaba retrocediendo, y no tuvieron oportunidad de echárseme encima. Incluso la zombi que me atacaba se cayó al suelo cuando el coche empezó a moverse.

“Todo está saliendo bien” me decía para mantener la calma “voy a salir de aquí por fin… todo está saliendo bien.”

De repente escuché un golpetazo en la parte trasera del vehículo, y acto seguido las ruedas pasaron por encima de un bulto, haciendo que el coche diera un pequeño bote. Un segundo después las ruedas delanteras atropellaron al bulto también.

“Creo que eso era el niño.”

Me detuve un instante para comprobarlo y, efectivamente, lo que me había llevado por delante, o más bien por detrás, era el niño zombi. Habría lamentado realmente el haberle pasado por encima si no llega a ser porque, un segundo después, comenzó a ponerse en pie, con la cadera en una posición extraña y marcas de neumático sobre la ropa.

—¡Anda y que te jodan, monstruo! —dije en alto, pero con la voz temblorosa, mientras seguía retrocediendo hasta salir de ese maldito callejón.

Además del zombi, no me había estrellado contra nada más, por lo que estaba bastante contento… dentro de lo que cabía estarlo en esa situación. Mientras maniobraba para salir del todo, los zombis fueron ganando terreno, pero todavía les quedaban varios metros que recorrer hasta alcanzarme cuando logré poner el coche en posición de avanzar hacia delante.

De nuevo en ruta, y con uno de los zombis arañando la parte trasera del monovolumen, preferí no acercarme a la plaza que tenía más adelante, suponiendo que estaría llena de muertos andantes, y me puse en camino hacia la carretera que iba siguiendo el río. Solo tenía que seguir ese camino hasta el Puente del hospital y llegaría a la zona segura. Cuando, por el espejo retrovisor, dejé de ver a los zombis que me habían estado acosando durante, horas respiré tranquilo.

Sin embargo la dicha me duró poco. Cuando pensaba que por fin estaba avanzando algo me topé con que la entrada al Puente Pasarela estaba bloqueada por un control militar que, de paso, no me dejaba seguir por la avenida.

“Me estoy meando, me estoy meando” canturreaba mentalmente mientras me metía por otra calle que siguiera la dirección que pretendía.

Como no sabía conducir, tampoco sabía moverme muy bien en coche. No sabía a dónde llevaban las calles, solo seguía las que iban en mi dirección y confiaba en que no se desviaran mucho. Que pudiera meterme por dirección prohibida ayudaba bastante a mantener la ruta.

Un pequeño grupo de zombis me tendió una emboscada en un cruce y no pude salir a la avenida más allá del bloqueo militar, de modo que tuve que seguir recto y meterme por calles estrechas otra vez. Odiaba las vías estrechas después de haberme pasado una hora en mi propio barrio intentando moverme por ellas, tenían una desagradable tendencia a estar bloqueadas o cortadas.

Aquellas calles pertenecían a una zona residencial, con edificios de cuatro o cinco plantas, generalmente, pero con algunos que incluso llegaban a tener una séptima u octava. Todas las plantas bajas eran pequeños negocios que mostraban el cartel de cerrado, salvo un par que habían sido saqueados, o las entradas de los garajes. Muchos coches seguían aparcados en la calle, pero por suerte ninguno bloqueaba la carretera de momento.

Me pregunté si todas aquellas casas estarían vacías, o si alguien seguiría aguantando en ellas esperando a que todo se arreglara, como había hecho yo antes de quemar la mía; pero si había algún vivo por allí no tuvo interés en asomarse por la ventana. No se lo podía reprochar, yo me había pasado casi dos semanas sin mirar más allá de un callejón solitario, aunque si hubiera escuchado un coche pasar me

habría asomado por pura curiosidad.

Iba yo distraído, mirando los balcones de las casas en busca de señales de vida, cuando un zombi corpulento se me cruzó en mitad de la calzada.

—¡Joder! —grité al hacerme un lío con los pedales del coche mientras intentaba frenar para no comérmelo.

Busqué el freno pero no fui lo bastante rápido y terminé llevándome por delante al muerto viviente. Si no me meé encima fue de milagro; el impacto había sido tan fuerte que le di las gracias mentalmente a mi padre por insistirme tanto cuando era pequeño sobre que el cinturón de seguridad había que llevarlo siempre puesto. El coche prácticamente había frenado en seco al estamparse contra el zombi corpachón, y no me partí el cuello de chiripa.

La criatura salió despedida, rodando por el suelo como un muñeco de plástico, pero se llevó consigo una luz delantera y parte del parachoques y dejó tras de sí una abolladura en el motor que me hizo temer que se hubiera cargado el coche.

Resoplando por el dolor de cuello y del cinturón clavado en el pecho, intenté arrancar el vehículo de nuevo. El motor hizo un ademán de ponerse en marcha pero no lo consiguió.

—¡No joder! ¡No me jodas! ¡Ponte en marcha! —le grité mientras volvía a girar la llave de contacto.

Para mi tranquilidad, esa vez arrancó… pero inmediatamente empezó a salir un extraño humo gris entre las abolladuras del capó que no indicaba nada bueno. Aun así, respiré algo aliviado; por lo menos el coche andaba, y tampoco tenía que llevarme a recorrer la Gran Muralla China, solo tenía que atravesar algo menos de un kilómetro y estaría en la zona segura de una vez por todas.

Seguí avanzando despacito y con tranquilidad, para no forzar el motor, hasta pasar por el lado del zombi causante del accidente. Estaba tirado en el suelo, boca abajo, e intentaba arrastrarse hacia el coche. Me pareció que le había quebrado la columna, tal y como había pasado con el zombi de Manu al caer del cuarto piso, porque no movía las piernas en absoluto.

Aparté la vista de aquél ser grotesco para centrarme en la carretera, en parte para evitar otro accidente estúpido y en parte porque estaba harto de contemplar cuerpos humanos mutilados. Entre Manu, que por mucho que le odiara, lo que había hecho con su cadáver andante no tenía perdón; la chica a la que quemé, cuyo olor a carne asada aún me revolvía las tripas; los zombis que me habían estado acosando durante horas con sus cuerpos destrozados; los cadáveres devorados en la calle… incluso alguien tan insensibilizado por los videojuegos y las películas como yo empezaba a verme superado. La frase tan manida que los veteranos de guerra utilizaban con los novatos que aún no

habían estado en un campo de batalla de que no es lo mismo el entrenamiento que una guerra real era completamente cierta, y yo lo estaba pagando como un buen novato idiota.

El castigo que el destino me tenía reservado llegó antes de que terminara de recorrer aquella calle. El camino que pretendía seguir unía la carretera por donde iba conduciendo con la avenida que sigue el curso del río y varias calles más en una glorieta, pero el coche terminó dejándome tirado un poco antes de poder entrar en ella.

—¡Menuda puta mierda! —maldije con rabia dándole un golpe al volante.

En ese momento supe que estaba bien jodido; el coche no volvió a arrancar por más que lo intenté, el motor sonaba completamente ahogado y yo no sabía arreglar eso… me había quedado sin coche.

Seguir a pié era una locura, con el vehículo podía moverme e ir dejando atrás a los zombis, pero ir andando me parecía una insensatez tan grande que ni lo contemplé como opción. Tuve que asumir, con todo el dolor de mi corazón, que sin un coche que me llevara no dormiría en la zona segura aquella noche, porque ya estaba oscureciendo y las nubes del cielo amenazaban con lluvia, lo que se traducía en dos motivos más para no ir andando.

Para no caer en la desesperación intenté ser práctico, lo primero que tenía que hacer era encontrar el modo de pasar la noche y seguir vivo a la mañana siguiente.

Recorrí la calle con la mirada, buscando atentamente algún lugar, cualquier lugar, en donde poder meterme; y por una vez la suerte me fue propicia. En la esquina de la salida a la glorieta, a unos metros de distancia tan solo, había una pizzería con un cristal lateral parcialmente roto. Si podía colarme por él podría pasar la noche dentro, resguardado del frío, la lluvia que amenazaba con caer y, sobre todo, los zombis.

“Y seguro que hay un baño” me dije acordándome de mi vejiga a punto de estallar.

Los zombis que seguían al coche estaban muy lejos aún, y lo más parecido que vi a uno de ellos en la glorieta fue un cadáver apoyado en un semáforo, así que me armé de valor y, sobre todo, me armé con mi piolet, y con la mochila y la manta en la mano salí del coche. También cogí el cuchillo que había sacado de mi casa y me lo colgué en el pantalón, metido por debajo de la sudadera para que no me ocupara la otra mano.

La sensación de vulnerabilidad fue tan intensa e inmediata que casi me quedé paralizado en el sitio. De repente, hasta el pobre cadáver del semáforo me parecía una amenaza a mi seguridad, y durante un instante eché de menos la estúpida armadura que había dejado en el vehículo.

Respiré hondo para calmarme un poco y avancé hacia el cristal roto de la pizzería. No había zombis a la vista, no había ningún peligro; solo tenía que entrar y estaría a salvo.

Llegué hasta el cristal roto sin ningún problema, y antes de colarme dentro eché un vistazo rápido al interior de la pizzería. Las mesas estaban llenas de polvo, al igual que el suelo, las sillas y el mostrador; pero no había rastro de sangre, cadáveres o zombis. Tampoco había rastro de vida alguna, seguramente quien rompiera el cristal saqueó todo lo que pudo y después se marchó.

La puerta principal de la pizzería estaba cerrada con un candado, de modo que la única entrada era por aquél agujero. Me pareció que sería un buen refugio, y como tampoco podía elegir otro, ya que quedarse dentro del monovolumen había resultado ser una mala idea antes, decidí quedarme allí.

Eché la manta sobre los cristales bajos que podían cortarme y pasé al interior, recuperando la manta luego. Aquél lugar no estaba tan mal como refugio; aunque no pudiera quedarme junto a las cristaleras, por si algún zombi me veía desde fuera, podía meterme en la cocina y, siendo una pizzería, seguro que tendría algún tipo de vestuario, donde los trabajadores se cambiaban de ropa, que podía ser mejor refugio aún.

“Pero primero lo importante” me dije buscando la puerta del baño, si no lo hacía iba a reventar.

Junto al mostrador había una puerta que llevaba a un pequeño pasillo con varias puertas más. Dos baños, uno de hombres y otro de mujeres, señalizados con muñequitos a la izquierda; la cocina donde preparaban las pizzas a la derecha y los vestuarios al fondo.

Aunque estaba casi a oscuras no me costó nada encontrar la taza del wáter… y la sensación al descargar todo lo que llevaba almacenado fue tal que casi no pude contener un gemido de alivio.

Los servicios estaban bastante limpios, salvo por una gran pila de trapos sucios en un rincón, para ser los baños de un lugar así. Me imaginé que, después de limpiarlos por última vez, ya no debieron volver a abrir y ningún cliente pudo ensuciarlos.

En cuanto terminé de mear tiré de la cadena, pero no salió agua alguna, la cisterna había sido vaciada y en esa zona de la ciudad tampoco debía haber agua corriente… lo más probable era que el corte de agua fuera ya algo universal que afectaba a toda la ciudad.

Me abroché los pantalones pensando que, si necesitaba hacer aguas mayores, utilizaría al baño de mujeres; y fue mientras pensaba eso cuando me di cuenta que el montón de trapos de la esquina tenía ojos, y que esos ojos me estaban mirando…

Si alguna vez en los días anteriores había pensado que estaba a punto de sufrir un infarto debido a un susto, aquella sensación

palidecía comparada con la que sentí en el momento en que el montón de trapos se incorporó. El pecho me latió tan deprisa que parecía a punto de estallar, y me mareé tanto que creía que iba de desmallarme.

Sin embargo, lo que hice fue retroceder y agarrar con fuerza el piolet. La masa de trapos me siguió hasta fuera. No tenía ni idea de qué era aquello, pero no podía ser un zombi; si lo hubiera sido me habría atacado nada más verme y en ese momento sería alguien desangrándose en el suelo mientras un muerto viviente se lo comía.

—¡Tranquilo, tío!

La criatura, que tenía una temblorosa voz femenina, estiró una mano flaca y nudosa hacia mí. Cuando alzó la cabeza descubrí el pálido rostro de una mujer que debía tener casi cuarenta años.

"No, no debe tener ni treinta, pero está muy demacrada" me corregí cuando la observé un poco mejor.

Un pelo castaño, lacio y sin vida le caía sobre los hombros, estaba sucio y con costras de porquería, al igual que buena parte de su piel. Lo que había confundido con trapos era su ropa, mugrienta y rota. No era un zombi, pero se parecía mucho a uno.

—¡Atrás! —le dije con grito que sonó demasiado débil para intimidar a nadie, pero al acompañarlo con un movimiento del piolet hizo que bajara la mano.

"Es una persona, no es una amenaza, sino una bendición" me intenté convencer a mí mismo mientras respiraba con dificultad y el corazón me latía a un ritmo alarmante.

—No te voy a hacer nada, tronco. —por el tono y los temblores de la voz debía ser o una mujer muy enferma o una drogadicta; más probablemente lo segundo.

—¿Q…quién eres tú? ¿Qué haces aquí? —le pregunté nervioso, sin bajar mi arma; aunque no parecía que se sintiera muy intimidada por ella.

Enseguida me di cuenta de que las preguntas eran muy idiotas.

—Esta es mi casa, colega, yo vivo aquí, dime quién eres tú y qué haces aquí. —respondió ella manteniéndome la mirada, un párpado le temblaba como si tuviera un tic nervioso.

—Me llamo Carlos y entré aquí en busca de refugio.

Pensándolo con más detenimiento, encontrar a gente viva no era tampoco una bendición, ¿podría dormir tranquilo sabiendo que había una yonki dando tumbos por allí? Yo llevaba un alijo de droga en la mochila, podía cortarme el cuello por él… cosas así ya ocurrían antes de que el mundo se fuera a la mierda.

—Tengo el coche fuera, me ha dejado tirado, se está haciendo de noche y está empezando a llover.

La yonki me miró con desconfianza, pero no dijo nada durante unos segundos bastante incómodos. Entonces me surgió una duda muy

preocupante… si no me dejaba quedarme, si me pedía que me fuera ¿qué podía hacer? Tenía tanto derecho como ella a estar allí, o sea, ninguno, porque la pizzería no era de ninguno de los dos; el único derecho que la asistía era el de haber llegado primero pero, ¿acaso había otra ley en la ciudad que la voluntad de cada uno? Tenía que encontrar la forma de que le pareciera una buena idea compartir su refugio; por muy poco que me gustara, dar vueltas por ahí fuera era una muerte más segura que compartir techo con una drogadicta.

—Tengo algo de comida… —intenté tentarla con aquello, estaba bastante flaca y quizás hubiera pasado hambre, pero en seguida me di cuenta de lo tonto que era ofrecerle comida.

“Está en una pizzería imbécil, seguro que tiene más comida que tu”.

Sin embargo, su mirada cambió de desconfianza a curiosidad. Me aferré a aquello como a un clavo ardiendo y bajé el piolet como gesto de amistad. No creía que fuera a atacarme, y si lo hacía tampoco representaba un peligro para mí; nunca fui un hacha en las peleas, pero una mujer flaca y temblorosa no era rival, y ni siquiera iba armada.

Abrí la mochila muy despacio y saqué una lata de fabada, que era toda la comida que me quedaba. Solo había podido coger dos y ya me había comido una, pero la primera todavía se me repetía en el estómago y no me importaba compartirla.

—Podemos compartirla, solo necesito un lugar a cubierto donde pasar la noche. —le dije acercándosela.

—¿Comida? —preguntó con una voz débil, acercándose; había dejado de mirarme con desconfianza y le dirigía una mirada de adoración a la lata—. Joder tronco, hace dos días que no como nada.

—¿En dos días? —me parecía raro que no hubiera podido comer nada, sobre todo estando en una pizzería; aunque la mayor parte de la comida que pudiera haber se estropeara por la falta de frío, siempre quedaría algo—. Estás en una pizzería, ¿no había comida en la cocina?

—Llevo dos semanas aquí, lo que había solo duró una antes de pudrirse. —respondió lastimosamente.

Me estaba dando penilla verla tan famélica, y de todas formas yo aún tenía la fabada que me había comido atascada en la garganta.

—Si me dejas quedarme te la puedes comer entera. —le dije acercándole más la lata.

Era toda la comida que tenía, pero poco importaba ya; no estaba ni a medio kilómetro de la zona segura, no tenía ganas de cenar y al día siguiente comería allí.

Pese a que lo había bajado, todavía sujetaba el piolet en la otra mano por si intentaba hacerme algo, pero no fue necesario usarlo… y menos mal, porque si hubiera llegado a serlo no las tenía todas

conmigo sobre si habría sido capaz de hacerlo; acuchillar a un zombi era una cosa, pero hacerlo con una persona viva era otra bien distinta.

—Vale colega… —respondió ella agarrando la lata con avidez y mirándome con ojos llorosos—. Gracias colega, gracias de verdad… Me llamo Maca, por cierto, de Macarena.

Maca abrió la lata y empezó a comerse la fabada metiendo la mano dentro y sacando su contenido a puñados, sin importarle que tuviera las manos llenas de porquería. Viendo que aquella drogadicta era inofensiva y que tenía un lugar donde pasar la noche lejos de los zombis me quedé un poco más tranquilo, al menos lo suficiente para que dejase de notar la sangre bombeando en mi cabeza. Esperaba no llevarme más sustos esa noche porque no sabía si mi corazón lo iba a resistir.

—¿Por qué te quedaste aquí? —le pregunté mientras devoraba el contenido de la lata—. La zona segura está cerca, ¿por qué no fuiste allí?

Paró de comer para mirarme de nuevo. Una habichuela se le había pegado al lado del labio y le resbalaba por la cara.

“En la zona segura no tienen drogas” pensé inmediatamente.

—Todos van a la zona segura. —contestó con una ligera sonrisa mientras negaba con la cabeza.

—¿Todos…?

—Los podridos —dijo volviendo la vista a la lata y comiéndose otro puñado; cuando volvió a hablar lo hizo con la boca llena de comida—. A veces llegan aquí, escuchan los disparos y los siguen. Siempre están disparando, así que siempre van más y más podridos.

—¿Los disparos? ¿Qué disparos? —puse atención pero no se escuchaba ningún disparo; tampoco recordaba haber escuchado ningún disparo antes, cuando estaba en la calle; ¿podrían ser los delirios de una drogadicta desnutrida?

Fuera lo que fuera no me contestó, se concentró en seguir engullendo su comida como si no hubiera un mañana.

— Voy a echar un vistazo al lugar. —le dije cargándome de nuevo la mochila al hombro, pero ella estaba demasiado concentrada en comer y no me hizo ni caso.

La puerta más cercana era la de la cocina, de modo que me dirigí hacia allí. La única fuente de iluminación de aquél lugar era un pequeño ventanuco que daba a la calle; no se podía ver nada del exterior a través de él, pero entraba algo de la poca luz solar que quedaba fuera. La cocina también comunicaba, con unas rendijas por las que pasaban las pizzas, con la parte trasera del mostrador de la entrada. Había un olor a basura bastante fuerte, quizá por toda la comida almacenada que se había podrido por el paso del tiempo, como había dicho Maca. Me quedó por mirar dentro de la despensa,

pero lo dejé para más tarde porque no tenía interés en las escasas provisiones que pudiera haber allí.

Sin nada más que ver, volví al pasillo y entré por la puerta del fondo, que daba a un pequeño vestuario. De nuevo, únicamente un ventanuco iluminaba la habitación, en la cual, además de unas taquillas para los empleados de la pizzería que habían sido abiertas, había unas sábanas revueltas tiradas por el suelo. Me imaginé que allí era donde dormía Maca. La habitación tampoco olía a rosas precisamente, pero era más soportable que el olor a basura de la cocina. Sobre la improvisada cama había por lo menos cinco o seis mantas, algunas haciendo de colchón y otras de manta de verdad. Me parecieron muchas, pero era invierno, hacía frío, y ella estaba muy flaca y mal alimentada.

—¿De dónde sacas el agua? —le pregunté cuando volví con ella.

Se me ocurrió de repente que, en un restaurante como aquél, habría muchas botellas de agua y otras bebidas, y que podría rellenar mi botella con una de las suyas.

—Hay botellas en la despensa de la cocina. —me contestó relamiéndose los restos de comida que tenía pegados alrededor de la boca.

Casi había terminado de engullir toda la fabada. Parecía increíble que una persona tan pequeña y flaca fuera capaz de comerse una lata entera… no mentía cuando decía que había pasado hambre.

Volví de nuevo a la cocina, a la puerta de la despensa que había ignorado previamente. Al abrirla descubrí que allí había una columna de packs de botellines de agua de medio litro suficiente para dar de beber a, por lo menos, doscientas personas. En el suelo había muchas botellas pequeñas vacías, arrugadas y desperdigadas... muchas más de las que cabría esperar. No sabía si las drogas daban sed, pero desde luego le gustaba beber agua a la mujer.

Además de los botellines también había latas de refrescos de todos los sabores que ella ni había tocado. Poder beber todos los refrescos que quisiera hasta hartarme había sido otra de mis fantasías infantiles y, si quería, podía cumplirla allí mismo. Pero en aquél momento esa fantasía se me antojó demasiado infantil; beber muchos refrescos solo serviría para que después tuviera gases, así que al final tan solo agarré un botellín de agua y me metí otros dos en la mochila. La botella medio vacía que me quedaba la dejé allí en sustitución, los botellines eran más cómodos de transportar.

Salí de la cocina y volví con Maca, que lo único que había hecho desde que me fuera había sido acabar de comer y tirar la lata vacía al suelo.

Temblorosa, seguramente por el mono o porque la droga la había dejado hecha mierda, comenzó a mirarme con estupefacción sin

motivo aparente, como si de repente se hubiera dado cuenta de que yo me encontraba allí. Volví a ponerme nervioso, no me gustaba nada que me mirara de aquella manera.

—¿Qué hay del baño de mujeres? —le pregunté para que dejara de mirarme con esa cara de pasmada.

Era el único lugar que no había visitado, y se me ocurrió que podía dormir allí, o en el de hombres. Ambos tendrían un pestillo con el que encerrarme, pero en el de hombres ya había meado y no me gustaba la idea de dormir oliendo a meados.

—Nada, lo hemos estado usando de cuarto de baño. —respondió negando firmemente con la cabeza.

—¿Hemos? —aquello había sido un lapsus por su parte, y cuando se dio cuenta de lo que había dicho apartó la vista y comenzó a agitar la cabeza mirando hacia el suelo.

—Había… otra persona aquí conmigo… al principio, pero… luego se fue. —contestó con una voz más temblorosa de lo normal, mientras miraba a todas partes menos a mí.

Mentía, sabía que estaba mintiendo. No sabría explicar por qué, pero sabía que mentía, y como confirmación de mis sospechas, se escuchó un ruido de cristales tras la puerta por la que había entrado al pasillo; seguramente de los mismos cristales que había tenido que atravesar yo al colarme en la pizzería.

Instintivamente agarré el piolet más fuerte, pero sentí como el pulso se me aceleraba por el pánico. Nunca fui un valiente, es la pura verdad, y aunque fuera otro drogadicto famélico, dos podían acabar siendo demasiado para mí.

—¿Qué es eso? —le pregunté a Maca, pero ella se limitó a correr hacia la puerta y a abrirla, como si de repente fuera presa de un ataque de pánico.

Allí la recibió un desconocido que fácilmente podría haber confundido también con un zombi. Al igual que ella, vestía una ropa harapienta, descolorida y sucia; su pelo enmarañado y lleno de mierda y la piel manchada de suciedad delataban que no se había dado una ducha en meses. En una mano llevaba una pequeña bolsa de frutos secos, pero en la otra sujetaba una navaja. Aunque tenía una cara de yonki similar a la de Maca, más que lástima inspiraba miedo; era el tipo de persona que, cuando te las cruzas por la calle, te cambias de acera.

—¿Quién es este tío? —preguntó de malos modos con una voz ronca y quebrada.

Maca se colocó detrás de él y me miró como si yo fuera una especie de asesino… mientras que el tío me miraba como si fuera a asesinarme.

—¡Ha venido a robarnos, Suso! —dijo con un gemido lastimero—.

¡Quería violarme, y llevarse el agua!

Aquella acusación me dejó tan perplejo que no pude ni reaccionar.

—¡Será hijoputa! —masculló el tío avanzando hacia mí, con la navaja en la mano y cara de mala ostia.

SERGIO

Kevin parecía el típico chaval de extrarradio, medio criado en la calle y de familia más bien tirando a pobre; aunque tras varios días viviendo sin agua, sin luz y alimentándose de conservas, bien podría haber sido un niño pijo de toda la vida y no se habría notado la diferencia.

—Llegamos hace unos días.

Pese a que Fran y yo habíamos bajado las armas, Kevin aún estaba muy nervioso. Quizá, en su situación, yo también lo habría estado. La verdad era que el chaval no me gustaba un pelo, había estado ocupando el edificio donde vivía mi novia desaparecida, y desaparecida en las circunstancias en la que nos encontrábamos bien podía significar muerta. Me sorprendió que pudiera contenerme tanto.

—Éramos tres, Pablo, Gabi y yo. Cuando llegamos, la gente de abajo ya estaba muerta, ¡lo juro! Se habían suicidado o algo así, todos juntos, en el portal. Nosotros no sabíamos nada, solo les atravesamos el cerebro con un pincho y los metimos en la habitación esa.

—¿Por qué los metisteis ahí? ¿Por qué no los tirasteis fuera? —el tono de Fran al preguntar tampoco era muy amigable, en ese interrogatorio solo había dos polis malos.

—No se… no lo decidí yo, creo que fue Gabi quien lo propuso. La verdad es que una vez aquí dentro no teníamos muchas ganas de volver a salir fuera, ni siquiera para sacar unos cuerpos.

La explicación no me pareció demasiado convincente pero, ¿qué importancia tenía por qué habían decidido guardar los cuerpos? Lo única respuesta que me interesaba a mi era otra.

—¿Cómo abristeis esta casa? —le pregunté.

Hizo un amago de cubrirse la cara con los brazos. Yo le daba más miedo que Fran, y no le podía culpar de ello, ya que casi le había dado una paliza nada más verle aparecer.

—Aquí vivía una mujer, metro setenta, pelo negro y largo, piel clara y ojos marrones. ¿La visteis? ¿Estaba entre los muertos?

No sé cómo pude preguntar eso último manteniendo la compostura. Mientras esperaba la respuesta por dentro estaba temblando como un flan, temiendo que ésta pudiera ser positiva. Si lo era, quizá no tuviera el autocontrol suficiente para no reventarle la cabeza al chaval de un balazo. Que Fran me mirara con cara de sorpresa no me ayudó en absoluto.

—No sé, no me quedé mirando a los muertos —respondió después de tragar saliva—. Los que había eran los que habéis visto abajo. La casa… la casa estaba abierta, había varios pisos abiertos, por eso nos quedamos, cogí las llaves de la puerta de un cajón. Normalmente no nos quedábamos en los sitios, ninguno sabíamos forzar cerraduras, pillábamos lo que podíamos y nos íbamos, pero la cosa está muy mal ahí fuera, muy mal.

"Saqueadores" pensé.

O al menos al principio lo eran. Conforme la crisis fue a más, robar ordenadores, televisiones, joyas o incluso dinero perdió todo el sentido, lo único valioso era la comida y el refugio, lo que te ayudaba a seguir vivo.

—Cuando llegamos aquí no pensábamos quedarnos —continuó—. Los muertos de abajo nos acojonaron, lo admito. Pero llevábamos un día sin comer y apenas nos quedaba agua, así que nos arriesgamos. Fue como si nos hubiera tocado la lotería, había varias casas abiertas, con comida, con agua, con camas… así que nos quedamos.

—¿Y tus amigos? Pablo y… el otro, ¿dónde están ahora? —le preguntó Fran; el chico volvió a tragar saliva.

—Se fueron. —dijo sencillamente.

—¿Se fueron? —repetí sin creerlo.

Seguramente quería encubrirlos, pensando que podrían rescatarle si resultábamos hostiles con él, o más hostiles de lo que estábamos siendo. Estaba seguro de que seguía pensando que en cualquier momento le íbamos a disparar… y puede que con razón, sus respuestas no me habían valido para una mierda; lo único que había sacado en claro es que él y sus dos amiguitos gilipollas habían estado durmiendo en la casa de Patricia, y que de ella no había ni rastro.

—¿Por qué? ¿Y por qué sin ti?

—La comida se acababa, querían moverse, ir a otro edificio, pero dijeron que yo era un lastre y me dejaron aquí —no parecía importarle demasiado que le hubieran considerado un lastre y le hubieran abandonado, a juzgar por su tono—. Se fueron mientras dormía, y se llevaron casi toda la comida.

—Así que un lastre, ¿eh? —no quería regodearme en ello, pero sonó como si lo hubiera hecho.

Quizá no fuera mala gente después de todo, al menos si podía creer todo lo que decían, pero seguía sin caerme bien; había sido odio a primera vista.

—Gabi y Pablo eran primos —añadió—. Decían… decían que tenían una casa en el campo, que era un lugar más seguro que la ciudad, y por lo visto para mí no había sitio. Espero que se hayan comido los muertos a esos dos hijos de puta.

Fran y yo nos miramos sabiendo que no había mucho más que

preguntar, el siguiente paso era registrar el edificio por completo, aunque mis esperanzas de encontrara a Patricia se iban deshaciendo poco a poco. Y esa impotencia era lo más frustrante, porque si no estaba allí no tenía otro lugar donde buscarla.

—Tenemos que registrar todas las malditas casas. —le dije a Fran casi desesperado.

—¿Tenemos? No estás en condiciones de andar subiendo más escaleras por hoy. —replicó frunciendo el ceño.

Lo que menos me importaba en ese momento era mi tobillo. Solo me molestaba un poco porque lo había forzado para llegar hasta el piso, no era nada, pero se empeñaba en recordármelo constantemente.

—Iré yo, tú te quedarás con Kevin.

—Un binomio nunca se separa —le rebatí, y luego miré a Kevin, que seguía nervioso y pasaba la vista del uno al otro—. Iremos con Kevin, y si nos está mintiendo y sus amiguitos nos intentan emboscar seguro que les convencerá de que no lo hagan…

Fran se dio por vencido y, tirando de su harapienta camiseta, puso al chico de pie.

—Tu delante colega… —le dijo dándole un empujoncito; después recogió el picahielos, que había sido el arma de Kevin, del suelo—. Yo te guardaré esto de momento.

—Ya os he dicho que solo algunas casas están abiertas. —repitió Kevin volviéndose—. No sé forzar cerraduras.

—De eso ya me encargo yo. —se jactó mi compañero mientras nos poníamos en marcha.

Decidimos empezar por el último piso, que nos pillaba más cerca, e ir bajando. Las cerraduras se le resistían a Fran, y tenía que hacer un esfuerzo considerable para abrir cada casa, pero siempre terminaba consiguiéndolo. Todos los pisos en los que nos íbamos colando estaban vacíos, la gente que vivía en ellos los había abandonado hacía mucho, a juzgar por la capa de polvo amontonada sobre los muebles y en el suelo. No sabía cuántos vecinos, además de Patricia y los muertos, se habían quedado en el edificio, pero la mayoría parecía haber decidido marcharse.

—¡Eh! Seguro que aquí tienen comida. —exclamó Kevin con una sonrisa cuando entramos a la primera casa y pasamos al lado de la cocina.

—Seguramente, pero no tenemos tiempo que perder buscándola. —dije sabiendo que no podíamos pararnos en cada casa que abriéramos, o no terminaríamos nunca; si no había nadie en una, pasaríamos a la siguiente rápidamente.

—Al menos dejad que mire en los armarios por si hay algo de ropa que pueda ponerme. —insistió casi suplicante.

La ropa que llevaba estaba hecha mierda por el desgaste y la

suciedad, así que no pudimos negarnos a eso. Además, era mejor perder un par de minutos en eso que escuchar sus quejas todo el tiempo… no tenía paciencia para él, ni para nadie.

—¿Qué haremos si no la encontramos? —me preguntó Fran mientras Kevin se cambiaba en un cuarto de baño.

Había cogido unos vaqueros, una camiseta y una sudadera de un armario, y le habíamos dado un poco de intimidad dejándole solo en el cuarto de baño para que se cambiara. Al menos así dejaría de apestar.

—No lo sé —era una opción en la que no quería ni pensar, pero tenía que ser realista, cuando abrimos la puerta del edificio y vimos como estaba ya sabía que había pocas opciones, pero al ver su casa vacía, esas opciones se habían convertido casi en ninguna—. Supongo que volver a la zona segura, ¿qué si no? Si no está aquí es porque ha intentado ir allí, y con la horda que vimos pasar anoche necesitarán toda la ayuda posible para contenerlos.

—Pues menudo viajecito, tío. —suspiró Fran.

Si, un viajecito tan peligroso como inútil al que se había visto forzado porque intentar volver solo era casi un suicidio y yo no le había dado otra opción.

—¿Y qué hacemos con Kevin?

—Si quiere que venga a la zona segura con nosotros. Si no, que se quede aquí y haga lo que le dé la puta gana. Que abran las casas de esta gente me da igual, seguramente la mayoría estén muertos.

Fran fue a replicar algo, probablemente que cuándo me había vuelto tan pesimista, pero Kevin salió del baño con aspecto más de persona y menos de mendigo, y se calló lo que fuera a decir.

Inspeccionar casa por casa todo el edificio nos llevó todo lo que quedaba de mañana. Aunque la mayoría de casas estaban cerradas, había cinco o seis abiertas, las que Kevin y su grupo las habían estado utilizado sin ningún pudor; y el desorden de la casa de Patri no era nada comparado con el que había en ellas. Eran como langostas, en cuanto dejaban una casa sin rastro de comida, agua o alcohol iban a por la siguiente.

—Eh tíos, os tengo que dar las gracias, en serio. —dijo Kevin sonriente cuando salimos de la última casa del primer piso, la última de todo el edificio.

Su sonrisa me molestaba casi más que sus súplicas y lloriqueos anteriores. Me sentía abatido e impotente al no haber encontrado ni rastro de mi novia, y si no tenía cuidado estaba a una ostia con el fusil de quedarse sin dientes.

—Me habéis abierto un huevo de casas, aquí tiene que haber comida para semanas. ¿Os vais a quedar a dormir? Hay camas de sobra, he visto una cama en el cuarto piso que tiene una pinta de puta

madre. Solo falta una tía con la que…

—Nadie va a dormir en la cama del cuarto —le corté con sequedad—. Sacaremos unas mantas al rellano del primer piso y dormiremos los tres aquí fuera. Nosotros haremos guardias durante la noche para tenerte vigilado.

—¡Eh colega, creo que ya te he demostrado que soy legal! —protestó mirándome con rabia.

—Solo has demostrado que eres un saqueador de mierda con un puto picahielos —le escupí en tono amenazante, lo último que me faltaba era que un crío se pusiera en plan rebelde—. No voy a perderte de vista para acabar con un pinchazo en la frente.

Aquello no le gustó nada al niñato y, aunque Fran no parecía convencido de que lo que decía fuera posible, por lo menos me apoyó.

—Bueno, ¿qué crees que ha pasado aquí? —me preguntó mientras sacábamos mantas de una casa y las colocábamos en el rellano.

Por lo menos esa noche no íbamos a pasar frío, aunque no tenía muy claro si iba a poder dormir; la desazón que sentía se relajaba un poco cuando me mantenía ocupado, pero pasar toda una noche allí tumbado… quizá sería demasiado para mí, no lo soportaría. Pero no podía hacer otra cosa, no tenía forma de buscarla.

—No lo sé, puede que se fuera cuando los demás decidieron suicidarse… o que se fuera asustada al ver que se habían suicidado, no sé, tío, no tengo ni idea. —no me cuadraba nada, por muy asustada que estuviera Patri no era estúpida; no saldría del edificio con todos esos reanimados por allí—. A lo mejor los suicidas intentaron "suicidarla" y por eso tuvo que huir.

—Podría ser —dijo Fran pensativo—. La gente cuando está desesperada hace muchas tonterías, y encerrados en un edificio, rodeados de muertos vivientes caníbales, sin luz, sin agua corriente, sin noticias del exterior… no se me ocurre situación más desesperada. Algunos no lo soportan, algunos se vuelven locos.

"Muy cierto" asentí mientras recordaba cierto acontecimiento que ocurrió cuando mi unidad estuvo destinada a la evacuación de un barrio de viviendas.

Los reanimados habían llegado, en escaso número aún, pero habían llegado. Cuatro de ellos se habían pasado la noche golpeando la puerta de la casa de una familia, y la saturada policía no había acudido a sus llamadas de socorro. Cuando llegamos por la mañana y eliminamos a los reanimados descubrimos que el hombre, desesperado, había matado a su mujer y sus dos hijos y después se había ahorcado. Recordaba muy bien aquél momento porque fue al ver al hombre ahorcado cuando descubrí una dura verdad sobre los reanimados…

—Podríamos dormir en camas como las personas —Kevin apareció

interrumpiendo mis pensamientos—. No sé por qué no podéis "vigilarme" mientras dormimos en un cuarto. Seguro que estaríamos más cómodos.

—Como no te calles de una vez vas a dormir en la calle. —le respondió Fran silenciándole de inmediato.

El resto del día lo pasamos allí, sin nada que hacer. Cogimos unas botellas de agua con las que rellenamos las cantimploras y algunas latas de comida. Dentro de un frigorífico encontré un queso envuelto en plástico que estaba en buenas condiciones pese a llevar una temporada sin refrigeración, y nos cenamos casi medio entre los tres, regado con un rioja bastante bueno que saqueamos de la despensa de otra casa.

—Lástima que nadie tuviera un jamoncito. —dijo Kevin tras devorar un buen pedazo de queso.

Por una vez no le dijimos nada. Ni podía recordar cuánto hacía que no comía algo que no fueran las asquerosas raciones militares o latas de conservas. Aquél inesperado cambio en la alimentación se agradecía.

La comida mejoró mi humor también, pero no me libró de mis preocupaciones. Tampoco ayudó que, ya de noche, empezara a llover; el repiqueteo de las gotas de agua sonaba como si lo tuviera dentro de la cabeza.

—Yo haré la primera guardia. —se ofreció Fran, desperezándose y poniéndose en pie.

—¿Primera guardia? ¿Tan temprano?

Kevin había robado un reloj de oro de una de las casas y, con todo el morro del mundo, se lo había puesto en la muñeca como si fuera suyo. Mientras lo consultaba para recordarnos la hora que era volví a plantearme si haberle dejado robarlo era moralmente reprochable.

"En la zona segura solo hay unos pocos miles, como mucho el doble escondidos en sus casas o fuera de la ciudad… no seas idiota, las probabilidades de que el dueño del reloj siga vivo son una entre cien" me recordé.

—Ya es de noche, ¿tienes algo mejor que hacer? —respondió Fran apoyándose en la barandilla de la escalera—. En cuanto amanezca salimos hacia la zona segura, así que mejor descansar mientras se pueda.

—Dirás que salís hacia la zona segura —le corrigió Kevin—. Yo me quedo aquí. Con todas las casas abiertas puedo aguantar aquí un mes, fijo.

Me tumbé y me tapé con las mantas pensando que lo primero que iba a hacer el día siguiente era cerrar la casa de Patricia con llave, para que ese capullo no pudiera volver a entrar allí.

No pude dormir, o al menos no fui consciente de haberme dormido

durante varias horas. Escuchaba con los ojos cerrados a Fran respirar, el sonido metálico de su fusil mientras lo estaba limpiando, y también la respiración de Kevin, que tampoco dormía. En lugar de intentar relajarme y descansar, no dejaba de repasar mentalmente lugares donde podría haber intentado ir Patri cuando salió de su casa.

Yo no tenía casa en Murcia, sus padres eran de Cartagena, así que tampoco, su hermana estaba trabajando en Extremadura, así que menos. ¿Alguna amiga? Era improbable, sabría de sobra que cualquier amiga suya estaría muerta o en la zona segura… ese era el único lugar al que podría haberse dirigido. Solo volviendo llegaría a saber si eso era cierto, pero si volvía ya no podría salir a buscarla si no estaba allí.

—Tengo que ir a mear. —susurró Kevin.

Concentrado como estaba en mis pensamientos no le presté atención.

—Hay un wáter en esta casa. —no supe qué casa le señaló Fran porque seguía con los ojos cerrados.

—No voy a llenar mis casas de meado, hay una esquina en el garaje donde llevo haciéndolo todo este tiempo. —replicó el chaval.

Escuché a Fran suspirar y ponerse en pie, seguido por Kevin, y juntos comenzaron a bajar las escaleras.

No les hice ni caso, seguí cavilando mentalmente sobre el paradero de Patri. Que fuera a la zona segura era lo único que tenía sentido, pero atravesar media ciudad llena de muertos vivientes… no era tan estúpida como para algo así. Sin embargo, recordaba haberle contado cómo habíamos despejado Ronda de Levante de coches para que nuestros transportes militares pudieran moverse una de las últimas veces que hablé con ella por teléfono. Ronda de Levante prácticamente conectaba su casa con la zona segura, cabía la posibilidad de que hubiera decidido coger el coche…

Me incorporé tan rápidamente que durante un segundo me dio vueltas la cabeza. ¡El garaje! La forma de saber si había cogido el coche era ver si seguía en el garaje.

Estaba casi pletórico cuando me puse en pie, si el coche no estaba ya sabría lo que Patri había intentado hacer… ya me preocuparía por el resultado que hubiera podido obtener más adelante, por el momento saber qué intentaba ya era algo, era mucho, de hecho.

Bajé las escaleras hasta la planta baja, y seguí bajando para llegar al garaje. Estaba ansioso por encontrarme con Fran y decirle lo que había descubierto, además de ver si el coche de mi novia seguía allí, en su plaza de aparcamiento. Deseaba que no estuviera, porque eso significaría que había intentado volver, y quizá incluso que lo había conseguido.

“Siempre y cuando no se haya encontrado con la marea de reanimados de anoche.”

Pero eso no era posible, Kevin había dicho que llevaba en el edificio varios días, debía haber pasado por allí mucho tiempo atrás.

Aun quedaban muchas cosas en el aire, como si había podido llegar hasta la zona segura o se había visto obligada a detenerse en el camino, pero ya tenía algo por dónde empezar.

Aunque la oscuridad de la noche, unida a que el garaje estaba bajo tierra, apenas me dejaba ver; solamente gracias a la escasa luz de luna que se filtraba a través de unas rendijas que daban a la calle pude comprobar que el garaje estaba medio vacío. La mayoría de coches no ocupaban sus plazas.

La de Patricia se encontraba en la parte trasera, de modo que me era imposible verla desde la puerta, pero lo que me extrañó fue no ver ni a mi compañero ni a Kevin por allí.

—¡Eh Fran! ¿Estás ahí?

Había dejado mi linterna junto al resto de mis cosas arriba, tan solo había traído el fusil, y más por la costumbre de tenerlo siempre encima que porque esperara necesitarlo. No había pensado lo oscuro que estaría ahí abajo, había estado demasiado excitado para pensar en nada, pero me parecía raro que ninguno de los dos llevara tampoco la más mínima iluminación.

—¿Hola?

Avancé casi a oscuras pegado a la pared. Lo malo de la parte trasera del garaje era que las paredes de la entrada tapaban las rendijas por las que se colaba la poca luz que había, de modo que allí sí que estaba completamente a oscuras.

—Joder, ¿Dónde os habéis ido a mear? —pregunté en voz alta algo inquieto, aunque intentando tomármelo a broma.

Algo debía ir mal…

“Quizá no han ido al garaje, al ver que estaba tan oscuro podrían haberse metido en otro sitio” se me ocurrió de repente.

¿Pero dónde? Dormíamos en el rellano del primer piso, y al bajar al garaje no les vi en la planta baja. Si insistí en dormir allí precisamente era para eso, para tenerlo todo más controlado.

Un ruido extraño, como un leve golpe contra una valla metálica, me sobresaltó. Sabía que había una zona del garaje, pegada a la pared del fondo, que estaba cubierta por unas vallas de alambre, con la entrada protegida por un candado. Allí era donde los propietarios solían dejar las bicicletas. Pensando que podían estar allí, me acerqué.

El sonido volvió a repetirse, y esa vez me pareció entrever algo moviéndose en la oscuridad.

—Fran, ¿eres tú? —grité al aire.

Como única respuesta tuve más ruido, pero en esa ocasión además escuché una especie de gruñido. Casi por acto reflejo, agarré el fusil y me preparé para abrir fuego si era necesario.

Había oído ese tipo de gruñidos antes…

Pero no pasó nada, lo que sospechaba que era un reanimado seguía dando golpes contra la valla y gruñendo mientras me acercaba. Recordé que había cogido un mechero en la casa donde murió Javi, así que lo saqué del bolsillo y lo encendí. A unos metros de mi estaba la susodicha valla y, efectivamente, un reanimado se encontraba tras ella, luchando por atravesarla o echarla abajo, y lanzarse contra mi cuello.

Me acerqué hacia él, intentando comprender qué hacía un muerto viviente encerrado ahí dentro, cuando un segundo cadáver apareció de la nada y se unió a su amigo. Ahí sí que me sobresalté. No es que un reanimado fuera de mi agrado, pero era manejable… dos, sin embargo, eran demasiado, sobre todo porque donde había dos solía haber más. Sin embargo, alumbrado por la tenue llama del mechero, seguí acercándome a ellos, tenía que verles las caras.

Ninguno de los dos me resultaba familiar. Si eran vecinos de Patricia, el verlos convertidos podría haber hecho que los demás se asustasen e hicieran la locura de suicidarse. Pero más que vecinos del inmueble parecían mendigos que se hubiera colado en el edificio. Por debajo de la barba de varios días y de las marcas de la putrefacción se podía ver que eran jóvenes antes de morir…

—¡Hijo de puta! —murmuré al darme cuenta de quienes eran.

“Se habían ido sin el” había dicho Kevin… sí, se habían ido al otro barrio. Si esos dos no eran los famosos Pablo y Gaby yo era el comandante.

Mientras los dos reanimados gruñían y se agarraban con furia la valla, intentando tumbarla, un gemido tras de mi me hizo dar un respingo y volverme con el fusil en la mano. A la luz del mechero vi, pegado a una de las columnas del garaje, un bulto tirado en el suelo que luchaba por moverse.

Tenía pinta de ser un tercer reanimado. Aunque estaba fuera de la improvisada jaula y no intentaba atacarme no me extrañó, ya había visto a otro de los suyos quedarse tirado en el suelo sin reaccionar antes, violando así su propia naturaleza, que les obligaba a intentar comerse cualquier cosa que vieran moverse. Para asegurarme, me acerqué con cautela, fuera un reanimado pasivo o activo era mejor eliminarlo.

No había tenido tiempo de pensar en por qué había tantos muertos vivientes en el garaje cuando la llama del mechero iluminó la cara del reanimado durmiente.

—¡Hijo de una gran puta! —exclamé en voz alta sin poder contenerme.

No era un reanimado, ni mucho menos, era una persona. Concretamente era Fran, y los gemidos eran suyos también; estaba

recostado sobre la columna, sentado sobre un charco de su propia sangre, que le salía del cuello a raudales por una herida punzante en plena garganta. Temblaba, y me miraba con pánico mientras la boca se le llenaba también de sangre.

—¡Dios! ¿Qué coño ha pasado? —le pregunté más por nervios que porque necesitara decírmelo, ya conocía al especialista en ese tipo de heridas.

Arranqué un trozo de tela de su uniforme e intenté cortar la hemorragia, pero al estar en mitad del cuello no tenía forma de presionar sin ahogarle. Estaba ya medio desangrado, había llegado tarde.

—T…tiene mi… —balbuceaba mientras su sangre me manchaba las manos.

Presioné como pude y recé porque eso fuera suficiente, no tenía equipo médico, se había quedado en el primer piso con las mochilas y Fran no tenía tiempo de que subiera a por él.

—No digas nada y aguanta, ¿vale colega? —le dije mientras luchaba contra lo impensable.

No podía dejar que se muriera, no después de todo lo que habíamos pasado. Y sobre todo no después de obligarle a ir hasta allí en lugar de volver a la zona segura.

—¡No te mueras, joder!

—T… tie… tiene mi… f… —logró mascullar antes de perder el conocimiento.

Estaba muy pálido y la mayor parte de su sangre la tenía yo en las manos y los brazos o se había derramado por el suelo. Seguía manando sangre por la herida, pero con menor intensidad… se había desangrado, estaba muerto.

Los reanimados seguían gruñendo y agitando la valla tras de mí, ajenos a la muerte de Fran, al que, aunque conocía desde hacía poco, además de compañero había llegado a considerarlo prácticamente un amigo. Si algo había demostrado la crisis de los reanimados era que las desgracias nunca dejaban de ocurrir. Fran, una buena persona, había muerto miserablemente a manos de un asesino traidor. Cuando escuché sus pasos acercándose sigilosamente hacia mí por la espalda casi lo agradecí.

Del tirón me puse en pie y me giré para tenerlo cara a cara… o todo lo cara a cara que se puede estando en la oscuridad. Él encendió la linterna de Fran y le vi el rostro, salpicado de la sangre de mi compañero, que sonreía con satisfacción. Me habría abalanzado sobre él inmediatamente de no ser porque comprendí tarde lo que Fran quería decirme en sus últimas palabras.

“Tiene mi fusil”.

Me tenía encañonado y sin escapatoria. Me había alterado tanto la

muerte de mi compañero que ni me había acordado de coger del fusil antes de girarme, y ya era tarde.

—Vuestras armas me vendrán muy bien, gracias por haber venido.

Apretó el gatillo y yo apreté los dientes esperando recibir un disparo… pero no ocurrió nada. Confundido, volvió a apretarlo, y volvió a no ocurrir nada.

—¿Qué cojones…?

Entonces fui yo el que sonrió. Me descolgué el arma del hombro, tomándome mi tiempo, y le apunté. Él dio un paso atrás, espantado, y volvió a intentar dispararme un par de veces, sin éxito.

—Un buen soldado le pone el seguro siempre a su arma cuando no la está utilizando, ¿sabes? —le dije colocándome la mía a la altura de la cintura.

Presa del pánico, se dio la vuelta, tiró la linterna al suelo y empezó a correr. No necesitaba verle, no podía fallar desde tan cerca. Puse el automático y apreté el gatillo, apuntando bajo.

Fueron como cinco disparos, que retumbaron por todo el garaje. A los gemidos de los reanimados se unieron los gritos de dolor de Kevin cuando cayó al suelo. Cogí la linterna y me acerqué a él, que se cubrió la cara con las manos para que no le encandilara la luz.

Tres tiros le habían acertado, uno en la pierna derecha y los otros dos en el muslo izquierdo. Las tres heridas estaban comenzando a sangrar, y el chaval parecía estar sufriendo.

Me pareció bien, se lo merecía.

El fusil de Fran se le había caído de las manos, de modo que lo recogí y me lo colgué a la espalda. Cuando me acerqué a él intentó retroceder arrastrándose, dejando un rastro de sangre de considerable tamaño en el suelo del garaje. Tuvo la osadía de empuñar el picahielos, como si eso le hubiera podido servir de algo, y amenazarme con él. De una patada se lo arranqué de las manos y, rondado por el suelo, se perdió en la oscuridad.

—¡No me mates! ¡Por Dios no me mates! —rogó entre gimoteo y gimoteo.

Las heridas le dolían y no estaba acostumbrado a aguantar el dolor… solo era un crió, un crío y un asesino.

—¿Igual que tu no mataste a Fran? —le grité mientras le apuntaba con el arma; quería matarle, pero también quería venganza, venganza en forma de sufrimiento—. ¿Igual que no mataste al resto de vecinos o a tus compañeros?

—¡Vale! Maté a tu amigo, si… quería vuestras armas. ¡Ya has visto como son las cosas ahí fuera! ¡Las necesitaba! ¡Pero no he matado a nadie más! ¡Lo juro por mi vida!

“Un juramento con muy poco valor” me dije.

Pero seguí escuchándole. Sus estúpidas excusas solo me cabrearían

más, y un poco de ira extra era justo lo que necesitaba para hacer de su muerte algo más doloroso todavía.

—Los que vivían aquí se suicidaron, pero mentí, fue después de que llegáramos nosotros. No les íbamos a hacer nada, eran muchos y no teníamos armas, pero al contarles cómo estaba la cosa fuera… —dio un gemido y se agarró el muslo, que le sangraba—. ¡Me duele, joder!

—Sigue. —ordené sin ninguna delicadeza; me importaba bien poco su dolor.

—Les atravesé el cerebro con el picahielos porque… bueno, ya lo habíamos visto otras veces y… por lo visto…

—Ya sé por qué —le interrumpí; no necesitaba más explicaciones respecto a eso, seguramente lo habían visto, yo también lo había visto en aquel hombre ahorcado—. ¿Y tus amigos? ¿También se suicidaron y a ellos no se lo hiciste?

—Eh… eso fue distinto… ellos la cagaron. —por un momento me pareció que me miraba con más miedo aún, y no entendía por qué, ¿qué más podía temer de mí?

—¿La cagaron? ¿Qué quiere decir eso? —no contestó, hizo un par de gestos de dolor e intentó retroceder un poco más, como si arrastrándose pudiera escapar de mí.

Me acerqué y le di una patada en la pierna derecha, haciéndole gritar de dolor.

—¡Te he hecho una pregunta!

—¡Yo no tuve nada que ver con eso, lo juro!— gimió—. A mí me parecía asqueroso, pero dijeron que estaba buena y que era un desperdicio aunque estuviera muerta…

—¿Qué? —él temblaba por el miedo y por el dolor, y yo por la ira.

Con la linterna alumbré en dirección a la plaza de garaje de Patricia… su coche estaba allí, perfectamente aparcado.

—Cuando se suicidaron y rematamos a los demás bajaron una mesa, la ataron a las patas por las piernas y esperaron a que resucitara… —le callé de una patada en la boca que le hizo caer tumbado boca abajo, escupiendo sangre y lloriqueando.

Agarré el fusil y con dos certeros disparos acabé definitivamente con sus dos amigos… no podía pensar, no quería pesar. Dirigí la luz de la linterna al interior de la jaula metálica, la sangre y los sesos de los reanimados que acababa de matar estaban desparramados por el suelo y, un poco más al fondo, sobre una pesada mesa de madera oscura, un cuerpo atado por brazos y piernas a la mesa gruñía y se zarandeaba intentando liberarse de sus ataduras.

“No puede ser, no puede ser…”

La puerta no tenía el candado puesto, así que la pude abrir de una patada para acercarme más. Una melena negra, despeinada y sucia, se giró al sentirme cerca, y comenzó a gemir agresivamente. Estaba

desnuda de cintura para abajo, con los pantalones y la ropa interior a la altura de los tobillos. También le habían roto la camisa, dejando sus pechos al aire. Ignoré el tenue olor a podrido que desprendía y la agarré del pelo para levantarle la cabeza y poder verle la cara.

Era ella, no cabía duda. Aunque su rostro estaba demacrado, pálido y marcado de pequeñas heridas de putrefacción, la reconocí sin ningún esfuerzo. Abría y cerraba la boca, intentando impotentemente morderme, sin reconocerme en absoluto… sin saber quién era yo.

La sucesión de los hechos que habían ocurrido allí se formó en mi cabeza casi como una imagen que podía visualizar. Esos dos hijos de puta se la habían estado follando después de muerta en un acto de enfermiza y nauseabunda necrofilia. Por supuesto, los dos gilipollas se habían infectado y no habían tardado en morir también. El cabrón de Kevin debió encerrarles cuando agonizaban… a esos no tuvo redaños de matarlos, como había hecho con Fran.

Fusil en mano y rezumando odio por todos los poros de mi cuerpo me acerqué hacia Kevin de nuevo. El muy iluso se había arrastrado unos pocos metros, intentando huir de mí y de mi posible reacción al ver lo que habían organizado sus amigos.

—¡Yo no le hice nada, te lo juro! —dijo suplicando.

No podía sentir nada más que ira y frustración… eran demasiadas cosas demasiado horribles en demasiado poco tiempo, y mi cara debía mostrar algo espantoso, porque Kevin se meó encima y empezó a llorar.

—¡No la toqué! ¡No le puse una mano encima! ¡Si lo hubiera hecho estaría también muerto, y lo sabes! ¡No…!

Fue un tiro limpio, como una ejecución. Un momento antes quería que su muerte fuera lenta y dolorosa, pero no tenía fuerzas ni ánimo para hacer algo así, de modo que acabé con él simplemente disparándole en la cabeza. Su cuerpo cayó hacia atrás mientras la sangre regaba todo el suelo del garaje a una distancia de cuatro metros.

Nunca había matado a una persona viva, solo a muertos vivientes, y jamás pensé que lo haría por venganza o por ira. Un instante después de cometer aquél asesinato descubrí que lo que se decía era cierto, no te sientes mejor después de vengarte.

Pero tampoco me sentí peor, ese hijo de puta se lo merecía solo por haber matado a Fran para robarle el arma… había muerto por un puto fusil de mierda. Estaba tan cabreado que habría vaciado el cargador contra el cadáver de ese gilipollas, aunque ya no sirviera de nada.

El siguiente disparo fue para la cabeza del propio Fran. No podía dejar que le pasara lo mismo que le había ocurrido al hombre ahorcado, o a Patricia… no podía verle convertido en una de esas cosas muertas vivientes.

—Adiós colega. Gracias por venir conmigo… por acompañarme. Has sido un amigo, siento que acabara así… —le dije al cuerpo cuya cabeza acababa de reventar de un tiro—. Lo siento mucho.

El por qué todos los muertos, por la causa que fuera, y no solo los que habían sido infectados por un reanimado previamente se transformaran a su vez en reanimados era algo que no podía explicar, pero ocurría, ya lo había visto antes.

Dejé los fusiles en el suelo y regresé a la jaula. El cadáver reanimado de la que había sido mi novia me recibió dando mordiscos al el aire, mientras hacía fuerzas en vano por soltarse de las ataduras.

“Pégale un tiro, déjala descansar en paz” me decía a mí mismo.

Pero no me hice caso. No podía dispararle a ella, no podía disparar contra esa cara, que tras ese rostro desfigurado y esos ojos muertos, ocultaban a la mujer que quería.

No lo hice, no tuve fuerzas. Tan solo me senté en el suelo, apoyándome contra la valla, completamente derrotado y con lágrimas en los ojos.

—No te suicidaste, ¿verdad? Tú no harías algo así —le pregunté, sabiendo que su única respuesta serían más gruñidos y gemidos—. Ellos te mataron, ¿a que si?

Las preguntas me sonaron patéticas, no había forma de cuestionar el suicidio. ¿Quién se follaría un cadáver teniendo a alguien vivo? Si llegaron a ese extremo era porque estaba muerta. No había otra explicación. No sabía si lo que habían hecho se podía considerar violación, pero solo de pensar en ello lamentaba haber acabado con sus existencias tan pronto. Si no hubieran sido ya muertos vivientes probablemente sí que hubiera encontrado las fuerzas que me faltaron con Kevin.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te suicidaste? ¡Estabas a salvo aquí! ¡Sabías que yo estaba en la zona segura, que aún estábamos luchando contra ellos!

Chasqueó los dientes como única respuesta. Puede que no fuera culpa suya, no había tenido en cuenta el factor psicológico; ya en la zona segura, protegido por cientos de compañeros y rodeado de gente viva a salvo tras un muro, se hacía duro pensar en todo lo que había pasado; pero estar aislados durante tanto tiempo del resto del mundo, viendo como la ciudad es abandonada e invadida por los muertos vivientes, y mientras te vas quedando sin agua, sin luz y poco a poco sin comida… quizá fuera demasiado para ellos. Debieron perder la fe, debieron pensar que todo estaba perdido y decidieron no seguir sufriendo.

Me pregunté cuanta gente que había decidido aguantar en sus casas a que pasara el chaparrón habría acabado igual. Pero en ese momento ellos no me importaban nada, la única persona que quedaba en el

mundo que me importaba también estaba muerta. Supe que había perdido a mis padres y a mi hermano cuando nos enteramos de que Madrid había caído, y también estaba seguro de que todos los amigos que tenía allí debieron morir igualmente. En Murcia conocía a varias personas, pero amigos, lo que se dice amigos, solo podía contar a Javi y a Fran, y los había perdido a los dos. Patricia era todo lo que me quedaba y también me había abandonado.

No podía destrozarle la cabeza de un tiro, pero tampoco podía dejarla así. Me levanté, me sequé las lágrimas y busqué con la linterna el picahielos de Kevin. El hijo de puta debió quitárselo a Fran antes de matarlo, porque dudaba que Fran hubiera sido tan estúpido como para dárselo por voluntad propia.

Teniendo el picahielos en mi poder, dejé el cadáver de Kevin y volví junto al reanimado que había sido mi novia. Con una mano la agarré de la barbilla con fuerza, para evitar que me mordiera, y con la otra le acaricié la mejilla. Su piel, otrora suave y tersa, había adquirido un tacto como apergaminado.

—Lo siento cariño, lo siento mucho. —le dije antes de clavarle el picahielos en la nuca y hundírselo hasta el fondo en el cerebro.

En cuanto el instrumento perforó su cabeza, su cuerpo se relajó y cayó inerte sobre la mesa. Extraje la punzante arma de su cráneo y la arrojé a un lado. Después la vestí y le desaté brazos y piernas de la mesa. Del agujero que le había abierto en la nuca goteaba una sangre negra y espesa que caía sobre el suelo.

Muerta definitivamente casi volvía a parecer ella de nuevo, y eso resultaba tan doloroso que acabé derrumbándome. Me senté apoyado en la valla metálica y lloré como no había llorado en mi vida. Me dolía especialmente que se hubiera suicidado; los demás no tuvieron elección, sucumbieron ante los reanimados o ante asesinos de mierda, pero ella se había quitado la vida a sí misma, no había querido seguir luchando… yo había luchado por ella, había atravesado media ciudad plagada de muertos vivientes por ella, había llevado a Fran a la muerte por ella. Y a cambio ella se había rendido, me había dejado solo y sufriendo.

Tras desahogarme durante unos minutos, recuperé el ánimo suficiente para levantarme. Le cerré los ojos para que pudiera descansar en paz antes de volver al entresuelo de la primera planta. Con las mantas de Kevin y Fran, que ya no iban a necesitar, podría amortajar los cuerpos de mi compañero y de Patricia… a los otros tres cadáveres les iban a dar mucho por culo, no pensaba malgastar energías en ellos, se quedarían pudriéndose en el garaje.

Como fuera llovía, si quería hacerles una pira como la de Javi tendría que esperar a que escampara. Sentí una punzada de dolor al ver la mochila de Fran apoyada contra la barandilla de la escalera. La

muerte de Patricia era sin duda la más dolorosa, pero sabía que lo que me atormentaría el resto de mi vida iba a ser la culpabilidad que sentía por la muerte de mi binomio.

Tal y como predije, aunque por motivos parecidos pero distintos, aquella noche no pude pegar ojo. Las dos muertes no me daban un segundo de paz para descansar.

Para intentar coger el sueño intenté concentrarme en los buenos momentos que había vivido con ambos. Los buenos momentos con Fran era más bien escasos; en general, lo que me parecían buenos momentos eran sencillamente los momentos que no habían sido malos, después de todo nos conocimos en plena crisis de los reanimados, y allí no hubo situaciones especialmente memorables o que mereciera la pena recordar. Los buenos momentos con Patri eran muchos más y mucho más alegres… y, precisamente por eso, recordarlos era tan triste que tuve que dejarlo y concentrarme en algo más práctico, como pensar qué iba a hacer cuando saliera el sol.

La pira funeraria era la única opción que tenía con respecto a los cadáveres; no iba a abandonarlos en un cuartucho, como habían hecho Kevin y su banda con los vecinos, y el fuego era lo único que podía purificar el cuerpo de Patri de lo que demonios hiciera que se levantaran como reanimados tras la muerte.

Construir una pira y subir los cuerpos del garaje a la azotea me llevaría toda la mañana, ¿pero después qué? La vuelta a la zona segura se me hacía muy cuesta arriba; todo lo acontecido me había dejado sin fuerzas, y atravesar de nuevo una ciudad llena de reanimados se me hacía muy cuesta arriba.

Me planteé la posibilidad de quedarme en ese edificio. Tal y como había dicho Kevin antes de que lo matara, allí había mucha comida y mucha agua para estar aprovisionado durante semanas. Podría quitarme de una vez el uniforme militar, ponerme ropas de civil y, por una vez, luchar por sobrevivir yo mismo, y no para que sobrevivieran otros. Ya lo había perdido todo: familia, amigos y a mi novia… lo único que me quedaba era mi propia vida, y ya estaba harto de jugármela por una causa perdida. Desde la zona segura no habían visto la ciudad como la había visto yo, como un yermo vacío de vida y lleno de reanimados, no habían visto los miles que desfilaban por la avenida como un ejército. Quizá ellos no se habían dado cuenta, pero yo sí, no podíamos ganarles a los muertos, no éramos suficientes para plantar cara. Lejos de reconquistar la ciudad, que era el objetivo, habíamos tenido que replegarnos en la zona segura, y ni siquiera éramos capaces de recuperar un camión con provisiones… ¿cómo íbamos a ganar esa guerra?

Me lamí las heridas al menos una hora más y, cuando por fin me dormí, estaba completamente decidido a quedarme en el edificio y

mandar al resto del mundo a la mierda. Ya había tenido bastante ejército, bastantes reanimados y bastante sufrimiento.

Me desperté pasado el mediodía con el clima todavía lluvioso. Tomé un amargo, aunque inusualmente abundante desayuno gracias a una caja de cereales y una botella de leche que, milagrosamente, se conservaban en buenas condiciones. Necesitaba todas las fuerzas que pudiera conseguir, tanto físicas como psicológicas, para lo que tenía que hacer a continuación.

Con el estómago lleno, recogí las mantas que había preparado la noche anterior y volví al garaje. A la luz del día la escena que había montado la noche anterior resultaba más dura de contemplar que alumbrada por una linterna o un mechero; cinco cuerpos, cuatro de ellos con la cabeza reventada a disparos, se pudrían en el suelo, sobre charcos de sangre coagulada.

Al pasar al lado del cadáver de Kevin me llegó el hedor de la muerte, el olor a mierda, meado y sangre. No le hice el menos caso, Kevin y sus amigos estaban destinados a pudrirse allí. Varias moscas rondaban sobre los cadáveres, que tras morir del todo habían retomado el proceso de putrefacción normal, con sus consiguientes olores tan atractivos para esos insectos carroñeros.

Espanté de un manotazo a las que acosaban al cuerpo de mi novia y la cubrí con la primera manta. La envolví con cuidado y la cargué sobre mis brazos. Patricia era delgada y nunca había pesado mucho, aunque al ser un peso muerto resultaba difícil llevarla encima. Ella fue la primera a la que subí hasta la azotea. Tuve que hacer tres paradas para descansar, y cuando llegué arriba estaba tan empapado en sudor que agradecí el aire helado del invierno y el agua de la lluvia.

Como no había dejado de llover, no tuve más remedio que organizar una cremación pasada por agua. Lo más probable era que tuviera que usar gasolina para que todo ardiera, pero tenía un garaje con muchos coches para eso.

El cuerpo de Fran fue mucho más difícil de manejar. Pesaba muchísimo más y era bastante más grande, así que tuve que llevarle a rastras hasta la azotea tirando de sus pies. El viajecito no fue sencillo, y cuando tuve los dos cuerpos allí arriba estaba realmente agotado.

Y todavía me quedaba mucho trabajo por hacer.

Harto de subir y bajar escaleras, utilicé las casas del último piso para sacar de ellas sábanas, cojines, sillas y cualquier cosa que pudiera arder para utilizarlas de combustible para la pira. Decidí que lo más adecuado era que cada uno tuviera la suya propia, de modo que todo lo que cogí lo dividí en dos montones y luego deposité los cuerpos encima.

En una de las casas encontré un aparato de aire acondicionado.

Estaba conectado a un tubito que terminaba en una garrafa y me di cuenta de que podía serme muy útil. Con el machete corté el tubo y, con él y la garrafa, bajé hasta el garaje por última vez. No me costó cargarme el tapón del depósito de gasolina de uno de los coches y sacar combustible suficiente para llenar la garrafa hasta la mitad.

Mientras subía de nuevo a la azotea, cogí en el rellano del primero la mochila de Fran, y al llegar al quinto entré a la casa de Patricia. No había vuelto a entrar allí desde que llegamos el día anterior, y no me hacía mucha gracia tener que volver a hacerlo… todo en esa casa me recordaba a ella, hasta las sábanas que aquellos tres hijos de puta habían usado para dormir. Sin embargo, estaba dispuesto a darles a Fran y a Patri un funeral como Dios manda, y por eso fui a su habitación a buscar algún objeto personal que quemar con ella. Tras pensarlo durante un momento, terminé escogiendo el anillo que le regalaron al terminar la carrera y un peluche de un perro bastante feo que tenía desde que era pequeña; eran objetos con un valor sentimental suficiente como para que ella hubiera querido irse de este mundo con ellos.

Cargando con todo regresé a la azotea.

Las dos piras fúnebres estaban empapadas por el agua de la lluvia, de modo que tuve que utilizar la gasolina, como estaba previsto. Primero rocié un poco a Fran, y luego fui a hacer lo mismo con Patri, no sin antes ponerle el peluche entre los brazos y colocarle el anillo en el dedo.

Al depositar el peluche sobre su pecho, me fijé en que llevaba colgado la cruz de plata que su abuela le regaló cuando hizo la comunión. Ver morir a tanta gente anónima era duro, pero ver muerta a una persona de la que sabía tanto era desolador; tantas historias y tantas experiencias que componen toda una vida habían desaparecido para siempre con su muerte.

Supuse que lo correcto era que aquella cruz ardiera también con ella, me alegraba que Kevin y sus amigos no le hubieran quitado esa joya también, porque del resto no había ni rastro. Cubrí su cuerpo con gasolina y, sin mucha ceremonia, encendí las hogueras con el mechero. No era muy dado a los discursos, y tampoco me sentía con ganas de dar uno.

Al principio, la gasolina ardiendo lo llenó todo de un denso humo negro irrespirable, pero conforme empezaron a arder la tela y la madera el humo se volvió gris y más ligero. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que aún tenía la mochila de Fran a la espalda. Rápidamente la abrí y busqué en ella algo que mereciera arder con su dueño, pero tan solo encontré el equipo habitual que se lleva en la mochila de campaña: un botiquín de urgencia, comida, el saco de dormir, un cargador para el fusil…

No tuve que pensármelo siquiera un instante; yo no necesitaba dos fusiles, de modo que cogí sus cargadores y arrojé el arma de más a la pira de su dueño.

Los cuerpos siguieron ardiendo, pese a la lluvia, durante bastante tiempo. No me quedé a ver como se apagaban, en cuanto la llama empezó a menguar cogí todo lo que no había puesto a quemarse y regresé al interior del edificio. Estaba decidido a instalarme en la casa de Patricia, que era lo más parecido a un hogar que había tenido en Murcia.

Lo primero que hice fue dirigirme directamente a la habitación de mi novia, en adelante la mía, y quitarme de una vez por todas, y para siempre, el dichoso uniforme. Guardaba mucha ropa mía en un cajón de su armario, por todas las noches que había pasado allí, de modo que pude vestirme de civil con mis propias prendas.

Resultaba agradable llevar ropa limpia, así que, una vez vestido con ropa más cómoda, me dediqué a limpiar cualquier rastro del paso de Kevin y sus amigos por aquella casa. Metí la porquería de la cocina en bolsas de basura y recogí las mantas que habían utilizado para dormir. Las bolsas de basura las arrojé por la ventana, no tenía intención de salir a la calle de nuevo, y menos aún cuando había varios reanimados dando vueltas por allí. Seguramente el golpe de la bolsa reventando contra el suelo los atraería, pero se irían en cuanto vieran que no había nada que comer.

Al final, con las tareas de limpieza hechas, se me ocurrió que, si seguía lloviendo un rato más, podría salir a la azotea y utilizar el agua de lluvia. En el cuarto de baño seguían estando tirados por el suelo todos los geles y champús que pudiera necesitar. De modo que, cogiendo jabón y una esponja, salí a la azotea a darme una ducha rápida.

Las hogueras solo ardían residualmente cuando regresé. Los cuerpos habían pasado a ser tan solo dos irreconocibles esqueletos calcinados sobre un montón de cenizas y madera quemada. Me quedé un momento contemplando lo que habían sido mi compañero y mi novia… ya no parecían ellos, solo eran dos cadáveres más, como los muchos que había, reanimados o no, sueltos por la ciudad.

No era cómodo desnudarme y comenzar a lavarme pelándome de frío al lado de ellos, pero mereció la pena solo por la añorada sensación de sentirme limpio; la última ducha que me había dado fue en la zona segura días atrás, y con agua del río.

Aquello era tan agradable que cuando volví a la casa hasta me afeité. Y tras eso, mientras me echaba loción para después del afeitado delante del espejo del baño, tuve la ilusión durante un microsegundo de que el mundo había vuelto a la normalidad.

No se podía decir que me sintiera más alegre, la muerte de Fran y,

sobre todo, la de Patricia me hacían sentir hundido en la mierda, pero al menos estaba mucho más cómodo, y más libre de preocupaciones. Era liberador quitarse de encima las obligaciones de un soldado.

Limpio y afeitado, terminé de dar cuenta del queso y el vino que la noche anterior habíamos empezado a comernos. Mientras almorzaba comencé a planificar mi nueva vida como prácticamente el último hombre vivo de la ciudad. Por lo pronto tenía que registrar a fondo las casas para coger toda la comida que quedara y subirla a la mía. También tenía que encontrar la forma de atrancar la puerta de la entrada, que se podía abrir con demasiada facilidad, y yo no quería intrusos en mi refugio. Los cuerpos del cuarto de la limpieza, en la entrada, también eran un problema; no podía dejarlos allí, pero sacarlos fuera iba a ser un trabajo poco agradecido.

No le di muchas vueltas, ya le encontraría una solución a todo, tenía todo el tiempo que quisiera. El mundo creía que estaba muerto, nadie iba a venir a buscarme por desertor.

Cuando miré el reloj ya habían pasado las cuatro de la tarde. En un par de horas, más o menos, habría anochecido. No sabía por qué, pero después de haber comido bien y haberme lavado un poco, cuando me senté a descansar empecé a sentirme algo intranquilo. Sin ningún motivo, comenzaron a venirme a la cabeza imágenes de las caras de los refugiados de la zona segura.

Eran caras anónimas, desconocía sus nombres y quienes eran o habían sido cuando el mundo tenía sentido, tan solo veía rostros de gente con la que me había cruzado alguna vez. Pero cuando empecé, no pude dejar de pensar en ellos.

Sentía que los había abandonado, lo cual era cierto, pero no sabía por qué eso me hacía sentir remordimientos. Había perdido a todos mis seres queridos, incluso me habían quitado a gente por la que solo sentía un mínimo aprecio; había estado a punto de morir, y había tenido que matar… ¿Qué más quería el mundo de mí? ¿Es que no había hecho ya suficiente? ¿Tendría que sacrificara mi propia vida también?

No lo iba a consentir, y no lo hice. Me convencí de que, si ignoraba a mi conciencia durante un tiempo, acabaría olvidándome de todo. No era justo que me sintiera mal después de todo por lo que había pasado. No era justo.

Para distraerme de mis propios pensamientos y empezar a olvidarme de una vez por toda de los muertos vivientes, cogí la mochila de Fran y me dediqué a sacar todo lo aprovechable que pudiera llevar y tirar el resto a la basura. No quería volver a saber nada de militares, ni de sus cosas.

Además del botiquín y su granada de mano, que sí me serían útiles, no necesitaba nada de lo demás. No le quedaba comida y no

necesitaba más sacos de dormir; sin embargo, me sorprendió que aún guardara la radio que se nos había roto en la desastrosa defensa contra los reanimados en el supermercado.

"¿Por qué guardaría esto?" me pregunté cogiéndola entre mis manos.

En la primera casa donde nos refugiamos dijo que estaba rota y que no se podía transmitir; no servía para nada, de modo que la descarté en el montón de cosas que irían directas a la basura y seguí con mi trabajo.

Fran tenía también una muda limpia en la mochila, y estaba valorando si podría servirme cuando mi mirada se dirigió de nuevo a la radio por casualidad. Se me ocurrió que, aunque no pudiera hablar por ella, podría intentar contactar con la frecuencia de las comunicaciones de la zona segura y escuchar qué se cocía por allí…

No significaba nada, solo era sana curiosidad por ver como les iban las cosas, y para ver si tenía razón en cuanto al objetivo del enorme grupo de reanimados que había visto dos días antes.

Dejé lo que estaba haciendo y comencé a probar los canales del aparato para encontrar la frecuencia abierta que utilizaban dentro de la zona segura. La mayoría de las órdenes que involucraban a más de una persona o grupo las daban por aquél canal, para que todos pudiéramos escucharlas… era algo así como la radio de un policía y, aunque no era el procedimiento habitual en el entorno militar, había resultado bastante útil para coordinarnos a todos con unos recursos tan limitados. Además, no había peligro de que el enemigo interceptara las comunicaciones, los muertos vivientes no eran dados a tales sutilezas.

Me encontraba bastante lejos de la zona segura y no sabía qué alcance tendrían sus transmisores, ya que, debido a la falta de energía, los transmisores de largo alcance los tenían apagados salvo que hubiera alguna misión en el exterior. Dudaba mucho que a esas alturas siguieran buscando a mi unidad, de la que solo quedaba vivo yo, así que lo más probable era que no pudiera escuchar nada.

Sin embargo, al colocarme al lado de una ventana para que la recepción fuera mejor, empecé a oír, aunque muy distorsionados, fragmentos de conversaciones. La transmisión no era clara y solo podía escuchar retazos, pero por el tono y la urgencia con la que hablaban intuía que algo no iba del todo bien allí.

Movido por la curiosidad, me acerqué a la habitación del dormitorio, que estaba orientada en dirección sudeste, la misma en la que se encontraba la zona segura, y me senté al lado de la ventana logrando captar la señal con mayor nitidez.

No estaba equivocado cuando dije que la horda de reanimados iba hacia la zona segura. Al parecer habían llegado ya hasta ellos y les

estaba costando controlarlos. Escuché un aviso en el que se les comunicaba a los soldados de la zona Este del muro que les llevaban munición; también un teniente decía de que la mayor concentración se estaba produciendo por la zona central; luego, un soldado informó a un superior de que se acercaba otro grupo muy denso desde el norte.

El escuchar las órdenes, los comunicados y las advertencias a través de la radio me hizo sentirme un poco incómodo por ir vestido de civil. Si algún superior pudiera haberme visto me habría mandado a cazar reanimados, armado tan solo con un mondadientes, por desertor.

Pero en la zona segura no estaban para bromas. Poniendo toda mi atención a los mensajes que se iban transmitiendo unos a otros fui capaz de obtener un esquema general de cómo se estaban desarrollando los acontecimientos: el ataque había empezado la madrugada anterior, y muchos soldados ya estaban agotados; les estaban plantando cara pero eran demasiados para contenerlos y habían logrado llegar al pie del muro, donde se estaban acumulando. El principal temor era que hubiera algún fallo estructural que pudiera echar el muro abajo, como una grieta o una burbuja de aire entre el hormigón. También se hablaba de la posibilidad de que los muertos que iban eliminando se acumularan en el suelo y crearan una especie de pasarela que permitiera a los demás trepar, y para evitarlo estaban ignorando a los reanimados más cercanos y atacando a los que aún estaban a cierta distancia.

Por lo visto me había quedado corto cuando los conté, por la radio decían que eran al menos veinticinco mil… y les estaban costando eliminarlos a todos.

“Tiros en la cabeza” pensé “ese es el problema, que solo valen los tiros en la cabeza”.

Con blancos en movimiento y mala visibilidad por la lluvia durante el día y por la oscuridad durante la noche, quizás solo uno de cada dos o tres disparos fuera bueno, y eso significaba que les iba a costar el doble o el triple acabar con la amenaza.

“No es mi problema” me dije de repente apagando la radio.

Ya no era un soldado, no pertenecía a ningún ejército; solo era un tío solitario que vivía en la casa de su novia muerta y que también estaba muerto para el resto del mundo.

Me tumbé para echarme una siesta. La gran ventaja de no tener obligaciones era que no había ningún horario; dormiría un rato, luego buscaría algo de cenar, después dormiría toda la noche… y dormiría sin hacer ninguna guardia ni tener que estar pendiente de los reanimados cercanos, sobre un colchón blandito y unas sábanas cómodas y calentitas. Por la mañana me encargaría del resto de cosas que tenía que hacer, no había ninguna prisa.

Pese a que tenía sueño, algo no me dejaba dormir. Aunque estaba

plenamente convencido de que hacía lo correcto, la conciencia no me dejaba pensar en otra cosa que en la zona segura, donde mis compañeros se estarían pelando el culo bajo la lluvia mientras una horda inimaginablemente numerosa de muertos vivientes caníbales les tenía bajo asedio.

"¿Qué diferencia habría?" me dije a mi mismo, empecinado en dejar de sentirme mal. "Solo soy un soldado, solo un hombre más, un tío disparando que no marcaría ninguna diferencia."

Pero al mismo tiempo escuchaba otra voz, una que se parecía mucho a la voz de Patricia, y que no dejaba de llevarme la contra.

"Tú no eres de los que se quedan quietos sin hacer nada" decía, "¿vas a quedarte ahí tumbado? ¿Y luego qué? ¿Vas a estar así el resto de tu vida? ¿Tirado en un sofá, lamentándote por tu novia muerta? ¿Dejando que la soledad te transforme en un ermitaño loco?"

—¡Me cago en la puta! —rezongué poniéndome en pie.

¿Por qué siempre tenía que ganar ella las discusiones, aunque fueran imaginarias?

Tenía razón, quedándome allí me volvería loco, y si la zona segura caía y yo ni siquiera había intentado hacer algo nunca me lo perdonaría… los miles de refugiados que teníamos bajo nuestra protección habían confiado en nosotros, no podía abandonarles por haberme llevado un palo personal.

Tener conciencia es una mierda.

El viaje era peligroso a pie, eso ya lo había comprobado, pero tenía una posibilidad yendo en coche. El camino que había seguido la horda de reanimados, además de ir directamente hasta la zona segura, habría quedado limpio de otros de sus congéneres, como descubrí cuando Fran y yo cruzamos la avenida. Su propia marcha había atraído a todos los muertos andantes de los alrededores, que se habían unido a ellos. Tenían una tendencia natural a unirse en grupos, seguramente pensando que los que se movían lo hacían porque habían encontrado comida.

Si habían seguido la avenida, esas calles, además de libres de reanimados, porque no creía que hubieran tenido tiempo en un día de repoblarse con otros reanimados nuevos, estarían libres de coches. Las habíamos despejado tiempo atrás para que nuestros vehículos pudieran moverse por la ciudad, cuando aún alguien quería hacer algo así.

Era una apuesta arriesgada, pero no podía permitirme tardar otros tres días en volver, y menos aún sin Fran abriendo los edificios para encontrar refugios seguros donde cobijarme. Si la cosa iba bien podía estar en la zona segura en un cuarto de hora.

"Así podrás morir con todos tus compañeros" me dije a mi mismo en un vano intento por abandonar aquél plan suicida.

Lamentándolo mucho, tuve que volver a ponerme el uniforme militar, que además de manchado de sangre de casi toda forma de vida o muerte viviente con la que me había cruzado, apestaba a humanidad que echaba para atrás. Pero no podía presentarme de civil allí, bastantes explicaciones iba a tener que inventarme al no poder decirles dónde había estado en realidad.

Mientras me ponía el uniforme de nuevo sentí que algo se caía al suelo. Al agacharme a recogerlo vi que se trataba de la cruz dorada que Javi me había dado antes de morir, la que me había pedido que llevara a su hermana pequeña, que estaba en la zona segura. Con todo lo que había pasado me había olvidado completamente de aquello, pero lo tomé como la señal definitiva de que mi deber era volver.

Además de mi uniforme y el fusil, rehíce mi mochila con el saco de dormir, la comida, el botiquín y la cantimplora. Una vez preparado eché un último vistazo a la casa antes de irme, sabiendo que era muy probable que no volviera allí nunca más. Cogí las llaves del coche de Patri y salí del piso, cerrando con llave tras de mí para ponérselo difícil al próximo saqueador que quisiera colarse en esa casa. Después bajé hasta el garaje, donde los tres cuerpos seguían pudriéndose en el suelo manchado de sangre, y me dirigí al coche.

Ya estaba en la puerta del garaje, subido en el vehículo y preparado para salir, cuando recordé que no había electricidad, de modo que tuve que salir y abrir la puerta manualmente.

Un reanimado se encontraba en la rampa de subida que llevaba a la carretera. Era un tipo calvo y gordo que, a juzgar por las manchas de sangre en la boca y las manos, se había dado un buen banquete recientemente. Para poder salir tuve que volarle la cabeza de un disparo…

Había vuelto, estaba de nuevo en la brecha.

LAURA

La fortuna me había sonreído un poco aquella mañana, por primera vez en mucho tiempo. Las nubes del día anterior se habían ido acumulando en el cielo y finalmente había roto a llover durante la noche. Sin forma de protegerse de la lluvia, la gente salía solo lo imprescindible de sus tiendas y, si tenían que hacerlo se daban toda la prisa posible en volver. En esas condiciones podía asomarme al exterior sin miedo a que alguien viera las marcas que tenía por toda la cara.

—¿Qué es lo que tienes que decir si alguien pregunta?

—Te tropezaste con un cubo y te hiciste daño en la cara. —recitó Susi, sumisa, un segundo antes de salir de la tienda.

—Muy bien cariño. —le dije colocándole bien la capucha del abrigo.

Sacarla fuera conmigo cuando estaba lloviendo no me hacía ninguna gracia, pero la idea era dejarla con su padre me parecía mucho peor, dado su estado. Además, ella también tenía que ir al baño y tomar un poco al aire.

—¿Por qué no me puedo quedar con papa? —me preguntó haciendo un mohín—. No quiero salir a mojarme.

—Papá está malito —aunque me dolió que prefiriera quedarse con Adrian a venir conmigo, me consolé pensando que eso significaba que ya se había olvidado de lo ocurrido el día anterior, cuando su padre me dejó la cara marcada de tal forma que me había tenido que recluir dentro de la tienda—. No querrás que te contagie, ¿verdad?

“Soy una estúpida, tendría que dejar que todos las vieran” pensé sabiendo que jamás tendría el valor necesario para hacerlo.

Con mi hija agarrada de una mano y el cubo de agua vacío en la otra me puse en camino hacia la fuente. Pasamos por delante de la tienda de Alicia y su marido, que estaba cerrada, seguramente porque aún estaban durmiendo.

—¿Por qué disparan tanto? —preguntó Susi cuando salimos de entre las tiendas y tuvimos a la vista el muro, en el cuál los soldados se habían enzarzado en un tiroteo como nunca antes había visto.

La noche anterior, ya casi de madrugada, habían empezado de nuevo con los disparos tras estar dos días sin gastar una sola bala. Muchos estaban nerviosos por lo que aquello pudiera significar.

—No lo sé, cariño, habrá muchos resucitados. —le respondí sin

muchas ganas.

—¡Llevan así desde anoche! —decía una pareja con la que nos cruzamos; al pasar a su lado agaché la cabeza para que no pudieran verme la cara—. ¿Cuántas de esas criaturas puede haber ahí fuera?

Debían ser muchas a juzgar por la intensidad de los disparos. Toda la zona segura sonaba como un campo de batalla. Nos habíamos llegado a acostumbrar a los tiros que tenían que realizar cuando algún resucitado se acercaba demasiado, pero aquello era un no parar.

—Estuvieron casi dos días sin un solo disparo —le recordó la mujer a su iracundo marido—. Habrán dejado que se acumulen unos cuantos para eliminarlos a todos de golpe, digo yo.

—Pues la próxima vez espero que empiecen a matarlos por la mañana, porque menuda nochecita nos han dado. —siguió refunfuñando el hombre mientras Susi y yo nos alejábamos de ellos.

La cola para la fuente era extraordinariamente corta aquel día. Con la lluvia cayendo, la mayoría había preferido simplemente dejar sus cubos y recipientes fuera y esperar a que se llenasen solos. Yo también lo había hecho con nuestro segundo cubo; si había suerte y la lluvia lo llenaba lo suficiente podría lavar algunas prendas, ya que empezábamos a andar escasos de ropa limpia, para variar.

—Te juro que los he oído —dijo un chico de unos veinte años que se protegía de la lluvia con una gabardina cuyo aspecto delataba que había vivido tiempos mejores—. Al otro lado del muro, gimiendo como demonios. ¡Tiene que haber miles de ellos!

—¡Qué vas a escuchar tu! —le contestó un hombre mayor que se encontraba en la cola—. Lo único que se oyen son disparos. ¡Toda la noche y todo el día! ¿Cómo quieren que podamos dormir así?

—¿Y a qué te crees que le disparan, viejo? —insistió el muchacho frunciendo el ceño—. ¡Resucitados! ¡Están a las puertas! Por eso dejaron de enviar patrullas fuera, por eso ya no viene nadie. ¡Nos rodean los muertos vivientes!

Susi se pegó a mí y me agarró la mano con más fuerza, escuchar a aquél chico la estaba asustando; por suerte ya nos tocaba llenar el cubo en la fuente y nos iríamos pronto de allí. Pese a que estaban asustando a mi hija, la distracción que provocaban me vino bien, así nadie se fijaría en mí ni en mi malherida cara.

—El único resucitado que me da miedo eres tú, hijo —le contestó el hombre mayor riéndose—. Porque no hay un cerebro que destruir.

—Ríete si quieres, viejo —dijo el joven, molesto porque algunos otros se estaban carcajeando también por el comentario. —Pero como logren traspasar la barrera militar seré yo el que ría.

“Si logran superar a los militares nadie se reirá” pensé yo cargando el cubo lleno y emprendiendo el camino de vuelta a la tienda.

La lluvia no era demasiado intensa, por lo que no nos habíamos

mojado demasiado en el trayecto. Eso me tranquilizaba, porque lo único que me faltaba era que Susi se pusiera enferma también; todavía tenía miedo de que Adrián pudiera haberla contagiado, pero por el momento no había manifestado ningún síntoma, al contrario que su padre.

Al acostarse la noche anterior ya tenía un aspecto ligeramente macilento, pero cuando desperté por la mañana lo encontré ardiendo de fiebre en la cama, con la cara blanca y temblores por todo el cuerpo. Con el agua que quedaba en el cubo antes de llevármelo mojé un trapo y se lo puse como una compresa en la frente, para ver si le bajaba un poco la fiebre, pero aunque le había aliviado no daba señales de mejoría alguna.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté al entrar a la tienda, tras dejar el cubo junto a la entrada y acercarme a la cama donde reposaba.

Le quité el trapo de la frente y lo mojé otra vez en el agua que había traído antes de volver a ponérselo. No sabía por qué estaba cuidando de él, una parte de mi deseaba dejarlo agonizar y morir sin hacer nada. Nunca había tenido el valor de hacerle caso a esa parte de mi, pero últimamente estaba planteándome la posibilidad de llegar a hacerlo, viendo lo mal que me iba ignorándola.

Respondió con un gruñido vago cuando el agua empezó a chorrearle por la cara… estaba tan caliente que podía sentir el calor que su piel desprendía. Ni se molestó en abrir los ojos, decía que la luz le molestaba; incluso la escasa luz que le llegaba al estar nublado y bajo techo le agobiaba.

—Tengo hambre. —se quejó Susi agarrándome del hombro.

La tomé, la dejé sobre su cama y le quité los zapatos y los calcetines; estaban un poco mojados y no quería que se resfriara por llevarlos puestos. Para que estuviera caliente la obligué a meter los pies bajo las mantas de la cama. Luego le abrí una de las raciones que habían sobrado del día anterior.

—¿Papá está malito? —me preguntó, mirándole con preocupación.

Asentí, sin ser capaz de mostrar ninguna emoción. Cualquier persona estaría preocupada por el estado de Adrián, e intentaría fingir que no pasaba nada delante de la niña para no preocuparla, pero yo no podía fingir… al igual que cuando salió al exterior en busca de provisiones, casi prefería que muriera y se apartara de mí para siempre. Si de algo me había dado cuenta es de que yo no tenía el coraje suficiente para ser quien se apartara de él.

—Se pondrá bien, ¿vale cariño? Quédate aquí y come. —le respondí antes de volver con Adrian.

En cuanto me arrodillé a su lado abrió los ojos… los tenía completamente inyectados en sangre.

—Tu hija es tonta —murmuró con la voz tomada—. “¿Papá está malito?” ¿Es que no ve que estoy en las últimas? Me duele la cadera.

Decidí atribuir a la fiebre aquellas palabras crueles sobre nuestra hija, las cuales, por suerte, ella no había escuchado al estar concentrada en su lata de comida.

Adrián había dormido sin pantalones porque el lugar donde el resucitado le hirió se le había inflamado tanto que cualquier cosa que le apretara un poco le hacía ver las estrellas. Al levantar la sábana para echar un vistazo descubrí que la hinchazón había aumentado todavía más, y que lo que había sido un ligerísimo rasguño dos días atrás se había convertido en una herida que rezumaba pus y que no terminaba de decidirse a cicatrizar. Alrededor de ella, las venas se le marcaban en la piel con un insano color negro, toda la zona estaba inflamada y decía que le dolía con solo mirarla.

—Sigue infectada, y está empeorando —le informé volviendo a taparle; aunque ardía de fiebre había parado de quejarse por el frío en toda la mañana—. Deberíamos avisar a los militares, necesitas antibióticos, medicinas, quizás incluso que te operen la herida.

La mirada que me lanzó estaba llena de ira y de desprecio, sobre todo de desprecio.

—La hija tan tonta como su madre. —farfulló girándose para darme la espalda.

—También es hija tuya… —le espeté en un arrebato de ira; podía soportar que me hiciera todas las perrerías del mundo, pero insultar a Susi de aquella manera era algo más allá de lo tolerable.

Sin embargo su respuesta fue permanecer dándome la espalda, sin inmutarse lo más mínimo.

—Yo quería un hijo, tenía que haber sido un niño. —dijo finalmente.

Esa respuesta me dejó anonadada durante unos segundos... no podía creer que hubiera dicho algo así. Durante el embarazo sabía que quería que fuera un niño, pero nuestra hija ya tenía cuatro años, tendría que haberse hecho a la idea hacía mucho. Aquellas palabras también podrían haber sido solo efecto de la fiebre, pero no podía, o no quería disculparle tan fácilmente.

—Uno elige tener hijos, no los hijos que tiene —le espeté con frialdad, en voz lo bastante baja como para que Susi no pudiera escuchar aquella terrible conversación—. Decidimos tener un hijo y fue una niña.

—Tenía que ser un niño… todo habría ido bien si hubiera sido un niño —insistió—. Habríamos sido felices.

Aunque los malos tratos habían sido más o menos constantes durante los cuatro años anteriores, éstos habían dejado de hacerme daño de verdad, más allá de lo físico, mucho tiempo atrás. Pero con

aquellas palabras se había superado.

—Habríamos sido felices si no hubieras empezado a pegarme. —no sabría decir de dónde surgió la valentía que necesitaba para decirlo, pero lo hice.

El maltrato había comenzado poco después de nacer Susi, y siempre había creído que la causa había sido yo, pero en realidad había sido nuestra hija. No es que fuera muy posesivo o autoritario, tampoco es que me quisiera a su manera… me pegaba porque me odiaba. No me quería por haber parido a una niña, y tampoco quería a Susi por el simple motivo de no haber nacido del sexo que él deseaba. Aquello era repugnante.

No dijo nada, no se molestó en responder a mi osadía, quizá por vergüenza o quizá porque le daba igual.

—De… deberíamos avisar a los militares. —repetí como una autómata, estaba sintiendo tantas cosas que no sabía cómo tenía que sentirme en realidad.

Pese a encontrarse débil, se giró con brusquedad para volver a mirarme a la cara.

—Si llamas a los militares nos llevarán a los tres y os pondrán a la niña y a ti en cuarentena. Te aislarán de ella durante cuarenta días, y quizás incluso te la quiten por comportarte como una madre de mierda al dejarla jugar al lado de alguien a quien ha mordido un muerto viviente. Y si sales y alguien te ve las marcas en la cara avisarán a los militares, que vendrán aquí y, al ver lo que hay, el resultado será el mismo —intentó mostrar una sonrisa cruel, pero comenzó a toser y el gesto mezquino quedó a mitad—. Deja… deja de decir tonterías por una vez y déjame descansar.

Le dejé descansar, aunque fue el único de toda la zona segura que debió hacerlo, ya que la intensidad del tiroteo que los militares estaban llevando a cabo con los resucitados del otro lado no dejó dormir a nadie en toda la noche, y no tenía pinta de que aquella mañana fuera a mejorar la cosa. Me horrorizaba pensar que seguramente tenía razón; habiendo ocultado su mordedura tanto tiempo, los militares nos aislarían a Susi y a mí por si estábamos contagiadas también. Era mejor seguir manteniendo el secreto, pero ese secreto tenía fecha de caducidad… no se sobrevive a la mordedura de un resucitado.

Durante el resto de la mañana Adrian estuvo durmiendo, pero su fiebre era tan alta que ni siquiera eso pudo hacerlo en paz. Hasta después de comer no tuve el ánimo suficiente para volver a acercarme a él después de todo lo que había dicho, pero al final cedí y me pasé toda la tarde cambiándole el trapo mojado de la frente cada media hora. Cuando lo retiraba aun estaba húmedo, pero la fiebre lo dejaba tan caliente que estaba empezando a preocuparme. Los labios se le

habían empezado a amoratar y tenía las ojeras mucho más marcadas que unas horas antes, y era cuestión de tiempo que muriera. Todo el mundo que se había visto infectado por un resucitado había muerto, no había vacuna, ni medicamento, ni excepciones… pero no estaba lista para hacer frente a esa situación y lo que implicaba. Se me habían grabado las palabras que dijo sobre lo que pasaría si avisaba a los militares, sin embargo, una vez muriera, tendría que hacerlo igual, ya que después de la muerte venía la resurrección.

Sin ser capaz de dar el paso siguiente me concentré en intentar bajarle la fiebre, aunque inútilmente. No tenía un termómetro a mano y no podía saberlo con exactitud, pero no creía que hubiera bajado de los cuarenta grados en toda la tarde. Había dejado de moverse en sueños, o quizá por culpa de los delirios de la fiebre, y permanecía quieto, tan quieto que se le podía confundir con un cadáver. Lo único que permitía sabe que seguía vivo era su forma de respirar, que sonaba cada vez más forzada y dificultosa.

—Mamá quiero salir a jugar. —me pidió Susi.

Llevaba tanto tiempo pendiente de la salud de mi marido que casi no le había prestado atención; la pobre se había pasado toda la mañana encerrada y ya estaba desesperada.

—Cariño aún está lloviendo —le contesté con dulzura—. No querrás ponerte malita como papá, ¿verdad?

“Dios no, por favor ella no…”

No había dado muestras de sentirse mal en todo el día, así que supuse que Adrian no la había contagiado accidentalmente; pero él tampoco había mostrado síntomas hasta casi dos días después, y no estaba nada tranquila.

“Si te ha contagiado, al menos nos moriremos las dos juntas” me dije al recordar que ella y yo habíamos comido del mismo plato y bebido del mismo vaso; aquello era un flaco consuelo, pero era un consuelo al fin y al cabo.

Cuando llegó el ocaso, ni la lluvia ni los disparos habían cedido un ápice. Adrián seguía dormido, o inconsciente quizá, no estaba segura. Había decidido permanecer en vela toda la noche debido a su estado. No creía que fuera a sobrevivir hasta el alba y, si moría, no quería que reviviera como un muerto viviente y nos cogiera durmiendo.

Todavía no tenía claro qué iba a hacer cuando llegara el momento. Aun sin una resurrección por medio tendría un cadáver sobre la cama del que no podía hacerme cargo. El momento de que el secreto nos explotara en la cara estaba cada vez más próximo…

—No tengo sueño. —protestó Susi cuando la metí en la cama.

No dudaba de que fuera verdad, después de estar todo el día sin hacer nada, ¿de qué iba a estar cansada? No obstante insistí, no quería que siguiera viendo a su padre así y, si finalmente los militares

intervenían, cosa que ya no veía como evitar, la despertarían para hacerle todo tipo de pruebas y análisis para descartar que estuviera infectada también. Era mejor que durmiera mientras pudiera.

Una vez se hubo dormido, lo cual me costó menos de lo que esperaba, dada su resistencia inicial, cogí la silla plegable y la coloqué junto al cabecero de la cama de Adrian. Como futura viuda era mi deber velarlo toda la noche, de modo que me dediqué a escuchar el tiroteo que estaban llevando a cabo los militares y la lluvia repiqueteando sobre el techo de la tienda. Esos sonidos no perturbaron el sueño de Susi. ¡Qué maravilla poder dormir como un niño! Pero a mí me ayudaron a permanecer despierta.

Ensimismada por aquellos sonidos y mis propios pensamientos, no me percaté de que hacía un buen rato que no le cambiaba el trapo de la frente a Adrián, y cuando se lo quité ya estaba casi seco, aunque menos caliente que los que le quitaba unas horas atrás. ¿Acaso le había bajado la fiebre? No lo creía posible, pero cuando le toqué la frente noté que el calor que desprendía era menor. Al sentir el contacto de mi mano se revolvió y murmuró algo parecido a mi nombre. Sentí un ramalazo de cariño hacia él… después de todo, aún estaba pensando en mí.

—No siempre fueron malos tiempos, ¿verdad? —susurré sin poder contener una lágrima al recordar.

Hubo tiempos muy buenos entre nosotros, sobre todo al principio. Recordaba haber estado locamente enamorada de él cuando solo éramos novios, e incluso después de casarnos. No había sido más feliz en mi vida que cuando estuvimos de luna de miel en la Costa Verde… bueno, quizá cuando nació Susi.

—¿Te acuerdas de la Playa del Silencio? —le murmuré mientras seguía respirando fatigosamente—. ¿De Tapia del Casariego…? ¿Y de Castañeras? De eso te tienes que acordar, allí concebimos a nuestra hija.

O eso creía yo, a juzgar por las fechas. Pero nueve meses más tarde todo se fastidió, y ya sabía por qué, después de cuatro años de rencor y maltrato por fin tenía la respuesta al por qué… y la respuesta era horrible, más propia de un talibán que de la persona que creía que era.

—Querías un niño y te di una niña —le dije sin poder dejar de lagrimear; saber que no podía escucharme me daba fuerzas para soltar todo lo que quería decirle—. No fue mi culpa, y tampoco de ella, solo es culpa tuya, lo sabes, ¿verdad? Culpa tuya por ser como eres, por hacer lo que haces… por comportarte como un cabrón.

No obtuve ninguna respuesta, ni siquiera sabía si podía escucharme, pero no me importó, ya nunca más me iba a importar nada de lo que saliera por esa boca.

—Debería haberte denunciado hace años, haber alejado a la niña de ti todo lo posible, y haberme alejado yo también la primera vez que me pusiste la mano encima —decir en voz alta lo que pensaba, quizás por primera vez en cuatro años, me había despejado la mente y me había llenado de una determinación que no había sentido jamás—. ¿Sabes qué? No voy a dejar que tu muerte haga que me separen de ella.

Con el cubo de agua que no había utilizado para aliviarle la fiebre me lavé la mía de lágrimas. En cuanto hube terminado me dirigí a la cama de Susi y, envolviéndola con la manta con la que se tapaba, la agarré en brazos. Protestó un poco mientras la cargaba, pero volvió a dormirse con su cabecita apoyada en mi hombro antes de que tuviera tiempo de salir fuera de la tienda.

Tenía una idea, una idea tonta y desesperada que tenía pocas posibilidades de funcionar… pero era la única opción que me quedaba, y al menos tenía que intentarlo.

La tienda de Alicia y su marido tenía la cremallera echada, pero se escuchaba el tintineo de cubiertos y platos, incluso sobre la lluvia y los disparos. Debían estar cenando, había estado tan concentrada en otras cosas que se me había pasado completamente la hora de cenar.

—Alicia, ¿puedes salir un momento? —llovía, y tuve que cubrirle la cabeza a Susi con la manta para que no se mojara y acabara despertándose.

La cremallera no tardó en abrirse.

—Pasa tú, mujer, que te estarás calando. —respondió ella muy amablemente.

Hubiera preferido no tener que entrar, porque quizá después de lo que iba a hacer no me dejaran salir, pero no me quedó más remedio.

Dentro de su tienda había una silla plegable de plástico para cada uno de ellos y, sobre una mesita a juego con las sillas, habían colocado toda la comida de las raciones que nos daban los militares. Estaban cenando como si de una comida en el campo se tratara, iluminados por una linterna de acampar colgada del techo de la tienda. Como habían hecho para que las pilas les duraran hasta entonces, cuando cualquier aparato que funcionara a pilas en el resto de la zona segura estaba descargado hacía tiempo, era algo que no sabía

—¿Va todo bien? —preguntó Alicia con preocupación.

Con un suspiro me armé de valor y levanté la cabeza, dejándoles ver las marcas que Adrián me había regalado con sus golpes,

—¡Oh Dios! ¿Qué te ha pasado en la cara? Rodrigo, saca el botiquín.

Su marido se había quedado tan estupefacto como ella al ver los golpes y moratones, pero salto de su asiento en cuanto Alicia se lo pidió.

—No necesito el botiquín, gracias, son heridas viejas. —respondí volviendo a bajar la cabeza.

Me había costado encontrar en valor suficiente para dar la cara, pero no podía soportar que me miraran así.

—Ha sido tu marido, ¿verdad? —exclamó Alicia enfurecida—. Pues esto no va a quedar así… ¡Por supuesto que no! ¡Dejaría de llamarme Alicia Gimeno si esto se quedara así! Lo primero que vamos a hacer es avisar a los militares para que encierren a ese animal en alguna parte.

—Voy ahora mismo a avisar al primero que vea —la secundó su marido poniéndose en marcha—. Podéis quedaros aquí las dos el tiempo que haga falta.

—¡No! —le dije yo agarrándole del brazo cuando ya estaba dispuesto a irse; no podía dejar que llevara a un militar a la tienda.

—No puedes dejar que te haga eso y se quede tan campante —protestó Alicia—. Esto ya lo sabía yo, cerdo maltratador, medio hombre…

Susi empezaba a revolverse en mis brazos. Con tantas voces la estábamos despertando.

—Ha sido mi marido, si —le dije a Alicia—. Pero eso no es todo… ¿puedo dejar a la niña en la cama?

—Claro. —Rodrigo dio un par de zancadas y apartó del único catre que tenían un par de prendas sucias.

Con cuidado deposité a Susi en la cama y la tapé con su manta. Por suerte no se había despertado, no quería que escuchara lo que iba a decir.

—¿Quieres un vaso de agua? —me ofreció Alicia mirándome con preocupación.

El berrinche no se le había pasado, podía notarlo, pero intentaba ser más suave, y yo lo agradecía porque lo que tenía que decir no era fácil.

—No, gracias… Adrián me pegó, pero no es eso por lo que he venido, ya estoy acostumbrada a que me pegue —la mirada de horror que pusieron ambos me hizo arrepentirme enseguida de haber dicho eso—. Sabéis que ayer por la mañana volvió después de haber estado casi dos días fuera, ¿no? Mientras estuvo allí fuera un resucitado le intentó morder, no lo logró, pero le rasgó la ropa y le hizo un pequeño arañazo con los dientes en la cadera.

—¡Oh Dios! —gimió Alicia consternada—. ¿Nos estás diciendo que…?

—Se muere —afirmé mirando a Susi para asegurarme de que seguía durmiendo—. Ayer empezó a infectarse la herida y hoy lleva todo el día con fiebre. Agoniza, no creo que pase de esta noche.

En el silencio que se formó tuve tiempo para reflexionar sobre lo que acababa de decir y, además, sobre cómo lo había dicho. Ni voz

entrecortada, ni lástima, ni pesar; simplemente había expuesto los hechos puros y duros, no me importaba nada que muriera.

—¡Dios! Tendrías… tendrías que haber avisado a los militares mucho antes —dijo Alicia nerviosa, mirando alternativamente a su marido, a mi hija y a mi—. Podrías haberte infectado, ¿no os habrá infectado también?

—No —o al menos eso esperaba—. Pero tienes razón, debería haber llamado a los militares en cuanto me enteré.

—Es horrible, ¿por qué no has avisado a nadie? Ya sabes lo que ocurrirá si muere, ¿no?

"Si muere no, cuando muera, que va a morir es un hecho."

—Si, por eso necesito que me ayudéis —pedirles aquello era sumamente injusto y lo sabía, pero tenía que hacerlo, por mi hija—. Cuando muera hablaré con los militares, necesito que os quedéis con Susi hasta que se arregle todo… que digáis que estuvo con vosotros desde que su padre enfermó, que vosotros la cuidasteis mientras yo cuidaba de mi marido.

Ambos parecieron confundidos ante aquella petición, pero yo necesitaba que la aceptaran, no que se pararan a valorarla.

—¿Quieres engañar a los militares? —quien respondió esta vez fue el marido de Alicia—. Puede no servir para nada, lo sabes, ¿no? Puede que quieran examinarla igual.

—Cuando llegamos a la zona segura nos hicieron un examen superficial solamente —demasiado superficial, a mi juicio, porque Adrián había logrado saltarse un examen semejante sin ningún problema; raro era que no hubiera ocurrido algo así antes—. De ese no se va a librar, pero si saben que ha estado cerca de él todo el tiempo, hasta su muerte… nos pondrán en cuarentena, nos separarán y nos aislarán. No quiero que pase por eso, ella está bien, y yo también. Yo no puedo librarme ya, pero ella sí, solo tenéis que decir que estuvo con vosotros todo el tiempo, que os la dejé en cuanto su padre mostró los primeros síntomas.

Mi tono había pasado a ser una súplica, y eso les estaba haciendo dudar. Sabía que tenía muchas probabilidades de que saliera mal y, aun con esa mentira, acabáramos las dos en cuarentena; pero tenía que intentarlo, no podía que la encerraran sola en una habitación del hospital durante tanto tiempo.

—Al menos… quedaos con ella esta noche, mientras cuido de su padre mientras se muere. —les pedí, intentando hacerles dudar y que terminaran accediendo.

—Está bien, nos quedaremos con ella —dijeron después de mirar como Susi dormía plácidamente, ajena al drama que se estaba desarrollando a su alrededor—. Al menos de momento, pero si los militares preguntan demasiado…

—¡Gracias! —interrumpí yo agarrándole las manos a Alicia, pero ella las retiró cuando apenas la había rozado.

“Creen que yo también podría estar infectada” deduje de su reacción, “no quiere ni tocarme.”

Sin decir nada más salí de nuevo a la lluvia y volví a mi tienda. Aquello había sido una medida desesperada, por una parte podría no engañar a los militares, pero aunque lo hiciera, la reacción de Alicia cuando la toqué me demostró que también podían acabar diciendo la verdad.

Al menos sí que había conseguido apartarla lo suficiente aquella noche para que no viera morir a su padre, se iban a quedar con ella hasta que Adrián muriera, y algo era algo. Aunque sabía que todo iba a acabar muy mal, no me quedó otra opción que seguir adelante. ¿Qué iba a hacer si no?

Cuando entré a la tienda me quedé atónita al ver a Adrián recostado sobre la cama, con la mirada perdida en el vacío, los ojos muy abiertos y tan pálido y ojeroso que asustaba. En cuanto me vio entrar me miró, pero su gesto no cambió en absoluto. Tenía la piel tan blanca que parecía de papel, y por un segundo pensé que había muerto y se había levantado como un muerto viviente… pero entonces abrió la boca y habló.

—Me muero… —dijo entre suspiros que sonaron como si tuviera algo bloqueándole la garganta—. Creo…

Me acerqué a él y le puse la mano en la frente; estaba más frío, mucho más frio, como si hubiera perdido todo el calor del cuerpo, lo cual era rematadamente extraño teniendo en cuenta que una hora antes todavía tenía fiebre.

—Estás helado, ¿te encuentras bien? —le pregunté preocupada; aquél no parecía ya él, estaba más cerca del resucitado en el que se iba a transformar.

Al hablarle, giró la cabeza y me miró como si no me reconociera.

—Me muero —repitió—. Lo veo venir...

Una hora antes había estado tan débil y febril que no podía ni permanecer consciente, mucho menos enderezarse. Ignoraba qué podía estar dándole fuerzas en esos últimos momentos.

Con esfuerzo, alzó la mano e intentó agarrar la mía. Estaba chorreando de sudor, pero aun así se la cogí. En su tono de voz, tan lastimoso, creía estar escuchando al Adrián de aquella época, un Adrián que llevaba tanto tiempo consumido por el Adrián autoritario y violento que apenas me acordaba de él. No pude evitar volver a llorar al ver que, de algún modo, aún seguía allí el hombre al que había querido.

—Tranquilo, pronto acabará todo —dije con la voz quebrada acariciándole el pelo, aunque él no pareció notarlo.

—Siento cómo me consume... me muero. —repitió una vez más, tumbándose en la cama otra vez.

—Lo sé. —le dije yo.

Sentía una tristeza difícil de expresar… en los últimos días, después de muchas dudas, me había dado cuenta de cuánto quería que ese hombre desapareciera de mi vida para siempre, pero mientras aquello ocurría delante de mis narices solo podía sentir una congoja difícil de explicar.

—Ojalá pudiera estar con el Adrián que quería, no con el cabrón en que te has convertido.

Aquellas palabras nunca se las habría podido decir si no hubiera estado en ese extraño delirio, pero siempre pude ser sincera con el Adrián del que estaba enamorada. De repente giró la cabeza y me miró con tal intensidad que durante un segundo pensé que iba a golpearme por lo que acababa de decirle.

—¡Mátame! —exclamó con esfuerzo y con el tono autoritario del Adrián que odiaba—. No quiero ser una de esas cosas… no quiero seguir sufriendo.

—Pero es que te lo mereces —le respondí con una frialdad impropia de mi y soltándole la mano; en el último momento había vuelto a ser él mismo, y hacia él solo sentía odio—. Te mereces ser uno de ellos, te mereces seguir sufriendo hasta después de muerto, hijo de puta.

No respondió, ni siquiera estaba segura de que me hubiera llegado a escuchar. En el exterior se oía el revuelo agitado de gente moviéndose de un lado a otro y murmurando entre sí, pero no le hice caso. Me quedé observando cómo exhalaba lo que serían sus últimas bocanadas de aire durante por lo menos media hora más…

Y finalmente murió. Fue algo progresivo, su respiración se fue volviendo más y más difícil, y antes de que dejara de hacerlo ya parecía un cadáver, pálido y consumido. Durante los últimos estertores había abierto los ojos, que tras su muerte miraban a la nada, completamente vacíos de vida. Alargué una mano y se los cerré, mientras con la otra le tapé la cabeza con la sábana. Había muerto, me había convertido en viuda y mi hija había perdido a su padre, un padre que no la quería, un hombre que no nos quería a ninguna de las dos.

No sentí ninguna pena por él, pero sí la sentí por el hombre que había sido, el hombre al que yo si había querido y con el que me había casado años atrás.

Por un segundo me sentí perdida. Aunque había deseado ese final, y por fin me había quitado el yugo de Adrián de encima, me di cuenta de que sin él estaba sola. Mi marido había muerto, de mis padres, mi hermana o cualquier otro miembro de mi familia no sabía nada… solo

tenía a mi hija, y ella solo tenía cuatro años.

Sin embargo, que lo único que me quedaba, que era mi hija, solo tuviera cuatro años me obligaba a ser fuerte por ella, a ser fuerte por las dos. Ya no podía depender de nadie, tendría que aprender a valerme por mi misma.

CARLOS

—¡Que no! ¡Que yo no he hecho nada! ¡Lo juro! —negué mientras retrocedía para alejarme de aquél tipo con cara de pocos amigos.

Crucé mi mirada con la de Maca, quizá esperando una explicación de por qué había dicho que la había intentado violar y que quería robarles… después de haberle dado mi comida.

Balbuceé unas cuantas negaciones más que el tío ignoró por completo e intenté interponer el piolet entre él y yo, pero un toxicómano cabreado no es lo mismo que un zombi lento y apático. No me apuñaló con la navaja que llevaba en las manos, simplemente me dio un puñetazo en la cara que me hizo caer de espaldas al suelo.

Mientras yo sentía mi cara palpitar de dolor, y temía que me hubiera roto algo, el tío se me echó encima.

—¿Crees que puedes venir aquí a robarnos, chaval? —el golpe me dejó medio aturdido, tanto por el golpe como por no comprender cómo en un segundo la situación había dado un vuelco así—. Vamos a ver qué llevas encima… Y no te muevas o te pincho, que tengo el SIDA.

De un tirón me quitó la mochila de la espalda y se apartó un par de metros para abrirla junto a Maca, que no había movido un músculo desde que me acusara de todas esas gilipolleces. Aproveché para incorporarme lo suficiente como para ponerme boca arriba y apoyarme en la pared.

—¡Ostia puta, Suso, mira esto! —dijo ella con los ojos como platos.

No tuvo que sacarlo para que supiera lo que había descubierto, la droga. Viendo lo que les había costado reducirme, aquello debía ser para ellos como otra Navidad. El tal Suso le quitó la bolsa de las manos y la contempló como si no pudiera creérselo, luego dejó caer la mochila en el suelo, poco interesado en el resto de su contenido tras el hallazgo.

Con una mano temblorosa abrió la bolsita y metió un dedo, sacando después una pizca de polvo blanco pegado a él. Cogió esa pizca y se la restregó por las encías, saboreando la droga durante unos segundos como si de un buen vino se tratara.

—Caballo del bueno —se pronunció finalmente lanzándome una mirada burlona—. Ibas bien cargadito, chaval.

—¡Vamos a hacernos unos chinos, Suso! —propuso Maca con entusiasmo.

La mandíbula me dolía horrores y me acojonaba el no saber qué pensaba hacer ese maldito yonki conmigo.

—Busca papel de aluminio, tiene que haber en la cocina —le contestó él acercándose a mí de nuevo; intenté retroceder de espaldas, pero tenía la pared detrás, y cuando llegó a mi altura me dio una patada en la pierna con desdén—. Menudo "pringao" ¿Tienes miedo niñita?

Si, tenía miedo, pero también sentía ira, ira hacia él por haberme pegado y hacia ella por ser una embustera de mierda… pero más miedo que ira, hay que admitirlo. El puñetazo me había hecho polvo; notaba un sabor metálico muy tenue en la boca, pero al palparme en busca de la herida no había encontrado sangre por ninguna parte.

—No sé como coño un “pringao” como tú ha sobrevivido a los podridos —me escupió dándome otra patada casi con desgana; luego se puso en cuclillas para tenerme más cerca—. Te voy a rajar por haber intentado follarte a mi novia.

—¡Yo no he hecho nada! —gemí una vez más, pero inmediatamente me puso la navaja al cuello.

Con el temblor de la mano que tenía, temí que fuera a cortarme accidentalmente, aunque lo que más temía es que me cortara no accidentalmente... ese tío no parecía tener ningún escrúpulo.

—¿La estás llamando mentirosa, capullo? —me dijo con rabia.

Lo único que se me ocurrió fue negar con la cabeza, lo cual le hizo mucha gracia.

—Está buena, ¿verdad? Querías follártela mientras yo estaba buscando comida fuera, ¿eh? ¡Lo primero que voy a hacer es cortarte la polla!

Lo dijo con un tono que de verdad llegué a creer que fuera a hacerlo ahí mismo, pero Maca le llamó cuando encontró el papel de aluminio y, riéndose por lo bajo, me dejó allí, casi meándome encima de miedo. Mientras estaban distraídos calentando el aluminio con un mechero para licuar la droga, pensé en incorporarme y largarme corriendo; pero la otra salida, la de los vestuarios, estaba cerrada cuando la miré al inspeccionar las habitaciones de la pizzería, y ellos estaban en mitad del camino de la única que quedaba… y fuera estaban los zombis.

Un contacto metálico en la pierna me recordó que aun tenía el cuchillo guardado en la cintura del pantalón, pero de poco me iba a servir, no tenía los redaños suficientes para plantarle cara aún con un arma mayor que su navaja. Solo iba a conseguir acabar con un navajazo en el estómago.

Se pusieron a hacer un rollo con otros trozos de papel de aluminio mientras yo todavía seguía pensando qué podía hacer para salir de aquella situación. Ese loco iba a matarme, el miedo hacía que no me

cupiera duda de aquello, y no tenía forma de evitarlo. Mi única posibilidad era intentar salir corriendo, pero los zombis seguían allí y mi coche estaba roto, ¿dónde iba a ir si ya era de noche?

Antes de poder tomar una decisión volvió, y bastante más contento que antes. Si aquello iba a ser bueno o malo aún estaba por ver. Un par de metros tras él le seguía Maca, la sucia mentirosa a la que el adjetivo de "sucia" le iba como anillo al dedo. Antes, el matón de su novio había dicho que estaba buena… seguramente bajo las toneladas de roña y las demacraciones por culpa de la droga había habido una chica mona alguna vez, pero de ella quedaba ya bien poco.

—Buen caballo colega. ¿Tienes más? —el cabrón no tenía suficiente con lo que me había quitado, que no era precisamente una minucia.

Como tardé en contestarle más de lo que le gustó me dio una patada en el estómago. Me encogí por el dolor, pero lo que más sentía era la puñetera fabada que me había comido al medio día luchando por subir a mi garganta.

—Te he hecho una pregunta, capullo. —escupió.

—Hay otro —contesté con un hilo de voz, si seguía hablando mucho más vomitaría, aunque no tenía claro si por el golpe o por el miedo—. En el maletero del coche… Las llaves están puestas.

La mentira se me ocurrió mientras la iba diciendo y, aunque no tenía sentido, con un poco de suerte se largaría al coche y me dejaría en paz un momento. Con mucha suerte al salir se lo comería un zombi.

—De puta madre. Ve a cogerlo —le ordenó a Maca, que dio un respingo asustada y dejó de mirar como su novio me pegaba para pasar a mirarle a él.

—No quiero salir ahí fuera, con los podridos. —dijo negando con la cabeza bastante asustada; podía entenderla.

—¡Que vayas, joder! —bramó él indicándole la dirección con el dedo.

Le obedeció con sumisión y, en cuanto ella desapareció por la puerta, su atención volvió a recaer sobre mí.

—Aun no he acabado contigo, niñita, esa ropa que llevas nos vendrá muy bien. —Declaró antes de arrodillarse junto a mí con una sádica sonrisa en la cara.

Ese desgraciado no se iba a conformar con la droga, iba a sacarme todo lo que tenía si le dejaba hacerlo, y eso era casi lo mismo que matarme, de modo que, casi instintivamente, en aquella ocasión sí que reaccioné. Levantando la pierna la lancé con todas mis fuerzas contra él. Le acerté en el muslo con la suficiente potencia como para hacerle caer al suelo. Aproveché los segundos que había ganado para ponerme en pie y salir corriendo de allí, pero no fui lo bastante rápido y el maldito drogadicto me agarró de la pierna, devolviéndome al suelo de

golpe.

—¡Te vas a cagar, cabrón! —gruño rabioso dándome la vuelta para colocarme boca arriba.

No tuve oportunidad de resistirme, era más fuerte que yo. En cuanto me tuvo en posición me agarró del cuello y comenzar a estrangularme.

Pese a estar flaco y, supuestamente, mal alimentado, el cabrón tenía bastante fuerza. Le agarré las manos intentando soltar las suyas de mi cuello, pero fue inútil, no podía respirar y, tras unos segundos pataleando inútilmente, sentía como si toda la sangre de mi cuerpo se hubiera amontonado en mi cabeza y palpitara buscando la forma de salir.

Le arañaba las manos para forzarle a soltarme, pero todo era en vano, ignoró los arañazos como si fuera colocado... lo cual, de hecho, era cierto. Las fuerzas empezaron a fallarme, pataleé y pataleé para liberarme, pero lo tenía encima y no lograba moverle.

En ese momento supe que iba a morir, la sensación de asfixia era tan agobiante que casi deseaba que eso ocurriera rápido. Dicen que antes de morir toda tu vida te pasa por delante de los ojos, pero lo único que se me pasó a mí fueron los últimos días que había vivido, concretamente desde que decidí salir de mi casa a investigar el resto de las casas de mi bloque. Si me hubiera quedado quietecito en mi cuarto, releyéndome por decimoctava vez alguno de mis comics, no estaría punto de morir, ni habría tenido que pelearme con ningún zombi, ni mi casa habría ardido… ¿Qué dirían mis padres cuando todo volviera la normalidad y supieran que había muerto a manos de un yonki, en una pizzería lejos de casa, por un asunto de drogas?

La mirada de mi asesino estaba fija en la mía. Más que furioso parecía impaciente porque me muriera de una vez, y lo manifestaba apretándome cada vez más el cuello con las dos manos. Finalmente solté las mías y desistí de intentar poner fin a su agarre… solo en el último segundo, ya completamente desesperado, me acordé del cuchillo que llevaba en el pantalón, cubierto por la sudadera.

No me vio, estaba demasiado concentrado en estrangularme como para fijarse en lo que hacía. Empezaba a sentirme mareado y la visión se me nublaba por momentos, sabía que no tenía mucho tiempo o las fuerzas me abandonarían del todo, de modo que con el mismo impulso con el que levanté el brazo le clavé el cuchillo. No apunté a ningún lugar, solo quería clavárselo cuanto antes y donde fuera... solo Dios, el karma, la suerte, o lo que sea que controle los procesos puramente azarosos, quiso que aquél lugar fuera su cuello y que aún tuviera fuerzas suficientes para clavarle más de la mitad de la hoja.

Abrió mucho los ojos, como con asombro, e inmediatamente liberó la presión que ejercía contra mis vías respiratorias y pude inhalar una

bocanada de aire que, aunque dolorosa, sabía a gloria. La sangre apenas tardó un segundo en empezar a cubrir el cuchillo, y en cuanto di un tirón y se lo saqué del cuello chorreó de tal manera que aquello parecía una fuente.

El yonki me miraba estupefacto, sin poder creer que yo le hubiera hecho eso. Se llevó las manos al cuello para intentar contener la sangre, pero fue inútil, al igual que su intento de pronunciar palabra.

No quería escuchar lo que tuviera que decir, así que le pateé para quitármelo de encima y que dejara de regarme con su sangre. Deseé que lo de que tenía SIDA fuera una mentira que había dicho para asustarme, porque me había cubierto de ella de la cabeza a la cintura.

Mientras le veía desangrarse como un cerdo, sentí que me costaba respirar y que las manos me temblaban. La vida le iba abandonando rápidamente, cada chorro de sangre que no podía contener le acercaba más y más a la muerte. Ojalá no hubiera tenido que verlo…

"Es por mi" pensé "es por mi culpa, yo le he clavado ese cuchillo, yo le he matado."

Tenía más miedo en ese momento que cuando creía que era yo quien iba a morir, y un instante más tarde deseé no haber mirado los ojos llenos de pánico que puso cuando las fuerzas le abandonaron. Cayó al suelo, como un peso muerto, y la sangre comenzó a manar de su cuello más lentamente, como con menos potencia.

—Lo siento. —susurré con espanto al ver el resultado final de mi cuchillada.

¿Por qué lo sentía? Ese tío había intentado matarme, y lo habría conseguido si no lo hubiera matado yo primero.

Pero aun así, lo sentía.

Me acerqué a su cuerpo, que había perdido el poco color que tenía, lo agarré del hombro y lo agité. Deseé con todas mis fuerzas que se despertara, aunque sabía que eso no iba a pasar; lo había matado y tendría que cargar con ello en la conciencia.

De repente, un grito agudo y desesperado me sacó de mi ensimismamiento. No la había oído acercarse, ni la había visto llegar, pero Maca había vuelto.

Aunque sus ojos delataban el horror que sentía al ver a su amigo muerto y desangrado en el suelo, su reacción fue completamente histérica.

Todo ocurrió muy deprisa y no sabría decir exactamente qué fue lo que pasó, pero empezó a gritar como una loca y se arrojó sobre mí con las manos por delante, dispuesta a terminar el trabajo de estrangulamiento que el otro yonki había empezado.

No pude apartarme, en aquél pequeño pasillo estrecho no tenía donde hacerlo, y ella estaba dispuesta a embestirme como un toro. Nuestros cuerpos chocaron con tal fuerza que retrocedí unos pasos

para no caerme, pero acabé resbalando con la pierna del cadáver y me precipité hasta el suelo, arrastrándola a ella también en la caída. Su peso cayendo sobre mi pecho hizo que se me cortara la respiración durante un par de segundos y, cuando recuperé el aliento, ella yacía agonizante sobre mí, mientras que por mi mano derecha sentía deslizarse un líquido caliente que goteaba hasta el suelo… puede que fuera al embestirme, o quizá en la caída, pero el cuchillo con el que había matado a Suso estaba clavado en el estómago de Maca.

Horrorizado por aquello solté el arma y me la quité de encima de un empujón, haciendo que cayera al suelo boca arriba. Había dejado de gritar; de su estómago acuchillado manaba la sangre a borbotones, mientras que sus manos se sacudían intentando agarrar el cuchillo y los labios le temblaban. A diferencia de Suso, ella no me miraba a mí, miraba el techo del pasillo, probablemente en estado de shock.

—¡No, no, no! —farfullé poniéndome de rodillas a su lado.

Tenía que hacer algo con su herida, algo que pudiera cortar la hemorragia. No era lo mismo que la otra, no había sido en el cuello, donde la muerte fue tan rápida que no pude ni reaccionar, había sido a la altura del estómago, y eso era muy diferente… o eso quería creer. Tenía que parar la hemorragia antes de que fuera fatal, porque no podía cargar en mi conciencia con su muerte también, era demasiado.

Pero no sabía qué hacer, no tenía ni idea de primeros auxilios y la herida era profunda, más de medio cuchillo se le había clavado en el abdomen y sangraba casi tanto como el cuello de Suso antes de morir. Si la herida hubiera estado en un brazo una pierna habría podido hacer un torniquete, pero estando en su estómago eso no era posible, y seguramente le había dañado algún órgano… hasta podía necesitar cirugía.

—¡No se qué hacer! —le dije con lágrimas en los ojos.

Ella no me escuchaba, seguía mirando hacia arriba, y eso, junto al temblor de los labios, hacía que pareciera estar rezando una oración.

“Mintió, hizo que el otro quisiera matarme” me dije para intentar no sentirme tan culpable, pero la excusa me sonaba muy débil.

—¡No te mueras, joder! —grité.

“¿Qué hago? ¿Qué hago?” me repetía desesperado… hasta que de repente se me ocurrió que, en algún lugar de la pizzería, debía haber un botiquín o algo semejante; después de todo era un restaurante, algo tendrían para las heridas, aunque fuera por si alguien se cortaba en la cocina.

Me puse en pie sin perder un segundo. Tenía toda la ropa manchada de sangre de ambos drogadictos, al igual que las manos y hasta la cara; era realmente asqueroso, pero no tenía tiempo para pensar en eso, ni tampoco en el enorme charco rojo que se había formado en el suelo y que tuve que esquivar para no resbalar.

En la cocina ya había visto que no había nada, de modo que busqué en el vestuario, donde no había mirado tan a fondo. Sin embargo, tampoco allí lo encontré, las taquillas de los empleados habían sido abiertas y estaban completamente vacías. Miré histérico por toda la habitación, pero no vi ninguno lugar donde pudiera estar guardado un botiquín.

"Tiene que haber uno" me dije deteniéndome un segundo a pensar, "es un restaurante, tiene que haber un botiquín para las emergencias sí o sí, y tiene que estar a mano…"

La respuesta llegó con facilidad.

"¡Claro imbécil! ¿Dónde si no?"

Salí de nuevo al pasillo, Maca no se había movido ni un centímetro del lugar donde había caído y seguía sangrando con el cuchillo clavado en el abdomen, pero había empezado a respirar con dificultad. El charco de sangre que se estaba formando bajo ella no hacía sino crecer de tamaño.

—¡Aguanta! ¡Aguanta! —le dije al pasar corriendo a tal velocidad que casi me parto el cuello al resbalar con la sangre del suelo.

Salí a la entrada de la pizzería y me metí tras la barra. El botiquín estaba allí, en un lugar lo suficientemente a mano como para sacarlo en cuanto fuera necesario.

Satisfecho de mi mismo, lo cogí y lo coloqué sobre la barra. Era una cajita de plástico de unos veinte centímetros de ancho y diez de largo con una cruz roja en el centro. Levanté la tapa y encontré un montón de frascos con agua oxigenada, alcohol, una solución para quemaduras, apósitos, algodones, etc. Pero lo que terminó atrayendo mi atención fue un frasquito en cuya etiqueta se leía "polvo cicatrizante"… tenía que ser eso lo que estaba buscando.

Un repentino golpe contra el vidrio de la puerta de la pizzería me sobresaltó. Un zombi se había acercado, atraído por tanto escándalo, e intentaba abrirse paso a través del cristal a golpe de puñetazo. No era el único, el cadáver de negro que había visto un rato antes apoyado en un semáforo resultó ser un zombi también, y en esos momentos se estaba acercando. Sin embargo, el que me asustó de verdad fue un tercero, al que oí más que vi arrastrándose cerca del cristal roto.

"Como me vea se cuela dentro" me dije.

Cogí el botiquín y regresé rápidamente al pasillo cerrando la puerta tras de mí, confiando en que los zombis no me molestarían si dejaban de verme. Pero fue demasiado tarde para Maca, lo supe en cuanto vi que sus manos habían dejado de temblar y estaban quietas, en el suelo. Había muerto también.

Abatido por mi fracaso dejé caer el botiquín. Habían muerto, los dos habían muerto por mis manos. No supe que hacer salvo caer de rodillas y romper a llorar, mientras los zombis fuera golpeaban los

cristales. No podía evitar sentirme culpable al ver los dos cuerpos desangrados tirados en el suelo, sabía que en un caso había sido defensa propia y en el otro un accidente, pero me sentía como si los hubiera matado a sangre fría, como si fuera un asesino.

No supe cuánto tiempo me pasé así, tirado en el suelo frente a los dos cuerpos y pensando en qué iba a hacer a continuación. Salir de mi casa se había convertido en una de las peores ideas de mi vida, no habían ocurrido más que desgracias, y esas desgracias les habían costado la vida a dos personas que, por muy despreciables que fueran, seguían siendo personas.

Fue el sonido del cristal rompiéndose el que me hizo salir de mis pensamientos y volver a atender a lo que estaba ocurriendo a mí alrededor. Por lo menos tres zombis estaban ahí fuera, intentando colarse.

Me limpié las lágrimas con el reverso de la mano, aunque tarde me di cuenta que eso solo sirvió para mancharme la cara de sangre, y me puse en pie. Abrí la puerta del pasillo tan solo una rendija para comprobar qué estaba pasando en la entrada. Era de agradecer el poder apartar la vista de los dos muertos, aunque solo fuera durante un segundo y lo que tuviera que ver fueran otros muertos distintos.

El zombi de negro se había sumado al otro y, entre los dos, aporreaban la puerta de cristal de la pizzería. Habían logrado resquebrajarla, pero era más dura de lo que parecía y aguantaba los golpes. Del tercero no había ni rastro, pero había empezado a llover con bastante intensidad y estaban formándose los primeros charcos en la calle.

“No te confíes, has visto a uno de ellos romper una puerta de madera” me recordé apartando la vista de la escena.

Intenté olvidarme de mi sentimiento de culpa, de las ganas de vomitar que sentía por estar cubierto de sangre y del dolor de los golpes que había recibido un momento antes. Tenía que pensar algo que distrajera a los zombis, porque si lograban entrar no estaría a salvo aquella noche, la puerta que nos separaba no sería suficiente para mantenerlos alejados.

“¿De qué forma se puede distraer a unos autómatas hambrientos de carne humana?” me pregunté, y resultó que la respuesta la tenía en el suelo, sobre sendos charcos de sangre…

Diez minutos más tarde estaba vomitando hasta la primera papilla en el retrete del lavabo de caballeros. En una ocasión leí en un comic la historia de un naufrago que se había construido una balsa con los cuerpos hinchados del resto de la tripulación muerta del barco. Cuando lo leí pensé “qué tío más duro”, y mientras la bilis salpicaba en el retrete, me di cuenta de que yo era todo lo contrario a un tío

duro.

Para que los zombis que me acechaban se olvidasen de mi, había decidido ofrecerles yo mismo la comida que ansiaban buscar, carne humana. Tras arrancarle el cuchillo del estómago, arrastré el cadáver de Maca, que era el que menos pesaba, hacia el agujero en los cristales del lateral de la pizzería. Cuando me vieron aparecer de nuevo, los muertos vivientes, a los que ya se había sumado un tercero, intensificaron su furia y lograron hacerle otra grieta al cristal. Por suerte éste siguió aguantando y pude llevar el cuerpo hasta la calle.

La aprensión que sentía por estar transportando el cadáver de la persona a la que había asesinado a un fin como aquél no iba a poder superarla fácilmente, pero no tenía más remedio que hacer aquello si quería seguir vivo.

Por miedo a clavarme los cristales rotos, simplemente empujé el cuerpo fuera, aunque cuando cayó doblado sobre uno especialmente afilado que se le clavó a la altura del pecho me arrepentí de haberlo hecho. Con más pena que gloria terminé de pasar a la desdichada Maca fuera de la pizzería de una patada… y en seguida volví a repetir la operación con el cuerpo de Suso.

Puede que no fuera necesario más que un cuerpo para lograr mi cometido, pero no quería arriesgarme a que los zombis se quedaran con hambre, y era un modo perfecto de librarme del otro cuerpo. Además, él se merecía ese final mucho más que ella.

Cuando los dos cuerpos estuvieron fuera, asomé la cabeza y comencé a gritar para atraer a los zombis… algo que en mi vida pensé que haría por voluntad propia.

—¡Eh zombis de mierda! —más que un grito fue un sonido ronco que me hizo mierda la garganta, las secuelas del estrangulamiento resultaban muy molestas.

Sin embargo, el grito afónico fue suficiente para ellos. Unos segundos más tarde, los tres que se dedicaban a aporrear el cristal aparecieron doblando la esquina, y otro que había por allí rondando bajo la lluvia comenzó a acercarse también.

Con precaución fui retrocediendo hacia la puerta del pasillo… si aquello salía mal habría atraído a cuatro zombis a la cristalera rota, por donde podían entrar sin problemas. Pero en cuanto llegaron a los cuerpos se lanzaron a por ellos como animales hambrientos y se olvidaron de mí.

Orgulloso a medias del éxito de mi plan retrocedí un poco más, y cuando ya iba a meterme en el pasillo me di cuenta de que, sobre la barra, seguía la bolsita de heroína que los dos yonkis me habían quitado.

Si la hubiera dejado allí, o si la hubiera cogido sin más, me habría ahorrado tener que vomitar la fabada a medio digerir que todavía

tenía en el estómago; pero en lugar de eso me detuve a pensar si debía cogerla, y fue entonces cuando los zombis empezaron a devorar a sus presas.

El sonido de la carne desgarrándose, de las bocas masticando y de los zombis gruñendo fue demasiado para mí. Con la droga en la mano salí corriendo hacia el cuarto de baño a echarlo todo.

En cuanto me sentí mejor del estómago, después de varias arcadas, volví a sentir el mazazo de la culpabilidad por los dos muertos que había causado, y por lo que había hecho con sus cadáveres.

“Si no hubiera venido aquí los dos estarían vivos”, “si no hubiera estado distraído no habría estrellado el coche” me decía a mí mismo, no falto de razón.

Por mi culpa estaban muertos y siendo devorados por un grupo de asquerosos zombis. Tuve ganas de salir con mi piolet y matarlos a los cuatro mientras estaban distraídos comiendo, pero aquello no iba a devolverles la vida y solo serviría para ponerme yo en peligro.

Al final lo que hice fue ir a la despensa. Al pasar por la cocina, a través de la rendija por donde entregaban las pizzas me llegó el sonido de los zombis comiendo, y casi vuelvo a vomitar una vez más.

Una vez en la despensa cogí todas las botellas de agua que pude cargar. Con el jabón líquido que había en los lavabos me limpié la sangre de las manos y de la cara, pero luego lo pensé mejor y decidí que tenía una oportunidad de oro para darme algo parecido a un baño.

Vacié el contenido de la mochila en el suelo del vestuario y regresé a la despensa para llenarla de botellines de agua. Después volví al vestuario, me quité toda la ropa y, con el agua de las botellas y el jabón, me froté por todo el cuerpo para arrancarme la suciedad que había estado acumulando durante días. Estaba demasiado oscuro para verlo, pero tras más de una semana sin que mi piel tocara el agua, ésta debía de caer al suelo negra… o quizás roja por la sangre. Fuera como fuese, resultaba gratificante poder acicalarme un poco.

Como iba a pasar la noche allí, aproveché también para intentar quitarle un poco de suciedad a la ropa; aunque las manchas de sangre no salieron tan bien como las de mi cuerpo. El agua caía rojiza cuando escurrí la ropa, pero las manchas seguían allí.

Al final, dejé la ropa secar y me envolví en mi manta. Cené la bolsita de frutos secos que había traído el difunto Suso y después me fui a dormir, para lo cual cogí las mantas que menos olor tenían de la que ellos habían estado usando.

Intenté dormir algo pero, como me temía, no fui capaz de pegar ojo. Las horas pasaban y yo no lograba conciliar el sueño; cada vez que cerraba los ojos veía la expresión del yonki asesino mientras se desangraba, o a Maca queriendo sacarse el cuchillo clavado en su

estómago con una mano temblorosa. Y lo peor fue que, en cuanto empezaron a brotar las imágenes, no se limitaron a los últimos acontecimientos; también recordé mi casa ardiendo, la zombi calcinada, Manu, el zombi que había atropellado, la que casi se deja los dientes contra la ventanilla del coche… era demasiado como para poder dormir, demasiadas cosas.

Por si los malos recuerdos fueran poco, la mandíbula me dolía más aún que el cuello. Temía que el golpe me hubiera roto algo, pero no era médico y no podía saberlo.

La noche se me estaba haciendo dura, pero lo peor de todo comenzó cuando empecé a escuchar el ruido de los zombis al devorar los cuerpos que yo mismo les había dejado como cena.

“No es posible que aún estén comiendo, no es posible que lo pueda estar escuchando con dos puertas por medio, solo está en mi cabeza” me decía insistentemente, pero no podía evitar oírlo, y cada sonido de piel rasgándose o huesos rompiéndose era casi como volver a matarlos…

Me levanté desesperado, desquiciado y con ganas de salir a decirles a los malditos zombis que pararan de una vez. Por supuesto, no lo hice, pero deseaba hacerlo aunque me costara la vida.

No podía concebir como todo se había ido a la mierda tan rápido. Cuando salí del callejón camino a la zona segura lo único que temía, además de los zombis, era la reacción de mis padres al saber lo que había pasado con la casa; pero en ese momento, en la oscuridad de la noche, temía más presentarme allí, delante de ellos, después de haber matado a dos personas.

¿Qué dirían mis padres? ¿Qué dirían los militares? Los había asesinado y había echado sus cadáveres a los zombis. No podía soportar aquella sensación, y mientras yo me comía la cabeza los zombis seguían comiéndose los dos cuerpos fuera.

Me puse tan furioso por seguir escuchando ese ruido que, sin pensarlo, comencé a caminar hacia la puerta del pasillo. Quería gritarles, pegarles, matarlos también; pero fui capaz de contenerme antes de salir y fastidiarlo todo aún más.

Me derrumbé en el suelo, harto del dolor, de la culpabilidad y la desesperación. Sabía que si no lo evitaba terminaría haciendo una locura… y entonces vi, entre mis cosas, la bolsita abierta de heroína.

Me pasé hasta ya entrada la tarde con angustia, vomitando bilis y frutos secos porque no tenía nada más en el estómago que echar. En la esquina del vestuario, donde había echado la pota, se había formado un charco que olía que apestaba, pero no me había atrevido a salir de allí a vomitar en el baño sabiendo que varios zombis habían pasado la noche comiendo en la entrada.

La noche había sido horrible… a la euforia inicial producto de la droga la siguieron una molesta sensación de calor y sed, mucha sed. Luego anduve mareado y helado de frío, y solo con el amanecer ya próximo me invadió una agradable sensación de somnolencia que me permitió descansar un poco. Pero cuando me desperté sentía que iba a vomitar hasta las tripas, y desde luego no estaba en condiciones de seguir con mi camino. De hecho, entre arcada y arcada, no podía dejar de pensar en el terrible día que había tenido, y en si el día en que me encontraba podría empeorar aún más, lo cual me parecía difícil.

Pero la mañana fue pasando, las nauseas fueron remitiendo y, por primera vez en mucho tiempo, había dormido una cantidad de horas decentes del tirón. El perjuicio de los vómitos y los síntomas previos casi parecían un precio barato en comparación con la grata sensación de haber descansado adecuadamente. Pese a todo lo que había pasado el día anterior, empecé a sentirme mucho más animado, seguro y dispuesto a llegar de una vez por todas a la zona segura con los míos; lejos de los condenados zombis, las calles abandonadas y los drogadictos muertos.

El día había amanecido lloviendo, igual a como había terminado el anterior, y la ropa que había lavado por la noche seguía un poco húmeda, así que debido a eso, y a que no me había recompuesto del todo todavía, decidí que esperaría a retomar el camino hasta después de la hora de comer… o lo que para cualquier otro sería la hora de comer, ya que yo me había quedado sin comida.

Tenía tanta sed que me bebí enteros los botellines de agua que había guardado en la mochila, pero me lo pensé dos veces antes de ir a la despensa a por más. Aunque la noche anterior lo había tenido que hacer cuando la heroína empezó a actuar, esa mañana me sentía mucho más lúcido que entonces, y me daba miedo asomarme fuera, donde había dejado a los zombis.

Pero, como de todas formas tendría que salir por allí cuando me fuera, acabé teniéndome que armar de valor y salir a echar un vistazo, para juzgar la situación y comprobar si los zombis seguían al acecho. Temía que ponerles los cuerpos en la puerta no hubiera servido más que para atraerlos hasta mi escondite, y eso eran malas noticias, porque la puerta trasera estaba cerrada con llave y no había otro lugar por donde salir.

Escuché con atención a través de la puerta de los vestuarios que llevaba al pasillo y, al no oír nada, la abrí. El pequeño pasillo estaba completamente desierto, lo único que quedaba de las muertes que se había producido el día anterior eran las manchas de sangre de las dos víctimas, que ya se habían secado formando una película pegajosa en el suelo.

Al siguiente lugar que me dirigí fue a la cocina, desde allí accedería

a la despensa y también podría ver el resto de la pizzería, sobre todo la entrada del cristal roto, por donde tenía salir. Sin embargo, nada más abrir la puerta y antes de poder asomarme, escuché a lo lejos un ruido que al principio confundí con cañonazos. Pero aguzando más el oído me pareció que el sonido era más parecido a una serie de pequeñas explosiones muy lejanas… y en realidad, más que explosiones parecían…

"Siempre están disparando" había dicho Maca sobre la zona segura antes de morir.

Estaba de acuerdo con ella, ¿dónde si no iba a haber gente armada suficiente como para armar semejante escándalo? Apenas me encontraba a quinientos metros de ella, y tanto ésta como la pizzería estaban casi pegadas al río. El sonido tenía un canal directo, sin edificios que lo entorpecieran, para llegar hasta mí con total nitidez.

"Joder, espero que no haya demasiados" me dije pensando en lo que me iba a costar entrar a la zona segura si tenían zombis a las puertas.

Pero aquello tampoco me preocupaba demasiado, para cuando llegara hasta allí seguramente ya los habrían matado a todos, y aun más, probablemente el ruido de esos disparos había alejado a cualquier zombi que estuviera acechando cerca de la pizzería, facilitándome la huida.

Me asomé para contemplar el estado de la puerta donde la noche anterior había dejado a los zombis dándose un banquete con los dos cadáveres, pero inmediatamente deseé no haberlo hecho…

Aquello parecía una carnicería, solo que la carne que se servía no era de ternera o de cerdo, sino humana. Los cristales rotos, así como el suelo, se habían vuelto completamente rojos por la sangre derramada mientras los zombis devoraban a sus presas. Pero no se habían conformado con comérselas, las habían desmembrado, descuartizado y repartido sus restos por todas partes. Un brazo medio comido se encontraba tirado en el suelo, junto con otros pedazos de carne de origen menos claro. Como habían devorado casi por completo los cuerpos, los huesos de lo que quedaba de ellos estaban bien a la vista.

Del él habían dejado tan solo las piernas, hasta la carne de la cabeza habían devorado en su voracidad; pero de Maca aún quedaba buena parte del torso y uno de los brazos. En la cabeza solo la habían mordido lo suficiente para devorarle las mejillas y uno de los ojos.

Había vomitado tanto que no me quedaba nada en el estómago que echar, lo cual fue una suerte, porque de tanto hacerlo ya me dolía hasta la garganta… aunque bien podía ser que hubiera cogido frío por andar bajo la lluvia en pleno invierno, y más probablemente porque un loco había intentado estrangularme solo doce horas antes.

"Madre de Dios… ¿y cómo voy a pasar por ahí?" me pregunté

apartando la vista y sintiendo asco solo de pensar en tener que atravesar entre los cuerpos para llegar a la salida.

Tampoco era eso lo más preocupante. A fin de cuentas, por muy asqueroso que fuera, esos cuerpos estaban muertos, no como los que me podían esperar fuera de la pizzería. Había destrozado el coche más allá de mi capacidad para arreglarlo, que tampoco era demasiada, así que no contaba con un medio para desplazarme más que mis dos piernas. Había algunos coches abandonados en la calle pero, aunque lograra abrir uno, no sabría ni cómo empezar a puentearlo.

Tras un rato cavilando, durante el cual repuse de la despensa las botellas de agua que había gastado, pensé en cambiar de estrategia. En lugar de ir a la zona segura, podría hacer que la zona segura viniera a mí. No estaba demasiado lejos, podía llamar su atención para que vinieran a recogerme y probablemente ellos tenían más medios para moverse que yo. Dos o tres zombis atontados no eran rival para un grupo de gente entrenada para matar. Se me ocurrió que hacer una hoguera era la forma más adecuada de llamar su atención; si no veían el fuego al menos verían el humo.

Sin embargo, descarté la idea casi inmediatamente. No sabía si, igual que a los vivos, el fuego podía atraer a los muertos, y una pizzería con una cristalera rota no era el mejor lugar para esconderse de una horda de zombis hambrientos que habían acudido como indios ante las señales de humo… por no hablar de que ya había salido suficientemente escarmentado de lo que ocurre cuando juegas con fuego, pensar en mi casa aún me provocaba angustia.

Descartada la idea y sin ninguna mejor en mente, asumí que, si quería llegar a la zona segura, tendría que apañármelas por mi cuenta. Tendría que pensar algo yo mismo porque no tenía forma de llamar su atención sin llamar también la de los muertos vivientes.

La sangrienta escena de la entrada, más propia de una película gore que del mundo real, me había dejado mal cuerpo, y todo el entusiasmo que sintiera minutos antes se había esfumado por completo. O quizás fuera la certeza de que cualquier idea que tuviera solo serviría para volver a ponerme en peligro. Ninguna de las anteriores había salido bien, y solo me había librado de morir a manos del fuego o de un zombi por pura chiripa.

Me senté dentro de la despensa convencido de que no tenía mucho sentido intentar idear un plan brillante que finalmente terminara siendo una mierda. Hasta entonces había tenido suerte, y la suerte nunca dura para siempre. Suso y Maca eran dos ejemplos perfectos de eso, todo se les había venido abajo y habían muerto en tan solo unos minutos, pese a llevar aguantando sin problemas durante semanas en esa pizzería...

Pizzería… de repente mi cerebro aturdido y drogado se iluminó;

todas las pizzerías tienen servicio de reparto a domicilio…

Las motos estaban aparcadas justo delante de la entrada principal, había que salir fuera, pero tan solo eran unos pocos pasos y no había ningún zombi a la vista. Encontrar las llaves de las motos fue tan sencillo como mirar de nuevo tras el mostrador, donde se encontraban todas ordenadas y numeradas, casi esperándome para que las cogiera.

Más tarde, cuando la ropa estuvo lo suficientemente seca como para ponérmela y volver a mojarla conduciendo una moto bajo la lluvia, me vestí y recogí todas mis cosas. En la moto no tendría espacio para llevar nada más que la mochila a la espalda, de modo que abandoné las mantas, pero hice lo posible por meter el piolet dentro; no quería ir completamente desarmado por la calle.

No pude encajar del todo la herramienta de escalada en la mochila, la cabeza se me quedaba fuera, pero casi fue mejor, ya que de esa manera podía acceder a él simplemente echando la mano hacia atrás… cosa que me fue muy útil un momento después.

El momento más difícil al partir fue pasar por encima de los cadáveres desmembrados pisando los charcos de sangre y vísceras que los zombis habían esparcido por todo el suelo. Tomándomelo con calma, empecé a caminar sobre aquél suelo pegajoso de sangre sin mirar abajo y conteniendo el aliento. Si aspiraba el más mínimo aroma de carne fresca, carne podrida o cualquier cosa distinta del olor a lluvia que entraba del exterior vomitaría sin remedio.

El ser tan delicado podría haberme costado muy caro. Al no ir mirando el suelo, no pude ver como lo que quedaba del cuerpo de Maca se movió, ni como el único brazo que le quedaba unido al cuerpo se lanzó a agarrarme la pantorrilla.

Casi se me sale el corazón por la boca cuando resbalé en la sangre y caí de boca, dándome de morros contra el suelo; pero aquello me salvó la vida. En cuanto el zombi de Maca, o lo que quedaba de él, me agarró de la pierna se lanzó a morder con un gruñido, pero como había resbalado solo pudo llevarse a la boca mi zapatilla, en lugar de mi tobillo.

Di un gemido del asco que sentí al descubrir que estaba tirado encima de un charco de sangre de los que había intentado esquivar, pero también por el repentino pánico de tener una repugnante zombi agarrándome del zapato. Utilizando el pie que tenía libre, le di un taconazo con todas mis fuerzas en la cabeza, intentando que me soltara. Aunque tal golpe habría hecho por lo menos reaccionar a una persona, a aquella zombi le dio completamente igual y siguió a lo suyo, royéndome el pie.

Le di dos golpes más para alejar su cabeza de mi pierna, y al final tuve que tantear a mi espalda para agarrar el piolet y comenzar a golpearla con él. No fue hasta el quinto golpe cuando su cráneo se

perforó y el instrumento de escalada se le incrustó en el cerebro, momento en el que dejó de moverse.

Al final vomité. Había sido demasiado, estaba cubierto de sangre todavía fresca por culpa de la humedad, a mi alrededor había vísceras y miembros desperdigados por todas partes y mi mano sujetaba el piolet que estaba incrustado en el cráneo de una mujer a la que había visto vivita y coleando no hacía ni veinticuatro horas, y cuya muerte me estuvo atormentando toda la noche de tal manera que tuve que recurrir a las drogas para poder descansar.

Cuando me puse en pie busqué algo con que limpiarme las manos, pero terminé haciéndolo en mi ropa… ¿qué importaba ya un poco más de sangre? Limpiarla la noche anterior no había servido de nada. Otra idea brillante que me podía haber ahorrado. ¿Por qué todo tenía que salirme tan mal?

Desincrusté el piolet de la cabeza de Maca, que por fin descansaba en paz, y salí al exterior en busca de las dichosas motos.

Si la zombi me había pillado desprevenido era porque no me esperaba en absoluto que Maca resucitara como una muerta viviente. Al haber muerto por mis manos, pensaba que simplemente estaría muerta; no me podía imaginar que los mordiscos de zombi después de muerta también servían para extender la enfermedad… pero no había otra explicación, salvo que ya estuviera infectada antes de morir, en cuyo caso yo también estaba jodido, porque prácticamente me había bañado en su sangre en dos ocasiones.

Una vez en la calle, arranqué la primera moto que vi y me puse en marcha hacia la zona segura. Aquel vehículo no era, ni de lejos, tan bueno como un coche; los coches que bloqueaban la calle suponían un obstáculo menor, pero la sensación de seguridad que me daba el monovolumen de mi vecino no se podía comparar, en la moto me sentía demasiado vulnerable. Y manejarla no era tampoco mucho más sencillo para un novato como yo en esos temas.

Cuando salí de la pizzería ya estaba a punto de empezar a oscurecer. Era una mierda que a las seis de la tarde se hiciera de noche, y tampoco ayudaba a tener mayor luminosidad que estuviera nublado y lloviendo. Con el tiempo que había perdido recuperándome de las nauseas y habiéndome despertado tan tarde, al final se me había pasado casi todo el día, pero aun así confiaba en llegar a la zona segura antes de que la noche cayera del todo.

“Esta noche la voy a dormir en caliente y a salvo de los zombis de una vez por todas, lo juro” me dije a mí mismo para infundirme ánimos.

CAPITÁN ALCARAZ

El ruido de los disparos hendía el aire frío y húmedo de la lluvia nocturna.

La puerta de urgencias había sido completamente tapiada cuando levantaron el muro de tal manera que una estructura de hormigón armado unía los dos pabellones del hospital. Desde la terraza, sobre el segundo piso, podía ver a los cinco únicos soldados que habían sido apostados sobre ese pequeño fragmento de muro. No tenían mucho trabajo, prácticamente todos los reanimados estaban concentrados en la parte norte de la Avenida de la Fama, y los únicos que habían acudido tan abajo eran los que ya rondaban antes por la zona y se veían atraídos por los disparos.

Estratégicamente era una contrariedad, si la horda se hubiera expandido por toda la avenida habría sido más controlable, pero al centrarse sobre todo por la zona del colegio sufríamos dos inconvenientes: El primero era que más seres agolpándose contra un mismo punto ejercían una fuerza mayor que estando dispersos; y el segundo, que había un número limitado de hombres que podía poner a disparar dentro de alcance sin que se entorpecieran unos a otros.

Había dado orden de intentar atraer a la horda hacia el sur, para que se expandieran y tener más margen, pero no hubo forma de engañarles, eran demasiados, había demasiado escándalo y cualquier intento de distraerles estuvo abocado al fracaso.

Tras varias semanas combatiéndoles y estudiándoles para descubrir mejores formas de detenlos, había aprendido a comprender cómo pensaban, o más bien como no pensaban. Su seguridad no les importaba lo más mínimo, sus congéneres tampoco, y no tenían la inteligencia suficiente como para sentir piedad, empatía o duda al toparse con alguien vivo. Eran una fuerza imposible de detener cuyo poder se sustentaba en su número… y habían venido todos a por nosotros.

Por más vueltas que le diera, tenía que admitir que había sido inevitable. La glorieta de Ronda de Levante, al norte de la zona segura, era el punto clave, el lugar donde más vulnerables éramos. Los miles de refugiados tras nuestros muros hacían mucho ruido y, aunque habíamos dado órdenes de no disparar, aquellos seres tenían el don de encontrar a los vivos allá donde se escondieran. Si hubiéramos tenido más efectivos podría haberse organizado una

operación para atraerlos en otra dirección y alejarlos de nuestro refugio, pero no era el caso, y el fracaso del anterior intento por dirigirlos hacia otro lugar hizo que ni se intentara por segunda vez. Por orden del comandante, todas las unidades exteriores, que ya solo consistían en algunos vigías cercanos, fueron replegadas para la defensa de la zona segura.

Nos lo jugamos a todo o nada, si caíamos, desapareceríamos. Los que aguantábamos en las zonas seguras éramos todo lo que quedaba de la civilización, y muchas de esas zonas habían caído en los últimos días. ¿Podríamos ser mejores, o al menos más afortunados, que madrileños, catalanes, andaluces, vascos, valencianos y tantos otros?

Teníamos que serlo, visto lo visto cabía la terrible posibilidad de que no quedara nada más en pie ahí fuera.

En la práctica, el ejército llevaba gobernando el país desde que la política se hizo inútil y la situación comenzó a sobrepasar cualquier intento de contención convencional. Tuvimos que intervenir y nos convertimos en las fuerzas de choque en la guerra contra los muertos, y en los responsables de su resultado. Fue el nueve de enero cuando se comunicó oficialmente y se nos dio carta blanca para actuar, y antes del día quince ya teníamos organizadas las zonas seguras y estábamos al mando de los cuerpos civiles… ojalá hubiera servido para algo más.

Cuando llegaron los reanimados estaba bien entrada la noche y había empezado a llover. La meteorología jugó en nuestra contra, las nubes tapaban la luz de la luna, y la lluvia dificultaba el dispararles todavía aún más; el esfuerzo de los hombres sería el doble, y su puntería la mitad. Cuando amaneció me atreví a mostrarme esperanzado; la luz permitía realizar disparos más precisos, ya que los únicos disparos que cuentan son los que dan en la cabeza, y dar en la cabeza a oscuras y empapado resulta complicado. Pero los soldados habían pasado casi toda la noche bajo la lluvia, estaban cansados y empezaron a fallar. Alrededor del mediodía llegó la primera baja, un soldado sufrió una lipotimia y cayó al otro lado del muro… los reanimados no dejaron ni los huesos.

Luego las bajas empezaron a sucederse con mayor rapidez. La mayoría no fueron mortales, pero la hipotermia por el frío y la lluvia y el agotamiento golpearon duro a las tropas, sobre todo a los civiles reclutados por la capitana Olivares.

No me gustaba nada la tendencia de Olivares de utilizar a los civiles cada vez que necesitábamos más hombres, aunque en aquella ocasión no podía negar que realmente los necesitábamos; más de ochenta brazos disparando nos eran muy necesarios para neutralizar la amenaza, pero aquellas personas no eran militares, no estaban entrenados, y sufrieron las consecuencias del estrés mucho más rápido. Según el último informe solo la mitad de ellos seguía en

activo, el resto se habían visto superados por el cansancio y habían tenido que abandonar.

Y pese a que estuvimos combatiendo todo un día, había vuelto a caer la noche y la situación seguía siendo la misma.

“¿Desde cuándo llueve tanto en invierno en esta zona?” me pregunté realmente fastidiado por la mala suerte que estábamos teniendo respecto al clima.

Las nubes no se habían despejado en todo el día, y caída la noche de nuevo seguíamos con lluvias. Era una pésima noticia, porque a esos problemas había que sumarle el agotamiento de estar más de dieciséis horas al pie del cañón.

La noche iba a ser dura, muy dura…

Me restregué los ojos por el cansancio mientras observaba a los cinco soldados de abajo. Aunque no había estado matando reanimados, llevaba todo el día ocupándome de la estrategia de nuestra defensa y de otros asuntos importantes, como el que me había llevado a la sección de urgencias del hospital.

El teniente Corrales abrió la puerta metálica de la azotea, el momento que estaba esperando había llegado. Corrales se había transformado en algo así como mi mano derecha, siempre obedecía sin rechistar y, aunque su aspecto era un poco siniestro debido a la cicatriz que tenía debajo del ojo derecho, producto de una herida que sufrió en Afganistán, me alegraba tenerle a mi lado.

—Mi capitán, el doctor le está esperando.

El doctor Ernesto Gasol era uno de los médicos del CNI que desde el comienzo de la crisis habían estado buscando una solución a la misma… o más bien una explicación, ya que habían tenido tan poco éxito tratando de curar la infección como intentando averiguar su causa.

—Encárguese de que esos soldados vayan al colegio —le indiqué a Corrales señalando a los cinco hombres que vigilaban el pequeño trozo de muro que cubría la puerta de urgencias—. Aquí no están ayudando a nadie.

Atravesé la puerta de la azotea, y sentí alivio cuando la lluvia dejó de caerme encima. Un ala del hospital había sido reconvertida en un laboratorio de investigación donde Gasol y algunos otros científicos de especialidades con nombres demasiado rimbombantes para recordarlas habían estado trabajando desde que se construyó la zona segura. Cuando perdimos contacto con las otras zonas seguras, además de la capacidad de surtirles de los suministros que necesitaban, su trabajo se volvió más una carga para todos que algo de lo que se pudiera sacar provecho. Incluso el comandante propuso cerrar la planta, pero yo me opuse alegando que lo poco que pudieran descubrir era mejor que nada. Por una vez, el resto de capitanes me

apoyó unánimemente.

Me fijé en que el pasillo de la planta no estaba demasiado limpio; sin servicio de limpieza todo el hospital estaba igual, a decir verdad, pero aun así me pareció poco profesional por parte del doctor.

Gasol era un tipo bajito, nervudo y con una calva incipiente. Llevaba unas gafas de gran tamaño y parecía no haberse afeitado en varios días. Tenía aspecto de estar permanentemente sobrepasado por las circunstancias, aunque decían que era una eminencia en su campo.

—Ah, capitán… sígame, por favor —me dijo solícito, invitándome a entrar al laboratorio—. ¿Cómo va ahí fuera?

—Podría ir mejor, doctor —le respondí con tono firme, no quería que se preocupara por algo que no le atenía en absoluto—. Pero aguantamos. ¿Y aquí?

—No mucho mejor, la verdad, capitán. —respondió con un resuello.

—Confiaba en que los dos especímenes que les proporcioné sirvieran de algo. —le recriminé frunciendo el ceño.

Me había estado insistiendo durante días para que le entregara algún cuerpo recién muerto y libre de infección que poder estudiar. No había sido fácil complacerle, solo un anciano había muerto en las semanas anteriores, y tenía demasiada familia a la que habría que haber dado explicaciones de haber dejado a Gasol experimentar con él.

“Mentiras, siempre mentiras” pensé mientras el doctor balbuceaba nerviosas excusas sobre material limitado y fenómenos complejos.

Entramos en el laboratorio, que antes había sido un quirófano. En una de las mesas de operaciones había atado un reanimado, que se revolvía, gruñía y luchaba por soltarse y atacar a alguno de los tres asistentes del doctor que también se encontraban allí. Estaba desnudo y la parte superior del cráneo le había sido cortada, dejando expuesto el cerebro. En la otra mesa de operaciones tan solo había un cadáver.

Ambos habían muerto en un extraño tiroteo que ocurrido poco antes en el patio del colegio, entre los refugiados. En cuanto me enteré ordené llevar los cuerpos al doctor.

—Se ha transformado. —observé con curiosidad al ver al reanimado morder al aire, intentando en vano agarrar a alguno de los muchos humanos que veía dar vueltas a su alrededor.

Corrales hizo una mueca de desagrado cuando entró tras nosotros.

—Sí, así es, en un tiempo casi record, debo añadir —afirmó el doctor colocándose bien las gafas—. Lo estudiamos a fondo, no había ni las más ligera marca de una herida; no había tenido contacto con uno de esos seres antes. El otro tampoco, pero el disparo que recibió le destrozó el cerebelo, de modo que no había nada que hacer con él.

—Habéis visto como un cadáver no infectado previamente pasaba a

convertirse también en un reanimado, ¿alguna conclusión? —le pregunté al doctor.

Sus ayudantes desviaban la vista hacia nosotros de cuando en cuando, con curiosidad.

—Me temo que no tenemos observaciones directas de nada. Es más, este fenómeno de transformación espontanea ya había puesto en duda muchas de las teorías con las que estábamos trabajábamos —contestó el doctor con nerviosismo—. La hipótesis del virus era la más plausible antes de saber esto, pero ahora…

—Los virus no son mi especialidad, doctor, dígame, ¿por qué ya no puede ser un virus? —inquirí; Corrales no parecía capaz de dejar de mirar al reanimado sin la tapa de los sesos.

—Los virus son organismos demasiado simples, necesitan del sistema de replicación de las células que infectan para multiplicarse. Por las similitudes, creíamos que podía tener origen en el virus Ébola, en el de la Rabia o en el virus del Nilo occidental. Creíamos que el virus infectaba al portador y, cuando este moría, reactivaba ciertas regiones cerebrales previamente infectadas.

—¿Y ahora?

—Ahora no sabemos nada sobre la infección. La única conclusión es la misma de siempre, los individuos que se levantan como muertos vivientes, reanimados si lo prefiere, capitán, ya estaban infectados antes. Nuestra teoría es que, mientras el individuo está vivo, las defensas mantienen a ralla al agente patógeno, pero al morir éste toma el control del cuerpo huésped y… bueno, ya han visto lo que pasa.

El reanimado atado dio otro tirón para intentar soltarse, con poco éxito, mientras uno de los asistentes hurgaba en su cerebro con un bisturí.

—¿Y entonces cómo es que he visto a gente morir por la infección provocada por un mordisco de estas criaturas? —le pregunté al doctor Gasol—. Los síntomas apuntaban claramente a una enfermedad infecciosa. El mordisco infecta y el mordido muere cuando se extiende la infección.

—El mordisco mata, si —afirmó asintiendo con la cabeza, aunque parecía contrariado—. Es algo que aún no podemos explicar… quizá alguna enzima que bloquea el sistema inmune facilitando la infección, como si el individuo estuviera muerto… no lo sabemos.

—¿Y podrán llegar a saberlo? —pregunté temiéndome la respuesta.

—Francamente, no lo sé, capitán. No tenemos casi nada con qué trabajar, y no hablo solo de muestras, hasta personal y materiales nos faltan. Lo único que podemos hacer es teorizar hasta encontrar una explicación que encaje con todo lo observado.

Asentí con preocupación, mi ilusión por que encontraran algún tipo

de cura con el tiempo ya era escasa antes, pero mientras hablábamos me di cuenta de que quizá, en esas condiciones, no la encontraran nunca. Aquél grupo de científicos no estaban investigando nada, solo lanzaban hipótesis con la esperanza de acertar en alguna.

—La ciudad está llena de muertos vivientes —dije—. Todo asentamiento humano, por lo que sabemos, está lleno de muertos vivientes. He de suponer que la infección es global entonces. Todos los muertos, en todas partes, por la causa que sea, vuelven a la vida.

—Me temo que sí —respondió el doctor—. Su origen fue africano, creíamos que llegó a Europa por el estrecho y desde oriente medio, a través de gente infectada que intentaba huir de sus países a lugares donde la infección no hubiera llegado y de los viajeros en las primeras fases, pero lo más probable es que se fuera transmitiendo por el aire gradualmente, país tras país, continente tras continente... y que a estas alturas todos estemos infectados.

Eso tenía sentido… al contrario que todos los protocolos contra infecciones que pusimos en marcha cuando comenzó la crisis. Los estudios que nos llegaban eran erróneos, se combatió como si aquello tan solo se contagiara mediante mordiscos o intercambio de fluidos con otros infectados, no sabíamos que ya estábamos infectados y esperando a morir para ser una de esas cosas.

Todo se había organizado con información equivocada, por eso las ciudades cayeron, por eso no se pudo contener; cuando creíamos que un barrio estaba limpio no lo estaba en absoluto. Mucha gente moría todos los días por causas naturales, y esos cuerpos eran reanimados en potencia esperando a resucitar para continuar con el horror. Cada vez que refugiábamos a los vivos en un lugar y creíamos que estaban a salvo era mentira, traían la plaga consigo.

Me pregunté cuantas zonas seguras habían caído por culpa de eso. Cuando nosotros descubrimos que cualquier muerto se volvía a levantar las comunicaciones ya estaban cortadas. Si en algún otro lugar lo sabían no lo habían podido notificar, igual que no pudimos hacerlo nosotros.

—Si me permite la observación, doctor —le dije— He de decir que el asunto de que los muertos se levanten es muy raro. Lo que quiero decir es que, sea lo que sea lo que provoca la enfermedad, es muy específico. Mata al huésped humano, pero mantiene activa una pequeña parte del cerebro, suficiente para que se levanten, anden y muerdan. Y solo en humanos, porque nadie ha visto un perro muerto viviente, o un gato, o una rata, ¿verdad? Es… demasiado específico, casi parecería diseñado a propósito para ese fin.

—¿Ha oído hablar del hongo *Ophiocordyceps unilateralis*? —me respondió el doctor sonriendo.

—Sí. —admití con un suspiro de resignación.

Claro que había oído hablar de ese maldito hongo, cuando la crisis estaba en su momento más álgido era lo más comentado en internet. Se trataba de un hongo que infectaba a una especie de hormiga brasileña y dirigía sus movimientos. La similitud con los reanimados era evidente para cualquiera.

—Ese hongo en concreto produce una espora que se engancha a la hormiga —explicó el doctor—. Un filamento se extiende hasta el cerebro de la hormiga y le hacer creer a ésta que está siguiendo un rastro de feromonas que no existe. Cuando llega al lugar que al hongo le conviene, la mata para alimentarse de ella. Ese hongo no ha sido diseñado por nadie, capitán, a veces la naturaleza simplemente es así de cruel.

—Quizá, pero me cuesta creer que de repente y de la nada surja algo que provoca un efecto tan devastador —le respondí; el ejemplo había sido bueno, desde luego la naturaleza a veces hacía cosas increíbles, pero aun así tenía mis dudas—. ¿Se da cuenta de que esto podría extinguir a nuestra especie?

—Solo si fallan, capitán. —puntualizó el doctor.

Aun dentro del laboratorio—quirófano se podían escuchar los ecos de los disparos de fuera, señal de que iba siendo hora de volver allí, a controlar la situación.

—Tengo que volver, les dejo trabajar en paz. —dije como despedida.

Y estaba dispuesto a marcharme cuando los cuatro doctores me miraron confundidos.

—¿No deberíamos… refugiarnos o algo así? —me preguntó uno de los asistentes de Gasol—. Si los resucitados logran entrar…

—Si logran traspasar el muro no habrá refugio para ninguno de nosotros —respondí con presteza emprendiendo la marcha de vuelta al campo de batalla—. Lo mejor que pueden hacer es seguir trabajando como si no pasara nada, y rezar porque no pase.

No pretendía asustarles, pero tampoco iba a mentirles como habría hecho el comandante. Las puertas de cristal de la entrada al hospital, por muy macizas que fueran, no iban a aguantar a una horda que lograra sobrepasar un muro de hormigón armado.

Me fui dejándolos no demasiado reconfortados, seguido por el teniente Corrales, que disimuladamente se rascaba la cicatriz bajo el ojo. Cuando salimos al exterior, en esa ocasión por la entrada norte del hospital, los disparos de los soldados nos llegaron con mayor claridad.

—Teniente —llamé a Corrales, que se acercó un paso más, siempre solícito—. Vaya a la zona oeste y asegúrese de que todo sigue en calma, luego vaya a ver cómo les va en la zona norte, la afluencia de reanimados era menor, pero si necesitan algún soldado más coja a los

que necesite del oeste. Si todo va bien por ambos sitios envíe de cuantos se pueda prescindir a la zona este, no creo que nadie vaya a colarse si dejamos las puertas sin vigilancia unas horas.

—A sus órdenes mi capitán. —respondió Corrales cuadrándose y marchándose por el camino de mi derecha.

Yo, sin embargo, seguí recto. La calle del Triunfo desembocaba en la calle de la Gloria, esos nombres eran un buen presagio que mi corazón no podía compartir. Pasé junto a la plaza de toros y el estadio hasta el puesto avanzado que habíamos instalado al lado del colegio, desde donde se podía controlar toda la parte este del muro.

Al subir las escaleras, tres soldados y un sargento adoptaron la postura de firmes. Aquél cuartito con ventanas que daban tanto al este como al norte había pertenecido a una casa particular antes de todo aquello. Lo que había sido del propietario lo ignoraba, pero éramos nosotros quienes le dábamos uso desde que instalamos la zona segura.

—Descansen —les ordené—. Sigan con lo suyo. Sargento…

—Marcos, mi Capitán —contestó el sargento—. Sargento Damián Marcos García.

—Muy bien, sargento Marcos. Infórmeme.

Los tres soldados ejercían de francotiradores, estaban en una buena posición para ese trabajo, aunque con una horda gigantesca a nuestros pies su trabajo no se diferenciaba del de cualquier otro soldado.

Me asomé a la ventana para echar un vistazo a nuestro enemigo; aun sobre el ruido de los disparos constantes se podía escuchar el sonido de sus gemidos y lamentos mientras luchaban por abrirse paso en la marea que ellos mismos formaban. Era increíble que no se aplastaran entre sí.

Formada por los cuerpos de miles de personas que antes habían sido ciudadanos normales y corrientes, la marabunta que nos atacaba no parecía haber sido diezmada en casi un día entero de enfrentamiento. El suelo estaba lleno de cuerpos, y constantemente algunos de los que aún andaban se unían a esos cuerpos del suelo, cuando un soldado acertaba su objetivo. Y pese a todos los que habíamos matado definitivamente, habían logrado atravesar el espino que rodeaba el muro, donde los que no se habían liberado, aun a costa de su propia piel, permanecían enganchados, y habían conseguido llegar hasta el muro.

Cientos de aquellos seres se agolpaban contra ella, intentando alcanzar en vano a los soldados que les disparaban desde tres metros sobre el suelo; y pese a saber que no conseguirían alcanzarlos, no cesaban en su empeño. No estaba en su naturaleza rendirse.

—Todo sigue igual desde que la horda llegó al muro, mi capitán —dijo el sargento—. Hemos tenido otra baja por un disparo accidental, lamentablemente ha muerto. Ya le hemos…

—Continúe —le dije interrumpiendo su explicación, no necesitaba que me explicara qué había que hacer con los cadáveres de los muertos para que no revivieran, todos los soldados sabían que tenían que destruir el cerebro antes de que se produjera la resurrección.

—Los hombres están agotados, mi capitán. Aguantan, pero no podrán hacerlo eternamente, y la horda no reduce su tamaño.

—Claro que lo hace, solo que los edificios de enfrente no nos dejan ver cuán grande es. Pero terminarán acabándose. —le respondí mientras cavilaba sobre aquello.

Era absurdo pensar que los reanimados eran infinitos, pero no ver resultados tras un día entero de trabajo agotador podía minar la moral de nuestros hombres. Dejé por un momento de mirar a los muertos vivientes y me giré hacia el sargento.

—Tenemos que mantener alta la moral de las tropas, están haciendo un esfuerzo inmenso y tienen que saber que les será recompensado.

—Y… ¿cómo quiere que haga eso, mi capitán? —preguntó dubitativo.

—No lo sé, sargento, dígales que tendrán doble ración de comida durante una semana, que podrán tomarse unas copas del alijo privado del comandante o lo atractivos que serán para todas las chicas de la zona segura los héroes que las salvaron de ser devoradas vivas. ¡Cualquier cosa que los mantenga concentrados!

El sargento asintió, no muy convencido. Tampoco yo lo estaba demasiado, pero no se podía hacer mucho más; tendrían que aguantar lo que durara la invasión de muertos.

—¿Algo más, sargento? —le pregunté volviendo la vista de nuevo hacia el enemigo, que parecía ocupar todo el campo de batalla.

Si uno se paraba a contemplarlos podía encontrar muertos vivientes de toda clase. Hombres, mujeres, jóvenes, ancianos, niños… algunos estaban tan podridos que eran irreconocibles, otros casi podrían pasar por alguien vivo; unos todavía llevaban la ropa con las que murieron, mientras que a otros solo les quedaban jirones o las habían perdido por completo; muchos estaban completos, pero a otros les faltaban miembros o tenían heridas tan horribles que resultaba hasta desagradable mirarlos.

—Una última cosa, algunos han sugerido utilizar explosivos del arsenal para…

—¡No! —me di la vuelta otra vez, alarmado por aquella noticia—. ¡Nada de explosivos! Las órdenes fueron tajantes al respecto.

—Lo sé, mi capitán —rectificó de inmediato—. Pero si pudiéramos usar aunque fuera las granadas, podríamos contenerlos. Los que no murieran al menos quedarían mutilados y quizá no pudieran seguir avanzando.

—¡No! —estaba harto de explicar aquello… era de sentido común—. Nada de explosiones. Una explosión podría crear una grieta en el muro, y el muro es lo único que nos mantiene a salvo, a nosotros y a los civiles.

—A sus órdenes, mi capitán. —exclamó el sargento asintiendo.

Aquello no era algo por lo que estuviera dispuesto a discutir, se cumpliría y punto. Me tranquilizaba que el comandante me hubiera dejado al mando de la defensa del muro, si se hubiera encargado personalmente en ese momento habríamos estado matando reanimados a cañonazos, y no era necesario. Mi método era agotador para los soldados, pero seguro; mientras no se dañara el muro aquellos seres no podrían entrar. Sabía que los hombres me odiarían por haberlos tenido disparando hasta la extenuación bajo la lluvia, y seguramente también me culparían de las bajas, pero era el precio de la toma de decisiones. Al menos estarían vivos para poder culparme, y junto a ellos todos los civiles que teníamos a nuestro cargo.

Me quedé contemplando la batalla contra los muertos vivientes durante al menos media hora más antes de que un civil entrara, trayendo al puesto avanzado raciones de comida. Como fue el sargento quién le atendió, no le hice mucho caso, concentrado como estaba en el desarrollo del combate. No me preocupaban los muertos vivientes, ellos contaban con la desventaja táctica de ser predecibles, lo que me preocupaba de verdad eran nuestras propias tropas. Hasta ese instante todos se habían mantenido disciplinados, siguiendo las órdenes y manteniendo las posiciones, pero aquello podía cambiar en cualquier momento. El sargento ya me había discutido la orden de no utilizar explosivos, era cuestión de tiempo que alguien diera el paso que va de la discusión a la desobediencia, y tenía que estar atento.

—¿Qué, cómo va? —preguntó el recién llegado acercándose a las ventanas tras dejar las raciones sobre una mesita.

Marcos le cortó el paso.

—Estamos en mitad de una operación, retírese. —le dijo con un tono firme que no pareció impresionar lo más mínimo al civil.

Era un hombre que había cumplido ya los cincuenta años, y no se dejaba amedrentar por los uniformes y las armas. Tras varias semanas compartiendo espacio vital, los civiles se habían acostumbrado a nosotros, lo que tenía sus ventajas y sus desventajas.

—Sí, ya veo que esos tres están cargándose resucitados —dijo refiriéndose a los tres soldados que seguían abriendo fuego desde la ventana—. Pero no veo como os puedo molestar a vosotros, que no estáis haciendo nada. Solo quería echar un vistazo al exterior.

Se veía que el hombre era un tipo tranquilo, y lo pidió con tal naturalidad que no pude evitar sonreír… aunque, por supuesto, al estar de espaldas a él, no pudo verme. Al sargento, en cambio, no le

gustó un pelo el tono de aquél hombre. Después de todo, por mucha confianza que mostrara, estaba interfiriendo en una operación militar.

—Le pido de nuevo que se marche, no podemos tener civiles rondando por aquí. ¡Es una orden! —exclamó con brusquedad, pero sin lograr amilanar al civil.

—No te ofendas hijo, pero que yo sepa no me he alistado, así que no me vengas con eso de que “es una orden”. —respondió con descaro.

Sabiendo que el Sargento no tendría el suficiente tacto como para terminar esa pelea absurda, me giré para intervenir. El civil seguramente sería alguien razonable, y después de tenerlos un día tras el muro sin decirles nada, por idea del comandante, sentiría más que curiosidad por lo que ocurría fuera.

—¡Mi capitán! ¡Sargento! —llamó uno de los soldados, señalando con el dedo hacia el muro, cuando aún no había tenido tiempo de abrir la boca—. ¡Rápido!

Con dos zancadas me coloqué a su lado y miré hacia donde señalaba. Al otro lado se colocó el sargento, y no pude evitar notar que el civil aprovechó para mirar también.

—¡Allí! —nos indicó.

Lo que vi me hizo sentir un escalofrío que me recorrió desde la coronilla hasta la planta de los pies. Un grupo de civiles, de los encargados de llevar munición del arsenal al muro para que los soldados pudieran recargar sus armas, estaban subiendo sobre el muro un lanzacohetes que, de algún modo, debían haber logrado sacar del arsenal.

—¡Madre de Dios!

Cuando cogiera a Olivares la iba a matar… “tienen la disciplina necesaria” había dicho.

Desobedeciendo todas las órdenes, cinco civiles que se habían vuelto completamente locos pretendían acabar con los reanimados a zambombazo limpio.

Le arranqué de las manos al sargento la radio con la que se comunicaba con las tropas de abajo y puse la frecuencia abierta. Había que parar a esos locos como fuera.

Un par de soldados, al ver lo que estaban haciendo, habían abandonado sus puestos y estaban plantándoles cara… eso me dio un poco de tiempo.

—¡A todas las unidades del sector cuatro! —grité por la radio—. Al habla el Capitán Alcaraz ¡Detengan a los civiles del lanzacohetes! Repito. ¡Detengan a los civiles del lanzacohetes antes de que logren dispararlo!

En cuanto di la orden dos soldados más se pusieron en pie e intentaron retenerlos, pero entonces descubrí cómo habían logrado

sacar un arma así del arsenal. Aquellos civiles iban armados.

Además del lanzacohetes llevaban pistolas, y se abrieron paso con ellas, disparando a los cuatro soldados que les bloqueaban el camino.

—¡No! —gemí al ver como el hombre que llevaba el lanzacohetes se arrodillaba, preparándose para lanzar un proyectil, mientras los otros cuatro le cubrían, dos a cada lado.

—¡Abatidlo! —le grité a los tres soldados que tenía al lado—. ¡Abatidlo, maldita sea!

Cogí de nuevo la radio para dar nueva órdenes.

—¡Detenedlos! ¡Utilizad fuerza letal si es necesario!

Los tres agarraron sus fusiles y apuntaron a su objetivo. Uno de los civiles ya había caído cuando los soldados cercanos se percataron de lo que ocurría, pero el que sujetaba el lanzacohetes seguía en pie.

Sonaron tres disparos a mi lado cuando abrieron fuego. Estaba tan asomado por la ventana que el agua de la lluvia me mojaba la cara, pero no tenía tiempo para preocuparme por esas minucias. Esperanzado, vi como al menos una de las balas destrozaba le destrozaba la rodilla al tirador, que cayó hacia delante y terminó precipitándose por el borde del muro, hasta la jauría de reanimados que darían cuenta de él.

Sin embargo…

La explosión fue tan fuerte que casi me precipito al vacío de la manera en que hizo que todo temblara. Los cristales de la ventana saltaron por los aires, arañándome la cara, y al retroceder caí al suelo después de darme un doloroso golpe en la columna contra el filo de la mesa.

Un segundo más tarde me recuperé del aturdimiento momentáneo y logré ponerme en pie, pese a que la espalda me dio un doloroso chasquido. A un metro de mi se encontraba el civil que nos había traído la comida, tirado en el suelo y con cara de asombro. El sargento había caído de rodillas y se cubría la cabeza de los cristales rotos que le habían llovido encima, aunque parecía ileso. De los soldados, uno se encontraba bien, pero otro tenía algunos cortes, probablemente igual que yo, y estaba intentando tranquilizar al tercero, al cual la ventana le había estallado en la cara y le había clavado cristales por toda ella.

Me hubiera gustado atender al soldado malherido, pero por lo poco que había visto de la explosión, ésta había ocurrido cerca del muro… demasiado cerca. Ese maldito civil loco debía haber lanzado el misil mientras caía, o incluso una vez abajo.

El suelo crujía a mi paso cuando me dirigí hacia la ventana y me asomé por ella, con cuidado de no cortarme con los cristales rotos.

Una densa nube de humo cubría la zona de la explosión, que unida a la oscuridad de la noche no me dejaba ver nada. La mayoría de los soldados cercanos estaban en el suelo, la explosión había pillado de

lleno al muro, de eso estaba seguro.

—¡Informe de daños! —grité a través de la radio.

Detrás de mí, el civil se había puesto en pie y se llevaba las manos a los oídos, que estarían tan taponados como los míos por la explosión.

—¡Repito! ¡Informe de daños! ¿Alguien me escucha? —le grité de nuevo al aparato de radio.

—¡Brecha! —bramó alguien en respuesta—. ¡Hay una brecha en el muro! ¡Oh joder! ¡Están entrando! ¡Están entrando!

Si Dios existía no estaba de nuestra parte, eso seguro. La locura de aquellos cinco inconscientes podía habernos condenado a todos; una brecha en el muro era la peor noticia que podía escuchar… por mucho tiempo que pudiera emplear pensando, estaba seguro de que no oiría una noticia peor.

—¡Brecha en el sector cuatro! ¡Brecha en el sector cuatro! —grité a través de la radio.

Si no hubiéramos perdido a tantos hombres y oficiales en el trascurso de la guerra contra los muertos vivientes, y se hubiera mantenido el antiguo orden organizativo, habría sabido dar las órdenes de forma más efectiva. Pero con el sistema medio improvisado que habíamos adoptado solo podía intuir a cuántos hombres iba a enviar a cada misión.

—¡Al habla el capitán Alcaraz! Repito, brecha en el sector cuatro. Unidades tres, cinco y quien quede de la cuatro, centren sus disparos en los reanimados que entren por la brecha. El objetivo prioritario son los reanimados que entren, ignorad a los de fuera. Unidades dos y seis, hora de utilizar la artillería pesada, formad un perímetro alrededor de la brecha, ametralladoras, ¡Deprisa! Unidad primera, los vehículos de la entrada principal tienen instaladas las ametralladoras pesadas, unidlos al perímetro. Coged el camión e intentad bloquear el agujero en el muro para que no entren más. ¡No dejéis que esos putos muertos lleguen hasta los civiles!

Le pasé la radio al sargento Marcos, que ya se había puesto en pie y miraba horrorizado la misma escena que yo. Aunque el polvo que la explosión había levantado no dejaba ver, la masa de reanimados iba fluyendo hacia el interior de la zona segura como si atravesaran un embudo. La brecha debía ser grande, quizá no hubiera tiempo para formar un perímetro.

—¡Contacte con el comandante, sargento! —le ordené mientras intentaba despejarme las ideas.

Tenía que pensar algo, la seguridad de la zona segura se había visto comprometida seriamente en una décima de segundo, y la zona segura era todo lo que quedaba; si caía, no volveríamos a levantarnos jamás. La vida de miles de civiles dependía de alguna idea brillante de última

hora.

—¡Tenemos que llevarle a la enfermería! —dijo el soldado que estaba atendiendo a su compañero malherido.

Realmente tenía mal aspecto, con cristales clavados por toda la cara, pero no parecía que su vida peligrara. Sangraba, pero no muy profusamente.

—Ahora no podemos bajar —con los reanimados entrando a través del sector cuatro estábamos prácticamente aislados—.Atiéndanle aquí.

—¿Cómo que no podemos bajar? —exclamó alarmado el civil—. ¡Tengo familia ahí abajo!

—Yo también. —respondí sin mucho ánimo.

—Mi capitán… —indicó el Sargento tendiéndome el comunicador de la radio.

Inmediatamente se lo arranqué de las manos.

—Mi comandante, tenemos una brecha. —solté rápidamente, esperando instrucciones o alguna idea del comandante; sin embargo la voz que me respondió no fue la suya, sino la de la capitana Olivares.

—Ya lo sabemos, Alcaraz, ¿dónde se encuentran? —me preguntó con un tono quizá demasiado tranquilo.

—En el puesto avanzado central —le contesté—. No creo que podamos salir por el momento. Los reanimados han entrado dentro del perímetro, tienen que dar la alarma y evacuar a los civiles dentro del colegio.

—El colegio no puede albergar a todos los civiles que se refugian en el patio, y lo sabe, capitán. —me contestó con una indiferencia tal que me dieron ganas de abofetearla.

—¡Solo es hasta que hayamos expulsado a los reanimados, o los hayamos realojado en la plaza o el estadio! —me parecía increíble tener que estar discutiendo esas cosas en ese momento, en el que había vidas en juego—. ¿Dónde está el comandante?

—El comandante me ha dejado al mando de la defensa interna de la zona segura —dijo con total parsimonia—. Hemos visto la explosión y la brecha, capitán, el patio está perdido. Voy a encargarme de reforzar las defensas del estadio, el hospital y la plaza. No salgan del puesto avanzado hasta que podamos sacarles.

¿Se había vuelto loca? ¿Iba a dejar morir a cientos de civiles sin más? Escuché un ligero chasquido, que indicaba que había cortado la comunicación.

—¿Capitana? ¡Capitana…! —le grité a la radio sin ningún resultado.

Esa hija de puta arrogante daba por perdido el patio del colegio, y no se iba a arriesgar a que entraran dentro los civiles por miedo a que se colaran los reanimados también. Simplemente iba a dejarlos morir a todos.

El hombre que nos acompañaba me miraba con los ojos como platos, preguntándose qué diablos estaría pasando que me tenía tan alterado.

—Siéntese, amigo —le dije tratando de calmarle un poco, mientras le devolvía el control de la radio al Sargento.

—¿Cómo quiere que me siente? —replicó mirándome con dureza, como si me culpara a mí de estar allí sentado con todo lo que estaba pasando…

Como si yo pudiera hacer algo.

Pero era un militar, esa gente había depositado su seguridad en nosotros, era una reacción normal. Tenía derecho a enfadarse porque le habíamos fallado.

—¡Ahí fuera están entrando los muertos! Mi mujer y mis hijos están en el patio.

Mi mujer y mi hija también estaban ahí, no en la zona del colegio, pero si en el estadio, que no podría aguantar a una horda semejante si llegaban allí.

—¿Cómo se llama? —le pregunté cordialmente.

—Pedro, Pedro Neira. —respondió con hosquedad.

—Bueno, Pedro, desde aquí no podemos hacer nada ahora mismo, pero las órdenes han llegado, rechazaremos a los muertos vivientes —afirmé con fingida seguridad—. Pensándolo bien, esto es casi mejor. Ahora podemos sacar la artillería pesada y dar cuenta de ellos con más eficacia. ¿Alguna vez ha visto una ametralladora disparando? Una de esas maravillas puede partir a un reanimado en dos. Nada que ver con los fusiles. Todo va a salir bien.

El hombre asintió y se sentó en el suelo, limitándose a mirar como los dos soldados limpiaban las heridas del tercero.

Cerré los ojos y me concentré en escuchar los ruidos de fuera, mi única forma de saber lo que ocurría. Había dado mis órdenes, y los hombres las habían escuchado… la capitana Olivares seguramente también había dado las suyas. ¿Cuáles elegirían obedecer? Las órdenes de la capitana los mantenían a salvo, defendiendo las partes de la zona segura que aún merecían ese nombre, pero dejarían morir a cientos de civiles indefensos sin mover un dedo. Si elegían las mías podían incluso recuperar el patio, pero les costaría la vida a muchos de ellos.

Si la antigua cadena de mando hubiera seguido intacta todo aquello se podía haber evitado, pero tal y como estábamos los hombres prácticamente tendrían que elegir a qué capitán obedecían, salvo que el comandante se pronunciase.

Por encima de los gemidos de los reanimados se oían los disparos de los soldados. Todo era muy confuso, aún tenía los oídos taponados por la explosión y no era capaz de determinar si aquellos disparos eran de fusil o de metralleta. Rezaba porque fuera lo segundo, pero no

tenía forma de estar seguro.

Tras concentrarme unos segundos más, escuché otro sonido nuevo, uno que se podía oír por debajo de los disparos y los gemidos de los muertos.

—¡Oh Dios! —me lamenté en voz baja para no alarmar a nadie más.

Gritos, eran gritos lo que se escuchaba, gritos de la gente que estaba siendo atacada. Los reanimados habían llegado hasta los civiles

—¡Mi capitán! —exclamó el sargento tendiéndome la radio—. El teniente Corrales.

Corrales, mi única esperanza…

Me levanté tan rápido que la espalda me dio un pinchazo en el lugar donde había recibido el golpe un momento antes.

—¡Corrales! Que sus hombres ignoren las órdenes de Olivares, ¿me entiende? —exclamé con vehemencia antes de que pudiera decir nada.

El resto de las personas de la habitación me miraron asombrados, pero no me importó. No había tiempo.

—Sí, mi capitán… —dijo Corrales, siempre obediente—. Pero Martín y Suarez se han llevado a sus hombres. No vamos a poder rechazar a los reanimados, mi capitán, no somos suficientes.

Sin Martín y sin Suarez había perdido a dos tercios de los soldados, y los reanimados ya serían legión allí abajo.

—Cambio de objetivo, saquen a los civiles de allí —le ordené sabiendo que no tenía otra opción—. Intenten sacar cuantos civiles puedan antes de que los masacren.

—Mi capitán… —Corrales parecía dubitativo—. ¿Sacarlos a donde? Los hombres de Olivares no van a abrir las puertas del estadio.

—Sacadlos fuera de la zona segura —fue mi respuesta—. Por el norte, allí aún no ha llegado la horda.

Era una locura, fuera estaban expuestos a todos los reanimados de la ciudad, pero los que eran una amenaza directa en ese momento eran los reanimados del interior.

—Sacad a todos los que podáis. Y después…

¿Y después qué? No había un después, Olivares no les dejaría entrar desde fuera tampoco, y quizá ni siquiera pudieran intentarlo si los reanimados lograban entrar al estadio y a la plaza de toros también. Una vez traspasado el muro, el resto de defensas internas eran muy pobres.

—Entendido, mi capitán… —respondió el teniente Corrales, sabiendo cuál era la respuesta a la pregunta que me había hecho a mí mismo.

No había un después, probablemente salvar a los civiles les costara la vida a la mayoría. Pero era su deber, su obligación; para eso habían sido entrenados, para enfrentarse a esas situaciones y hacer lo que

tenían que hacer.

—Poned a los civiles a salvo… buena suerte teniente, cambio y corto. —fue lo único que pude decirle.

—¿Qué pasa? —me preguntó Pedro con angustia en la mirada.

No supe qué responderle.

LAURA

El cuerpo de Adrián se había convertido en una bomba de relojería que podía estallar en cualquier momento. Ya no quedaban prorrogas ni excusas, tenía que avisar a los militares y asumir las consecuencias de no haber dicho nada sobre su enfermedad desde el principio, fueran éstas cuales fueran.

Mientras me ponía en pié para salir de la tienda pensé en Susi, y recé porque el engaño que había planeado sirviera de algo. ¿Qué otras opciones tenía para evitar que aislaran a mi hija en cuarentena? Solo rogar por un milagro que les hiciera creerse tan endeble farsa.

Me encontraba fuera de la tienda, envuelta en el abrigo para no mojarme bajo la lluvia, y buscando con la mirada a algún soldado por los alrededores que no estuviera sobre el muro peleando contra los resucitados, cuando se escuchó una enorme explosión que se me clavó dolorosamente en los tímpanos e hizo vibrar el suelo de tal manera que perdí el equilibrio y me caí de bruces sobre un charco de barro.

Aquél ruido no había sido un disparo, no podía haber ningún arma que hiciera semejante sonido al disparar, tenía que ser algo mucho más grande… un misil por lo menos.

Trabajosamente me puse en pie y comencé a sacudirme el barro de las piernas; me había ensuciado el pantalón de rodilla para abajo y las mangas del abrigo de codo para arriba. Mientras intentada limpiarme un poco, los vecinos de las tiendas cercanas comenzaron a salir fuera, alarmados por aquella repentina explosión que había sacudido todo el patio del colegio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó un hombre con bigote, que había sido el primero en asomarse al exterior.

Alicia y su marido abandonaron también su tienda. Él llevaba a Susi en los brazos, todavía dormida, y en cuanto me vio le hizo un gesto a Rodrigo y ambos se acercaron.

—¡Joder! ¿Qué pasa esta noche? —bramó otro hombre, éste más corpulento que el anterior, tras salir de su tienda dando un manotazo a la tela—. ¡Entre los disparos de fuera, los disparos de dentro y ahora esto no hay quien duerma! ¿Qué cojones ha pasado?

Nadie parecía tener respuesta a eso. Éramos ya más de una docena de personas, preguntándonos qué había sido aquél ruido, y Alicia aprovechó el jaleo que se estaba formando para hablarme en susurros.

—¿Qué ha pasado? —obviamente no se refería a la explosión, sino

a Adrián; miró de reojo la entrada a mi tienda—. ¿Está…?

—Acaba de morir. —confirmé tras cerciorarme de que nadie más nos estaba escuchando.

Su cara se contrajo con un gesto de horror mal disimulado, estaba segura de que temía que en cualquier momento un Adrian resucitado pudiera salir de la tienda con ansias homicidas. No era cosa de broma, en realidad eso podía pasar de un momento a otro; no tenía ni idea del tiempo que le llevaba a un cuerpo revivir como uno de aquellos seres.

El hombre corpulento seguía dando gritos, y algunos decidieron acercarse al muro, afirmando que la explosión había sonado desde allí. Aquél tema no me interesaba tanto como a los demás, bastante tenía con lo de mi marido como para andarme con explosiones.

—Buscaba a un militar cuando…

La explicación que intentaba darle a Alicia se vio interrumpida por el sonido de una sirena… una sirena que sonaba como el timbre de un colegio y que se escuchó por toda la zona segura. El significado de aquello me era desconocido, cuando llegamos no se nos advirtió de que podían hacer sonar ese timbre, ni qué debíamos hacer si lo hacía. ¿Tendría que ver con la explosión de un momento antes? A juzgar por las reacciones de los demás, parecían estar tan confundidos como yo.

Como para respondernos a todos, la megafonía se puso en marcha dando un molesto pitido a todo volumen. Una voz grave, pero con tono bastante neutral empezó a hablar:

—La seguridad de la zona segura se ha visto comprometida, hay reanimados dentro del perímetro —dijo—. Repito, hay reanimados, resucitados, muertos vivientes… dentro de la zona segura.

Y no dijo nada más. Con un zumbido la megafonía se apagó, dejándonos a todos sumidos en la incredulidad… ¿Resucitados dentro de la zona segura?

Los disparos que se escuchaban desde el muro sonaban más intensos, más rápidos, como si los soldados que disparaban estuvieran desesperados por abatir a los resucitados y hubieran empezado a lanzar ráfagas de tiros sin ton ni son. Además, como novedad, habían empezado a escucharse pequeñas explosiones, que solo se me ocurrió que pudieran ser de granadas. La lucha contra los muertos vivientes desde el muro, que hasta entonces me había sonado más bien a un pelotón de fusilamiento, de repente se había transformado en algo más parecido al campo de batalla de una película bélica.

Sin embargo, todo aquello tenía que significar otra cosa, no podían haber entrado dentro, era imposible…

—¡Oh Dios mío! —gimió Alicia aterrorizada—. ¡Está pasando lo mismo que en Alicante!

Pero fue la única en reaccionar, el resto sencillamente no podíamos creer que una noticia así nos la hubieran comunicado de forma tan

escueta… ni siquiera habían dicho qué debíamos hacer, a dónde dirigirnos.

Sobre el ruido de los militares y su batalla comenzó a escucharse el ruido del resto de refugiados, que debían estar tan consternados como nosotros. Nos sacó de nuestro ensimismamiento el grito desesperado de una mujer, una de las que se había acercado al muro a enterarse de algo sobre la explosión, y que volvía corriendo y dando saltos entre las tiendas. Al pasar al lado de la de Alicia tropezó con una de las cuerdas y cayó de bruces contra el mismo charco de barro sobre el que había caído yo antes.

Un hombre se acercó a ayudarla a levantarse, pero ella lo agarró del brazo y lo miró con el rostro desencajado.

—¡Resucitados! —chillo histérica—. ¡Han entrado! ¡Están viniendo!

Para corroborar sus palabras, un grupo de personas pasó corriendo por nuestro lado aun en ropa de cama. Varios de ellos llevaban encima, o de la mano, a niños tan asustados como sus padres.

La reacción fue inmediata, el pánico cundió de tal manera que todo el mundo se volvió loco. Comenzaron a gritar, a volver a sus tiendas para avisar al resto de sus familiares, y algunos directamente se fueron corriendo tras el grupo que había pasado.

“¿Resucitados aquí? Es imposible… imposible.”

Estaba completamente anonadada, no podía creer que, de repente, mis graves problemas fueran una minucia insignificante comparado con aquello.

—¡Mami! —gimió Susi desde los brazos del marido de Alicia; todo aquél jaleo la había despertado.

Me acerqué para cogerla pero él me lo impidió.

—Puedo con ella, tenemos que irnos. —dijo con mucha convicción; pero en su cara podía ver que estaba asustado… quizás tan asustado como yo, que al ir a levantar las manos para agarra a mi hija me había dado cuenta de que me temblaban incontroladamente.

—¿A dónde? —preguntó Alicia desesperada.

Un par de personas más pasaron corriendo a nuestro lado, huyendo de los resucitados.

—¡Al colegio! —le respondió—. ¡Dentro estaremos a salvo!

—¡Dame a mi hija! —le supliqué intentando coger a Susi de nuevo.

Pasara lo que pasara quería tenerla conmigo, era lo único que me quedaba. Finalmente Rodrigo cedió y la niña pasó de sus manos a las mías. En cuanto la tuve cogida se abalanzó a abrazarme y comenzó a llorar.

—Tranquila cariño, todo va a salir bien. —le susurré dándole un beso en la mejilla.

Recordaba que Adrián había dicho eso mismo antes de salir fuera, también había dicho “todo va a salir bien”; pero no había sido así,

había muerto y, más pronto que tarde, sería uno de aquellos seres… y se uniría a ellos para atacar la zona segura, a menos que los militares lo pudieran impedir.

Un cuerpo tambaleante se acercó hacia nosotros mientras Alicia y su marido cogían las pocas pertenencias que tenían a mano. En la oscuridad de la noche casi parecía una persona normal y corriente, pero emitía unos sonidos parecidos a gorjeos más propios de un animal que de un ser humano. Se movía con torpeza entre el barro y los charcos.

Al verlo, Alicia dio un grito tan fuerte que mis tímpanos vibraron hasta estar a punto de romperse. La criatura tenía la boca llena de sangre seca, que se había vuelto húmeda de nuevo por culpa de la lluvia; su mirada perdida y muerta era casi tan aterradora como la repugnante herida que tenía en un costado, a través de la cual se podía ver una de sus costillas. Si no hubiera tenido tanto miedo, habría sentido el impulso de vomitar por aquella imagen horripilante.

Una bala salida de no sabía donde impactó contra aquél ser terrorífico, salpicando sangre por todas partes. El cuerpo cayó al suelo boca abajo, abatido y con un agujero en el cráneo. Su sangre, negra y espesa, se mezcló con el agua de los charcos.

—¡Vámonos! ¡Ya! —gritó Rodrigo agarrando de la mano a su mujer y tirando de ella en dirección al colegio.

Yo me sumé a ellos con Susi en los brazos sin dejar de sollozar. Temía a los resucitados, pero también temía que algún soldado despistado nos confundiera con uno de ellos y acabáramos con un tiro en la cabeza por accidente.

Dicen que ante un trauma se pasa por varias fases, siendo la primera de ellas la negación y la última la aceptación. En la muerte de Adrián había pasado rápidamente a la aceptación, ya que casi la andaba deseando… pero en esos momentos me encontraba sumida en plena fase de negación. Me sentía aturdida, un momento antes estaba pensando en las explicaciones que tendría que dar a los militares por la muerte de mi marido, y un instante después estaba corriendo delante de los muertos vivientes para salvar la vida. No podía creerlo, porque creerlo significaba asimilar una verdad terrible, la verdad de que la zona segura podía caer, y ello conllevaba el peligro de sufrir una muerte horrible a manos de los muertos.

La marcha hasta el colegio fue de lo más agobiante. La sensación de que los resucitados me pisaban los talones me hizo correr todo lo que podía, pero cargar con una niña no es lo más recomendable para obtener velocidad; además el suelo estaba encharcado y resbalaba, dificultando mis pasos más aun.

Cuando por fin nos detuvimos resoplaba por el esfuerzo de la carrera… pero lo peor de todo fue llegar a las puertas del colegio y

encontrarlas completamente cerradas.

Mucha gente había pensado exactamente lo mismo que nosotros y toda una multitud se agolpaba allí cuando llegamos, algunos golpeaban las puertas mientras les pedían a los militares a gritos que las abrieran. En total debíamos ser más de cincuenta personas; no sabía que estaban haciendo los demás, porque en el patio del colegio vivíamos como diez veces esa cantidad.

"Seguramente habrán intentado ir hacia el estadio… o vendrán detrás nuestra" pensé preocupada por la posibilidad de que no hubiera elegido bien el lugar al que huir.

Si de verdad alguien había ido hacia el estadio, en ese instante ya tendría una gruesa pared entre los resucitados y él. Tendríamos que haber pensado eso antes.

—¿Qué vamos a hacer? —les pregunté a Alicia y su marido.

Las súplicas de los que golpeaban la puerta se juntaban con los gritos de los que aún estaban entre las tiendas, creando una atmósfera aterradora. Y los omnipresentes disparos, que no habían cesado ni un momento de escucharse, no ayudaban a aliviar la tensión.

—No lo sé. —respondió Rodrigo recorriendo con la mirada toda la fachada del colegio.

Un hombre de los que estaban más adelante logró abrir un hueco entre el gentío y empezó a embestir la puerta metálica que no nos permitía el paso, pero ésta era más dura de lo que parecía y solo consiguió hacerse daño en el hombro.

—¡Madre mía! —exclamó con pánico una muchacha que agarraba de la mano a un niño—. Si no nos abren… no sé qué vamos a hacer.

Susi se agarró con más fuerza de mi cuello y sollozó, estaba aterrorizada por tanto grito, tanto correr y tanto disparo. No se me ocurrió otra cosa que hacer que acunarla, como cuando no era más que un bebé.

—Esa puerta no se va a abrir, ¿y si vamos hacia el estadio? —propuse.

Aunque me había parecido mejor lugar donde huir un segundo antes, en realidad no sabía si sus puertas podrían resistir si una marea de resucitados que cargaba contra ellas. Más aún teniendo en cuenta que, de alguna manera, habían logrado traspasar un muro de hormigón de un metro de espesor. Pero el problema sería el mismo dentro del colegio, o incluso peor, porque las puertas del estadio eran mucho más gruesas.

—No puedo creer que nos vayan a dejar aquí fuera — gimoteó Alicia, en cuyos ojos comenzaron a brotar lágrimas—. ¡Van a conseguir que nos maten!

—Iremos hacia el estadio —decidió Rodrigo agarrando de la mano a su mujer y tirando de ella una vez más; la puerta del colegio seguía

sin ceder, y la gente que iba llegando detrás de nosotros parecía cada vez más asustada, señal de que los resucitados estaban cada vez más cerca—. ¡Vamos!

Fui tras ellos otra vez. Si de verdad nos atacaban los muertos vivientes no tenía ni idea de cómo íbamos a salir mi hija y yo vivas de aquello; en esos momentos éramos como un trozo de hierro entre un martillo y un yunque, no podíamos avanzar y los resucitados cada vez estaban más cerca. Nuestra única esperanza era poder entrar al estadio de alguna forma, encontrar una grieta en el yunque por la que escapar... pero fue como saltar de la sartén para caer en las brasas.

—¡Oh Dios santo! —gimió Alicia al llegar allí.

La valla del colegio había sido derribada para unificar el colegio y la entrada al estadio cuando los militares acondicionaron el lugar para instalar la zona segura. Los cimientos de la valla aún seguían tirados por el suelo, y los resucitados habían aprovechado para cruzarla.

Estábamos equivocados sobre la dirección en la que venían los muertos vivientes. Pensábamos que los teníamos detrás, pero en realidad venían hacia nosotros desde atrás y desde nuestra derecha, y ya se habían hecho dueños de aquella zona a base de mordiscos.

Tres de aquellos seres estaban arrodillados en el suelo, devorando a un pobre desdichado que no fue lo suficientemente rápido para huir. Las tres criaturas, mojadas por la lluvia y consumidas por la putrefacción, arrancaban grandes pedazos de carne sanguinolenta de su víctima y los masticaban antes de tragárselos. Sentí una arcada repentina y lo poco que había comido ese día comenzó a subirme desde el estómago. Tuve que apartar la vista para no vomitar, pero el horror estaba lejos de acabarse; en la dirección hacia la que me había girado había una multitud de figuras tambaleantes que se movían entre las tiendas de campaña cercanas, a tan solo unos pocos metros de nosotros, y de ellas emergían los gritos y súplicas de decenas de personas que estaban siendo atacadas por los resucitados en ese mismo instante, delante de nosotros.

En la oscuridad todo era confuso, el ruido de los disparos se había incrementado, y me pareció ver a varios militares moviéndose en grupos a lo lejos; pero entre el gentío y los muertos vivientes no podría jurarlo.

Al otro lado, en el estadio, media docena de resucitados golpeaban la puerta por la que confiábamos poder pasar.

“¡Oh Dios! ¿Qué hacemos ahora? ¿¡Qué hacemos!?” me urgí mentalmente, intentando pensar en otra salida.

Un hombre surgió de entre las tiendas y se acercó corriendo hacia nosotros, con la cara cubierta desangre y una mirada de pavor en la mirada.

—¡Me han mordido! —gimió mostrando una mano ensangrentada

en la que faltaban los dedos meñique y anular—. ¡Me han mordido! ¡Necesito ayuda!

Di un par de pasos atrás para alejarme de él… si le habían mordido estaba infectado, y era contagioso. El resucitado que le había mutilado salió también de entre las tiendas, persiguiendo a su víctima para terminar el trabajo. El ser debió haber sido un hombre joven, quizás de no más de veinte años, pero había perdido parte de la mandíbula inferior y solo tenía en ella la mitad de los dientes. El resto, y buena parte del cuello, le habían sido arrancados de cuajo. La lluvia hacía que los restos de sangre de la boca se deslizaran por su media barbilla y terminaran goteando hacia el suelo. No sabía qué me producía más, si asco o miedo.

—¡Tenemos que irnos de aquí! —dijo Alicia agarrando a Rodrigo del brazo mientras ambos se apartaban del hombre mordido y el muerto viviente que le perseguía—. ¡Tenemos que volver al colegio! Quizás hayan abierto la puerta.

Mientras intentaba apartar la vista de aquellas asquerosas criaturas me fijé en que, desde encima del muro, un buen número de militares seguía disparando contra los resucitados; aunque ya no disparaban contra los de fuera, sino contra los que habían logrado entrar. Se me ocurrió que si lográbamos subir allí lograríamos ponernos a salvo… ellos tenían armas.

—¡Podemos ir hacia el muro! —les sugerí—. ¡Los militares nos protegerán!

Cuando lo estaba pensando sonaba mucho mejor que dicho en voz alta… caí en la cuenta de que, si hubieran querido ayudarnos de verdad, tendrían que haber abierto las puertas del colegio.

Con un chasquido, la entrada al estadio cedió y los seis resucitados que la habían abierto no perdieron un segundo antes de entrar en busca de carne viva.

“Nos han abierto una puerta, pero ya no es segura” pensé al verlos tambalearse hacia el interior del estadio… que Dios pillara confesados a los que se encontraban allí dentro.

—¡No podemos quedarnos aquí! ¡Tenemos que movernos! —exclamó Rodrigo.

Mi idea del muro había sido ignorada, quizás por demasiado tonta, pero al ver que tomaba el camino de vuelta al colegio me pregunté si aquella no era más tonta aún. No obstante, cabía la posibilidad de que los militares hubieran terminado abriendo la puerta, de modo que los seguí… por eso y por no quedarme allí sola y rodeada de resucitados que tarde o temprano decidirían que Susi y yo encajábamos perfectamente en su menú.

Un grupo de unas diez personas se cruzó con nosotros. La mitad eran mujeres, dos de ellas apenas unas crías, y llevaban a dos niños

pequeños entre ellos. De los hombres, uno llevaba una barra de hierro que goteaba sangre, probablemente la misma que salpicaba su chaqueta gris, y los otros dos no pasaban de los cuarenta años; y por sus rasgos semejantes debían ser como poco primos.

—¡No vayáis hacia allí! —nos advirtieron; los niños lloraban, las dos chicas también, y los hombres parecían tan asustados como las demás mujeres—. Los resucitados han llegado…

—Por allí está igual. —les informó Rodrigo, señalando la dirección en la que veníamos.

Uno de los niños se abrazaba a su madre tan fuerte que parecía increíble que ella pudiera moverse. Aproveché el momento de parón para comprobar que Susi estaba bien. Tenía los ojos enrojecidos de llorar, y decir que estaba aterrada era poco; pero me pareció que en general estaba bien. Me hubiera gustado poder decirle alguna palabra de ánimo para consolarla, pero no se me ocurría ninguna. La situación era realmente grave.

—¿Qué coño están haciendo los militares?

—Por lo que hemos visto, intentaron crear un perímetro para contenerlos, pero me parece que no ha funcionado —le respondió el de la barra de hierro—. Ahora, si te digo la verdad, no tengo ni idea.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Alicia desesperada.

—El muro —repetí, pero sin mucho convencimiento, levantando la vista hacia el grupo—. Sobre él también hay militares, con armas.

Los dos supuestos primos se miraron durante un segundo, cavilando sobre mí propuesta, en la que ni yo tenía mucha fe, pero que parecía ser lo único que nos quedaba, ya que nadie propuso otra cosa.

—Si llegamos al muro norte… —dijo uno de ellos— Podemos llegar a cruzarlo, a salir de aquí.

—¿Y los resucitados de fuera? —inquirió una de las mujeres.

—Vienen del este, por allí —señaló en dirección a las tiendas de campaña, donde a través de la oscuridad se intuían más que veían las siluetas de los muertos persiguiendo a los vivos; a los gritos de los que eran atacados se sumó el sonido de los gemidos de los resucitados, que ya debían ser multitud—. Si salimos hacia el norte tendremos una oportunidad.

Como nadie tuvo objeciones nos unimos a aquella improvisada tropa y pusimos rumbo norte, hacia la única franja de la barrera militar que, teóricamente, estaría libre de muertos vivientes.

A mitad de camino, durante el cual intentamos por todos los medios no llamar la atención de ningún resucitado cercano, nos topamos con un grupo de cinco soldados, salidos de no sabía dónde, que estaban disparando a una manada de muertos andantes que se acercaba. Esa manada nos bloqueaba el camino, pero los militares estaban dando buena cuenta de ellos. Detrás teníamos las paredes del

colegio y delante las tiendas de campaña, donde los muertos ya campaban a sus anchas.

Uno de los resucitados nos vio y se lanzó a por nosotros, pero el hombre de la barra de hierro lo retuvo de un golpe y, una vez en el suelo, se lanzó a destrozarle la cabeza a golpes. Aparté la vista para no ver aquél espectáculo, pero aun así no pude evitar escuchar el sonido del hierro machacando la carne y el hueso. Susi lloraba otra vez y yo tenía que hacer fuerzas por no hacer lo mismo ante el horror que estábamos viviendo; en cualquier momento uno de esos seres podía cogernos, y eso significaba la muerte.

—¡Por aquí! —nos gritó uno de los soldados, una vez que se libraron de los resucitados contra los que estaban disparando.

Nos señaló la misma dirección en la que nos estábamos moviendo, hacia el muro, de modo que todos seguimos las indicaciones sin rechistar. Por lo visto habían decidido escoltarnos, ya que dos de ellos abrieron camino y los otros tres nos seguían por detrás. Tuvieron que disparar a más de un resucitado que se nos acercó demasiado al grupo, y yo no podía sentir más que alivio por tenerlos cerca., pero al mismo tiempo solo pensaba en que, si nos escoltaban, estaban dejando abandonada la zona que un momento antes defendían. ¿Tan mal estaban las cosas que abandonaban? Porque desde luego no parecía que hubieran mejorado mucho en los últimos minutos.

Los militares debían haber pensado lo mismo que yo, que lo más efectivo sería sacarnos del alcance de los muertos por encima del muro. En el lugar hacia donde nos dirigíamos había como diez soldados en el suelo y cuatro sobre el muro, los del muro estaban haciendo subir a un grupo de gente que, como nosotros, habían logrado escapar de la barbarie.

—¡Nuestros compañeros os sacarán fuera! —gritó un soldado de los que nos escoltaban para hacerse oír por encima de los disparos.

—¿Fuera? —preguntó con pánico una de las chicas—. ¡Fuera están los muertos!

—Dentro también, niña. —le respondió uno de los dos primos.

—¡Oh Dios! —gimió otro soldado mirando en dirección a las tiendas de campaña que habíamos dejado atrás.

Instintivamente miré yo también, y comprobé con terror como una auténtica marea de resucitados se movía en nuestra dirección. Docenas de cuerpos tambaleantes se dirigían hacia donde nos encontrábamos, con paso torpe, gruñendo y gimiendo.

—¡Vamos! ¡Vamos, suban! —nos ordenó el primer soldado, y sin perder un segundo obedecimos.

Los militares sobre el muro estaban subiendo a la gente, y luego los bajaban por el otro lado, donde presumiblemente habría más de ellos, o eso creía. Pero éramos demasiados intentando huir, los soldados no

iban a ser capaces de acabar con semejante marea a tiempo para que pudiéramos huir todos...

Nos iban a coger, solo había cuatro soldados subiendo gente y abajo éramos por lo menos treinta, entre los que ya estaban allí y los que acabábamos de llegar. Todos intentaban abrirse paso entre la muchedumbre para llegar hasta el muro, y estiraban sus manos con la esperanza de que uno de los cuatro soldados la agarrara y los subiera.

No tenía otra opción que sumarme a esa multitud con los demás. Había perdido de vista a Alicia y Rodrigo entre el gentío, y el resto del grupo se había lanzado también en busca de su salvación a manos de los militares.

Con Susi en brazos era imposible que pudiera escurrirme hasta llegar a la primera fila, pero tenía que intentarlo. Aprovechándome de un hueco que se abrió entre dos hombres que luchaban por adelantarse, me colé entre ellos metiendo el hombro y agachando la cabeza. A mí alrededor todo eran gritos, súplicas y llantos desesperados.

Uno de los hombres a los que había adelantado se enzarzó en una pela con otro que se encontraba a mi derecha, así que pude colarme delante de él también, quedándome detrás de una muchacha, apenas una adolescente, que iba vestida con un pijama rosa mojado por la lluvia.

Ella fue la siguiente en subir. Una mujer soldado, con una gorra con la que se protegía de la lluvia, era el militar que tenía más cercana; y ya pensaba que sería la próxima en subir cuando los dos hombres que se estaban peleando me dieron un empujón y caí al suelo. Susi se me cayó de los brazos, y al final la chica de la gorra acabó por subir a otra persona en mi lugar.

Miré atrás desde el suelo y vi que los resucitados habían ganado mucho terreno, mientras que allí abajo todavía éramos más de veinte luchando por escapar. Me di cuenta de que era poco probable que saliera con vida de aquello… no tenía la fuerza suficiente como para aguantar en la primera fila, y con mi hija en brazos muchos menos.

Quizá el castigo por desear la muerte de mi marido iba a ser una muerte similar a la suya, pero aunque yo no pudiera escapar, podía intentar salvar a mi hija de la misma muerte si alguno de los soldados sobre el muro tenía un poco de humanidad.

Haciendo acopio de fuerzas me puse en pie y agarré a Susi de la cintura. Pesaba, ya no era un bebe, y levantarla me costó bastante, pero con un esfuerzo tremendo logré alzarla por encima de mi cabeza.

Ella lloraba, asustada por lo que estaba pasando, y a mí se me saltaban las lágrimas también solo de pensar en que pronto sería huérfana, en que tendría que asimilar que tanto su padre como su madre habían muerto. Iba a pasar mucho miedo, y mucho dolor…

pero viviría, y eso era lo único importante, que viviera.

—¡Por favor! —grité con desesperación dando un paso hacia el muro—. ¡Que alguien la suba, por favor!

—¡Mami! —gritó ella entre llantos.

Uno de los soldados nos vio, o quizá nos escuchó, y se apiadó de nosotras. Dio un paso hacia su izquierda y estiró una mano.

—¡Deme a la niña! —me gritó.

Por un segundo dudé. En cuanto la soltara, cuando la subieran la pusieran a salvo fuera, ya solo me restaría esperar la muerte.

—¡Señora, deme a la niña! —repitió el soldado.

Con todo el dolor de mi corazón cedí, estiré los brazos y sentí como aquél desconocido me la arrebataba de entre las manos. Con suma facilidad la subió de un tirón hasta el muro y la pasó al otro lado, al exterior, de donde venían los resucitados que estaban provocando todo ese caos. Sentí un escalofrío y un repentino temor, pero era completamente infundado, éramos los que nos quedábamos dentro de la zona segura los que estábamos condenados.

Una salva de disparos sonó a mi espalda, seguido del ruido de cuerpos cayendo al suelo y el de los gritos. Me giré solo para ver como la horda de muertos había caído sobre el grupo de diez militares que intentaban abatirles. Detrás de ellos solo había oscuridad y siluetas moviéndose, era imposible saber si todos eran resucitados o aún quedaba gente viva.

—¡Ahora usted! ¡Suba! —gritó el soldado que había cogido a mi hija desde encima del muro.

Volví la vista hacia él, pero ya no pude ver a Susi, debía haberla pasado al otro lado. Estiré la mano creyendo por un instante que yo también me iba a salvar… pero entonces alguien me agarró por la espalda y tiró de mí hacia atrás, consiguiendo que me tambaleara y casi cayera al suelo.

Cuando recuperé el equilibrio, descubrí para mi consternación que quienes me habían empujado fuera del alcance del soldado y de la salvación eran nada menos que Alicia y Rodrigo.

—¡No vas a salir antes que nosotros! —respondió Alicia agresivamente a mi mirada de desconcierto—. ¡Podrías estar infectada! ¡No deberían sacarte de aquí!

No me costó darme cuenta de que habían sucumbido al pánico. Él, indiferente ante el hecho de prácticamente haberme condenado a muerte, gritaba histérico a los militares pidiendo que les subieran. Ella, con los ojos llorosos por el miedo, me miraba con un odio que rallaba en la locura… no podía entender como alguien que un segundo antes podría haber considerado como una amiga había podido hacerme eso.

No luché con ellos por recuperar mi sitio, sabía que no podría

quitármelos de delante, y tampoco podía abrirme paso entre el resto del gentío para llegar cerca de otro de los soldados… solo me quedaba resignarme de nuevo y esperar a lo inevitable.

El caos se convirtió en locura cuando los resucitados llegaron hasta nosotros. Varias de las personas que tenía detrás saltaron a un lado espantadas cuando una de esas criaturas, un hombre flaco con la mandíbula desencajada y las manos y la boca llenas de sangre, se abalanzó contra ellos. Casi pude sentir como aquél monstruo me miraba a los ojos… iba a ser su siguiente presa.

Quizá estuviera convencida de que iba a morir, pero eso no significaba que fuera capaz de aceptarlo sin más. Por acto reflejo me aparté cuando el resucitado se lanzó a por mí, con el resultado de que terminó chocándose con la espalda de Rodrigo.

El hombre se dio la vuelta y, dando un chillido muy poco masculino, le arreó una patada al muerto viviente que lo tumbó en el suelo. Alicia comenzó a gritar también y se apartó de un salto de la criatura que, aun en el suelo, se retorcía por agarrar a alguien.

—¡Coja mi mano! —escuché a mi espalda mientras observaba la pelea muerta de miedo.

Quien me hablaba era la soldado. No había podido fijarme bien en ella antes, pero al mirarla me pareció que no debía tener más de veinte años, quizá incluso menos. No había nadie más a su alrededor, todos los que esperaban ser salvados por ella habían retrocedido espantados cuando el resucitado se lanzó a por nosotros, de modo que fui la única que pudo agarrarse a ella. Pese a su edad y su tamaño, tenía tanta fuerza que me pudo subir tirando con una sola mano.

Cuando me agarró de la cintura para que no me cayera, sentí el tacto frió y húmedo de mi propia ropa contra mi piel; estando tan concentrada en el miedo y la desesperación no había tenido tiempo para darme cuenta de que estaba empapada por la lluvia.

—¡Baje!— me dijo señalándome a un compañero que tenía debajo, al otro lado, y que me esperaba con las manos estiradas.

“¡Estoy fuera!” me dije sin poder creérmelo, “Dios mío, estoy fuera.”

Desde esa posición elevada podía ver el resto de la zona segura mucho mejor que desde abajo. La oscuridad era densa, pero el resto del patio del colegio parecía estar abarrotado de gente. Aunque un poco hacinados, no habíamos sido tantos alojados allí como siluetas podía ver; los que sobraban solo podían ser resucitados… si no habían abierto la puerta de los colegios muchísima gente habría muerto allí esa noche.

Me senté sobre el duro hormigón de la parte superior del muro y me dejé caer hacia el soldado que me esperaba abajo, el cual me agarró en el aire y me depositó rápidamente en el suelo. Estábamos en

una especie de patio, el patio de la urbanización que teníamos enfrente, rodeados y aislados de la calle por una valla roja. Seis hombres uniformados habían bajado también, así como el pequeño grupo de gente que había logrado salir de la zona segura, como yo.

—¿Dónde está mi hija? —le pregunté al soldado que me había ayudado a bajar.

No la veía en el suelo, y durante un momento me angustié, pero luego vi que se encontraba en los brazos de otro soldado. En cuanto me la devolvió, la abracé como si hubiera estado separada de ella una eternidad, y me permití respirar tranquila durante un instante.

“Estamos fuera, estamos a salvo, no me lo puedo creer.”

Un segundo antes estaba convencida de que iba a morir; sin embargo, una vez al otro lado y abrazando a mi niña, me sentía más viva que nunca.

Susi había estado llorando, pero empezó a calmarse un poco en mis brazos, y para cuando la solté ya se había serenado del todo.

—No pasa nada —le dije cariñosamente mientras le apartaba un mechón de pelo mojado de la cara y le secaba las lágrimas con las manos—. Ya ha pasado, ¿vale? Ya estoy aquí.

Sin esperar a su respuesta la cargué en brazos de nuevo, ella apoyó la cabeza en mi hombro y comenzó a sorberse los mocos, producto de la llantina. Le di un beso en la frente y, con la mano que tenía libre, cogí la suya, para que sintiera que estaba con ella y se le pasara el susto del todo… tampoco se podía decir que yo estuviera menos asustada, me hubiera desmayado allí mismo si no hubiera sentido que mi hija me necesitaba.

Con Susi entre los brazos y el pulso todavía acelerado, me acerqué al resto de gente que había podido salir de la zona segura. Al igual que yo, eran civiles y no parte del ejército, y se notaba que venían de la zona segura porque la ropa estaba tan sucia y desgastada como la mía. A algunos los reconocí de vista, como al hombre de la barra de hierro, pero éramos muy pocos, menos de veinte.

Miré nerviosa a los lados, por si algún resucitado de la calle nos había visto o escuchado a través de la valla y decidía acercarse, pero todo parecía despejado hasta donde me alcanzaba la vista.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunté a Susi, que se aferraba a mí con mucha fuerza.

—Sí. —respondió lastimosamente.

Tenía la carita enrojecida de lo que había llorando, y también estaba calada hasta los huesos por la lluvia, pero por lo demás parecía estar perfectamente.

—Todo va a ir bien, cielo, ya ha pasado. —Le repetí para consolarla.

Los disparos al otro lado del muro cesaron, hasta algunos de los

soldados que estaban sobre él y habían agarrado sus armas para abrir fuego contra los resucitados los dejaron. Los cuatro bajaron del muro junto con dos refugiados más, los últimos que saldrían vivos de allí. Ya nadie disparaba en la zona segura, salvo disparos lejanos originados en otras partes del recinto, y en su lugar se escuchaban los gritos de los que no habían logrado cruzar.

—¡Por favor…! —se escuchó el desesperado grito de alguien al otro lado del muro.

Era inútil, aquellos seres no tenían conciencia ni piedad. Las súplicas pasaron a ser gritos de dolor, y luego solo gemidos de muerto viviente.

Del grupo que había al otro lado, solo habían pasado cuatro o cinco después de mí, y de los diez soldados que nos habían escoltado ninguno había logrado sobrevivir. En total éramos menos de una docena de soldados y unos veinte civiles, entre los cuales no vi ni a Alicia ni a su marido. Al final no lo habían conseguido, en ese momento debían estar al otro lado del muro, siendo devorados por aquellas bestias sanguinarias muertas vivientes…

“Dios… por favor…” recé tan angustiada que ni siquiera fui capaz de expresar con claridad lo que sentía; pese a que prácticamente se podía decir que habían intentado matarme, no podía evitar sentir lástima por ellos, a fin de cuentas solo lo hicieron porque estaban tan muertos de miedo como yo, y quizá porque estaban más dispuestos a luchar por sus vidas a toda costa que yo.

Algunos del pequeño grupito del que ahora Susi y yo formábamos parte sollozaban por la gente que se había quedado al otro lado, e incluso algunos hacían amagos de volver a por ellos; pero los militares se lo impedían. Un par de ellos se derrumbaron en el suelo, pero los soldados les obligaban inmediatamente a recuperar la compostura. Entendía perfectamente el dolor que estaban sintiendo aquella pobre gente y lloré yo también por todos los muertos que habían quedado atrás. Acuné a mi hija con más fuerza, dando gracias a Dios porque todavía siguiéramos ambas con vida.

—Teniente… no creo que ya vaya a salir nadie. —dijo uno de los soldados que había estado encima del muro, sacando gente.

—¡Hay que moverse! —respondió el aludido, que aparentaba más de treinta años y tenía la cara manchada de sangre, así como buena parte del uniforme.

—¿A dónde? —preguntó el hombre de la barra de hierro.

Tras pensárselo durante un par de segundos, el teniente señaló hacia la izquierda, en dirección contraria a la avenida por la que habían llegado los resucitados.

—Iremos hacia el estadio y bajaremos hasta la plaza de toros. Allí estaremos a salvo. —afirmó mientras hacía un gesto hacia sus

compañeros que les hizo ponerse en marcha.

Sin ninguna otra opción me puse en marcha también caminando bajo la lluvia, que al menos había reducido su intensidad.

“Ojalá escampe del todo antes de que pillemos una pulmonía”

—¡Vamos! ¡Que nadie se retrase, este lugar no es seguro! —bramó el soldado al mando.

Los militares se organizaron, cuatro se pusieron tras el grupo que formábamos y los demás iban abriendo camino. Y con esa distribución comenzamos a andar.

Sabía que para salir de allí tendríamos que saltar otra valla, y seguramente tendríamos que salir a la carretera unos cuantos metros si nuestro objetivo era la plaza de toros. Solo podía desear que no hubiera demasiados resucitados por nuestro camino, y que una vez allí la plaza de toros siguiera siendo un lugar a salvo.

Tenía serias dudas sobre lo que podía haber pasado en el estadio. Si no habían podido contener a los resucitados en el colegio era poco probable que alguien hubiera bloqueado de nuevo la puerta que éstos habían roto, por lo que podrían entrar con total impunidad al campo de futbol. Había pasado por allí cuando Adrian estuvo fuera, era muy sencillo llegar hasta el lugar donde estaban instaladas las tiendas de campaña, los resucitados no iban a perderse.

Seguían escuchándose disparos, pero era incapaz de determinar su punto de origen; podían ser tanto de los militares que intentaban defender el estadio como de un intento por reconquistar el colegio.

—¿Mami? —me preguntó repentinamente Susi levantando la cabeza—. ¿Dónde está papá?

Por un momento me había olvidado completamente de Adrián. Ya era libre de su yugo y sus malos tratos, pero tenía que explicárselo a Susi, tenía que decirle que su padre estaba muerto. ¿Cómo se le dice algo así a una niña?

Durante un momento no supe qué responderle, sencillamente eran demasiadas cosas a la que tenía que hacer frente. Opté por esperar a que estuviéramos a salvo para decirle la verdad, no ganaría nada si se lo contaba en mitad de la calle, estando ella asustada y calada hasta los huesos.

—Vendrá luego, cariño, vendrá luego. —me sentía culpable por mentir, pero aún estábamos en peligro y no podía más, no podía con todo de golpe.

Me reafirmé en la idea de que, cuando estuviéramos a salvo, secas y calentitas, ya le explicaría lo que había pasado.

—Todo va a ir bien, estos soldados nos van a llevar a una casa nueva.

Le di un beso en la mejilla y le coloqué bien la capucha del abrigo, para que se mojara lo menos posible. Cuando volvió a apoyar la

cabeza en mi hombro y dejó de mirarme sentí ganas de llorar otra vez. Con todo lo que había pasado, el cuerpo me pedía tirarme al suelo y gritar; gritar por Adrián, por toda la gente desconocida que había muerto al entrar los resucitados en la zona segura, por el miedo que había pasado en la huída e incluso por Alicia y Rodrigo.

Pero no podía permitírmelo, tenía que ser fuerte, cosa que nunca antes había intentado ser, y mantenerme calmada si quería salir de aquél infierno.

DANI

—¡Dios! ¡Dios! ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos? —sollozaba Sandra, completamente histérica, mientras a nuestro alrededor la gente corría dando gritos en todas direcciones.

No sabía qué decirle, igual que tampoco sabía qué estaba pasando; tras la enorme explosión, los soldados que cuidaban de nosotros y Rocío, la psicóloga, se habían marchado a toda prisa sin dar ninguna explicación, y un momento más tarde todo el mundo se había vuelto loco. Empezaron a escucharse gritos por todas partes, y la gente comenzó a correr de un lado a otro, como si huyeran. Un grupo que pasó por delante de nosotros gritaba algo sobre que los resucitados habían entrado.

—¿Qué? Eso es imposible. —había dicho Sandra, pero todo indicaba que se equivocaba.

Los militares se movían a toda prisa por encima del muro en dirección a la humareda que se había producido en el lugar de la explosión. Al ensordecedor sonido de los disparos se unieron varias explosiones, más pequeñas que la primera, hasta que el aire estuvo tan lleno de ruido que las orejas me dolían.

“Tengo que recuperar la pistola” fue lo primero que pensé.

Si era verdad que los resucitados habían logrado pasar iba a necesitarla, pero mi hermana me sujetaba de la mano y no parecía que fuera a soltarme. Siendo ciega estaba completamente perdida fuera de la tienda, tenía miedo y yo era lo único a lo que podía agarrarse.

—¡Vamos a la tienda! —le dije tirando de ella hacia el interior.

En el suelo aún se encontraba el charco de sangre del tipo al que había matado de un disparo. Sobre la cama donde dormíamos también había manchas de la sangre del otro.

—Deberíamos salir de aquí —dijo mientras yo me acercaba al fondo de la tienda; metiendo la mano por debajo de la tela podría alcanzar la pistola que había dejado escondida en un charco—. Toda esa gente iba hacia el colegio, quizá deberíamos ir también. ¡Dios! ¿Será verdad que ha resucitados dentro?

Tampoco sabía que responder a esa pregunta. Estaba concentrado en intentar palpar la pistola, pero el agua helada y el no poder ver por debajo de la lona de la tienda no me ayudaban en absoluto. Sabía que tenía que estar allí, si alguien la hubiera encontrado habría dicho algo…

—¿Y papá y mamá? ¿Dónde estarán? —seguía sollozando cuando por fin noté algo duro en mi mano.

Lo agarré y lo metí dentro rápidamente. Allí estaba, la pistola, manchada de barro y mojada, pero mía de nuevo.

La silueta de un hombre pasó corriendo y jadeando junto a la entrada de la tienda. Tras él, avanzaba tambaleándose la sombra de otro, que no jadeaba, pero emitía unos gemidos pesarosos que me erizaron los pelos de la nuca. Tanto Sandra como yo guardamos un silencio sepulcral mientras la figura se marchaba persiguiendo al primer hombre. Sandra, que no lo había visto pero lo había oído, contuvo la respiración hasta que sus pasos se perdieron.

—Ya pasó. —dije empezando a asustarme de verdad.

—Dios, Dios, Dios… eso era un resucitado, ¿verdad? —susurró aterrorizada.

Lo era, no tenía ninguna duda. Nunca había visto uno cara a cara, y aquél solo había pasado a través de la tela de la tienda, pero aun así daba bastante miedo. Me guardé la pistola, con el seguro puesto, metiéndomela dentro del pantalón y cubriéndola con el jersey para que nadie pudiera verla.

—Tenemos que irnos de aquí —repitió Sandra casi histérica—. Vamos al colegio o…

De repente, un hombre del exterior, o mejor dicho, otro resucitado, se abalanzó contra la tienda, empleando el peso de su cuerpo para intentar derribarla mientras gruñía y gemía como un loco. Sandra gritó, y yo me asusté tanto que grité también. Sin pensarlo, la agarré de la mano y tiré de ella para que me siguiera fuera. Teníamos que irnos de allí antes de que aquél ser descubriera que podía pasar por debajo, o nos echara la tienda encima.

Cuando salimos fuera no veía más que gente corriendo y gritando y, de fondo, el ruido de los disparos y las explosiones de los militares.

El corazón me palpitaba a toda velocidad. Los resucitados habían entrado, mis padres no estaban allí y mi hermana estaba ciega. No se me ocurría una situación peor en la que encontrarme; era como una película de terror, y nunca me gustaron esas películas porque después tenía pesadillas.

Cuando era más pequeño y tenía miedo, pensaba que mis padres podían protegerme de todo; solo tenía que ir con ellos y ya me sentía mucho mejor, era casi como lo de meter la cabeza bajo la sábana por la noche. Pero allí, teniendo solo a mi hermana, no era lo mismo. No recordaba haber estado tan asustado nunca.

—¿Hay alguno más? —me preguntó Sandra mientras apretaba mi mano con tanta fuerza que casi no dejaba que la sangre circulara.

Con todo el ruido y la gente yendo y viniendo era imposible que ella pudiera escucharlos llegar, aunque sin ninguna luz que iluminara

yo tampoco los podía ver demasiado bien.

—No, ¿vamos al colegio? —pregunté devolviéndole el apretón en la mano.

—Sí, sí pero, por favor, no te acerques a una de esas cosas. —respondió en un tono casi suplicante.

Nos pusimos en camino, moviéndonos entre las tiendas e intentando no chocar con nada ni con nadie. No era sencillo, había personas tan asustadas que no miraban por donde andaban y, si no tenía cuidado, terminarían arrollándonos.

Pero lo que más me preocupaba eran los resucitados… me pareció ver uno moverse entre un grupo de tiendas, y quería evitar todo lo posible que nos viera. Yo solo podría haber llegado hasta el colegio oculto entre las tiendas y la oscuridad, pero llevaba a mi hermana detrás, que era mucho más alta que yo y no podía ver por donde pisaba; si nos veían, éramos un blanco fácil.

Cuando encontré un camino que parecía despejado comencé a correr, Sandra dejó de agarrarme la mano y se apoyó en mis hombros, ya que era la única forma de poder guiarla y correr al mismo tiempo sin que se chocara con nada. Yendo yo delante y pegado a ella era más fácil esquivar cualquier obstáculo con el que nos encontráramos.

No sabía cuántas veces había recorrido el camino hacia el colegio ese día, pero sin duda aquella estaba resultando la peor de todas, o al menos era en la que estaba pasando más miedo. Me sentía vulnerable, pese a llevar la pistola, y si nos veíamos en problemas nadie iba a ayudarnos… la gente pasaba corriendo a nuestro lado sin hacernos ni caso, y Sandra no sería ninguna ayuda si nos alcanzaban. De hecho, era lo contrario.

Pero tuvimos suerte y ningún muerto viviente se cruzó con nosotros así que terminamos saliendo de entre las tiendas sin incidentes.

No éramos los únicos que habíamos pensado ir al colegio. Cuando llegamos ya había un gran grupo de gente reunido a las puertas. Algunos gritaban, pero a diferencia de todos los gritos que había escuchado esa noche, aquellos lo hacían porque estaban enfadados y no porque tuvieran miedo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? —me preguntó Sandra.

—No lo sé. —le respondí con total sinceridad, no tenía ni idea de por qué todos parecían tan enojados.

Nos acercamos un poco más para intentar enterarnos de qué ocurría, y descubrimos que aquél gentío estaba reunido alrededor de un hombre que daba golpes contra la puerta del colegio, la misma puerta por la que habíamos entrado horas antes para recoger la comida, y que ese momento estaba cerrada.

—Hay un hombre aporreando la puerta del colegio —le dije a Sandra mientras aquél hombre embestía contra el metálico portón con

todas sus fuerzas, pero éste no cedió—. Me parece que no se abre.

—¿No se abre? —preguntó alterada—. ¿Cómo que no se abre? ¿Es que está cerrada?

—Si… —le respondí con voz queda.

Si la puerta no se abría no podríamos entrar, y los resucitados terminarían alcanzándonos… el enfado de la gente que nos rodeaba era completamente comprensible.

—¿Es que no se han enterado de que tenemos a los resucitados encima? —exclamó mi hermana agarrándome con más fuerza de los hombros.

—Sí que se han enterado —dijo un hombre bastante gordo que estaba a nuestro lado y que nos había escuchado—. Pero esos hijos de puta se ve que nos quieren dejar morir aquí.

—¡Abrid la puerta, cabrones! —gritó una mujer a su lado.

Varias personas la corearon y empezaron a gritar también.

—¡Madre mía! —gimió Sandra realmente asustada—. Si no nos abren… no sé qué vamos a hacer.

Por una vez yo si lo sabía, ya me había colado dentro del colegio una vez antes; solo teníamos que llegar allí antes que los muertos… sin perder un instante, la agarré de la manga del jersey y le di un tirón para que me prestara atención.

—Se por donde entrar. —le susurré—. Podemos ir por…

Me interrumpí a mitad de la frase porque, de repente, todo el mundo empezó a gritar. Un grupo de resucitados había llegado hasta nosotros y, nada más vernos, se lanzaron sobre la multitud intentando capturar alguna presa. Por suerte habían venido desde el lado contrario al que teníamos que tomar para llegar a la entrada secreta de los baños del colegio.

Cundió el pánico y, además de los gritos, empezaron los empujones. El hombre gordo nos embistió al salir corriendo, y yo no pude evitar soltar a Sandra y caerme al suelo, mientras todos a mí alrededor corrían como locos.

—¡Dani! —gritó Sandra.

Solo estaba a un metro de mí, pero ella no podía saberlo. Quise acercarme pero me tuve que apartar cuando un grupo de personas pasó corriendo entre ambos. Sentí un tirón en el brazo y por un segundo pensé que un resucitado me había cogido, pero tan solo se trataba de una mujer, que se había agachado para ayudarme a levantarme.

—¡Vamos niño, corre! —me dijo tirando de mí para que la siguiera.

—¡No! —intenté soltarme, pero no me dejó—. ¡Sandra!

Por culpa de aquella mujer la había perdido de vista, y en la maldita oscuridad de la noche no podía ver donde se había metido.

—Allí hay resucitados, no puedes quedarte, ¡Venga! —la mujer se

detuvo solo un momento para tirar otra vez de mi, y entonces le vi la cara; debía tener la misma edad que mi madre, pero su pelo era negro y, al estar mojado por la lluvia, se le pegaban los mechones a la cara.

"Prométeme que cuidarás de tu hermana pase lo que pase."

Me retorcí y acabé por soltarme del agarre de aquella mujer. Ella hizo un amago como de ir a cogerme de nuevo, pero fui más rápido y me escurrí entre otro grupo de gente que venía huyendo.

—¡Vuelve chico! —gritó inútilmente mientras yo corría al lugar donde había visto por última vez a mi hermana… o al lugar donde creía que la había visto por última vez., con todo el mundo moviéndose era difícil saber donde nos habíamos separado exactamente.

—¡Sandra! —grité al aire esperando que me respondiera, pero al no obtener respuesta, sentí como mi corazón comenzaba a latir muy deprisa—. ¡Sandra! ¡Sandra!

—¡Aquí! —respondió por fin—. ¡Ahhh!

Corrí hacia su voz como alma que lleva el diablo. Había hecho una promesa, tenía que protegerla pasara lo que pasara, y la iba a cumplir.

Pero para cuando llegué los resucitados se me habían adelantado. Algunas personas habían sido atacadas al no poder escapar a tiempo. A un hombre canoso le habían mordido y corría con el brazo ensangrentado, mientras se lamentaba por el dolor. Había otras personas en el suelo, y sobre ellos unos resucitados agachados que estaban…

No había mantas suficientes en el mundo con las que cubrirme la cabeza que hubieran podido evitar que me lo hiciera encima. ¡Se los estaban comiendo! Aquellas personas, que ya no eran personas sino muertos vivientes, estaban comiéndose a la gente, como en internet. Clavaban sus dientes sobre la carne y arrancaban grandes trozos sangrientos que luego masticaban y tragaban. Y lo que era peor, algunos de los que se estaban comiendo aún seguían vivos. Intenté imaginar el dolor que se sentía cuando te arrancaban la carne de un mordisco, pero no tuve que pensar demasiado; por la expresión y los gritos de esa pobre gente lo podía adivinar.

Me quedé paralizado observando aquella escena que se me repetiría en mis pesadillas para siempre; ni siquiera el líquido caliente que me corría por las piernas me hizo reaccionar. Sabía que tenía que moverme, que mi hermana estaba en peligro, y que aquellos seres podían ir a por mí; pero estaba completamente paralizado. Solo volví a ser yo mismo cuando escuché un nuevo grito de Sandra.

Ya la había visto, o más bien había visto su silueta en la oscuridad. Se movía de un lado a otro sin saber a dónde ir, y afortunadamente los resucitados no la habían cogido todavía. Pero otra silueta tambaleante se le acercaba peligrosamente….

—¡Sandra! —grité mientras comenzaba a correr en su dirección.

Al escucharme se detuvo, pero entonces se dio cuenta de que no era yo lo único que se dirigía hacia ella.

—¡Ah! —gimió retrocediendo unos pasos, con tan mala suerte que se resbaló en el suelo y cayó de culo sobre un charco de agua, mientras que el resucitado, un tipo muy delgado y muy feo al que le habían arrancado labios y párpados, estaba ya casi sobre ella.

“Prométeme que cuidarás de tu hermana pase lo que pase.”

Saqué la pistola y le quité el seguro. No quería que nadie pudiera verla, porque me la quitarían, ¿quién, en su sano juicio, dejaría a un niño con una pistola? Pero el resucitado ya estaba casi sobre ella y tenía que hacer algo. Además, precisamente para eso se la había quitado a su dueño.

El disparo retumbó mucho más fuerte que los disparos que aún realizaban los militares desde el muro.

Había cerrado los ojos para disparar, pero los abrí enseguida para ver cuál había sido el resultado. El balazo le había alcanzado de lleno al resucitado; no era de extrañar, puesto que tan solo se encontraba a unos tres o cuatro metros cuando le disparé. Aquél ser extraño cayó al suelo por el impacto de la bala, pero inmediatamente empezó a incorporarse de nuevo.

Sandra también se levantó mientras corría hacia ella. Sin perder un segundo la agarré de la mano, aunque su primera reacción fue la de intentar soltarse y dar un paso atrás.

—Soy yo —le dije volviendo a agarrársela—. Vámonos.

Me hizo caso, pero mientras nos alejábamos me abrazó por el cuello y me besó en la cabeza.

—No te vuelvas a alejar de mí —me dijo con voz llorosa—. No me des esos sustos.

“Prométeme que cuidarás de tu hermana… pase lo que pase.”

No volvería a alejarme.

Agradecí que no hiciera preguntas sobre el disparo, porque no se me ocurría qué podría decirle. ¿Qué pasó un soldado por allí y le disparó? ¿Qué no había visto qué había ocurrido? Quizá eso segundo fuera lo mejor, porque estaba seguro de que ella era capaz de diferenciar el disparo de un fusil de los que usaban los militares con el de una pistola. Aunque sonara parecido no era igual, y ella siempre estaba muy atenta a los sonidos, era como un don.

Lo más rápido que pude la llevé hasta la entrada secreta del colegio, la entrada que habíamos utilizado Leo, Jorge y yo unos días antes para colarnos dentro por primera vez. No sabía que había sido de mis amigos, esperaba que estuvieran a salvo, aunque, a menos que también hubieran usado esa entrada, no sabía dónde podían estar a salvo.

—Es por aquí —indiqué cuando giramos en la esquina—. En el picadero.

—¿Qué? —exclamó Sandra confusa.

Mis padres llamaban a esa esquina así, pero como no sabía explicar por qué, preferí hacer como si no hubiera dicho nada.

—Por aquí nos colamos cuando entramos dentro del colegio, hay un agujero cubierto por una tab… ¡Oh!

Al doblar la esquina nos dimos de bruces con una chica, quizá un poco mayor que Sandra, que estaba llorando en un rincón. Era delgada, llevaba encima un grueso jersey de lana y unos pantalones vaqueros desgastados. Cuando aparecimos a su lado nos miró con miedo, pero al ver que no éramos resucitados apartó la vista y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y el pelo, negro caoba y mojado por la lluvia, cayéndole sobre la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Sandra.

La chica no hizo señal alguna de que le importara lo más mínimo lo que hacíamos o decíamos… parecía como ausente, como si quisiera ignorar todo lo que estaba ocurriendo. No era mala idea de no ser porque ya había aprendido que ignorando las cosas éstas no desaparecen.

Viéndola así sentí un poco de lástima.

—Sabemos cómo entrar al colegio —le dije intentando mirarla a los ojos, pero me evitaba—. ¿Quieres venir con nosotros?

—Dani date prisa por favor… —me suplicó Sandra dándome un apretón en el hombro.

La chica no reaccionó, de manera que me acerqué para intentar sacudirle un brazo, por si no me había escuchado. Su reacción fue apartarse de mí como si yo mismo fuera un resucitado.

—Hay una salida, está aquí al lado —intenté convencerla, pero sin efecto.

—¿Quién es? ¿Qué le pasa? —preguntó Sandra confusa.

—No lo sé, no quiere moverse. —respondí intentando volver a tocar a la chica, pero volvió a encogerse como un animal herido.

—Dani, tenemos que seguir… —me urgió mi hermana justo en el momento en que aquella extraña mujer rompió a llorar.

Confuso por su reacción no pude hacer otra cosa que seguir adelante sin ella; si no quería venir, no podía obligarla, era mayor que yo. Además Sandra tenía razón, había resucitados por todas partes y podían alcanzarnos en cualquier momento.

El agujero en la pared estaba solo unos metros más al fondo. El pedazo de metal con el que cubrían la entrada estaba puesto en su sitio, pero cuando intenté quitarlo para colarnos dentro no pude… lo habían vuelto a pegar con cemento.

—¡Oh no! —lamenté al comprobar que el cemento no cedía tras dar

un par de tirones más.

“¿Cómo lo habrán descubierto?” me pregunté realmente fastidiado.

Pero entonces recordé cómo Jorge y Leo huyeron cuando aquél soldado casi nos pilla en nuestra visita. Seguramente los vio salir por el agujero y lo arreglaron para que nadie más se colara dentro.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Sandra al ver que nos habíamos parado.

—Han… lo han cerrado.

Durante el momento en que había tenido una salida, un lugar a donde ir, no había tenido tanto miedo; tenía una promesa que cumplir y sabía cómo hacerlo. Pero si no podíamos pasar por allí no sabía qué hacer.

—Había un agujero en la pared, tapado con una plancha metálica, pero la han pegado con cemento.

Un grupo de soldados pasó por delante del rincón donde nos habíamos metido, pero como no nos vieron siguieron su camino. La chica seguía en el suelo, abrazada a sus rodillas y ajena a lo que estábamos haciendo.

“Igual los resucitados no la ven” pensé.

De noche y bajo la lluvia era posible que no se percataran de ella, a fin de cuentas estaba en un rincón alejado de la vista también.

—¡Dios! —gimió Sandra—. ¿No se puede abrir? ¿No podemos arrancarla?

¿Podíamos? Yo desde luego no lo veía posible, pero a lo mejor entre los dos…

—Vamos a tirar los dos a ver si podemos. —le propuse llevándole las manos a la rendija entre el metal y la pared, el lugar donde se encontraba el pegote de cemento.

Haciendo yo lo mismo empezamos a estirar hacia atrás.

Tiramos hacia atrás con todas nuestras fuerzas, tiré tan fuerte que empezaron a dolerme los dedos, y mi hermana tiraba a mi lado, pero no hubo manera de quitar aquello.

—¡Puta mierda! —gritó Sandra cuando nos rendimos.

La miré sorprendido, era la primera vez que la veía decir una palabrota así desde el accidente. Antes de tenerlo decía muchas, pero ni una tan fuerte desde que perdió la vista.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

La otra opción que teníamos era colarnos por la valla y llegar hasta el patio interior del colegio, es decir, seguir la ruta que yo solía utilizar para espiar al comandante y los capitanes. Pero esa entrada estaba en la otra punta del colegio, no podríamos atravesar el patio estando éste lleno de resucitados.

No sabía qué hacer, nos habíamos quedado atrapados en esa esquina.

Escuché unos pasos detrás de mí. Lo primero que pensé fue que era un muerto viviente, y me giré llevando la mano a la pistola que escondía bajo la ropa; pero tan solo se trataba de un soldado. Con el ruido de los disparos y la gente huyendo no le habíamos oído llegar, y sin embargo allí estaba, tirando del brazo de la chica del rincón, que andaba tras él sin ofrecer resistencia, pero sin entusiasmo alguno.

—Tienen que seguirme —nos dijo casi gritando para hacerse oír sobre el estruendo de las armas de fuego—. Este lugar no es seguro, hay reanimados por todas partes, tienen que…

Se interrumpió cuando un auténtico resucitado entró en nuestro pasillo. Con una velocidad asombrosa agarró el fusil que llevaba colgando bajo el brazo y disparó contra él. No aparté la vista lo suficientemente rápido como para evitar ver cómo la cabeza de la criatura casi reventaba al impactarle la bala, mientras la sangre y los sesos se le desparramaban por el suelo.

—¡Mierda! Ya los tenemos encima. —masculló el soldado sin bajar el arma.

Al sonido del disparo mi hermana se había puesto en pie, al contrario que la otra chica, que se había tirado al suelo lloriqueando.

—Hay una entrada aquí —le dije al soldado; seguro que él era lo bastante fuerte para romper el cemento, y dentro del colegio estaríamos seguros—. Aquí, hay un agujero, tras la plancha, pero la han cerrado con cemento.

El soldado perdió un par de segundo pensando, durante los cuales su vista pasaba del lugar donde había caído el resucitado muerto al lugar que yo le señalaba. La chica no dejaba de gimotear, como si fuera una niña pequeña.

—No creo que ya tengamos muchas más opciones. Echadme una mano. —exclamó finalmente arrodillándose en el suelo frente a la plancha.

Entre mi hermana, el soldado y yo logramos arrancarlo tras tirar con todas nuestras fuerzas… y tanta fuerza hicimos que cuando el cemento por fin se rompió me caí de culo al suelo, me clavé la pistola en el estómago y tuve que hacer un gran esfuerzo para contener un grito de dolor. No pude evitar que se me saltaran las lágrimas, pero en ese momento de tensión nadie lo notó.

—¡Pasad, vamos! —nos ordenó aquel soldado mientras retrocedía para recoger a la chica llorona, que seguía siendo incapaz de moverse por sí misma.

Pasé yo delante para después poder ayudar a Sandra, y en cuanto estuvimos los dos en el baño me sentí mucho más seguro.

“Lo he conseguido, estamos a salvo” me dije con satisfacción.

Detrás de nosotros entró la chica, pero solo porque el soldado iba tras ella empujándola. Cuando él pasó, volvió a colocar la plancha

metálica cubriendo el agujero. Suspiró aliviado, pero la chica lloraba con más ganas todavía.

—Por Dios, ¿pero qué le pasa? —preguntó Sandra.

—Creo que está sufriendo un shock nervioso —contestó el soldado poniéndose en pie y agarrándola de la muñeca—. El corazón le late a cien por hora, necesita un médico.

Sin decir una palabra más se puso en marcha, en cuatro largas zancadas llegó a la puerta de los aseos tirando de ella y abrió la puerta. Agarré de la mano a Sandra y le seguimos hacia aquél pasillo que yo ya conocía. Por el otro pasillo, con el que se cruzaba el nuestro, pasó un grupo de soldados corriendo y gritándose cosas, pero el que nos guiaba se detuvo delante de una de las aulas y se giró para hablarnos.

—Se supone que aquí no debería haber civiles —dijo en tono inseguro—. Meteos en el aula y esperad a que vuelva, ¿de acuerdo?

—¿Cómo que no debería haber civiles? —exclamó mi hermana indignada—. ¿Y toda la gente de fuera, donde quieres que vayan?

—Como comprenderás eso no depende de mí, yo solo sigo órdenes. —protestó el soldado algo molesto.

—Los nazis también seguían órdenes… —dejó caer Sandra, aunque no me pareció prudente seguir provocándole, ¿y si nos echaba fuera? — ¡Esa gente está muriendo, por el amor de Dios!

—No me jodas niña, te he metido aquí dentro, ¿no lo ves? —gruñó fulminándola con la mirada.

—No lo ve —salí yo a defenderla; no me gustaba nada su tono—. Es ciega, ¿vale?

Eso pareció desconcertarle un poco.

—Mira, lo siento, ¿de acuerdo? —trató de disculparse—. Pero no es cosa mía lo que se hace ahí fuera. Haced el favor de quedaros en el aula hasta que vuelva… y cuidad de ella hasta que la vea un médico.

No tenía sentido discutir así que los tres entramos en el aula, o más bien Sandra y yo entramos y a la chica la metimos, mientras veíamos al soldado, que ni siquiera nos había dicho su nombre, alejarse por el pasillo. En aquella aula no había estado antes, pero también la habían convertido en un dormitorio comunal lleno de camas para que durmieran los soldados. Cuando, explicándole a Sandra lo que había allí dentro, mencioné las camas, propuso que tumbáramos a la chica en una de ellas y la dejáramos descansar.

No tenía ni idea de lo que era un shock nervioso, pero seguro que tenía algo que ver con los resucitados, ya que la chica casi se comportaba como uno de ellos; con la mirada perdida, atontada y gimoteando. Al menos no mordía.

Tras ayudarla a tumbarse en una cama, Sandra suspiró dejándose caer en otra y yo, sin saber qué hacer, me senté a su lado. No sabía

por qué, cuando resultaba que ya estábamos a salvo, estaba más nervioso que antes. Hasta las manos me temblaban, aunque también podía ser por el frío; después de todo estábamos empapados por la lluvia. Sandra debió percibir mis temblores y me pasó un brazo por encima del hombro. Había un olor…

—No te preocupes, es normal, a mi también casi me pasa lo mismo antes. —me dijo cariñosamente acariciándome el pelo.

El olor era a pis, y era mío. Estando empapado hasta los huesos casi había olvidado que me había meado encima al ver a los resucitados. Por algún motivo eso hizo que tuviera ganas de echarme a llorar, aunque aguanté todo lo posible para parecer fuerte delante de mi hermana. Sin embargo, cuando la miré era ella la que estaba llorando en silencio, y no sabía por qué.

“Por el miedo, por el frío, por los muertos vivientes, por la gente de ahí fuera, por la chica del shock…” enumeré mentalmente “y por papá y mamá.” recordé de repente.

¡Me había olvidado de ellos! Mis padres estaban ahí fuera, junto a los militares, matando resucitados. Pero no lo habían conseguido, los resucitados habían logrado pasar. ¿Qué habría pasado? ¿Qué sería aquella explosión? ¿Estarían bien? ¿Vendrían aquí? No lo sabía, no tenía forma de saberlo, y eso me ponía triste y me daba miedo.

Al final no pude evitarlo y también lloré agarrado a mi hermana. Solo quería que todo aquello pasara de una vez, que mis padres volvieran y se encargaran de solucionarlo todo, como siempre. Si hubiera estado allí mi padre podría olvidarme de la promesa, si hubiera estado mi madre habría sabido consolarme… pero como no estaban ninguno de los dos, seguí llorando.

Debí quedarme dormido en algún momento y, cuando desperté, no sabía cuánto tiempo había pasado. Lo primero que sentí, aún con los ojos cerrados, era que alguien me había echado una manta por encima. Lo segundo fue que Sandra no estaba a mi lado, así que abrí los ojos alarmado y me incorporé. Estaba allí, de pie, junto a otra de las camas. De alguna parte había conseguido una camiseta seca y se estaba cambiando. Estaba desnuda de cintura para arriba y, aunque estaba de espaldas, me giré un poco avergonzado y me concentré en mirar a la chica del shock, que seguía igual que cuando la habíamos tumbado.

No sabía nada sobre los shock nerviosos, pero permanecer ahí tirada sin hacer nada mientras el mundo se llenaba de monstruos a su alrededor no me parecía una buena idea. Habíamos tenido que arrastrarla dentro casi por la fuerza, y si se hubiera quedado allí fuera estaría muerta, de eso estaba seguro.

—¿Ya estás despierto?

Sandra debió notar cómo me movía. Vestida con una camiseta y una chaqueta militar que le venían grandes, pero que al menos estaban secas, se volvió a sentar en la cama. Noté que sus pantalones también eran distintos, también secos.

—Espero que no les importe que haya cogido algo de ropa de los que duermen aquí.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunté muy cansado, de hecho estaba más cansado que antes de dormirme, lo cual no tenía mucho sentido.

—No debe haber pasado ni una hora —me respondió arrimándose a mi lado—. No he encontrado nada de tu talla, tampoco quería remover mucho las pertenencias de esta gente, pero hay una camiseta que debe ser de alguna chica. Tendrías que quitarte la ropa mojada.

No quería ponerme una camiseta de chica, y me daba mucho corte que fuera mi hermana la que me dijera que tenía que quitarme la ropa. Sin embargo, aunque en el tiempo que había dormido casi se me había secado el agua del pelo, la ropa que llevaba estaba húmeda y, además de sentirla pesada y molesta, me daba frío.

—No me voy a quitar nada —le dije—. ¿No ha venido el soldado?

Negó con la cabeza.

—¿Está bien? —le pregunté refiriéndome a la chica.

Ojalá nos hubiera dicho su nombre, así podría dejar de llamarla “la chica del shock”. Pero no había abierto la boca más que para gimotear y llorar desde que la habíamos conocido.

—No se ha movido de ahí, creo. Le puse una manta por encima para que entrara en calor, ¿se ha dormido?

No se había dormido, seguía con los ojos abiertos, mirando al vacío, y de vez en cuando movía los labios como si murmurara algo, pero no llegaba a pronunciar palabra.

—No —contesté—. Sigue despierta, mueve la boca como si hablara pero no dice nada, y mira al techo. Está muy blanca.

—Necesitamos un médico, podría ser grave. —pensó en voz alta.

—Podría salir fuera y echar un vistazo. —propuse con entusiasmo.

No quería quitarme la ropa, ni seguir mirando aquella mujer… en ese estado me daba escalofríos.

—¡Ni hablar! —se negó mi hermana—. Esperaremos aquí, como nos han dicho. Cuando ese soldado vuelva…

—¿Y si no vuelve? —le dije yo intentando convencerla—. A lo mejor le ha pasado algo. Si le han ordenado salir fuera…

—No digas esas cosas. —me interrumpió, pero dudaba.

Decidí insistir un poco más para ver si lograba convencerla. No soportaba estar sin hacer nada y sin saber qué estaba pasando.

—Solo sería echar un vistazo a ver qué ocurre. —dije casi suplicando.

Tamborileó los dedos sobre la cama, estaba seguro que pensaba en hacerlo ella misma, si hubiera podido, pero como eso no era una opción…

—¡Maldita sea! Está bien —accedió finalmente—. Pero no te alejes, solo mira a ver qué pasa. Y, por lo que más quieras, ten cuidado, ¿vale?

De un salto bajé de la cama y me encaminé hacia a la puerta. La abrí lentamente y, en cuanto pude, asomé la cabeza. El pasillo estaba despejado, no había nadie por allí, pero se escuchaba de fondo el ruido de los disparos; un ruido al que ya me había acostumbrado tras estar oyéndolo constantemente.

“Vamos allá” me dije saliendo del todo del aula y cerrando la puerta de nuevo tras de mí.

Tragué saliva y comencé a andar por el pasillo, en dirección al cruce con el otro pasillo. Mientras caminaba casi de puntillas para no hacer ruido, me dio por pensar que, si los militares hubieran abierto la puerta del colegio, todo aquello estaría lleno de gente, y sin embargo aquél colegio parecía estar completamente vacío. Pero si no habían abierto, ¿dónde podían haber ido? No había ningún lugar protegido en el patio, salvo que te encerraras en los wáteres portátiles o pudieras trepar el muro… y eso era una locura, fuera había aun más muertos vivientes. No había tampoco ni rastro de algún militar, tan solo se escuchaban, bajo los disparos, unos golpes a lo lejos cuyo origen no sabía.

Me acerqué al aula de al lado, la que Leo, Jorge y yo habíamos visitado cuando nos colamos allí. En aquella ocasión nos habíamos topado con unos soldados durmiendo, pero cuando me asomé estaba completamente vacía. Recordé que, en un aula tan vacía como esa, pero que estaba más adelante, había cogido mi pistola…

Inmediatamente me llevé la mano al estómago para palpar el arma bajo la ropa. Dormirme con ella allí había sido un gran fallo, si Sandra hubiera hecho algo más que echarme una manta por encima podría haberla notado. Pero eso no había pasado, si se hubiera dado cuenta de que tenía una pistola encima habría dicho algo.

Sin nada que hacer allí, cerré la puerta del aula y continué avanzando por el pasillo. Lo que realmente quería hacer era meterme en el aula al lado del cruce de pasillos, y de allí salir al exterior por la ventana para ver si los capitanes y el comandante estaban reunidos en la sala de profesores, como había hecho la primera vez que me colé… pero un repentino golpe me sobresaltó y me obligó a cambiar de planes.

Me detuve en seco, esperando oír cualquier otra cosa que indicara que el soldado volvía por fin, o que otros soldados se acercaban; pero lo único que escuché fueron disparos. Eran disparos cercanos, lo sabía

porque se escuchaban mucho más fuertes que los de fuera. Un grupito de militares pasó corriendo por el pasillo de enfrente, sin percatarse de mi presencia, y un segundo después los tiros se multiplicaron y se escucharon todavía más próximos.

—¡Han abierto la puerta, vamos! —gritó uno de ellos mientras un segundo grupo pasaba, siguiendo al primero.

Inmediatamente supe que hablaban de los resucitados, claro; ellos eran los que producían los golpes que estaba escuchando al aporrear la puerta. Si habían entrado estábamos en peligro, de modo que di la vuelta y volví al aula corriendo. Teníamos que irnos de allí cuanto antes o nos cogerían.

Cuando abrí la puerta del aula Sandra ya sujetaba el pomo, los disparos y los gritos debían haberla alarmado e intentaba salir a buscarme.

“No es la persona más adecuada para eso” pensé, pero tampoco había nadie más allí que pudiera hacerlo, la chica seguía en shock sobre su cama.

—¿Dani? ¿Qué ha pasado? ¿Qué son esos gritos? —preguntó Sandra asustada—. Creía que te habían pillado.

—Han entrado —le contesté agarrándola de la manga de la chaqueta que había mangado a algún soldado—. Tenemos que irnos.

—¿Los resucitados? —exclamó con un gemido—. ¡Oh Dios mío! ¿A dónde? ¿Dónde vamos a ir?

De nuevo, yo sabía dónde casi sin haberme parado a pensarlo. Los resucitados podían haber entrado por la puerta principal, pero seguro que no habían llegado al patio de dentro; allí solo se podía llegar saltando la valla por el rincón que yo conocía o desde las ventanas de las aulas.

—Yo sé a dónde —le contesté a mi hermana—. Al patio interior, donde espiaba las conversaciones. Está al lado del muro.

Se me ocurrió que desde la valla se podía llegar a subir al muro. La distancia entre ambos no era mayor de un metro, lo sabía porque ese estrecho canal era por el que utilizaba para llegar al patio, y altura… quizá también un metro de diferencia, se podría llegar a hacer.

—¿Al lado del muro? —repitió Sandra indecisa.

—¡Sí! ¡Vamos! —insistí tirando de ella.

Teníamos que darnos prisa, alguien podía vernos, o los resucitados podían llegar.

—Pero no podemos dejarla ahí. —dijo tirando del brazo hacia atrás y soltándose de mi agarre.

Se acercó a la chica y la agitó por el hombro. Yo miré hacia el fondo del pasillo nervioso, temía ver aparecer a uno de aquellos seres doblando la esquina, manchados de sangre, tambaleándose y gimiendo de una manera que conseguía poner los pelos de punta a cualquiera.

—¡Tienes que levantarte! ¡Venga! —le gritaba mi hermana a la chica, dándole tirones de brazo.

Pero ella no hacía amago de moverse, es más, no parecía ni darse cuenta de que estábamos allí.

—No reacciona, está como ida. —le expliqué a Sandra.

No me gustaba nada dejarla allí si se acercaban resucitados pero, ¿qué podíamos hacer? No podíamos cargar con ella, el soldado que nos rescató había logrado que se moviera a base de fuerza bruta, pero en ese momento era como un peso muerto, y ni Sandra ni yo teníamos fuerzas suficientes.

El ruido de los disparos se hizo más fuerte, señal de que los tiradores estaban más cerca.

—¡Vamos joder! ¡Despierta! —Sandra había empezado a abofetearla, pero ni aun así se espabilaba.

—¡Venga! —grité yo metiendo prisa.

Los soldados retrocedían, varios de ellos pasaron por el otro pasillo caminando hacia atrás y disparando sus armas en dirección a unos resucitados que no podía ver aún, pero a los cuales escuchaba gruñir y gemir bajo el ensordecedor ruido de los fusiles.

Aunque Sandra los había oído tan bien como yo, seguía intentando poner en pie a la chica sin darse cuenta de que el tiempo se nos estaba echando encima. Tres resucitados aparecieron por el pasillo, las balas de los soldados les atravesaban el cuerpo, haciendo que la sangre salpicara por todas partes, pero hasta que no les llenaron el cuerpo de plomo no cayeron al suelo.

Cuando el último de los tres fue abatido, di un par de zancadas dentro del aula y agarré de nuevo a Sandra de la manga de la chaqueta.

—¡Ya están aquí! ¡Vámonos por favor! —casi le suplicaba.

Tras dudar un instante la soltó y comenzó a seguirme.

—Dios… no podemos dejarla... —se lamentaba aún cuando salimos del aula.

Una fila de resucitados recorría el otro pasillo, persiguiendo a los militares que retrocedían; sus disparos todavía podían escucharse. Por el momento ninguno había entrado en nuestro pasillo, pero si alguno giraba la cabeza y nos veía…

Escuché un portazo a mi espalda que hizo que mi corazón diera un salto tan grande que casi se me salió por la boca. Sandra había cerrado la puerta del aula. Seguramente así los resucitados no entrarían en ella, evitando que pudieran coger a la chica; pero el ruido hizo que un resucitado mirara y, al vernos, cambió de dirección y se dirigió hacia nosotros. Al ver que cambiaba de rumbo, otros dos le imitaron.

—¡Corre corre! —grité tirando de la manga de la chaqueta de mi hermana con todas mis fuerzas mientras empezaba a correr; si

llegábamos a la puerta del aula antes que ellos podríamos pasar y cerrar a nuestra espalda—. ¡Deprisa!

Corrí lo más rápido que pude, seguido de Sandra. Los resucitados estaban más cerca, pero eran más lentos que nosotros, podíamos conseguirlo.

Cuando agarré el pomo de la puerta el resucitado más cercano estaba a menos de tres metros. Era una mujer, con el pelo corto y rubio mojado por la lluvia. Tenía la boca abierta y su piel parecía más la corteza de un árbol que una piel normal.

Durante un segundo me quedé congelado con aquella imagen horrible, nunca había visto a uno de ellos tan de cerca, pero reaccioné en seguida y giré el pomo abriendo la puerta. Tiré de mi hermana para que se metiera dentro y luego me metí yo, con la resucitada casi encima.

Hubiera jurado que, cuando cerré la puerta, le di con ella en las narices.

—¡Dios! ¡Oh Dios! —gemía Sandra respirando con dificultad.

El corazón me iba tan rápido que también me costaba respirar a mí, y de buena gana me habría sentado en el suelo a descansar unos segundos, pero los golpes de los muertos vivientes en la puerta me impulsaron a seguir adelante.

—Vamos por la ventana. —le indiqué a Sandra, cogiéndola de la mano y guiándola hasta allí.

Saltar fuera le costó un poco más que a mí porque, al no poder ver, no podía calcular las distancias, pero una vez fuera ya sí que respiré tranquilo… habíamos escapado de aquellos monstruos de nuevo.

Me agaché para tomar aire fresco. Aunque no había corrido demasiado, estaba tan agotado y jadeante como si hubiera estado haciéndolo durante diez kilómetros.

“Demasiadas emociones” habría dicho mamá.

La lluvia era mucho menos intensa que la última vez que habíamos estado fuera, pero aun así era desagradable volver a encontrarse bajo el agua.

—¿Y ahora qué? —preguntó tapándose con la capucha de la chaqueta.

“Ahora trepar el muro” pensé mientras dirigía mi mirada hacia él.

No había ningún soldado encima. Todos estarían, como habían dicho los capitanes, en el otro lado, por el que atacaban los resucitados… o quizá ya ni eso.

—Tenemos que subir a la valla, y luego saltar al muro —le dije enderezándome y secándome el agua que me goteaba por la frente—. Después bajamos al otro lado, supongo.

—¿Fuera de la zona segura? ¿Y luego? —dijo girando su cabeza hacia mí, como si pudiera mirarme.

No sabía si mi idea la había convencido, en realidad estaba deseando que ella tuviera alguna mejor, o al menos no tener que ser yo quien decidiera.

—No lo sé. —respondí con sinceridad.

Una vez fuera de la zona segura estábamos a merced de los resucitados que hubiera… que sin duda serían muchos menos que lo que estaban allí dentro.

Sandra suspiró y me agarró de la mano con suavidad.

—Tendrás que ayudarme a subir, no quiero caerme y romperme una pierna. —me dijo con resignación.

“Prométeme que cuidarás de tu hermana… pase lo que pase.”

Agarré su mano también y juntos nos dirigimos hacia la valla. Mientras tanto, a nuestra espalda, los resucitados seguían aporreando la puerta del aula. Detrás de la otra ventana, la que daba a la sala de profesores y el lugar donde capitanes y el comandante se reunían, solo había oscuridad.

SERGIO

—¡Aparta gilipollas! —el disparo retumbó en los edificios colindantes como un trueno en una noche lluviosa.

La cabeza del reanimado cayó hacia atrás, acompañada del resto del cuerpo un instante después. Otros tres salieron a reemplazarle, pero yo ya me había alejado lo suficiente como para no tener que preocuparme de ellos.

El camino hasta la plaza Juan XXIII había sido tan rápido que lamentaba no haber podido utilizarlo a la ida, cuando quería llegar al piso de mi novia. Aunque, pensándolo bien, si lo hubiéramos hecho Fran y yo nos habríamos topado de frente con la jauría de reanimados que ahora asediaba la zona segura.

Gracias a la radio rota sabía que los muertos vivientes habían logrado entrar en el patio del colegio, arrasándolo todo a su paso; tan mal estaba la cosa que lo habían dado por perdido y ni siquiera estaban intentando luchar por él. Cuando lo escuché casi no podía creerlo… cientos de vidas se habían perdido en un abrir y cerrar de ojos. No me había enterado bien de cómo habían logrado traspasar el muro, cuando demasiada gente intentaba hablar a la vez por la misma frecuencia era imposible entenderles, pero tenía muy claro que si no lograban rechazarlos la zona segura al completo tendría problemas.

Aquél lugar había sido más fruto de la improvisación y la urgencia que algo planificado y estudiado, y por eso tenía muchas debilidades. Para ser exactos, su única fortaleza era el propio muro que la rodeaba y la mantenía aislada del exterior; pero dentro no habíamos tenido tiempo ni personal para asegurarla. Si habían logrado traspasar el muro nada podría detenerlos; las puertas, las vallas y setos no eran una barrera que pudiera durar contra una horda de semejante tamaño.

A partir de Juan XXIII empecé a encontrarme con los más rezagados que, salvo alguno que se ponía en mitad de la carretera y me obligaba a esquivarlo o asomarme por la ventanilla para dispararle, como el último que acababa de abatir, no resultaban demasiado molestos. La horda había bajado por la Avenida Primero de Mayo, siguiendo las calles más amplias, pero seguramente el ruido de los supervivientes les había atraído y habían atravesado toda la zona residencial hasta entrar en la Avenida de la Fama; desde allí se lanzaron contra la parte Este de la zona segura. También cabía la posibilidad de que muchos hubieran bajado directamente por la

Avenida de la Fama, atacando también desde el norte.

No quise acabar metiéndome entre ellos, de modo que, en cuanto entré en la Avenida de la Fama, cogí la primera calle que encontré en dirección Oeste. A la altura del Jardín de la Constitución tomé rumbo sur para empezar a bajar; la puerta principal estaba detrás del estadio y esperaba poder llegar hasta ella sin tener que callejear demasiado.

Sin embargo, también contaba con que aquél lugar estaría limpio de reanimados, y no era así. Suponía que, al estar tan cerca de la zona segura, los reanimados que hubiera por allí terminarían acercándose y siendo abatidos por los que guardaban las puertas; pero me equivocaba, los muertos vivientes se estaban empezando a acumular en la zona noroeste, guiados por el ruido de los disparos que provenían del colegio. Normalmente habrían sido eliminados conforme iban llegando, pero, por lo visto, no había nadie allí para encargarse de hacer eso. Deduje que todas las tropas se encontraban al otro lado, en el noreste, peleando contra la horda principal. Los que se acumulaban en otras zonas no eran suficiente como para resultar peligrosos a corto plazo, y por eso los ignoraban de momento, pero sí que eran los suficientes como para ponerme en aprietos si no tenía cuidado.

Solo tenía a mi favor el propio ruido de los disparos. El intenso tiroteo que estaban llevando a cabo mis compañeros distraía lo bastante a los muertos vivientes como para que no se fijaran en el ruido del motor de mi coche al pasar. Aun así, para evitar a los reanimados del todo tuve que dar un rodeo y bajar más al sur de lo que pretendía, acabando a la altura de la plaza de toros.

Me llevé una gran sorpresa al encontrarme la carretera que discurría junto al muro completamente despejada de muertos vivientes… aunque en realidad no estaba limpia en el sentido estricto de la palabra.

A lo largo de los días, que luego se transformaron en semanas, habíamos ido abatiendo a todo muerto viviente que se acercaba demasiado a las puertas; pero nadie se había molestado después en limpiar los cadáveres del suelo, donde éstos se iban acumulando y pudriendo al sol sin que nadie lo evitase.

La concentración de cuerpos putrefactos hacía que fuera imposible el moverse en coche, así que no tuve otra opción que dejarlo y seguir a pie. Al bajar cargué conmigo mi fusil, la mochila y la radio; era todo lo que necesitaba para reincorporarme, además de volver a entrar a la zona segura. Si estaban luchando contra los muertos vivientes era mi deber estar allí con ellos.

Sin dudarlo un segundo me puse en camino hacia las puertas. Me encontraba a tan solo unos metros de ellas, y no había muertos vivientes a la vista, así que esperaba poder llegar antes de que ningún

cadáver andante notara mi presencia… pero no había contado con el olor. Cientos de cuerpos pudriéndose en mitad de la calle, ayudados por la lluvia, que al fin se había vuelto menos intensa, habían formado una mezcla química que se introducía en las fosas nasales y resultaba completamente insoportable.

Caminé entre los cuerpos, haciendo todo lo posible por respirar por la boca y no por la nariz, pero no servía de mucho; el olor era tan intenso que hasta se podía saborear, y esa sensación era nauseabunda. Me pareció recordar que un oficial propuso limpiar los alrededores de la zona segura cada cierto tiempo, para eliminar los cadáveres antes de que se convirtieran en un problema de salud. Visto lo visto, no le habían hecho mucho caso.

Cuando el camión de mi unidad salió abrieron un pequeño camino entre los cadáveres, pero de él ya no quedaba nada, nuevos muertos habían ocupado el lugar de los viejos y seguía intransitable.

Conecté la radio para intentar enterarme de algo de lo que estaba pasando. La había apagado cuando comencé a bajar por la Avenida de la Fama en el coche, para que no me distrajera, pero quería averiguar si las órdenes habían cambiado desde la última vez. Aunque en un principio había prestado más atención las órdenes de los oficiales que a otra cosa, había aprendido que éstas no eran tan importantes como la información que los soldados se daban unos a otros, que relataban la acción en primera persona. Sin embargo, los últimos mandatos que había escuchado por parte de los oficiales me habían dejado perplejo… al parecer ni entre ellos eran capaces de ponerse de acuerdo sobre cómo combatir la amenaza a la que se enfrentaban.

Un grupo había ordenado a todas las tropas reagruparse dentro del colegio, mientras que las órdenes de otro grupo eran evacuar a los civiles supervivientes fuera de la zona segura.

En cierto modo podía haberme esperado que no se pusieran de acuerdo. Cuando empezó la crisis de los reanimados había dos puntos de vista de cuál era nuestra prioridad: Unos decían que lo prioritario era proteger a los civiles a toda costa, ya que serían algo así como los nuevos colonos cuando recuperáramos la ciudad; otros sin embargo, opinaban que la forma de proteger de verdad a los civiles era matando a todos los reanimados posibles, y para conseguirlo era necesario dar prioridad a las vidas de los militares, ya que si nosotros caíamos los civiles también lo harían.

De algún modo esas dos posturas estaban consiguiendo que Murcia se sumara a la lista de zonas seguras que habían caído. Si todos los efectivos se hubieran utilizado para evacuar a los refugiados, se habría salvado a muchos, aunque a costa de bajas militares. Y si se hubieran replegado las tropas del todo, no habría muerto casi ningún soldado y se podría contraatacar con fuerza, pero la carnicería entre los civiles

habría sido total. Haciéndolo al cincuenta por ciento tan solo habrían logrado salvar a unos pocos civiles, y docenas de soldados habrían perdido la vida por ello. Al final, el precio de las contradicciones estaban siendo vidas humanas, un bien que estaba comenzando a escasear.

Casi tenía que dar las gracias por no haber estado en la zona segura, porque seguramente habría sido de los idiotas, heroicos, pero idiotas, que se quedaran a evacuar a los civiles a costa de sus propias vidas.

Mientras caminaba sobre cuerpos descompuestos y pensaba en compañeros y refugiados me di cuenta de que no sentía nada por ellos; ni dolor, ni lástima, ni nada de nada. Después de ver a Patricia muerta y convertida en una de esas cosas ya no me importaba la muerte de nadie más; o quizá fuera que ya no podía asimilar más dolor. Docenas, más probablemente cientos de personas estaban siendo despedazadas por monstruos no muertos caníbales en ese instante, y me daba igual, porque si había ido hasta allí había sido únicamente por arrepentimiento.

Tras meditar sobre ello durante la parte del camino que hice en coche, me di cuenta de que, si mi conciencia me había llevado de vuelta hasta el horror, el culpable había sido la vergüenza. Habría sido completamente bochornoso por mi parte que quedarme allí, malviviendo de latas de comida en un edificio lleno de muertos y de recuerdos, como un desertor cobarde, mientras mis compañeros se dejaban la vida protegiendo el último bastión de civilización que quedaba.

Solo podía ser vergüenza, o que me sentía tan agotado mentalmente que buscaba una forma honorable de morir y acabar con todo. Fuera lo que fuera, pronto lo iba a descubrir.

Alcancé la puerta principal saltando por encima de algunos cadáveres. Era una maciza puerta de hierro soldada al muro de hormigón que pesaba un huevo y parte del otro, y cuando se cerraba no dejaba la más mínima rendija por la que un muerto viviente pudiera colarse. Además se abría hacia fuera, así que por mucho que empujaras no podías abrirla desde el exterior; era completamente a prueba de reanimados.

Sin embargo, una vez allí descubrí que, por primera vez desde que yo podía recordar, no había nadie vigilándola y eso era un importante contratiempo con el que no había contado.

—¡Hola! —grité en dirección a la puerta.

Me imaginaba que, aunque se necesitara a todos los soldados posibles al otro lado, dejaría a alguien allí vigilando. Era lógico que por lo menos un vigía protegiera la entrada, aunque no se esperaran visitas, pero nadie respondía a mi llamada.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? ¡Hola! —volví a gritar, sin obtener respuesta; no había nadie, habían dejado la puerta completamente abandonada.

Tenían que estar muy necesitados como para no dejar ni a un solo hombre defendiendo la puerta. Tácticamente no había nada que reprochar, la acción estaba al otro lado y los reanimados no iban a trepar por ella, forzarla o hacer algo distinto que dar inofensivos puñetazos contra una plancha de hierro de un palmo de espesor. Pero desde mi punto de vista era una putada… me había quedado sin forma de entrar.

—¡No me jodáis! ¡Aquí fuera hay reanimados! ¿Hay alguien ahí? —lo intenté una vez más sin éxito; no iba a poder entrar.

“Me cago en la puta” maldije para mi mismo mirando en ambas direcciones.

No podía quedarme allí plantado esperando a que alguien se decidiera a asomarse, tenía que moverme y encontrar otro lugar por el que pasar. Si iba hacia el sur seguramente me encontraría con lo mismo; la puerta principal tenía mayor prioridad de defensa que la puerta secundaria que había junto al hospital, así que allí tampoco habría nadie. Solo tenía una dirección, el norte.

Si iba hacia arriba pasaría al lado del estadio y llegaría hasta el patio del colegio; tendría que rodear a los muertos del noroeste, pero me encontraría con alguien por narices. Estuvieran combatiendo o sacando civiles, tenía que haber compañeros allí.

Dando un bufido de resignación emprendí de nuevo la marcha sobre el campo de cadáveres. Aunque no estaba nada contento por cómo se estaban desarrollando los acontecimientos de mi regreso, me alegró tener que alejarme de allí; si seguía respirando ese aire contaminado por la muerte mucho tiempo iba a acabar vomitando.

No volví a coger el coche, en parte porque necesitaba ser todo lo sigiloso posible para pasar sobre el grupo de reanimados de noroeste, en parte porque, si me iba a reincorporar a mi puesto, tendría que dar muchas explicaciones sobre lo que había ocurrido durante los días que había estado ausente; y por qué había vuelto en el coche de mi novia era una pregunta que prefería evitar. También apagué la radio, la cacofonía de soldados hablando y gritando a través de ella era ininteligible, no me estaba enterando de nada y llevarla encendida solo serviría para que el ruido atrajera a resucitados.

El rodeo me llevó hasta el sur del Jardín de la Constitución, por donde había pasado en coche anteriormente, y luego me obligó a bajar entre dos bloques de edificios. Salté una valla y me colé en el patio de una urbanización que se encontraba justo al lado de la parte del muro que daba al colegio.

Me acerqué al muro y escuché. Por encima del ruido de los disparos

se oía todo un coro de gemidos y lamentos de reanimado realmente estremecedor… era cierto lo que había oído por radio, el patio había sido tomado al completo y cientos de civiles tenían que haber muerto.

Empecé a sentirme bastante confuso al comprobar que no había un alma por los alrededores, ni civil ni militar… no solo no estaban combatiendo contra los muertos vivientes, sino que tampoco se estaba evacuando a los refugiados al exterior, allí no había nadie.

Lo primero que pensé fue que me había equivocado y que tenían que estar sacando a los civiles por otro sitio, pero sabía que eso era imposible, el norte era la vía de escape natural de la zona segura; a diferencia del resto de lados, tras la sección de muro del norte estaba aquella urbanización, en cuyo patio me encontraba, y que servía de barrera contra los reanimados de la calle. Si tenían que sacar a los civiles aquél era el mejor lugar, sin ninguna duda.

Pero si allí habían evacuado a alguien ya se habían marchado, y como la parte superior del muro estaba vacía significaban que tampoco había nadie luchando. Aquél lugar estaba perdido y abandonado.

Pero entonces me surgió una duda… ¿de dónde venían los disparos que llevaba escuchando desde que llegué? Sonaban desde el interior de la zona segura, y había dado por sentado que se producían en el patio, pero si no era así, ¿de dónde?

Con la radio saturada, la única forma que tenía de enterarme de qué estaba pasando dentro era subirme al muro y echar un vistazo.

—¡A la mierda! —Bufé mientras pensaba que, de haber sabido que allí tampoco había nadie, habría saltado al otro lado cuando estaba junto a la puerta y me habría ahorrado el viajecito.

No me fue difícil escalar hasta la parte superior, solo tuve que buscar un punto de apoyo en un saliente de la pared de hormigón e impulsarme hacia arriba lo suficiente como para trepar los tres metros de altura que medía el muro.

Cuando llegué arriba lo primero que hice fue incorporarme, el poco tiempo que había pasado patrullando sobre aquella superficie de tan solo un metro de ancho había servido para eliminar la sensación de vértigo que sentí las primeras veces. Un metro puede parecer mucho pero, cuando estas a tres de altura y sabes que al otro lado hay una muerte segura, se vuelve más difícil mantener el equilibrio.

Como solo oía a reanimados gemir y hacer otros ruidos inidentificables, pero no podía ver nada por culpa de la oscuridad, saqué la linterna y la encendí... y cuando vi lo que había otro lado deseé haberme quedado a oscuras.

La escena era totalmente dantesca... cientos, puede que miles de aquellas criaturas muertas vivientes se tambaleaban en el recinto que había sido un campamento con cientos de personas vivas en su

interior. La carnicería había sido completa, no podía quedar nadie vivo allí abajo.

—¡Dios! —exclamé horrorizado.

Y no era para menos, el ruido que escuchaba, además de los gemidos, era el sonido que hace la carne humana al ser masticada. Después de matar a todo el mundo, los reanimados estaban devorando sus cuerpos para alimentar a sus propios cuerpos muertos vivientes.

Era horrible.

La reacción de aquellos seres cuando me vieron allí arriba, alumbrándoles con una linterna, fue inmediata. Todos los que no estaban comiéndose a alguien empezaron a acercarse hacia mí, estirando sus manos como si pudieran agarrarme y gimoteando ansiosos mientras deseaban unir mi pellejo al banquete que se estaban dando.

“Anda y que os jodan” pensé mientras trataba de ignorarlos y buscaba con la linterna lo que en realidad había subido a ver.

Iluminando las paredes del muro, terminé encontrando el agujero por donde se habían colado en la pared Este; algo había derrumbado un trozo suficiente del muro como para dejar abierto un agujero de cuatro metros de ancho. En una brecha así podían colarse por lo menos diez reanimados por segundo… no era de extrañar que no hubieran podido contenerlos, para cuando pudieron reaccionar ya debían tener más de un centenar dentro.

Lo siguiente que busqué fueron las puertas del colegio. Esas puertas eran la única entrada al interior desde el patio, y desgraciadamente también habían sido tomadas. Los muertos vivientes sencillamente las habían reventado a base de empujar y se habían colado dentro. Un par de cuerpos tambaleantes se paseaban por allí como si tal cosa, pero la mayoría de los reanimados de esa zona estaban en el suelo del patio, alrededor de la entrada, devorando cuerpos muertos; allí habían logrado coger a muchos civiles.

Además de reanimados y cuerpos medio devorados, también había desperdigados por el suelo cuerpos que, como no se los estaba comiendo nadie, debían haber pertenecido a muertos vivientes. Eran la señal de que se había producido una lucha; cuando lograron abrir la puerta, los de dentro intentaron cargarse a cuantos pudieron.

Me resultó duro ver aquello, no solo por los civiles y compañeros muertos. Aunque pudiera parecer egoísta, sentí un ramalazo de dolor al recordar que en una de las aulas de ese colegio se encontraban mi catre y mi bolsa de viaje, con todas mis pertenencias dentro. El reloj que heredara de mi abuelo, fotos de mis padres, de mi hermano, de Patricia… todo lo que no había podido llevarme cuando salí de la zona segura estaba allí; y allí se quedaría, porque intentar recuperarlo era una locura, el colegio ya pertenecía a los muertos.

El misterio de qué estaba ocurriendo en la zona segura quedó resuelto cuando iluminé con la linterna un último lugar y pude unir las piezas del enigma. La respuesta era tan simple como que yo iba con mucho retraso. Si, posiblemente habían evacuado a todos los civiles que pudieron; también se habían atrincherado en el colegio como les habían ordenado otros oficiales… pero eso ya había quedado atrás. El patio y el colegio estaban perdidos, y al ver otras puertas reventadas en el suelo supe que la batalla continuaba en el estadio.

De allí venían los disparos, estaban luchando contra los muertos que se habían colado al estadio. Ya habían logrado entrar allí también.

No era una buena noticia, los muertos ya estaban atacando el segundo núcleo principal de refugiados, y viendo la cantidad que eran en el patio, no creía que quien estuviera luchando fuera a aguantar.

Agudicé el oído y, por debajo del ruido de los disparos, comencé a escuchar gritos; gritos que no eran producidos por los muertos, sino por los vivos. Estaban atacando a los civiles del estadio, estaban muriendo igual que habían muerto los de allí fuera…

Mis temores de que la zona segura estaba comprometida se estaban haciendo realidad delante de mis ojos. En el patio había unos pocos cientos de refugiados, perderlo había sido una catástrofe, si, pero en el estadio había alojados unos mil. Si también estaban cayendo, aquello bien podía significar el final de la zona segura, ¿qué sentido tenía ésta si la mayoría de los civiles a los que se supone que tenía que dar protección estaban muertos?

De repente sentí ganas de vomitar al pensar en todo aquello. Para no acabar mareándome y cayendo sobre los reanimados que me esperaban abajo, comencé a bajar del muro con cuidado, antes siquiera tener una idea de cuál sería mi siguiente paso.

El estadio ya no era una opción, no tenía forma de entrar allí desde donde me encontraba; el único modo de llegar habría sido volviendo hasta la puerta, saltando desde allí al interior y entrando al estadio por la puerta principal. Lo más probable era que estuvieran sacando a todos los civiles que pudieran por allí y los estuvieran llevando a la plaza de toros… podía ir y ayudar pero ¿sería la plaza de toros un lugar seguro?

Sabía que si ni el colegio ni el estadio habían logrado aguantar, la plaza tampoco lo haría; conocía sus entradas, y no eran rival para una horda de ese tamaño. Podían intentar atrincherarse y aguantar hasta quedarse sin comida y agua, pero el resto estaba perdido. A esas alturas los muertos ya tenían que haber llegado también a los edificios donde se había alojado a las autoridades de la ciudad, puede que incluso hasta el hospital… sencillamente eran demasiados como para contenerlos. La zona segura estaba condenada.

“Tal vez debería volver” pensé tras meditar unos segundos, “no

puedo ayudar a nadie aquí, lo he intentado pero no ha podido ser.”

Era duro dejar morir a todos mis compañeros y a los civiles indefensos que llevábamos protegiendo semanas, pero no podía hacer otra cosa. Si cogía el coche podría llegar a la casa de Patricia y regodearme en mi miseria el resto de mi vida en tan solo unos minutos. Era lamentable que esa fuera mi mejor opción, porque dejarme matar allí y unir mi cadáver al del resto del ejército español no era una idea que me sedujera.

Me colgué el fusil a la espalda y comencé el camino de vuelta a través de la urbanización. Mi viajecito no había tenido ningún sentido, había llegado tarde, aquél lugar prácticamente era historia. Cientos de compañeros habían muerto, los civiles también… y Fran, y mi novia, mis padres, mi hermano… hasta ese hijo de puta de Kevin y sus amigos de mierda estaban muertos, ¿dónde me dejaba eso? ¿Dónde dejaba eso a la humanidad? ¿Quedaría, a esas alturas, alguna otra zona segura en pie, o todas habían acabado igual? La creación de zonas seguras había sido una idea casi universal, los únicos lugares que no habían intentado refugiar a cuantos civiles pudieran dentro de recintos fortificados eran los que ya habían sido invadidos. ¿Habría alguna zona segura, segura de verdad, capaz de resistir y hacer honor a su nombre?

Eran preguntas para las que no tenía respuesta.

En todo aquello iba pensando cuando me pareció ver dos figuras moviéndose agazapadas detrás de las columnas de uno de los edificios de la urbanización. Inmediatamente me descolgué el fusil y lo preparé para abrir fuego si un reanimado se me acercaba…

Pero entonces caí en la cuenta de que los reanimados no se agazapan. ¿Podía tratarse de gente viva? Parecía poco probable, viendo el estado en que se encontraba la zona segura, pero ¿y si lo eran?

Me acerqué hacia ellos furtivamente. El movimiento sigiloso era la mejor defensa contra los reanimados, si no te veían no podían atacarte; y con las personas pasaba lo mismo, porque ninguno de los dos me vio aproximarme.

El más bajito de ellos iba delante, agarrando de la mano al segundo, bastante más alto y más corpulento. Se detuvieron al lado de la valla de la urbanización, teniendo la calle al otro lado, y cuando me situé más cerca de ellos y me escondí detrás de una columna pude fijarme un poco más en su aspecto.

El alto no era corpulento, solo lo parecía porque llevaba una gruesa chaqueta por encima; una chaqueta que, si no me equivocaba, era militar, de las nuestras. Podía ser un soldado, o más bien una, porque sus piernas eran demasiado delgadas para tratarse de un hombre. Y el otro, por su estatura y complexión solo podía ser un niño. No pude

evitar sonreír con satisfacción al ver que al menos esos dos se habían salvado de la matanza perpetrada por los reanimados.

Di un paso a un lado y salí de detrás de la columna. Pese a ser tan solo una mujer con un niño decidí mostrarme cauteloso, ya había perdido a un amigo por confiar demasiado en alguien y no iba a cometer ese error por segunda vez.

Como ninguno de los dos parecía ir armado opté por mostrarme con el fusil a la espalda, para no asustarlos, pero con una mano sobre él por si necesitaba acabar utilizándolo.

—Hola. —dije con un tono neutro; en los momentos de tensión la gente se comportaba de forma extraña e impredecible, y temor, ira, agresividad o lo que fuera, no quería que fuera por provocación mía.

Su reacción fue inmediata, la mujer ahogó un grito y agarró al niño de los hombros mientras que él se colocó delante de ella, como queriendo protegerla. Con su menuda estatura, si hubiera querido matarles no le hubiera servido de mucho, ella le sacaba más de una cabeza de altura.

—¡Hey! Tranquilos, no soy un reanimado.

Me acerqué un par de pasos para verlos con mayor claridad. Ella no pertenecía al ejército, solo era una chica de unos diecisiete o dieciocho años que se había vestido con una de nuestras chaquetas; tenía un rostro ovalado bastante atractivo, con una melena castaña y mojada que le caía hasta posarse sobre los hombros. Su figura delgada se dejaba entrever debajo de la gruesa chaqueta. Por algún motivo, en lugar de mirarme parecía que estuviera mirando algo varios metros detrás de mí, pero cuando giré la cabeza no pude descubrir qué era lo que le llamaba tanto su atención.

El niño, por su parte, no apartaba su mirada de mi; era una mirada de desconfianza tan impropia de alguien de su edad, unos diez u once años como mucho, que me dio un poco de lástima que no fuera a ser capaz de intimidar a nadie con ella. Al igual que la chica, tenía el pelo castaño, aunque un poco más oscuro, y también estaba delgado. Los dos tenían que ser civiles, refugiados de la zona segura que habían logrado escapar, como había pensado en un primer momento.

“Bien por ellos, joder” pensé tan eufórico como si mi equipo hubiera ganado la liga; aunque solo fueran dos, eran dos menos que se comerían los muertos vivientes… una pequeña victoria que sabía a gloria después de lo que había visto en el patio del colegio.

—¿Quién eres? —me preguntó la chica algo temerosa; seguía sin mirarme directamente y se aferraba al niño como si fuera un escudo.

—Es un militar —respondió él, dirigiendo su mirada al fusil que me colgaba a la espalda—. Un soldado.

¿Lo era? A esas alturas me sentía más como un tipo con un uniforme militar y armas de militar que como un auténtico soldado

del ejército de tierra español. Hasta unos minutos antes había sido un desertor, y técnicamente no había logrado reincorporarme… de hecho, cuando me encontré con ellos se podía decir que estaba volviendo a desertar.

—Me llamo Sergio y el chaval tiene razón, soy un soldado —no había tiempo para explicaciones que nadie había pedido, si tenía que hacer de militar lo sería—. ¿Venís de la zona segura? ¿Sabéis qué ha pasado ahí dentro?

—¿Tu no? —preguntó extrañada la chica.

El niño volvió a fulminarme con la mirada, pero ella seguía mirando al vacío.

—Estaba… en una misión, fuera —inmediatamente me arrepentí de haber dudado, si se habían dado cuenta, sabrían que era una mentira y no confiarían en mi—. Acabo de llegar, sé que los reanimados lograron entrar.

—Lograron entrar del todo. —fue el niño quien respondió.

A diferencia de la chica, él no parecía tan asustado; percibí en él esa determinación que te hace ser un buen soldado, y también la que te hace ser un cadáver devorado por otros cadáveres si no dejabas que la prudencia ganara la batalla a la determinación.

—Entraron al patio, luego rompieron las puertas y se colaron en el coleg…

Se calló como si hubiera dicho algo prohibido, e inmediatamente miró hacia arriba, a la muchacha, pero ésta no le devolvió la mirada.

—¿Luego al colegio? —sugerí yo terminando la frase por él—. De eso ha debido pasar un buen rato. ¿Habéis salido con algún grupo?

Cabía la posibilidad de que formaran parte de un grupo de civiles evacuados antes de que todo se fuera a la mierda.

—Estuvimos en el colegio una hora antes de que entraran, luego salimos nosotros solos y nos escondimos debajo del muro, hasta ahora. —continuó el niño, que me miraba con una desconfianza aún mayor que un momento antes.

—Eres soldado, ¿no? —soltó la chica de repente, pero sin mirarme, lo cual empezaba a resultarme inquietante—. Nuestros padres estaban entre los civiles que fueron reclutados para matar resucitados. ¿Sabes algo de lo que les ha pasado?

“¿A los civiles del muro? Probablemente estén tan muertos como los militares del muro… pobres chicos.”

—Me temo que no, no sé nada de lo que ha pasado ni de lo que han hecho ahí dentro. ¿Sois hermanos?

—Es mi hermana y yo la protejo. —me advirtió el niño.

Si, tenían rasgos parecidos, el pelo, la nariz, la forma de la cara…

—¿Tu la proteges? —repetí echando un vistazo al muro; tras él, cientos de personas habían sido devoradas vivas por los muertos

vivientes—. ¿Y habéis salido solos? Pues buen trabajo chaval.

No respondió, pero su gesto se volvió un poco menos hosco. Eran civiles, dos críos que probablemente habían perdido a sus padres y que se encontraban perdidos y desarmados en mitad de una ciudad muerta… no podía dejarlos allí solos por muy bien que las hubiera apañado para escapar de la matanza de la zona segura.

Pensé en llevármelos conmigo a la casa de Patricia, si algo sobraban allí eran habitaciones, podrían vivir en la casa que más les gustara. El único problema sería la comida, que se gastaría el triple de rápido, y que una chica y un niño indefensos eran más bien un lastre que otra cosa. Pero, ¿qué otra opción tenían? Si no venían conmigo bien podía pegarles un tiro en ese preciso momento, iba a ser una muerte menos cruel que la que les esperaba si iban solos por la ciudad. Además, la chica no estaba mal, quizá cuando el recuerdo de Patri fuera menos doloroso, con el rollo del último hombre y la última mujer sobre la Tierra…

"Qué imbécil eres, en esa casa el recuerdo de Patri nunca será menos doloroso" me dije con toda la razón del mundo; o quizá tan solo sentía que sería así.

—No podéis ir por ahí solos y desarmados, la ciudad es muy peligrosa, y por esta zona más que ningún otro sitio. ¿Por qué no dejáis que os lleve a un lugar seguro? —les dije con un tono amable, sin embargo la chica comenzó a desconfiar, igual que su hermano.

—¿A qué lugar seguro? —preguntó con suspicacia.

—Se donde hay un edificio que está completamente vacío. Tengo las llaves de una de las casas…

"Donde los llevarás, matarás al niño y la violarás a ella" podía leer en sus ojos.

No sonaba muy bien dicho en las circunstancias en las que nos encontrábamos. Pese a todo intenté insistir, no había otra opción.

—Allí vivía mi novia, pero murió —decirlo resultó tanto o más duro que vivirlo, era como si el hecho se consumara al decirlo en voz alta al compartirlo con alguien; intenté disimular el ramalazo de dolor que me recorrió en ese momento, pero aun así la voz me salió extrañamente aguda al volver a hablar—. Mirad, no quedan lugares a salvo, la zona segura ha caído, solo cabe encontrar un refugio donde intentar aguantar.

—¿Dónde está ese edificio? —preguntó la chica.

¿Sería posible que la hubiera convencido tan fácilmente…? Lo era, al fin y al cabo no tenían donde ir, y lo sabían tan bien como yo.

—Está al noroeste, pasado Ronda de Levante. Tengo un coche cerca de aquí y el camino está despejado porque, bueno, todos los reanimados que había por allí ahora están aquí. —dije señalando el muro a mi espalda.

El niño frunció el ceño con tanta fuerza que me alegré de que las miradas no pudieran matar.

—¡No vamos a ir allí! Nos vamos fuera de la ciudad. —exclamó como si quisiera echármelo en cara.

—¿Fuera de la ciudad? —seguramente habría menos reanimados fuera de las ciudades, no era una idea descabellada, aunque seguía siendo irrealizable si iban desarmados.

—Subiremos hasta que no haya resucitados —siguió explicándome —. Luego iremos a la derecha, hasta las huertas.

La chica no parecía estar muy conforme con aquella decisión, de modo que se le encaró.

—No vamos a ir a las huertas, tenemos que quedarnos por aquí para que nos encuentren.

Me dio la impresión de que ya habían discutido por eso antes, y también tenía la sensación de que, en ese momento, era el niño el que estaba pensando como un adulto y ella la que parecía una cría. ¿Encontrarles? ¿Quién? ¿No se daba cuenta de que no quedaba nadie?

—Sé que es duro de asimilar, pero nadie va a venir a buscaros. La zona segura ha caído, toda la gente que había dentro ha muerto… —intenté razonar con ella.

—¡Eso no puedes saberlo! —protestó la chica con voz temblorosa, me estaba echando la bronca pero aun así seguía sin mirarme directamente—. Tú mismo dijiste que habías estado fuera. ¿O es que era mentira?

—Yo solo veo lo que hay. ¿O es que no has visto la jauría de reanimados que ha entrado?

—No la ha visto —respondió el niño—. Es ciega.

¿Ciega? Eso explicaba por qué no me miraba al hablarme y, aunque le concedía más mérito al chico por haber podido sacarla fuera, reafirmaba más mi postura de que no podrían sobrevivir por su cuenta.

—Pues entonces escucha. ¿Oyes gritos? ¿Oyes disparos? Han arrasado el colegio y ahora están acabando con el estadio, todo el mundo está muriendo ahí dentro —estaba siendo duro, pero ya habíamos perdido mucho tiempo en conversaciones, teníamos que movernos antes de que algún grupo de reanimados nos escuchara y decidiera investigar.

—Pero… nuestros padres… —murmuró.

“Sus padres estaban allí” me recordé.

—Lo siento.

¿Qué podía decir? Aunque no había tenido tiempo para llorarlos, sabía lo que era perder a tus padres. Tampoco quería darles falsas esperanzas si éstas solo servían para que se pusiera en peligro no atendiendo a razones.

Sabía que aún no había aceptado la verdad de lo que le decía, nadie acepta algo así la primera vez que se lo dicen, pero aun así el labio inferior comenzó a temblarle como si fuera a echarse a llorar. Sin embargo, terminó conformándose con abrazar a su hermano y sorberse la nariz.

El niño, por su parte, ni se inmutó. No se creía una palabra de lo que había dicho; todavía era demasiado pequeño para enfrentarse a algo así. Pero el mundo se había convertido en un lugar duro, tendrían que hacer frente a esas muertes tarde o temprano.

—Vuestros padres se alegrarían de que, después de todo esto, siguierais vivos; y no me perdonarían que os dejara solos. Si queréis salir de la ciudad me parece buena idea, podemos ir hacia el este, a las huertas. Más allá de Puente Tocinos seguro que encontramos algún lugar donde pasar la noche. ¿Qué os parece?

Había estado tan obsesionado con la casa de Patricia que me había hecho a creer a mí mismo que no teníamos más opciones donde refugiarnos, pero la idea de buscar un lugar en la huerta de Murcia del chaval era bastante buena. Allí seguro que había comida, agua y puede que incluso algún otro superviviente que se escondiera cuando comenzó todo aquello.

—De acuerdo —respondió finalmente la chica secándose una lágrima; aunque el gesto no tenía mucho sentido, al estar empapada de arriba abajo por el agua de la lluvia—. Vale. Iremos contigo.

El chico no puso ninguna objeción, de modo que asentí y eché un vistazo por los alrededores para asegurarme de que no venía ningún reanimado a unirse a la charla.

—Muy bien, iremos a por el coche, lo tengo aquí cerca. Seguidme —dije empezando la marcha de vuelta en dirección al estadio, por donde había dejado el coche aparcado—. Por cierto, aún no se vuestros nombres.

—Yo soy Dani —contestó el niño—. Mi hermana se llama Sandra.

Como única respuesta, Sandra volvió a sorberse la nariz.

—Bien, ahora guardad silencio, no queremos que algún reanimado se dé cuenta de que andamos por aquí.

Me hicieron caso y no dijeron una palabra cuando comenzaron a seguirme. El chico, Dani, hacía de lazarillo de su hermana, llevándola de la mano tras mis pasos. No podía dejar de pensar en que una chica ciega, en un mundo de muertos vivientes, tenía tantas posibilidades como un tetrapléjico… y no obstante allí estaba, viva cuando todos los demás habían muerto. Seguramente no era consciente todavía de lo que le debía a su hermano pequeño. Más tarde, cuando hablar fuera más seguro, tenían que explicarme cómo habían hecho para salir vivos de aquello, porque no era capaz de imaginarlo, pero tampoco creía que me estuvieran mintiendo.

—Tenemos que dar un rodeo considerable —les expliqué cuando saltamos al otro lado de la valla—. Hay reanimados más adelante.

Volví a recorrer exactamente el mismo camino, pero en dirección contraria. Tenía que ser especialmente cuidadoso en aquella ocasión, si llamábamos la atención de los muertos vivientes podíamos acabar en un serio aprieto, y ya no iba yo solo, tenía que estar pendiente de los dos hermanos.

Tardamos casi diez minutos en llegar de nuevo a la calle de la entrada a la zona segura.

—¿Qué es esa peste? —preguntó Sandra arrugando la nariz.

El montón de cuerpos descompuestos seguía allí, por supuesto, soltando al aire ese olor más propio de una cloaca que de la calle de una ciudad. Sin embargo, todavía estábamos muy lejos de ellos y el olor apenas se notaba… era increíble que lo hubiera podido percibir tan pronto.

—Los muertos que ya no se levantarán —respondí—. Tenemos que pasar por encima de varios cadáveres, va a oler muy mal, os aviso.

Tarde me di cuenta de que, quizá, debería haber dado un nuevo rodeo. Había elegido esa calle, pegada al muro, porque la consideraba más segura al no haber visto reanimados antes, pero una calle llena de cadáveres putrefactos quizá era demasiado para un niño, y a ella le costaría rodearlos sin tropezarse al no poder verlos.

—¡Puaj! Que olor más insoportable… ¿Y son… muertos? —preguntó Sandra haciendo una mueca de asco.

—Sí. —le respondí tratando de no respirar por la nariz, estaba ya saturado de ese olor de mi paso anterior por aquella zona.

—Dios… ¿y qué… qué hacen aquí?

—Estamos cerca de las puertas, estos reanimados fueron abatidos conforme iban llegando, pero luego nadie se molestó en quitarlos del camino. —me giré a mirarlos para ver cómo iban, pero inmediatamente deseé no haberlo hecho porque tropecé con un torso putrefacto y resbalé hasta casi caerme al suelo.

Terminé con la bota derecha impregnada de carroña putrefacta.

—Cuidado con este. —les advertí asqueado.

Sandra mantenía la compostura mientras avanzaba, no poder ver tenía que ayudar mucho en esa situación; se ahorraba contemplar una escena más propia del cine gore que del mundo real. Pero Dani no tenía esa suerte, y el pobre hacía tal esfuerzo para no vomitar que incluso se olvidó de adoptar el gesto hosco que me había estado mostrando todo el rato.

“No debí traerlos por aquí” me lamenté un poco tarde.

Me había acostumbrado tanto a los muertos, los cadáveres y la sangre que me había olvidado por completo de que algunos tenían la suerte de no haber visto tantos como para haberlos deshumanizado.

Para mí ya no eran personas, solo trozos de carne putrefacta; pero a ese pobre chico de diez años tenía que estar causándole un trauma.

Distraerme con mis propios pensamientos casi me cuesta la vida. De repente, una mano podrida me agarró de la bota y una cabeza cadavérica, unida a un cuerpo que se arrastraba por el suelo impulsándose con el otro brazo, intentó morderme. Tenía los reflejos lo suficientemente entrenados como para ser capaz de rechazar el mordisco dándole una patada en la cara. Después metí la suela de la bota en su boca y le salté los dientes de un golpe. Una vez controlado le machaqué la cabeza con la culata del fusil.

—¿Qué pasa? —gimió Sandra aferrándose a su hermano, el cual se dobló y terminó vomitando en el suelo mientras yo transformaba la cabeza del reanimado en una pulpa sangrienta.

"Putos inútiles" me dije pensando en los soldados del muro "¿No saben eliminar a un maldito reanimado dándole un tiro en la cabeza? No me extraña que hayan ganado ellos."

—Solo era un reanimado que no estaba muerto del todo. —le respondí a la chica después de que el cadáver dejara de moverse, pero ella estaba pendiente de los vómitos de su hermano.

"Es mi culpa, solo es un crío y lo he metido entre una pila de muertos, va a tener pesadillas durante meses."

—Ya está, ya pasó —le consoló agachándose hasta su altura y abrazándole mientras él se limpiaba la boca; luego giró su cabeza hacia mí—. Si hay uno podría haber más, ¿no?

Tenía buena intención, pero estaba quedando como un completo idiota. ¿Cómo iban a confiar en que conmigo estarían a salvo si no dejaba de hacer el imbécil? Ellos, por su cuenta, habían logrado salir de la masacre de la zona segura ilesos, algo que ni yo estaba seguro de haber podido imitar, y tras un momento conmigo estaban peor que allí dentro.

"Vamos Sergio, ponte las pilas" me animé.

—Será mejor que vayamos por otra calle, ¿de acuerdo? Esta está intransitable y es más peligrosa de lo que pensaba.

No dijeron nada a favor o en contra, el chico seguía encontrándose mal y su hermana se limitó a consolarle. Me acerqué a ellos y le ofrecí mi cantimplora a Dani para que se limpiara la boca de vómito, luego ambos bebieron un largo trago de agua.

"Tenía que haber empezado por ahí" me dije mientras yo también bebía un poco; con todo lo que estaba pasando tenía la garganta seca.

Si nos metíamos por la otra calle podríamos encontrarnos con algún reanimado despistado, pero podría abatirlo con facilidad, así que busqué una salida por la cual abandonar ese campo de cadáveres y seguimos en dirección al coche, que se encontraba en el siguiente cruce de carreteras. Un par de siluetas tambaleantes nos iban

siguiendo el paso, pero estaban muy lejos y no iban a llegar a alcanzarnos; nos marcharíamos nosotros en el coche mucho antes de que lo hicieran, así que preferí no decirles nada…

Y entonces comenzó el caos. Sin previo aviso empezó a escucharse el ruido de docenas de armas siendo disparadas muy cerca de allí. El sonido fue tan repentino y me sobresaltó de tal manera que me encontré con el fusil en las manos, preparado para disparar, sin recordar habérmelo descolgado del hombro.

—¿Qué es eso? —exclamó Sandra también sobresaltada, intentando hacerse escuchar por encima del ruido.

La pregunta solo tenía una respuesta posible.

—Los muertos vivientes han llegado a la plaza de toros. —los disparos sonaban demasiado cercanos para venir de otro lugar, tenía que ser la plaza de toros, no cabía duda.

Habían entrado por el colegio, habían tomado el estadio y estaban arrasando la plaza también; su voracidad no tenía límites… al menos había parado de llover de una puta vez.

—Tenemos que seguir, venga. —les indiqué con un gesto de mano que, obviamente, solo el chico pudo ver; al habernos detenido, los dos reanimados que nos seguían habían recortado distancias, y no me apetecía tener que liarme a tiros allí.

—¿Y si alguien sale? —preguntó Dani de repente.

Podía ver el coche al final de la calle, estábamos a punto de largarnos de aquel horror.

—¿Cómo? —no le hice mucho caso a su pregunta porque, de repente, tenía otros asuntos de los que preocuparme; una figura tambaleante se encontraba dando vueltas cerca del coche… al final iba a tener que abrir fuego.

—¿Y si alguien sale de la plaza, como nosotros? —el vomitar había destruido toda su fiereza, la pregunta tenía un tono dubitativo e inseguro que no habría mostrado antes delante de mí.

—La fachada exterior de la plaza fue sellada para que los reanimados del exterior no pudieran entrar —le expliqué sin perder de vista a los que teníamos en ambas direcciones—. Solo se puede salir de la plaza de toros desde dentro de la zona segura, no hay ninguna puerta que dé fuera. No podemos hacer nada por ellos.

No era del todo cierto, a lo mejor, con un poco de suerte, algún afortunado lograba escabullirse hasta el exterior; aunque aquello pareciera imposible, tenía delante de mí dos ejemplos de que lo imposible podía ocurrir. Pero no podíamos quedarnos allí mirando como la zona segura terminaba de ser arrasada, las calles eran peligrosas, y más en plena noche, como demostraban los tres reanimados que tenía a la vista. Que tras aquél muro hubiera unos cuantos miles de muertos vivientes también influía, si lograban salir

mientras estábamos esperando a ver si escapaba alguien vivo tendríamos problemas muy serios.

Ninguno de los dos me llevó la contraria, aunque Dani no dejaba de desviar la mirada hacia la plaza mientras recorríamos el último tramo que nos separaba del vehículo. El reanimado que se encontraba vagabundeando por allí nos vio y comenzó a tambalearse hacia nosotros. No podía sentir más que admiración ante la capacidad de aquellos seres para moverse en la oscuridad; no importaba la poca luz que hubiera, siempre te encontraban.

—¡Hay uno ahí! —gritó Dani señalando al frente.

Sonreí, pero inmediatamente me di cuenta de que acababa de quedar como un incompetente de nuevo. Al no decir nada sobre el reanimado parecía que el niño lo había visto antes que yo.

“Pues a ver qué os parece esto.”

—Ya lo veo —me coloqué el fusil sobre el hombro, apunté y disparé; fue un solo tiro, pero los sesos del reanimado saltaron por los aires y su cuerpo cayó al suelo, salpicando en un charco—. Arreglado.

Había sido un disparo a treinta metros por lo menos, y en la oscuridad; me tenía que haber ganado su respeto por narices.

—¿Qué ha pasado? ¿Está muerto? —preguntó Sandra dándole un tirón a su hermano—. ¿Era de los de dentro?

—No, este estaba dándose un paseo por aquí fuera —respondí colgándome el fusil al hombro de nuevo; los reanimados que teníamos a la espalda aun estaban lo bastante lejos como para no preocuparme demasiado—. Pero los disparos atraerán a todos los de la zona que aún no se hayan enterado de lo que ocurre aquí. El coche está ahí mismo, será mejor darse prisa.

CARLOS

En la situación en la que me encontraba solo podía pensar en que la moto, como vehículo, dejaba mucho que desear. La que había cogido de la pizzería tan solo era un pequeño ciclomotor, y desde luego ése no es el medio de transporte más adecuado para moverse por una ciudad llena de zombis. Si hubiera tenido a mano una moto cuando estaba en mi barrio me habría sido muy útil, todo el tiempo que había perdido dando vueltas buscando un lugar por donde salir con el coche me lo podría haber ahorrado, para salir de allí solo tendría que haberme metido por la acera o entre los huecos de los coches. Pero en plena avenida despejada de coches ir en moto era una forma estupenda de ser vulnerable a que un zombi decidera tirarse encima mía.

Y es que, pese a que la avenida no estaba demasiado poblada de muertos vivientes, aquello podía llegar a ocurrir si no iba con cuidado. El petardeo del motor llamaba su atención con facilidad y desde la suficiente distancia como para que les diera tiempo a meterse en mitad de mi camino, y más de una vez tuve que maniobrar para esquivarlos.

Nunca había llevado una moto antes, y descubrí por las duras que era tan bueno manejando una como llevando un coche. La lluvia tampoco ayudaba demasiado, el suelo estaba resbaladizo y, como no llevaba casco, el agua me golpeaba directamente en la cara entorpeciéndome la visión.

Sonreí al pensar que, cuando llegara a la zona segura, no podía contarle a mi madre que había ido en moto sin casco; si se enteraba era capaz de alistarme al ejército a la fuerza, y sinceramente, ya había tenido suficientes zombis para el resto de mi vida.

Lo malo era que las cosas que no podría contarle empezaban a acumularse: los dos muertos, la droga, prácticamente haber mangado un coche, conducir una moto sin casco… y también estaba lo que sí tendría que contar, que nuestra casa se había convertido en cenizas.

Pero todo eso sería más adelante, todavía tenía que llegar a la zona segura, y el destino se empeñaba en ponérmelo difícil. Si me hubieran dicho que iba a tardar dos días en recorrer los aproximadamente dos kilómetros que separaban mi casa y aquél lugar me habría reído hasta hartarme. Y sin embargo allí estaba, todavía en camino y con la noche encima por segunda vez. Al menos solo me quedaba menos de una

décima parte del camino por recorrer, esa noche sí que iba a dormir bajo protección militar y con mi familia.

El ruido de los disparos había sido un acompañamiento constante durante todo el camino y, al ir acercándome, cada vez sonaban más fuertes e intensos. No sabía qué podía significar aquello, ¿cuánto tiempo se necesitaba para matar a unos zombis? Debía ser un grupo muy grande, porque hasta yo con mi piolet me habría encargado a esas alturas de un grupo pequeño.

Sin embargo, había asuntos más acuciantes de los que ocuparme que los problemas de los militares con los zombis. Tenía el hospital ya enfrente, podía ver su silueta contra las nubes, que no dejaban de descargar lluvia sobre mi; la zona segura estaba a mi alcance por fin, pero no podía llegar hasta ella.

El puente del hospital había sido destruido por completo. Donde antes hubiera tres magníficas plataformas, una para cada sentido de la marcha y otra peatonal, ya solo había dos carreteras y un camino derruidos. Los escombros de lo que había sido un puente sobresalían en el agua del río, y unos enormes cables blancos yacían desperdigados por el camino de tierra que transcurría junto al cauce del Río Segura.

Fijándome un poco más atentamente en ellos descubrí que, entre los cascotes, había cosas que parecían ser cuerpos, o más bien trozos de ellos. Estaban bajo montones de piedras, como si el hundimiento del puente los hubiera sepultado. No me costó mucho suponer a partir de aquello que los militares habían volado el puente para que no se acercaran zombis.

Lo malo es que también me impedía acercarme a mí. No quería empezar a perder los nervios otra vez, solo era un pequeño contratiempo en el camino a la salvación, pero empezaban a ser tantos que era normal desesperarse. ¡Qué inocente era cuando salí de casa y pensé que en un par de horitas estaría en la zona segura! No tenía ni idea de lo que iba a sufrir para conseguirlo.

Una pareja de zombis que había dejado atrás con la moto momentos antes se estaban acercando demasiado, de modo que di la vuelta y seguí el camino hacia el siguiente puente. Solo eran trescientos metros y, aunque era un puente peatonal, no creía que fuera a tener problemas con eso tal y como estaban las cosas. Con lo único que podía tener problemas era con que también lo hubieran hundido.

“En ese caso volveré al otro puente, bajaré al río y empezaré a lanzar trozos de zombi contra el puto hospital hasta que vengan a recogerme o me peguen un tiro” me prometí mientras aceleraba con la moto.

No sabía lo que me esperaba al otro lado, no podía ver demasiado

ya que por culpa de las nubes ni siquiera había una luna que iluminara un poco la noche, pero no me pareció ver ninguna silueta humanoide que indicara que allí había un zombi. Con un poco de suerte podía llegar si más problemas, aunque luego tendría que ver qué ocurría con los zombis a los que disparaban los militares.

Aun estando tan cerca, no era capaz de averiguar de qué parte de la zona segura provenían los disparos. El eco que hacían en los edificios distorsionaba completamente el sonido y, por tanto, cualquier posibilidad de identificar el lugar de origen desaparecía.

Pero aquello no me preocupaba ni la mitad que los zombis que tenía más cerca. Aunque los hubiera dejado atrás, sabía que seguían viniendo en mi dirección y, si tenía que retroceder por alguna razón, como que no hubiera puentes en pie, me alcanzarían. Había descubierto que la velocidad era la mejor arma contra aquellos seres; si les pillabas desprevenidos, entre que se daban cuenta de lo que ocurría y que intentaban reaccionar, te daba tiempo a pasar de largo; pero si te tocaba dar la vuelta, como podía ser mi caso, ya estarían alerta y en movimiento, preparados para cogerte.

Para mi tranquilidad, no habían destruido el segundo puente. Al verlo allí, de pie y despejado de muertos vivientes, sentí un ramalazo de alegría como no había sentido en semanas. Por fin iba a volver a ver mis padres y a mi hermana, por fin podría olvidarme de los malditos zombis para siempre… no me eché a llorar porque todavía tenía que cruzar, no por falta de ganas.

Aceleré con la moto y atravesé por completo el puente, incorporándome a la carretera de nuevo al otro lado dando un pequeño trompicón en la acera. No era del todo cierto, como pensaba un momento antes, que estuviera el camino despejado, pero tampoco había muchos zombis por allí, y todos parecían dirigirse en dirección a la zona segura, probablemente atraídos por los disparos. Una anciana con un solo ojo y un brazo mordisqueado se fijó en mí, pero dando un acelerón puse tierra por medio sin prestarle demasiada atención. Ya estaba tan cerca…

Llegué hasta el hospital unos segundos más tarde. Con la luz de la moto vi que las ventanas más bajas del edificio habían sido completamente tapiadas para que los zombis no pudieran atravesarlas. Por lo que sabía, la zona segura abarcaba un buen trecho de avenida y varias calles, y al tenerla allí delante me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaban las entradas y salidas de aquél lugar.

Los disparos se escuchaban más cercanos, pero seguía sin saber su origen. Como no podía quedarme parado, o todos los zombis que llevaba a mis espaldas me alcanzarían, giré a la derecha y comencé a subir por la Avenida de la Fama. Era una carretera bastante ancha, con dos carriles a cada lado y una mediana, casi tan ancha como otro

carril, llena de árboles. También tenía árboles a mi derecha, donde se encontraban los edificios de viviendas, la mayoría de los cuales disponía de algún tipo de negocio en las plantas bajas, aunque por algún motivo había un montón de coches abandonados ocupando casi toda la acera. Sin embargo, a mi izquierda habían arrancado hasta el último árbol, y un muro gris oscuro de por lo menos tres metros de altura unía las fachadas de los edificios cuando entre estos había algún hueco. Rodeando el muro había alambre de espino y, clavado en él, vi varios cuerpos, algunos en avanzado estado de descomposición.

Supuse que eran cuerpos de zombis que se habían enredado allí al avanzar contra la zona segura y, una vez inmovilizados, los militares les habían disparado para cargárselos y los habían dejado pudrirse al sol. Era una imagen asquerosa, pero no peor que los cadáveres que había desperdigados por el suelo. Al igual que los clavados en espino, debían haber sido abatidos por los militares… a los cuales no veía por ninguna parte, aunque se suponía que debían estar protegiendo el muro.

Los cuerpos del suelo eran más fácil de esquivar que a los zombis vivos pero, al pasar por al lado de uno que llevaba bastante tiempo pudriéndose, me llegó un olor a putrefacción tan nauseabundo que me hizo recordar a los dos cadáveres descuartizados que había dejado en la pizzería. Se me revolvió el estómago por enésima vez en el tiempo que llevaba de viaje, aunque en cierta forma fue un alivio, ya que perdí el apetito por completo, que no había sido escaso al llevar un día entero sin comer nada.

Conforme más subía, más cercanos se escuchaban los disparos y, aunque debido a la oscuridad apenas podía ver lo que tenía por delante, supuse que me estaba acercando al lugar donde se producía el tiroteo… y eso no era bueno, donde había disparos también había zombis.

Detuve la moto y me planteé dar la vuelta e intentarlo por el otro lado, pero eso parecía aún más desalentador, ya que tendría que cruzarme con los zombis que había dejado atrás. Como ninguna opción me convencía, decidí seguir adelante y ver como estaba la situación. Si podía, esquivaría la zona de combate y continuaría buscando la entrada, con suerte incluso podría toparme con algún militar que hubiera por allí para que me guiara hasta algún lugar seguro por donde entrar.

Pero apenas había llegado a la altura de la salida a la izquierda que llevaba hacia el estadio, de no haber estado el camino cortado por el muro, cuando descubrí el por qué del tiroteo constante, y también que me sería imposible esquivar la batalla…

Pese a que estaba oscuro y no podía verlos apenas, deduje que tenían que ser cientos de ellos. Eran tantos que durante una fracción

de segundo pensé estúpidamente que tenía que tratarse de gente viva y que me había metido dentro de la zona segura sin darme cuenta. Pero no era así, los zombis, en una cantidad que no había visto junta jamás, salían de entre los edificios y se lanzaban contra el muro, mientras los soldados los masacraban a tiros. El alambre de espino no había servido allí para evitar que no llegaran al pie del muro, los zombis sencillamente lo habían hundido bajo el peso de los cuerpos de sus propios congéneres. Desde lejos, los disparos no me habían permitido escucharlos, pero estando casi a lado de la multitud de muertos vivientes podía escuchar sus gemidos y gruñidos. Era un sonido terrorífico.

Me estremecí al pensar que llevaba horas oyendo disparos… debían llevar todo el día cargándose zombis. Enfoqué con la luz delantera de la moto toda la calle para contemplar mejor a la multitud, y pude ver cómo esos seres caminaban por encima de sus propios caídos para lanzarse al ataque. Los cuerpos en el suelo y contra el muro se amontonaban conforme los muertos vivientes eran acribillados…

Era sobrecogedor contemplar ese espectáculo, pero más lo era intentar sacar la cuenta de cuantos de aquellos seres podía haber allí… no eran cientos, tenían que ser miles entre los “activos” y los caídos. ¿Es que no quedaba nadie vivo en esa maldita ciudad? ¿Todo el mundo había acabado transformado en una de esas cosas?

Estaba tan embobado pensando en eso que por un momento me olvidé con qué clase de criaturas estaba tratando. Al enfocarlos, varios de ellos se olvidaron del muro y se fijaron en el pobre diablo que les encandilaba con la luz de una moto. En cuanto variaron su rumbo y se dirigieron a por mí giré y di la vuelta a toda prisa… de todas formas no podía pasar por allí, tendría que rodear toda la zona segura, probar por el otro lado y rezar para que por allí estuviera más despejado de zombis y me dejaran pasar.

Comencé a bajar, desandando mis pasos con el ciclomotor e intentando que la escena que acababa de presenciar desapareciera de mi cabeza, pero apenas había llegado al cruce con la Calle de Gloria cuando los zombis que antes había tenido a la espalda me dieron alcance. En aquél punto, la mediana servía también de aparcamiento, y no había un solo espacio libre… más aun, los coches abandonados me bloqueaban la acera y, por tanto, solo tenía los cuatro carriles por donde moverme.

El espacio que dejaban entre ellos podría haber sido suficiente para pasar muy temerariamente si hubieran estado distraídos; pero como no era el caso, haber intentado colarme entre ellos habría sido un suicidio. Un tirón podría hacerme caer de la moto y convertirme pasto de los zombis.

—¡Mierda! ¡Joder! —maldije en voz alta recordando a los que

había atraído con las luces y también me perseguían desde el otro lado… en un instante me habían acorralado del todo.

Viéndome condenado a no poder moverme con la moto la única opción que tenía era dejarla y atravesar entre los coches abandonados de la acera, allí los torpes zombis no podrían seguirme. Pero si la moto ya me ofrecía poca seguridad, moverme a pie me ofrecía aun menos, y si tenía que ir a oscuras era mucho peor todavía.

“Ojalá hubiera cogido una linterna” pensé al recordar que en mi casa tenía una guardada en el escritorio.

La guardé cuando se fue la luz y apenas la había utilizado para no gastar las pilas, por si la necesitaba para una emergencia. No había mayor emergencia que en la que me encontraba, pero en esos momentos aquella linterna formaba parte de las cenizas de mi casa. No había nada que hacer.

Ya me había resignado a jugármela a pie cuando vi unos contenedores junto a los coches en mitad de la mediana. Esos contenedores tenían ruedas, y estaba solo a unos metros del muro. ¿Para qué seguir buscando puertas y jugarme la vida si podía simplemente saltar y entrar de una maldita vez?

Reaccionando casi instintivamente dejé la moto en el suelo y corrí hacia el contenedor. Los zombis que bajaban estaban lejos todavía, pero los que subían podían alcanzarme si no me daba prisa, de modo que comencé a arrastrarlo con todas mis fuerzas hacia el muro. Hizo un ruido infernal al ser movido, un ruido que tan solo se vio amortiguado por el sonido de los disparos más al norte. Pesaba, seguramente estaba lleno, y me tuve que detener un segundo antes colocarlo al pie del muro para a recuperar el aliento tras el esfuerzo de desplazarlo hasta allí.

Durante el pequeño respiro, tres de los zombis, que no estaban dispuestos a dejarme tranquilo ni un instante, habían llegado al cruce y estaban a menos de diez metros de mí. Empezando a pensar que no lo conseguiría, empujé el contenedor sobre el espino, que ofreció resistencia pese a que estaba empleando todas mis fuerzas.

Al final no pude pegarlo a la pared de hormigón, pero si reducir la distancia que los separaba. El peso ayudó a que el espino no terminara haciendo de muelle y alejara el contenedor cuando lo solté, y al final logré que la separación fuera de algo menos de medio metro.

Subí al contenedor resoplando y con el corazón en un puño… trepar no era lo mío, y alcanzar la parte superior de aquél muro se me antojaba difícil. Gracias al contenedor ya había subido metro y medio, pero el límite del muro me llegaba a la altura de la cabeza, y yo no era el tipo más musculado del mundo precisamente.

Los zombis rugían abajo, no tenía tiempo que perder o me alcanzarían, así que, nada convencido, levanté las manos y me agarré

al borde, luego di un salto e, impulsándome con los brazos, luché por llegar arriba…

Pero no lo conseguí, las fuerzas me fallaron y volví a caer sobre el contenedor, que se tambaleó peligrosamente; al principio creía que por haber caído sobre él, pero luego comprobé que tenía a los tres zombis a los pies, dándole golpes e intentando agarrarme o hacerme caer. Me asusté tanto al escuchar sus gemidos y ver sus rostros muertos tan cerca que intenté trepar de nuevo, en aquella ocasión subiendo el pie derecho sobre el muro tras el impulso inicial.

Lo logré de milagro, durante un segundo pensé que no tendría la fuerza suficiente para subir el resto de mi cuerpo pero, seguramente ayudado por tener el estómago vacío y la amenaza de la muerte, saqué fuerzas de flaqueza y terminé alcanzando la cima.

Aquél muro tenía casi un metro de grosor, de modo que pude quedarme tumbado sobre él e intentar volver a respirar con normalidad estando por fin a salvo. Los tres zombis tenían ya dos amigos nuevos que se habían unido a la fiesta, y pronto tendrían muchos más… pero trepando ellos eran aún peores que yo.

—¡Jodeos cabrones! —les grité con voz débil mientras estiraban sus putrefactas manos hacia mí en vano.

Pese a que ya estaba fuera de su alcance, no me gustaba un pelo tener que verles la cara, de modo que inmediatamente bajé al otro lado de aquella bendita barrera, y en cuando mis pies tocaron el suelo me sentí bien, incluso alegre. ¡Por fin había llegado a la zona segura! ¡Por fin a salvo de los zombis!

Tenía ganas de saltar, de gritar y de celebrarlo, pero, sobre todo, tenía ganas de ver a mi familia. Me daba igual la casa quemada y todo lo que había ocurrido, en cuanto estuviera con ellos todo iría bien. Cuando les explicara lo que había pasado seguro que no se enfadaban, a fin de cuentas había gente mucho peor ahí fuera… mucho, mucho peor. Las casas se podían reconstruir y arreglar, los muebles se podían comprar, pero los que habían muerto ya no tenían arreglo, y por lo que había visto atravesando la ciudad y en la batalla que se estaba llevando a cabo, no eran pocos los que habían sufrido tan aciago destino, ni mucho menos.

Me encontraba sobre la calzada de la calle de Gloria, con edificios que habían tenido la suerte de estar dentro de la zona segura a ambos lados. Frente a la entrada de los que quedaban a mi derecha había rectángulos en el suelo, delimitados por una pequeña valla, donde el césped ornamental crecía casi salvaje. No había un solo coche en toda la calle, los que pudiera haber allí aparcados cuando comenzaron las obras de la zona segura probablemente eran los mismos que me habían cortado el paso, impidiéndome meter la moto por la acera. Los militares se habían limitado a sacarlos fuera y dejarlos allí tirados,

donde no les molestaran a ellos.

Comencé a avanzar lentamente, más por querer alejarme de los gemidos de los zombis del otro lado que por ansias de explorar. Había caído en la cuenta de que me había colado en un recinto militar, e igual eso no les hacía ninguna gracia, ya que tendrían sus propios protocolos para permitir la entrada de gente de fuera.

Mientras recorría la calle iba mirando las ventanas de los edificios, preguntándome si alguien estaría viviendo en ellos, fueran sus legítimos dueños o a quienes los militares hubieran colocado allí. Sabía que la zona segura se componía, sobre todo, de tiendas de campaña militares colocadas en el estadio de futbol, la plaza de toros y el patio del colegio, pero allí había unos cuantos edificios que eran aprovechables como viviendas también.

“Seguramente sean para gente importante” me imaginé, pensando en que todos los políticos y autoridades de la comunidad estarían también refugiados allí.

No era capaz de concebir que el alcalde de la ciudad o el presidente de la comunidad, por ejemplo, estuvieran viviendo en una tienda rodeados de gente, lo más probable era que los hubieran metido en una casa para ellos solos. Me pareció tremendamente injusto, una vez fui a acampar durante cuatro días, y pernoctar dentro de una tienda de campaña era algo incomodísimo. Nada como una buena cama blanda y una habitación con paredes para dormir en condiciones.

No había dado ni diez pasos cuando escuché el sonido de unas pisadas que se acercaban al trote desde el fondo de la calle. No estaba seguro de si quería que me vieran tan pronto, de modo que rápidamente me metí tras la esquina del edificio más cercano y esperé a que pasaran.

Eran cinco, iban armados con fusiles y, en cuanto aparecieron doblando la esquina, trotaron en mi dirección. Por un momento pensé que iban a pillarme, pero en cuanto avanzaron unos metros se metieron por otra calle, en dirección norte, y se perdieron de vista. Aquella tropa parecía dirigirse hacia el lugar donde la marabunta de zombis atacaba el muro.

No salí de mi escondite hasta que dejé de escuchar los pasos. Me senté en el suelo pensando en lo estúpido que era al no ser capaz siquiera de llegar al lugar seguro de la forma correcta. Ver las armas de los soldados me había acojonado un poco, y ya no tenía tan claro que fueran a estar tan felices de verme aparecer; después de todo venía de fuera y tenía la ropa llena de sangre. ¿Y si pensaban que estaba infectado? Ningún zombi me había tocado un pelo, pero ellos solo tenían mi palabra, y eso no les iba a valer una mierda.

En tales condiciones empezaba a plantearme que ni siquiera llegando a la puerta me hubieran dejado pasar y, por lo tanto, que

estuviera dentro podían considerarlo hasta un peligro. Si les daba la gana podían incluso dispararme para asegurarse… no sería la primera vez que hacían algo así con gente que consideraban infectada, según había escuchado en las noticias cuando todavía había televisión.

"Al final el ejército va a resultar más peligroso que los zombis" pensé arrastrándome hasta la esquina de nuevo para ocultarme de cualquier otro militar que pasara por esas calles.

Todo lo contento que estaba un minuto antes se había ido a la mierda con un mero pensamiento, ¿por qué no era capaz de pensar esas cosas antes de hacerme ilusiones y así ahorrarme la posterior decepción?

No tenía nada claro qué hacer a continuación, de modo que me quedé allí sentado para intentar aclarar mis ideas y encontrar una solución. Estaba cansado no sabía por qué, ya que no había sido un día demasiado activo; en su mayor parte me lo había pasado en la pizzería sin hacer nada. Pero aun así estaba cansado y harto de problemas, habría vendido mi alma por dormirme y despertarme en mi cama, antes de que la casa se quemara… o, puestos a elegir, antes de que toda la crisis de los muertos vivientes empezara.

Decidí esperar, los militares parecían muy ocupados con la horda de zombis de fuera, y lo peor que podía hacer era aparecer en mitad de una situación de tensión. Cuando acabaran con ellos podría presentarme, y que hicieran lo que tuvieran que hacer… seguramente tendría que responder muchas preguntas, pero pensar que me iban a dar un tiro quizá era exagerar un poco. Tampoco sabía por dónde empezar a buscar a mi familia, no sabía en qué lugar los habían alojado y aquél lugar era demasiado grande y estaba demasiado vigilado como para ponerme a dar vueltas sin ton ni son.

Debí pasar en el rincón que había elegido, a salvo de la lluvia gracias a los balcones de un edificio, por lo menos una hora. Por fin había empezado a secarme un poco, no era nada agradable sentir el frío invernal clavándose en la piel a través del agua, y seguro que no me libraba de un buen resfriado, pero aquél era el menor de mis problemas en ese momento. Me había tirado toda aquella hora reflexionando sobre todo lo que había pasado. Durante días había permanecido en mi casa, ajeno a lo que estaba ocurriendo en el exterior y, de repente, el exterior me había dado una bofetada por la que aún estaba mareado y tambaleándome. Sin duda mis padres tampoco sabían hasta qué punto estaba todo tan mal cuando se fueron, de lo contrario no me habrían permitido quedarme en casa.

"Lo cual habría sido un acierto" pensé al recordar que tuve que drogarme para poder dormir una noche seguida por culpa del miedo, el asco y lo deprimente que era ver la ciudad abandonada a los zombis… y los muertos, claro, sobre todo por las dos víctimas

mortales que cargaba a la espalda.

Abrí la mochila para sacar uno de los botellines que había cogido de la pizzería, pero antes de coger el botellín me encontré con mi pequeño alijo de heroína. Me había propuesto tirarlo al río para deshacerme de él, pero me olvidé completamente llegado el momento. Observé la bolsita durante unos segundos, pensando en todas las veces que me habían dicho que las drogas eran malas. Puede que lo fueran, pero de no ser por aquél chute que me metí no habría podido dormir la noche anterior… el poder narcótico de aquella sustancia era increíble, lo único malo eran los efectos previos y posteriores a la somnolencia, aunque estaba seguro de que, en la dosis adecuada, eso se podía controlar.

"Si me hubiera presentado ante los militares con esto sí que se habría armado una buena" me dije con cierto apuro.

Había sido útil, pero había llegado la hora de deshacerse de la droga, no quería buscarme problemas con los militares, y mucho menos que mi familia supiera de su existencia.

Me encontraba dudando entre tirar la bolsa al otro lado del muro, fuera de la zona segura, o simplemente esconderla por algún lado, cuando se escuchó una explosión que me sobresaltó tanto que casi di un salto en el sitio.

Sonó como si un rayo hubiera caído por allí cerca, y con eso lo confundí al principio, pensando que la lluvia se había transformado en tormenta. Pero fue algo más que el sonido de un trueno, a aquél ruido repentino se le sumó el estruendo de la piedra quebrándose y de los escombros golpeando el suelo. Había sido una explosión, y no demasiado lejos.

"¿Qué cojones ha pasado?" me pregunté poniéndome en pie e intentando, en vano, ver algo entre la oscuridad y los edificios.

¿Habían volado algo por los aires los militares? Igual que habían hecho con el puente, quizá habían decidido cortar alguna calle con explosivos, o algo así. La lucha contra los zombis parecía de lo más encarnizada, aquellos seres eran una multitud incontable, así que también cabía la posibilidad de que estuvieran utilizando algo más potente que los disparos de fusil de asalto. Si había sido eso último, la lucha no duraría mucho más, los zombis solo morían cuando se destruía su cabeza, pero un montón de zombis desmembrados y descuartizados por el suelo no suponían una amenaza demasiado grande.

No escuché nada más, los disparos parecieron volverse aún más intensos, pero además de eso la explosión no supuso ningún cambio, la batalla seguía. Volví a sentarme, dispuesto a retomar el problema de qué hacer con la droga… y fue entonces cuando empecé a escuchar otras cosas distintas a disparos o explosiones, un sonido mucho peor.

“¿Gritos?” pensé levantándome de nuevo.

Sonaba como si se hubiera organizado un tumulto, pero estaba demasiado lejos del punto de origen como para estar seguro. Me acerqué cautelosamente, atravesando entre los edificios y moviéndome entre los naranjos que adornaban la calle para evitar a algún posible grupo de soldados que pasara por allí, y cuando estuve a mitad de camino de la siguiente calle escuché una voz como la de un megáfono diciendo algo que no llegué a entender.

Me detuve un momento antes de asomarme a la calle que se encontraba junto al estadio. No pasaba nadie por allí, pero los ruidos se hicieron más nítidos. Desde luego eran gritos, y los disparos de los militares, aunque menos frecuentes, aún se producían. No podía ver el origen, pero sonaban cerca o, quizá, en el propio colegio. Algo había pasado allí, de eso no cabía ninguna duda.

Me volví a refugiar detrás de un edificio. Si se estaba produciendo algún tipo de tumulto me parecía un momento para presentarse aún peor que cuando el problema eran los zombis. No podía imaginar qué problemas podrían haber provocado los disturbios, pero sentía curiosidad. Probablemente la vida no era cómoda dentro de la zona segura, pero si la gente de ahí dentro hubiera sabido cómo estaban las cosas fuera seguro que no se quejarían.

Me quedé allí, agazapado durante un buen rato y preguntándome qué estaría pasando. Pensé que mi curiosidad se saciaría cuando vi salir de entre las casas que había al lado del colegio a un niño andando. Debido a la oscuridad no podía verlo bien, pero me pareció que iba solo, caminando lenta y tranquilamente hasta la misma calle que no me atrevía a pisar yo. Miré a ambas direcciones para asegurarme de que no había nadie más, los disturbios seguían en el colegio, de la dirección de la cual venía el chico, pero éste estaba completamente solo.

Sin perder un segundo salí de mi escondite para darle alcance, no quería asustarlo apareciendo de repente de la oscuridad, pero no se me ocurría ninguna forma de no asustar a un niño que no tendría más de diez años y que caminaba a oscuras en solitario.

—¡Hey amigo! —saludé con tono amistoso, caminando lentamente en su dirección.

No dijo nada, pero se detuvo y se giró para ver quién le hablaba. No había salido corriendo, eso era algo.

—Oye, ¿sabes qué está pasando ahí?

No respondió, solo se quedó mirándome completamente paralizado. No podía verle la cara, de modo que no sabía si estaba asustando o pensativo, así que dejé de acercarme; no quería que echara a correr porque no iba a seguirle hasta donde se encontraban los militares disparando.

—¿Sabes qué está pasando? —repetí sin ningún resultado, no soltó prenda.

Empezaba a pensar que aquél chico tenía algún problema cuando hizo una especie de gorjeo con la boca y comenzó a caminar hacia mí... había algo en su forma de moverse que no me gustaba nada, pero era imposible…

—¿Te encuentras bien? —le pregunté dando un paso hacia atrás.

De repente era yo el que estaba asustado, y en cuanto estuvo lo bastante cerca de mí para verle la cara descubrí que tenía buenos motivos.

—No… no puede ser. —balbuceé retrocediendo para alejarme todo lo posible de aquella cosa.

El niño había dejado de serlo en cuanto algún zombi decidió que la mitad de su cara, cuello y tórax le servirían como cena. La escena era horrible, había visto niños zombi, pero no tan cerca, no tan… personales. Al pobre crío lo habían destrozado a mordiscos y se había convertido en un muerto viviente descerebrado. Era algo terrible, pero más terrible aún era la cruda verdad que tenía delante de mis narices: había un zombi en la zona segura.

De repente los gritos que venían del colegio cobraron sentido, un sentido horrible.

—Es imposible. —pronuncié las palabras en voz alta como si así el zombi fuera a desvanecerse en el aire.

Quería estar soñando, encontrarme en un delirio provocado por la droga, porque la verdad era demasiado para mi, sencillamente no podía soportarlo más. Si ni en la zona segura podía estar lejos de los zombis, lo mejor que podía hacer era dejar que ese niño me mordiera y acabar de una vez con aquél suplicio.

Sin embargo no lo hice, y cuando quise darme cuenta estaba alejándome de él, trotando en la misma dirección en la que había venido el grupo de militares que había visto pasar antes. No podía entender cómo había entrado ese zombi, y si los gritos serían realmente porque habían entrado más, pero cuando llegué al lugar donde la calle giraba al sur, al llegar a la plaza de toros, percibí varias siluetas detrás del niño… podían ser personas vivas pero, por si acaso, no iba a pararme a comprobarlo.

En aquella curva una gran puerta roja permitía pasar al estadio, o lo habría permitido si hubiera estado abierta, mientras que un portón de color marrón en el otro lado daba acceso a la plaza de toros. Había dejado al niño atrás, y en el lado interno de la curva había una casa bastante grande cuya valla estaba cubierta por un seto de hiedra que protegía de la vista bastante bien. Podía seguir huyendo hasta recorrer de lado a lado la zona segura, sin saber qué me podía encontrar o si habría algún lugar seguro, o podía tomar la curva y meterme dentro

de la casa cuando el zombi del niño, que era el que tenía más cerca, no me viera. Esa criatura estúpida no sería capaz de encontrarme jamás.

Al final opté por saltar a la casa, prefería echarme a un lado a ir corriendo delante de los zombis. Bajo la frondosa hiedra había una valla de hierro verde que no me costó trepar, y al saltar al otro lado terminé metiéndome en una especie de jardín. Por la oscuridad no podía ver exactamente qué tenía a mí alrededor, pero no escuché más pasos cerca que los del niño arrastrando los pies por la calzada que acababa de abandonar, así que el jardín debía estar vacío.

Retrocedí un poco, intentando no hacer ruido con la hierba del suelo, hasta que comencé a pisar baldosas de piedra. Estaba casi pegado a la fachada de aquella casa, que tenía dos pisos, además de la planta baja. Las ventanas de abajo estaban cubiertas por rejas, lo que me molestó porque, aunque no tenía intención de colarme dentro, si la cosa se ponía fea podía no tener más remedio que hacerlo, y aquello ya no era una opción.

Escuché al niño pasar de largo y seguir calle abajo hasta perderse, pero un instante después los pasos y gemidos de otros zombis los sustituyeron. Mis temores eran ciertos, aquellas otras siluetas también eran zombis… no era un caso aislado, los muertos vivientes es habían colado en la zona segura.

A través de un hueco entre la hiedra podía ver sus siluetas recortadas entre la oscuridad mientras pasaban por delante de mí. Eran muchos, al menos para mí, pero posiblemente también para cualquiera que no tuviera un fusil de asalto militar. Primero pasaron dos, tambaleándose con ese andar torpe tan característico mientras gimoteaban sin motivo aparente; luego llegaron otros dos, y después tres más, y otros tres, y cuatro…

Me aparté de la hiedra para dejar de mirar. Aquello era mucho peor de lo que parecía, los zombis se estaban paseando por la zona segura impunemente. Se escuchaban disparos de los militares, pero sonaban lejanos y, desde luego, eran mucho menos frecuentes que antes. ¿Es que no les estaban plantando cara?

Sentía la garganta seca otra vez, de modo que abrí la mochila con mucho cuidado de no hacer ruido y saqué uno de los botellines de agua que llevaba. Di un largo trago y, con el agua aún en la boca, pensé en lo paradójico que era tener sed cuando el resto del cuerpo lo tenía chorreando por la lluvia, que casi había escampado. Di otro trago y mis preocupaciones cambiaron… de repente recordé de que mis padres y mi hermana estaban también en la zona segura, después de todo por eso había ido hasta allí.

Si hubiera tenido algo en el estómago habría vomitado. ¿Y si estaban en el colegio? ¿Y si les habían atacado los zombis? El corazón

se me puso a cien por hora y sentí el impulso irrefrenable de salir fuera y correr a buscarlos.

Pero sabía que era una locura, en cuanto saliera los zombis me comerían. Ni siquiera sabía si mis padres estaban en el colegio, podrían haber estado en el estadio o en la plaza de toros. Más aún, ni siquiera sabía si los zombis habían llegado a atacar a la gente del colegio, quizá si iban por aquella calle solitaria era porque los militarles les habían cortado el paso para que no se aproximaran a ellos.

Intenté calmarme y ser paciente, no iba a conseguir nada dejándome matar, solo podía esperar que estuvieran bien y que el ejército se estuviera encargando de todo… pero me resultaba difícil aferrarme a eso cuando los disparos solo eran un sonido residual a esas alturas.

"¿Dónde cojones os habéis metido?" me pregunté con rabia, "¿Por qué no os estáis cargando a estos cabrones?"

Como respondiendo a mi pregunta, la puerta roja del estadio se abrió con un chirrido y una docena de soldados salieron de allí, armados con fusiles y preparados para disparar.

Los muertos vivientes se detuvieron y giraron sus cabezas hacia ellos, pero antes de que pudieran empezar a andar los militares abrieron fuego. Un tintineo metálico y un chispazo en la valla me hicieron darme cuenta de que una bala perdida podría acabar conmigo igual que el mordisco de un zombi, de modo que me arrojé al suelo y me cubrí la cabeza con las manos, mientras a mí alrededor se producía el tiroteo; al igual que aquellos seres, esos soldados no podían verme, y me encontraba justo en el lugar indicado para recibir todas las balas perdidas.

Hasta que no cesaron los disparos, unos segundos más tarde, no me atreví a levantar la cabeza para echar un vistazo.

—¡Vamos! ¡Venga! —gritó la voz de un hombre.

Empecé a escuchar docenas de pasos corretear y, al asomarme, vi que la puerta de la plaza de toros también estaba abierta. Un numeroso grupo de personas salía del estadio para entrar por ella, y mientras lo hacían, la docena de militares se encargaba de cualquier zombi que se acercara demasiado.

"¿Qué hago? ¿Salgo y me voy con ellos?"

Cualquier cosa era mejor que quedarme allí, aunque no sabía cómo iban a reaccionar cuando me vieran aparecer saltando la valla, pero habría que averiguarlo.

Ya me había levantado y estaba dispuesto a treparla cuando otro hombre gritó.

—¡Cuidado! —y acto seguido alguien abrió fuego, lanzando una ráfaga de balas contra un objetivo que yo no podía ver.

Temiendo que me hubiera visto u oído y me hubiera confundido con un zombi me lancé al suelo y me quedé allí tumbado otra vez.

—¡Deprisa! ¡Vamos! —exclamó la misma voz.

No me disparaban a mí, solo a un grupo de muertos que se acercaba. Volví a asomarme solo para comprobar que seis de los soldados se habían adelantado unos pasos y estaban disparando contra la horda, mientras que, tras ellos, los refugiados más rezagados entraban en la plaza. Los soldados restantes comenzaron cerrar las puertas.

"¡No no, no! ¡No me dejéis aquí, cabrones!"

Intenté ponerme en pie y comenzar a trepar, pero una bala rozó la valla metálica a solo un metro de mí y me asusté. Cuando volví a mirar la puerta solo tenía una rendija abierta, por donde se iban metiendo los soldados mientras retrocedían con los zombis casi encima. Tres ya habían pasado y un cuarto estaba en ello. El quinto pasó también, pero al sexto lo agarraron los muertos antes de que pudiera colarse.

Como tan solo estaba a unos pocos metros de mí, pude ver como un zombi le clavaba los dientes entre los hombros y el cuello. La criatura rugió como solo rugen cuando tienen una presa a su alcance; el soldado gritó de dolor y lanzó una ráfaga de balas sin poder apuntar a nadie en concreto. Un segundo después, el resto de zombis se le echaron encima.

La puerta de la plaza se cerró del todo, sus compañeros le dejaron abandonado a merced de los zombis. El grito de dolor del hombre se convirtió en un auténtico alarido de agonía mientras los muertos vivientes comenzaban a devorarle vivo…

Era demasiado para mí. Me aferré a la valla y salté al otro lado sin pensar en lo que hacía. Todos los zombis cercanos se abalanzaban sobre el pobre soldado que estaba siendo devorado, de modo que no me prestaron atención. El suelo estaba lleno de bultos, zombis que habían sido abatidos y que tuve que esquivar para salir corriendo de allí.

Los últimos estertores del hombre me sonaron lejanos mientras corría, intentando no pensar en nada, en dirección Oeste. No me detuve hasta que no dejé de escuchar los pasos y gemidos de esos seres.

—Madre mía. —bufé apoyándome en la fachada de un edificio para tomar aire.

No podía pensar con claridad, estaba histérico, tenía lágrimas en los ojos, y solo quería salir de allí cuanto antes. La zona segura, de repente, me parecía una mierda de segura.

"Mamá, papá. Sara…"

Pensar en mi familia me daba aun más ganas de llorar. No sabía

dónde estaban, ¿en el colegio, en el estadio, en la plaza de toros? Era imposible saberlo, e igual de imposible averiguarlo.

Tenía el otro lado del muro al final de la calle, no podía verlo bien pero sabía que estaba allí. Los zombis que había dejado atrás no tardarían en alcanzarme, no sabía si alguno me había visto y si se acordarían de mí tras el banquete que se estaban dando con el pobre soldado, pero no iba a arriesgarme. Dentro de la zona segura no encontraría refugio a menos que aprendiera a trepar paredes, de modo que comencé a correr de nuevo, hacia el muro, hacia una salida.

Un edificio al lado izquierdo y la propia plaza de toros al derecho hacían que el fragmento de muro que protegía la zona segura en ese punto tuviera tan solo unos diez metros de largo, fusionándose en ambos extremos con las dos edificaciones para cortar el paso desde el exterior. Me acerqué rápidamente pensando que allí encontraría una salida. El muro medía sus buenos tres metros de altura en ese lado también pero, al estar dentro, supuse que habría algún modo de subir; después de todo, los soldados patrullaban por encima y, aunque solo había diez metros que cubrir, alguien tendría que vigilarlos.

Un destello de luz me alcanzó directamente en la cara, cegándome momentáneamente… efectivamente alguien estaba vigilando el muro. Me cubrí los ojos con una mano para intentar averiguar quién me estaba apuntando, pero el destello no me dejaba ver nada.

—No eres un reanimado. —dijo la voz de un hombre.

Apartó la luz de mi cara, pero lo único que pude ver de él era un pequeño foco, como el de una linterna, sobre el muro.

—¿Eres un civil? ¿Qué haces aquí?

Su tono no era muy amigable precisamente, se notaba que estaba tenso y casi debía dar gracias porque no me hubiera disparado nada más verme; después de todo, yo también había confundido a un zombi con un niño de verdad.

—Vienen por detrás —fue lo único que se me ocurrió responderle, su aparición había sido tan súbita e inesperada que me había quedado en blanco; no sabía si que me descubriera había sido bueno o malo—. Son muchos… muchos.

Alzó la luz, dirigiéndola detrás de mí, como si esperara encontrarse a los zombis acechando entre la oscuridad. Sin la luz apuntándome directamente a los ojos pude verle un poco mejor, me había parecido más joven por la voz, pero aquel hombre debía haber pasado los treinta años sobradamente. En la cabeza tenía unas entradas de un tamaño considerable y lucía unas ojeras que delataban su cansancio. Por lo demás, era un militar más, con su uniforme y su fusil, pero sin casco. La fuente de luz con la que me había cegado no era otra cosa que una especie de pequeña linterna instalada sobre su arma. Muy peliculero, pero efectivo.

El soldado no era de los más jóvenes, o al menos no lo parecía, puesto que el haber perdido casi todo el pelo de la cabeza le daba un aspecto más envejecido.

—Eres un civil… ¿Por qué no estás en la plaza de toros? —preguntó volviendo a alumbrarme con la linterna.

“Qué también significa apuntándome con el arma” me recordé mientras tragaba saliva antes de responder.

—No… no pude entrar —contar la verdad habría supuesto dar muchas explicaciones, y aunque no pudiera verlos, tenía a los zombis detrás, si es que no estaban ya por todas partes—. Por favor, los he visto, están por aquí, solo quiero salir.

Me quedé plantado en el sitio, no me atrevía ni a moverme mientras me estuviera apuntando con un arma. ¡Joder! ¿Por qué me estaba apuntando con un arma? Él mejor que nadie debía saber que esas cosas matan.

Se tomó unos segundos para pensar y no me pareció prudente interrumpirle, aunque el miedo a que los zombis aparecieran de repente detrás de mí era cada vez mayor.

—No puedo dejarte salir, nadie puede salir, son las órdenes. —contestó finalmente con un tono menos agresivo, y quizá incluso algo dubitativo.

Desde luego era un contratiempo, ya que lo que yo quería era justamente largarme de aquél lugar cuanto antes. La zona segura era una farsa, seguramente un montón de gente había muerto en el colegio y puede que también en el estadio, a lo mejor incluso mi familia…

Decidí no pensar en eso, porque si no, no podría soportarlo; solo me centraría en ponerme a salvo yo, no podía hacer otra cosa… y en esos momentos aquél capullo me lo impedía. Me podía haber cagado en sus muertos con toda la razón del mundo, pero era demasiado cobarde para decirle algo así a un hombre armado.

—Al menos déjame subir ahí, por favor —mi tono era casi de súplica, y teniendo en cuenta la situación en la que me encontraba, suplicar no estaba de más—. Te juro que no saltaré al otro lado, pero no me dejes aquí abajo. ¡Por Dios, hay muertos ahí atrás!

Entonces volví a escucharlos en la distancia, sus pasos lentos y arrastrados, sus gemidos desacompasados y que helaban la sangre…

Avancé hasta la base del muro movido por un repentino temor. Estaba contra la espada y la pared, si no me dejaba subir ese imbécil me comerían como al otro soldado, cuyos gritos agónicos aun podía escuchar en mi cabeza.

—¡Ahí vienen! ¿No les oyes? ¡Por favor! —en ese momento si que estaba suplicando de forma completamente genuina, pero el muy idiota se limitó a seguir buscando con la luz de su fusil a los zombis.

—Está bien, ven. —dijo finalmente echándose el fusil a la espalda y agachándose para tenderme una mano.

Sin dudar un segundo la agarré y me impulsé hacia arriba. Reconozco que fue él quien hizo casi todo el trabajo para subirme, pero era fuerte y no le costó demasiado. En cuanto estuve sobre el muro me sentí mucho mejor, aunque el corazón todavía me latía a toda velocidad en el pecho.

Mientras me ponía en pie yo también, el soldado iluminó el fondo de la calle, por donde, efectivamente, los zombis se acercaban. Miré al otro lado, al exterior del muro, y vi que en el suelo, sobre la carretera, había una buena cantidad de bultos desperdigados por todas partes. Eran los cuerpos putrefactos de los zombis que habían matado. A plena luz del día aquello debía ser una escena espantosa, un campo de muertos pudriéndose al sol.

Aunque no podía irme, lo cierto era que no había pensado qué hacer una vez fuera. Mi prioridad siempre había sido salir y escapar de los zombis, y luego ya preocuparme de lo demás, así que no tenía ningún plan. A mi casa no podía volver, y de noche no podía ver a un zombi a menos de diez metros, por lo que pasearse por la ciudad era una idea pésima. ¿Pero acaso tenía alguna alternativa?

—Ahí están, hijos de puta. —dijo el soldado colocándose el fusil sobre los hombros.

Di unos pasos a un lado para estar lo más lejos posible del arma si llegaba a dispararla, y me senté apoyando la espalda contra la pared del edificio al que estaba pegado el muro. La parte superior tenía un metro de grosor, pero me parecía poco espacio para andar de pie haciendo equilibrios. Aquél soldado no parecía tener ese problema, seguramente ya estaba acostumbrado.

—¡Mierda! Son demasiados. —exclamó bajando el arma.

Tenía razón, no sabía si porque me habían visto o por azar, pero la misma horda que se comió al soldado estaba a tan solo unos metros de nosotros… o quizá una igual de grande, no me había fijado en cada detalle de cada zombi para poder identificarlos.

No sabían trepar, pero tampoco me sentía muy seguro con unos muertos vivientes luchando por cogerme tres metros por debajo de mi. Sin embargo, el soldado se colgó el arma a la espalda con toda parsimonia.

—Espero que no te den miedo, porque los vamos a tener aquí abajo un buen rato. —dijo despreocupadamente, como si aquello no fueran zombis, sino unos molestos pero inofensivos gatitos.

No dije nada, solo me quedé observando cómo la horda de zombis llegaba y, al vernos sobre el muro, inmediatamente se lanzaban a por nosotros, pegándose a la pared y estirando los brazos para agarrarnos, pero quedándose cada intento por lo menos un metro corto.

No supe cuánto rato estuvimos allí, pero durante todo ese tiempo no pude apartar la vista de los muertos que gruñían, bramaban y gimoteaban bajo el muro. No podía verles bien, pero sí que podía intuir las mutilaciones que habían sufrido a manos de sus congéneres antes de pasar a formar parte ellos también del ejército de muertos vivientes. A uno le faltaba un brazo, a otro toda la parte inferior de la mandíbula, vi a uno al que le habían devorado un costado, dejándole un agujero por el que se podían ver hasta las costillas… y como si aquellas imágenes no fueran bastante, cuando se juntaron los suficientes empezó a alcanzarme un repugnante olor a podrido que me hizo sentir nauseas. Si no vomité entonces debió ser porque ya me estaba acostumbrando, o porque no tenía nada que devolver.

Lo único bueno que había pasado fue que por fin paró de llover.

—Qué raro. —dijo el soldado, que me había dicho que le llamara Félix, y que resultó ser bastante amable, pese a la impresión inicial que me había llevado de él.

Antes me había explicado que, al parecer por un accidente o negligencia, se había producido una explosión que voló parte del muro del colegio, y que por allí habían entrado los zombis. Me preguntó dónde estaba yo alojado antes de contarme que la mayoría de la gente del patio del colegio, unas quinientas personas, y las del estadio, casi mil más, probablemente habían muerto.

—Estaba en el estadio —mentí, por alguna razón sentía muchas ganas de contarle la verdad, pero no sabía si podía permitírmelo, de modo que improvisé una historia con lo poco que había visto—. Nos sacaron de allí para llevarnos a la plaza, pero me quedé atrás y tuve que venir hasta aquí.

La historia pareció convencerle, y como tampoco tenía ningún motivo para pensar que le estaba mintiendo no hizo más preguntas.

No fue hasta un buen rato después, estando yo ya desesperado de ver zombis, cuando empezaron a sonar los disparos de nuevo. Aquello alarmó más a Félix que a mí, e inmediatamente sacó un pequeño aparato de radio.

—¿Qué pasa? —le pregunté mirándole preocupado.

—No lo sé, esos disparos vienen de la plaza —contestó mientras trasteaba con el aparato—. Hace un rato había una cacofonía increíble por la radio, pero ahora no recibo nada… no están dando órdenes.

“La plaza de toros es el último lugar que queda a salvo” pensé con el corazón en un puño.

A la fuerza, me había convencido de que mis padres y mi hermana no estaban en el patio, después que tampoco estaban en el estadio, pero si había problemas en la plaza de toros ya no quedaban más lugares…

—¡Joder! ¡Mira eso! —exclamó de repente señalando hacia el exterior de la zona segura.

Miré hacía donde señalaba preguntándome qué nueva putada tenía reservada el universo para mi, y cuando vi lo mismo que Félix había visto empecé a pensar que el universo era un sádico sin conciencia. Un grupo de zombis de un tamaño considerable se aproximaba por entre las calles en dirección a la zona segura. No era ni mucho menos tan grande como el que estaba ya dentro, pero en cuanto llegara hasta nosotros estaríamos atrapados encima del muro con una multitud de muertos vivientes a cada lado.

Apoyé la cabeza contra la pared del edificio, desesperado. Al final los zombis nos habían rodeado y no teníamos salida…

—Creo que esto nos va a dar problemas. —murmuró Félix cuando los primeros zombis llegaron a nuestra altura.

“¿En serio? ¿Tú crees?” me habría gustado gritarle, pero justo en ese instante se escuchó una explosión, no tan fuerte como la que había empezado todos los problemas, pero si lo suficiente para hacer temblar el suelo. Me aferré a los bordes del muro en cuanto sentí el temblor, no quería caerme sobre la manada de zombis que tenía abajo.

¿Qué coño había sido eso?

LAURA

No llegamos a avanzar demasiado. Cuando el pequeño grupo, escoltado por una decena de militares, llegó hasta la valla que rodeaba la urbanización en la que nos encontrábamos, descubrimos que una considerable marea de resucitados bajaba desde la calle Santa Rita, cortándonos el paso.

—¿Rezagados? —preguntó la única mujer que había entre ellos, la soldado que me había salvado la vida subiéndome al muro en el último momento.

Ella era la única de los diez que llevaba puesta una gorra de camuflaje con un escudo negro sobre la visera. El significado de ese símbolo lo desconocía.

—O recién llegados, no lo sé. Pero sí sé que tenemos que ir por allí y que nos cortan el paso. —respondió el teniente que lideraba a los soldados; que nos lideraba a todos en realidad… si queríamos salir con vida de allí no teníamos otra opción que seguir a quienes tenían las armas y nos podían conducir a un lugar seguro.

Aquél hombre tenía un aspecto siniestro por culpa de una cicatriz bajo el ojo derecho, pero después de tantos rostros cadavéricos y medio descompuestos, esa pequeña imperfección parecía poca cosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó una chica joven a mi lado.

Apenas era una adolescente. Llevaba por encima tan solo un pijama mojado y daba muestras de estar helándose de frío. Le habría prestado con gusto alguna prenda, pero solo tenía lo puesto, y lejos de sobrarme nada, yo también estaba congelándome. El resto de mi ropa se había quedado en la tienda de campaña.

—¡Silencio! —susurró el teniente volviéndose para mirarla—. Si nos escuchan no podremos salir de aquí jamás.

Aquellas palabras asustaron lo suficiente a la pobre niña como para dejarla callada, pero hizo que muchos otros comenzaran a susurrar entre ellos. Yo no tenía ánimo para ponerme a cuchichear sobre nuestra situación allí fuera, estaba tan impactada por cómo se había ido todo al garete en un instante que solo quería guardar fuerzas, tanto físicas como mentales, para poder seguir adelante y poner tanto a mi hija como a mí a salvo antes de derrumbarme.

El teniente llamó con un gesto a dos soldados más, y entre ellos comenzaron a murmurarse cosas que no podía oír.

Sentí como Susi se limpiaba los mocos en el hombro de mi abrigo

y, puesto que íbamos a estar allí parados al menos un rato, la bajé al suelo para descansar los brazos. Me arrodillé a su lado para poder verla bien, y pasándole la mano por la cara le sequé el agua de lluvia.

—No tienes miedo, ¿verdad? —le pregunté sonriendo, intentando infundirle valor, aunque no sabía hasta qué punto podía resultar valerosa una cara malherida como la que lucía en esos momentos, ni tampoco alguien que se sentía de muchas formas, pero no valiente.

Negó con la cabeza con vehemencia, pero permaneció inexpresiva mientras le colocaba bien el abrigo. Frente a nosotras, los militares seguían cuchicheando entre sí, y dos más se habían unido a la conversación, mientras que la otra mitad permanecía alrededor del grupo vigilantes. Entre los civiles, tan solo el hombre de la barra de hierro llevaba algo parecido a un arma, y él también aguardaba pacientemente a la decisión de quienes nos guiaban.

No tenía especial interés en correr delante de resucitados. Si de mi hubiera dependido habríamos esperado allí hasta que se marcharan… el muro nos protegía de los resucitados de dentro, y las vallas, la noche y el silencio de los de fuera. Para mí eso era mejor que ponerse a cruzar una calle llena de muertos vivientes en un intento de llegar a otro lugar supuestamente más seguro.

Susi volvió a sorberse los mocos.

—¿Tienes frió? —le pregunté algo preocupada.

Mis temores de que Adrián pudiera haberla contagiado accidentalmente casi habían desaparecido, pero podía coger una pulmonía mojándose bajo la lluvia con ese frío; y los médicos no era algo que abundara… mucho menos en un momento tan incierto como en el que nos encontrábamos. Yo no tenía claro que pudiéramos volver a la zona segura simplemente acercándonos, como parecía ser el objetivo de los soldados, pero supuse que ellos sabrían mejor que yo como funcionaba todo aquello.

Susi volvió a negar con la cabeza y, para asegurarme, le puse la mano sobre la frente buscándole la temperatura. No sirvió de mucho, al estar mojada de agua de lluvia fue imposible ver si estaba más caliente de lo normal, pero al menos parecía tener buen aspecto.

—¿Vamos a volver a la tienda? —me preguntó en un volumen ligeramente más alto del apropiado para el momento.

—¡Shhhh! No hables tan alto —le dije con cariño—. No lo sé, a lo mejor vamos a una tienda nueva. ¿No prefieres una tienda nueva a la vieja?

— Mmm… no —respondió tras pensarlo un instante—. Me gusta la tienda vieja, allí podemos dormir todos juntos, en casa no podíamos.

—¿Ah sí? ¿Te gusta más vivir en la tienda que en casa? —le pregunté sonriendo mientras la cogía de las manitas para que entraran en calor.

Ella volvió a pensárselo, pero al final asintió. Bendita inocencia, era conmovedor ver como prefería poder dormir con sus padres a todas las comodidades que tenía en nuestra casa. Gracias a su edad no se despertaba con dolor de huesos por tener que pasar la noche sobre uno de esos catres infernales, y no tenía que ir al colegio, además de tener a sus padres a su plena disposición veinticuatro horas al día. ¿Por qué no iba a gustarle?

"A partir de ahora solo tendrá a su madre" me recordé cayendo en la cuenta de que ya era viuda.

Pese a que había supuesto un alivio, me costaba hacerme a la idea de que Adrián estaba muerto. Cuando pensaba en viudas se me venían a la cabeza ancianas vestidas de negro, y no me sentía como una de ellas. No iba a guardarle ningún luto a mi marido, ya había tenido bastante luto mientras vivía, y en cuanto a Susi… no sabía cómo darle la noticia, se encontraba en esa edad en que las niñas adoran a sus padres, aunque sus padres sean unos cabrones maltratadores que realmente no las quisieran.

No estaba preparada para darle una noticia así, no tenía ni idea de cómo hacerlo, si tenía que ser directa o dar rodeos, hablar de muerte o del proverbial "lugar mejor", ni nada de nada. Sabía que en la zona segura había algunos psicólogos especialistas en tratar con gente que había perdido a seres queridos. Desgraciadamente no les había faltado trabajo en los últimos tiempos, pero hasta que volviéramos allí era imposible contar con uno de ellos.

Lo único que tenía claro era que lo superaría. Quizá llorara un poco, pero lo superaría, su padre nunca había hecho nada por ella, no la arropaba por las noches, no la cuidaba cuando estaba enferma, no le enseñaba a atarse los cordones ni jugaba a las palmas con ella. Salvo la vez que la llevó a los servicios y a por agua, después de darme la paliza por la que aún tenía marcas, jamás había hecho nada junto a su hija.

Sentía los brazos cansados de cargar a Susi, y el cuerpo húmedo y frío por la lluvia. De haber podido me habría quitado esa molesta ropa mojada y me habría acostado bajo una gruesa manta bien caliente, ajena a todo lo que estaba pasando. Pero eso no era posible.

—Bueno, cariño, pues a lo mejor nos dan una tienda nueva donde podamos dormir todos juntos también.

Pero para eso faltaba aún bastante, no habíamos traspasado la valla todavía, y si ya teníamos problemas con los resucitados habiendo avanzado solo unos metros, solo Dios sabía qué nos encontraríamos más adelante.

—¿Estáis bien? —el hombre de la barra de hierro se acercó a nosotras sin que me diera ni cuenta, abstraída como estaba en atender a mi hija.

No nos conocíamos de nada pero, al parecer, éramos de los pocos del grupo que se dirigía al muro que logró traspasarlo, y esas cosas unen, aunque tan solo hubieran pasado cinco minutos.

—Sí, estamos bien, gracias —le respondí incorporándome y cogiendo a Susi de la mano; aunque me había parecido mayor cuando lo vi por primera vez, de cerca no le echaba más de cuarenta años, y además tenía un rostro amable que jamás habría asociado a alguien capaz de matar con una barra de hierro—. Perdona, no sé cómo te llamas…

—Llámame… —comenzó a decir en voz baja, pero aun así un soldado hizo un gesto para que nos calláramos; él bajó el tono, pero no se calló—. Llámame Toni.

—Yo soy Laura, y ella es Susi —Susi alzó la vista para mirarle y le saludó con la mano libre—. Siento lo de tus amigos… no muchos lograron salir.

A simple vista solo había una de las chicas y un niño. Ni los dos hermanos o primos, ya nunca sabría qué eran, ni el resto de niños… ni Alicia y su marido, por supuesto. Si me paraba a pensar en ellos casi podía verlos sentados delante de su tienda, charlando y riendo como si estuvieran de vacaciones en un camping. Tenían el don de permanecer alegres cuando lo que el resto del mundo quería hacer era llorar y gritar de desesperación… aunque hubieran sucumbido al pánico e intentado matarme, sentía que iba a echar mucho de menos a las personas que fueron antes de hacer eso.

“Parece que todo el que se cruza conmigo acaba convertido en una persona peor” me dije un poco abatida pensando en Adrián.

—No eran amigos míos —dijo Toni con pesar—. Solo… no sé, nos juntamos para intentar salir de allí, pero no los conocía. Aun así, gracias.

No sabía qué mas decirle, pero en ese instante los militares debieron tomar una decisión y se acercaron hacia nosotros. Todos nos acercamos a su vez hacia a ellos para escucharles.

—No vamos a salir —dijo en voz baja, pero con tono autoritario, el teniente—. Esperaremos aquí hasta que ese grupo se disuelva o se marche. No vamos a arriesgarnos, no habiendo niños.

—¿Qué? ¿Quedarnos aquí? —protestó alguien airado y en volumen más alto del aconsejable—. ¿Estáis locos o qué? ¡Tenemos que llegar a la plaza de toros o al estadio cuanto antes!

“Al estadio no, también han entrado allí” pensé mientras uno de los soldados le hacía un gesto para que hablara más bajo.

—Esperaremos aquí —repitió frunciendo el ceño y rascándose la cicatriz—. No podemos hacer frente a un grupo tan grande, y los disparos podrían atraer a más. Nos protegeremos de la lluvia bajo el edificio y todos guardaremos silencio. Es una orden, no hay discusión,

quien no esté de acuerdo puede marcharse por su cuenta si quiere, le deseo suerte, la necesitará.

Nadie se fue, por supuesto. A mi esperar me parecía bien, de hecho, de haber tomado yo las decisiones, habríamos esperado hasta el amanecer para seguir a plena luz del día. Si algo me gustaba menos que la lluvia que nos acosaba era la intimidatoria oscuridad de la noche, amparándose en la cual un resucitado podía surgir de cualquier rincón para atacarnos. Quedándonos allí podríamos dormir bajo los edificios de la urbanización, en el suelo, si, pero lejos de la lluvia y de los muertos.

Fui con el grupo hasta colocarnos debajo de un edificio cercano, donde todos pudimos sentarnos en el suelo y descansar. Un par de soldados se quedaron apartados, vigilando desde un lugar donde podían ver al otro lado de las vallas los movimientos de los muertos vivientes.

Toni se sentó a mi derecha, mientras que al otro lado lo hizo la chica del pijama. Era un pijama blanco, con dibujos de color rosa pastel que hacían que pareciera aún más niña que adulta.

—¿Por qué no intentas dormir un poco? —le dije a Susi recostándola a mi lado.

Seguramente tendría sueño, ya estaba durmiendo cuando todo aquello empezó y se hacía tarde… aunque no sabía cuánto porque me había dejado también el reloj en la tienda. Además, era probable que fuéramos a quedarnos allí un buen rato, y en silencio, ¿qué mejor oportunidad para dar una cabezada? De no ser porque no habría podido conciliar el sueño después de todo lo que había pasado, yo misma lo habría intentado también.

—No tengo sueño. —contestó estirando sus cortas piernas y apoyando la cabeza sobre mi estómago.

Le pasé un brazo por encima para darle calor, sabiendo que, aunque lo negara, si teníamos tiempo suficiente se quedaría dormida.

—¿No escucháis eso? —dijo unos minutos más tarde Toni, sentado a mi lado y concentrado como si pudiera escuchar algo que nadie más oía… porque además de las últimas gotas de lluvia caer y de los pasos y murmullos de los que estábamos allí no podía oír nada más.

—No se oye nada. —le dije haciendo un esfuerzo por escuchar algo que se me hubiera escapado, pero sin éxito.

—Exacto, no se oyen disparos. —exclamó con una mueca de desagrado.

Era cierto, me había acostumbrado tanto al ruido de los disparos de los militares que me pareció raro no haberme dado cuenta que habían cesado por completo. Cuando salimos del muro ya se escuchaban lejanos, y siguieron escuchándose durante un buen rato, pero de repente se habían callado. Ni un solo disparo en toda la zona segura.

La última vez que pasó algo así fue debido a la proximidad del gran grupo de resucitados, pero con una invasión de muertos acosándonos no tenía sentido, tendrían que haber estado matando a los que invadían el colegio.

—¿Qué significa eso? —intervino la chica del pijama, preocupada.

—Pues que nadie está disparando, obviamente —respondió con brusquedad—. El colegio estaba lleno de esos seres, pero no los están combatiendo.

Todos estábamos calados hasta los huesos, por lo que el único rasgo que demostraba que la chica había estado llorando eran sus ojos hinchados.

—Pero entraron al estadio —añadí yo—. Yo los vi entrar al estadio, abrieron la puerta a golpes, debieron entrar muchísimos si nadie lo impidió.

Solo había visto entrar a unos pocos, pero si los militares habían abandonado el patio, la entrada que comunicaba el patio con el estadio estaría indefensa. Como única respuesta Toni se encogió de hombros, y yo volví la mirada hacia los soldados que nos escoltaban, para ver si también habían notado aquello y, si era así, cómo se lo estaban tomando. No obtuve ningún resultado, estando a oscuras no podía verles bien las caras, pero me pareció que seguían con esos rostros serios que no dejaban entrever ninguna emoción.

“Si han entrado al estadio, pero nadie los está combatiendo, ¿significa que también han perdido el estadio?” pensé con preocupación.

La otra única explicación que se me ocurría era que ya no dispararan porque hubieran acabado con todos los que llegaron al campo de futbol, pero, por alguna razón, me negaba a creer que fuera así. Algo me decía que la gente del estadio estaba tan muerta como la del colegio… y ellos no tenían la opción de saltar el muro para escapar, como habíamos tenido nosotros. Ese estadio era un callejón sin salida, a menos que se dirigieran a la puerta principal.

Sentí un escalofrío en la espalda que nada tenía que ver con el frío invernal, y me obligué a no pensar más en ello. Susi seguía despierta a mi lado, pero sabía que no tardaría en caer frita. Me acomodé para intentar descansar un poco yo también, habían sido demasiadas emociones para un día y lo más seguro era que aún quedaran unas cuantas esperándome.

No tuve la suerte de poder descansar en condiciones. Ni siquiera llegué a dormirme, no habría podido en una situación tan tensa, pero sí me quedé traspuesta hasta el punto de no saber cuánto tiempo había pasado cuando un par de soldados pasaron al trote por delante de nosotros.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Toni mientras comprobaba que Susi estuviera bien.

La pequeña sí que se había quedado completamente dormida.

—Creo que nos movemos, o nos vamos a mover, no sé. —contestó él incorporándose.

Nadie más se había levantado, así que permanecí sentada para esperar noticias, no quería despertar a Susi antes de tiempo.

—Pero aún están ahí… —susurró con aprensión la chica del pijama, que me pareció que estaba demasiado nerviosa como para siquiera plantearse la posibilidad de dormir.

Un leve alboroto se estaba formando entre el grupo, pero los militares lo cortaron de raíz antes de que pudiera llamar la atención de los resucitados. Tras un breve intercambio de palabras, Toni regresó.

—Los resucitados no se mueven, así que van a intentar alejarlos —nos explicó a mí y a cuantos se acercaron a escucharle—. Un par de ellos van a alejarse y atraerlos en otra dirección para despejar la calle y que podamos salir.

Las reacciones de los demás fueron de resignada conformidad, sin embargo yo tenía muy malas vibraciones con respecto a eso… jugar con muertos vivientes no era buena idea.

“Lo mejor es esperar a mañana, a que amanezca” me repetí sin atreverme a exteriorizar aquél pensamiento, ya que me parecía que era la única persona dispuesta a estar más tiempo del necesario allí fuera.

A lo mejor era yo quien se equivocaba.

Todos permanecimos expectantes mientras dos de los soldados dieron un rodeo por el patio de aquella urbanización para salir en el otro lado de la calle. Cargué a una dormida Susi de nuevo en mis brazos, por fin un poco descansados, y esperé órdenes de los militares. Había dejado de llover por fin y, aunque teníamos la ropa húmeda, era alentador saber que al menos no se mojaría más.

Un disparo sonó a una calle de distancia unos instantes después, rompiendo el silencio en el que se había sumido la noche tras la horrible masacre, como si de algún modo estuviera guardando el luto por todos los que habían muerto aquél día. Los soldados nos hicieron gestos para que nos mantuviéramos atrás cuando los resucitados empezaron a moverse en dirección a los que habían disparado.

—Ahora viene lo peor… —dijo Toni con una mueca de fastidio en la cara.

Un momento después el grupo de soldados nos hizo señas para que nos fuéramos acercando, y tres de ellos empezaron a saltar la valla de la urbanización para salir al otro lado. En cuanto lo hicieron, comenzaron a hacernos pasar a los demás.

—Lo siento cariño, pero tenemos que saltar una valla —le dije a Susi despertándola, no quería hacerlo pero no tenía más remedio, no había forma de pasarla al otro lado si no ponía algo de su parte.

Un segundo disparo se escuchó, alertando a los tres soldados de fuera que, rápidamente descartaron que fuera algo preocupante y continuaron con el trabajo de ayudarnos a cruzar.

—¡No! —gimoteó Susi cuando hice fuerzas para soltarla de mi cuello y poder saltar yo.

Había decidido cruzar antes que ella para que estuviera en el lugar seguro mientras lo hacía, pero no parecía estar dispuesta a soltarme.

—Solo será un segundo. —le dije desenganchándomela con toda la delicadeza que pude y dejándola en el suelo, pero inmediatamente empezó a llorar con un llanto bajo y lastimoso y se agarró a mi pierna.

La soldado, que todavía estaba en nuestro lado, se agachó junto a ella y la cogió de la mano.

—Deja a mamá cruzar y te dejo llevar mi gorra, ¿vale cariño? —le dijo con amabilidad.

Susi, con cara triste, se lo pensó durante un segundo, y después asintió. La mujer sonrió y, quitándose la gorra, se la puso a ella.

—¡Pero mira qué bien te queda! Si pareces una pequeña soldadita…

Ayudada por uno de los militares del otro lado salté la valla en unos segundos, e inmediatamente después la mujer levantó de la cintura a Susi y la pasó al otro lado, donde la recogió el mismo soldado que me había ayudado a mí. En cuanto tocó tierra la volví a coger en brazos. La gorra que le había puesto la mujer le venía un poco grande, pero parecía encantada con ella puesta.

La calle a nuestra espalda estaba oscura, los edificios se erguían como tétricas figuras fantasmales, y me alegré de no tener que atravesarlas, ya que nuestro camino transcurría pegados al muro. En cuanto hubimos cruzado todos, el teniente nos hizo un gesto para que le siguiéramos pero, cuando apenas hubo dado un paso, un disparo lejano le hizo detenerse en seco. Al disparo le acompañó otro, luego otro más, y otro… y al final aquello parecía un tiroteo. Sin embargo, esos disparos no venían en la dirección en que los dos soldados se habían ido, sino justamente en dirección contraria, en la dirección hacia la que teníamos que dirigirnos.

—¿Qué es eso? —preguntó alguien.

—Disparos. —respondió otro.

—Me juego una mano a que vienen de la plaza de toros —dijo Toni en voz lo bastante alta como para que todos lo oyéramos—. Habrán empezado a reconquistar terreno.

—Esperemos que sea eso. —replicó el teniente con tono sombrío antes de continuar la marcha.

Los otros dos soldados nos habían despejado el camino, de modo que tan solo tuvimos que avanzar por la calzada de una calle desierta, en la misma dirección en que se escuchaban los disparos.

De repente se escucharon unos pasos que se acercaban por detrás. Los tres soldados que iban en la retaguardia se dieron la vuelta con las armas preparadas para disparar a lo que fuera… pero tan solo se trataba de otro soldado, uno de los que habían salido a distraer a los resucitados, que volvía corriendo hacia el grupo.

"Solo uno" pensé con aprensión.

El hombre corría todo lo rápido que podía, cargado con una mochila a la espalda y un fusil bajo el brazo, y cuando llegó necesitó un momento para recuperar el aliento.

—Vienen —dijo resoplando—. Los alejábamos… pero empezaron los disparos en la zona segura y muchos empezaron a volver… no pudimos contenerlos.

—¿Y Vidal? —le preguntó el teniente, pasándole una cantimplora para que bebiera un trago.

—Lo cogieron mientras volvíamos, pero tuvo suerte, pude dispararle.

Esos seres te devoraban vivo si podían, pocas muertes más horribles se me ocurrían, y seguramente matarlo de un disparo habría sido algo piadoso… pero dudaba que el pobre Vidal se sintiera con suerte.

—Vienen por detrás, les he sacado ventaja, pero hay que seguir, teniente, y de prisa, o nos alcanzarán.

—De acuerdo… ¡Venga! ¡Nos vamos de aquí! ¡Rápido! —nos ordenó reemprendiendo la marcha inmediatamente.

Todos le seguimos bastante asustados, a nadie le gustaba la idea de tener un montón de resucitados pisándonos los talones. Empezaba a temer que yo tenía razón y que salir de aquella urbanización había sido una mala idea, pero con los muertos vivientes a nuestra espalda no había marcha atrás, literalmente.

Avanzamos al trote sobre la carretera y en la primera calle giramos a la izquierda, en dirección sur y, según me pareció, hacia la entrada de la zona segura por la que Adrián se fue y volvió solo unos días atrás.

—¡Oh joder! —gimió un soldado de los que iban por delante frenándose en seco, y junto a él todos sus compañeros y, por supuesto, el grupo que les seguíamos.

El motivo de la detención se hizo evidente enseguida. El camino que teníamos que seguir estaba completamente bloqueado por una manada de resucitados que salían de entre las calles cercanas. Aquellos muertos vivientes sin duda habían sido atraídos por los disparos que habíamos comenzado a escuchar un momento antes, así que tampoco debían andar muy lejos. Realmente eran una plaga…

—Deben estar disparándoles a esos. —dijo otro soldado.

—No, que va —replicó la mujer—. ¿Ves a alguien disparando? Tienen que haber entrado en la plaza también, seguro que es eso.

—Pues eso no es bueno —farfulló el teniente torciendo la boca—. No podrán salir si han entrado.

—¿Cómo que no? —intervino Toni, que se había acercado a escuchar—. Hay una puerta justamente al lado, por la que íbamos a entrar.

El militar negó con la cabeza.

—Esa no da directamente a la plaza, ninguna de las zonas donde los civiles habitaban tenía acceso directo al exterior —nos explicó—. Solo hay una puerta de salida de la plaza, y debe ser por la que han entrado desde el estadio.

—¡Tenemos que movernos! —exclamó alguien desde atrás—. ¡Los tenemos casi encima!

Asustada, me giré a comprobar si era cierto… varias siluetas oscuras se movían a lo lejos, acercándose lentamente pero sin pausa. El corazón empezó a latirme tan rápido que hasta Susi debió notarlo, porque se revolvió inquieta en mis brazos.

“No hay salida, no tenemos salida” pensé completamente aterrada, ya no podíamos dar la vuelta e intentar ir por otra calle, y seguir recto era entrar de lleno en otro grupo de resucitados.

No sabía cómo iban a resolver eso los militares, no eran suficientes para abrirnos paso entre tanto muerto viviente. Si nos metíamos entre ellos, solo podrían llegar a escapar los más rápidos y fuertes, y no me encontraba en ninguna de esas dos categorías.

Estaba buscando con la mirada algún lugar que pudiera servirnos a Susi y a mí de escondite, mientras los soldados se colocaban las armas al hombro, preparados para abrir fuego, cuando nos sacudió una terrible explosión que hizo temblar el suelo e hizo que se me taponaran los oídos.

Susi gimió. Varios trastabillaron y cayeron al suelo. Yo me anticipé a eso dejándome caer de rodillas, dándole la espalda a la explosión y cubriendo a mi hija con el cuerpo. Pequeños cascotes comenzaron a caer al suelo, a tan solo unos metros de nosotros.

—¿Qué coño ha sido eso? —gritó alguien del grupo.

Pero antes de que nadie pudiera contestarle comenzaron a escucharse gritos y disparos, sobre todo disparos.

—¡Viene de la zona segura! —afirmó el sargento—. ¡Vamos! ¡Ahora o nunca!

Los cinco más adelantados se lanzaron al combate como si fueran a embestir a los resucitados con sus fusiles, y los demás corrimos detrás de ellos a falta de algo mejor que hacer. Escuchaba a Susi sollozar sobre mi hombro, pero no tenía tiempo de consolarla, tenía que seguir

el ritmo del grupo o nos cogerían a las dos.

En cuanto estuvieron encima de los muertos vivientes, comenzaron a abrir fuego contra los distraídos resucitados, que instintivamente se tambaleaban en dirección a la explosión y nos estaban dando la espalda. Habían matado por lo menos a diez antes de que los más cercanos se dieran cuenta de que estábamos allí y comenzaran a girar, pero para entonces ya teníamos un camino abierto.

—¡Por allí! ¡Deprisa! —tres soldados fueron delante, seguidos por nosotros, el grupo de civiles, mientras que dos de ellos cerraban la marcha y los otros cuatro cubrían los laterales.

No sabía por qué había creído que la explosión se había producido en la puerta de la zona segura, que desde fuera se veía como una enorme y pesada plancha metálica pegada al muro de hormigón. Sin embargo, la puerta estaba intacta cuando pasamos por delante de ella, pero la que no estaba intacta era la fachada de la plaza de toros. Una enorme grieta se había abierto y, entre los cascotes y el polvo producto de la explosión, una marea de gente estaba saliendo por ella, acompañada de varios soldados que mataban como podían a los resucitados que acosaban a los que intentaban huir.

"¡No! ¿Qué hacéis? ¿Por qué salís?" quise gritar al ver como gente desarmada e indefensa huía despavorida del interior de la plaza solo para caer en manos de los resucitados de fuera.

La respuesta se hizo obvia cuando de la grieta comenzaron a salir también resucitados… Toni tenía razón, habían logrado entrar en la plaza de toros, la explosión había sido un intento desesperado de los de dentro por escapar al verse atrapados. Era espantoso.

—¡Al sur! ¡Todos hacia el sur! ¡Tenemos que bajar todo lo posible y alejarnos de estos! —gritó el teniente obligándonos a seguir avanzando mientras disparaba contra un par de muertos vivientes que se habían acercado demasiado.

Volver a la zona segura era un plan ya descartado, pero me preocupaba más lo que estaba ocurriendo delante de mí en ese instante que saber dónde nos íbamos a meter si no podíamos volver.

No era una visión agradable, si hubiera podido habría cerrado los ojos ante tanto horror. Los resucitados carecían por completo de compasión y, cuando cogían a alguien, lo mordían, le arrancaban la carne y lo descuartizaban vivo como animales salvajes devorando una presa.

—No mires cariño, no mires. —le dije a Susi, que había empezado a llorar.

"No mirará pero, ¿cómo evitar que oiga?" pensé intentando hacer caso omiso de los gemidos y los gritos de dolor y terror que se escuchaban por debajo de los disparos.

No pude evitar llorar yo también al verme reflejada a mi misma en

una mujer que, cargando con su hijo pequeño en brazos, acababa de ser atrapada y derribarla en el suelo, y cuatro de aquellos seres se habían abalanzado sobre ella y sobre el niño. Los gritos de ambos fueron espantosos.

“Dios, por favor, que se acabe esto, que se acabe esto ya” supliqué para mis adentros apartando la vista de aquél espanto.

Mirando hacia el suelo para no tener que volver a ver una escena como esa, continué avanzando con mi grupo, intentando no pensar en la carnicería que se estaba produciendo a mí alrededor.

—¡Mierda! —bramó el soldado que iba delante abriendo camino.

Escuché varios gritos y levanté la vista alarmada, pese a que un segundo antes me había jurado no hacerlo. Un grupo de resucitados habían aparecido por una calle lateral y nos habían cortado el paso. Por si fuera poco, varios de los muertos que estaban frente a la zona segura nos seguían, y seguramente a esas alturas los que venían siguiéndonos ya se habían unido al macabro festín que se estaban dando con los refugiados que habían podido capturar.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta!

Los soldados más adelantados comenzaron a abrir fuego, pero no sirvió de mucho cuando los de atrás se vieron sobrepasados por los muertos vivientes. Vi como cogían al teniente y le mordían en el cuello, arrancándole un buen pedazo del mismo con esos dientes que, aunque humanos, parecían los de una bestia salvaje de la fuerza que tenían.

Y enseguida se hizo el caos. El resto del grupo, aterrorizado, se dispersó para alejarse de los resucitados que nos acosaban, y los militares estaban más ocupados disparando contra los muertos que iban a por ellos que intentando protegernos a los demás.

—Tengo miedo… —gimoteó Susi agarrándose a mi cuello con fuerza, yo la abracé con más fuerza aún.

—Yo también cariño, yo también. —le respondí con total sinceridad.

Había temido por nuestras vidas desde que todo aquello empezara, pero en ese momento tenía tan claro que íbamos a morir que deseé tener un arma con la que quitarnos la vida y evitar que ambas sufriéramos la horrible muerte que nos esperaba bajo los dientes de aquellos seres.

Alguien me agarró del brazo y no pude evitar soltar un grito, esperaba sentir un mordisco que acabaría con todo… pero en su lugar sentí como aquella mano tirara de mí.

—¡Por aquí! —con un golpe de su barra de hierro, Toni derribó a un resucitado que se acercaba mientras estiraba de mi brazo.

Un disparo me hizo que ver la mujer soldado estaba también a mi lado. No pude localizar a nadie más. Sentí una punzada de compasión

al pensar en la pobre chica en pijama, y me sentí culpable por no haberle preguntado siquiera cómo se llamaba… ¿habría encontrado un lugar a salvo?

“Eres tan estúpida como decía Adrián” me reprendí a mí misma “no hay ningún lugar a salvo”.

Debía estar muerta, siendo comida por los resucitados o, si había tenido suerte, con un tiro en la cabeza que la librara de sufrimiento.

Me dejé llevar sin mirar por donde iba, tenía demasiado miedo de alzar la vista y descubrir que estábamos atrapados. Escuché a Toni golpear un par de cabezas más, los resucitados que iba golpeando caían al suelo por el impacto, pero seguían moviéndose. Sin embargo a los que disparaba la mujer no volvían a levantarse.

—¡Ah! ¡Dios! —gimió un hombre con una voz que me resultó familiar.

Dos resucitados estaban sobre él, devorándolo vivo, a tan solo un par de metros de nosotros. Era uno de los soldados que iban delante, había perdido su fusil y se retorcía en el suelo intentando zafarse de las criaturas que le estaban mordiendo en un brazo y una pierna respectivamente. Al vernos pasar miró a la mujer con pánico.

—¡Vanesa! ¡Por favor!

La soldado se llamaba Vanesa, y tuvo piedad de él. Aparté la vista justo a tiempo para no ver cómo le volaba la cabeza de un disparo.

—Descansa en paz… descansad en paz todos. —mascullé sin dejar de avanzar en cuanto volvimos a emprender la marcha.

Por aquél lugar el suelo estaba lleno de cuerpos, resucitados a los que mataron, si ese término es utilizable con esos seres, antes de todo lo que estaba ocurriendo, cuando el ejército aún podía proteger la zona segura. Los fuimos evitando, bien rodeándolos, bien pasando por encima de ellos, pero lo que no se podía evitar era el olor. Aquellos cuerpos debían llevar mucho tiempo pudriéndose, y la lluvia no había ayudado en nada a mejorar su estado. La peste era realmente nauseabunda, pero tenía un nudo en el estómago que no me permitía vomitar.

—¡Al norte! —gritó Vanesa—. ¡Subamos por la calle que va al norte! ¡No podremos atravesar esta jauría!

Odiaba pensar en ello, pero la masacre de refugiados que salían de la plaza de toros y que morían a manos de los resucitados era lo único que nos estaba permitiendo seguir adelante. Si hubiéramos estados nosotros solos no habríamos llegado tan lejos.

Pasamos al lado de un pequeño parque frente a la plaza de toros, los columpios rotos y los cuerpos tirados por el suelo a su alrededor presentaban una imagen de desoladora que solo se veía superada por la presencia de resucitados devorando en el suelo a sus recientes víctimas. Si hubiera podido me habría detenido a llorar por ellos…

pero no podía permitirme aquél lujo. Si quería salvar mi vida y la de mi hija tenía que aferrarme a la única esperanza que tenía, Toni y Vanesa.

Y ni siquiera ellos me duraron demasiado. Vanesa había perdido los nervios al verse sola, o al menos sin nadie más armado ayudándola, y había comenzado a disparar ráfagas contra los resucitados, los cuales recibían los impactos y caían al suelo del golpe, pero volvían a levantarse o eran sustituidos por otros que también se acercaban. Al final se quedó sin balas y la agarró un muerto que salió de la oscuridad mientras intentaba cambiar el cargador del fusil.

“No escuches, no escuches” me decía a mí misma intentando ignorar los alaridos de pánico y dolor, pero me fue imposible no oír los últimos gritos que esa pobre chica diera en vida.

—¡Por ahí, por el callejón! —bramó Toni golpeando a un resucitado especialmente cadavérico en un lado de la cabeza, destrozándole el cráneo con el trozo de hierro que utilizaba como arma.

Entre dos edificios se abría un pequeño callejón que daba a una placita. En el centro del a plaza una pérgola colocada por los dueños de uno de los bares cercanos guardaba mesas y sillas que debían colocar en la terraza del local cuando el clima fuera más favorable. Era lo más parecido a una salida que había de aquél infierno terrenal, de modo que me dirigí hacia allí a toda velocidad.

Esquivé el intento de un muerto viviente por echárseme encima antes de colarme en el callejón, pero Toni, que iba detrás, se tuvo que detener un segundo para aporrearle y poder pasar también… fue un segundo que le costó la vida. La criatura muerta viviente no murió, como había hecho el otro; el golpe no fue lo bastante fuerte y logó agarrar a Toni del cuello de la camisa. Para cuando acertó a darle un segundo golpe, ya tenía a dos muertos vivientes más encima, y no les costó nada reducirlo y tirarlo al suelo, donde se abalanzaron sobre él como bestias voraces.

—¡No! —grité presa del pánico.

“No me dejes sola” era lo que en realidad quería decir…

Sola no sabía a dónde ir, no sabía qué hacer. Mientras aquél hombre, al que había conocido esa misma noche, pero que se había convertido en algo parecido a un amigo o, al menos, en una ayuda, se unía a la multitud que moriría a mí alrededor, me metí en el callejón, completamente desesperada.

Todos los resucitados que nos perseguían se habían detenido para devorar a Toni, de modo que cuando entré ninguno me estaba siguiendo. Rápidamente corrí hasta la pérgola y me senté en el suelo tras ella, fuera de la vista de cualquiera de esos seres que pudiera asomarse por allí. El instinto me decía que siguiera corriendo todo lo

lejos que pudiera de aquél lugar, pero me di cuenta de que fuera de la zona segura estaba la ciudad… la ciudad de la que nos habíamos refugiado en la zona segura. Allí también había resucitados, no estaba ni remotamente a salvo, no podía corretear por las calles a lo loco si no quería que me cogieran.

Y además estaba cansada, muy cansada…

La placita donde me encontraba tenía otra salida justo enfrente mía, otro callejón que daba a una calle más amplia; pero como ningún resucitado me había visto meterme allí decidí esperar, aunque no sabía muy bien a qué. Simplemente tenía demasiado miedo para seguir.

Susi comenzó a lloriquear sobre mi hombro, de modo que le puse una mano sobre la cabeza para tranquilizarla. Aún llevaba puesta la gorra que Vanesa, en paz descanse, le había dejado. Se la quité para poder mirarla bien y, aunque llorosa y aterrada, no parecía que hubiera sufrido ningún daño.

—Tengo miedo. —gimoteó mientras le examinaba los brazos en busca de algún desgarro en la ropa.

Mi mayor temor era que alguno de los resucitados que habíamos tenido demasiado cerca hubiera podido alcanzarla con un mordisco furtivo, o con un arañazo. Su padre había muerto por culpa del roce de un diente de aquellos seres infernales, tenía que estar segura de que no le iba a pasar lo mismo.

—Ya lo sé, cariño, pero tienes que ser valiente, ¿vale? Todo va a salir bien, ya verás. —le susurré poco convencida de que fuera cierto.

No la habían mordido y, por lo que pude ver, a mí tampoco me habían hecho ni un arañazo, lo cual me alivió… aunque un instante después casi no pude contener una carcajada por la estupidez que había sido sentir alivio en la situación en la que nos encontrábamos. Estábamos perdidas. Aunque no viniera a por nosotras ningún resucitado, nos encontrábamos solas, completamente solas. No había a quien acudir, no había policía, ni militares, ni siquiera personas vivas, solo una ciudad muerta y una zona segura muerta también.

—Quiero ir con papá… —dijo con tono lastimoso agarrándose de mi cuello de nuevo y comenzando a llorar.

“Tal vez acabemos con papá” me lamenté pensando en cuál habría sido el destino de Adrián.

Los muertos habían llegado solo unos minutos después de su muerte, ¿habrían devorado su cadáver? ¿Habría resucitado para unirse a la horda de muertos vivientes y estaría en ese momento devorando a alguien junto a sus congéneres?

—Iremos con papá después, ¿vale cielo? Ahora no hagas ruido.

El clamor de los disparos de los pocos militares que quedaban y los gritos de las víctimas de los resucitados comenzaba a disminuir,

pronto tan solo se escucharía el sonido de los huesos rompiéndose y la carne siendo masticada. Sentí nauseas de nuevo solo de pensarlo.

La perspectiva de que ambas podíamos acabar devoradas vivas no resultaba alentadora, durante un momento pensé en que debía haberme parado a recoger el arma de algún militar caído. Así, si nos rodeaban, podríamos tener una muerte rápida e indolora. La mera idea de dispararle a Susi era tan horrible que mi mente se negaba a planteársela en serio, pero si era eso o que los resucitados la cogieran…

Me sequé las lágrimas que se me estaban formando en los ojos, era una estupidez, apenas había tenido tiempo para escapar, mucho menos había tenido para buscar un arma.

"Y aun así, llegado el momento no habría sido capaz de dispararle… a ella no" pensé abrazando aún mas fuerte a mi hija.

Seguramente Adrián nos habría matado a las dos sin parpadear siquiera, pero ya no se encontraba con nosotras.

"Para una vez que nos podrías haber sido útil…"

No podía saber cuánto tiempo llevaba sentada tras la pérgola del bar después de que se escuchara el último disparo, y el último grito de algún pobre desgraciado que estaba siendo devorado vivo se apagara, pero ese período se me hizo eterno. Estaba completamente congelada, incapaz de moverme y de reaccionar aunque hubiera sabido qué hacer. Susi debió hacerse cargo también de la gravedad de la situación, porque tampoco movió un músculo en todo ese rato. Si un resucitado hubiera aparecido en ese instante nos habría podido devorar sin ninguna resistencia.

Escuchar como todo se acababa había sido casi más duro que oír los alaridos de dolor y pánico. De repente todas las vidas se habían apagado, todos habían muerto, todo se había acabado… los muertos le habían ganado la batalla por el mundo a los vivos. Habíamos perdido la ciudad, la zona segura y la civilización por completo. El ejército había caído, si quedaba alguien vivo habría huido bien lejos, y sería solo gente escasa y dispersa ¿Quién nos libraría del yugo de los resucitados? ¿Habría pasado lo mismo en Alicante cuando su zona segura cayó? ¿Qué debía hacer a continuación? Eran preguntas que no tenía forma de responder, y eso me daba mucho miedo.

Ningún resucitado pasó por el trozo de calle que podía ver desde mi escondite, tras la pérgola. Con el jaleo de la zona segura durante toda la noche, los resucitados de un kilómetro a la redonda tenían que haber acudido a sus puertas. Pero ya no había jaleo, y todos habían muerto. Tarde o temprano empezarían a moverse y nosotras estaríamos en medio si no hacía algo.

"¿Y qué demonios hago?" me pregunté a mi misma agarrando a

Susi con tanta fuerza que temí estar haciéndole daño.

Cargando con ella no podía ir ni muy lejos ni muy rápido, si hubiera tenido un destino al que dirigirme. Pensé fugazmente en volver a casa, al piso donde vivíamos antes de que todo empezara, pero las llaves se habían quedado en la tienda de campaña, con todas nuestras cosas, y además tendría que atravesar media ciudad para llegar allí. Nos convertiríamos en pasto de los muertos vivientes antes de siquiera lograr acercarnos.

Mientras intentaba pensar en algún otro lugar donde pudiéramos estar a salvo, y que no estuviera demasiado lejos, escuché un ruido como el de un motor arrancando. Me despabilé tan rápidamente que nadie podía haber imaginado que un segundo antes estaba paralizada por el miedo en el suelo. Solo un humano podía haber hecho ese sonido, y lo había oído bastante cerca; probablemente venía de la calle de al lado, la calle a la que salía la plaza donde me encontraba, pero en la dirección opuesta a donde se encontraban los resucitados.

—¡Vamos cariño! —susurré soltando a Susi y dejándola en el suelo; en cuanto me puse de pie, le puse la gorra en la cabeza de nuevo, volví a cargar con ella y me aferré a aquél sonido como a un clavo ardiendo—. ¡Venga, nos vamos!

—¿Vamos con papá? —preguntó colocándose la gorra a su gusto.

—Aun no lo sé. —le respondí empezando a caminar hacia la salida de la plaza pero, desgraciadamente, no era la única que había escuchado aquél sonido.

Un pequeño grupo de resucitados entró a la placita y, para cuando me di cuenta de su presencia allí, ellos ya nos habían visto. Gimieron, Susi dio un grito y yo un respingo antes de comenzar a correr hacia la calle. Ya no había vuelta atrás, si no encontrábamos algo que nos salvara de ellos estaríamos perdidas, nos habían visto y venían a por nosotras.

No era un coche, como había pensado en un principio, sino una especie de minibús que se encontraba aparcado en mitad de la calle. Cuando construyeron la zona segura y aún se podían transitar algunas calles de la ciudad, fletaron varios autobuses para evacuar a la gente hacia allí sin tener que emplear recursos militares, que serían más necesarios en alguna otra parte. Aquél minibús solo podía ser uno de esos vehículos que, después de ser utilizado, simplemente dejaron aparcado en cualquier parte.

Pero alguien había decidido volver a utilizarlo, su motor rugía como si hubiera llevado dormido mucho tiempo y las luces del interior titilaban como si las acabaran de encender. Dentro había dos personas, podía verlos moverse a través del cristal… y detrás de mí, por lo menos seis resucitados tras mis pasos.

“Es mi oportunidad, quizá la única que voy a tener” pensé echando

a correr hacia el minibús.

Uno de los hombres que estaban en el interior me vio, estaba sentado en el asiento del conductor y vestía un uniforme militar, lo que me dio esperanzas. Hasta ese momento los militares se habían portado bien conmigo.

—¡Dejadme entrar! —grité corriendo hacia la puerta, en el lateral derecho del vehículo.

Estaba cerrada, y los resucitados se acercaban lenta pero inexorablemente. Si hubiera estado el minibús un poco más lejos habría podido correr más y sacarles más ventaja, pero al estar solo a unos pocos metros de la salida de la plaza los tenía casi encima… si no se daban prisa en abrir me cogerían.

—¡Por favor! ¡Tengo una niña, por Dios! —supliqué dando golpes en la puerta con la única mano libre que me quedaba.

“No van a abrir” me temí horrorizada al ver que los seis muertos casi se me echaban encima, “no se van a arriesgar, nos van a dejar morir…”

Pero la puerta se abrió dando un bufido justo cuando el resucitado que iba más adelantado comenzaba a estirar las manos para agarrarme. En cuanto hubo una rendija lo bastante grande para entrar me lancé dentro tan rápido que tropecé con la escalerilla que subía hasta el pasillo donde estaban los asientos. Muerta de miedo, empecé a arrastrarme para alejarme todo lo posible de la puerta. Susi seguía sujeta a mi cuello y, para evitar que se hiciera daño, había puesto los brazos por delante al caer, haciéndome un par de dolorosos arañazos en ambos antebrazos.

Una mano me agarró del brazo derecho, y durante un segundo volví a creer que se trataba de un resucitado que me había logrado alcanzar. Pero aquella mano solo trataba de ayudarme a alejarme de la puerta.

—¡Cierra la puerta! —gritó una voz que parecía tener tanto miedo como yo— ¡Cierra ya, joder!

Por el timbre de aquella voz, su propietario debía ser un hombre joven, pero no tuve tiempo de mirarle. Pasó como una exhalación a mi lado y yo retrocedí arrastrándome sobre la espalda, hasta que choqué contra los asientos de la fila izquierda. Golpeó con la culata de un fusil la cara del horrendo resucitado que iba delante de los demás antes de que lograra entrar, y la criatura muerta viviente cayó de espaldas en el momento en que la puerta comenzó a cerrarse. En cuanto estuvo cerrada del todo, los muertos vivientes del exterior empezaron a dar manotazos y puñetazos contra ella, pero sabía que no podrían romperla siendo tan pocos.

Respiré con alivio mientras sentía a mi corazón latir a cien por hora en el pecho. Susi estaba asustada y confusa, pero viva… ambas

estábamos vivas. Las lágrimas debido al miedo que había pasado me nublaron la vista durante un instante, pero me las limpié con la manga del abrigo.

—¡Putos zombis! —gimió el chico que me había ayudado dejándose caer al suelo del minibús y respirando con dificultad.

Tal y como yo había supuesto era joven, apenas un crío que debió dejar atrás la adolescencia hacía muy poco tiempo. Era muy delgado, tenía el cabello liso, muy negro y mal peinado, pero su piel era clara. Si hubiera sido un hombre de más edad habría jurado que no se había afeitado en varios días, pero siendo tan solo un muchacho podían haber sido semanas en realidad. En el lado derecho de la cara, bajo el pómulo, lucía un moratón que me pareció bastante reciente debido a la experiencia que tenía ya en heridas de ese tipo. Aunque llevaba un fusil como el de los militares colgando del brazo, cualquiera podía ver que estaba lejos de dar la talla de soldado. Además, solo vestía unos vaqueros desgastados y una sudadera manchada de sangre, así que supuse que simplemente, y a diferencia de mí, él era un tipo normal y corriente que sí había tenido tiempo de agacharse y coger el arma de un soldado caído. En su espalda colgaba una mochila sucia de la que sobresalía algo parecido a un pincho curvado, como un pico.

—¿Todo bien ahí atrás? —preguntó, levantándose del asiento del conductor, el otro hombre, el que si era un militar de verdad.

Era mucho mayor que el muchacho, y las entradas que lucía en la cabeza no hacían sino que pareciera aún más viejo de lo que debía ser en realidad.

—Sí, creo que sí —dijo el chico resoplando y mirándonos por primera vez—. ¿Estáis bien?

—Si —respondí haciendo un esfuerzo para que el corazón no se me saliera por la boca; había estado tan cerca…—. Si, gracias por abrir la puerta.

Hizo un rápido gesto con el labio como diciendo “no importa” y se puso en pie. Los resucitados seguían dando golpes al otro lado, pero no parecía importarles a ninguno de los dos.

—Yo soy Félix —dijo el soldado haciendo un gesto con la mano desde el asiento del conductor—. El de la barbita ridícula es mi nuevo compañero, Carlos.

El chico llamado Carlos se dejó caer sobre uno de los asientos con cara de abatimiento… antes no había tenido tiempo de fijarme bien, pero tenía el rostro tan pálido por el miedo que parecía estar a punto de desmayarse.

Aunque no respondió a la provocación, Félix soltó una carcajada igualmente. No sabía que le podía parecer tan gracioso en la situación en que nos encontrábamos, después de por todo lo que habíamos pasado… quizá solo fuera su forma de manifestar la alegría que sentía

por estar a salvo en aquél minibús. Después de todo era un militar, tenía que haber escapado de la zona segura igual que yo, o igual pasándolo incluso peor.

—Bueno, mujer, ¿Tienes un nombre? —preguntó mientras buscaba con la mirada entre los mandos del minibús.

—Laura —contesté con desgana, aun estaba demasiado nerviosa y asustada, y casi no me podía creer que tuviera un momento para tomarme un respiro, pese a que los golpes de los resucitados al otro lado de la puerta me seguían crispando los nervios—. Y ella es mi hija, Susi.

Susi había permanecido quieta y en silencio, agarrada a mí con todas sus fuerzas, pero ya me sentía lo suficientemente segura como para dejarla suelta. Le solté las manos y la coloqué en uno de los asientos del minibús.

—Arranca este trasto de una vez, antes de que vengan más y terminen entrando, por favor. —le dijo Carlos a Félix.

—¡Si, si! Estaba en ello, ¡Joder! —contestó él volviendo a hacerse cargo de los mandos del vehículo—. Pero no he manejado uno de estos en mi vida.

—No te preocupes, cariño, todo va bien. —le dije a Susi.

No sabía cuántas veces le había dicho eso en lo que iba de noche pero, al igual que su padre me lo decía a mí, yo se lo decía a ella para convencerme a mí misma.

El minibús se puso en marcha por fin y Félix lanzó un grito de júbilo mientras empezaba a maniobrar para salir de allí, alejándonos por fin de tanta muerte y desolación. Me senté junto a mi hija, pasándole un brazo por encima del hombro para poder tranquilizarla.

—¿Venís de la zona segura? —preguntó Carlos, que se había sentado en un asiento a la misma altura que nosotras, pero en la fila derecha, con bastante interés.

Tan solo asentí. No me sentía con fuerzas para hablar de la zona segura, no me sentía con fuerzas para nada en realidad, pero para hablar de aquello mucho menos.

—¿Cómo salisteis? ¿Salió alguien más? ¿A dónde fueron? —por la forma ansiosa de mirarme y de preguntar intuí que debía haber dejado algún ser querido allí…

¿Cómo decirle que nadie más había salido? Yo misma no era capaz de creerme lo que había pasado, y tampoco sabía si era cierto que nadie hubiera salido. Si habían sacado a gente hacia el sur igual que nos sacaron del colegio por el norte a nosotros, podrían haber tenido más suerte. A lo mejor el hospital y las casas a su alrededor aún estaban protegidas… no lo sabía, no tenía ni idea, y tampoco tenía ganas de hablar, pero me sentía mal dejando al chico con la duda.

—No sé si salió alguien más. Cuando entraron al colegio unos

soldados nos sacaron fuera y nos llevaron a la plaza de toros Pero luego empezó a salir gente por el agujero que hicieron en la pared con la explosión. Creo que no sobrevivió nadie, al menos yo no vi a nadie más escapar de los resucitados.

Sin decir una palabra se giró para mirar al frente y se quedó mirando al vacío. El minibús retrocedió y salió a un cruce donde Félix pudo maniobrar para avanzar de frente en dirección sur. Los resucitados quedaron atrás, varios de ellos en el suelo.

—¿Tenías a alguien en la zona segura? —le pregunté a Carlos con delicadeza.

Solo era un crío, la situación que estábamos viviendo le superaba, se podía ver a simple vista. Todo por lo que había pasado era demasiado para él, ¿y para quién no?

—Mis padres, mi hermana pequeña… —respondió con un hilo de voz.

Sentí lástima por él. Aunque iba manchado de sangre, sin afeitar y llevaba un fusil en las manos, me pareció más un niño que nunca; era demasiado joven para haber perdido a sus seres queridos, el mundo se había vuelto muy cruel.

Me imaginé cómo habría sido pasar por lo que había pasado si además hubiera tenido sobre mí la carga de haber perdido a alguien a quien realmente quisiera. Seguramente no habría podido soportarlo, no unido a todos los horrores que ya había visto… yo no era fuerte, nunca fui fuerte.

—A lo mejor lograron salir —le dije para reconfortarle; sabía que no tenía que darle esperanzas, pero no podía evitarlo—. ¿No fueron contigo?

—Yo… es que yo no estaba en la zona segura —respondió sin apartar la vista de lo que fuera que estuviera mirando—. Estaba fuera, me pasé dos días intentando llegar para estar con ellos, y cuando llegué…

La voz se le quebró y los ojos le brillaron con lágrimas, pero luchó con todas sus fuerzas para no llorar y lo consiguió. Se sorbió los mocos y volvió a mirarme.

—¿De verdad crees que alguien pudo salir? —preguntó con la voz tomada.

“No” me dije, “la respuesta que le tienes que dar es que no.”

¿Para qué decirle que si? Mejor que lo asimilara e intentara vivir con ello lo antes posible, ¿de qué servía dejarle con una duda insoportable en vano?

—Puede ser. —le contesté.

Como ya dije, no me quedaban fuerzas… y mucho menos para ser tan franca con alguien que parecía estar sufriendo tanto.

DANI

Sergio era como todos los soldados, y por eso no me había caído nada bien. Por su culpa nos metimos en aquella calle llena de cadáveres de resucitados que olían tan mal que acabé vomitando… no había sentido tanta vergüenza en mi vida, ni él ni Sandra habían vomitado, solo yo. Tampoco me gustaban las sucias mentiras que decía sobre que papá y mamá estaban muertos; eso no podía ser, era imposible, los dos sabían disparar y tenían las armas que les habían dado los militares, seguro que habían acabado con todos los muertos vivientes que quisieran hacerles daño y habían salido de la zona segura antes de que se llenara de resucitados.

Tampoco me fiaba de él, Sandra creía que estábamos a salvo si nos protegía, pero si estábamos a salvo era solo porque yo había encontrado la forma de salir del colegio. Vale que cuando entré en su coche y nos marchamos de allí me sentí mucho más seguro, pero cuando él llegó ya habíamos esquivado a todos los resucitados; no tuvo que hacer nada salvo aparecer, dejarme en ridículo y quedarse con la gloria de salvarnos. ¡Incluso se había apropiado de mi idea de salir de la ciudad y buscar un escondite en alguna casa de la huerta!

Murcia estaba completamente rodeada de campos de cultivo, y casi todos tenían al menos una casa donde los dueños de esos campos vivían. Antes de que mi abuelo muriera, hacía ya varios años, tenía una casa de esas, con un gran jardín y rodeado de otras casas con jardines igual de grandes. En él plantaba limoneros y naranjos. Yo era muy pequeño, pero me acordaba de que uno casi se podía perder entre tantos caminos que atravesaban las huertas. Pensé que aquél sería un buen lugar para escapar de los resucitados, no habría mucha gente, y donde no había gente no había muertos vivientes. Cuando se lo conté a Sandra al principio no le pareció una buena idea, pero cuando ella se lo contó a Sergio y él estuvo de acuerdo le pareció bien enseguida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi hermana, pero no a mí, sino a aquél estúpido soldado que había conseguido que los militares volvieran a no gustarme.

—Una explosión. —respondió él intentando ver algo entre la oscuridad.

Era alto, al menos casi tan alto como mi padre, y se notaba que era fuerte; además había disparado contra un resucitado con el fusil que cargaba a la espalda y le había volado la cabeza a la primera, de modo

que sabía disparar bien. Cuando entramos en su coche pude verle por fin con algo de luz y me fijé en que tenía el pelo corto y castaño oscuro, un poco más oscuro que el de Sandra, pero no tanto como el mío, y los ojos marrones. No me gustaba cuando me miraba porque lo hacía como si yo fuera un niño indefenso al que tenía que proteger.

"He matado dos personas y a un resucitado, no te necesito" me hubiera gustado decirle. "Además, tengo una pistola y se utilizarla."

No le había dicho a nadie lo de la pistola porque, aunque había resultado muy útil y nos había salvado la vida, sentía que a los demás no les podía parecer bien que la llevara y no quería que me la quitaran.

"Prométeme que cuidarás de tu hermana… pase lo que pase."

Lo había prometido, ¿cómo iba a cumplirlo si dejaba que me quitaran el arma? Me la quedaría, no la usaría a menos que fuera imprescindible y la escondería para que nadie supiera que la tenía, ni siquiera Sandra, pero me la quedaría.

—¿Una explosión? —repitió mi hermana asustada—. ¿Dónde? ¿En la zona segura?

—No lo sé, creo que sí. —contestó Sergio haciendo como si pudiera ver algo en la oscuridad.

Pues claro que había sido en la zona segura, ¿dónde si no? Era el único lugar donde había personas y, que yo supiera, los resucitados no hacían estallar cosas.

Habíamos escuchado la explosión poco después de subirnos al coche y salir de allí a toda pastilla. Y no corrimos solo porque quisiéramos alejarnos de allí, también fue porque descubrimos a un grupo enorme de resucitados que se acercaba a las puertas de la zona segura, y nos quitamos de su camino lo antes posible.

Lo único que le iba a reconocer a Sergio era que supiera conducir. Sandra sabía ir en moto, la vi llevando una antes de tener el accidente, pero ya no podría repetirlo ni aunque quisiera volver a hacerlo. Yo no tenía ni idea de cómo funcionaba un coche, solo sabía que había unos pedales bajo el volante, pero no sabía para qué servían.

Después de escuchar la explosión nos detuvimos al lado del río durante un momento, intentando averiguar qué había pasado. Sergio incluso se había bajado del coche para mirar, pero Sandra y yo continuamos sentados en los asientos traseros. Ninguno de los dos tenía ninguna gana de volver a salir a la calle.

Mientras él intentaba ver la explosión, yo me dedicaba a mirar las siluetas que se movían al otro lado del río. Era la primera vez que me encontraba fuera de la zona segura desde que entramos en ella, y todo había cambiado mucho. Para empezar, cuando vinimos no había resucitados al otro lado del río.

Más adelante, siguiendo la carretera, había un puente, pero estaba

hundido, por lo que aquellas criaturas no podrían pasar a nuestro lado. Pero aun así me sentía intranquilo al verlas moverse por allí, después de todo lo que había pasado no quería volver a ver un resucitado en mi vida, por nada del mundo…

—Será mejor que nos vayamos, no podemos volver a ver qué ha pasado, y aquí no estamos a salvo. —dijo Sergio regresando al coche.

Una especie de pompón color rosa oscuro colgaba del espejo retrovisor del vehículo, haciendo que pareciera un coche de chica. Iba a preguntarle si era mariquita, pero al final no lo hice porque no enfadarlo. Pese a que no me caía bien, prefería que nos sacara de allí antes de tener que enfrentarnos a los resucitados Sandra y yo solos.

—¿Qué crees que ha sido esa explosión? —le preguntó ella cuando el coche se puso en marcha.

—No lo sé, pero venía de la zona segura, de eso estoy completamente convencido. —respondió con seguridad mientras dejábamos el hospital atrás y nos metíamos por la carretera que discurría al lado del río.

—Hubo una explosión antes también, cuando entraron esos seres en el colegio —continuó Sandra—. Creo que rompieron un trozo de muro y por allí se colaron, lo invadieron todo, pudimos salir de milagro.

Todavía tenía escalofríos al pensar lo cerca que habíamos estado de fallar. Menos mal que Leo me mostró la entrada secreta al colegio por el agujero en la pared. De no ser por eso no habríamos podido salir.

Me preguntaba qué habría sido de él, y de Jorge y Fer… y del viejo que nos dijo que los resucitados estaban muertos, los dos militares con los que hablamos Sandra y yo después de que yo matara a los dos tipos que querían violarla, el hombre que nos había traído caramelos de fuera, los capitanes, especialmente el capitán Alcaraz, y el comandante… y mis padres, sobre todo mis padres.

—Si no pudieron defender el colegio se refugiarían en el estadio —nos explicó Sergio—. Pero las entradas al estadio no estaban demasiado bien reforzadas, era la única forma de moverse desde la puerta exterior al colegio, hasta tiraron la valla que había antes para eso. Creo que entraron también al estadio, y entonces solo les quedaba la plaza de toros para esconderse. El problema es que solo hay un punto de entrada a la plaza, si los reanimados han entrado…

Se quedó pensativo unos segundos.

—El plan por si algo así llegaba a ocurrir era volar la pared de la plaza para salir al exterior. —dijo finalmente.

—No parece que estuviera demasiado bien pensado todo, ¿no? Vamos, me parece a mí. —exclamó Sandra con escepticismo.

—Pues la verdad es que no —admitió con pesar—. Pero trabajábamos con lo que teníamos y a contrarreloj. Confiábamos en

que la mayor defensa fuera el propio muro, y también contábamos en que la situación hubiera mejorado a estas alturas… pero mira, parece que los muertos vivientes están ganando la guerra.

“La guerra” esas palabras me impactaron. No lo había visto desde ese punto de vista, la guerra normalmente se hace contra un ejército enemigo, que también tiene armas, y generales, y tanques, y que están en un país extranjero; no contra la propia gente del país transformada en monstruos. Pero, por lo demás, era toda una guerra. Era nosotros contra ellos.

“Y la están ganando” pensé con un nudo en la garganta.

Tenía miedo y deseaba que mi madre, mi padre, o mejor aún, ambos, estuvieran allí.

—Yo más bien diría que la han ganado —añadió Sandra con tono lúgubre—. Si la zona segura ha caído, ¿qué queda? Ya no hay gobierno, no hay policías, no hay más militares… ni lugar a salvo.

—Bueno, estamos nosotros, aún no estamos muertos. —respondió Sergio tras pensar unos segundos.

No pude sino darle la razón. Yo aún estaba en pie y tenía una pistola para defendernos a mi hermana y a mí, esos muertos asquerosos no nos habían ganado todavía.

—Sí, estoy segura de que la humanidad respira tranquila sabiendo que seguimos aquí. —replicó con tono cortante, pero al mismo tiempo me dio un apretón en la mano.

La calle por la que estábamos circulando tenía árboles a la izquierda, en el lado donde no estaba el río. No había resucitados cerca, pero aun así cada sombra que se movía en la oscuridad me hacía temer que una de esas cosas se lanzara contra el coche, con sus gruñidos, sus manchas de sangre y sus heridas por todas partes. Cerré los ojos para dejar de ver sombras a los lados de la calzada, pero casi era peor no verlas sabiendo que seguían allí, No podía entender como a Sandra no le daba un ataque, sin poder ver lo que ocurría a su alrededor yo me habría muerto de miedo.

Antes de que pudiera decidir si cerraba los ojos o no, dejamos los árboles tras un edificio y entramos en un cruce con varios carriles. Sergio redujo la velocidad del coche cuando nos topamos frente a nosotros un cartel en el que ponía “Auditorio y Centro de congresos” y una “P” en azul, que quería decir que había un parking.

—¿A dónde vamos? —pregunté yo, ya que Sandra no podía hacerlo, al no ver dónde nos encontrábamos.

El soldado no parecía muy seguro.

—Para meternos en los campos el mejor camino es seguir recto —señaló un pequeño camino al lado derecho del cartel, el lado contrario al que señalaba la flecha del parking; era tan pequeño que ni me había fijado en él—. Al final de ese camino creo que hay una especie de

aparcamiento de autobuses, y después ya es todo campo, por allí no habrá reanimados.

—Espero que sea cierto —dijo mi hermana con un suspiro—. No soportaría más de esos seres esta noche.

No me gustaba ese camino, se veía muy oscuro y tétrico, pero si no había muertos andantes lo prefería mil veces a cualquier otro bien iluminado. Yo también prefería no verlos más, aquellos seres me daban miedo de verdad. Más allá de que estuvieran cubiertos de sangre y mordieran, tenían algo en la forma de moverse que me daba escalofríos.

La calle oscura no era muy larga y terminaba en una enorme explanada asfaltada, y una vez allí Sergio redujo la velocidad y comenzó a buscar una salida hacia el campo. Una pared sucia y con contenedores al lado era la única construcción que había, y los limoneros, o más bien sus siluetas, se veían al fondo como una señal de que casi habíamos salido de la ciudad. Me alegre al pensar que pronto estaríamos en caminos secundarios, lejos de los muertos vivientes para siempre.

—¿Cómo coño se sale de aquí? —preguntó el militar en voz alta, pero era una de esas preguntas que se hace uno a sí mismo, no esperaba que le respondiera nadie... y menos mal, porque de haber tenido que responder no habría sabido qué decirle, era la primera vez en mi vida que pasaba por aquél lugar.

—¿Qué pasa? —saltó Sandra agarrándose al respaldo del asiento de delante.

—Nada, es solo que no sé cómo se sale a la carretera.

Un pequeño camino mal asfaltado se entreveía al otro lado de una valla. Era difícil distinguirlo en la oscuridad, pero creía haber visto una zona donde la valla estaba rota.

—¡Por allí, mira! —le señalé el lugar donde creía haber visto el agujero metiendo el brazo entre los dos asientos delanteros.

Miró, pero en lugar de avanzar hacia allí frenó el coche.

—¡No! ¡Allí, allí! —le insistí cuando los faros del coche iluminaron de nuevo aquél trozo roto de valla.

—Ya lo sé, pero mira. —me señaló en la dirección opuesta a donde yo estaba mirando.

Lo que yo había tomado por una pared sucia con contenedores alrededor resultó que, por el otro lado, era una casa. Con su jardín y todo.

—¿Qué? ¿Qué hay? ¿Una salida? —a Sandra no le estaba sentando nada bien no poder ver lo que estaba pasando.

—Es una casa. —le expliqué yo.

—Una chabola más bien —replicó Sergio—. Pero juraría que está abandonada.

—¿Cómo lo sabes? —no me hacía ninguna gracia que se hiciera el listo, no podía saber si allí vivía alguien; que no hubiera luz no significaba nada, mi padre me había dicho que no había luz en ninguna parte.

—No hay puerta, mira —era cierto, como estaba oscuro no me había fijado, pero en el lugar donde normalmente hay una puerta solo estaba el marco—. Si hay una invasión de muertos vivientes, ¿no crees que quien viviera ahí se molestaría en poner, por lo menos, una puerta en su casa?

Yo, desde luego, lo habría hecho… no supe qué replicar contra eso, y darle la razón me molestaba muchísimo, así que utilicé la única arma que me quedaba, además de mi única arma de verdad, pero esa no iba a usarla para ganar una discusión.

—Entonces a lo mejor hay resucitados dentro.

—Es verdad —me apoyó mi hermana inmediatamente.

¡Menos mal! Tan solo escucharla dándome la razón me hizo sonreír, aunque inmediatamente cambié el gesto por uno más formal, no fuera que por aquello dejaran de tomarme en serio.

—Además, ¿no estamos aún muy cerca de la ciudad? —añadió Sandra con preocupación.

—Si nos vamos muy lejos no sabremos qué está pasando en la zona segura, ni si hay más supervivientes —objetó él negando con la cabeza—. Si hay reanimados ahí dentro puedo encargarme de ellos, solo son peligrosos cuando son muchos, y allí no caben muchos.

“¡Maldita sea!” pensé apretando los dientes.

No quería seguir ningún plan propuesto por él, pero parecía tener sentido y, siendo sincero, tenía muchas ganas de descansar, de dormir toda la noche hasta que volviéramos a tener luz solar que nos iluminara y de que mis padres aparecieran.

—¡Me da igual lo que haya pasado! —exclamó Sandra—. ¡Solo quiero alejarme todo lo posible de esas malditas criaturas!

Odiaba decir lo que iba a decir, porque le daba toda la razón a Sergio, pero acababa de reparar en ello al volver a pensar en mis padres, y no tenía más remedio que hacerlo.

—Papá y mamá están allí, si nos alejamos mucho, ¿cómo van a encontrarnos?

Funcionó, durante un instante se quedó callada, y Sergio esperó unos segundos antes de intervenir.

—Si nos perdemos por el campo estaremos aislados, ahora no hay teléfonos, ni internet, ni nada. Es posible que, si salieron vivos de allí, no los encontréis jamás si nos vamos demasiado lejos.

“Eso ni soñarlo” pensé, e inmediatamente sentí una punzada de tristeza al recordar que esa frase era la que me decía mi madre siempre que me prohibía hacer algo, lo cual ocurría muy a menudo.

—Está bien, vale —accedió finalmente mi hermana, aunque a regañadientes—. Pero si hay resucitados…

—No sería la primera vez que me las veo con ellos. —contestó Sergio con seguridad, deteniendo el coche del todo.

Con solo mirar la cara de Sandra me di cuenta de que la idea no le gustaba, pero yo estaba convencido de que era mejor eso que no saber nada de mamá y papá.

Salir del coche fue más duro de lo que imaginaba, de lo último que tenía ganas en aquellos momentos era de volver fuera, al frío, al lugar donde estaban los resucitados; dentro del coche estaba caliente y cómodo. Me consolé pensando que, a lo mejor, dentro de aquella casa había una cama, y merecía la pena acercarse solo por poder descansar bajo techo y sobre un colchón.

Sergio fue delante, con el arma sobre el hombro y atento a cualquier peligro que pudiera aparecer de repente. Sandra y yo íbamos detrás, a unos dos metros de distancia, y ella me agarraba del hombro para guiarse. Por la fuerza con la que me apretaban sus manos supe que ella también estaba nerviosa.

Cuando llegamos a la pequeña valla que separaba la zona asfaltada del jardín de la casa Sergio se detuvo y se giró hacia nosotros.

—Hay que saltar esta valla, ¿podréis?

Estaba seguro de que lo decía sobre todo por Sandra. El muy atontado no sabía que habíamos subido hasta lo alto del muro de la zona segura a través de una valla también. Aquél muro medía tres metros y la valla apenas era tan alta como yo, era pan comido.

—Sí. —Él pasó el primero y, tras observar que nadie salía de la casa nos hizo un gesto para que pasáramos.

Ayudé a mi hermana a saltar, aunque no hizo demasiada falta. Saltar una valla era más cuestión de agilidad que de vista, y en la oscuridad de la noche tampoco había tanta diferencia entre ella y nosotros.

—Esperad ahí. —nos dijo antes de comenzar a avanzar hacia la casa, atravesando el jardín.

Se movía con el fusil apoyado en el hombro, como si fuera a disparar de un momento a otro, dando pasos lentos pero seguros, y asegurándose que no había ningún peligro antes de seguir avanzando.

—¿Qué pinta tiene la casa? —me preguntó Sandra de repente y en voz muy baja.

Desde luego no era como la casa de campo de mi abuelo. Aquello tenía un aspecto mucho más cutre, pero aun así alguien se había molestado en que, al menos por fuera, pareciera un hogar.

—Es una casucha pequeña, de una planta, y estamos en su jardín. Tiene varias palmeras y otros árboles, pero no es muy grande. —le expliqué sin entrar mucho en detalles.

Conforme me iba fijando más en la casa me iba gustando menos, tenía aspecto de ser el escondite perfecto para un asesino. No era un lugar al que, en otras condiciones, me hubiera atrevido a entrar… bueno, quizá con Leo y Jorge si, habría sido divertido hacerlo con ellos, pero en esos momentos probablemente estarían muertos por culpa de los resucitados.

—¿Y él? —continuó mi hermana, sacándome de mis pensamientos.

—¿El? —pregunté confuso—. ¿Quién?

—Él, Sergio, ¿Cómo es? ¿Qué aspecto tiene? ¿Qué edad tiene? Por su voz no creo que sea mucho mayor que yo.

—¡Oh! —claro, ella no podía verle la cara—. Pues no sé, sí que es mayor que tú, pero no mucho, pelo castaño oscuro, más oscuro que yo…

"¿Qué le importarán a ella los colores?" me recordé antes de continuar.

—Lleva un uniforme militar de esos, como los de la zona segura. No te gustaría.

Sonrió ante ese último comentario.

—¿Por qué crees que no me gustaría?

—Tiene el pelo corto.

Rubén, su ex novio en coma, llevaba siempre unas greñas que escandalizaban a mi madre. Y antes que él me parecía recordar que salía también con otro con el pelo largo, pero no me acordaba de su nombre.

—Puede que haya cambiado de gustos. —dijo ya sin sonreír.

Yo esperaba que no, Sergio no me caía bien, pese a que aún no había podido reprocharle nada, salvo hacerme vomitar y copiar mi idea de ir hacia el campo.

Mientras pensaba en él regresó hasta nosotros, ya con el fusil colgado bajo el brazo.

—El exterior está limpio, voy a revisar el interior —dijo con tono grave, como queriéndose dar importancia—. No es muy grande, no me llevará mucho, espero.

—¿Vive alguien aquí? —le preguntó mi hermana—. Dani dice estamos en una especie de jardín.

—No he visto señales recientes de actividad, pero estoy seguro de que aquí vivía alguien antes, no sabría decir si se desocupó por los muertos vivientes o fue antes —nos explicó volviendo la vista hacia la casa—. Cuando vea lo que hay dentro sabré más.

—Vale, ¿qué hacemos nosotros? —esa vez fui yo quien preguntó, no quería quedarme sin hacer nada mientras él se encargaba de inspeccionar la casa, me hacía parecer un inútil, y no lo era, había matado a resucitados antes, y también a gente mala.

—Esperar aquí sin hacer ruido y vigilar —fue su respuesta, incluso

se agachó un poco para tenerme cara a cara antes de darme más instrucciones—. Tienes que estar atento por si se acercan otros muertos vivientes, ¿vale? Lo último que queremos es que nos rodeen si resulta que también hay alguno dentro.

Asentí con firmeza, pero en el fondo lo hacía de mala gana. No habíamos visto un solo resucitado cerca desde que dejamos el río atrás, me iba a quedar allí vigilando nada. Sergio volvió a cargarse sobre el hombro el fusil y se acercó a la entrada sin puerta que habíamos visto antes.

—Si aparecen más muertos vivientes volvéis a saltar la valla y os metéis en el coche, lo he dejado abierto. No vayáis a entrar hasta que no confirme que el interior está limpio.

En cuanto terminó de darnos indicaciones comenzó a caminar hacia el interior de la casa. Antes de entrar se quedó unos segundos pegado al marco de la puerta, intentando oír o ver algo en la oscuridad.

No debió escuchar nada porque, dando un par de zancadas, atravesó el hueco de la puerta y lo perdí de vista. Sandra suspiró y me agarró por los hombros de nuevo, luego me acarició el pelo sin motivo alguno. Parecía inquieta o preocupada por algo.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó.

—¿Mejor?

En realidad no estaba nada bien, todo lo que había pasado en la zona segura hacía que echara mucho de menos a mis padres… pero había hecho una promesa y pensaba cumplirla. Tampoco me gustaba un pelo que, desde que nos encontráramos con Sergio, fuera él quien la estuviera cumpliendo por mí.

—Sí, mejor. Antes has vomitado. —eso no era justo, la peste era insoportable, el olor nauseabundo de los cuerpos pudriéndose había sido tan intenso que casi podía seguir oliéndolo, pero ya no tenía angustia—. No pasa nada, yo también lo he olido, era lo peor que he olido nunca.

“Si, pero tú no has vomitado” me dije sintiendo un repentino odio hacia Sergio, que había sido el que nos había llevado por ese camino lleno de gente muerta… iba a tener pesadillas con eso durante días, lo sabía.

—Estoy bien, no fue nada.

Las únicas consecuencias de haber vomitado era el sabor rancio que tenía en la boca. Eso y que tenía hambre, pero solo tenía que recordar aquél olor para que se me quitaran las ganas de volver a comer en toda mi vida.

—Aun estás empapado por la lluvia. —insistió palpándome el jersey.

Sus manos se acercaban demasiado a la pistola que llevaba en la cintura, de modo que me aparté bruscamente de ella.

—¡Estoy bien! ¡Déjame! Tú también estás mojada. —no quería era que me quitaran la pistola, y con Sergio con nosotros era más probable que Sandra pensara que era una mala idea que tuviera mi propia arma… aunque esa pistola la hubiera salvado dos veces sin que ella lo supiera.

—Vale, perdona —se disculpó de mala gana apartando las manos —. Si hay algo de ropa ahí dentro a lo mejor podemos cambiarnos. Estaría bien ponerse algo de ropa seca, ¿verdad?

“Si que estaría bien” pensé mientras vigilaba que ningún resucitado se acercara por el camino.

La ropa mojada era la menor de nuestras preocupaciones, pero conforme yo me iba secando y la ropa seguía húmeda se iba volviendo más y más molesto llevarla puesta, y cada pequeña ráfaga de aire frío que me alcanzaba me hacía tener escalofríos. En la tienda de campaña de la zona segura se había quedado toda mi ropa, y también todas mis cosas: la videoconsola sin batería, el libro que estaba leyendo y mi colección de casquillos de balas.

Por cierto —dijo ella de repente—. ¿Dónde estabas cuando… ya sabes, esos dos entraron en la tienda?

Se me hizo un nudo en la garganta al escuchar la pregunta, tenía la respuesta perfectamente ensayada, se la había dicho mil veces a los militares que nos preguntaron después, pero no esperaba que me preguntara por ello en ese momento. Tragué saliva para deshacer el nudo, tenía que mentir de forma convincente.

—Ya se lo dije a los militares, tenía que ir al baño.

—Ya lo sé pero, ¿por qué no me despertaste? Te podía haber pasado algo estando ahí fuera tu solo.

“A la que le pudo haber pasado algo es a ti, de no ser por mi” pensé con frustración al recibir el reproche.

Aquellos dos idiotas la tenían agarrada, le cubrían la boca con las manos para que no pudiera gritar y estaban empezando a desnudarla cuando yo llegué y los maté. Tenía sentimientos muy raros con respecto a esas muertes, por una parte estaba claro que se lo merecían por abusones y por querer hacerle daño; pero, por otro, había empezado a sentirme mal por haberles disparado. No podía evitar recordar la cara de sorpresa del segundo tipo antes de hacerlo, de sorpresa y miedo, y se me encogía el estómago al saber que había sido por mi culpa.

—Estabas durmiendo… —fue mi vaga respuesta.

—Ya sé que estaba durmiendo, por eso se llama “despertar”, ¿por qué no lo hiciste? A papá y a mamá no les gustaba nada que salieras fuera por las noches sin supervisión.

—No quería despertarte, solo tenía que hacer pis. —no me podía creer que después de haberla salvado me fuera a echar una regañina

por haber salido fuera.

Era muy frustrante haber hecho algo bueno, uno de los militares incluso había dicho que aquello había sido obra de un justiciero, y tener que aguantar un reproche.

—Pues no vuelvas a hacerlo, ¿vale? —de repente su tono cambió de reproche a casi una súplica—. Si me tienes que despertar me despiertas, pero no vayas por ahí tu solo. ¿De acuerdo?

De alguna manera logró hacer que me sintiera culpable. Yo me había ido buscando información, por si los capitanes y el comandante decían algo sobre nuestros padres, y había llegado a tiempo para salvarla del ataque de esos dos idiotas… y aun así lograba que me sintiera culpable. No era justo.

—Vale. —accedí finalmente, era mejor eso que seguir aguantando sermones.

En un arrebato de cariño me agarró de las mejillas y me dio un beso en la cabeza. Mi madre siempre nos besaba así, y al hacerlo ella sentí un ramalazo de tristeza.

—Oye, ¿crees que papá y mamá nos podrán encontrar si nos quedamos aquí? —pregunté con la esperanza de que dijera que sí.

Lo deseaba tanto que si decía que sí, me lo creería. Pero antes de escuchar la respuesta tuve que aguardar a que terminara un largo silencio, durante el cual se le humedecieron los ojos.

—Creo que aquí es más probable que nos encuentren si estamos cerca, si. —fue su respuesta, pero no me convenció como yo había querido; se notaba que estaba muy preocupada por ellos.

¿Por qué nadie se acordaba de que los dos sabían disparar un arma? Si yo había podido matar a un resucitado, ellos podrían matar a cien con facilidad. Seguro que ya estaban fuera de la zona segura, buscándonos. De hecho, a lo mejor eran ellos los que creían que nos había pasado algo malo, seguro que no se esperaban que pudiéramos salir de la zona segura nosotros solitos.

Pero aquella perspectiva no me tranquilizó lo más mínimo. Si logramos salir de allí fue por chiripa, y gracias sobre todo a la entrada secreta al colegio que Leo había descubierto, y de la que mis padres no sabían nada. Seguramente estarían muertos de preocupación en esos momentos, sin saber qué nos había pasado.

Por suerte Sergio regresó y me sacó de esos tristes pensamientos.

—Dentro tampoco hay nadie, quien viviera aquí abandonó este lugar hace mucho tiempo.

—¿Estás seguro de que no hay ningún resucitado ahí? —preguntó Sandra con aprensión—. La puerta estaba abierta, ¿no? Podrían haber entrado.

—No sé por qué ha desaparecido la puerta, pero dentro solo hay polvo. También me ha parecido ver una rata, pero es lo que hay. —

replicó Sergio.

A juzgar por su expresión, a mi hermana no le gustó nada lo de la rata, pero tampoco se quejó en voz alta. A mí las ratas me daban igual, no eran peligrosas, no tanto como un resucitado.

Tras atravesar el agujero sin puerta entramos en una habitación oscura donde no se veía nada. El suelo crujía por la tierra que había entrado de fuera, y hasta que Sergio no encendió un mechero que llevaba encima no pude ver que, junto a las dos únicas puertas de esa pequeña habitación, había un pequeño mueble de madera astillada.

—La puerta de delante lleva al comedor, hay un sofá donde yo no me sentaría y una mesa con varias sillas. La puerta de la derecha da a la cocina, donde estaba la rata. En el comedor hay otra puerta que lleva a un pequeño pasillo, allí hay un cuarto de baño y dos habitaciones, una con una cama de matrimonio. —nos fue indicando Sergio, como si quisiera vendernos la casa.

Sentí un escalofrío por el cambio de temperatura al entrar al comedor, donde se estaba mucho más caliente que fuera.

—¿Las camas pueden utilizarse? —preguntó Sandra caminando muy pegada a mí, con las manos sobre mis hombros para que la guiara. En una casa desconocida caminar sola significaba para ella tropezarse con todo.

—No lo sé, la cocina da asco y el baño no es precisamente el de un hotel de cinco estrellas, pero podemos mirar el estado de los colchones. La habitación que no tiene cama de matrimonio parece la más limpia, quien viviera aquí tenía esa habitación cerrada. —contestó.

—¿Hay armarios? Necesitamos ropa seca o vamos a pillar una pulmonía. —mientras ellos hablaban me dediqué a observar el comedor a la luz del mechero de Sergio.

El sillón era muy viejo y estaba sucio, sobre él había un gran cuadro de un barco bastante feo, y al lado del sofá una pequeña mesita con un teléfono encima. El centro de la habitación estaba ocupado por una mesa de madera cuadrada y seis sillas de madera también alrededor de ella. Además de eso, justo en la pared frente al sofá, había una alacena con un pequeño televisor cubierto por un tapete.

—Creo que sí, pero lo que haya dentro ya no lo sé. —respondió Sergio negando con la cabeza.

“¿No ha mirado dentro de los armarios? Ese es el primer lugar donde se escondería un asesino” pensé tratando de imaginar a quién podía pertenecer aquella casa.

En mis pensamientos, su dueño era un hombre mayor, con cara de amargado y que había asesinado a sus esposas y las había enterrado en el jardín, junto a las palmeras… mi madre siempre me decía que

tenía demasiada imaginación.

—Si queréis podemos echar un vistazo, puede que también haya mantas. —sugirió.

Aunque el lugar era poco acogedor, todos estábamos de acuerdo en que íbamos a pasar la noche allí. Pese a los viejos asesinos, prefería eso a coger el coche de nuevo, y si volvía a ver un resucitado me echaría a llorar.

Fuimos tras Sergio por el pasillo, que tenía otro cuadro colgado en la pared, aquél de un grupo de hombres pescando en un muelle. A quien viviera allí le gustaba el mar… a mí también me gustaba, cuando mis padres tenían vacaciones nos íbamos a un apartamento alquilado en la playa en el mar Menor y me pasaba el día en el agua o jugando en la arena.

La habitación con la cama de matrimonio era un cuarto menudo que olía a moho. Estaba compuesto tan solo por la susodicha cama, dos mesitas de noche, una a cada lado de la cama, y un armario de dos puertas pegado a una esquina. Una pequeña ventana cubierta por una cortina era el único lugar por el que entraba la luz durante el día.

Por no seguir pareciendo un inútil me acerqué a la mesita de noche, seguido de Sandra, y abrí el cajón mientras Sergio miraba el armario. Como no podía ver lo que había porque el soldado tenía el mechero, palpé en busca de algo útil.

Noté el tacto de algo pequeño, redondo y metálico, que seguramente eran monedas. También había algo de tela y muchos papeles… pero finalmente di con un cilindro de metal que resultó ser una pequeña linterna.

—¡Eh! ¡Mira lo que he encontrado! —dije mientras la encendía.

No era una luz muy potente, pero servía para iluminar mucho más que un mechero.

—¡Muy bien, chaval! —me felicitó Sergio por mi hallazgo—. Alúmbrame el armario, ¿quieres?

Lo hice y, en su interior encontramos sábanas, mantas, toallas y algo de ropa… pero todo tenía un desagradable olor a naftalina y estaba lleno de polvo. Desgraciadamente no fui capaz de convencer a Sandra de que esa ropa, además de vieja, no era de mi talla, y unos minutos más tarde me estaba poniendo unos calzoncillos blancos que me venían demasiado grandes.

Mi hermana fue implacable. Como los pantalones de pana del hombre que vivió allí me venían grandes, me remangó la pernera hasta que dejó de arrastrar por el suelo y, con un cinturón que no sé cómo logró encontrar, me los ató para que no se me cayeran. Sobre una camiseta demasiado grande me puso un jersey aún más grande y, aunque podía remangarme para volver a verme las manos, no podía hacer nada para evitar que me colgara hasta casi las rodillas.

Hubo un momento de tensión al cambiarme debido a la pistola. Sandra no podía verla, pero Sergio sí, así que tuve que ser rápido y la escondí bajo el colchón de la cama antes de que se diera cuenta. Cuando terminé de cambiarme la recogí y me la volví a esconder entre la ropa.

Sandra también estuvo tanteando en busca de alguna prenda que le sirviera. El dueño de todo aquello había sido un hombre gordo, y todo le estaba tal holgado como a mí, pero al menos ella era lo bastante alta como para no ir pisándose los pantalones.

—¿Qué pinta tiene esto? —me preguntó mostrándome una camiseta de manga corta de color blanco con publicidad estampada en el pecho.

—¿Qué más da? —encima quería ponerse guapa cuando yo parecía un espantapájaros.

Aunque me daba un poco de grima ponerme ropa vieja sacada de esa casa, tenía que reconocer que fue agradable utilizar ropa seca. Estaba tan a gusto que hasta me entró un poco de sueño.

—¿No te cambias tu? — le preguntó a Sergio—. Aquí hay de sobra para todos.

Aunque se había mojado mucho menos que nosotros, su uniforme estaba también empapado, y él no llevaba un abrigo por encima que le cubriera del frío. Antes de responder miró hacia abajo, contemplando sus propias ropas.

—Soy un soldado, debo llevar mi uniforme. Os dejo para que os cambiéis, voy a echar un vistazo en las demás habitaciones. ¿Me prestas la linterna? —se la presté, estaba bastante orgulloso de haberla encontrado y que la necesitara no hacía sino incrementar esa sensación.

Además de la camiseta, Sandra se cambió de pantalones. Como la chaqueta que había cogido en el colegio protegía muy bien de la lluvia, aun estando un poco mojada pudo quedársela. Lo que no pudimos cambiarnos era de zapatos, aquél hombre solo tenía un par de zapatillas viejas que no nos servían a ninguno de los dos. Los pies mojados me resultaban mucho más incómodos con el resto de la ropa seca, pero no dije nada por miedo a que me obligara a caminar por ahí como un pato con una de esas zapatillas puestas.

Un rato más tarde nos encontrábamos los tres sentados alrededor de la mesa del comedor. Sergio había descubierto un paquete de galletas en un armario de la cocina, y hasta que no me metí el primer trozo de galleta en la boca no me di cuenta del hambre que tenía. Al menos el sabor dulce en la boca era mejor que el del vómito de unos minutos antes.

—Las galletas eran lo único que estaba en condiciones —decía

mientras las devorábamos como si no hubiéramos comido en días—. El resto lo han mordisqueado los ratones, aunque tampoco es que hubiera demasiado donde elegir.

—Las galletas están bien. —le respondió Sandra con la boca llena, también tenía hambre, habíamos cenado en la zona segura, pero habían pasado tantas cosas desde entonces.

El resto de la casa tampoco tenía mucho que ofrecer, salvo polvo y suciedad. Lo único interesante que el soldado logró encontrar fueron unas pequeñas tijeras de podar, que utilizarían para el jardín, pero eso no servía para matar a un resucitado. Ni siquiera en la cocina encontramos un cuchillo grande o bien afilado que pudiera servir para eso. Aun así, Sandra se quedó con uno cuya cuchilla apenas era un poco más larga que un palmo de mi mano. No podría ver, pero si uno de esos seres se le echaba encima sí que podía apuñalarlo… aunque antes de que eso llegara a ocurrir yo lo mataría con mi pistola, por supuesto.

En cuanto terminé de comer me saqué la linterna del bolsillo. Sergio me la había devuelto después de revisar la casa, y como me había dicho que era mejor no utilizarla demasiado para no gastar las pilas, por si la necesitábamos más adelante, me la había guardado en el bolsillo del pantalón.

No tenía intención de utilizarla cuando la saqué, pero me estaba aburriendo, y al aburrirme empezaba a pensar en mis padres de nuevo, y no quería seguir haciéndolo porque sentía un intenso dolor en el pecho con solo recordar sus caras. Así que, para distraerme, jugueteaba con la linterna, tratando de no preocuparme por nada.

Y estaba tan distraído intentando dejar de pensar que la encendí sin querer, haciendo que un destello de luz iluminase toda la habitación.

—No enciendas eso —me reprendió Sergio señalando la única ventana que había en el comedor—. Si pasa algún reanimado por aquí cerca la luz podría atraerle y…

Dejó de hablar de repente. Yo apagué la linterna apresuradamente y levanté la vista hacia él dispuesto a disculparme, pero él estaba mirando hacia la ventana.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó mi hermana poniéndose tensa de repente, aún tenía un par de galletas en las manos a medio comer.

Sergio se puso en pie y se acercó rápidamente a la ventana, observando fuera con cautela.

“¡Los he atraído!” pensé sintiendo remordimientos por haberme puesto a jugar con la linterna, “vienen hacia aquí, seguro.”

No me equivocaba.

—Vienen —dijo escuetamente el soldado, poniéndose el arma en las manos y sin dejar de mirar al exterior—. Mierda, son por lo menos diez.

—¿Vienen hacia aquí? —Sandra estaba realmente asustada.

—Creo que sí… ¡Mierda, joder! ¿Por qué has encendido esa puta linterna? —nadie lo sentía más que yo, no quería volver a ver un resucitado ni en sueños, y su brusquedad no ayudó a que me sintiera mejor.

Sí que lo hizo un poco que Sandra me atrajera hacia ella y me abrazara, aunque me pareció que lo hacía más por el miedo que tenía ella que por reconfortarme a mí. Pero tendría que conformarme con eso.

—¿Qué hacemos? ¿Salimos al coche y nos vamos? —le preguntó mientras me agarraba tan fuerte de la mano que casi me hacía daño.

—Podrían estar aquí antes de que llegáramos al coche… Creo que son unos diez. —repitió para sí mismo.

Sin decir una palabra se puso en pie y, con gesto serio, se dirigió hacia la puerta del comedor, la cual alcanzó en tres zancadas.

—Voy a salir fuera, no os asustéis si disparo.

—¿Qué? ¿Vas a salir ahí? —exclamó Sandra temerosa.

Pero Sergio no se molestó en responder, se limitó a cerrar la puerta del comedor tras salir y se encaminó al exterior, a plantarles cara a los muertos vivientes. Sandra seguía agarrándome las manos con fuerza.

—Dios, creía que ya estábamos a salvo de esos seres. —se lamentó.

—Lo siento, no quería atraerlos, no quería encender la linterna, fue un accidente. —me disculpé yo atropelladamente, me sentía bastante mal por todo aquello; Sergio no me caía bien, pero diez resucitados eran muchos, si le pasaba algo por mi culpa no me lo perdonaría.

Después de todo, pese a ser un engreído, había intentado ayudarnos.

—No ha sido culpa tuya, Dani, ha sido un accidente —me intentó consolar dándome un beso en la cabeza—. Oye… ¿has visto si hay alguna otra salida de la casa?

—¿Otra salida? —me giré para mirarla, de temerosa había pasado a adoptar un gesto más serio, más adulto.

—Si Sergio no puede con ellos y entran aquí, bueno, estaría bien tener otra salida. —dijo dubitativa, pero con razón.

En el colegio también habíamos dejado que un militar saliera a defendernos y no había vuelto, al final tuvimos que salir nosotros mismos, gracias a que yo conocía como hacerlo.

“Aunque tuvimos que dejar allí a la chica del shock” me recordé con cierta aprensión.

Me hubiera gustado pensar que se encontraba bien y a salvo, pero el colegio se había llenado de resucitados solo unos segundos después, ¿qué posibilidades tenía alguien que no era capaz ni de correr? Cuando despertara de su estado, se encontraría dentro de un aula rodeada de muertos vivientes.

“Prométeme que cuidarás de tu hermana pase lo que pase.”

No podía dejar que los resucitados nos rodearan y nos atrapara allí dentro… seguro que ambos cabíamos por la ventanita de la habitación con la cama de matrimonio.

CARLOS

No me atreví a preguntarle a la mujer por los moratones que tenía en la cara porque yo debía presentar un aspecto parecido. La mandíbula, donde me habían golpeado la noche anterior, me dolía más que cuando recibí el puñetazo. Por más que me palpé con la lengua no notaba ningún diente suelto, nunca me había peleado ni había recibido un golpe así, de modo que no sabía cuanta fuerza había que hacer para mover un diente, pero por el dolor que sentía me parecía perfectamente posible que eso hubiera pasado, y sin un dentista a mano habría sido una putada muy grande. Sin embargo, ella venía de la zona segura, allí se suponía que estaban a salvo, pero esos golpes tenían un tiempo, no se los acababa de hacer.

La chiquilla que la acompañaba, cuyo rasgo más característico era que llevaba puesta una gorra militar en la cabeza, se arrebujó en su abrigo mientras el minibús que habíamos cogido Félix y yo seguía su camino, alejándose de la maldita zona segura. Aquél sitio se había transformado en el lugar más peligroso de la ciudad tras mi llegada, empezaba a pensar que tenía el don de transformar en mierda todo lo que tocaba… mi casa, la pizzería y hasta la mismísima zona segura. No podía ser casualidad que por donde pasara reinara el caos.

En cuanto sonó la explosión en la plaza de toros, solo unos minutos antes, Félix decidió bajar del muro por el lado de fuera, aprovechando que los zombis se habían distraído por el ruido, y yo le seguí porque no veía otra forma de escapar de allí que no fuera seguir a alguien armado. Sin embargo, aquello se transformó en un infierno rápidamente… un infierno que jamás podría olvidar y que me perseguiría en pesadillas para siempre.

Nada más pisar la calle, el instinto me dijo que corriera hacia el sur, que me largara de allí y dejara a los militares que salían de la plaza de toros luchar aquella guerra en la que yo no pintaba nada. Pero no me atreví a irme solo. ¿Dónde podía ir? Después de recorrer media ciudad y jugarme el pescuezo en más de una ocasión para llegar allí, si me iba, ¿qué podía hacer a continuación? Solo vagar perdido por una ciudad llena de zombis, sin ninguna esperanza ni un objetivo al que dirigirme donde estar a salvo.

Me quedé, y al hacerlo tuve que verlo todo…

No podría quitarme de la cabeza jamás la imagen de la gente muriendo a manos de los zombis. Había visto cosas horribles desde

que todo empezara, el zombi de Manu, la chica quemada, el anciano muerto y pudriéndose del cuarto, lo que había tenido que hacer con Maca y Suso… pero sabía que lo que no me iba a dejar dormir durante días, o lo que se me aparecería constantemente en sueños si lo lograba, eran los gritos de los refugiados, el sonido de los mordiscos, el pánico y el dolor.

Delante de mí se estaba produciendo una carnicería que ni el guionista de películas gore más enfermo podría imaginar. Me dejó tan tocado ver todo aquello que ni siquiera sentí ganas de vomitar, y durante un instante me quedé paralizado, mirando con horror como la gente iba siendo masacrada por una horda enfurecida de muertos vivientes.

Todos los que quedaban vivos en la zona segura salían por el agujero que había producido la explosión y se lanzaba de cabeza contra la jauría de muertos, que no tardaban en despedazarlos y comenzar a devorarlos… era demasiado horrible para creerlo.

—¡Venga! ¡Muévete! —me gritó alguien dándome un empujón, y solo entonces recuperé la consciencia y el shock en el que me encontraba dio paso al pánico, al bendito sentimiento de pánico que te impulsa a huir del peligro lo más rápido que puedas...

Quien me había empujado era Félix, por supuesto, y en cuanto pude reaccionar los dos nos largamos de aquél horro doblando una esquina.

—Coge esto. —me dijo lanzándome a las manos un fusil, que debía haber sacado de algún soldado caído.

—No sé usarlo. —repliqué yo un poco incómodo con semejante arma en las manos, pero no me hizo ni caso.

No tenía ni idea de cómo manejarlo, pesaba demasiado, me resultaba incómodo llevarlo y tenía miedo de apuntar con él a cualquier cosa mientras me movía, por si lo disparaba accidentalmente. Jamás pensé que llegaría a tener un arma de verdad en las manos algún día, y sin embargo allí estaba… el mundo debía haberse vuelto completamente loco.

Aunque estaba huyendo, sentía como si todo el horror que se estaba viviendo tras de mí me persiguiera, y que por mucho que corriera no podría alejarme de él. El par de minutos que tuvimos que escondernos en un portal, hasta que a Félix se le ocurrió la idea de coger el minibús, se me hicieron muy duros. Si mi familia no había muerto ya, podía estar entre esa gente a la que estaban masacrando, ¿cómo se supone que me tenía que sentir sabiendo eso? Si no me derrumbé fue solo porque Félix insistió en tirar de mí.

Resultó que él había colaborado en la evacuación de gente hacia la zona segura en uno de los minibuses, y sabía donde se encontraban, así que cuando llegamos hasta uno de ellos abrió las puertas casi por

la fuerza y nos metimos dentro… y solo allí dentro comencé a sentirme un poco a salvo, al menos hasta que Laura y su hija aparecieron. Lo que tardó Félix en encontrar el botón para volver a abrir las puertas cuando llegaron casi les cuesta la vida, y al final me vi obligado a meterme por medio para empujar al zombi que se les echaba encima… si no me meé en los pantalones al hacerlo fue de puro milagro.

Sentía que ya había tenido suficientes zombis para siempre, que estaba al límite, quizá incluso lo había sobrepasado, y que no podía más con aquella situación.

—¿A dónde vamos? —le pregunté a Félix mientras conducía el minibús lejos de la zona segura, quería alejarme de ese lugar todo lo posible, ir a algún lugar aislado donde no volviera a ver a uno de esos seres jamás.

—No lo sé, de momento a largarnos de aquí. —Respondió si apartar la vista de la carretera.

Además de esquivar algún zombi, que al ver las luces del vehículo se quedaban mirándonos embobados, había que evitar a los coches abandonados en mitad de la calzada. Yo ya sabía qué era eso.

—Tienes mala cara, ¿sabes? ¡Mierda! —exclamó de repente.

Giró el volante tarde para esquivar a un muerto viviente y terminó llevándoselo por delante, logrando que el autobús diera un violento bote y que la sangre de la criatura salpicara por todo el parabrisas.

—Ups…

Tuvo que hacer dos maniobras más para no llevarse por delante a un par de zombis más que no parecían tener aprecio por sus vidas, o lo que quedara de ellas, antes de volver a encontrarnos con la carretera despejada. Cuando puso los limpiaparabrisas y éstos extendieron la sangre por todo el cristal decidí volver a la parte trasera del minibús. No tenía cuerpo para aquello, no después de todo lo que había vivido un momento antes.

Además, mi familia podía estar muerta. Pese a lo que había dicho Laura, sabía que las esperanzas de que siguieran con vida eran escasas. Mucha gente había muerto allí y, aparte de nosotros cuatro, no vi escapar a nadie más. Mi padre, cuya reacción al decirle lo que había pasado en casa temía; mi madre, que se horrorizaría al saber que había atravesado solo la ciudad tal y como estaba; incluso mi hermana Sara, que solo tenía diez años... no era justo que alguien tan joven muriera. Recordaba con un gran sentimiento de culpa cómo, cuando el mundo tenía sentido, había pasado de ella completamente. Era una niña pequeña y mi vida sucedía delante de un ordenador, con docenas de amigos virtuales, redes sociales y juegos online… su mundo no tenía nada que ver conmigo y nunca le hice mucho caso. Me juré que, si estaba bien, no volvería a pasar de ella de aquella

manera tan impropia para un hermano mayor.

Con el corazón en un puño me senté de nuevo en uno de los asientos traseros, cerca de Laura y su hija. Sus rostros ya no reflejaban el terror y el pánico que debían haber sentido estando fuera, perseguidas por zombis y viendo como todo el mundo a su alrededor moría. Ellas se sentían cada vez mejor, pero yo estaba cada vez peor. La sensación de impotencia que me atenazaba era insoportable, no quería estar quieto solo por la ilusión de estar haciendo algo que me daba el moverme, aunque solo fuera dar vueltas en el interior del minibús. Pero también estaba agotado físicamente.

Dejé el fusil apoyado en el asiento de al lado y, para quitarme mis propias movidas de la cabeza, intenté entablar una conversación con aquella mujer.

—¿Has perdido a algún ser querido allí, en la zona segura? —la pregunta fue poco delicada por mi parte, si había perdido a alguien quizá no quisiera hablar de ello, o quizá sí, o puede que no supiera si quería hablar de ello, como me pasaba a mí.

Me miró a los ojos de tal manera que, más que haberle hecho una pregunta, parecía que la hubiera amenazado de muerte. Antes de contestar miró de reojo a la niña, que seguía distraída con la mirada en la calle en ese momento.

—No, lo siento. —contestó con rotundidad.

Se dicen que las penas son menos si son compartidas pero, dado que era el único del grupo que podía haber perdido a alguien, ni a eso podía agarrarme… quizá fuera una señal para mantener la esperanza.

“Tú no crees en las señales” me recordé con pesimismo.

—¡Mami hay personas malas ahí fuera! —gimió la cría dando un respingo y aferrándose a su madre; ella la levantó y se la subió a las piernas, de tal forma que solo pudiera mirar hacia el interior del minibús.

—Ya lo sé, cielo, pero aquí dentro no pueden hacernos nada. —le dijo cariñosamente.

Pese a las palabras tranquilizadoras de su madre, la niña seguía asustada, y me hizo pensar en Sara. Seguramente ella había estado igual de asustada cuando los zombis llegaron…

Sacudí la cabeza como si así pudiera expulsar de ella esos pensamientos. Tenía que esforzarme más en distraer mi mente con otra cosa o me volvería loco, y ya había tenido demasiados motivos para volverme loco en los últimos días. Pensar en ellos no haría que aparecieran mágicamente, y yo no era un soldado o un héroe de acción, no podía ignorar el peligro que suponían los zombis para volver y buscar respuestas.

—No he perdido a nadie en la zona segura, pero si fuera —me dijo Laura, quizá porque me vio tan afectado que le di lástima—. Mis

padres, mi hermana… no sé que ha sido de ellos, y tal y como están las cosas aquí no tengo muchas esperanzas. Se lo duro que resulta

Sus padres y su hermana, exactamente igual que yo. Pero ella tenía a su hija, yo estaba completamente solo y perdido.

—¿Y cómo es que no estabas en la zona segura con ellos? —inquirió.

La pregunta del millón de euros. No quería responderla con total sinceridad, porque me habría sentido muy tonto explicando mis motivos, pero tampoco tenía ningún motivo para mentir, y hablar de cualquier cosa era mejor que seguir comiéndome la cabeza.

—Por aquel entonces se hablaba mucho de saqueadores, que se colaban en las casas vacías de la gente a la que evacuaban —le respondí sin mucho ánimo, parecía que de aquello había pasado toda una vida—. Mi padre es autónomo y estaba preocupado, las deudas nos llegaban hasta el cuello por la crisis y no podíamos permitirnos que nos robaran. Estábamos sin seguro del hogar.

Qué irrisorio sonaba aquello, que ridículo… pero entonces no sabíamos que la cosa se iba a poner tan mal, y apelando a que era mayor de edad y podía tomar mis propias decisiones al respecto terminé convenciéndoles, tras prometer que me atrincheraría dentro de la casa.

—Yo decidí quedarme hasta que todo se solucionara, como era mayor de edad podía hacerlo.

No obstante, si bien me había comportado como un idiota, no podía evitar pensar que aquella estupidez quizá me había salvado la vida. Si hubiera estado dentro de la zona segura desde el principio a lo mejor estaría muerto… o buscando carne viva que comer.

—¿Por qué decidiste venir entonces? —me preguntó con la niña en los brazos.

—Hubo un accidente… —técnicamente era cierto, aunque más que accidente yo lo habría llamado “cagada”—. Un incendio, el edificio se quemó y tuve que salir de allí. No tenía otro lugar a donde ir, de modo que vine hacia aquí. Y parece que llegué justo a tiempo.

Si hubiera llegado antes, habría muerto dentro de la zona segura, como un refugiado más; si hubiera llegado más tarde me habría encontrado la zona segura en ruinas y estaría perdido en mitad de la ciudad, rodeado de zombis y sin lugar a donde ir. Al parecer lo que había ocurrido era la mejor opción… entonces, ¿por qué me parecía una mierda?

“Si tu mejor opción es una mierda es que estás realmente jodido.”

—Pese a todo tuviste suerte y has logrado salir vivo. —dijo para intentar animarme.

—Sí —no podía negar aquello—. Pero no me siento con mucha suerte ahora mismo, la verdad.

—¿Qué te pasó en la cara? —inquirió apretando las cejas para fijarse mejor, de tal manera que casi me dio corte.

—¿En la cara? —pregunté confuso.

El repentino cambio de tema me cogió de improviso.

—Tienes el moratón de un golpe. —señaló sin apartar la vista de él.

Instintivamente me llevé una mano a la mandíbula, pero sin tocarla. Tocarla aún me dolía.

—Unos drogadictos con los que me crucé quisieron atracarme —una respuesta más larga habría profundizado demasiado en algo que prefería olvidar… los cadáveres descuartizados de aquellos dos indeseables se me aparecían cada vez que cerraba los ojos; los malos recuerdos a los que podrían recurrir mis pesadillas empezaban a ser demasiados—. ¿Y los tuyos?

—A mamá le pegó papa porque estaba nervioso. —respondió la niña haciendo un mohín.

Laura se ruborizó, apartó la mirada y tumbó a su hija sobre el asiento, apoyando su cabecita en sus piernas, para que durmiera.

De modo que había un padre, y además maltratador… al menos una persona de las que estaban allí sí se merecía haber sido devorada por los zombis.

—Me dijiste que no habías perdido a nadie —le dije con un tono que quería que sonara lo menos acusador posible, en realidad me daba igual que me mintiera, eran sus cosas y no me iba el rollo “yo te he dicho la verdad así que esperaba que tu también lo hicieras”, solo buscaba conversación para no tener que pensar en toda la mierda que me rondaba por la cabeza.

—Preguntaste por seres queridos… —dejó caer sin levantar la vista de su hija—. Venga cariño, intenta dormir un poco.

Preferí dejarlas solas y volver con Félix de nuevo. A esas alturas esperaba que ya hubiera limpiado el parabrisas de sangre.

Las luces del minibús iluminaban la carretera que transcurría en paralelo al río, la misma por la que yo había ido hacia la zona segura unas horas antes, solo que cuando yo pasé había varios zombis tambaleándose por ella y mientras el minibús la recorría se veía completamente despejada.

—Pasé por aquí al venir —le dije sentándome en el asiento que estaba justo detrás de él—. Entonces había varios zombis dando vueltas, pero se ve que vinieron todos tras de mí.

—No, todos no. —de repente los faros del vehículo iluminaron a un pequeño grupo de muertos vivientes en mitad de la calzada, agachados en el suelo devorando un cuerpo ensangrentado. Eran por lo menos seis.

No podíamos arrollarlos sin más, eran demasiados, de modo que Félix tuvo que doblar a la izquierda y comenzar a subir hacia el norte.

De repente recordé algo sobre esa dirección.

—No me gusta este camino —mascullé agarrándome al respaldo de su asiento—. De por aquí viene el grupo enorme que se ha colado en la zona segura.

—No tenemos otro —respondió él dando un giro con el volante para esquivar una señal de tráfico tirada en el suelo—. A menos que demos la vuelta… ¡Me cago en la puta!

Un zombi había salido de no se sabe dónde y se nos plantó delante del vehículo. Félix dio un frenazo y en lugar de reventarle los sesos contra el minibús, como el anterior, le pasamos por encima; pero inmediatamente otro grupo nos atacó por la izquierda y comenzó a golpear el lateral del vehículo. Nos habíamos metido casi de lleno en la marea de zombis que todavía se movía por allí.

Además de sus golpes contra la carrocería, escuché el grito de la niña, que debió asustarse al verlos abalanzarse contra nosotros.

—¡Hay resucitados aquí! —gritó Laura desde los asientos traseros.

—¡Tenemos que largarnos! —le grité a Félix cagado de miedo.

—¿Por dónde? Esto está lleno de cabrones. —apretó el acelerador y volvimos a coger velocidad, los seres que nos golpeaban se quedaron atrás rápidamente.

—A la derecha, tienes que girar a la derecha en cuanto puedas. —si seguíamos hacia el norte estaríamos justo en mitad de la marabunta, yendo hacia la derecha nos alejábamos de la zona segura y, por tanto, de los zombis.

Pero “cuando puedas” resultó ser un poco más difícil de lo que me esperaba porque muchas calles estaban cortadas con coches aparcados y resultaba imposible circular por ellas con un vehículo tan grande. Arrollar a un zombi era una cosa, aunque con eso había destrozado el monovolumen de mi vecino del cuarto, el minibús lo soportaría; pero arrollar a otro coche era bien distinto. No es lo mismo setenta kilos de carne podrida que una tonelada de metal.

Nuestro carril acabó desembocando en una calle mucho más amplia, lo cual al principio me pareció bueno, ya que cuanto más amplia fuera la calzada, más fácil era evitar a los zombis, pero aquella calle albergaba un nuevo horror que sumar a mis futuras pesadillas.

Había gente en ella. Gente viva, salida de no se sabe donde corría intentando huir de los muertos vivientes. Pero los zombis eran los dueños indiscutibles de esa calle y muchos ya habían perecido bajo sus dientes. De hecho, la mayor parte de esas criaturas estaban agachadas sobre cadáveres, devorándolos.

Un disparo sonó a lo lejos, seguido de varios gritos. Aún había gente luchando, pero no podía ver donde debido a la oscuridad.

Un hombre que corría nos vio aparecer y, presa del pánico, se lanzó contra el minibús, como los zombis de la calle anterior. Antes de que

pudiéramos reaccionar, un muerto viviente lo agarró por la espalda y lo arrastró hacia el suelo. Tres más se acercaban para unirse al banquete en el que se había convertido aquél pobre desgraciado.

Félix tragó saliva y la niña comenzó a llorar.

—¿Qué está pasando? —preguntó Laura a voz en grito desde su asiento; ojalá hubiera sabido qué decirle.

—Debían… debían ser los que quedaban en la zona segura —Félix parecía tan angustiado como Laura, que no era ni la mitad de lo que me encontraba yo; me temblaban tanto las piernas que no creía que pudiera levantarme del asiento si hubiera querido hacerlo—. Los que alojamos en las casas de dentro.

Había visto esas casas, estuve caminado entre ellas, e incluso me había colado en el jardín de una para esquivar a los zombis. Si en esas casas estaban alojadas las personalidades importantes de la comunidad, tal y como yo pensaba, todo apuntaba a que habían encontrado su fin en aquella travesía.

—¿Qué hacen aquí? La puerta está al otro lado. —le pregunté a Félix algo confuso, no veía como habían podido salir por ese lado.

—La puerta principal sí, hay puertas secundarias. —respondió maniobrando entre varios zombis que estaban en el suelo dándose un atracón a costa de alguien.

—¿Puertas secundarias? No vi ninguna al llegar. —había recorrido con la moto toda aquella parte del muro sin ver ninguna forma de entrar.

—No son puertas exactamente. Se instaló un sistema en el entresuelo de los edificios que daban directamente a la calle —me explicó—. En caso de intrusión, se desplegaba una pequeña escalera hasta el suelo, al otro lado del muro, que permitía escapar… no les ha servido de mucho, pero tampoco tenían más opciones con la mayoría de los reanimados dentro.

Varios gritos más se escucharon mientras intentábamos avanzar por aquella carretera plagada de muerte. Había muchos cuerpos diseminados por todas partes, y por cada uno de ellos, varios zombis comiéndoselos… de nuevo sentí ganas de vomitar al contemplar todo aquello.

Laura se acercó hacia nosotros con su llorosa hija en brazos. Estaba completamente pálida por la impresión y sus ojos, abiertos como platos, no parecían ser capaces de creer lo que estaban viendo.

—Dios mío, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó con un hilo de voz.

Tuvo que responder Félix porque yo sentía que si abría la boca vomitaría una vez más.

—Imagino que, con la zona segura arrasada, dejaron salir a la gente que se alojaba en los edificios. Pero no tenían escapatoria.

Me llamó la atención el zombi de un hombre bajito, enjuto y medio

calvo, que llevaba unas gafas de grandes y rotas y una barba incipiente. Vestía una ensangrentada bata blanca y mordisqueaba los dedos de un brazo humano de mujer que parecía haber sido arrancado de cuajo.

Me habría sentido mucho mejor si hubiéramos podido hacer algo por alguno de los de allí. Abandonar la zona segura fue mucho menos duro cuando salvamos a Laura y a la niña… era como tener un motivo para marcharse, el sacarlas a ambas del peligro. Si hubiéramos podido subir al hombre que se lanzó contra el minibús no me habría sentido tan mal por estar huyendo otra vez mientras todos los que lo habían intentado antes estaban siendo devorados.

Odiaba el sentimiento de impotencia al darse una situación y no poder hacer nada, pero no dejaba de sentirlo por una razón u otra. Mi casa, los zombis, mi familia, la zona segura, la gente de la calle… todo ocurría sin que yo pudiera hacer absolutamente nada por evitarlo. Era tan frustrante que habría gritado de rabia.

De repente sentí como Laura me agarraba de la mano con delicadeza.

—Tranquilo, todo irá bien. —me dijo en tono reconfortante.

¿Tan mal aspecto tenía? Debía estar verde por la angustia, y el horror de ver todo aquello también debía haber dejado alguna marca en mi cara.

Poco después me sentiría avergonzado por ello, pero en ese momento fue reconfortante contar con el apoyo de alguien, especialmente cuando se me ocurrió mirar atrás y vi que muchos de los zombis habían decidido perseguirnos después de vernos pasar a su lado.

—Si salimos a Primero de Mayo estaremos a salvo —nos dijo Félix, refiriéndose a la avenida que había más adelante, en la cual desembocaba nuestra calle—. Esa calle la despejamos de coches, un acelerón y dejaremos a esos hijos de puta con un palmo de narices.

No fue tan sencillo como Félix pensaba, las cosas ya no eran tan sencillas como las pensaba nadie. El ruido del motor del minibús había puesto sobre aviso a todos los zombis de los alrededores y, además de los que nos perseguían, algunos se nos echaban encima por los lados y otros venían de frente, como si pensaran que podían devorar al autobús igual que estaban devorando a toda persona viva que lograban coger.

Nos llevamos a otro zombi por delante, una mujer de pelo largo y negro, y casi pude sentir como su cabeza se hacía trizas contra el minibús antes de salir despedida varios metros. Una mano ensangrentada se restregó contra el cristal del asiento que tenía a mi lado, y los gemidos del resto de muertos vivientes se podían escuchar incluso dentro del vehículo… aunque quizá solo me los estuviera

imaginando por culpa del miedo.

Ya casi habíamos llegado a la avenida. A nuestra izquierda, los edificios tenían tres, cuatro e incluso cinco plantas, mientras que a la derecha las casas eran de un solo piso y no estaban demasiado bien conservadas. Tan solo teníamos que atravesar un cruce más, un solo cruce, y podríamos poner metros entre los zombis y nosotros, entre la vida y la maldita zona segura. Casi me permití durante un segundo volver a ser optimista…

A esas alturas ya debería haber aprendido la lección sobre el optimismo, pero seguía picando irremediablemente una y otra vez.

Por supuesto, el motivo por el que la avenida Primero de Mayo estaba libre de zombis y coches abandonados en mitad de la calzara era porque los militares, al despejarla, habían bloqueado todas las salidas con esos mismos coches. Cuando vi que por lo menos había seis vehículos cortándonos el paso se me cayó el alma a los pies. ¡Habíamos estado tan cerca!

—¿Qué hacemos? ¿A dónde vamos? —chillé al borde un ataque de histeria.

Me di cuenta en ese instante de que había estado hablando en plural, como si yo hubiera hecho algo además de estar allí como espectador. Menuda idiotez, si de mi hubiera dependido nos estarían comiendo vivos en ese instante, ni sabía disparar ni sabía conducir un minibús.

—A Primero de Mayo, obviamente. —respondió Félix con tal convicción que por un momento pensé que solo yo había visto la media docena de coches que nos cortaban el paso.

—¿Qué? ¿Y los coches? —exclamó Laura casi a voz en grito.

Estábamos muy cerca y Félix no parecía tener intención de reducir la velocidad.

—¡Gira por aquí! ¡Este cruce está despejado! —era el cruce anterior a la entrada a la avenida, pero antes de que terminara la frase ya habíamos pasado de largo; estaba claro que Félix pretendía embestir a los coches para quitárselos de en medio, lo cual era una locura a todas luces—. ¡Para! ¡Vas a matarnos!

Ignoró mis advertencias y agarró el volante con fuerza, concentrado totalmente en mantener el rumbo y la velocidad para la colisión… había perdido completamente el juicio.

—¡Agarraos a algo! —vociferó.

—¡Cuidado! —gritó Laura una décima de segundo antes de colisionar.

Quise agarrarme a algo, al respaldo del asiento o al reposabrazos, pero mi deficiente instinto de supervivencia me llevó a coger con fuerza el fusil que llevaba en las manos como primera reacción, y para cuando quise rectificar ya era tarde. Sin ninguna sujeción que me

mantuviera en el sitio, me vi impulsado hacia delante con tanta fuerza que creía que me iba a partir en dos. El respaldo del asiento delantero fue un deficiente amortiguador...

Todo transcurría a cámara lenta. En lugar de sonido tan solo había un gran vacío incómodo en mi cabeza, como si tuviera los oídos tan taponado que no pudiera escuchar nada. Estaba tirado en el suelo con un tremendo dolor de cabeza y con todo dándome vueltas alrededor. Vi a Laura en el asiento de al lado incorporándose, también ella había caído al suelo. Al igual que yo, en lugar de agarrarse a algo que la mantuviera en el sitio, se había agarrado a algo que llevaba encima, en su caso, su hija.

"Proteger a tu hija de un golpe tiene más sentido que agarrar un puto fusil" pensé, y entonces caí en la cuenta de que ya no tenía el fusil en las manos; debió caérseme cuando me di el golpe.

La chiquilla estaba colorada y llorando, pero al menos no había recibido ningún golpe. Mientras su madre se acercaba hacia mí, vi que la herida que tenía en el labio se había abierto y estaba sangrando, aunque por lo demás también ella parecía estar bien.

Sentí como un líquido espeso y caliente corría por mi frente mientras miraba el techo del autobús, hasta que la cara de preocupación de Laura se interpuso en mi campo de visión. Me dio unos golpecitos en cara con la mano que tenía libre, pero no fui capaz de sentirlos, era como si estuviera pegándole a otro. Luego me sacudió mientras decía algo que no era capaz de oír y, al ver que no funcionaba, me tiró del cuello de la sudadera hasta incorporarme y dejarme sentado.

El efecto fue tan rápido que me cogió por sorpresa. De repente volvía a escuchar y el tiempo había vuelto a su cauce normal.

"Ha sido como el tiempo—bala" pensé estúpidamente recordando ciertos videojuegos.

Me llevé la mano a la frente, donde había sentido caer ese líquido espeso, y cuando la retiré estaba manchada de sangre. Tenía que haberme dado un buen golpe allí, porque además de la sangre sentía un dolor punzante muy molesto.

—¿Qué ha pasado? —pregunté apoyándome en el suelo para incorporarme del todo.

Noté algo largo y metálico en una manos y agaché la mirada para ver qué era… el fusil, después de todo, no había caído demasiado lejos. Al ponerme en pie del todo casi vuelvo a caerme debido a un mareo momentáneo, pero Laura me ayudó a permanecer erguido.

—Nos hemos estrellado —respondió mientras me miraba con preocupación—. ¿Estás bien? Ha sido un golpe duro.

En la parte delantera del autobús el parabrisas estaba

completamente roto y el motor humeaba.

“Esto me suena” me dije con desánimo.

Además del golpe en la frente y el resto de magulladuras, ver el minibús roto y empotrado contra un grupo de coches fue la gota que colmó el vaso para mi desánimo. Pero si creía que la cosa no podía ponerse peor, los zombis que nos pisaban los talones iban a demostrarme lo equivocado que estaba. A través de la ventana podía ver cómo, poco a poco, iban recortando la distancia que nos separaba de ellos y, aún peor, cuando localicé a Félix en el asiento del conductor, ya tenía medio cuerpo fuera del minibús. Estaba intentando salir por la ventanilla.

—¿Qué haces? —le pregunté luchando por seguir en pie por mis propios medios sin caerme.

Durante un segundo me miró y, cuando vi su expresión, obtuve la respuesta a mi pregunta sin que tuviera que decir nada.

—Hijo de puta… —susurré agarrándome a un reposabrazos… nos iba a dejar tirados.

—Lo siento, de verdad, creía que pasaríamos. —dijo antes de colarse del todo por el hueco de la ventanilla y caer en el asfalto; sin perder un segundo echó a correr hacia la oscuridad de la calle.

—¡Sí que lo vas a sentir, cabrón! —bramé acercándome con el fusil en la mano, tambaleándome como un muerto viviente debido al mareo.

Quería abrir fuego contra él, aunque fuera por la espalda, y llenarle de plomo el cuerpo por dejarnos tirados de aquella manera, pero enseguida me di cuenta de que salir corriendo era la mejor opción. ¿Qué íbamos a hacer si no? ¿Quedarnos allí dentro para siempre? Intenté dar un paso más rápido de lo debido hacia el asiento del conductor, pero todo el interior del minibús empezó a darme vueltas.

Hasta que Laura no me agarró del brazo no dejó de girar.

—¡Tienes que irte! ¡Deprisa! —farfullé sentándome en uno de los asientos.

Las piernas me dolían al andar, pero fue peor cuando, al acercarse a mí, descubrí que ella también cojeaba de la pierna derecha. No teníamos tiempo, los zombis estaban encima, yo apenas podía dar un paso sin marearme y ella no podría bajar con la niña y alejarse cojeando… estábamos atrapados allí dentro.

—¡Están aquí! —gimió dando un respingo.

Los zombis habían llegado, sus manos empezaron a golpear el minibús por los lados y la parte trasera. La parte delantera estaba incrustada entre los coches, así que allí no podían llegar; era una ventaja porque, con el parabrisas roto, se habrían colado dentro con facilidad de otro modo. No debían ser más de seis o siete, por el momento, y si hubiera sabido manejar el fusil podría haber acabado

con ellos y escapar, pero no era el caso.

“Félix hijo de puta traidor…” no debí confiar en alguien que desertó tan fácilmente cuando las cosa se puso complicada; en cuanto vio que la zona segura estaba perdida huyó, y yo no pensé mal porque, en el fondo, quería huir también, y gracias a él pude hacerlo… pero quien abandona una vez termina abandonando una segunda.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Laura dándome un agarrón en la muñeca y casi clavándome las uñas en ella.

“¿Me lo preguntas a mi?” pensé con pánico.

No tenía ni idea, y cualquier idea que tuviera seguro que era peor que no hacer nada, a juzgar por experiencias pasadas.

Miré el fusil que tenía entre las manos, era pesado y frío, estaba hecho de un metal oscuro, o quizá plástico, ya que si hubiera sido metal tenía la impresión de que habría pesado mucho más. Aun teníamos la oportunidad de morir sin sufrir. No era una idea tentadora, ni mucho menos, pero a fin de cuentas lo más probable era que toda mi familia estuviera muerta, ¿por qué iba a ser yo una excepción? Un disparo y adiós, era mejor que ser devorados por los zombis o acabar siendo otro cadáver descuartizado arrastrando las tripas por ahí.

Pero, ¿cómo hacerlo? Ellas también querrían morir, y me tocaría dispararles a mí, por supuesto. Quizá pudiera volarle la cabeza a Laura si no lo pensaba demasiado, pero a la niña… Susi se llamaba, no sabía de qué era diminutivo, pero en cuanto me mirara con esos ojos de niña pequeña sabía que no podría hacerlo. Y eso solo la condenaba a una terrible muerte a manos de los zombis.

—Eso ni lo pienses —dijo Laura con firmeza, intuyendo mis pensamientos; habría levantado la vista para mirarla e intentar convencerla de que era lo mejor, pero mirar hacia arriba me producía mareos—. No hemos llegado tan lejos para morir aquí, ¿verdad?

Que inocente me pareció al decir aquello… se podía morir en cualquier momento. Yo lo sabía bien, temía por mi vida cuando salí de mi casa, pero entonces no sabía aún lo que era temer por mi vida de verdad.

Me dolía la cabeza, no solo donde me había dado el golpe, sino toda la cabeza en general, y no podía pensar con claridad. Cerré los ojos para intentar meditar unos segundos, pero solo sirvió para que el ruido que hacían los zombis en el exterior del minibús sonara aún más fuerte en mis oídos. Cuando los abrí, Laura seguía mirándome, como si esperara que fuera a tener una revelación divina en el último segundo.

—Podemos… —empezar la frase era fácil, terminarla no tanto; salir por la ventanilla del conductor no era una opción, y cuanto más

tiempo estuviéramos allí más probable era que un zombi intentara subirse entre los coches para entrar por el parabrisas roto—. Podemos intentar arrancar. A lo mejor el motor aún funciona.

Me sonaba mal hasta a mí mismo. Aun en el caso en que lográramos volver a poner en marcha el minibús, no creía que estuviera dentro de mis capacidades conducirlo. No pude conducir correctamente ni un coche normal, un pequeño autobús era sencillamente demasiado.

—Podemos intentarlo… —dijo ella sin mucho convencimiento.

Pero sí, había que intentarlo, ¿qué otra opción teníamos? Era eso o rendirse a la muerte, y puestos a elegir prefería morir estrellándome contra un muro que devorado por zombis.

—¿Sabes conducir una cosa de estas? —por su forma de mirarme supe que ella misma conocía la repuesta sin que tuviera que decírsela.

La niña aprovechó el momento de tensión para limpiarse los mocos en el cuello del abrigo de su madre, mientras ésta la sostenía en brazos.

—No, la verdad es que no —respondí con un suspiro—. ¿Y tú?

—No conduzco. —dijo, negando con la cabeza.

“Yo tampoco” me gustaría haberle contestado pero, ¿de qué serviría?

Haciendo un gran esfuerzo me puse en pie, muy despacio, para no marearme, y me dirigí al asiento del conductor. Llevaba todavía mi mochila a la espalda, de modo que tuve que quitármela para sentarme. Nada de lo que llevaba en ella me servía de mucho, salvo los botellines de agua, a menos que quisiera matar a los zombis lanzándoles llaves.

Me senté donde un minuto antes había estado sentado Félix y, acordándome de él, lo primero que hice fue cerrar la ventana por la que el militar había salido; no quería encontrarme con un muerto viviente asomándose por ella. Después giré la llave de contacto…

El motor del minibús desprendía un ligero humo blanco, y cuando intenté arrancarlo hizo un ruido ahogado y empezó a temblar tanto que tuve que parar. Al segundo intento se hizo el milagro y el vehículo se puso en marcha… no lo hizo con el sonido suave y fluido de cuando lo arrancó Félix la primera vez, pero había arrancado.

Casi no podía creerlo, íbamos a tener suerte por una vez.

—Gracias a Dios. —dijo Laura con alivio sentándose en el asiento que estaba justo detrás de mí, donde había estado yo cuando chocamos.

—Será mejor que os agarréis a algo. —dije metiendo la primera marcha.

Aunque no era exactamente como un coche, la mayoría de cosas estaban en el mismo sitio, pero rezaba porque no fuera necesario

pulsar ninguno de los botones extraños que había por todas partes, y tampoco habría puesto la mano en el fuego por mi habilidad manejando aquél volante enorme.

Pisé el acelerador, intentando empujar con un poco más de delicadeza que Félix los coches que teníamos delante; salir a la avenida seguía siendo la mejor forma de escapar que teníamos.

No fue suficiente, apenas fui capaz de moverlos unos centímetros antes de que no diera más de sí. Metí la marcha atrás y comencé a retroceder, pretendía tomar un poco de impulso y terminar por las buenas lo que Félix había empezado a lo bestia, pero Laura me puso una mano sobre el brazo de la palanca de cambios.

—¡Espera! ¿Qué haces? —dijo alarmada.

—Meter la marcha atrás. —le contesté, pero entonces me di cuenta de lo que pretendía advertirme; si daba marcha atrás los zombis podrían entrar por el agujero del parabrisas.

—No tenemos otra opción si queremos salir de aquí. —le dije.

Escuché el sonido de las manos de los zombis restregándose contra la carrocería del minibús mientras éste retrocedía. Una de las ruedas traseras dio un salto cuando pasamos por encima de uno de los que nos atacaban por detrás; resultó enfermizamente satisfactorio sentir como su cráneo reventaba debajo del neumático.

Metí la primera de nuevo, decidido a darme la máxima prisa posible y que ningún zombi tuviera la oportunidad de alcanzar la parte delantera del vehículo ahora que la había dejado accesible. Pero de repente, unas manos se apoyaron contra mi ventanilla y di tal sacudida que pensé que el corazón se me saldría por la boca. Una mujer flaca y demacrada, con la cara mutilada a base de sangrientos arañazos, me gruñó al otro lado del cristal y se lanzó a morderme. Tan solo logró hacerse una brecha cuando su cabeza chocó contra la ventanilla cerrada. La criatura se tambaleó y, con los nervios a flor de piel, pisé el acelerador.

El minibús se puso en marcha y dio una violenta sacudida cuando chocó de nuevo contra los coches. Apreté el acelerador con más fuerza todavía cuando estuvimos pegados a ellos y logré que empezaran a moverse… estaba funcionando.

—¡De puta madre! —exclamé respirando tranquilo al ver saldríamos de allí con vida.

—¡Espera! ¡Cuidado! —chilló Laura.

La potencia que había puesto en la maniobra de empuje se liberó cuando el último coche quedó a un lado, y el minibús se encontró con vía libre para liberar toda su fuerza. Solté el acelerador y pisé el freno, pero aquel vehículo no frenaba como un coche, era mucho más pesado.

—¡Mierda, mierda, mierda…! —farfullé apretando el freno hasta el

fondo, intentando frenar en seco.

Las ruedas comenzaron a chirriar y tuve que girar el volante para no estrellarnos contra los edificios de enfrente.

—¡Frena, frena! —me gritó Laura demasiado tarde.

Giré todo lo que pude, o más bien todo lo que el volante me dejó, pero terminamos estrellándonos contra uno de los árboles de la mediana.

No fue un impacto tan duro como el de un momento antes, ni mucho menos, pero aun así me cubrí con las manos por si acaso y di un buen bote en el asiento.

—¡Uf! —bufé al recibir el golpe—. ¿Estáis bien?

—Sí, tranquilo. —contestó ella con su hija en los brazos.

Nosotros estábamos bien, pero para el minibús fue demasiado un segundo golpe. El motor se apagó y no volvió a encenderse por más que le insistí. A través del espejo retrovisor podía ver como algunos de los zombis que nos acosaran un minuto antes empezaban a entrar en la avenida por el mismo caminito que había abierto yo, en nuestra búsqueda.

—Tenemos que irnos, venga. —les dije apretando el botón que abría las puertas.

Cargué mi mochila y el fusil y los tres salimos de allí a toda prisa.

—¿A dónde vamos? —me preguntó cojeando tras de mí.

Aun me sentía mareado, pero ya podía moverme sin desmayarme. Aun así, estaba seguro de que a mi cuerpo no le quedaba un solo músculo donde no me hubiera hecho daño.

—Hacia abajo hasta el río, luego a la izquierda.

Era el camino para salir de la ciudad, para alejarnos de los zombis todo lo posible y encontrar un lugar donde descansar… necesitaba descansar más que respirar en ese momento, me dolía todo el cuerpo y no había comido nada en todo el día. También tenía frío y mi ropa seguía mojada por la lluvia. No creía haberlo pasado peor en toda mi vida, y eso que la noche anterior había puesto el listón muy alto.

Laura tampoco lo estaba pasando precisamente bien. Aunque avanzaba a buena velocidad, cojeaba mucho, y el peso de la niña no era nada desdeñable. Los zombis eran lentos, pero constantes, si no nos metíamos un poco de caña y lográbamos perderlos nos acabaría cogiendo. Ellos no parecían cansarse nunca.

—Tenemos que ir más rápido —dije mirando hacia atrás, les íbamos ganando terreno a los muertos, pero no podríamos mantener ese ritmo, yo al menos no—. Si no los perdemos…

Resoplando por el cansancio, dejó a la pequeña Susi en el suelo, para que caminara a su lado. La niña se resistió a bajar de sus brazos al principio, pero logró convencerla de que tenía que seguir a pie.

—Venga cariño, tienes que ir andando, no puedo seguir cargando

contigo.

—¡No! —gimió la chiquilla muerta de miedo, mirando hacia atrás, donde se encontraban los zombis que nos seguían, y agarrándose a la pierna de su madre.

—No les mires, cariño, no les hagas caso. —juntas y de la mano me siguieron el paso, y continuamos avanzando por la carretera que, de momento, estaba libre de muertos vivientes.

Mi mayor temor era que nos topáramos con alguno que en mitad de la calzada, porque entonces sí que estaríamos perdidos. Pero las calles que desembocaban en la avenida estaban todas cortadas por coches abandonados, y la vía estaba limpia. La parte mala de eso era que tampoco había donde despistar a los que nos seguían metiéndonos por alguna calle secundaria, solo podíamos caminar hacia delante y ver con qué nos encontrábamos cuando llegáramos al río.

—¿Cómo vamos a perderlos? —preguntó Laura manifestando la misma inquietud que yo sentía, pero en voz más alta de lo que me hubiera gustado.

Los zombis ya nos seguían, pero no quería atraer a más hablando en alto, así que dejé de andar y esperé a que me alcanzaran.

Hasta que no me detuve no me di cuenta de lo hecho polvo que estaba, el golpe en la cabeza había sido lo más grave, o al menos lo que más me preocupaba, porque me había dejado realmente aturdido, pero sentía el resto del cuerpo cansado y dolorido.

—Vamos a intentar no hablar —le susurré cuando llegó a mi altura —. Para no atraer más y para perder a los que nos siguen cuando hayamos cogido un poco de ventaja.

Asintió y seguimos caminando, aunque pronto me di cuenta de que el silencio era peor que las voces, pues me permitían escuchar perfectamente cada gemido, gruñido o gimoteo de los zombis que nos perseguían. Estaba asustado, pero sobre todo tan tenso que, cada vez que un zombi balbuceaba un poco más alto de lo habitual, giraba la cabeza temiendo que hubiera dado un acelerón y se hubiera acercado demasiado a nosotros.

Cuando llegamos a la altura del río estaba verdaderamente hecho polvo. La frente me palpitaba en el lugar donde me había golpeado, y notaba la sangre seca pegada a mi cara; las piernas me dolían; los brazos me dolían también y sentía unas ganas terribles de vomitar. Ni siquiera habíamos logrado sacarle a los zombis una ventaja considerable y, aún peor, la avenida acababa, y con ella la barrera de coches que los militares habían levantado en cada cruce. A partir de allí podríamos encontrar zombis en cualquier parte.

El no tener fuerzas ni para pensar era lo que me hacía seguir adelante, por puro instinto de supervivencia; porque estaba seguro que ni una muerte a manos de los zombis sería peor que lo que estaba

sufriendo en ese momento.

Las aguas del río fluían en calma, ajenas al infierno que se había desatado a su alrededor. O al menos así me lo pareció hasta que vi un cadáver pasar flotando. La luna, que después de tanto tiempo se había abierto paso tímidamente entre las nubes, arrancaba leves destellos del agua, y gracias a ellos pude ver la silueta del cuerpo de un hombre siendo arrastrado lentamente por la corriente. No sabía si era de persona muerta o de zombi muerto, y tampoco quería averiguarlo.

—Los tenemos casi encima. —dijo Laura resollando.

En cuanto paró de andar para tomar aire su hija se le agarró a una pierna. Ella también tenía miedo, tanto que ya no parecía capaz ni de llorar. Era duro que una niña tan pequeña tuviera que estar pasando por todo aquello.

—Hacia allí. —señalé con un dedo en dirección Este, o sea, a mi izquierda, hacia el camino que llevaba fuera de la ciudad; no sabía que nos podíamos encontrar allí exactamente, pero sí que sabía que en cualquier otra ruta habría más zombis que yendo al exterior de la ciudad.

Apenas nos habíamos detenido durante un par de segundos antes de comenzar a caminar de nuevo. No había tiempo para más descanso, los muertos vivientes no descansaban nunca, y si nos quedábamos parados más tiempo, nos acabarían alcanzando.

Estaba tan cansado que casi me arrastraba, Laura cojeaba y ambos íbamos manchados de sangre… ¿cómo sabían los zombis que no éramos de los suyos? Esa era una pregunta cuya respuesta se me escapaba. Quizá es que no olíamos a muerto, como ellos, pero eso desde lejos era imposible saberlo.

Pasamos junto al auditorio pegados al borde del río. Me tranquilicé pensando que, si la cosa se ponía demasiado fea, siempre podíamos saltar la pequeña valla que separaba la carretera del cauce y seguir por un camino de tierra que había abajo.

Durante todo el trayecto que transcurría al lado del auditorio, tuvimos a la izquierda otro camino, éste peatonal, que tenía unos bancos de parque cada pocos metros. Juro que habría matado por haber podido sentarme en uno de ellos a descansar un rato… o a dormir toda la noche, si podía elegir.

Nuestra ruta estaba despejada, los únicos zombis de los que tuvimos que preocuparnos era de los que nos seguían, que no habían cedido un ápice en su empeño de cogernos. Sin embargo, el camino desembocaba en un enorme aparcamiento al aire libre que no me transmitía buenas vibraciones. No había lugar donde esconderse, ni donde despistar a los zombis; estábamos en campo abierto y allí no podíamos perderlos de ninguna forma.

—¿No deberíamos subir y volver a la avenida por el parking? —

resopló Laura refiriéndose a un parking al aire libre que nos habíamos cruzado antes, mientras bajábamos por la avenida, y que se comunicaba también con aquél.

Si hubiéramos corrido un poco podríamos habernos metido por esa calle antes y haber girado para despistarlos, pero yo no estaba en condiciones de correr, y ella, con su cojera, mucho menos.

—No, sigamos andando —dije, muy a mi pesar—. Más adelante hay campo, árboles, arbustos… podremos perderles allí.

No sabía si era la mejor idea, se me hacía poco atractivo el huir a oscuras, entre árboles que bloquean aún más la vista, y perseguidos por zombis caníbales… pero era la única salida que teníamos, así que seguimos andando.

No habíamos avanzado ni diez metros cuando me agarró del brazo, casi clavándome las uñas, y señaló en dirección norte.

—¿Has visto eso?

—¿El qué? —no había visto nada, bastante tenía con ir pendiente del camino y de nuestros perseguidores como para andar fijándome en nada más.

—¡Una luz! ¡Ahí mira! —esa vez si lo vi, fue un destello que duró menos de un segundo, pero lo vi.

Gracias a la luz de la luna también vi el lugar de donde había salido. En un primer momento no me había fijado, ya que no era más que una casa cochambrosa y llena de porquería en mitad del enorme aparcamiento, pero si allí había alguien podría ayudarnos, o al menos nos serviría para poner una pared entre los zombis y nosotros.

—Vamos para allá. —le dije virando el rumbo.

—¿Estás seguro? —preguntó ella dubitativa.

—No. —respondí instantáneamente.

No estaba nada seguro, si había alguien podrían ayudarnos o podrían no hacerlo; recordaba perfectamente a los dos malditos drogadictos que habían intentado matarme. Y, aunque quisieran, a lo mejor no podían y solo poníamos en peligro a más gente… pero merecía la pena intentarlo.

Seis zombis nos seguían cuando nos acercamos a la casa, que no era más que un cuchitril de un solo piso, viejo, destartalado, con paredes llenas de grafitis y olor a meado.

No vimos ninguna entrada allí, de modo que empezamos a rodearlo, y al otro lado descubrimos que por detrás estaba vallado, lo cual era una enorme ventaja contra los zombis; solo teníamos que cruzar la valla y estaríamos a salvo. Además, la propiedad tenía un camino que subía directamente a la carretera más cercana y que estaba rodeado también por la valla, salvo en un tramo donde ésta se había roto.

Un utilitario desconocido permanecía aparcado a escasos metros de

la valla, si hubiera sabido forzar la puerta de un coche podría haber intentado cogerlo, pero sin una sierra y varias horas, abrir puertas me era imposible.

—Venga, entremos dentro. —propuse acercándome a la valla que separaba la casa del aparcamiento.

Para traspasarla no era necesario treparla apenas, no tendría más que un metro y poco de altura. Dos palmeras de gran tamaño adornaban el jardín exterior de la casucha, que vista desde ese ángulo hasta parecía acogedora. Sin duda alguien había vivido allí, o lo hacía aún si las luces que habíamos visto eran algo más que fuegos fatuos.

—Yo voy primero, luego me pasas a la niña por encima, ¿vale?

Laura no dijo nada en contra y los zombis estaban lejos, teníamos tiempo para cruzar. Al impulsarme para subir, la cabeza me dio vueltas durante un segundo, pero pude mantener el equilibrio y bajar al otro lado sin mayor dificultad.

—Ahora ella. —dije tendiendo las manos para que me pasara a su hija.

Se agachó y la levantó con un gran esfuerzo, estaba agotada, puede que incluso más que yo, que me sentía ya en las últimas. Llegué a pensar que, cuando me la pasara, no podría sostenerla, pero estábamos tan cerca que podía permitirme un último esfuerzo.

—Vamos cariño —le dijo su madre alzándola por encima de la valla—. Como cuando subimos al muro, ¿recuerdas?

—Sí. —respondió ella un poco reticente, pero se dejó aupar, y cuando fui a agarrarla, ella misma tendió sus manitas alrededor de mi cuello.

Al tenerla en brazos me resultó mucho menos pesada de lo que me esperaba. Quizá había subestimado mis fuerzas… o quizá ya ni era capaz de diferenciar el dolor que producía cargar algo más pesado de lo que puedes soportar del resto de dolores que sentía por todo el cuerpo.

Apenas la había dejado en el suelo cuando Laura empezó a trepar también. Los zombis cada vez estaban más cerca, pero seguíamos teniendo tiempo, y una vez al otro lado ellos no podrían pasar. Los zombis no trepaban, tendrían que echar la valla abajo, y eso les llevaría su tiempo, el suficiente para que los perdiéramos.

—¡Eh! —gritó una voz tras de mí, sobresaltándome de tal manera que el fusil casi se me cayó al suelo.

Sentí como la pequeña Susi se agarraba a mi pierna, asustada, mientras su madre seguía saltando la valla. Me giré y vi a un hombre vestido con uniforme militar que me apuntaba con un fusil como el mío. Durante un segundo pensé que era Félix, pero en seguida caí en la cuenta de que aquél soldado era mucho más joven, y tenía mucho más pelo.

—Deja el arma en el suelo. —me ordenó en un tono que no aceptaba discusión alguna.

Me agaché a dejarla y di un paso atrás, después puse a la niña, aún aferrada a mi pierna, detrás de mí, para cubrirla con mi cuerpo. No sabía qué iba a pasar, aquél hombre era parte del ejército, no cabía duda, pero si eso iba a ser algo bueno o malo estaba por ver. No había terminado con muy buena imagen de ellos después de lo ocurrido con Félix, y ese tenía pinta de ser un desertor cobarde igual que él.

Laura terminó de saltar e inmediatamente cogió a su hija entre los brazos, con un gesto protector.

—Por favor, nos persiguen resucitados —dijo casi suplicando—. No pretendíamos molestar, solo queríamos escapar.

“Escapar, descansar, dormir durante tres días seguidos, ducharme, ponerme ropa limpia, comer… Dios si, comer algo” pensé mientras aquél soldado se acercaba lentamente hacia nosotros, mirándonos como si quisiera evaluarnos.

Mucho tendría que esforzarse para que alguno de los tres le pareciera una amenaza, pero algo debió ver cuando se colocó el fusil sobre el hombro y nos apuntó con él.

Estábamos completamente a su merced; aun habiendo sabido utilizarlo, mi fusil estaba en el suelo, y mi piolet a la espalda, si es que algo que no llegaba a la categoría de arma cuerpo a cuerpo hubiera tenido alguna posibilidad contra un tirador entrenado.

Por la forma como nos apuntaba, tenía la intuición de que nos iba a disparar, pero no lograba comprender por qué. No éramos, ni de lejos, una amenaza; si no nos quería allí podía echarnos con facilidad, y no llevábamos tampoco comida que robarnos… aunque si drogas, y el arma que había tirado al suelo.

“Va a disparar, mierda, va a disparar” en seguida comprendí que no necesitaba motivos para hacerlo, la gente ya no respondía ante nadie, podía hacer lo que quisiera.

—¡Espera no…! —dije alzando una mano, pero un disparo sonó retumbando en el aire.

Instintivamente me tiré al suelo, cubriéndome la cabeza con las manos. Escuché a Laura dar un grito ahogado a mi lado, y sentí como todos los músculos me chillaban de dolor en los lugares donde me había golpeado al caer.

Sin embargo, al abrir los ojos los tres seguíamos vivos. El soldado avanzó unos cuantos pasos más hacia la valla y volvió a disparar. El sonido retumbó aquella vez en mis tímpanos de forma muy molesta, pero pude ver que no nos estaba atacando a nosotros, sino a los zombis que teníamos detrás y que nos venían persiguiendo desde la avenida.

Con cuatro certeros disparos más, nuestros seis perseguidores

dejaron de ser un problema para siempre.

SERGIO

—¡Perdón! Estaban casi encima —me excusé de manera un poco torpe, alzando una mano en señal de disculpa—. ¿Estáis bien?

No tenían aspecto de estar bien, de hecho, si no fuera porque les había visto saltar la valla, les habría confundido con reanimados y habrían acabado con un disparo de verdad. El chaval del fusil tenía manchas de sangre por todas partes y un importante moratón en la mandíbula, además de un aspecto bastante desmejorado en general… pero ni punto de comparación con la cara de la mujer, que era un auténtico poema; además del labio partido, le habían puesto un ojo completamente morado, y el golpe del pómulo tenía que dolerle. Recordaba bien lo que era estar medio cojo y siendo perseguido por reanimados, y por eso la compadecí cuando, al dar unos pasos hacia la niña pequeña, descubrí que también cojeaba.

La niña de la gorra, por su parte, aunque tenía mejor aspecto que los otros dos, se tapaba los oídos con las manos, quizá pensando que alguien podía volver a disparar. Me gustaría haber podido decirle algo que la tranquilizara, pero los niños no eran lo mío. Se lo dije a Patricia con esas mismas palabras tan solo unas semanas antes de que aquella crisis empezara, y desde entonces la única relación que había tenido con la infancia era disparar a niños que habían acabado convertidos en reanimados.

Recordar esa conversación con mi novia muerta era doloroso… eran los detalles de una vida que había desaparecido por completo bajo una marea de muertos vivientes.

—S…si —respondió la mujer con dificultad, volviendo la vista hacia atrás para ver a los reanimados muertos—. Gracias.

No me costó darme cuenta de que el chico no era uno de los míos, pese a que llevaba uno de nuestros fusiles. Tenía que haberlo cogido de algún compañero caído, y eso solo podía significar que venían de la zona segura. Ya no quedaban militares en ningún otro lugar.

Resultaba un poco alentador ver que alguien más había salido de allí, aunque si no llego a estar yo para detener a sus perseguidores no lo hubieran contado. Aquellos reanimados se les estaban echando encima y no parecían estar en condiciones de aguantar la persecución mucho más tiempo.

—La verdad es que estaba mejor antes de que nos disparases. —dijo el chico resoplando mientras se ponía en pie.

—Ya deberías haberte dado cuenta de que no os he disparado a vosotros —le respondí acercándome hacia ellos y recogiendo del suelo el fusil—. Voy a necesitar que me des eso también.

Metido en una mochila a su espalda, aquél chaval tenía un pincho, y ya estaba escarmentado con lo que había ocurrido con Fran sobre ese tipo de armas.

No muy contento, estiró la mano hacia atrás, extrayendo el arma, y me la tendió. Se trataba de un simple piolet de escalada, pero estaba manchado de sangre seca, así que supuse que ya lo había utilizado para matar a algún reanimado… o esperaba que a reanimados.

Aunque iba preparado y alerta por si a alguno se le ocurría atacarme, ninguno de los tres parecía tener interés en buscar pelea con un soldado. Por ese motivo no me había quitado el uniforme cuando Sandra me lo ofreció; aunque estuviera mojado y oliera a mierda, un uniforme imponía respeto y autoridad. Estaba seguro de que no habrían dejado que les desarmara tan fácilmente alguien vestido de civil.

En cuanto tuve el fusil en mis manos lo primero que comprobé fue la munición que les quedaba, ya que podía servirme para la mía. Como el cargador seguía lleno, deduje que no habían llegado a disparar, y que lo más probable era que lo cogieran para sentirse seguros pero, al no saber utilizarlo, no se hubieran atrevido ni a intentarlo. Que todavía llevara el seguro puesto avalaba mi teoría.

Al tocar la culata noté que le habían salpicado en ella algunas gotas de sangre, aunque no era capaz de decir si del propio muchacho, que era quien había tenido el fusil en las manos, o de otra persona.

—¿De dónde habéis sacado uno de estos? —pregunté echándomelo a la espalda, junto al mío, mi.

De nuevo fue él quien contestó. La mujer se limitó a tranquilizar a la niña, que parecía ser su hija.

—No lo hemos robado ni nada, ¿eh? —se defendió—. Lo encontré en el suelo y lo cogí para… bueno, no sé para qué, porque en realidad no sé utilizarlo.

—¿Venís de la zona segura?

—Ya no hay zona segura. —respondió la mujer levantando la mirada; su tono sombrío no dejaba lugar a dudas de que decía la verdad.

Mientras contestaba a la pregunta, sujetaba la cabeza de su hija entre las manos, con la intención de apartar de su vista la pila de cadáveres que había dejado tras la valla. Pensé que, si hubiera sido así de cuidadoso con Dani en su momento, no me odiaría tanto…

Ya lo dije antes, los niño no eran lo mío.

—Los zombis entraron, arrasaron con todo. —intervino el chaval, respirando aún con dificultad.

Apreté los labios en un gesto de preocupación, que la zona segura hubiera caído del todo era lo que había temido al escuchar la explosión. No es que fuera un nuevo miedo, desde que supe que los muertos vivientes habían entrado, había temido que se produjera ese desenlace; pero verlo materializado era muy distinto. Odiaba tener razón.

—No tienes nada que temer por esa parte —añadió fulminándome con la mirada—. No van a venir a por ti.

—¿A por mí? —no entendí que quería decir.

—Por desertar. —respondió con un desdén nada disimulado.

La mujer le lanzó una mirada de espanto, dándose cuenta de que acusar de desertor a una persona armada que te acababa de salvar la vida no era una idea muy sensata, ni muy agradecida.

—No soy un desertor. —me defendí.

Pero, ¿no lo era? No lo tenía claro del todo. Durante unas horas lo había sido, y cuando me arrepentí no llegué a tiempo de ayudar y morir con mis compañeros. ¿Me transformaba eso en un desertor, o volverse atrás era suficiente para redimirse?

—Lo que tú digas… —masculló.

No me gustó nada su tono, pero tuve que reconocer que tenía valor. Si me hubiera enfadado de verdad podría haberle expulsado de allí y haberlo dejado a su suerte, sin devolverle ni siquiera el piolet para defenderse.

—¿Cómo te llamas, chaval? —le pregunté con la voz más autoritaria que pude encontrar, no iba a dejar que aquél niñato adolescente mal afeitado me faltara el respeto.

—Carlos. —contestó desafiante.

Era demasiado engreído para su propio bien, pero ¿quién no lo ha sido a su edad? Por su aspecto tenía más de quince años, pero menos de veinte, apenas era un crío en el fondo.

—Pues mira, Carlos, da la casualidad de que tenía una misión fuera de la zona segura, los muertos se comieron a toda mi unidad y para cuando pude volver, días después, ya la habían invadido. Y aun así tuve tiempo de salvar a dos personas y traerlas conmigo. —la verdad a medias me salió como si la hubiera llevado ensayada, y sirvió para cerrarle la boca, durante unos segundos nadie dijo nada, hasta que la niña comenzó a gimotear bajo el brazo de su madre.

—Por favor, ¿podemos pasar dentro? —pidió la mujer casi suplicando—. Aquí no estamos a salvo, y hace frío.

No había reanimados a la vista, pero no se sabía cuando podía aparecer alguno, y más cuando había tenido que abrir fuego. El eco de los disparos se podía escuchar a un kilómetro a la redonda con facilidad, así que era mejor desaparecer de la vista antes de que alguno de esos seres decidiera hacernos una visita.

—De acuerdo. —accedí bajando el arma del todo.

No parecían peligrosos, Carlos era un bocazas, pero inofensivo, y no había nada más inofensivo que una mujer con su hija pequeña en brazos. Una vez desarmados, poco tenía que temer de ellos.

—Pero me quedo con esto de momento. —añadí palpando el fusil que les acababa de quitar y el piolet.

Si tenía algo que objetar, Carlos tuvo el buen juicio de callarse y seguirme al interior de la casa en silencio. Como la mujer cojeaba y él no estaba en condiciones de ayudar a nadie, tuve que ser yo quien le hiciera de bastón. En cuanto se puso en pie, la agarré del brazo y me lo pasé por encima de los hombros para que pudiera caminar sin tener que hacer fuerza en el pie herido.

—Me llamo Sergio, por cierto —me presenté mientras la niña miraba cómo ayudaba a su madre con curiosidad; ella la llevaba cogida de la mano libre, y no parecía que fuera a soltarla ni aunque le fuera la vida en ello—. ¿Es tu hija?

—Sí. —contestó dando pequeños saltitos para avanzar—. Se llama Susi, de Susana, y yo Laura.

—¿Nos viste llegar? —me preguntó Carlos de repente—. Vimos una luz, pensamos que era una señal para que nos acercáramos.

—No fue una señal, fue un accidente —un afortunado accidente, después de todo—. Dani estaba jugando con la linterna.

—¿Dani?

—Ya os dije que había dos más, Sandra, una chica ciega, de tu edad más o menos, y su hermano pequeño, Dani, de unos diez años. Están dentro, esperando.

—¿Vienen de la zona segura también? ¿Sabéis si ha salido alguien más de allí? —preguntó con preocupación.

Negué con la cabeza.

—Vosotros sois los únicos que hemos visto hasta ahora. —supe que esa respuesta no era la que esperaba en cuanto le vi la cara, se había convertido en la viva imagen del abatimiento.

—Tenía familia allí dentro —me susurró Laura cuando nos adelantamos unos pasos y él no pudo escucharnos—. Sus padres y su hermana, creo.

Sentí lástima por él, porque lo más probable era que estuviesen muertos, como tantos otros… como casi todos en realidad. Los muertos vivientes habían conseguido que prácticamente toda persona que aún conservara la vida hubiera perdido a algún ser querido en el camino. Pero perder a toda tu familia de golpe era duro, yo lo sabía muy bien. Cuando nos dijeron que la zona segura de Madrid había caído di por muertos a mis padres y a mi hermano, y hacía tan solo un día había descubierto que mi novia, que era lo único que me quedaba, también estaba muerta.

Al mencionar a la hermana de Carlos, recordé otra hermana que también se encontraba en la zona segura y en la que, para mi vergüenza, había pensado muy poco, en la de Javi. Todavía tenía la cadena y la cruz de oro que había prometido darle en el bolsillo delantero del uniforme, pero aquella promesa ya no tenía importancia, su hermana debía estar tan muerta como él. Los niños huérfanos estaban todos en el colegio, y cuando llegué el colegio ya había caído.

Solo había visto a aquella chiquilla una vez, ya en la zona segura, y apenas me acordaba de su cara. Mientras yo llevaba a Fran a la muerte por el cadáver reanimado de mi novia la pobre cría se había quedado sola, y finalmente había muerto sola. Tendría que hacer algo con el colgante para honrar su memoria… pero ya lo pensaría más adelante, los vivos tenían más prioridad que la memoria de los que ya habían muerto.

A paso lento terminamos llegando a la casa, donde Sandra y Dani nos esperaban. Los disparos les habían inquietado y, cuando entramos, parecían estar preparándose para huir.

Las presentaciones fueron apáticas y escuetas. Carlos y Laura miraron a Sandra y su hermano con curiosidad, mientras que Dani los miró a los dos con recelo y Sandra sencillamente no podía mirar a nadie. Después, Carlos, más que sentarse, se dejó caer en el polvoriento sofá que nadie más quería usar, mientras que Laura y su hija lo hicieron en las sillas de la mesa.

Los recién llegados tenían, ciertamente, un aspecto lamentable; además de agotados estaban heridos. No solo era que Laura cojeara, Carlos tenía sangre reseca sobre una herida en la cabeza, y ambos lucían moratones por toda la cara… parecía que hubieran salido de la zona segura abriéndose paso a golpes.

—Estáis heridos. No os habrá mordido alguna de esas criaturas, ¿verdad? —les pregunté mientras ella apoyaba su pierna herida en la única silla que quedaba libre.

—No —respondió Carlos desde el sofá—. Pero salvo eso creo que nos ha pasado de todo…

—¿De qué es esa herida? —le hice un gesto con la cabeza hacia el corte que tenía en la frente; no parecía un mordisco, pero nunca se sabía—. No tiene buen aspecto.

—Tuvimos un accidente de coche —fue Laura la que contestó mientras la niña, ni corta ni perezosa, se recolocó la gorra en la cabeza y cogió de la mesa la media galleta que me había sobrado y empezó a comérsela.

—Más bien de autobús —puntualizó él poniendo la pequeña mochila que llevaba a la espalda sobre sus piernas, y comenzando a abrirla.

Con las prisas no me había acordado de mirar dentro de ella, y eso

había sido un error importante; ahí dentro podía llevar cualquier cosa. Disimuladamente llevé la mano hacia mi arma, preparado para usarla si sacaba de ella algo que pudiera ser peligroso… pero solo llevaba un botellín de agua. La desprecintó y comenzó a beber, ajeno a mi desconfianza inicial. Inmediatamente aparté la mano del fusil, pensando que nadie se había percatado de mi maniobra, pero al mirar a Dani él me devolvió una mirada tan seria que no sabía qué pensar.

—¿Queréis? —dijo ofreciendo el botellín.

Al final todos bebimos un trago. Era agua mineral, no la había rellenado, aunque al desprecintarla allí mismo ya me había dado cuenta de eso.

—Esta agua no es de la zona segura, ¿verdad? —le pregunté intrigado.

En la zona segura no daban agua mineral, al menos ya no lo hacían cuando mi unidad partió y, salvo que hubieran descubierto un almacén secreto de botellas de agua en mi ausencia, no era probable que hubieran vuelto a hacerlo.

—No —respondió un poco cohibido—. Yo… vengo de la zona segura, pero también llegué allí esta misma noche. Hasta entonces estuve solo en mi casa, aunque los dos últimos días me los he pasado viajando.

—¿Dónde estaba tu casa, en la huerta? —di un trago de agua más.

Si su casa estaba en nuestro camino sería un lugar perfecto donde refugiarse, más que aquella chabola sin puerta en la que nos encontrábamos.

—No, que va, vivía en el barrio de San Nicolás.

—¿San Nicolás? —no podía ser cierto, eso estaba en pleno casco urbano… para llegar hasta la zona segura desde allí tendría que haber atravesado media ciudad—. Imposible, ¿me estás diciendo que atravesaste toda la ciudad, que está a rebosar de reanimados, tu solo?

—Fui en coche —dijo como si aquello lo explicara todo—. Bueno… la mayor parte del camino.

Me paré a pensar un segundo. Que yo supiera no habíamos abierto ninguna ruta por aquél barrio que llevara a la zona segura y que pudiera haber utilizado para llegar a salvo, como había hecho yo. Sin duda había ido callejeando, entre muertos vivientes y coches abandonados en plena calle. Si aquello era cierto quizás le había subestimado, sabía muy bien lo complicado que era moverse por la ciudad.

—Si eso es cierto tuviste mucha suerte —le dije con cierto escepticismo—. Es imposible moverse por la ciudad tal y como está, solo yo sobreviví a mi unidad, y nosotros sí sabíamos utilizar los fusiles.

—Mira mi DNI si no me crees, mira donde vivo —contestó a la

defensiva al captar mi incredulidad—. Estuve allí, mi familia se fue a la zona segura y yo me quedé para cuidar la casa de los saqueos hasta que… tuve que irme.

Seguramente se quedó sin comida, o sin agua. Los últimos civiles que llegaron a la zona segura fueron los que huyeron cuando el agua, el gas, la electricidad… en resumen, todo, desapareció. La mayoría no llegaron a su objetivo, las calles estaban tomadas por los muertos para entonces, y no hicieron más que acrecentar el problema.

Aunque, después de todo lo que había visto lo últimos días, sabía que algunos, antes de emprender un viaje suicida hacia la zona segura, habían preferido acabar con todo.

"Como Patricia" pensé con resentimiento.

Carlos había estado en la misma situación que ella, pero había decidido vivir, salir ahí fuera, a la calle tomada por los muertos, y luchar por su vida… o quizá estaba mintiendo, a su edad suele ser una tendencia. Podría simplemente haber sido un saqueador, como Kevin y sus amigos.

Mientras le daba vueltas a esa última opción, fue Sandra la que tomó la palabra. Igual que Laura no soltaba a su hija ni por un segundo, ella tenía agarrado a Dani como si fuera su retoño. Aunque éste, a diferencia de la tímida niñita, no estaba tan a gusto en ese papel.

—¿Estuvisteis en la zona segura entonces? ¿Visteis lo que pasó allí? ¿Por qué entraron?

—Fue una explosión —dijo Laura limpiándole las manos a su hija de trocitos de galleta—. No sé por qué, pero hubo una explosión, debió abrirse un agujero en el muro y comenzaron a entrar resucitados. Estábamos en el patio del colegio, así que fuimos los primeros en darnos cuenta.

—¡Nosotros también! —intervino Dani—. No quisieron abrir las puertas del colegio, así que nos colamos por un agujero secreto que yo conocía. Estuvimos dentro del colegio hasta que también entraron y nos fuimos por una ventana hasta un patio, y desde allí saltamos el muro.

Sandra asintió corroborando la historia de su hermano. Un agujero "secreto", eso explicaba, más o menos, el misterio de cómo habían podido escapar. Supuse que el agujero del que hablaba debió crearse cuando se bombardearon las calles donde se iba a levantar la zona segura, para limpiarlas de reanimados. Si era así, habían tenido mucha suerte encontrando esa rendija por la que colarse. Sin embargo…

—¿No abrieron la puerta del colegio? —les pregunté casi incrédulo; una canallada semejante no parecía propia de nuestros oficiales… al menos no de todos.

—Desde luego las puertas no se abrieron —respondió Sandra—. Y

luego llegaron los resucitados y tuvimos que huir.

—Nosotras no sabíamos nada de agujeros, fuimos hacia la parte norte del muro con un grupo que también intentaba huir —Laura continuó su relato, su cara no era alegre al natural, pero mientras contaba aquello parecía que incluso le costaba no echarse a llorar—. Salimos fuera con un grupo de militares, pretendían llevarnos a la plaza de toros rodeando la zona segura, pero había resucitados que no nos dejaban pasar, así que al final unos fueron a distraerlos para que pudiéramos huir. Cuando llegamos a la plaza de toros hubo otra explosión y todo se llenó de muertos vivientes. De no ser por Carlos y un soldado, que estaban intentando poner en marcha un pequeño autobús cerca de allí, habríamos muerto con todos los demás.

—¿Visteis si salió alguien más? —preguntó Sandra acongojada—. Nuestros padres estaban entre los cuerpos civiles, los habían reclutado para ayudar a los militares con la horda de muertos vivientes.

—Lo siento mucho cariño, pero no creo que nadie más pudiera salir de allí. —contestó Laura apenada.

Dani la miró frunciendo el ceño, como si con aquellas palabras hubiera pretendido hacerles daño. Sandra, al igual que ella, luchó por no echarse a llorar, y hasta Carlos parecía alterado.

Mientras escuchaba, vigilaba la ventana del comedor por si veía llegar más reanimados. Mis disparos tenían que haberse escuchado incluso en la zona segura, y no era descabellado que alguno lograra encontrar el camino hasta aquella casa destartalada.

Al final, fue Carlos quien rompió el silencio que se había formado.

—Supongo que ya no importa que lo diga, cuando llegué me colé en la zona segura —confesó—. Un poco antes de llegar al colegio, entre el colegio y el hospital, esa zona de edificios. Escuché la explosión y esperé, comenzaron a llegar zombis y huí hacia el estadio, pero creo que también entraron allí. Sé que rodearon la plaza de toros, el soldado que iba con nosotros y yo nos quedamos sobre el muro, hasta que sucedió la segunda explosión y llegaron zombis de todas partes. Entonces bajamos e intentamos salir de aquél infierno cogiendo un minibús aparcado por allí cerca. Allí nos encontramos con Laura y la niña.

—¿Y el soldado que iba con vosotros? —les pregunté sin apartar la vista de la ventana porque me había parecido ver una figura moviéndose, pero fuera lo que fuera lo había perdido; no le di mucha importancia porque, tal y como nos encontrábamos, era fácil imaginarse cosas que en realidad no estaban allí.

—Íbamos a salir a una avenida que decía que estaba despejada, pero unos coches nos impedían entrar, así que estrelló el minibús contra ellos, y nos dejó en este estado lamentable —contestó Carlos con cierto resquemor—. En cuanto se levantó, se largó saltando por la

ventanilla y nos dejó allí tirados. Logramos salir de milagro, porque teníamos a los zombis encima.

Eso explicaba lo de “desertor”, debía pensarse que yo había hecho lo mismo que aquél otro soldado, y me había escondido en la casa para huir de mi deber. No sabía que mi deserción había sido mucho antes.

De repente, una silueta humana pasó al lado de la ventana, tan cerca de ella que del susto di un respingo y me puse en pie, sobresaltando al resto de los presentes en el comedor.

—¿Qué pasa? —Gimió Sandra alarmada.

Chisté para que se callara y agarré mi fusil. Pegar tal bote había sido muy poco apropiado, si aquello era un reanimado y no nos había oído, podía haber visto el movimiento de mi cuerpo al saltar. Me acerqué y levanté el visillo de la ventana ligeramente, para poder observar mejor lo que había al otro lado.

Allí estaba, era un reanimado, sin duda. A la chica que fue estando viva le habían arrancado de cuajo la mejilla derecha, y la herida se extendía, negra e infectada, hasta el ojo. Se tambaleaba torpemente sobre el asfalto, en la misma dirección en la que todos habíamos llegado, hacia las afueras de la ciudad.

—No hagáis ruido —susurré soltando el visillo y volviéndome hacia ellos—. Hay uno ahí fuera, puede que más.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró a su vez Carlos, mientras los demás me miraban aterrados.

Hasta Dani parecía haber perdido el valor. Sin duda eran demasiadas emociones para una noche, y cuando parecía que habían terminado, allí estaban los muertos de nuevo, recordándonos que aquél era su mundo ahora y nosotros los intrusos.

—Dejemos que pasen de largo —propuso Laura en voz tan baja que casi no la escuché—. Si no nos han visto se irán.

—Esta casa no tiene puertas. —recordó Sandra, que era, de lejos, la más asustada; no la podía culpar por ello, su situación tenía que ser la más aterradora al no poder ver.

“Pero tiene razón” me dije lamentándome por no haber movido la alacena contra el agujero cuando tuve la oportunidad.

En ese momento ya era imposible hacerlo, el ruido de mover un mueble tan grande atraería a la reanimada y a sus posibles compañeros.

—Deberíamos irnos ahora que aún podemos —exclamó Carlos bajando aún más la voz—. He visto un coche ahí fuera, si podemos arrancarlo…

—El coche es nuestro. —dije yo descolgándome el fusil del hombro —. Si hay que irse, nos iremos en ese coche, pero no vamos a movernos hasta saber qué hay ahí fuera. Voy a echar un vistazo.

Ya me dirigía hacia la puerta cuando Carlos me agarró del brazo y me detuvo.

—Déjame el piolet, por si las moscas.

No sabía si era muy buena idea dejarle un arma que podía ser mortal, pero si eso les ayudaba a sentirse seguros y mantener la calma podía merecer la pena. Y mejor el piolet que uno de los fusiles.

—No te muevas de aquí a menos que yo te lo diga. —Le dije tendiéndole el utensilio de escalada.

Sin decir más, me dirigí hacia la entrada de la casa en cuanto Carlos agarró el piolet. Cuando llegué a la puerta, o más bien al hueco de la puerta, me detuve y asomé la cabeza para mirar en ambas direcciones. La reanimada que había visto por la ventana se encontraba justo al otro lado de la casa, pero si había más no quería que me vieran, no al menos hasta que yo los hubiera visto a ellos.

No había ninguno más a la vista, y además la valla ejercía de barrera protectora. No soportaría a un gran grupo embistiéndola, pero para contener a uno hasta que pudiera llegar a él y matarlo cumplía perfectamente.

Tratando de ser todo lo sigiloso que pude al caminar sobre el suelo de gravilla suelta, que formaba el camino del patio, me acerqué a la esquina de mi izquierda, la más cercana a la ciudad.

La completa oscuridad de la noche solo se rompía por unos tímidos rayos de luz de luna que lograban filtrarse entre las nubes, las cuales empezaban a despejarse y, aunque escasa, eran iluminación suficiente para mí. Me permitían ver las siluetas a lo lejos, y con eso bastaba.

No llegué a doblar la esquina, tan solo asomé la cabeza ligeramente para ver qué es cocía al otro lado.

Eran por lo menos tres, salían al gran aparcamiento de asfalto desde detrás de un almacén, una calle más arriba de por donde había visto llegar a Carlos y Laura. Por el momento no se estaban acercando, pero si veían a la reanimada que pululaba por los alrededores de la casa lo harían, de lejos es difícil distinguir a un humano de un muerto viviente. A ella no podía verla, de modo que me di la vuelta; si había seguido su trayectoria sin distracciones estaría justo al doblar la otra esquina, en dirección al coche, y hacia allí me dirigí.

Cuando la localicé, se encontraba dando vueltas junto a la valla. Se movía a trompicones, mascullando y gruñendo por lo bajo, como un animal salvaje. Si decidíamos ir hacia el coche sería un obstáculo, de modo que, tras asegurarme de que no había ningún otro ser cerca, me colgué el fusil a la espalda y saqué el machete.

No llegó a verme hasta que estuve a su lado. Me movía muy despacio, intentando no hacer ningún ruido y cubierto por la oscuridad; pero cuando estuve a menos de cuatro metras de ella, alzó la cabeza y comenzó a mirar en todas direcciones, como si me hubiera

olido llegar, o incluso hubiera intuido que estaba allí.

Los sentidos de aquellas criaturas eran sorprendentes. Durante un segundo me acordé de la procesión de muertos vivientes que se dirigían inexorablemente hacia la zona segura, como si de algún modo supiera que estaba allí. En aquél momento también pensé que esos seres tenían algún tipo de sexto sentido para encontrar a los vivos…

Pero todo eran paparruchas, no eran más que gente muerta y podrida. Solo tuvo tiempo para girarse antes de que le introdujera limpiamente el machete en la barbilla y se lo clavara hasta el mismísimo cerebro. El pequeño cuerpo de la reanimada cayó al suelo como un peso muerto, y tuve que sujetarla de un brazo para frenar su caída y evitar que se escuchara demasiado.

La sangre negra y ponzoñosa de la muerta viviente me cubrió parte de la mano y todo el machete, de modo que tuve que limpiarme con su roída ropa. Mientras lo hacía, volví a comprobar el perímetro; desde mi posición no podía ver a los otros tres, pero el resto estaba despejado.

Una vez limpio, o al menos no chorreando sangre de reanimado, enfundé el machete y volví a agarrar el fusil para acercarme a la esquina.

Desde allí comprobé que los otros tres siguieran en su sitio. Sus movimientos erráticos los habían acercado un poco, pero lo preocupante fue ver que en la calle de la que habían salido había varios más. No podía saber cuántos, tan solo intuía algunas siluetas moverse entre coches aparcados, pero por lo menos había tres nuevos… Definitivamente, en aquella casa no estábamos a salvo.

Cuando volví dentro lo primero que me encontré fue a Carlos junto a la puerta, con el piolet alzado sobre la cabeza y preparado para descárgalo contra el primero que pasara.

—¡No hagas eso! —dije apartando la cabeza y echándome a un lado.

Al ver que era yo inmediatamente bajó el arma.

—Joder que susto me has dado… —bufó echándose atrás y sentándose sobre una silla.

Laura había ocupado todo el sofá en su lugar, con los pies en alto y su hija abrazada a su cuello. Dani y Sandra seguían en los mismos asientos que llevaban ocupando desde que salieron del dormitorio.

—¿Cómo está la cosa ahí fuera? —preguntó Carlos.

—He matado a la reanimada de la ventana, pero se acercan más —les dije—. Creo que deberíamos irnos de aquí, este lugar no es seguro.

—¿Irnos? ¿Cómo que irnos? —exclamó Sandra—. ¿A dónde?

—Creo que nosotros ya hemos tenido suficiente por un día —dijo Carlos lanzando una mirada fugaz hacia Laura—. Yo aún estoy mareado del golpe en el accidente, ella no puede casi caminar, y la

niña creo que ya ha tenido bastantes zombis por hoy.

“Como si yo no tuviera ganas de tumbarme a dormir un rato.”

Casi me arrepentía de no haberme quedado en la casa de Patricia, en ese momento estaría durmiendo en una cómoda cama, seco, con ropa limpia y después de haber comido algo.

—Tú insististe en que nos quedáramos aquí —continuó Sandra en un tono más acusador—. Dijiste que era el mejor sitio, estaríamos a salvo, pero cerca de la zona segura para enterarnos de qué ocurría allí.

—Sí, este era un buen lugar mientras creía que estábamos a salvo. Pero hay seis reanimados allí fuera, y pronto habrá muchos más. Ya no es seguro, y Carlos y Laura nos han traído la noticia de que no hay más zona segura de la que recibir noticias.

—Podrían llegar más supervivientes que necesitaran ayuda, como nosotros. —añadió Laura tímidamente.

—Repito que este lugar no es seguro —insistí, no podíamos perder el tiempo con esas discusiones sin sentido—. Si vienen más supervivientes, que lo dudo, no servirá de nada si los reanimados han entrado aquí.

Susi, que estaba en brazos de su madre, levantó la cabeza para mirarla.

—¿Cuándo va a venir papá? —preguntó en tono lastimoso.

La pregunta me desconcertó, Laura no había mencionado nada de un marido… aunque podía ser un ex marido.

—Pronto cielo, cuando encontremos un lugar seguro. —le respondió ella tratando de tranquilizarla.

No quería ponerme a juzgar como alguien debe tratar a sus hijos, pero lo más probable era que no volviera a ver a su padre nunca si no estaba allí con ellas, igual que los demás no volverían a ver a sus familias por más que quisieran. Estaban muertos, pero se aferraban a la esperanza y no querían alejarse demasiado de allí. En parte era culpa mía, yo mismo les había dado esa esperanza para convencerles de quedarse, y tenía que quitársela al tener que marcharnos.

Que difícil era todo.

—No hay tiempo para discutirlo, tenemos que irnos y punto. Si no, nos comerán los muertos vivientes. —repetí una vez más.

—¿A dónde vamos a ir? —Dani habló por primera vez desde que había vuelto, y su pregunta fue la única que realmente debía considerar.

—Hay muchas casas de campo por aquí, alguna que esté tras una valla alta o un muro y en la que podamos colarnos. —me acordé de Fran; si hubiera estado allí todo habría sido más fácil, cuidar de cinco civiles entre dos era pan comido, y podría haber abierto cualquier casa que necesitáramos… pero en lugar de eso estaba muerto por culpa de un mierda que se descomponía en el garaje de la casa de mi novia.

—¡Espera! —exclamó Carlos agarrando su mochila del suelo y comenzando a registrar uno de los bolsillos exteriores; empezó a sacar de allí manojos de llaves que fue depositando sobre la mesa, hasta que por fin encontró el que estaba buscando.

—Mis tíos tenían una casa de campo, pasado Puente Tocinos, en Llano de Brujas. Solo un lado tiene muro, pero la valla que rodea la propiedad es grande y la casa, desde luego, es más habitable que esta.

La idea no era mala, tener las llaves era un punto a favor, una puerta rota no ayudaría mucho; y si la casa era utilizada frecuentemente probablemente habría algo de comida, y camas…

Pero no quería precipitarme.

—¿Sabrías llegar allí? No podemos dar vueltas en plena noche con reanimados por todas partes.

—Sí, creo que sí. —respondió con confianza.

—Muy bien, pues entonces nos vamos a su casa —les dije al resto —. Vamos a salir de aquí todo lo rápido que podamos. El coche de fuera está abierto, de modo que iremos directamente hacia él en cuanto compruebe que el camino sigue despejado.

Ayudé a Laura a ponerse en pie, mientras Dani guiaba a su hermana entre las sillas para que no tropezara y Carlos me escuchaba con atención. Eso me gustó, allí era como una especie de líder, aunque la consiguiente sensación de responsabilidad no fue tan agradable. Aquella gente dependía de mí, y si les pasaba algo mientras seguían mis instrucciones sería solo culpa mía.

Cuando estuvimos al lado de la puerta de la casa comencé a darles instrucciones de lo que tenían que hacer. Sería una maniobra rápida, salir y entrar en el coche en unos segundos.

—Iremos directamente al coche. Dani, guía a tu hermana hasta allí y sentaos en el asiento de atrás. Laura, tú y yo iremos juntos, haré de muleta para que puedas moverte más rápido. Carlos, tú en el asiento del copiloto, tendrás que indicarme el camino, pero llévate a la niña y la dejas en el asiento trasero antes.

Tanto Laura como Carlos fueron a discrepar, pero levanté una mano para detenerlos antes de que empezaran.

—No hay tiempo para discutir, hacedme caso o quedaos aquí.

No replicaron, aunque a la pequeña Susi le costó soltarse de su madre y agarrar la mano de Carlos. Laura me pasó un brazo por encima de los hombros, como había hecho cuando llegaron, y Sandra agarró de los hombros a Dani.

—Vale… ¡Vamos! —exclamé tras asegurarme de que no había reanimados cerca, e inmediatamente echamos a andar hacia el coche.

Atravesar la valla fue sencillo, Dani ayudó a su hermana, Carlos a Susi y yo a Laura, y luego fue todo cuestión de correr. Dani y Sandra tomaron la delantera rápidamente, él tenía experiencia como lazarillo

y ella en dejarse guiar. Carlos y Susi fueron detrás, él tenía que amoldarse al lento paso de la niña, pero aun así iban más rápidos que Laura y su cojera.

Los reanimados comenzaron a revolverse. Tal y como me había temido, ver tantas figuras en movimiento había llamado su atención, pero no tenía importancia, estaban demasiado lejos de nosotros. Íbamos a tener tiempo de sobra para largarnos antes de que siquiera llegaran a la altura de la casa.

Sandra se sentó en el asiento izquierdo del coche y Dani en el central. Carlos sentó a la pequeña en el derecho antes de dirigirse él mismo al del copiloto. Cuando llegamos Laura y yo, la dejé en el mismo asiento que su hija y yo me dirigí rápidamente a la posición del conductor.

Sonreí al comprobar que, al arrancar el coche y ponernos en marcha, los reanimados aún no habían llegado a la altura de la casa.

—¿Estáis todos bien? —les pregunté mirando por el espejo retrovisor central mientras maniobraba para dirigir el coche hacia el agujero de la valla que había visto Dani al llegar.

Todos respiraban más fuerte de lo normal, sin duda por la emoción o, más bien, el miedo, pero tenían buen aspecto… dentro de lo que cabía.

—Hmm… —murmuró Carlos mirando hacia la carretera

Había llevado el coche hacia el estrecho camino que salía de la casa, bajaba hasta la orilla del río y continuaba en dirección Este. Era la única carretera que había por allí que nos alejara de la ciudad.

—¿Qué pasa?

—Creo que desde aquí se llegar —dijo algo inseguro—. Pero solo si subimos hasta Puente Tocinos. Si nos empezamos a meter por campos y caminos perdidos no voy a saber orientarme, y menos de noche.

—Entonces tendremos que subir hasta Puente Tocinos. —contesté despreocupadamente, quizás demasiado, Carlos me lanzó una mirada como si creyese que me había vuelto loco.

—No podemos ir a Puente Tocinos… es… allí vive, o vivía gente, estará lleno de zombis. —el resto de pasajeros se revolvieron nerviosos ante la mera mención de los zombis.

—No nos meteremos de lleno en el pueblo —les dije para tranquilizarles—. Iremos por las calles más exteriores, despacio y con las luces apagadas para no llamar la atención. No solo tenemos que llegar a la casa, también quiero saber cómo está la situación por allí.

La defensa de las grandes ciudades había sido un completo fracaso. Demasiada gente y demasiados reanimados, las ciudades eran el comedero de esos seres, había humanos a miles para devorar. Pero los pueblecitos pequeños era otra cosa; había poca gente y, por lo tanto, pocos reanimados. Puente Tocinos estaba demasiado cerca de Murcia

como para poder resistir, pero si había algún lugar donde un grupo grande de supervivientes pudiera concentrarse e intentar resistir era allí, donde menos muertos vivientes había y donde aún estarían cerca de tiendas y bares de los que abastecerse. Además, si teníamos que aguantar en esa casa unos días íbamos a necesitar comida y agua, y tenía que saber si podía contar con acercarme al pueblo a conseguirá, o era imposible.

—No sé si me gusta mucho esa idea. —confesó Carlos, pero no trató de convencerme de lo contrario, así que, siguiendo el camino, me preparé para tomar el primer desvío que hubiera hacia el norte, en dirección al pueblo y a lo que nos encontráramos allí.

Atrás quedaban Murcia y la zona segura. De repente noté una sensación de vacío en mi interior que nada tenía que ver con la muerte de Patricia, o la de Fran, Javi ni cualquier otro compañero. Se trataba de la muerte de todos; el mundo había apostado la supervivencia de la humanidad y la civilización ante su peor amenaza a la carta de las zonas seguras y había perdido. Madrid, Valencia, Barcelona, Alicante y Murcia habían sido completamente aniquiladas. Sin duda muchas otras zonas seguras habían sufrido el mismo destino o estaban a punto de sufrirlo. ¿Qué quedaría de nosotros después de eso? Buscábamos un lugar donde mantenerlos alejados de los muertos, ¿y después? ¿Quedaría en alguna parte algún vestigio de civilización o solo pequeños grupos de gente tan perdida y asustada como nosotros?

Pronto vería si el pueblo tenía algo que decir al respecto.

CARLOS

Podía ver a través del espejo retrovisor como la silueta recortada contra el cielo de la ciudad de Murcia se desvanecía tras los árboles conforme nos alejábamos de la ciudad y nos adentrábamos en los campos de limoneros, naranjos, melocotoneros y albaricoqueros. Pese a que creía estar comportándome a la altura de las circunstancias, lo cierto era que todavía no había asimilado todo lo que había ocurrido esa noche.

La zona segura había sido mi destino, mi objetivo, el lugar donde estaban los míos, donde podría olvidarme de los muertos vivientes para siempre… y sin embargo allí estaba, subido en un coche rodeado de extraños y huyendo precisamente de ese lugar después de que hubiera sido arrasado brutalmente por los zombis. ¿Dónde me dejaba eso? Toda mi gente podía estar muerta… era duro pensar en ello, pero ya había pasado la fase de mirar a la muerte por internet o a través de una ventana, ya no tenía forma de vivir ignorando lo que ocurría a mi alrededor, tenía que afrontarlo y mantener la esperanza de que no fuera así. Todos decían que era imposible que nadie saliera vivo de allí, pero si lo habían conseguido una mujer llevando a una niña pequeña y, sobre todo, un crio de diez años y su hermana ciega, ¿por qué no mis padres?

Si había propuesto la casa de la huerta de mis tíos no era solo porque me pareciera un buen lugar donde encontrar refugio, gracias a que se me había ocurrido coger las llaves antes de huir de mi casa; también tenía la esperanza de que, si alguien de mi familia lograba escapar del infierno en el que se había convertido la zona segura, se dirigiera hacia allí. Era el único lugar donde podían ir, volver a casa era un suicidio si para ello tenían que atravesar una ciudad llena de muertos vivientes, y contaba con que lo supieran… a fin de cuentas ellos habían sido más conscientes que yo del peligro que suponían los zombis.

Compadecía a Sandra y a Dani, cuyos padres también estaban perdidos en la zona segura y que, si habían logrado salir, no tenían idea ni de por dónde empezar a buscar a sus hijos.

Iba tan distraído en mis pensamientos que no me percaté de que los árboles habían vuelto a desparecer de nuestro alrededor. Habíamos entrado ya en Puente Tocinos, tal y como Sergio había dicho que haría. Íbamos despacito y con las luces apagadas, casi sin hacer ruido.

—Creo que a partir de aquí ya sé cómo llegar. —murmuré cuando logré reconocer la calle por la que estábamos pasando.

Con la oscuridad era difícil reconocer nada, y tampoco es que yo conociera el pueblo como la palma de mi mano, pero creía estar seguro de qué dirección teníamos que tomar.

Sergio no dijo nada y siguió avanzando hacia el siguiente cruce, que daba a una de las calles principales.

—No hace falta entrar ahí, esa calle debe estar llena de zombis. —le advertí comenzando a sentirme un poco tenso; no tenía ninguna gana, ni tampoco la necesidad, de encontrarme con esos seres otra vez.

A la mención de los muertos vivientes, los demás se revolvieron nerviosos en sus asientos.

—Tranquilo, no pensaba entrar del todo —replicó deteniendo el coche unos metros antes del cruce—. Las calles no están cortadas, aunque he visto un par de coches abiertos abandonados.

—¿Y eso qué? —no me gustaba nada que estuviéramos allí parados, ¿qué importancia podía tener el pueblo cuando pretendíamos alejarnos de cualquier concentración de gente?

—Quizá el pueblo no esté invadido, aunque esté cerca de la ciudad podrían… —Nunca supimos qué podrían, porque un muerto viviente se nos cruzó por delante, paseándose por la calle principal.

Aunque no llegó a vernos y pasó de largo, el susto no me lo quitó nadie.

—¡Mierda! ¡Te dije que estaría lleno de zombis! —le reproché mientras sentía las manos que sujetaban el piolet completamente sudadas por los nervios.

—Ya sé que lo dijiste, pero no nos ha visto, tranquilo —respondió con total parsimonia, como si mis temores no estuvieran justificados —. Voy a acercarme un poco más, quiero ver la calle.

Era un soldado, yo suponía que sabía lo que se hacía, pero ya había comprobado que los militares también podían ser unos capullos integrales si se lo proponían.

—Estaré tranquilo cuando nos vayamos. —me recosté sobre el asiento y esperé a que viera lo que quisiera ver.

La escena que se nos presentó delante cuando el coche asomó el morro en la calle principal no era nada alentadora. No era como en Murcia, donde había un zombi cada dos metros, pero tampoco aquél pequeño pueblecito, casi pegado a la capital murciana, se había librado de la invasión, como Sergio esperaba. Vimos pasar a otro zombi caminando de un lado a otro de la calle y, cuando lo perdimos de vista, un tercero salió de una calle paralela a la nuestra para sustituirle.

Aquél muerto era el más asqueroso que había visto jamás, y

consideraba que ya tenía una experiencia amplia en cuestión de zombis. Le faltaba un brazo y parte de una pierna, así como la mitad del estómago; parecía que se lo hubieran arrancado todo de cuajo, como en una explosión. Era realmente vomitivo.

—Creo que Carlos tiene razón, vámonos, por favor. —rogó Sandra desde el asiento trasero del coche.

Debía tener mi edad más o menos, como había dicho el soldado, y por su aspecto seguramente era de esas chicas de instituto que consideraban que me hacían un favor solo con mirarme directamente a los ojos. Sabía lo que era aquello, los flacuchos aficionados a los comics y a los videojuegos no triunfábamos entre las mujeres.

Peor para ellas…

Su hermano, en cambio, parecía un chaval de diez años normal y corriente. Intuía que tenía diez porque parecía de la misma edad que mi hermana, y probablemente por eso me costaba siquiera mirarle a la cara. Si evitaba dirigirle la mirada, me evitaría tener que pensar en Sara.

—Está bien, tranquilos, no pensaba quedarme mucho más. Solo quería ver el estado del pueblo. —accedió finalmente Sergio poniendo en marcha el coche de nuevo—. El cuál, por cierto, es una mierda. Espero que esa casa esté lejos de este lugar.

Él era mayor que yo, tenía más de veinticinco años seguro, y desde luego era más fuerte y musculoso… pero eso no era difícil, hasta la pequeña Susi debía ser más musculosa que yo.

Cuando el coche volvió a moverse respiré un poco más tranquilo, aunque hasta respirar se me hacía complicado. Me daba la impresión de que descansar en aquella chabola me había hecho más mal que bien, la cabeza me dolía mucho, y no solo por la herida en la frente, sino toda en general. Había oído en alguna parte que después de un golpe fuerte en la cabeza tenías que ir al hospital para estar en observación por si te desmayabas, y que no podías dormirte, porque podías morir. No sabía si la cosa era tan seria, pero esperaba que no; hubiera sido deprimente acabar muriendo por un golpe después de haber sobrevivido a tanto.

Quizá todo se debiera únicamente a que estaba muerto de hambre. Pasadas las nauseas por diversas causas, el recordatorio de no haber comido prácticamente nada desde el día anterior se hacía fuerte en mi estómago. Si llegábamos a la casa de mis tíos lo primero que pensaba hacer era buscar algo en la cocina que pudiera comerse.

Reflexionando sobre otro asunto, me di cuenta de que no tenía la menor idea de qué había sido de mis tíos y mis primos. Habían ido hacia donde nos dirigíamos al comenzar los problemas en la ciudad, pero no sabía si se habían quedado allí o habían intentado ir a la zona segura... no sabía nada de nada. Mientras el mundo se iba a hacer

puñetas yo me había dedicado a dormitar y perder el tiempo en mi casa.

No podía culparme del todo por ello. Si hubiera ido a la zona segura, a lo mejor en ese momento estaría muerto. Pero morir con tu familia sin duda es mucho mejor que quedarse solo de aquella manera tan... brutal. Toda mi familia podría haber sido despedazada por muertos vivientes esa noche, y si yo me había salvado de ese final había sido solo por una serie de casualidades.

Me reprendí mentalmente al recordarme a mí mismo que había decidido poner mis esperanzas en que mis padres y mi hermana todavía estuvieran vivos. No podía dejar que el pesimismo me hundiera, porque si me hundía no podría volver a la superficie… ¿cómo se sale a la superficie después de algo así?

—Por esa calle a la izquierda. —le indiqué a Sergio, que rápidamente dio un giro de volante y se metió en la calle con la misma habilidad con la que lo habría hecho yo.

Sin embargo, a diferencia de mi, él lo hacía a propósito. ¿Por qué seguir la línea de los carriles si no había ningún otro coche en la calzada? Eran reglas que no tenían sentido ya, como las señales de stop o los semáforos. En realidad conducía bastante mejor que yo, pero eso tampoco era difícil, el reto era hacerlo peor, ya fuera con un monovolumen o con un minibús.

—¿Estás seguro? Esto era dirección contraria. —dijo Sergio dubitativo.

Miré a mí alrededor y, aunque estaba oscuro, lo que veía más o menos me sonaba… pero quizá del camino de vuelta y no del de ida.

Igual daba, el destino era el mismo.

—Sí… bueno, por aquí se vuelve, pero da igual —le expliqué para que no se alarmaran—. No nos sigue ningún zombi, ¿verdad?

Sergio miró perezosamente el espejo retrovisor.

—No, se han quedado todos en el pueblo —respondió sin darle importancia—. No había demasiados de esos seres por las calles… no tuve mucho trato con los refugiados de la zona segura. ¿Sabéis si había gente de Puente Tocinos allí?

—Creo que sí. —contestó Laura, que llevaba a Susi encima y se le había quedado dormida en los brazos.

Al menos ella podía dormir, yo no creía que fuera a ser capaz. Entre la preocupación por mi familia y las pesadillas que iba a tener por todo lo que había ocurrido, dormir no era una opción, pese a que tenía bastante sueño.

—No sé si evacuaron el pueblo —siguió Laura—. Pero sé que había algunos que venían de allí. ¿Por qué lo preguntas?

—Había pocos reanimados —le hice una señal para que se metiera por una calle a la derecha y lo hizo—. Y no vi cadáveres por el suelo

ni nada de eso, el pueblo probablemente sea fantasma, solo quedan unos pocos muertos paseándose por las calles.

—Eso está bien —sentención Sandra—. Así no se nos acercarán, ¿falta mucho para llegar, Carlos?

“A lo mejor me he equivocado con ella” pensé sintiendo como cierto rubor subía a mi cara.

Las chicas a las que me refería antes no solían darme la razón y dirigirme la palabra en un mismo día. De hecho, algunas hasta parecían negarse a reconocer mi existencia. Y sin embargo, la única que realmente no podía verme, me estaba hablando.

—No mucho, solo hay que subir un poco más. Está al lado de un huerto de limoneros, es la única casa que tiene un muro, aunque solo del lado de la carret... —inmediatamente me di cuenta de que esas indicaciones eran completamente inútiles, era ciega, no iba a verlas—. Eh… no mucho, un par de minutos en esta dirección.

El rubor que sentía, aunque en ese momento por vergüenza, debía de ser notable, pero al menos ella no podía verlo.

—Me gusta esta zona —dijo Sergio observando a nuestro alrededor —. Las casas están muy distanciadas y no se ve ni un solo reanimado. Si cada parcela estuviera separada por una valla sería mucho mejor, pero no se puede tener todo.

—La casa de mis tíos tiene una valla —le recordé… y entonces la vi, de noche hasta daba un poco de miedo observándola de lejos, sobre todo teniendo en cuenta que el mundo estaba invadido por cadáveres caníbales, pero sentí una repentina alegría al tener frente a mí, por fin, un lugar que me resultaba familiar desde que saliera de mi casa—. ¡Ahí está! ¡Es esa!

La parcela no contenía terreno que hubiera sido utilizado para cultivar, como si lo eran las huertas que la rodeaban. Destacaba sobre todo la plantación de limoneros que había al otro lado de la carretera. Frente a la casa había un pequeño campo de veinte metros de largo y cincuenta de ancho en el que solo crecían malas hierbas y algunos árboles en el lado de la valla. El propio crecimiento de los árboles había deformado la valla, que estaba hecha de alambre anclado al suelo. Al fondo había un viejo invernadero donde tampoco se plantaba nada, la mitad de los plásticos que componían sus paredes estaban rotos debido al paso del tiempo y a que ningún miembro de la familia se había molestado en arreglarlos o sustituirlos. Por último, en el hueco que quedaba entre el campo, el invernadero y la propia casa, mis tíos habían plantado algunos naranjos, y todos los inviernos la familia se surtía de fruta gracias a ellos.

—Esa valla no parece muy resistente. —observó Sergio no muy diplomáticamente.

No podía decirle lo contrario, pero me dolía un poco que se metiera

con aquella casa que, desde luego, no había sido pensada para una invasión de zombis.

—Si quieres una valla resistente puedes volver a la zona segura —le respondí con ligereza—. Sigue hasta la segunda puerta.

El lado de la propiedad que daba a la carretera tenía un muro, y una puerta metálica llevaba a la entrada principal. Pero por la parte de atrás había otra entrada pensaba para los vehículos. Como aquél patio trasero, utilizado de aparcamiento, estaba rodeado de muro y de las paredes de la propia casa, seguramente le gustarían más a Sergio.

Llevaba las llaves en el bolsillo desde que las saqué antes de subir al coche, de modo que cuando detuvo el vehículo junto a la puerta las cogí, dispuesto a bajarme y abrir… pero entonces me fijé en el campo de limoneros. Sobre los pequeños árboles estaba oscuro, después de todo era de noche, pero bajo ellos la oscuridad era completamente impenetrable. Si había un zombi dando vueltas por allí, acercándose al ruido del coche, o de mí mismo abriendo la puerta, no podría verlo venir.

—¿Qué pasa? —preguntó el soldado al ver que no reaccionaba.

—Nada. —respondí apresuradamente saliendo al exterior con las llaves en la mano.

Además de los posibles zombis, de repente sentí miedo de que se fueran y me dejaran allí. Quizá no fuera el peor lugar donde podían dejarme abandonado, tenía un modo de entrar y podía esconderme dentro, pero no quería estar solo. Ya había estado solo antes y había sido una mierda, las invasiones de zombis son para vivirlas acompañado.

Abrí la puerta y la empujé hasta que hubo espacio para que pasara el coche sin problemas. El mecanismo chirrió como un gato atropellado y tan fuerte que temí atraer a todos los muertos vivientes de la zona; aunque, con un poco de suerte, todos los de la zona serían ninguno.

En cuanto Sergio aparcó bajaron del vehículo. Normalmente una farola de la calle iluminaba ese patio trasero, pero el apagón parecía no haberse limitado solo a la capital, ya que la farola estaba apagada. Afortunadamente aquél lugar lo conocía lo suficientemente como para moverme a oscuras sin dificultad.

—Esta parte me gusta más. —dijo Sergio nada más bajar del coche.

Llevaba su fusil a la espalda, y el mío en una mano.

—¿Tenéis una linterna o algo? —les pedí—. Dentro no se va a ver nada.

Resultó ser Dani quien llevaba una encima, y me la prestó de buena gana. Todo el grupo parecía ansioso por entrar dentro, después de todo lo que habíamos vivido al aire libre, la posibilidad de tener por fin un lugar donde descansar y sentirse a salvo resultaba muy

atractiva.

Mientras abría la cerradura de la puerta trasera, me llegó el olor de los limoneros; un olor que despertaba recuerdos de mi infancia, de jugar con mis primos en la hierba y de buscar avisperos que destrozar (milagrosamente salí de esas batallas sin una sola picadura), en resumen, recuerdos dolorosos en la coyuntura en la que me encontraba, y que preferí reprimir, al menos hasta más adelante.

Al ver que en el patio no había ningún coche aparcado, ni en ningún lugar de los alrededores, sabía lo más probable era que ni mis tíos ni mis primos se encontraran allí. Debieron terminaran yéndose a la zona segura cuando se quedaron sin luz, y entonces su destino era tan incierto como el de mis padres… la noche no se decidía a mejorar.

La puerta daba directamente a la cocina, una amplia habitación con una mesa en medio que hacía también de comedor. Pero antes de poder dar un paso dentro, Sergio me puso una mano en el hombro.

—Será mejor que vaya yo delante —dijo con el fusil en la mano, pidiéndome la linterna con la otra—. Por si acaso.

"¿Por si acaso qué? ¿Crees que mis tíos han llenado la casa de zombis?" pensé frunciendo el ceño.

—¿A dónde crees que vas con eso? —le dije señalando su arma.

No iba a permitir que entrara con esa cosa. Si después de todo estaban allí, no iba a dejar que terminara disparando contra alguno de mis primos al confundirlo con un muerto viviente.

—Aquí no hay zombis. —afirmé con rotundidad.

—Eso no lo sabes. —insistió el.

Hizo ademán de adelantarse, pero le bloqueé el paso.

—¡Ni de coña vas a entrar ahí pegando tiros! —el menor de mis primos tenía doce años, no me daba la gana de acojonarlos dejando ir delante a un soldado armado que ya había demostrado que le gustaba disparar primero y explicar a quién disparaba después.

Dio un profundo suspiro.

—Mira, es solo por seguridad, no voy a disparar a nadie. No podemos meternos en una casa donde no sabemos qué hay dentro. Aquí hay niños y una invidente. —dijo intentando ser razonable, pero después de su numerito cuando Laura y yo nos encontramos con él, no me fiaba.

—Muy bien —repliqué encendiendo la linterna—. Pues iré yo, ¿te vale?

—Vale, yo me quedaré aquí mirando los limoneros —respondió poniéndose el arma a la espalda—. ¿Si te muerde un reanimado puedo entrar con el fusil o tengo que dejarlo fuera?

—Si me muerde un zombi te doy permiso para meterte los dos fusiles por el culo. —le contesté de malos modos atravesando el umbral de la puerta.

Inmediatamente me arrepentí de haberme metido allí. La oscuridad era tan profunda que la linterna solo lograba iluminar un pequeño circulito en la pared. Sabía que no habría zombis dentro, era imposible, pero "imposible" es una palabra muy ambigua en mitad de la oscuridad, cansado y harto de ver cadáveres andantes durante toda la noche. Me pareció escuchar una voz que murmuraba "será gilipollas" desde el exterior, pero no podría decir si fue Sergio o tan solo escuchaba lo que yo estaba pensando en ese momento.

Efectivamente, me pareció que había hecho el idiota, pero me seguía jodiendo que aquél soldado de segunda pretendiera entrar en la casa como si fuera un campo de batalla.

—¡Hola, hola! —dije en voz alta en cuanto atravesé la cocina y entre al comedor—. ¡Soy Carlos! ¿Hay alguien?

La casa estaba como siempre, pero con más polvo. Nadie había pasado por allí desde hacía mucho, o eso me pareció… pero no quería desanimarme tan pronto, así que seguí buscando.

No tenía mucha distancia que recorrer en realidad, desde el comedor se podía acceder a unas habitaciones y a la entrada. En la entrada había dos puertas que llevaban a otras dos habitaciones. Y ya está, no había más, no tenía demasiado que revisar, de modo que al no recibir respuesta volví a sentirme mal. Mis tíos definitivamente no estaban allí, y si habían ido a la zona segura estaban realmente jodidos.

Como su nombre indicaba, aquél recinto militar y fortificado se suponía que era seguro, y nadie podía saber que las cosas se iban a poner tan mal. Se decía que, una vez estuviera todo el mundo a salvo en ella, se comenzaría a reconquistar la ciudad; era la idea general, lo que todos pensábamos que iba a ocurrir. Al quedarse sin luz y sin agua, mis tíos debieron pensar que allí estarían a salvo, y los muy inconscientes cargaron con mis primos y se fueron… como había hecho yo.

"Definitivamente, menuda mierda de noche" pensé mientras echaba un vistazo en las habitaciones.

Algunas camas tenían las mantas de invierno puestas, eso quería decir que alguien había dormido allí hacía poco. Desde que murió mi abuelo, años atrás, y mi tío le compró la mitad a mi padre para que pudiera abrir su negocio, la casa no tenía mucho uso; la verdadera casa donde vivían mis tíos estaba también en Murcia capital y esa apenas la utilizaban. La última vez que alguien durmió allí, que yo recordara, era verano, de modo que aquellas mantas las tenían que haber puesto después… habían estado allí, aunque el hecho de que las camas estuvieran vacías demostraba que ya no estaban.

Una vez me cercioré de que no había nadie, ni vivo, ni muerto, ni, por suerte, muerto viviente, volví a la entrada de la cocina.

—Todo está limpio, podéis entrar. —le dije a los demás.

Miré a Sergio directamente a los ojos cuando iba a pasar. Él me mantuvo la mirada, aunque la suya era mucho menos hostil que la mía… le importaba una mierda que me hubiera enfadado. No sabía si aquello debía molestarme, pero lo que sí logró fue que me sintiera muy estúpido.

"Venir aquí fue una buena idea" me dije, "no la cagues creando mal rollo sin motivo, y menos con el único que sabe disparar."

—Es bastante grande. —observó Laura con su hija, aun dormida, apoyada sobre sus hombros.

Si, no tenía muchas habitaciones, pero éstas eran bastante amplias. Solo en la cocina podría haber cabido mi dormitorio del piso de Murcia tres veces.

—¿Eso es una chimenea? —preguntó Dani señalando la chimenea del comedor con entusiasmo.

Aquella casa siempre había sido bastante fría, aunque estábamos tan congelados ya por la lluvia y el frío invernal que no podíamos notar la diferencia con el exterior.

—Sí, pero encenderla no creo que sea una buena idea. —le respondí al chaval, y Sergio me dio la razón.

—Tiene razón, no sé si el humo atraería a los reanimados, no sé si responden a esos estímulos, o si siendo tan de noche no podrían verlo, pero los vivos sí que pueden verlo, y no nos interesa, creedme.

Le creí, aun recordaba mi encuentro con gente viva. No había sido muy agradable, al menos hasta que me encontré con ellos. En realidad los únicos motivos por los que había confiado en ese grupo era porque Laura se había quedado cuando Félix huyó, Sergio nos había salvado de los zombis y los demás, bueno, eran un niño y una chica ciega… no eran peligrosos y parecían necesitar más ayuda que yo.

—¿No se puede hacer algo con la luz? No soporto tanta oscuridad, no veo nada. —preguntó Laura.

Me paré a pensar durante un segundo, debía haber linternas en alguna parte.

—Buscaré linternas, creo recordar que había varias, cada uno podría tener una. —les dije.

Me pareció también el momento de mostrarles la casa, que así, a oscuras, parecía bastante tétrica. Los muebles eran todos viejos y se mezclaban los que había traído mi abuelo cuando se trasladó y los que iban sobrando de las casas de mis padres y mis tíos. Hasta la televisión era vieja, no tenía ni siquiera mando a distancia. Que todavía funcionara era un milagro, aunque posiblemente el milagro más inútil del mundo, porque ya no había electricidad ni cadenas de televisión retransmitiendo para que su funcionamiento sirviera de algo.

—A ver, hay tres habitaciones, una al lado del salón y las otras a

cada lado de la entrada, en cada una caben perfectamente dos personas —una de las habitaciones tenía una cama de matrimonio, otra dos camas juntas y la última era una litera—. Creo que el reparto es bastante sencillo.

Tan sencillo que me dejaba compartiendo habitación con Sergio. Estaba a punto de gritar "yo me pido arriba" cuando él se adelantó con otro asunto.

—Habría que hacer guardia por si se acercan reanimados. ¿Hay alguna forma de subir al tejado?

—Creo que no, pero se puede subir usando una escalera desde fuera, en el cobertizo hay una. —recordaba que mi padre la había usado alguna vez para bajar pelotas que colábamos en el tejado, aunque nunca había estado allí arriba.

—Vale, iré a echar un vistazo, vosotros id instalándoos —dijo Sergio agarrando el fusil de nuevo—. También echaré un vistazo a los alrededores para cerciorarme de que está todo limpio. No os quitéis los zapatos hasta que me asegure de que todo está bien.

Seguramente coger el arma antes de salir solo era por precaución, pero me parecía que tenía una fijación con dispararle a algo que no era normal.

Al final me quedé con la cama de abajo. Al intentar subir a la de arriba había sentido como si todo me diera vueltas y, ya solo, sentado sobre la cama inferior, había comenzado a notar el peso de tanto esfuerzo, tanta tensión y, sobre todo, de tantos golpes.

La cabeza me dolía con más fuerza, hasta el punto de que empecé a preocuparme en serio por haber sufrido algún daño importante. Me palpé la herida de la frente con cuidado, no parecía demasiado grande, y desde luego dolía mucho menos que el golpe en la mandíbula, que empezaba a ser una molestia desesperante. Quizá aquél yonki no me la hubiera roto, pero si me la había dejado bien jodida. Esperaba que aquello se pudiera curar solo, porque no había muchos médicos a los que poder acudir. Deseé tener algún calmante que tomarme, pero el cajón de las medicinas de mi casa había ardido.

Abrí la mochila y saqué una de las botellas de agua que llevaba. Ya solo me quedaban dos, así que buscar agua era algo que tendríamos que hacer al día siguiente con urgencia. Estaba fría al haber estado expuesta al fresco del invierno murciano, y la sentí caer en el estómago vacío como si me hubiera tragado un cubito de hielo.

Mientras los demás se instalaban en sus habitaciones, y tras haber encontrado las linternas en el mueble de la entrada y repartirlas, pensé en ir a buscar algo de comer a la cocina, como había sido mi plan, pero en su lugar preferí descansar, aunque solo fuera unos segundos. Estaba hecho polvo, tanto física como psicológicamente.

Sabía que una vez allí, a salvo, lo único que me quedaba era esperar a que alguien de mi familia viniera, y aquella espera prometía ser insoportable.

¿Vendría alguien por la noche? Si era así se llevaría una sorpresa al ver a tanto desconocido, o puede que una alegría por ver a alguien más vivo. ¿Vendrían a la mañana siguiente? ¿Por la tarde? ¿Dentro de una semana? Andando se podía llegar en una hora desde la zona segura, y lo que tenía bien claro era que, si habían salido con vida, irían a aquél lugar. No tenían otro sitio a donde ir.

Dentro de la mochila no solo encontré el botellín de agua, también redescubrí mi pequeño alijo de heroína, del que me había querido deshacer hacía unas horas, pero entre unas cosas y otras se me había pasado, y del que me había olvidado por completo una vez más. Tirarlo por la ventana era una opción para deshacerme de él de una vez por todas, pero la heroína era un narcótico… y Dios sabía que lo necesitaba.

“Solo es un pequeño colocón” me dije para convencerme a mí mismo, “nadie se vuelve un adicto por eso.”

En realidad sería el segundo, pero tampoco me parecía que fuera suficiente para engancharse. Por la mañana podría dormir un poco, verlo todo de otro color, y seguramente me dolería todo menos… sin embargo, antes de que pudiera hacer nada, Sergio volvió de su expedición al exterior. Rápidamente escondí la droga en la mochila y traté de disimular.

—¿Al final me dejas la de arriba? —preguntó con sorna

—Toda para ti. ¿No decías que ibas a vigilar? —me recosté sobre la cama y comencé a sentir como el blando colchón relajaba todos mis músculos; quizá, después de todo, pudiera dormir un poco sin necesidad de recurrir a las drogas.

—No es que me haga mucha gracia —reconoció—. Pero esta noche puede pasar cualquier cosa. Puede que los reanimados de la zona segura pasen por aquí, o supervivientes que huyen de la ciudad. Es posible que algunos incluso sean hostiles.

—Claro que serán hostiles, son zombis. —le dije mientras me quitaba un zapato empujándolo con el otro.

No le estaba haciendo mucho caso, sus preocupaciones podrían ser importantes en general, pero yo tenía las mías particulares, y la menor de ellas era tener un alijo de droga guardado en la mochila, aunque si lo descubrían podían pensar cosas raras de mí.

—Los supervivientes, digo —aclaró—. Un hombre desesperado hace cualquier cosa.

“Intentar matarte, abandonarte a la muerte…” recordé con fastidio, los de los yonkis lo podía entender, pero que un soldado profesional nos abandonase de aquella manera aún me hacía hervir la sangre.

—¿Y los demás? —preguntó dejando el fusil sobre su cama, al igual que su mochila—. ¿Había ropa, mantas y eso?

—Tenemos las mantas que quieras, aquí suele hacer frío —le respondí cerrando los ojos, iba a dormir, ya lo había decidido… se estaba tan a gusto sobre la cama—. Había algo de ropa, si. Mañana me cambiaré la mía, cuando haya algo de luz. Tampoco creo que haya mucho donde elegir.

—¿Quién no quiere dormir envuelto en sangre? —dijo con sarcasmo.

Si, iba manchado de sangre, pero me daba igual, él también lo estaba. La ropa ya casi se había secado y estaba demasiado cómodo ahí tumbado como para ponerme a rebuscar a oscuras en los armarios.

—A los zombis no les molesta hacerlo. —fue mi respuesta desganada.

—¿De dónde has sacado esa palabra, zombis? No la había escuchando nunca. —me preguntó con interés.

Abrí los ojos con fastidio, por lo visto estaba muy interesado en mantener una conversación y no iba a dejarme descansar tranquilo.

—Del cine de serie B —contesté—. Creo que la palabra tiene algo que ver con el vudú, pero no estoy seguro.

—Zombis… —repitió pensativo—. Me gusta como suena.

Dejó su mochila sobre la cama y comenzó a trastear en ella, de modo que yo aproveché para volver a tumbarme e intentar conciliar el sueño. Había sido una noche de locos, mi idea había sido estar en ese mismo momento durmiendo con mi familia, en una tienda de campaña en la zona segura, quizá soportando las miradas de reproche de mi padre por lo que le había pasado a mi casa, las de preocupación de mi madre por haber atravesado media ciudad llena de muertos vivientes yo solo, y las de fascinación de Sara después de contarle que había estado en una despensa llena de refrescos. Me revolví inquieto sobre el colchón al recordar que, en lugar de eso, muy posiblemente los tres habían muertos.

De mis tíos y primos solo podía pensar lo mismo. Por más vueltas que le daba, no se me ocurría otro sitio a donde pudieran haber ido que no fuera la zona segura. Mi otro tío, el hermano de mi madre, tenía una casa en la Azohía, al lado de la playa; era un buen refugio, al ser invierno no habría casi nadie allí y se librarían de sufrir una invasión de zombis… pero mi tío no tenía ese problema, normalmente vivía en Cartagena, y allí tenían una zona segura también.

Mientras tanto, Sergio seguía buscando algo en su mochila. Intentando dejar de pensar en mi familia me giré en la cama para ponerme de costado, pero en esa posición tenía la mandíbula directamente sobre la cama y me dolía…

Harto de todo, abrí los ojos y me incorporé sobre la cama. ¿Cómo

diablos iba a dormir con tanta mierda encima? Era imposible poner la mente en blanco en esas condiciones.

—Creo que hemos empezado con mal pie —murmuró el soldado—. Admito que tendría que haberos avisado antes de disparar contra los reanimados que os seguían cuando nos encontramos.

De no ser porque estaba agotado y alterado, me habría meado del susto por la gracia de ponerse a disparar sin ton ni son.

—Bueno, supongo que no importa —contesté de mala gana—. Nos quitaste a los zombis de encima, después de todo.

—Y lo de no dejar que entrara aquí a inspeccionar la casa… ¿esperabas encontrar a alguien?

El soldado estaba poniendo el dedo en una yaga que intentaba tener cerrada, pero que no dejaba de abrirse y supurar.

—Sí, la verdad es que sí —reconocí—. Pero prefiero no hablar de ello.

—Está bien, como quieras —respondió—. Me voy fuera, he encontrado una escalera y creo que puedo subir al tejado con ella, desde allí tendré un ángulo de visión bastante bueno.

—¿Vas a vigilar toda la noche? —le pregunté algo sorprendido.

—No creo que tenga otro remedio, a menos que quieras ponerte a vigilar tú. —dijo él medio en broma.

Pero para mí no era ninguna broma, ¿por qué no quedarme vigilando? Estaba cansado y tenía sueño, pero no iba a poder dormirme con el desasosiego y la preocupación que sentía. Mientras huía y tenía que preocuparme de otras cosas podía medio ignorar esos sentimientos, pero tumbado en una cama me era imposible… y lo más importante, si alguien de mi familia volvía, sería el primero en saberlo y en recibirles. Era perfecto

—¿Por qué no? —exclamé—. Para eso solo hace falta tener dos ojos, puedo ayudarte, de todas formas no creo que pueda dormirme con tantas cosas en la cabeza.

Al principio me miró un poco incrédulo, pero después empezó a pensárselo en serio.

—He estado multitud de veces en esta casa, conozco mejor que tu sus alrededores, puedo vigilar tan bien como tú. —insistí.

—Está bien, de acuerdo —accedió, aunque todavía un poco dubitativo—. No voy a rechazar el poder echarme una cabezada. Así podré estar fresco para mañana.

Esas palabras volvieron a dejarme pensativo. ¿Qué pasaría al día siguiente? ¿Qué ocurriría cuando amaneciera? ¿Y dos días después? En la casa estábamos a salvo de los zombis pero, ¿qué estábamos haciendo allí en realidad? Si el mundo fuera de la zona segura había sido dejado de la mano de Dios, y el mundo dentro de la zona segura ya no existía, ¿qué íbamos a hacer?

Me imaginaba que lo más lógico era ir a otra de ellas, la de Cartagena o la de Alicante, por ejemplo, pero solo de pensar en tener que meterse dentro de una ciudad me daba escalofríos… por no hablar de que yo no pensaba ir a ninguna parte hasta saber qué había sido de mi gente.

—Antes de subir deberías mirarte esa herida —me dijo dándome un palo en el brazo que me devolvió al presente—. Habrá un botiquín en alguna parte, ¿no?

Me senté en la cama y volví a ponerme los zapatos que me había quitado un momento antes. La noche, que ya había sido larga de por sí, no parecía que fuera a acabarse nunca, y después de todo lo que había pasado esperaba que el universo me diera una alegría al menos con el reencuentro con algún pariente. Me debía eso.

LAURA

Niños, no eran más que niños, todos ellos. Carlos era un crío, perdido y asustado, Sandra era una cría que, además de perdida y asustada, la pobrecilla estaba ciega. Hasta Sergio, tan decidido y valiente con su fusil y su uniforme de militar, no era más que otro crío que reprimía lo que sentía bajo esa fachada de tenerlo todo bajo control, cuando en realidad estaba tan perdido como los demás… como yo.

—¿De verdad no te molesta? Solo había alcohol.

Había dejado a Susi dormida como un tronco sobre la cama de matrimonio que había en la habitación donde nos habíamos instalado. En cuanto me di la vuelta se colocó en el justo centro del colchón, como le gustaba hacer en casa cuando dormía con su padre y conmigo. Salí, aprovechando que ella descansaba, para buscar en el cuarto de baño un botiquín o algo con lo que limpiarme las heridas, y cuando llegué ya estaba allí Carlos, intentando hacer lo mismo con las suyas. Al final le tuve que echarle una mano.

—Escuece, pero creo que lo aguantaré. —solo había encontrado un bote de alcohol y con eso y un algodón comencé a limpiarle la herida de la frente—. No es lo peor que me ha pasado hoy. ¿Verdad?

Con una mano pasaba el algodón y con la otra sujetaba la linterna para poder ver lo que estaba haciendo. La herida era fea, pero no me pareció que necesitara puntos, seguramente se curaría sola en unos días, aunque no sabía si le podía quedar marca.

—¿Cómo está tu pierna? —me preguntó.

—No creo que sea nada grave. —respondí sin querer darle mucha importancia.

Cuando el autobús chocó, por intentar proteger a mi hija del impacto, terminé cayendo al suelo, golpeándome en el muslo con bastante fuerza. Aunque me hacía la fuerte, llegar hasta el cuarto de baño me había supuesto un gran esfuerzo… la pierna me molestaba mucho más que mientras huíamos de los resucitados.

Me la había mirado en la habitación, cuando por fin tuve un momento para ello, pero además de la hinchazón no vi nada que me pareciera preocupante. No me había roto nada, de eso no tenía dudas, porque si hubiera sido así el dolor sería mucho mayor. Estaba segura de que por la mañana, cuando hubiera descansado unas horas, me sentiría mucho mejor, aunque no me libraría de lucir un buen

moratón durante una temporada.

“Otro para la colección” pensé con resignación mientras le limpiaba a Carlos la sangre de la cara.

—Me alegro… te juro que, entre que tu cojeabas y que yo estaba a punto de desmayarme, creía que nos cogían los zombis. —dijo con una indiferencia pasmosa.

No lo conocía de hacía mucho, de hecho tan solo unas horas, pero no le pegaba nada hablar de algo así con tanta ligereza. Aquello era más propio de Sergio, de la persona entrenada para enfrentarse a esos seres, no de un chico normal que había estado al borde de la muerte. ¿Se estaría haciendo el duro para no parecer menos hombre que el soldado?

Los hombres hacían eso a menudo.

—No nos cogieron, y doy gracias a Dios por ello. —le respondí frotándole los últimos restos de sangre con alcohol.

Cuando él acabara me tocaría a mi limpiarme las heridas. Sentía el labio que Adrián me había partido mucho más dolorido que cuando me golpeó; el accidente debía haber abierto el corte, porque tenía sangre en la cara y algunas gotas sobre la ropa. No podía estar seguro de que la sangre de la ropa fuese mía, ya que había estado en contacto tanto con Carlos como con Sergio, y podían haberme manchado, pero el sabor metálico que tenía en la boca no dejaba lugar a dudas sobre el origen de la sangre de la cara.

—Y menos mal que nos has traído aquí, si no vete tú a saber cómo habríamos acabado —añadí para darle ánimos—. Esto ya está.

Aunque no dijo nada antes de marcharse, salvo agradecerme la ayuda, sentí que también agradecía mis palabras.

Después fue mi turno de limpiarme las heridas. Me miré en el espejo, alumbrándome con la linterna. Estaba tan llena de marcas que tuve un repentino acceso de rabia al recordar que ni los resucitados, ni el accidente de tráfico eran culpables de la mayoría, sino mi difunto marido, su alma arda en el infierno para siempre.

Tras desinfectarme los lugares por los que sangraba, lamenté que no hubiera agua corriente para quitarle la suciedad también. Sin agua, la pastilla de jabón del lavabo era completamente inútil, así que una vez hube terminado volví a mi habitación. Sergio y Carlos estaban saliendo en ese momento por la puerta principal de la casa, pero no me paré a preguntarles dónde iban, fui directamente a la habitación y cerré la puerta tras de mí.

Era un dormitorio sencillo, con una cómoda, un armario, un espejo y dos mesitas de noche, además de la cama de matrimonio, donde Susi dormía a pierna suelta. La pobrecilla había pasado un día de perros, me extrañaba que pudiera dormir tan bien… solo esperaba que no la despertara ninguna pesadilla, porque al día siguiente tendría que

explicarle que su padre estaba muerto, y todavía no sabía cómo se lo iba a tomar.

Adrián, incluso muerto, tenía el don de complicarlo todo… bueno, no todo, conforme más me iba haciendo a la idea de que estaba muerto, más fácil me resultaba maldecir su recuerdo, y más aún desde que sabía que la causa de aquello era la personita que dormía sobre la cama como un angelito.

Me quité el abrigo casi con rabia, había sido un regalo de Adrián hacía cinco años, cuando aún era una persona decente. Estaba tan manchado de sangre, húmedo por la lluvia y sucio por estar usándolo durante semanas en la zona segura que no pensaba volver a ponérmelo.

Ya del tirón me quité el resto de la ropa, que no se encontraba en mejores condiciones que el abrigo, y busqué algo que ponerme en el armario de la habitación, el cual debía pertenecer a los tíos de Carlos. Su tía era una mujer un poco más gruesa que yo, pero igual de alta, a juzgar por las prendas que vi allí. Solo era ropa de campo, estaba vieja y no era precisamente bonita ni favorecedora; pero era práctica, abrigada y, sobre todo, olía a limpio.

Al final me vestí con unas medias de lana negras, un pantalón de chándal, una camiseta y una sudadera gris… y jamás me había sentido tan cómoda. Si hubiera podido darme un largo baño caliente antes de cambiarme de ropa habría sido perfecto del todo, pero tendría que conformarme con lo que tenía. Me senté sobre la cama, al lado de Susi, y me quedé mirando como dormía mientras pensaba en todo lo que había ocurrido aquella noche.

Habían sido demasiadas emociones y estaba demasiado alterada todavía como para poder dormir. Todavía se me ponían los pelos de punta al recordar las veces que habíamos estado cerca de la muerte en tan solo unas horas; si las cosas hubieran ocurrido un segundo antes, o un segundo después, podríamos no haber podido contado. Tenía que darle las gracias a Dios por habernos ayudado a vivir cuando tantos otros habían muerto… y es que muchos habían muerto… de hecho, si los que estábamos allí éramos todos los que habíamos podido escapar de la zona segura, se podía decir que la ciudad había muerto por completo. Adrián lo había hecho, también Alicia y su marido Rodrigo, los militares que nos protegían, Toni y la chiquilla del pijama, la soldado que se llamaba Vanesa y cientos más. Estábamos prácticamente solos en un mundo que se había vuelto completamente hostil para cualquiera que no estuviera muerto y se alimentara de carne humana.

“¿Quién va a cuidar ahora de nosotras?” me pregunté sin apartar la vista de Susi.

Era tan pequeña todavía, tan dependiente… y estábamos solas, no

podíamos contar con la protección de nadie. Los militares estaban demasiado ocupados en sus respectivas zonas seguras; así que allí, fuera de los muros de hormigón, estábamos en tierra de nadie. Si nos moríamos de hambre, de sed o de una pulmonía por haber estado durante horas bajo la lluvia en pleno invierno, nadie se daría cuenta, nadie iba a rescatarnos. Confieso que, bajo un techo y sentada sobre una cama lejos de ellos, esa perspectiva me asustaba mucho más los propios muertos vivientes.

Aunque no tenía muy claro si podría dormirme, tenía la responsabilidad de intentarlo; era madre, y mi hija me necesitaría con las fuerzas recuperadas por la mañana.

Ya estaba a punto de tumbarme al lado de Susi, bajo las mantas que Carlos nos había dado y que prometían al menos una noche sin helarme de frío y sin hacerme polvo la espalda en un catre de la zona segura, cuando alguien llamó tímidamente a la puerta. El sonido fue suficiente para que Susi se revolviera, pero no se despertó… y no se despertaría, cuando se echaba a dormir era como un gusano de seda.

Me acerqué a la puerta y la abrí con cuidado para ver quien llamaba; y fue a Dani y a Sandra a quienes me encontré al otro lado. El chiquillo se había cambiado de ropa y ahora vestía un chándal viejo, más de su talla que lo que llevaba cuando le vi por primera vez. Ella, sin embargo, seguía con la misma vestimenta, unos horrorosos pantalones de pana y una sudadera que le venía demasiado grande. Aunque se había quitado la chaqueta militar, que realmente era la única prenda que le quedaba bien.

—Perdona, no sabía si estabais durmiendo —se disculpó Sandra hablando en susurros—. Pero en nuestros armarios solo hemos encontrado ropa para niño y…

—Claro —dije captando inmediatamente cuál era el problema—. Aquí hay ropa que creo que te vendrá mejor, pasa.

—Ah, gracias… —le abrí la puerta y la dejé pasar, Dani hizo un amago de ir tras ella, pero de algún modo su hermana debió percibir sus intenciones, porque se dio la vuelta y le puso la mano sobre los hombros.

—Espera en la habitación a que vuelva. ¿Vale? —el niño no dijo nada, pero me miró; me esperaba una mirada fulminante como las que reservaba para Sergio cada vez que abría la boca, o una mirada de desconfianza como las que le dedicaba a Carlos, pero no parecía sentir tanta hostilidad hacia mí como hacia ellos—. Solo será un momento.

—Vale. —dijo al final dando la vuelta y volviendo a su habitación.

Cuando la chica estuvo dentro cerré la puerta.

—Se preocupa mucho por ti. —comenté mientras me acercaba al armario a buscar algo que pudiera ponerse; ella tanteó con las manos sobre la cómoda y se sentó encima cuando encontró un hueco donde

hacerlo.

—Sí, la verdad es que sí —respondió con un suspiro de resignación —. Mi madre me pidió que cuidara de él, pero en realidad ha sido él quien me ha sacado de la zona segura con vida, aún no sé ni cómo.

Pensar de nuevo en la zona segura y en lo que ocurrió cuando entraron los resucitados me daba escalofríos; todo aquello era algo que prefería empezar a superar lo antes posible. Sin embargo, no podía evitar preguntarme cómo un niño, por muy especial que fuera, había sido capaz de sacar a una chica ciega de aquél lugar infernal.

—Ambos habéis hecho un buen trabajo. Los dos seguís vivos, seguro que vuestros padres estarían orgullosos de vosotros —lo dije sin pensar, creyendo que aquello la animaría un poco, pero no recordé que sus padres también estaban en la zona segura—. Perdona, no quería mencionar… ¿estás bien?

Su rostro, que ya mostraba un gesto alicaído, de repente se llenó de lágrimas que, en silencio, comenzaron a correrle descontroladamente por las mejillas. Se sorbió los mocos un par de veces antes de volver a hablar con la voz ligeramente afectada.

—Sergio se empeña en darlos por muertos, pero Carlos también tenía familia ahí dentro y, pese a todo, creo que no ha perdido la esperanza. La verdad es que no sé qué pensar —confesó derrumbándose—. Hoy ha sido un día demasiado difícil…

Me sentí culpable por haber sacado el tema al verla llorar así.

—Haya pasado lo que haya pasado tu hermano y tú estáis bien, y seguro que para vuestros padres eso era lo más importante. —le dije intentando tranquilizarla.

Dejé la ropa del armario y me puse a su lado, cogiéndola de las manos para reconfortarla. Ella acabó abrazándome y rompiendo a llorar sobre mi hombro. Yo acabé lagrimeando también mientras la abrazaba, podía empatizar perfectamente con ella porque yo tampoco sabía nada de mis padres, aunque eso a su edad es mucho más duro, por supuesto. Y mientras tanto, Susi seguía durmiendo a pierna suelta, ajena al drama que se estaba viviendo en aquella habitación.

Cuando se serenó un poco le tendí un pañuelo que había sobre la mesita de noche para que se secara las lágrimas.

—¿Estás mejor? —le pregunté algo preocupada, no era nada raro que alguien en una situación así se derrumbara; de hecho, lo difícil es no derrumbarse cuando podrías haber perdido a todos tus seres queridos.

—Sí, gracias —respondió asintiendo; tenía los ojos hinchados y colorados, pero ya no lloraba—. Perdona por el espectáculo.

—No importa cariño, es natural —le dije yo sin querer darle más importancia—. Voy a cogerte algo de ropa del armario, ¿vale? Ya verás qué guapa cuando te cambies esos pantalones.

Sin darme cuenta le había hablado como solía hablarle a Susi, como si fuera una niña pequeña. Pero Sandra, o no hizo caso, o no le importó en absoluto que usara ese tono… a fin de cuentas solo era una cría en realidad, una cría perdida y asustada.

La mayoría de la ropa que encontré en el armario era demasiado grande para ella, así que dudaba que pudiera cumplir con mi promesa de dejarla más guapa, pero tampoco había más opciones. Le cogí unos pantalones de chándal, que parecía ser lo único que vestía la gente de esa casa, y una camiseta con una chaquetilla de chándal también. Con la chaqueta militar estaría protegida del frío por lo demás.

—Toma, a ver si te vale con esto —le dije tendiéndole la ropa—. Hay chaquetas más abrigadas, por si eres friolera.

—Gracias, ¿Te importa que me cambie aquí? —me preguntó mientras palpaba las prendas que le había entregado.

—No, tranquila, Susi no se va a despertar si no lo ha hecho ya, la pobre estaba hecha polvo.

—Vale, gracias, es que con Dani en el cuarto… —se quitó la chaqueta militar y comenzó a desabrocharse los cordones de los zapatos—. Oye, no quiero meterme donde no me llaman, pero tu hija mencionó antes a su padre…

Durante un segundo me quedé muda, no esperaba que fueran a sacarme ese tema tan pronto. Como Susi seguía durmiendo, ajena a lo que pasaba en la habitación, tenía completa libertad para hablar, pero ninguna gana de hacerlo. Incluso le habría contado una mentira que zanjara el asunto para no tener que contarlo, pero como Carlos ya sabía la verdad, no merecía la pena liarlo más.

Mi silencio se prolongó durante el tiempo que tardó en quitarse los pantalones.

—Siento haber sacado el tema —se disculpó un poco cohibida—. Si no quieres hablar de eso…

—Mi marido murió en la zona segura, pero era un maltratador y no lo lamento. Lo que pasa es que aún no se cómo voy a decírselo a mi hija, que todavía no lo sabe. —respondí del tirón y, quizá, con cierta brusquedad.

Fue su turno de quedarse muda.

—Hay ropa interior en un cajón, puedo sacarte algo si lo necesitas. —le ofrecí para romper el silencio; uno de los problemas de la zona segura era la falta de limpieza, y el reutilizar la ropa estaba a la orden del día.

—Vale, gracias —contestó con timidez—. Al menos tú sabes que está muerto. Mis padres… Dios, no sé qué vamos a hacer Dani y yo, de verdad que no lo sé. Que día de mierda, por Dios.

“No es más que una cría” me repetí, “puede que tenga cuerpo de mujer, pero no debe tener ni veinte años, solo es una niña asustada,

como todos los demás.”

—Estamos todos igual, cariño —le dije con un tono un poco más amable mientras le daba ropa interior limpia—. Ninguno sabemos qué vamos a hacer. Yo tengo que hacerme cargo de una niña pequeña, y Carlos y Sergio están solos. Tú tienes la suerte de contar con tu hermano… os tenéis el uno al otro en realidad.

—Supongo que sí, pero no saber qué ha sido de ellos es lo peor. —sentí que estaba a punto de llorar otra vez, pero acabó conteniéndose.

Me quedé todo el tiempo que tardó en cambiarse de ropa pensando en cómo podría decirle lo que en realidad pensaba de aquello. Había visto lo que ocurría en la zona segura con mis propios ojos, era más que seguro que sus padres estuvieran muertos pero, ¿cómo podría decirlo de un modo suave? El problema era el mismo que iba a tener con Susi al día siguiente, cuando preguntara por su padre y yo no tuviera más excusas que darle. Pensé que decírselo a aquella chica, que no conocía de nada, sería más fácil, pero no me salían las palabras.

—Bueno, gracias por la ropa —dijo a modo de despedida abriendo la puerta del dormitorio para marcharse—. Te dejo dormir.

Estiré un brazo para agarrarla y decirle algo, lo primero que se me viniera a la cabeza, pero me detuve a medio camino. No tenía fuerzas para eso, no podía hacerlo. Ella, por supuesto, no vio el ademán y se marchó cerrando la puerta después de salir. En el fondo estaba segura de que ya lo sabía, pero la actitud de Carlos le impedía asumirlo y dejar de aferrarse a esperanzas que, a mi juicio, eran vanas.

“Se acabarán dando cuenta ellos mismos” me dije tumbándome en la cama al lado de mi hija, que dormía muy tranquila, respirando a través de la boca entreabierta.

—Que duermas bien, cariño. —le susurré mientras me metía bajo las mantas para intentar descansar un poco.

Cuando noté el contacto de mi espalda con aquella cama tan cómoda y el agradable calorcito que se sentía estando bajo techo y bien tapada, me olvidé por completo de los malos recuerdos producto de la horrible experiencia vivida aquella noche, y de la congoja por no saber qué nos deparaba el mañana. Casi sin darme cuenta terminé cayendo profundamente dormida.

Adrián estaba allí, tumbado sobre el catre, mientras a mí alrededor solo había girones de niebla oscura. Le agarraba la mano, que estaba fría, y su rostro pálido le daba un aspecto como si estuviera congelado. Pero no estaba congelado, estaba muerto, llevaba ya un buen rato muerto.

La niebla se transformó en el interior de la tienda de campaña, y desde fuera comenzaron a escucharse gritos de terror, de dolor, y

disparos, sobre todo muchos disparos. Me levanté a toda prisa y quise soltarle la mano a mi marido muerto, pero él no me dejó. Cuando le miré había abierto los ojos, que estaban inyectados en sangre y miraban hacia arriba, hacia ningún lugar en particular.

Hice fuerza para soltarme, pero su mano me agarraba con tanta intensidad que fue inútil. Adrián se incorporó hasta quedar sentado en la cama, con el pecho desnudo y una manta cubriéndole el resto del cuerpo, y giró la cabeza lentamente para mirarme. Intenté soltarme una vez más, pero no sirvió de nada, su otra mano me agarró del brazo y cuando, muerta de miedo, intenté golpearle, me inmovilizó esa mano también y me atrajo hacia él. Sentí el pútrido aliento de la muerte cuando abrió la boca soltando un gemido y fue a morderme…

Me desperté tan sobresaltada que durante un segundo no recordé donde me encontraba, y tardé en situarme de nuevo en la casa de los tíos de Carlos, tumbada en la cama de matrimonio de una de las habitaciones. Aun aturdida, puse sin querer una mano encima de Susi, que dormía a mi lado. Temía haberla despertado con el golpe, pero se limitó a girarse en la cama y emitir algo parecido a un quejido mientras seguía durmiendo.

Al ver que ella estaba allí, a mi lado, y que todavía dormía tranquilamente me calmé un poco. Después de lo que había vivido una pesadilla era lo menos que podía esperar. Para espabilarme salí de debajo de las mantas, me puse en pie y me acerqué a la ventana. No sabía cuánto tiempo había estado durmiendo, pero a través de ella podía ver que aún estaba oscuro, aunque eso solo significaba que podía ser cualquier hora de la madrugada. Mi reloj se había quedado en la zona segura, junto con la mayoría de mis cosas, y junto con el cadáver de Adrián que había intentado comerme en el sueño.

“Ya no puedes hacerme daño, ya no, ni vivo ni muerto viviente” me repetí varias veces para convencerme a mí misma de que todo había sido solo una pesadilla.

Escuché un ruido fuera, algo parecido a una puerta cerrándose. Pese a que solo había sido un mal sueño, no tenía ninguna gana de volver a dormirme y volver a revivirlo, así que, en lugar de acostarme otra vez, me puse los zapatos y cogí un abrigo de los que la tía de Carlos tenía colgando en una percha. Completamente vestida salí de la habitación, con cuidado de no hacer ruido con las puertas, y fui a ver qué había sido aquél sonido. A lo mejor no era la única persona despierta esa noche.

El recibidor estaba oscuro, pero escuchaba dos voces hablar al otro lado de la puerta principal, dos voces masculinas que solo podían ser de Carlos y Sergio.

—…ayuda psicológica —decía el militar—. Y te hablo de gente que

ha estado en tiroteos donde solo se han llevado el susto; atracos y esas cosas. Imagínate después de esto, que puedan estar tumbados en sus camas ya es mucho.

—Pillo la indirecta, pero de verdad que no tengo sueño —respondió Carlos cansinamente—. Después de lo que vi ahí… joder, cuando cierro los ojos tengo mierda de sobra para elegir cuál me va a desvelar.

Al abrir la puerta me lo encontré sentado en el escalón de la entrada, con el soldado de pie a su lado. Ambos parecían sorprendidos de verme aparecer por allí.

—¿Va todo bien? —preguntó Sergio con gesto serio.

Llevaba su arma colgando a la espalda, y debía ser el único que no se había cambiado de ropa. Todavía iba vestido con su uniforme de militar, aunque se había permitido ponerse una chaqueta de chándal sobre él para protegerse del frío. El viento soplaba en suaves ráfagas congeladas, pero no era nada comparado con el frío que habíamos pasado en las mismas condiciones, pero con la lluvia cayendo y la ropa mojada.

—Sí, tranquilo, es solo que no podía dormir. —le contesté para que no se preocupara.

En la fachada, justo frente a la ventana del dormitorio que estaban utilizando Dani y Sandra, habían colocado una escalera de madera que llevaba hasta el tejado. Recordé entonces que Sergio había dicho algo sobre hacer guardias, pero no sabía qué hacía Carlos allí también.

—Pues ya sois dos —dijo el soldado dirigiendo su mirada hacia el muchacho, que sonrió con desgana—. Aquí el jabato lleva cuatro horas de guardia, vengo a relevarle y dice que no tiene sueño.

Diría lo que quisiera pero, a diferencia de Sergio, quien aún parecía bastante fresco, él tenía pinta de estar completamente destrozado. Había sido una noche larga y dura; muy, muy dura.

—Ha sido un día difícil —exclamé sentándome yo también en el escalón, a su lado; aunque me había quejado toda la noche del frío invernal, en ese momento sentir el viento helado en la cara me resultaba hasta agradable—. Mañana lo veremos todo de otro color, ya veréis.

—Sí, color mierda. —bufó Carlos con cierta amargura.

—Deberías irte a dormir —le dijo Sergio—. Creo que todos nos hemos ganado un descanso, y mañana…

—¡No puedo irme a dormir! —replicó con un gruñido.

Sergio miró la ventana de la habitación de Dani y Sandra y le hizo un gesto con la mano para que bajara el volumen. Obedeció, pero con pocas ganas.

—Si de algún modo mi familia logró salir de la zona segura, vendrán hacia aquí, y si vienen andando pueden estar a punto de

llegar. Pero sin saber qué ha sido de ellos simplemente no puedo dormir.

“También es un crío, solo un crío, igual que la pobre Sandra, ella con caderas de mujer y él con barba de hombre, pero solo unos críos.”

Confiaba en que un milagro le devolverá a su familia, pero todos los que estábamos en ese momento en aquella casa éramos milagros. Un soldado sin compañeros, un chico solitario, una chica ciega y su hermano de diez años, una madre viuda con su hija de cuatro… seguíamos vivos de milagro, y ya eran demasiados milagros como para que hubiera más aquella noche, no se le podía pedir tanto a Dios.

—¿Y mañana qué? —pregunté para desviar el tema a otro menos duro, pero no por eso menos importante—. ¿Qué se supone que vamos a hacer?

—Mañana, como bien has dicho, será otro día —contestó Sergio—. Sinceramente, no lo sé. Sin la zona segura no hay lugar a donde ir.

—Hay otras zonas seguras —dijo Carlos levantando la mirada hacia el soldado—. Será complicado entrar, lo sé, pero no imposible, quizás en Cartagena, o en Alicante… ¿hay alguna otra más cerca?

—Alicante cayó, nos lo dijeron los militares —dije yo casi sin pensar—. Fue hace tres días… ¿o cuatro? Creo que cuatro.

—¡No jodas! —exclamó Carlos sorprendido—. ¿Alicante también?

Sergio también parecía sorprendido, pero de otra manera.

—¿Solo Alicante? —preguntó algo confuso—. ¿No os contaron…?

—¿El qué? —le instó Carlos.

—N…no sabía que Alicante había caído, pero no solo ella lo ha hecho, supimos que habían caído también Madrid, Barcelona, Valencia… todas las grandes ciudades en realidad, y por lo visto las más pequeñas tampoco están aguantando— confesó el soldado, para consternación de ambos—. De hecho, es perfectamente posible que, a estas alturas, no haya ninguna otra zona segura operativa.

El impacto de la noticia dejó a Carlos con la boca abierta, pero tampoco se podía decir que yo estuviera menos conmocionada. Me había impactado tanto que no pude articular palabra. Toda esa gente, tantas vidas… todas las vidas en realidad. Casi no podía, o no quería, creerlo.

—¿Os dijeron lo de Alicante y no lo de las demás? —Sergio estaba realmente desconcertado.

—Bueno, yo no estaba en la zona segura, pero no sabía… joder, qué fuerte. —mientras el muchacho hablaba yo no podía dejar de pensar en la astucia de los militares; si no hubiéramos tenido noticias de las zonas seguras podríamos haber sospechado que algo iba mal, pero diciéndonos que una había caído no podíamos sino pensar que, si lo hacía otra, nos lo dirían también y que, por tanto, las demás debían estar bien.

—Entonces… no queda nada, realmente no hay a donde ir. —concluyó Carlos.

Sergio asintió.

—Me temo que, al menos durante una temporada, tendremos que apañárnoslas por nuestra cuenta —señaló—. No hay gobierno, no hay ejército y, por lo que parece, no hay prácticamente gente viva. Ahora mismo se podría decir que estamos en tierra salvaje, aquí no gobierna nadie, no hay ley.

No pude decir nada a eso, el shock me había dejado sin habla. Solo podía pensar en Susi, en cómo iba a alimentarla, a mantenerla a salvo si estábamos solos. En ese mismo instante me di cuenta de que siempre había mantenido la esperanza de que todo se terminara solucionando de alguna manera, de que al final todo se arreglaría para bien… quizá yo también no era más que una cría.

—Mañana nos ocuparemos —afirmó Sergio al ver nuestras caras—. Mirad, por aquí hay varias casas, podemos inspeccionarlas, buscar comida y agua con la que aguantar el tiempo que haga falta. Incluso puede que haya alguien más vivo por aquí, y los muertos vivientes están lejos.

—¿Aguantar hasta cuándo? —dije recuperando el habla—. Si dices que no queda nada.

—Podría equivocarme —reconoció el soldado—. A lo mejor alguna zona segura está ya limpiando su ciudad de muertos vivientes. Era el plan, refugiar a los civiles y comenzar a limpiar las ciudades. Tendremos que esperar a que nos encuentren, pero aquí creo que estamos relativamente a salvo.

—¿Cómo ha podido pasar? —preguntó Carlos, que seguía consternado por la noticia—. Quiero decir, vi las zonas seguras por la tele, parecían bastante resistentes, el muro de hormigón… nuestra zona segura cayó por un accidente, según parece, pero las otras…

—Una grieta podría hacerla vulnerable, y ese era uno de nuestros mayores temores. Ese muro fue levantado muy rápidamente, debido a la urgencia, y podía tener grietas y otros defectos. Miles de esas malditas criaturas haciendo presión podrían derribarlo si había algún fallo estructural —explicó Sergio—. Pero también hay otros factores, como que se colara gente infectada, o la comida, por ejemplo. El reparto entre ciudades fue muy caótico, y si se quedaron sin comida y tuvieron que salir a por provisiones podrían acabar como acabó mi unidad.

—¿Qué paso? —le preguntó Carlos con interés.

—Íbamos buscando un convoy que se suponía que tenía que llegar a la zona segura cargado de casi toda la comida del Banco de Alimentos. Pero el camión nunca llegó y, cuando en la Zona empezamos a estar escasos de alimentos, enviaron unidades fuera a

buscarlo —comenzó a relatar con un tono mucho más sombrío—. Ninguna volvió. A la nuestra la alcanzó un grupo enorme de zombis, nos rodearon e hicieron una masacre con nosotros. Solo tres salimos con vida, y uno mordido, así que técnicamente también muerto.

—E infectado —añadió Carlos—. Al morir se levantaría como zombi. Menudo peligro.

Me acordé de Adrián y el leve mordisco en la cadera que le había costado la vida y sentí un escalofrío que poco tenía que ver con el frío que hacía. Sergio desvió la mirada durante un segundo y la dirigió al suelo, llevó una mano nerviosa hacia el fusil, solo para asegurarse de que seguía allí, y luego miró hacia el horizonte. Todo eso me pareció muy extraño.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Supongo… supongo que ya no tiene mucho sentido ocultarlo, si es que lo tuvo alguna vez —antes de continuar dio un suspiro—. Es un poco fuerte escucharlo así, pero no solo los mordidos reviven como muertos vivientes. En realidad, todos los muertos, por la causa que sea, acaban convertidos en esas cosas.

—¿Qué? —exclamó Carlos sorprendido—. Pero eso… eso no tiene sentido.

A mí tampoco me cuadraba demasiado lo que estaba diciendo. Se suponía que todo había sido por causa de una enfermedad desconocida que, al infectarte, te mataba y terminaba transformándote en uno de esos seres. ¿Cómo podíamos estar todos infectados si seguíamos vivos?

—Se supone… dijeron que si te infectas estás muerto —continuó Carlos—. La enfermedad que transmiten te mata y te transforma.

—Si te muerden, la enfermedad te mata —confirmó Sergio asintiendo—. Pero… bueno, no sé cómo funciona del todo, lo están investigando… o más bien lo estaban investigando, todo se vino abajo antes de que tuvieran una respuesta. Por lo visto la enfermedad te mata, pero lo que hace que te levantes como un reanimado es el haber muerto.

—Pero eso significaría… —comenzó a decir Carlos pensativo.

—Que sea lo que sea lo que produce la resurrección, ya lo tenemos todos dentro —terminó Sergio por él—. Sí, me parece que sí, el mordisco te mata porque te produce fiebres y una infección, pero lo que hace que te levantes como un muerto viviente es algo subyacente, algo que ya nos ha contagiado a todos.

Empezó a dolerme ligeramente la cabeza, demasiada información en poco tiempo, demasiada información terrible. De haber podido elegir habría preferido seguir en mi pesadilla, que era mucho menos terrorífica que el mundo real.

—Y lo peor es que nos enteramos muy tarde de eso —añadió el

soldado—. Creo que algunas zonas seguras cayeron por culpa de ese desconocimiento. Sus muertos comenzaron a levantarse, mordieron a gente y al final no pudieron contenerlos. Es inevitable que alguien muera si acumulas a mucha gente junta, ya sea un anciano, un accidente o por delincuencia. Si no lo sabían, ese muerto se levantaría, y quizá para cuando logran detenerlo ya habría mordido, o incluso matado a otras personas del lugar.

—¿Cómo podemos tenerlo todos? ¿Es que esa cosa se contagiaba por el aire o algo así? —Carlos parecía aún escéptico.

No le podía culpar, la noticia era como poco sorprendente, y desmoralizante también. Me sentí sucia al pensar que algún tipo de microorganismo en mi interior me resucitaría como uno de esos seres si me pasaba algo. Era una sensación muy desagradable.

—No lo sé, imagino que sí, pero créeme porque es cierto, yo mismo lo he visto, y no una sola vez —le contestó Sergio—. Por eso perdimos la guerra, no lo supimos hasta tarde. Limpiábamos lugares por donde los reanimados asomaban la cabeza y creíamos que ya eran seguros, pero la gente que moría allí despertaba de nuevo, mordían a quien pillaran y extendían la plaga. Cada día mueren en el mundo unas doscientas mil personas por causas naturales, os podéis hacer una idea de por qué de repente nos vimos con miles de muertos contra los que combatir.

—¿Por qué no nos lo contaron? —le pregunté con un hilo de voz.

—No lo sé, no es una decisión que dependiera de mí, como comprenderás —dijo un poco a la defensiva—. Supongo que no querían causar pánico.

—¿Qué no querían causar pánico? Su puta madre —maldijo Carlos — Cada vez veo que tengo más suerte de haber llegado vivo hasta aquí.

—¿Por qué? —preguntó Sergio algo molesto—. ¿Es que se te ha muerto alguien por el camino o qué?

De repente el chico se puso muy tenso.

—La verdad es que prefiero no hablar de eso. —dijo lamiéndose los labios con nerviosismo.

Si había visto morir a alguien podía comprenderle, yo prácticamente había visto morir a todo el mundo con quien me había cruzado, y sabía que era nada fácil asumirlo. Sentí un poco de lástima porque se sintiera así, de modo que intenté confortarle.

—Cuando huíamos de la zona segura vi como moría mucha gente —los rostros de Alicia y Rodrigo pasaron fugazmente por mi cabeza una vez más, y sentí una punzada de dolor por ellos, porque ambos habían sido buenos conmigo… al menos la mayor parte del tiempo; también recordé a Toni y Vanesa, gracias a los cuales Susi y yo seguíamos vivas—. Sé lo duro que resulta ver eso.

El chico asintió, pero no dijo nada, así que decidí azuzarle un poco más. Aquellas cosas era mejor sacárselas fuera, y si podía sacármelo de dentro yo también, mejor.

—Reclutaron a un grupo de civiles capacitados a que salieran fuera con un camión en busca de comida —comencé a contarles—. Mi marido, Adrián, era bombero, así que fue parte del grupo porque ya había tenido contacto anterior con esos seres. Cuando volvió le habían mordido, un mordisco minúsculo que nadie percibió hasta que comenzó a infectarse. Murió, le vi agonizar y morir sin poder hacer nada.

"De haber querido hacerlo, claro."

Sergio suspiró.

—Mi antiguo binomio, que es el compañero con el que vas en pareja en una unidad, fue mordido cuando los reanimados nos atacaron, como ya he dicho antes —dijo sumándose a las confesiones—. Era amigo mío, más allá de nuestro trabajo, pero cuando el mordisco empezó a infectarse ya sabía lo que iba a pasar. Yo mismo le volé la cabeza para ahorrarle sufrimiento cuando él me lo pidió.

—No se trata de eso —exclamó Carlos negando con la cabeza y mirando a todas partes menos a nosotros—. No es que murieran delante de mí, es que murieron por mi culpa.

—¿Qué pasó? —quiso saber Sergio.

Aquél interés le hacía parecer un experto en ver morir a las personas.

—Parece mentira pero solo fue ayer. Estaba de camino hacia la zona segura, pero se me averió el coche y tuve que parar a pasar la noche en alguna parte donde no pudieran cogerme los zombis. Me metí en una pizzería que tenía un cristal roto, pero allí ya había alguien. Era una mujer, una drogadicta que, la verdad, no tengo ni idea de cómo había podido sobrevivir a todo esto. Le di mi comida a cambio de un lugar donde dormir, y la aceptó; pero cuando llegó su novio, un tipo realmente peligroso, mintió diciendo que yo… bueno, mintió sobre mis intenciones y el tío me atacó.

Tanto Sergio como yo escuchábamos muy atentos. A nuestro alrededor tan solo se oían las ramas de los árboles moverse debido a la brisa.

—Me golpeó en la cara —siguió, señalándose el moratón de la mandíbula—. Yo… digamos que no estoy hecho para las peleas, apenas pudo resistirme. Intentó estrangularme, iba a matarme; estaba seguro de eso, de algún modo se lo vi en los ojos. Yo llevaba un cuchillo guardado en los pantalones, y para cuando me di cuenta, el cuchillo estaba clavado en su cuello.

Durante un instante ninguno de los dos dijo nada. A mi parecer, aunque lo que había pasado fuera terrible, no era más que un caso de

legítima defensa. Sergio parecía opinar igual.

—Entiendo que te sientas mal, pero solo te defendiste —dijo con rotundidad—. Era su vida o la tuya, no tenías elección.

—Aunque no creo que olvide su cara jamás, no es solo eso. La otra drogadicta, la mujer, se puso tan histérica que se abalanzó contra mí en cuando alcancé a ponerme en pie. No fue a propósito, lo juro, ella se volvió loca, se lanzó hacia mí y se clavó el cuchillo en el estómago… pese a que ella me había metido en ese marrón intenté ayudarla, de verdad, pero murió casi al instante sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Siento que tuvieras que pasar por eso, de verdad… —le dije poniéndole una mano en el hombro, pero la historia no había terminado.

—Eso no fue todo, eso podría haberlo soportado, a fin de cuentas fue legítima defensa, y lo segundo un accidente. Pero sus gritos habían atraído a algunos zombis, así que tuve que coger sus cadáveres y echarlos en la entrada de la pizzería para que los zombis se los comieran. Solo de recordar cómo estaban los cuerpos al día siguiente me dan nauseas… él no estaba en condiciones para resucitar, pero ella sí, y como no sabía que eso era posible sin ser mordido, por un pelo no acaba mordiéndome a mí.

Aunque Carlos parecía sincero, todo lo que había hecho me asustaba un poco. Quizá solo era un chiquillo aterrado que había hecho lo que había hecho por necesidad, pero a mi jamás se me habría ocurrido alimentar a los resucitados con las dos personas que acababa de matar. Era demasiado sádico, demasiado perverso.

Aun así, eran tiempos duros para todos, y por lo visto Sergio estaba de acuerdo con eso, ya que le miraba casi con comprensión.

—¿Sabes? En realidad tú tenías razón. —dijo con un suspiro.

—¿Sobre qué? —le preguntó Carlos algo confuso; el relato de las cosas terribles que había hecho le había dejado un poco tocado, pero seguro que quitarse esa espinita contándolo haría que luego se sintiese mucho mejor.

—Sobre lo de desertor —contestó el soldado—. Cuando mi unidad cayó, y tuve que sacrificar a mi amigo como si fuera un caballo con la pata quebrada, el compañero que me quedaba y yo no volvimos a la zona segura. Yo tenía novia y ella, como tú, había preferido aguantar en su casa a esperar que todo acabase; pero a diferencia de ti, no lo soportó. No sé exactamente qué ocurrió, pero me parece que ella y unos pocos vecinos que también se habían quedado se suicidaron cuando se quedaron sin agua y sin luz, y vieron que la cosa no iba a mejorar. Cuando llegamos, ella ya era una de esos monstruos, y un grupito de capullos, que habían llegado al edificio a saquear, la habían estado utilizando como entretenimiento sexual.

—Dios eso es… —murmuré al sentir como se me revolvían las tripas; aquél relato estaba resultando mucho más desagradable que el de Carlos, mucho más.

—Los dos que habían participado en eso se contagiaron y murieron, por gilipollas, y cuando llegamos ya eran reanimados; pero un saqueador seguía vivo y se había instalado en el edificio. Nos tendió una trampa para quedarse con nuestras armas y acabó matando a mi compañero a traición. Yo le vi desangrarse hasta la muerte, yo le tuve que meter una bala en la cabeza para que no regresara como un zombi, y yo tuve que rematar a los otros dos capullos y a mi novia.

—Lo siento mucho, de verdad. —le dije a Sergio con total sinceridad.

Su historia era terrible. Un asesinato por una mísera arma, la repugnante violación de una muerta viviente por dos enfermos mentales… ¿qué le había pasado al mundo mientras estábamos en la zona segura?

—Pero ni de lejos fue eso lo peor… —exclamó el militar, que todavía no había terminado de espantarnos—. Lo peor fue lo que le hice al que quedaba vivo. Me lo cargué, a sangre fría, como un asesino o un ejecutor, de un tiro en la cabeza.

Al decir eso no parecía arrepentido, más bien todo lo contrario, aunque podía sentir en su mirada cierta vacilación.

—Tío… —Carlos parecía demasiado consternado para encontrar palabras, y yo también.

¿Qué le estaba pasando a la gente? Las buenas personas se veía obligada a matar para intentar sobrevivir, y la mala gente degeneraba hasta perversiones tan repugnantes como la necrofilia, y con ello empujaban a otros a caer tan bajo como ellos.

Aunque mi conciencia me urgía a hacerlo, no podía juzgarles negativamente… a ninguno de los dos. De no ser por ellos estaría muerta, y mi hija también. Sencillamente no podía juzgar mal a quienes me habían salvado la vida y, salvo el último asesinato de Sergio, realmente el resto de cosas habían sido necesarias, aunque era muy triste que algo así fuera “necesario”.

—Como ves, no eres el único que tiene mierda sobre la espalda —dijo como conclusión—. El mundo se ha ido a la mierda, es normal que nos haya cubierto de ella.

DANI

“Maté a dos hombres con una pistola en la zona segura porque estaban atacando a mi hermana.”

Me gustaría haber salido allí fuera y habérselo dicho a Sergio, a Carlos, y a todos. Pero no lo hice, claro, permanecí tumbado en la cama, una cama cómoda y calentita junto a la ventana, a través de la cuál podía escuchar todo lo que hablaban los demás fuera.

No había podido dormir, en cuanto cerraba los ojos se me aparecían los resucitados en la oscuridad, con sus cuerpos mutilados y putrefactos, y tenía que abrir los ojos para dejar de verlos. Las voces de la charla que los mayores estaban teniendo fuera, lejos de molestarme, me resultaban hasta agradables, ya que me hacía sentir seguro sabiendo que estaban ahí. El silencio en la oscuridad no lo habría soportado.

Aunque tampoco es que hubiera silencio completo en la habitación. Sandra se había acostado en la otra cama del dormitorio, que se encontraba pegada a la pared opuesta a la de la ventana, y de vez en cuando la escuchaba gimotear y sorberse los mocos. Eso sí que me incomodaba, y me asustaba casi lo mismo que los resucitados, porque no sabía qué hacer para consolarla.

Pero un minuto más tarde, Sergio dijo que iba a subir al tejado a vigilar, y Carlos mencionó algo sobre buscar comida en la cocina. También escuché a Laura entrar a su habitación, y cuando la puerta se cerró tras ella se hizo el completo silencio en la casa.

Aunque parecía un lugar seguro, me seguía resultando un poco tétrica, y si hubiera podido elegir habría escogido muchos sitios antes que aquél lugar donde pasar la noche. Pero no podía hacerlo, nos habían llevado a aquél lugar y allí teníamos que quedarnos si queríamos estar a salvo de los resucitados. Estaba cumpliendo mi promesa que le hice a mi padre de proteger a Sandra.

Aun así, me revolví inquieto bajo las mantas. Tenía sueño y quería dormir, pero a la vez algo me obligaba a continuar despierto… era una incómoda sensación, como de que no debería estar allí, tumbado en la cama, mientras los resucitados estaban fuera, matando a todo el mundo. Protegía a mi hermana, pero sentía que mucha más gente necesitaba ayuda mientras yo intentaba dormir. ¿Dónde iban a conseguirla? ¿Dónde iban a pasar ellos la noche a salvo de los muertos vivientes?

—¿Tu tampoco puedes dormir? —preguntó Sandra, con la voz extrañamente pastosa, desde su cama.

Me giré para estar cara a cara con ella, aunque no podía verla porque la oscuridad era completa en la habitación.

—No. —reconocí dando un par de patadas las sábanas.

La ropa que había encontrado en los armarios eran prendas viejas de los primos de los que hablaba Carlos, y eran mucho más cómodas que las que cogimos en la extraña casa sin puerta, pero aun así todo me molestaba. Había estado con frió toda la noche y, cuando por fin tenía algo para entrar en calor, sentía que me asfixiaba.

Me caía bien Carlos. Aunque al principio no confiara mucho en él, al menos me caía mejor que Sergio, que parecía un creído siempre diciendo lo que teníamos que hacer. “Quedaos aquí”, “entremos a esta casa”, “yo iré delante”, “aquí no podemos quedarnos”, “aquí estaremos a salvo” y blablablá… Carlos nos había ofrecido la casa donde nos encontrábamos, que desde luego era mucho mejor que aquél agujero lleno de polvo, suciedad y telarañas donde nos había llevado Sergio, y nos había dado ropa limpia y seca de verdad.

—¿Por qué no vienes a dormir a mi cama? —se ofreció Sandra al verme tan inquieto.

No me pareció mala idea, quizás a su lado dejara de ver a los resucitados cada vez que cerrara los ojos. En la zona segura me había acostumbrado tanto a dormir con ella que ya ni me acordaba lo que era estar solo en una cama, con tanto espacio y sin tener a alguien pegado todo el tiempo.

Cuando me metí bajo sus sábanas, sentí un poco de aprensión mientras me rodeaba la cintura con un brazo; allí era donde toda la noche había llevado escondida la pistola que le robé al militar del colegio. Me la había quitado unas horas antes, al cambiarme de ropa, para esconderla debajo del colchón de la otra cama y, en cierto modo, la echaba de menos, porque estaba seguro de que con la pistola en la mano los resucitados no se me aparecerían ni en pensamientos. Con ella me sentía más seguro, y echaba de menos no tenerla pegada al cuerpo todo el tiempo.

Mi hermana sollozó aún mas fuerte cuando me tumbé a su lado, e inmediatamente me dio un par de besos en la cabeza. No es que me molestara, pero me parecía raro que me hubiera dado más besos esa noche que en todo el mes anterior.

—No llores más. —traté de consolarla sintiéndome un poco incómodo.

Sabía por qué lloraba, lloraba por nuestros padres, perdidos vete tú a saber dónde. Si me incomodaba verla así era porque me los recordaba todo el tiempo, y no me gustaba nada pensar en eso. Me ponía triste y se sumaba a las razones por las que no podía dormir.

Carlos también estaba sintiendo lo mismo, le había escuchado a través de la ventana. Su familia estaba en la zona segura, y no podía dormir sin saber qué había sido de ellos. Otro motivo por el que me gustaba más él que Sergio era porque, mientras que el soldado daba a mis padres casi por muertos, Carlos no lo hacía. Estaba ahí fuera, esperando a los suyos, y si ellos podían estar bien, ¿por qué no los míos?

—Seguro que están bien, ya lo verás. —le dije intentando consolarla.

—Sí —dijo sorbiéndose los mocos—. ¿Verdad? Seguro que están bien… los dos… y nos encontrarán…

Conforme iba añadiendo suposiciones sonaba menos convencida, y me hizo dudar a mí también. Me enfadé, quería creer que estaban bien, que todo se arreglaría, pero no podía si todo el mundo se empeñaba en decir y pensar lo contrario.

—Pues sí. —dije con una firmeza que estaba muy lejos de sentir—. Ya verás como si. Los dos saben disparar, y los miliares les han dado armas, seguro que han salido de allí.

Sandra volvió a sollozar y estuvo lloriqueando todavía un buen rato, hasta que finalmente me pareció que se quedaba dormida. En esos momentos estaba enfadado con ella también, de un desconocido como Sergio podía esperarlo, ¿qué sabría él? Pero que ella se comportara como si nuestros padres no tuvieran ninguna oportunidad de salir de allí no tenía perdón.

Aun así, era agradable estar en la misma cama que ella. En una casa desconocida, con el miedo en el cuerpo por todo lo que había pasado esa noche y con mis padres lejos, saber que la tenía al lado me tranquilizaba. Gracias a eso pude quedarme dormido al final.

Me desperté realmente cansado, casi más agotado que cuando me había acostado... últimamente me pasaba mucho eso, no sabía por qué. La luz del sol ya entraba tenuemente por la ventana, iluminando toda la habitación. Viéndola con un poco de luz, no parecía la habitación donde durmiera alguien de mi edad, las paredes estaban empapeladas de color marrón tierra con unas flores bastante feas del mismo color, pero un poco más claro. La noche anterior no había podido fijarme bien en todo, y la casa me había parecido bastante tétrica; sin embargo, tenía que reconocer que me había equivocado en ese asunto, porque a la luz del día parecía un lugar de lo más normal.

Me había despertado aún atrapado entre los brazos de mi hermana, que seguía durmiendo como un tronco. Me libré como pude de su agarre, intentando no despertarla, y me giré para remolonear un rato en la cama. No tenía ninguna gana de levantarme, y así estuve por lo menos durante un cuarto de hora más.

Pero entonces, mi mente recién despertada se fue llenando de todas las preocupaciones que no me dejaban dormir la noche anterior, y ya no pude seguir quieto. De un empujón aparté las mantas y me puse en pie… y fue cuando comencé a sentir que hacía frío, mucho frío, casi más del que había tenido la noche anterior corriendo bajo la lluvia. Tras pasar la noche calentito bajo unas mantas, salir fuera de nuevo no apetecía nada. Quise ponerme mis zapatillas, pero seguían húmedas, de modo que abrí con cuidado el armario, para no despertar a Sandra, y busqué unas entre la ropa del primo de Carlos.

Mientras me calzaba con las primeras que encontré, que eran más o menos de mi talla, me pregunté qué habría sido de ese primo. No le conocía de nada, pero ya estaba seguro de que me habría caído bien, aunque solo fuera porque su ropa era mejor que la mía, que estaba húmeda, sucia y olía mal.

“Si estaba en la zona segura es posible que esté muerto” pensé con lástima al atarme los cordones; me sentí un poco incómodo por llevar la ropa de alguien muerto, pero seguía siendo mejor que mi ropa mojada.

Cuando abrí la puerta para salir de la habitación, Sandra suspiró en sueños y se giró bajo las sábanas. Dudé un segundo antes de salir, porque a lo mejor se asustaba si se despertaba y veía que no estaba allí; cuando la atacaron en la zona segura y vio que yo no estaba con ella no hizo otra cosa que gritar mi nombre como una histérica. Pero no se me ocurrió ninguna forma de avisarla que no significara despertarla, así que cerré la puerta tras salir sin hacer ruido y me prometí volver pronto, antes de que se levantara.

Me pareció que no había nadie más despierto en la casa. La puerta de la habitación de la niña pequeña y su madre estaba cerrada y, aunque eso no significaba que siguieran durmiendo, me dio la sensación de que era así. Debía ser aún muy temprano.

Viendo que posiblemente todos en la casa estuvieran descansando todavía, no se me ocurrió a dónde dirigirme. Podía ir a la cocina y comer algo, si es que había, o salir al patio trasero donde estaba el coche a echar un vistazo. Pero en lugar de eso me fui por la puerta principal, porque aún no había visto qué había al otro lado y sentía curiosidad, ya que la noche anterior todos los demás habían estado ahí fuera hablando.

La luz que entraba por la ventana de la habitación era escasa porque apenas estaba amaneciendo, tal y como había pensado debía ser aún muy temprano. Entre el muro que había visto desde el coche cuando llegábamos y la valla que marcaba el final del terreno que pertenecía a aquella finca había un pequeño campo lleno de hierba y varios árboles al fondo. Una calzada de baldosas rojizas rodeaba toda la casa y se transformaba en un camino de tierra, que llevaba junto a

varios árboles más hasta el invernadero del fondo. Parecía un lugar bastante entretenido para investigar, y seguramente habría toda clase de bichos, puede que incluso ratones.

—Vaya, mira quién ha madrugado. —dijo la voz de Sergio sobre mí.

Pegada a la fachada blanca de la casa, justo al lado de la ventana de la habitación que compartíamos Sandra y yo, había una escalera de madera que llevaba hasta el tejado, y la cabeza del militar se asomaba desde allí. Me contuve de hacer una mueca de desagrado, era la última persona con la que quería encontrarme de todo el grupo.

Intenté no hacerle caso y seguir mirando aquél campo, que parecía muy limpio después de haber estado lloviendo casi dos días; pero a él debía parecerle muy gracioso que estuviera allí, porque sonreía.

—¿Has venido a relevarme? Espero que sí, porque estoy que me caigo —rió por lo bajo mientras se frotaba los ojos—. Ni un alma en toda la noche, ni vivo ni muerto, ¿qué te parece?

Al ver el fusil entre sus manos me acordé de mi pistola, que seguía bajo el colchón de la cama. Tendría que recogerla en cuanto volviera, no fuera que alguien la encontrara accidentalmente si le daba por rebuscar allí.

—¿No ha venido nadie? —pregunté tontamente, era evidente que no, pero me sabía mal; antes de dormirme, Carlos parecía muy convencido de que su familia podría llegar durante la noche, y si no había sido así…

—¿Dónde está Carlos? —le pregunté, si estaba por allí podría ir con él, y así no tendría que hablar con Sergio.

—¿Carlos? Creo que se fue a dormir a las cinco de la mañana o así, cuando logré convencerle de que aquí no hacía nada y de que si alguien se acercaba sería el primero al que despertaría —respondió el soldado sin darle mucha importancia—. ¿Cómo habéis pasado la noche tu hermana y tú?

—Bien —contesté escuetamente, no quería contarle que Sandra había estado llorando durante horas.

—Que suerte, seguramente habréis sido los únicos —dijo lacónicamente—. ¿Buscas a Carlos por el desayuno? No había mucha comida, pero creo que suficiente hasta que podamos echar un vistazo a las casas más cercanas y coger todo lo que haya que nos sea útil.

Eso me sonó mucho a robar, y no me pareció nada bien. Una cosa era cogerle ropa a un hombre desconocido que había abandonado su casa y en la cual nos escondíamos para refugiarnos… pero ir por ahí robando en las casas de los demás no me gustaba nada.

—No creo que esté bien robar las casas de la gente. —le dije sin cortarme un pelo.

—No robamos —dijo después de dar un largo suspiro—. O puede

que sí, pero mira, no tenemos comida, no tenemos agua, y hay muertos vivientes por todas partes. Puede que esas cosas no sean nuestras, pero las necesitamos mucho más que sus dueños, que seguramente están muertos. Y, ¿quién sabe? A lo mejor encontramos a alguien vivo en ellas que nos pueda echar una mano.

Sonaba convincente, pero me seguía pareciendo demasiado parecido a robar. Recordé entonces la conversación que había escuchado la noche anterior, ¿qué le importaba robar a alguien que había matado a una persona?

"¿Por qué me importa entonces a mí, que he matado a dos?" me recordé sintiéndome bastante mal conmigo mismo de repente.

Pero yo tenía una buena razón, querían hacer daño a Sandra y no podía quedarme sin hacer nada. Había hecho una promesa.

"Prométeme que cuidarás de tu hermana pase lo que pase."

Sin embargo, empezaba a tener dudas sobre mi propio comportamiento. A lo mejor disparar no había sido lo mejor, a lo mejor debería haber ido a por ayuda, o haber gritado para que alguien acudiera. Era lo que se hacía normalmente, la gente no iba por ahí disparando a los que hacían cosas malas.

—Anoche os escuché hablar. —le confesé intentando sacar el tema de forma indirecta, no me atrevía a preguntar directamente sobre aquello, por si sospechaba.

—¿Ah sí? —dijo con cara de sorpresa, no parecía habérselo esperado—. Entonces ya lo sabes, ¿no?

—Sí. —sin poder evitarlo, sentí unas ganas incontrolables de confesarlo todo, incluso a él, la persona que menos me gustaba de todo el grupo.

Sentía que, si confesaba lo que había hecho, el peso que se me estaba formando encima desaparecía por completo, porque él también había matado a alguien… él lo comprendería. Puede que perdiera la pistola, quizá Sandra no lo entendiera, porque ella no había matado a nadie nunca, pero era mejor así.

—Yo… —comencé a decir sin mirarle a la cara, no podía mirarle a la cara, aunque nos separaran varios metros—. Yo también…

—Todos —me interrumpió—. Pero no te preocupes por eso, chaval, solo afecta a los muertos, mientras estás vivo, por lo que parece, es inofensivo.

—¿Qué? —no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Sé que puedes sentirte un poco raro por llevar eso dentro de ti, lo que nos transforma en zombis al morir —siguió diciendo, sin prestarme atención—. Y supongo que es normal sentirlo al principio, pero cuando lo piensas te das cuenta de que, mientras estás vivo, no tiene mucha importancia.

No podía creer que estuviera hablando de eso, ¿se había pensado

que, al escucharles, esa era la parte que me hacía tener dudas?

Lo cierto es que había pensado en el tema un poco, pero no me sentía nada raro por llevar lo que nos transforma en resucitados dentro. No se notaba nada, no dolía, ni nada parecido, ¿qué importaba entonces?

—No me entiendas mal, si pudiera hacer algo me lo quitaría de encima —añadió Sergio desde el tejado—. Pero parece que se puede vivir con ello, así que no te preocupes, ¿de acuerdo?

Asentí por no llevarle la contraria. La locura que me había llevado a casi confesar mis crímenes se me pasó tan rápido como vino. Había sido un estúpido, era mejor no decir nada, mejor que no lo supiera nadie, nunca. De ese modo conservaría la pistola, que era la única arma que tenía para proteger a Sandra.

—¿Lo sabe tu hermana también? —me preguntó.

—No, ella… estaba durmiendo. —le respondí.

Sandra no había estado al lado de la ventana, como yo, y por tanto no sabía si lo había escuchado o no; pero me parecía que había estado muy ocupada llorando como para escuchar nada de lo que estuvieron hablando.

—Bueno, se lo diremos cuando despierte —me dijo—. No tiene sentido ocultarlo como hicieron en la zona segura, ¿verdad…?

Interrumpiendo lo que estaba diciendo, el soldado se puso en pie tan rápido sobre el tejado que parecía como si un bicho le hubiera picado en el culo.

—Dani, ve a despertar a los demás. —me dijo mirando a lo lejos, en dirección a la carretera, pero no hacia el camino por donde habíamos venido, sino al lado contrario.

—¿Qué pasa? —le pregunté intrigado.

—Ve a despertarlos. —repitió mientras comenzaba a bajar las escaleras; cuando llegó abajo, se descolgó el fusil y lo agarró con ambas manos, como si pretendiera abrir fuego contra alguien.

—¿Son resucitados? —exclamé asustado, escuchaba algo parecido a un ronroneo a lo lejos, pero no sabía si eran los gemidos de aquellos monstruos.

—No, no son resucitados. Se acerca un coche… ¡despiértalos a todos! ¡Date prisa!

CAPITÁN ALCARAZ

Pedro yacía en el centro de un charco formado por su propia sangre, con un balazo en la cabeza. El cañón de mi arma todavía humeaba debido al disparo.

“Ahora ya descansa en paz, con su familia… con la mía.”

El patio del colegio, la única parte de la zona segura, o más bien, de lo que había sido la zona segura, que se podía ver desde las ventanas rotas producto de la explosión que había acabado con todo y nos había condenado a la muerte, continuaba plagado de reanimados. El amanecer había llegado abriéndose paso entre las escasas nubes que aún quedaban de las lluvias de la noche anterior, y lo rayos de luz iluminaban un ejército de criaturas putrefactas. Docenas, cientos o puede que miles de muertos andantes ocupaban el patio del colegio, del mismo modo que horas antes lo habían ocupado personas vivas.

No tenía sentido pensar en ello, ya daba todo igual, pronto estaría yo también muerto, al igual que todos los que me acompañaban.

—¿Por qué le ha disparado? —preguntó el sargento Marcos, horrorizado.

Pobre necio, su muerte había sido rápida e indolora, no sabía lo afortunado que era.

—Así será más fácil para él. —respondí lacónicamente bajando el arma y devolviéndola a su funda.

—Si le hubiera dado un arma… —los tres soldados me lanzaron miradas desaprobatorias, lo cual me reconfortó y disipó cualquier duda que pudiera tener con respecto a lo que acababa de hacer... nadie lanza una mirada desaprobatoria a alguien que le ha volado la cabeza a otra persona delante de ti si no le parece que, aunque duro, es lo correcto.

Mucho menos correcto era lo que los tres soldados tenían planeado. Uno de ellos, el que había recibido con más severidad el impacto de los cristales, llevaba toda la cabeza vendada, había perdido un ojo, y si conservaba el otro era únicamente porque teníamos material médico en el puesto avanzado y se le pudo atender a tiempo.

—Si le hubiera dado el arma os habría acabado disparando a alguno de vosotros accidentalmente, y vuestro plan se iría al garete. —interrumpí al soldado.

Esos cuatro locos pensaban salir y presentar batalla.

“Estúpidos” pensé, “malditos estúpidos, solo conseguiréis una

muerte lenta y dolorosa a manos de los reanimados.”

Era mucho más humano que se dispararan en la cabeza ellos y acabaran con todo de una vez.

Teníamos a los muertos casi encima, a última hora de la noche habían decidido que la puerta que nos separaba era una puerta que querían atravesar, y llevaban golpeándola y gruñendo al otro lado desde entonces. Pedro no había podido soportarlo y se había puesto histérico, temía por su familia y estaba completamente fuera de sí. Disparándole le permití, además, morir con un poco de dignidad.

Mi padre decía que no se muere con dignidad, sino que se vive con ella. No podía estar más en desacuerdo. Hay muchas formas de morir y, en cierto modo, tenía la suerte de poder elegir una digna, una mucho mejor que devorado por un centenar de muertos caníbales o que ser disparado por otra persona al haber perdido los nervios.

Mi mujer y mi hija probablemente habían muerto de alguna de esas dos formas, Dios quiera que la segunda a manos de algún soldado que se apiadara de ellas.

No iba a lamentarme ni a llorar sus muertes, ¿para qué? Si de verdad había un más allá las iba a ver muy pronto… ni en aquél lugar, ni en aquella ciudad, ni en aquél planeta había ahora lugar para los humanos. Salir del mundo unas horas más tarde que ellas no me parecía algo por lo que mereciera la pena lamentarme demasiado.

Tenía la seguridad de que ya no quedaba nada. En la radio ya no se captaba ninguna señal, ni de Corrales, ni de Olivares, ni siquiera de Gasol, todos habían desaparecido. Cuando escuché la segunda explosión supe que estaban intentando salir por la plaza de toros, pero para entonces la mayoría de nuestras fuerzas estaban acabadas; si alguien logró escapar por allí estaba completamente solo… sin un ejército que le proteja, políticos que le gobiernen ni sociedad con la que relacionarse. Solo para apañárselas como pudiera en un mundo tomado por los muertos vivientes, donde ya no había lugar para los vivos.

—Abriré la puerta de golpe y vosotros comenzáis a cargároslos. —iba diciendo el soldado herido a los otros dos, y al sargento Marcos.

Los rangos habían quedado atrás, el sargento no daba órdenes, y su capitán tampoco, Marcos se apuntó enseguida al disparatado plan de los soldados como uno más. Pero ninguno vino a preguntarme a mí, ¿para qué? Me veían débil y derrotado, como si me hubiera rendido. No podían contar conmigo y tenían razón.

En aquellos últimos momentos pensé mucho en mi padre. En otra ocasión me dijo que rendirse cuando el enemigo es muy superior era lo más sabio. Que nuestro enemigo era superior era evidente para cualquiera con dos dedos de frente, pero los soldados eran jóvenes, se aferraban a ideas vanas como la esperanza, o al “tenemos que

intentarlo”, pensando que eso les serviría de algo. El sargento Marcos únicamente los seguía por ese miedo que se siente a veces que te lleva a hacer tonterías que solo te perjudican.

Yo no tenía miedo, sabía que no había solución, sabía que en cuanto abrieran esa puerta, creyendo que saldrían por ella abatiendo a cuanto reanimado se les acercara hasta un lugar donde no puedan cogerles, morirían abrumados por su superioridad numérica. Ese había sido siempre el punto fuerte de aquellos seres, la superioridad numérica, habían logrando joder a cada persona del maldito planeta, y en aquél momento solo éramos cinco hombres vivos, y únicamente cuatro de ellos estaban dispuestos a presentar batalla, uno de ellos malherido.

—Podemos abrirnos paso a tiros hasta la entrada del edificio de enfrente —continuaba indicándoles—. Podemos subir hasta la azotea, y de allí a la azotea del edificio de al lado. Bajamos y salimos al lado del muro, luego solo tenemos que saltarlo y estamos fuera.

—Solo es atravesar una carretera. —dijo otro para dar ánimos.

Pobres inconscientes, no iban a poder salir ni de la casa donde estábamos antes de que los muertos acabaran con ellos. Me hubiera gustado poder decírselo una vez más, pero a la tercera vez que les intenté advertir empezaron a mirarme como si el problema del plan fuera yo, y no los reanimados, así que desistí.

—Mi capitán, si cambia de idea… nos vendría bien otra persona disparando. —el sargento era el único que aún me dirigía la palabra, trataba de “hacerme entrar en razón”, pero un hombre equivocado no puede lograr eso.

No respondí, prefería no hacerlo, ¿qué sentido tenía? Que se hicieran las ilusiones que quisieran, todos estábamos muertos, todos habían muerto, todo había muerto. Si alguna zona segura quedaba en pie serían ellos los que reconstruirían la sociedad, si es que podían. Y, si no la había, quizá lo hicieran los escasos supervivientes que quedaran por allí fuera, dispersos y perdidos…

Y si no, nos extinguiríamos, como le había dicho a Gasol.

“Qué ironía, extinguidos por nuestros propios muertos” pensé sin poder evitar sonreír al recordar aquella expresión que decía “Homo homini lupus”, “el hombre es un lobo para el hombre.”

Nunca había sido tan literal como en aquél momento.

—¿Mi capitán? —preguntó el sargento preocupado por mi repentina sonrisa.

—Déjalo —dijo otro de los soldados—. ¿No lo ves? Está derrotado, se ha rendido, no nos va a ayudar.

Casi me pareció ver signos de desprecio en su mirada, pero no me importó, ¿Qué tenía de malo estar derrotado cuando, de hecho, estábamos derrotados?

“Morid con gloria vosotros, si queréis, a mi dejadme en paz” les hubiera dicho, pero tampoco quería minarles la moral; que eligieran la forma de morir que más les gustara, si preferían un gesto heroico que nadie vería ni recordaría era su elección, yo solo podía lamentarme de su estupidez.

Los rugidos de los reanimados tras la puerta contrastaban con el hipnótico y desquiciante balbuceo de los que seguían caminando por el patio. Tras la carnicería que habían hecho, tanto con civiles indefensos como con militares armados, y comidos los últimos trozos de carne, o estando éstos ya demasiado pasados para su gusto, y quizá con algún “hermano” nuevo en su club de muertos, volvían a pasear sin rumbo fijo, dando vueltas y siguiéndose estúpidamente unos a otros por todo el patio. Pero los que teníamos tras la puerta habían encontrado comida y no iban a dejarla escapar.

Eran insaciables, después de comerse a todos los refugiados y militares del a zona segura todavía tenían hambre de más.

Me puse en pie, mientras los soldados y el sargento seguían discutiendo su plan de escape, y me acerqué a la ventana a echar un vistazo al exterior. El Sol no podía verse aún entre los edificios, pero su luz ya iluminaba el cielo con tonos claros; la hermosa escena del amanecer parecía un mal chiste comparada con la masacre de más abajo.

Tal y como creía al escucharles, la mayoría de los reanimados habían vuelto a sus tambaleos, sin dirección ni objetivo; pero algunos seguían repelando los cuerpos mutilados de la gente que había muerto bajo sus dientes. El color que más se veía en el suelo, incluso más que el gris del asfalto del patio, era el negro rojizo de la sangre coagulada.

—¿Qué vais a hacer, cabrones, cuando no quede nadie a quién comerse? —murmuré sin que nadie me oyera; solo el sargento giró ligeramente la cabeza durante un segundo en mi dirección, pero inmediatamente volvió su atención hacia el plan de batalla.

No había probado una copa de alcohol desde las navidades, y tampoco solía beber más que una copita en las fiestas, pero en ese momento lamenté no tener una botella a la que aferrarme. Un buen trago de alcohol y un estado de conciencia alterado era lo que necesitaba, y después un tiro, un solo tiro y todo se acabaría, volvería con mi mujer, con mi hija… y con toda mi compañía, los cerca de cien hombres que tenía a mis órdenes. Pero no tenía alcohol, cuando llegara el momento tendría que hacerlo a pelo y sin anestesiar el instinto de supervivencia, que me pedía encarecidamente que siguiera luchando.

—Muy bien, ¡Vamos! —exclamó uno de los soldados, y todos se pusieron en pie dispuestos a lanzarse a la muerte.

—Mi capitán… ¿está seguro de que no quiere venir? —volvió a

insistir el sargento cuando ya estaban preparando sus armas.

—No —respondí con rotundidad—. Pero os deseo suerte.

“Quien sabe, igual con mucha de ella uno de vosotros logra salir con vida” pensé, quizá, con la misma falsa esperanza que les movía a ellos a actuar.

Pero, aunque creyera en la suerte, no iba a arriesgarme a confiar en ella. No tenía por qué, todo lo que alguna vez había querido estaba muerto hacía tiempo, y lo único que me quedaba, mi familia y mi carrera militar, habían muerto también la noche anterior.

—Cerrad la puerta al salir. —añadí lacónicamente.

No me hicieron caso, pero tampoco podía culparles por ello; en cuanto abrieron la puerta, los reanimados se les echaron encima, buscando un buen bocado de carne viva que llevarse a la boca. No vi como empezó el tiroteo porque yo seguía mirando a través de la ventana, con escuchar como esos pobres chicos iban a morir tenía suficiente, no necesitaba verlo.

Algunos de los reanimados que paseaban abajo miraron hacia arriba atraídos por los disparos.

—¡Vamos vamos! —gritó uno de ellos.

Más disparos… sentía la garganta seca al acercarse la hora, ojalá hubiera tenido algo que beber, además de botellines de agua.

Desenfundé la pistola con total parsimonia y comprobé el cargador. Me quedaban tres balas, dos más de las que necesitaba. Preparé el arma y me quedé con ella en la mano… y entonces empezaron los gritos.

Eran gritos que parecía imposible que un hombre pudiera emitir, gritos de verdadero dolor; gritos que conocía demasiado bien. Ya los habían rodeado, y al menos uno estaba técnicamente muerto.

—¡Cuidado! —reconocí el grito del sargento Marcos al mismo tiempo que alguien ponía el fusil en modo automático y abría fuego, lanzando ráfagas de balas.

“Los nervios le han podido, ya están perdidos” me dije mirando la pistola que se encontraba entre mis manos.

Siempre me había gustado esa pistola, la tenía hacía años, pero lamentablemente no había ninguna historia especial tras ella que pudiera recordar en esos últimos momentos.

—¡No! ¡No! —seguían gritando entre disparo y disparo.

Un gruñido junto a la puerta me hizo darme la vuelta a tiempo para ver a una de aquellas criaturas entrar en la habitación y lanzarse a por mí, con sus torpes andares y arrastrando sus propias tripas por el suelo.

Dudé un segundo, pero terminé disparándole.

La sangre salpico en la mesa y en el cadáver de Pedro, y el cuerpo del reanimado cayó al suelo con un sonoro golpe. Al otro lado de la

ventana, los muertos vivientes rugían por llegar hasta mí. Solo podrían haberlo hecho si hubieran sabido escalar.

Gritaron fuera, un grito que se ahogó en sangre y quedó convertido en un gorjeo que se perdió entre el ruido de los disparos. Los muertos les estaban ganando.

—¡Mierda! ¡Corre, corre! ¡Por ahí! —sus voces sonaban cada vez más lejanas, ¿sería posible que, al menos un par de ellos fueran a conseguirlo?

—¡Ah, Dios!— gritaron, el sonido de los mordiscos de los reanimados ya se podía escuchar bajo el de los fusiles.

Luego más disparos, más gritos… y al final solo silencio y mordiscos. Ni un minuto habían durado fuera, si en mi interior había albergado alguna esperanza de que lograran salir, ésta se había disipado por completo.

Al final yo tenía razón, había hecho bien quedándome.

Escuché el sonido de los reanimados acercándose a la puerta. Los que no habían podido encontrar un hueco desde el que devorar a los soldados caídos se arrastraban hacia la habitación de la que éstos habían salido, quizá atraídos por la sangre fresca del cadáver de Pedro, o por mi disparo anterior, o vete tú a saber…

Los recibí sin la más mínima muestra de miedo. No tenía nada que temer, iba a morir, pero no bajo sus dientes. El reanimado que iba delante era una mujer, de pelo largo y oscuro y la boca manchada de sangre coagulada.

—Lo siento chica, te ha tocado. —dije antes de disparar la segunda bala contra su cabeza y esparcir sus sesos por el suelo.

Solo tenía las dos balas que había gastado para matar a los muertos. Si quedaba alguien para limpiar el mundo de esas criaturas salidas del mismísimo infierno tendría dos cabrones menos que matar.

Sus compañeros siguieron avanzando sin inmutarse ante la muerte de la reanimada, ansiosos por darse un festín conmigo. Lamenté no poder evitar eso mientras me ponía el cañón de la pistola contra la sien, solo tenía que apretar el gatillo y terminar con todo, morir con el resto de la zona segura y con los últimos vestigios de civilización.

Ojalá hubiéramos tenido noticias del exterior, de otros países, para saber si ellos habían tenido mejor suerte; pero si la idea de las zonas seguras había ido tan mal como en España, no estarían mucho mejor. Quizá por eso no teníamos noticias de ellos. Los últimos informes que llegaron indicaban que tanto África como Asia estaban en negro, no había ni vestigios de los gobiernos de sus países; América del sur iba por el mismo camino… solo en América del norte y Europa la situación era un poco mejor, dentro de la gravedad. Si nosotros habíamos acabado así, posiblemente no quedara nada en ninguna parte.

Los tenía ya casi encima, a menos de dos metros. Me giré para mirar el Sol salir entre los edificios por última vez.

—Si hay alguien vivo ahí fuera —dije como últimas palabras mientras la mano de la pistola comenzaba a temblarme ligeramente—. Buena suerte, la necesitareis.

Sentí una fría mano de reanimado agarrarme del brazo, los gemidos de las criaturas que comenzaban a rodearme sonaban más urgentes, como si tuvieran prisa por matarme y comenzar el banquete. En cuanto sentí el putrefacto aliento del reanimado en la nuca apreté el gatillo y todo terminó.

Índice

VICENT
CARLOS
DANI
SERGIO
LAURA
SERGIO
CARLOS
DANI
LAURA
CARLOS
SERGIO
DANI
CARLOS
SERGIO
LAURA
CARLOS
CAPITÁN ALCARAZ
LAURA
DANI
SERGIO
CARLOS
LAURA
DANI
CARLOS
SERGIO
CARLOS
LAURA
DANI